



**CARMEN
MARTÍN GAITE**

Todos los cuentos

Edición y prólogo
de José Teruel

Siruela

CARMEN MARTÍN GAITE

TODOS LOS CUENTOS

Edición y prólogo
de José Teruel

Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: mayo de 2019

En cubierta: fotografía de Carmen Martín Gaité

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la edición y prólogo, José Teruel, 2019

© Herederos de Carmen Martín Gaité

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-49-3

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

Prólogo

JOSÉ TERUEL

TODOS LOS CUENTOS

CUENTOS DE PRIMERA JUVENTUD

Desde el umbral

Historia de un mendigo

EL BALNEARIO CON LAS ATADURAS

Prólogo

Variaciones sobre un tema

La oficina

Un día de libertad

Lo que queda enterrado

Ya ni me acuerdo

Las ataduras

Un alto en el camino

Tarde de tedio

Retirada

La mujer de cera

El balneario

La trastienda de los ojos

La tata

Tendrá que volver

La chica de abajo
Los informes
La conciencia tranquila

DOS CUENTOS MARAVILLOSOS

El castillo de las tres murallas
El pastel del diablo

DOS CUENTOS DE NAVIDAD

Un envío anómalo
En un pueblo perdido

CUENTOS ÚLTIMOS

El llanto del ermitaño
Sibyl Vane
[Donde acaba el amor]
Flores malva

Y UN CUENTO AUTOBIOGRÁFICO

El otoño de Poughkeepsie

Nota: Procedencia de los cuentos

Prólogo

La extrañeza ante lo cotidiano

Esta edición reúne todos los cuentos de Carmen Martín Gaité desde su primera juventud hasta los últimos años de su vida. Los cuentos juveniles publicados en la revista universitaria de Salamanca, *Trabajos y Días*, nos informan de las preocupaciones existenciales y tanteos formales de la primera fase de la obra de Carmen Martín Gaité, antes de entrar en contacto con el grupo de prosistas de *Revista Española*. Los últimos relatos nos confirman la libertad imaginativa y la capacidad de experimentación de quien ya había consolidado su trayectoria literaria con un doble reconocimiento de público y de premios.

Las ediciones anteriores de sus *Cuentos completos* —tanto en Alianza (1978) como en Anagrama (1994)— ofrecían una idea muy parcial de su producción cuentística, ya que en ellas Martín Gaité recogió los cuentos que formaron parte de *Las ataduras* (1960) y de la tercera edición aumentada de *El balneario* (1977). Después llegarían «El castillo de las tres murallas» (1981), «El pastel del diablo» (1985) y la variedad de registros estilísticos de sus últimos cuentos, entre los que incluyo los dos cuentos de Navidad (1996-1997) y una pieza maestra, «El otoño de Poughkeepsie» (2002), a la que denomino «un cuento autobiográfico», siguiendo la acertada propuesta de quien fue su primera editora, Maria Vittoria Calvi.

El pensamiento narrativo de Carmen Martín Gaité huyó de la enconada tendencia de la preceptiva literaria a segregar netamente unos géneros de otros. Puedo citar llamativos ejemplos hasta en la elección de sus títulos, como el poema que cierra la tercera edición de *A rachas*, «Todo es un cuento roto en Nueva York», o la confluencia entre cuento y teatro en la edición para Anagrama de sus *Cuentos completos y un monólogo* (1994), en la que incluyó junto a sus relatos de *Las ataduras* y *El balneario* la pieza teatral «A palo seco». El lector de este volumen podrá comprobar su uso teatral del diálogo y del escenario dentro de sus relatos que se convierten en ocasiones en una auténtica puesta en escena, o la convergencia entre poesía, narración y ensayo en su cuento «Flores malva», una anotación que tanto nos recuerda el ensayar narrando o divagando de *El cuento de nunca acabar*. Este cruce de géneros desembocará en una concurrencia última: la convivencia entre ficción y escritura del yo, que percibimos en toda su obra, pero que sostiene, con un particular pulso narrativo, en «El otoño de Poughkeepsie».

Tengo la convicción de que a Martín Gaité no le persuadía ninguna teoría que abogase por las diferencias sustanciales y, sobre todo, cualitativas entre un relato breve y una novela corta o larga, porque ella percibía más continuidad que diferencias; máxime cuando consideramos que el cuento en su acervo no solo era un género literario, sino también un modo de conocimiento, de relación, de estar en el mundo: «el cuento bien contado condiciona y transforma la relación inicial entre quien lo emite y lo recibe», escribe a propósito de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig. Aunque de sus frecuentes reseñas de las colecciones de cuentos (de Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Elena Fortún, Juan Eduardo Zúñiga, Manuel Andújar, Francisco Umbral y José Donoso) y de su labor traductora (de los cuentos de hadas victorianos, de Perrault y de Felipe Alfau), también se desprende que era muy consciente de las peculiaridades de esta modalidad literaria y combatió, al igual

que otros cuentistas del medio siglo, el arraigado tópico de que era un «género menor». En su reseña de *Largo noviembre de Madrid*, de Juan Eduardo Zúñiga, sostiene con su personal léxico crítico que «en un cuento caben menos artificios y es más difícil dar el pego que en una novela; hay que ceñirse limpiamente y de un solo trazo, sin adornos para disimular el temblor del pulso, a la línea que lo contornea, afrontar el riesgo de la concisión, a palo seco. Por eso hay pocos cuentos buenos».

El cuento fue un género decisivo en la formación de Carmen Martín Gaité como escritora y lo cultivó, con mayor o menor intermitencia, a lo largo de toda su singladura literaria. De 1948 data la publicación de su primer relato, «Desde el umbral», y de 1997, la del último, «En un pueblo perdido». Ante tan dilatado recorrido temporal, me atrevería a afirmar que el hilo de continuidad de la narrativa breve de Carmen Martín Gaité fue la extrañeza ante lo cotidiano. El cuento, como la poesía, respondió a su amor por todo lo inaprensible, por atender a un trozo de vida aparentemente irrelevante y por explorarlo demoradamente. El cuento fue sin duda un formato propicio por su brevedad para recoger, a través de la técnica del apunte impresionista, el tono menor de la existencia, ese material minúsculo, fragmentario y en continua mudanza al que cuadran mal las nociones de principio y final. Por ello el relato breve frente a la novela tendrá otro tempo, donde no es preciso buscar antecedentes ni fijar consecuentes.

De cualquier modo, en este itinerario literario y vital de cincuenta años que *Todos los cuentos* trazan se podrían diferenciar tres núcleos estilísticos: los cuentos mayoritariamente neorrealistas del medio siglo, los *Dos cuentos maravillosos*, y la variedad de registros formales y temáticos de los últimos cuentos: desde los relatos de Navidad a la narración de escenas, reflexiones y secuencias de diario íntimo procedentes de sus Cuadernos informales y esporádicos. Esta variedad de modalidades también advierte de la pluralidad de los intereses literarios y vitales de la autora: desde la

voluntad de dar testimonio a la introspección o desde el ámbito de lo cotidiano a los cuentos de hadas.

«*El balneario*» con «*Las ataduras*»

En 1978 Carmen Martín Gaité reordenó sus dos colecciones de relatos hasta entonces publicadas, *El balneario* y *Las ataduras*, para Alianza Editorial bajo el título de *Cuentos completos*. Esta edición fue resultado de la nueva lectura que emprende de su narrativa breve a la altura de la transición política, mientras redactaba *El cuarto de atrás*. Tras un lapso de veinte años, la mirada retrospectiva de nuestra autora sobre su cuentística significó una doble sorpresa; por un lado, comprobó el valor testimonial de su narrativa breve sobre un tiempo vivido que comenzaba a ser repentinamente historia; por otro, pudo constatar cómo en esos relatos aparecían ya los temas fundamentales de su proyecto narrativo. La principal novedad de la recopilación de 1978 consistió en el criterio de ordenación temático que le llevó a reagrupar sus relatos por asuntos: desde los cuentos «de la rutina» a aquellos en los que predomina «una especie de alegato contra la injusticia social». Es la agrupación que mantenemos en esta edición.

De los diecisiete relatos que Martín Gaité consideró en 1978 que debían formar el volumen de sus *Cuentos completos*, trece fueron escritos en el decenio de 1950 («Un día de libertad», «La chica de abajo», «La oficina», «La trastienda de los ojos», «Los informes», «El balneario», «La mujer de cera», «La conciencia tranquila», «Lo que queda enterrado», «La tata», «Un alto en el camino», «Tendrá que volver» y «Las ataduras»). Si nos atenemos al «Prólogo» que se incluye en este volumen, a su reseña de los *Cuentos completos* de Jesús Fernández Santos (significativamente titulada «Etapas de aprendizaje») y a *Esperando el porvenir*, podríamos caracterizar su concepción y práctica del cuento a la altura de la década de 1950

(compartida con otros compañeros de generación) a través de los siguientes ejes: son relatos que no tienen un final feliz ni ofrecen moraleja ni brindan soluciones; su única finalidad es la de presentar retazos de la realidad circundante y, en tal sentido, son resultado de una actitud y una voluntad testimonial; sus personajes suelen ser tipos marginados —desde el golfo a los oficinistas modestos— que añoran la libertad y van a la búsqueda de espacios más amplios; y los argumentos en los que se ven envueltos rezuman apatía, escepticismo y hartazgo frente a la imperante moral de triunfo. En definitiva, estos cuentos (herederos del neorrealismo cinematográfico y su estética de la redención) atienden a un trozo de vida aparentemente irrelevante y se articulan como un apunte impresionista donde nada queda definitivamente cerrado, ya que pertenecen al tiempo presente en el que están inscritos, un presente que es también parte de la historia. (Esta técnica de apunte impresionista —tan familiar entre otros prosistas de su grupo— pudo hacer pasar como inocente ante los censores un encubierto propósito desmitificador).

Pero tanto en la segunda como en la tercera edición de *El balneario* aparecen ya relatos más acordes con sus novelas de 1970, especialmente «Variaciones sobre un tema» (1967) y «Retirada» (1975). Estos dos títulos van más allá de los intereses estilísticos y literarios de los relatos de la primera época y anuncian una concepción del cuento, que prevalecerá en sus últimos registros, como la reviviscencia de una imagen fugaz que reclama su derecho a no ser olvidada y que se instala transversalmente en la memoria del narrador. De hecho, «Variaciones sobre un tema» era uno de los cuentos preferidos de Carmen Martín Gaité, por ello lo colocó en posición inicial en la nueva reordenación de *El balneario* con *Las ataduras*, y establece una continuidad entre *Todos los cuentos* aquí reunidos.

Por el territorio de los cuentos de hadas

En el primer lustro de 1980 Martín Gaité aceptó el encargo de Esther Tusquets y publicará en la editorial Lumen dos cuentos «para niños» que «tal vez pueda gustarles también a los mayores [...]». Porque no hay razón para que a los niños y a las personas mayores tengan que gustarles cosas distintas», escribe en una nota que figuró en la primera edición de «El castillo de las tres murallas». Para ella la división de la literatura en géneros y en edades no tenía ningún sentido. Estos cuentos serán recogidos en 1992 por Ediciones Siruela bajo el título definitivo de *Dos cuentos maravillosos*. Martín Gaité tuvo el acierto de rectificar el rótulo anterior de *Dos relatos fantásticos* con el que fueron publicados conjuntamente en 1986 por Lumen. Sin embargo, el hecho de que estos dos cuentos fueran *fantásticos* o *maravillosos* era una cuestión categórica que, en el fondo a nuestra autora, desde su taller literario, no le preocupaba. A ella lo que le interesaba verdaderamente era reinventarse contando una historia, para ello abrazaba todo género que le sirviese para elaborar su discurso, y reprobaba que la encasillaran en una concepción estrecha del realismo (aunque sabemos que su percepción de lo real nunca excluyó lo sobrenatural, baste citar su cuento de los años cincuenta «La mujer de cera», y que *Brechas en las costumbres* fue el título con el que proyectó editar la recopilación de sus cuentos de la primera época). En una carta a Esther Tusquets, fechada el 14 de junio de 1990 —acababa de entregar *Caperucita en Manhattan* en Ediciones Siruela—, se lamentaba con razón de que «la mayoría de mis lectores y estudiosos habituales ignoran que me haya dedicado a otra cosa que al realismo o al ensayo».

Como demuestran los capítulos dedicados a «La Cenicienta» y a «El gato con botas» en *El cuento de nunca acabar* y su traducción de la edición de Bruno Bettelheim de *Los cuentos de Perrault seguidos de los cuentos de Madame d'Aulnoye y de Madame*

Leprince de Beaumont, desde los años 1970 nuestra autora sintió la necesidad de abordar el mundo de los cuentos de hadas como fuente de placer estético y de apoyo emocional, que culminará en dos novelas editadas en la última década de su vida: *Caperucita en Manhattan* y *La Reina de las Nieves*, o en su traducción de los relatos *Niño de Sol y niña de Luna*, *La llave de oro*, y *La princesa y los trasgos*, de George MacDonald.

Desde mi punto de vista, la clave autobiográfica es el principal mecanismo que sale al paso de Martín Gaité para la deconstrucción de los cánones genéricos relativos al cuento maravilloso e infantil en «El castillo de las tres murallas» y «El pastel del diablo». Estos *Dos cuentos maravillosos* dan noticia de la relación de un protagonista femenino (mujer o niña) con la libertad. Es una variante del tema de las ataduras como construcción de la identidad, que Carmen Martín Gaité había desarrollado en sus cuentos de los años cincuenta y, sobre todo, en su novela *Ritmo lento*. En «El castillo de las tres murallas» la autoridad preside la relación entre Lucandro y su esposa Serena, y por la libertad una madre abandona a su hija. De hecho, Martín Gaité interpretó este cuento como una «parábola de la libertad alcanzada a fuerza de amor», aduce en su conferencia «Reflexiones sobre mi obra». «El pastel del diablo» es también una reflexión sobre la libertad que la imaginación y la vocación de contar historias propician. Tras la superficie de sus tramas, tras los ropajes de la ficción, circula el río subterráneo o guadianesco de la escritura del yo, demostrando que lo autobiográfico en su obra es más un momento que la persecución de un género literario. La relación de Carmen Martín Gaité con su obra es una relación biológica. El marco de referencia de su mundo literario se ordenó a través de una categoría cognitiva y retórica llamada *experiencia*. Desde la conciencia de los límites entre vida y elaboración literaria, y con la cautela de no caer en la trampa de identificaciones tajantes, su obra es una invitación confiada a la inteligencia del lector, al descubrimiento de la doble entidad de la que surgen los seres de

ficción que «por una parte, inventan la realidad, pero, por otra (como creados que han sido por personas de carne y hueso), la reflejan», comenta en *El cuento de nunca acabar*.

Los cuentos de hadas la ayudaron a reavivar su ánimo, le proporcionaron amparo frente a la zarpa de la realidad y le sirvieron para formular literariamente sus grandes incógnitas: el miedo a la libertad, las relaciones interpersonales de dominio y dependencia, el castillo de la incomunicación. Carmen Martín Gaité no pudo hacer frente a los avatares de su vida sin recurrir a la capacidad de magnificar y transfigurar de la imaginación: «Los cuentos de hadas nunca han sido literatura para niños. Eran narrados por adultos para placer y edificación de jóvenes y viejos; hablaban del destino del hombre, de las pruebas y tribulaciones que había que afrontar, de sus miedos y esperanzas, de sus relaciones con el prójimo y con lo sobrenatural», leemos en la edición citada de Bruno Bettelheim sobre *Los cuentos de Perrault*, que Martín Gaité tradujo. En la misma línea, la escritora salmantina anota, en sus *Cuadernos de todo*, una cita procedente de la lectura de *Los libros, los niños y los hombres*, de Paul Hazard: «Los cuentos de hadas tienen algunos rasgos parecidos a los de los sueños. Pero no los sueños de los niños sino los de los adultos». Los *Dos cuentos maravillosos*, como *Caperucita en Manhattan*, fueron relatos escritos para la permanente infancia de los adultos.

Eclecticismo y experimentación en sus últimos cuentos

En los últimos años de su vida, consolidada ya su trayectoria de escritora, Carmen Martín Gaité tuvo la libertad de publicar los cuentos que le apetecían, sin restricciones y sin contar con las expectativas editoriales de sus novelas, que desde 1992 adquirieron un ritmo bianual. La libertad imaginativa y la variedad de registros estilísticos otorgan a sus relatos postreros un carácter experimental

y ecléctico. En ellos ensaya una pluralidad de modalidades narrativas: desde la fábula política para los olivareros de Jaén al cuento de Navidad, pasando por la escritura poemática del microcuento, donde se deshace cualquier tentación argumental, o el relato concebido como escena o diario de impresiones, que se podría relacionar con la práctica de autoras dilectas en su tradición, como Virginia Woolf, Djuna Barnes o Clarice Lispector. Esta última modalidad es, desde mi punto de vista, el registro más innovador y significativo. Me refiero a esas narraciones, de aspecto inconcluso o truncado, a modo de anotación, procedentes de la escritura magmática de sus *Cuadernos de todo*, y que son fundamentalmente tanteos que ilustran el ideal abierto de escritura «de un tirón» que formuló en *El cuento de nunca acabar*. Entre ellas, destaco «Sibyl Vane» y «Flores malva», que representan la voluntad de investigar más que de contar una historia.

El mismo culto a la libertad y al afán de establecer vasos comunicantes entre distintos géneros preside sus incursiones en los territorios del cuento de Navidad. En «Un envío anómalo» y «En un pueblo perdido» se funden el artículo de costumbres y su particular tratamiento de este subgénero narrativo decimonónico. «Navidad de consumo», un artículo publicado por Carmen Martín Gaité en *Diario 16* (el 27 de diciembre de 1976 y recogido en *Tirando del hilo*), podría establecer un punto de referencia para estos dos cuentos editados en los últimos años de su vida y con los que combatió el hastío y la soledad que le provocaba el tinglado luminotécnico de la forzada celebración navideña, especialmente tras la muerte de su hija. Frente a la tradición literaria del cuento de Navidad, nuestra autora nos muestra el *cuento* (esto es, la engañifa que ya nadie se cree) de la Navidad.

En «Sibyl Vane» Martín Gaité recrea una fugaz fantasía escénica con el personaje del mismo nombre, procedente de *El retrato de Dorian Gray*. La actriz Sybil Vane, tras la representación de su papel de Julieta, dialoga con la impasible narradora y supuesta amiga,

cuya presencia le sirve de soporte para encauzar una perorata sobre su amor vehemente por el personaje que da título a la novela de Oscar Wilde; y mientras habla, rejuvenece. Nos encontramos con la característica heroína literaria de Martín Gaité de la década de 1970, que nos retrotrae a Eulalia de *Retahílas* o a Agustina de *Fragmentos de interior*: la mujer que ha visto quemarse su estabilidad afectiva y que no oculta su insatisfacción. Se deduce de este cuento, estructurado como una escena teatral y una breve anotación aclaratoria, el interés de la autora por el balbuceo amoroso más que por su elocuente representación. El amor solo se puede expresar o interpretar desde el fingimiento: desde el sentimiento, la verdad del amor enmudece, provoca la patética miseria del balbuceo (recuérdese el explícito subtítulo de *Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira* para *El cuento de nunca acabar*). Carmen Martín Gaité prologó *El retrato de Dorian Gray* en 1970, aunque la escena de nuestro cuento no recrea pasaje alguno de la novela —de hecho, es presentada como una «fantasía»—, sin embargo, su idea central —el arte de fingir lo que no se siente y la imposibilidad de hacerlo en el caso contrario— procede del parlamento de la actriz con Dorian Gray en el capítulo séptimo.

Los límites y fronteras del lenguaje ante la experiencia amorosa, la necesaria mudez de la forma pura ante el sentimiento o su epifanía, y la conciencia de que el silencio es la última estación del lenguaje emparentan este cuento-escena con el metarrelato «Flores malva». Aunque Carmen Martín Gaité nunca se refugió en lo inefable, sino que lo vivió para transferirlo: «¿Adónde van las cosas cuando salen de nuestros ojos si no las sujetamos aquí? Me amparo en las palabras», escribe en *Cuadernos de todo*.

«Flores malva» se articula a través de la superposición temporal entre el acontecimiento y su narración. Del primero queda una mirada, una instantánea nítida, dos palabras anotadas en una cajetilla de tabaco y el diálogo insulso con «un viajero gordo, con gafas de concha». De la segunda se desprende su sospecha,

incluso, su traición: todas las cuestiones de vida o muerte se desustancian al intentar fijarlas en letra, en «cuadernos de limpio». Todo lo demás es deseo, prefiguración, un sueño «cargado y tortuoso» del que nos ha dejado una imagen fugaz, tan frecuente en *Visión de Nueva York* como en la escritura-tren de sus *Cuadernos de todo*: «No puede ser comunicada la iluminación misma, sino solamente el camino hacia la iluminación», leemos en el mismo Cuaderno número trece, y del que probablemente proceda el relato que nos ocupa.

Considero que «Flores malva» es un cuento fundamental por varias razones, porque confirma, en el caso de Carmen Martín Gaité, que la pasión por resolver jeroglíficos fue la base de toda su literatura y que la clave de un cuento radica en la reviviscencia de algo que reclama su derecho a no ser olvidado. Además, «Flores malva» pone en escena cómo un narrador, que quiere salvar del olvido esa llamada acuciante, precisa no solo revivirla como acontecimiento, sino también reconstruirla como narración. Esta es la clave de «Flores malva» cómo reconstruir una visión fugaz (desvinculada de cualquier argumento) en narración, un proceso complejo que se equipara al deseo de desentrañar su significado. Solo podemos narrar los efectos de la epifanía, no su sentido: «un mensaje que daba en el blanco. ¿Pero en qué blanco?». No es de extrañar este final abierto de una autora que siempre consideró que cualquier cierre de una narración era un recurso amañado. Sus narraciones, más que terminar, se detienen: Carmen Martín Gaité tuvo verdadera confianza en la inteligencia del lector para suplir las reticencias, sobreentendidos y nudos sueltos de su obra.

Y «El otoño de Poughkeepsie»

En la habitación vacía de su apartamento de Vassar College, la tarde de su llegada, el 28 de agosto de 1985, sintiéndose «más sola

de lo que he estado nunca en mi vida», Carmen Martín Gaité inició un nuevo Cuaderno que titulará «El otoño de Poughkeepsie». Ante el dolor acuciante de la pérdida de su hija escribe una de las piezas más intensas de su obra. El nombre de Marta no aparece, pero sí figura, latente como un *hipograma*, entre todos los objetos que subrayan su ausencia. El relato constituye una obra maestra del pulso narrativo de nuestra autora ante la elaboración literaria de la intimidad: de cómo transformar el tiempo inerte «en tiempo de escritura».

Según se deduce de su correspondencia con Ignacio Álvarez Vara, en la única mención de este título que hemos encontrado en su archivo, «El otoño de Poughkeepsie» pudo ser en su prefiguración un «libro» más extenso y aunque nada haga pensar por su entramado remate que el proyecto se paralizó, sí conviene tener en cuenta que la redacción de *Caperucita en Manhattan*, la novela cuyo origen se encuentra en este «cuento autobiográfico», le sirvió para seguir narrando con más distancia el duelo.

Pienso que si Carmen Martín Gaité no publicó este texto en vida ni lo volvió a mencionar en ningún momento de su obra fue porque no tuvo fuerzas de regresar a todo que le recordaba ese «horrible» verano de 1985, que convencionalmente cierra el 21 de septiembre de 1985, para convertirlo en «El otoño de Poughkeepsie» y demostrar que en la tentativa imposible por apresar el tiempo consiste la verdadera grandeza de la literatura.

Nuestra escritora aplicó las propiedades del cuento, e incluso las de la adivinanza, al diario íntimo, como ya lo hizo en *Visión de Nueva York*. La literaturización de la experiencia personal fue el emplazamiento idóneo para reenfocar, reinterpretar y subvertir subgéneros narrativos. La convivencia entre la escritura del yo y la ficción, entre lo personal y el artefacto literario, sostenida siempre con toda su conciencia formal, disimulando el temblor, es la clave estilística y retórica de un uso del lenguaje llamado Carmen Martín Gaité, quien creyó en el alivio de la solución poética para el drama

de la existencia. Quizá esta sea la razón última de esa persistente convergencia en todos sus cuentos entre tratamiento ficticio y momentos autobiográficos, pero que encuentra en «El otoño de Poughkeepsie» su pieza maestra.

JOSÉ TERUEL

TODOS LOS CUENTOS

CUENTOS DE PRIMERA JUVENTUD

Desde el umbral

Pasamos media vida mirando hacia allá, imaginando. Tanto que nos parece que ya nos hemos ido.

Y un día, al alzar los ojos, estamos aún en el mismo sitio. Acostumbradamente se cruzan nuestros trenes y cada instante es una despedida.

Sí. Ahí está todavía Muriel, saludándonos desbordado y alegre por los pasillos de la facultad. Y aquí los mozárabes diciendo *yenair* y *conelyo* como niños tontitos que aprendiesen a hablar repitiendo lo mismo un día y otro. Y enfrente la catedral blanca de nieve, gozosa de sol, recortada y violeta al poniente, como si pensara.

Nos han dicho que Adrados ya es catedrático y que Alvar lo va a ser enseguida. Se llaman así, Adrados y Alvar, y nos acordamos muy bien cuando eran estudiantes de cuarto curso. También algunas chicas que estudiaban entonces, ahora tienen un hijo. Que esto es más importante todavía.

... Y nosotros escuchamos las noticias con dulce e inconsciente admiración, respiramos bien fuerte y nos sacudimos el polvo cantando. Cantando al azar. Porque nada está colmado, porque aún no hemos llegado a ningún sitio.

(Tampoco llegaremos luego, ni nunca; pero nos parecerá que sí). Y podemos hacer mucho ruido para que todos sepan que estamos aquí todavía.

No se trata de intentar hacer eterno el tiempo. De intentar guardarse unas horas que solo son para que hayamos sabido ir las cogiendo y soltando mientras pasaban intensas y redondas. Que no

valen por ellas mismas sino por lo que nos han enseñado al beberlas.

Pero sí es tiempo de mirar alrededor haciendo un recuento como después de una hermosa cosecha, y sentir alegre el corazón porque es todo nuestro aunque lo dejemos aquí, aunque vengan los demás a quitarnos el sitio, ese pequeño sitio.

Si sabemos marcharnos diciendo: «Hasta mañana», nos quedaremos para siempre y nos lo llevaremos todo en nosotros.

Mirad. La primavera ha vuelto perezosa y transparente, y se incuba en el mundo, y es un cálido jugo en nuestras venas, un limpio rebrotar de fresas, de mañanas y de pájaros.

Doña Blanca de los Ríos acaba de encontrar un documento viejo, y le raspa la tinta, y los ojos le brillan porque ahora resulta que Gabriel Téllez era hijo natural del duque de Osuna. Y si no vengan ustedes a su obra y verán las alusiones amargas, intencionadas:

*La desvergüenza en España
se ha hecho caballería.*

«¡Si ya lo decía yo!», se ufana doña Blanca. (Luego vendrán otros señores a llevarle respetuosamente la contraria, pero por ahora ella, la pobre, ¡está tan contenta!).

Está abierto el balcón del seminario, y dentro de su marco se ve un poco de llano derramado allá lejos y unas nubes delgadas que se estiran encima. Y delante, más cerca, la ciudad con sus tejados dormidos, tibia y quieta como un humo. Todas las campanas de los conventos dan vueltas lentamente en la tarde.

Siempre ha vuelto así la primavera. Día tras día cada uno se ha ido encerrando en sus cosas y ha ido haciéndose distinto, pero siempre al andar se tropezaba con los ojos calientes de ese puñado de gentes amigas, y de pronto era bueno vivir, y era bueno mirar que la tarde caía en los conventos y que los árboles se habían llenado de flores blancas mientras partía el Cid para el destierro,

mientras Manolo Ballesteros divagaba apasionadamente, contradiciéndose, o ensayábamos teatro en la clase grande.

Ronsard nos lo ha dicho:

Vivez si m'en croyez, n'attendez à demain...

Y Juan Ramón, ese estremecido poeta:

*No busques, alma, en el montón de ayer
más perlas en la escoria...*

Ni mañana ni ayer. Ahora es todo nuestro. Podemos soñar que siempre será nuestro. ¿No sentís clavado el instante como una aguja florecida?, ¿no os duele en el corazón su plenitud?

Esfuerzo elástico por saber, por probar; posibilidad, anhelo, ramas verdes cruzadas.

Sí. Estrenemos esta primavera. Porque nos hemos detenido y aún estábamos aquí, como siempre.

¿Escucháis? ¡Despertad! Aquí y ahora. Las nubes desplegadas cauce allá, sobre la torre. En Salamanca, en Anaya, a 15 de marzo de 1948.

Y luego Dios dirá. Dios le dirá a cada uno.

[1948]

Historia de un mendigo

El mendigo llegó a la gran ciudad en una tarde clara y fría, con un zurrón y un perro compañero de los caminos. El perro no era suyo ni de nadie y por eso ni siquiera quiso ponerle nombre. Le llamaba solo perro o perrucho, y el perro atendía a brincos. Tenía los ojos húmedos y cariñosos. Pero el mendigo pensaba: «Un día se me irá, y hará muy bien. Si encuentra un amo rico, con derecho a esclavizarle, ese le pondrá nombre». El perrillo saltaba con el rabo enhiesto cuando entraron en la gran ciudad. El poniente rojo se volcaba sobre unos andamios.

El mendigo era un viejo mendigo. No decrepito. No lisiado. Alto y anguloso, de barba pálida, de mirada aguda y serena. A nadie le importaba saber de dónde había venido, y nadie se lo preguntó. La verdad es que él tampoco era amigo de buscar oyentes; apenas le importaba a él mismo el cúmulo de días vividos. Y pensaba en sí muy raras veces.

El mendigo se decía: «¡Vaya! ¡Qué fáciles son las cosas! Ya estoy en la gran ciudad». Y se lo repetía muchas veces para enterarse y su idea iba con él mientras andaba como el rumor de un abejorro terco. Su idea se le repetía multiplicada en la voz de los cláxones, de las ruedas, de los silbatos.

El mendigo se perdía entre los ruidos de la gran ciudad, vagando lentamente con su perro.

Un día se va lento o fugaz, pero notamos su peso y su medida. Si se juntan varios días ya no sabemos. Parece que los han soplado,

que no son tiempo. Si se juntan diez, veinte lentos días ya no sabemos nada de ellos.

El mendigo pensaba: «Ya debe hacer un mes que estoy en la ciudad. El aire es templado y olerá a tomillo más allá de las casas». Las casas se alzaban como tapaderas impenetrables con su faja de sol en los pisos altos. Miles de casas. El mendigo levantaba sus ojos a los balcones. De alguno colgaba a veces, lacia, una palma cruzada desde el Domingo de Ramos; en otro se adivinaban unos tiestos. Luego los visillos tapaban lo de dentro. El mendigo notó que en aquella ciudad las mujeres no se asomaban nunca al balcón. En cambio había letreros sujetos a los hierros. Y por la noche se encendían y se apagaban con luz roja, verde, morada, insistente: Restaurante Anís, Sastrería (y la *a* rota se velaba como una luna en eclipse). Sobre las altas terrazas, el cielo se perdía detrás del halo rojizo y denso de los letreros.

Una tarde, siguiendo con la vista la herida púrpura de una nube, el mendigo y el perro fueron a parar a una plaza apartada que tenía una iglesia, dos tabernas y un farol. Era un sitio tranquilo y los niños se perseguían con las piernas sucias y desnudas por las bocacalles, desbocados, primaverales. El mendigo aprendió a ir allí desde cualquier calle desconocida. Iban siempre —él y el perro— al acabar la jornada, después de haberse fundido en el afán de la ciudad y de haberla visto girar con sus mil rostros y sus mil vitrinas y sus mil bombillas.

El mendigo descansaba la espalda contra la pared y rascaba el lomo del perro, que gruñía con los ojos cerrados. Luego se iban a dormir entre los muros de una casa derruida desde la guerra que descubrieron un día en las afueras.

No siempre iban juntos. A veces al despertar, el perro se había marchado por su cuenta. Andaba todo el día separado del hombre, buscando su comida, y volvía a la noche a la plazuela. Allí esperaba a su amigo sentado en las escaleras de la iglesia. Otras veces le saludaba ladrando al llegar cuando el mendigo ya estaba allí,

apoyado en la pared, pensando de cara a los astros: «Hoy no volverá más el perrucho. Y hará bien». Entonces se miraban hondamente, sin alborotar, pero el hombre sentía escozor en los ojos y se decía «Ha vuelto, vuelve porque quiere».

Al anochecer la ciudad se abría como un ascua de rumores y luz y las gentes se apresuraban hacia los tranvías, hacia el cruce de dos calles, hacia la entrada de un teatro. Un hombre serio, que iba pensando en Nietzsche, se cruzaba con una florista joven; un estudiante de medicina miraba las piernas de la florista desde el autobús; la muchacha del sombrerito rojo pensaba que era perfecto el perfil del estudiante, y su novio le tiraba de la manga: «Nena, bajamos en la próxima». Se encendía la luz roja y el guardia daba la señal para cruzar. Todos se agolpaban, se separaban. La luz roja otra vez.

El mendigo observaba el ir y venir de las gentes con los ojos tranquilos. Los rostros eran alargados, carnosos, picudos, nunca los mismos. Él no los conocía. Tendía hacia ellos la mano mecánicamente, sin palabras. Aquellas monedas le hacían falta para comer un poco. ¿Qué más daba además ensayar un gemido o una ceguera? Las gentes pasaban con sus rostros distintos sin mirarle, sin conocerse. Pasaban los adolescentes, los hombres, preocupados y egoístas, las muchachas pegadas a un novio. El mendigo los seguía con una mirada de ardiente curiosidad. ¿Cómo acercarse a ellos? ¿Cómo acercarse? A veces deseaba hablarles, pero hubiesen recelado. Si alguien le miraba alguna vez —el tabernero, la mujer de las cerillas, otro pobre— era desde un pozo de recelo. Pero eso se callaba.

El mendigo solía embriagarse alguna vez. Nunca del todo porque no tenía dinero. Después se dormía bien en cualquier sitio. Antes del sueño venían mezclados todos los rostros humanos, sonriéndole, y se besaban entre sí en una confusa armonía. Y formaban como un techo de lianas sobre su cabeza. El mendigo entreabría los ojos y en cada una de las estrellas de la noche veía

su rostro. Luego los cerraba y en cada rostro de los de su sueño se encendía una estrella.

Cuando vino el verano, surcado de muchachas con los brazos desnudos, de mangueros y de algún pregón perezoso, el mendigo empezó a notarse desasosegado e insatisfecho como nunca en su vida: «¡Qué cansado estoy!», pensó. Y se extrañaba de aquello. Él, que nunca había pensado en hacer nada, se decía ahora: «Si fuera joven trabajaría y ganaría dinero para repartirlo, para regalarlo. Seguramente me casaría para tener hijos y, si no, me acercaría a los niños de los demás y los besaría. Me gustaría pararme a la sombra de los árboles a echar un cigarro con los otros mendigos y escucharles su vida. Conocería la alegría de trabajar, y ella me uniría a las gentes».

Pero el mendigo se sentía impotente y viejo. Pensó: «Tal vez estoy enfermo y me vaya a morir. ¡Dios mío! Sería horrible morir aquí, tan solo».

Y una mañana se echó su zurrón al hombro y se fue de la ciudad furtivamente, con las primeras luces, hacia donde maduran los trigales.

Camino adelante. Camino de la muerte.

El perro le siguió.

[1950]

EL BALNEARIO CON LAS ATADURAS

Prólogo

Al principiar la década de los cincuenta, cuando un grupo de amigos (Aldecoa, Fernández Santos, Ferlosio, Sastre, Medardo Fraile, Josefina Rodríguez, De Quinto y yo, entre otros) nos acogimos al mecenazgo del difunto hispanista Rodríguez Moñino para fundar, aquí en Madrid, aquella *Revista Española* de vida tan efímera, donde aparecieron nuestros primeros cuentos, el ejercicio de la literatura, como el de la mayoría de los oficios, estaba jalonado por graduales etapas de aprendizaje. Y, de la misma manera que un carpintero o un fumista, antes de soñar con llegar a maestro, pasaba por aprendiz y oficial, casi nadie que se sintiera picado por la vocación de las letras se atrevía a meterse con una novela, sin haberse templado antes en las lides del cuento. Aprendimos a escribir ensayando un género que tenía entidad por sí mismo, que a muchos nos marcó para siempre y que requería, antes que otras pretensiones, una mirada atenta y unos oídos finos para incorporar las conversaciones y escenas de nuestro entorno y registrarlas. La vida de la calle era entonces menos compulsiva y apresurada, discotecas no había, no circulaban tantos coches, no existía la televisión y la gente tenía menos dinero, paseaba más y bebía vino por los bares de su barrio despacio, mientras charlaba con los amigos y con los desconocidos. Alguna historia de las que afloraban en aquellas conversaciones era con frecuencia, antes de pasar al papel, materia de nuestros comentarios, de los cuentos que nos contábamos unos a otros, a lo largo de aquel tiempo generosamente perdido por los bares con fútbolín, por los parques y por los

bulevares. La fisonomía, completamente distinta, de aquellos locales y calles, anotada como al descuido en nuestros cuentos, les confiere ahora cierto valor testimonial.

La mayor parte de los relatos que componen el presente volumen están escritos entre 1950 y 1960 y muchos no había vuelto a mirarlos. Invitada ahora, al cabo de los años, a revisarlos, no he conseguido hacer la relectura tan «desde fuera» como para que la irrupción de aquel tiempo olvidado, en que un oficinista vivía con dos mil pesetas al mes, no me pase la factura de mi actual edad.

Lo que más me ha llamado la atención es lo pronto que empezaron a aparecer en mis tentativas literarias una serie de temas fundamentales, que en estos cuentos van casi siempre combinados, a reserva de que predomine o no uno de ellos: el tema de la rutina, el de la oposición entre pueblo y ciudad, el de las primeras decepciones infantiles, el de la incomunicación, el del desacuerdo entre lo que se hace y lo que se sueña, el del miedo a la libertad. Todos ellos pertenecen a campos muy próximos y remiten, en definitiva, al eterno problema del sufrimiento humano, despedazado y perdido en el seno de una sociedad que le es hostil y en la que, por otra parte, se ve obligado a insertarse. Me refiero de preferencia (como en el resto de mi producción literaria) a la huella que esta incapacidad por poner de acuerdo lo que se vive con lo que se anhela deja en las mujeres, más afectadas por la carencia de amor que los hombres, más atormentadas por la búsqueda de una identidad que las haga ser apreciadas por los demás y por sí mismas, hasta el punto de que este conjunto de relatos bien podría titularse «Cuentos de mujeres». Suelen ser mujeres desvalidas y resignadas las que presento, pocas veces personajes agresivos, como trasunto literario que son de una época en que las reivindicaciones feministas eran prácticamente inexistentes en nuestro país. Pero diré también que ese malestar indefinible y profundo sufrido por las protagonistas de mis cuentos, ese echar de menos un poco más de amor, creo que sigue vigente hoy día, a

despecho de las protestas emitidas por tantas mujeres «emancipadas», que reniegan de una condición a la que siguen atenuadas y que las encarcela.

El ejemplo de Andrea, la protagonista de «Variaciones sobre un tema», me parece bastante ilustrativo de este conflicto —no solo femenino, por supuesto— entre la emancipación y la búsqueda de unas raíces que apuntalen la propia identidad. Este cuento es bastante posterior, de finales de los sesenta, y he querido ponerlo en primer lugar, porque tal vez sea el que más me gusta.

La ordenación no está hecha, pues —como puede verse por las fechas anotadas al final de cada cuento—, ateniéndose a un criterio cronológico, sino que he procurado agruparlos más o menos por su asunto, aun contando con la evidente dificultad derivada de que ningún tema se dé en estado puro, como ya he advertido al principio.

En términos generales, diré que he comenzado por los cuentos que podrían llamarse «de la rutina» y he terminado por aquellos en que predomina una especie de alegato contra la injusticia social, pasando por otras gamas que el propio lector descubrirá, si es que vale la pena.

Madrid, junio de 1978

Variaciones sobre un tema

La fisonomía de un invierno, tomado en su conjunto, es de por sí difícil de individualizar, y ya llevaba cinco avecindada en Madrid Andrea Barbero cuando vino a sentirse picada por la comezón de desglosar de aquel que concluía, al calor de los primeros soles de marzo, el perfil de cada uno de los otros.

Para hablar propiamente, más que tal comezón empezó siendo un mero echar la cuenta por sí misma, como si se le presentara por vez primera la necesidad de constatar que habían sido cinco los años transcurridos —aunque ya las conversaciones de su madre, proyectadas de ordinario a la pura evocación y esmaltadas de fechas por doquier, sirvieran para suministrarle sobradas referencias de tiempo y de lugar—; y, si bien es verdad que esta necesidad había llegado a asaltarla de manera bastante reincidente en los últimos meses, interfiriendo incluso de improviso su quehacer habitual, sorbiendo entera su capacidad de concentración, también es la verdad que se trataba de inerte y bien cerril concentración la aplicada por Andrea al repaso mental de los inviernos y que de aquel balance ni ideas ni emociones resultaban, tan solo la evidencia de confirmar un número. Ni siquiera hubiera sabido dar la razón que la impulsaba a buscar por inviernos en lugar de buscar por primaveras, porque la única imagen invernal que solía pintársele con toda precisión, la de unos árboles del Retiro dibujándose contra un frío atardecer violeta, no pertenecía a ese tiempo de los cinco años en cuyo amasijo revolvía inútilmente, sino al de su primera visita a Madrid desde el pueblo, aún en vida del padre. Muchas

veces, acompañada o sola, había vuelto después, cuando ya le era familiar la ciudad, a la glorieta del parque desde donde miró las copas de los árboles aquella tarde antigua, pero nunca había vuelto a estar el tiempo en ellos mismos, en el dibujo de sus ramas contra el cielo como entonces.

—¡Digo dos para leche! Te digo a ti..., dos para leche, ¡dos! —se sentía a menudo interpelar desde que, a raíz de su último cumpleaños, empezó a padecer semejantes ensimismamientos repentinos, de los que a duras penas conseguía salir para reincorporarse al ritmo de la cafetería—. ¿Pero en qué estás pensando?

Y aparte de que, en el seno de tal tráfigo, ninguna explicación medio cabal hubiera hallado asilo, quién sabe si tampoco ella, sin más ni más, podría sentirse dispuesta a tan inusitada explicación, aun dando por cesado aquel chocar de platos y cucharas, de tazas y de vasos, ahora al uso, y ya sucios, y otra vez recogidos, y de nuevo lavados bajo el chorro, para volver a emparejarse en pertenencias alternativas y fugaces con sucesivos rostros de peticionarios cuyo único distintivo era la mencionada y casual atribución —«aquel a quien falta un cuchillo», «el de la taza grande», «el que quiere dos terrones», «la del vaso largo con raja de limón»—, rostros inconsistentes, asomados al otro lado de la barra como a un abrevadero; aun suponiendo, digo —y ya era suponer—, que por extraño ensalmo la enojada pregunta con que la compañera de los ojos pintados venía a atosigar no hubiera sonado allí precisamente, desvirtuada entre tantas estridencias, sino en lugar idóneo y sosegado, a orillas, por ejemplo, del arroyo que corría por la ladera de los cantos en el pueblo donde Andrea nació, lo cual sería admitir al propio tiempo que el rostro de la amiga, al lanzar su «¿qué piensas?», no estaría crispado por la prisa y alejado en verdad de lo que preguntaba, sino entregado a la pregunta misma; aun entonces, ¿qué habría podido ella responder, de intentar ser honrada? Ni siquiera, en verdad, «pienso en el tiempo pasado», ya que los

inviernos gastados en Madrid se le presentaban simplemente como cinco palotes pintados en el aire del local, sin más decirle nada, fuera de que eran cinco y, además, apenas aquella terca voluntad de recuento cedía a las presiones insoslayables del exterior, volvían a amalgamarse, incontrolables e indistintos, en el tronco confuso de todo lo vivido, lo cual era como desvivirlos y darlos por rezagados, por vueltos al claustro de lo no ocurrido todavía, y estos eran los momentos en que, tomando su lugar, la imagen aislada de aquella otra tarde que parecía no tener nada que ver con esto y que ella llamaba en su recuerdo «la de mi escapatoria» quedaba sustituyéndolos, clara y estática, como un telón pintado, delante del cual ninguna función hubiera venido aún a desarrollarse.

—Estaba contando cinco y tú me espantas el número; quítate de ahí, que se me va la cuenta y no puedo dejarla de atender —podría haber sido, en todo caso, la frase más cabal de Andrea a su compañera, aunque de tan espontánea y directa resultaba en verdad informulable, teniendo en cuenta las inaplazables llamadas del entorno.

¿Cómo escapar, en efecto, a aquellas voces, gestos y ruidos que sin cesar interferían, mezclándose a lo propio? Precisamente el tiempo en que esta fórmula «escapar», hoy impracticable, había resultado aún valedera, era ese tiempo que en vano se intentaba contrastar con los cinco palotes de ahora y que un poeta chileno cliente de la cafetería llamó una vez, hablando con Andrea de su infancia, «edad de lo obvio», significación que, aclarada más tarde gracias al diccionario (obvio = muy claro, que está delante de los ojos), le produjo el placer de sentir identificada con una noción ajena la que ella misma guardaba sin expresar de ese tiempo donde dar un salto y echarse fuera de lo que acosa es algo tan incuestionable como mirar o beber. Pero es que un echarse fuera de los de entonces daba por supuesto, en primer lugar, que había algo que estaba fuera, lo cual ya no era poco: no confundir los campos, dominar los propios límites, saber qué era lo exterior. Y la magia

residía en el poder de reducir a exterior cuanto se prefería tener lejos, mientras cabía, por otra parte, volver propio lo que se prefería anexionar. Ahora nada estaba puesto lo suficientemente lejos como para poder saberlo ajeno, es decir, que se presentaba lo ajeno simultáneo, confundido y a la vez incomunicado con lo propio. Por eso el gesto de un brazo desconocido podía derribar, sin más ni más, aquellos cinco años surgidos a intermitencias en el aire estancado del local, acerca de cuya entidad parecía tan importante saber algo. Y aunque la persona a quien pertenecía el brazo algo tenía que ver con lo que derribaba, por haber participado en los mismos esquemas de fiesta y de labor, de sueño y de vigilia padecidos por Andrea a lo largo de los cinco inviernos recién pasados, tal consideración resultaba demasiado abstracta para llegar a dar el más mínimo calor, porque aquellos clientes movedizos no solían dar datos que permitieran imaginarlos como personas vivas en otra circunstancia que no fuera la de su estricta permanencia en el local, y nada inclinaba a sentirlos copartícipes de aquel tiempo cuyo exclusivo y terco manoseo empezaba a dar ya en enfermedad.

Fue la preocupación misma ante la frecuencia morbosa del fenómeno lo que contribuyó a irlo tornando menos ciego. Porque al necesitar preguntarse por el sentido de semejantes vanos recuentos, a fuerza de buceos en su propio pensar, vino a comprender Andrea poco a poco que no era una cronología de su vida a lo largo del período vivido en la ciudad lo que andaba buscando. Se trataba más bien, por el contrario, de una voluntad de rechazar las cronologías aceptadas hasta entonces y rastrear una pista del tiempo menos falaz. Y por este camino llegó a estar clara una cosa: la falta de sincronización entre el lenguaje del reloj o del calendario y el curso real del tiempo, que unas veces anda llevándonos en él y dejándonos habitar los paisajes a que nos asoma, y otras, las más, desconectado de nosotros igual que un

tren vacío de cuya llegada a las estaciones llevamos, eso sí, puntual cuenta.

Así resultaba inadmisibile aceptar, por ejemplo, que hubiese podido contarse por minutos, como los otros, aquel trozo de vida en el límite de la infancia con la adolescencia, salvado indemne de ese purgatorio adonde van a caer las tardes arrancadas de la edad. Y en el fenómeno de tal resurgir menester era ya detener la atención, como para tratar de descifrar una escritura jeroglífica mirada antes distraídamente.

Cuando el padre, que ahora ya estaba muerto, se levantó y dijo: «Las cuatro y media; me voy a acercar a ese recado y tú espérate, hija, que estarás cansada del madrugón y del trajín de toda la mañana», estaban marcadas, efectivamente, las cuatro y media en un reloj que presidía el gran café bullicioso, «que menudo negocio debía ser y no el bar en el pueblo», y diez minutos habrían pasado a partir de su marcha cuando los novios del asiento de al lado se levantaron también para salir. Andrea no vaciló en imitarlos; desde que se habían sentado allí, atrajeron toda su capacidad de atención, y el pensamiento de que no iba a volver a verlos nunca más se le hizo insoportable.

—Dígale a ese señor, cuando vuelva, que me he ido a dar un paseo y que sé volver a casa de los tíos —le encomendó apresuradamente al camarero—. ¿Se acordará?

—Sí, hija, pero ¿qué señor?

—El que estaba aquí antes, con traje de pana.

Eran las cinco menos cuarto, acababa de cumplir quince años y como regalo venía por primera vez a Madrid, cuyo plano guardaba en el bolsillo junto con cinco pesetas. Pero en cuanto salió a la calle, todas estas referencias se le borraron y no volvió a pensar en el padre ni a preguntar la hora ni a proyectar regreso ninguno hasta que se oscureció completamente el cielo por detrás de los árboles

de una plazuela en el parque adonde el rumbo de la pareja que guiaba sus pasos había de depositarla.

Ya aquella noche, en la cama mueble de casa de los tíos, después de haber sufrido una gran reprimenda, al tratar de repasar la tarde con los ojos abiertos en la oscuridad, le parecía a ella misma tan raro como a los demás que hubiese durado tan poco o tal vez tanto, pero aun sin poderla amueblar con acontecimiento alguno, la aceptaba, prestándole el mismo tipo de adhesión y creencia que a aquel cuento manchú del leñador que se pasó trescientos años jugando al ajedrez con unas desconocidas en un claro del bosque y luego volvió al lugar donde estuvo su cabaña, pensando que era aún el mismo día; y así no se sentía precisada a buscar explicaciones de que el tiempo se hubiera gastado como se gastó, ni impulsada a justificar su paso con la atribución de peripecias personales que no habían tenido lugar en absoluto; pero más adelante, al regresar al pueblo, como quiera que su silencio frente a las preguntas que por muchos días le siguieron haciendo sobre su escapatoria diera en interpretarse como ocultación de algún secreto, vino a hacérsele tan pobre el recuerdo de aquellas horas solitarias de paseo, que empezó a imaginarlas albergadoras de una historia cuya gestación le llevó muchas horas; y a medida que se perfilaba, iba ella convirtiéndose en protagonista de aquel secreto que le atribuían. Fue una historia insegura, llena de borradores y de versiones simultáneas, hasta que por fin una tarde se desprendió y vino a ver la luz en la confidencial narración hecha a una amiga, quien, al escucharla, le dio el espaldarazo de verdad definitiva que añade todo interlocutor como ingrediente indispensable para la cristalización de las historias.

Aun hoy, aquel muchacho de unos veinte años y de pelo negro, tal vez estudiante, a quien había seguido ávidamente por calles y por plazas, sin recibir de él más que algunos fragmentos de risa, de gestos y de voz dirigidos a otra mujer, era —adornado a veces con atributos de novios posteriores— el primer acompañante suyo en la

ciudad, y su conversación confidencial, triste y apasionada, mientras miraba junto a ella las copas de los árboles en aquel banco de la invernal glorieta, era más real que ninguna de las sostenidas después con muchachos de nombre y apellido; tan real, duradera e inapresable como las mil ramitas de los árboles que se clavaron en el atardecer de aquel día y como los incontables ensueños de cuyas profundidades la despertó el descubrimiento de la hora tardía, ya a solas en aquel mismo lugar, cuando los novios hacía rato que habían desaparecido del banco contiguo.

El tiempo, pues, venía a estar contenido mucho más en las historias deseadas —narradas a uno mismo o a otro— que en lo ocurrido en medio de fechas. En las fechas era donde se cobijaba la mentira. Aquel tiempo pasado en la glorieta —con el muchacho o ella sola o las dos cosas superpuestas— nada tenía que ver con edad ni clasificaciones; nada absolutamente con los esquemas de la madre, la cual, cuando decía «el año que reñiste con Manolo», «la primavera en que murió Jesusa», «después de mi pulmonía» o «el invierno en que empezó a venir el primo a comer los domingos», aceptaba la total solidaridad de la fecha con el acontecimiento, como si no pudieran pedirse al tiempo más cuentas que las de su coincidencia con los sucesos que había patrocinado; y aunque también ella en muchas ocasiones hubiese tratado de reconstruir el edificio de su edad apuntalándolo contra semejantes datos, sentía ahora que cualquier referencia anecdótica era un espantapájaros colocado para desorientar de una búsqueda verdadera.

En efecto, decir de un invierno «el invierno en que empezó a venir el primo los domingos» no era definición que arrojase luz ninguna sobre el paso del tiempo entre domingo y domingo, a lo largo de todo aquel invierno ni de los demás en que había seguido viniendo invariablemente y sostenido parecidas conversaciones. Tales hitos dominicales, mantenidos artificialmente, suponían algo quieto, compacto e inoperante, un muro aislador de todas las preguntas que pudieran surgir acerca del estrago y variación de las cosas.

Pues de la misma manera, ¿significaba algo tener treinta años y llevar cinco en Madrid? ¿O eran simples guarismos? La necesidad de plagarlo todo de fechas había llegado a convertir el caudal navegable del tiempo en los propios canales que simplemente lo debían contener. Ahí estaba el engaño. Se saltaba de una Navidad a una Semana Santa, y de allí a un verano, y luego los letreros decían «cumpleaños», pero estas fechas, a cuyo haber se cargaba el olvido de todas las demás, eran las responsables del tiempo despreciado, escurrido por entre sus intersticios, del tiempo que nadie sentía como río a navegar.

Por eso, aunque Andrea actualmente podía decir bien alto, y sin que fuera propiamente mentira, «trabajo en una cafetería, salgo a la calle, me pierdo entre la gente, nadie me pide cuentas, me compro trajes y zapatos, no me pudro en un pueblo, les gusto a los chicos, sé un poco de inglés», este resumen solamente se volvía significativo al añadirle secretamente la rúbrica del «soy aquella que soñé», como si la imagen de hoy no fuera verdad más que por estar referida al deseo con que empezó a ser acariciada quince años atrás, en la casual glorieta.

Allí, a aquel cielo que fue propagando sus insensibles variaciones entre las ramas de los árboles hasta la total difuminación de toda luz y dibujo, y a las añoranzas de futuro que tal contemplación produjo en su mente de niña pueblerina, a aquellos últimos rojos de la tarde, alumbradores de anhelos y propósitos, era donde había que retroceder, a ese rescoldo —por fin estaba claro—, a buscar el rostro escondido de los cinco años, transformados más tarde, al ser verdad, en esta cuadrícula de fechas y sucesos que cualquier mediocre y ordenado cronista, sin gran esfuerzo, habría podido fielmente reproducir.

Madrid, febrero de 1967

La oficina

Era Matías Manzano un hombre adormecido, maquinal. Se había acostumbrado a quitar las hojas del calendario, a bostezar, a ponerse bufanda, a oír cómo le daban los buenos días sus compañeros de la oficina y cómo contestaba él; a verse siempre delante, encima de los papeles de la mesa, como reflejadas, unas manos postizas, rutinarias, enjauladas, unas manos que le venían grandes. Se había acostumbrado, sobre todo, a sentir que a su nombre se le iban desgastando las esquinas como a un viejo canto rodado.

—Manzano, pásame esos expedientes.

—Manzano, llame al Banco Central.

Manzano, Manzano, Manzano... Eran como de fantasmas aquellas voces que le perseguían y danzaban siempre alrededor de él. Y detrás de las voces se enganchaba el ruido de los pasos, el tecleto de las máquinas, el timbre del teléfono, que no paraba nunca de sonar. Algún día, de pronto, él sentía deseos de escaparse. Imaginaba el silencio de alguna calle lateral, muy solitaria, por donde había pasado un domingo por la tarde, y solo con acordarse creía descansar. Sin embargo, esta calle podía ser muy vulgar, no significar nada, pero así recordada, desde la oficina, parecía tener en alguna parte una ranura por donde mirar más lejos, afuera. Después de estos paréntesis fugaces y espaciados, el trabajo seguía más deprisa. Le amurallaban cientos de papeles añadidos de un día para otro, enhebrados, que nunca tenían fin. Solo aquellos papeles existían: él era responsable de tan graves asuntos, de tan

fenomenales cifras de dinero. Manejaba todo aquello sin saber por qué, como si estuviera pintado dentro de un cuadro y no pudiera salirse. Día tras día, año tras año, llegaba el primero a la oficina, con su traje marrón y su corbata de lazo, como haciendo las veces de otro.

«¡Qué bien cumple este Manzano!», se decía complacido el señor Tortosa, de la Inmobiliaria Tortosa, S. L. Y hasta había decidido subirle el sueldo, a pesar de que él nunca lo pidió. Pero precisamente porque él nunca lo pedía, fue una de estas decisiones que siempre se tienen en la mente sin llevarlas a cabo y que se van dejando de un mes para otro. Y así, cada una de las veces que el señor Tortosa se decía «Este chico merece que yo le suba el sueldo», su conciencia se quedaba tranquila para una temporada, como si ya se lo hubiese subido.

El rostro del señor Tortosa carecía de expresión habitualmente, pero podía adaptarse con extraordinaria rapidez a un molde cualquiera. Así podía aparecer sucesivamente afable y cordial, grave, resuelto, irritado, según el asunto de que se tratase, siempre dentro de los límites de la mayor mesura. El señor Tortosa hablaba en letras mayúsculas, las mismas para cada vez, pero barajadas de distinta manera, como en los titulares de los periódicos: «... Dignidad profesional», «bien entendido», «opinión que respeto». Cuando se quedaba solo, el señor Tortosa inflaba, encorsetaba, adiestraba su ejército de letras mayúsculas, se organizaba con ellas, ensayaba ataques y contraataques. Mientras fingía escuchar a otro que le estaba hablando, perfeccionaba los palotes de sus letras mayúsculas, pendiente de que al soltarlas no se le fueran a salir de la fila. Y nunca se le salían ni temblaban. Cosa de la imprenta. Los demás se estrellaban contra aquella procesión terca, perfecta de las letras mayúsculas; y hasta les gustaba —a los más— verlas salir así, tan tiesecitas y modosas, tan bien imitadas, como si respondieran a algo vivo, y se embobaban con la amabilidad de aquel señor.

Matías, después de bastante pensar, había decidido que el color que le correspondía a su jefe era un azul cobalto. Se distraía poniéndole colores a la gente. Así, por ejemplo, la señorita Mercedes, la mecanógrafa, era entre gris y pardo, de color pluma de perdiz. La señorita Mercedes se sentaba a trabajar en la mesa de enfrente a la de Matías y llevaba los labios pintados por fuera de su sitio. Matías miraba estos falsos labios rojísimos de la señorita Mercedes, y a veces seguía la raya donde parecían terminar los de verdad, imaginando la expresión diferente que darían al rostro. Siempre estaba acariciando la tentación de quitarle la pintura sobrante con un trapito mojado en aguarrás. Si ella se dejara, daría tanto gusto hacerlo. Y se lo quitaría despacio, sin daño ninguno.

La señorita Mercedes, Mercedes García, tan formalita y tan mona, medio empotrada siempre entre un clasificador de tapa ondulada que se bajaba haciendo mucho ruido, y el gran fichero verde, a nadie daba pie para confianzas.

—Vaya, es usted tocaya de la máquina —le decían algunos, cuando sabían su nombre.

—Sí, señor; ya ve usted —contestaba ella sin entusiasmo ninguno ni levantar la cabeza del trabajo más que lo poquito que requería la buena educación.

—Hija, qué parada eres. Tú me parece que te vas a quedar para vestir santos —le repetía muchas veces su amiga.

Mercedes, como todas las mecanógrafas, cuando no les ha salido novio todavía, tenía su amiga íntima que solía llamar por teléfono a eso de las seis.

—¿Está Mercedes?

—Sí, un momento. ¡Señorita Mercedes!

El teléfono estaba sobre la mesa de Matías, y era él quien lo cogía y la avisaba. Mercedes se levantaba casi aun antes de sentirse llamar, como para ser menos vista, y cruzaba la habitación con las manos colgando. Le parecía que hablaba demasiado alto y que todos se callaban para mirarla a ella. La conversación con su amiga

era muy breve y se componía en gran parte de monosílabos, que variaban poco de unos días a otros. Se ponían de acuerdo sobre la hora en que iban a salir de sus respectivos trabajos, sobre si podían verse o no aquel día y dónde era mejor. Cuando una de ellas se salía de este tema y quería contar algo más largo, le cortaba la otra enseguida:

—Sí, bueno. Hasta luego. Tengo mucho que hacer. —Mercedes colgaba el teléfono y le decía a Matías:

—Muchas gracias, Manzano.

Y él respondía:

—Nada...

Así todos los días. Quizá la primera vez que Mercedes le dijo esto, lo hizo espontáneamente; tal vez agradeció que no hubiese posado el auricular en la mesa y se lo alargara con su propia mano, como si fuese una carta; seguramente entonces acompañó con un gesto afectuoso aquellas tres palabras llenándolas del significado que tenían. Por ahora ya no podía escoger entre decirlas y dejarlas de decir. Ese primer día quién sabe dónde estaba. Dar las gracias a Matías Manzano al acabar de hablar por teléfono se había convertido para ella en una pieza inevitable, ni más ni menos importante que cualquier otra de las que integraban el engranaje de aquella oficina y mantenían su buen funcionamiento.

Al anochecer, antes de volverse a casa, Mercedes y su amiga se juntaban para dar una vuelta. Desembocaban en las calles del centro, se alistaban a su complicado abejeo, sorteando motocicletas, camiones, ciegucecitos; se entretejían en el incierto fluir de la gente, como si se echaran en una crepitante hoguera a formar parte de su resplandor. Eran calles de altivos edificios iluminados con luz fluorescente, edificios sin risas ni descarnaduras, sin muchachas asomadas, sin persianas verdes ni jaulas de canarios. Edificios valorados en millones de pesetas, gravados con hipotecas, descritos en expedientes y legajos, acechados con codicia por importantísimas firmas sociales que después los poseían

ávidamente, como a mujeres en venta. La gente se echaba a estas calles con los ojos expectantes, abiertos como puertas por ver si les entraba alguna imagen nueva con que amasar su sueño de aquel día. En los miles de pares de ojos se detenía el reflejo chillón, insistente, de los letreros luminosos, y parecían lágrimas verdes, rojas, azules, a punto de resbalar. Zumbaban las ruedas, los motores, los voceadores de periódicos, los silbatos, las cafeterías; y los rostros atónitos se agolpaban como racimos dentro de los espejos, en las reverberantes lunas de los escaparates de lujo, donde abubillas y garzas disecadas traían en el pico un largo guante malva, una sandalia dorada o un encendedor de zafiros. El cielo se replegaba perseguido por luces, bocinas y antenas, herido contra el filo de altísimos aleros, tupido, estrangulado por el vaho rojizo de los anuncios, y corría en zigzag hacia las afueras.

Mercedes se cansaba:

—¿Nos vamos para casa?

—¿Tan pronto?

—Mujer..., para lo que estamos haciendo. Yo tengo sueño.

Los domingos por la mañana, cuando hacía bueno, iban de paseo al parque. Caminaban perezosamente, del brazo, mirándose los pies, las ramas de los árboles, el iris de la manga riega. El parque era como una gran isla de sol y de silencio cercada de cables, de casas, de tranvías. Un día se encontraron a Matías allí. Estaba sentado en el banco de una alameda lateral, un poco oculta, y tenía en la mano unos trozos de miga de pan. Los deshacía despacio entre los dedos, y tímidamente acudían los pájaros, a brinquitos. Había hasta una docena de pájaros alrededor de sus pies, y uno más atrevido había volado al banco de madera y estaba allí encaramado encima de un libro y unos periódicos, mirando con susto a Matías, que extendía hacia él la palma de su mano izquierda llena de miguitas. Una raya de sol, filtrada al menearse los árboles del paseo, se balanceaba sobre su cabeza inclinada, sobre su pelo despeinado y oscuro. Mercedes le iba a haber dicho a su amiga:

«Mira, ese es Manzano; uno de mi oficina», pero luego le pareció tan poco importante que no dijo nada. Pasaron de largo y él no las vio.

Lo mejor era los sábados por la tarde, y algún día entre semana, cuando iban al cine. Allí mismo, atravesando la calle había un cine; y otro pegando con la oficina, pared por medio. Parecía mentira lo cerca que estaba, lo fácil que era ir. A Mercedes le hubiera gustado tener que preparar un largo viaje y ponerse un vestido completamente distinto, despedirse de todos como si nunca fuera a volver. Se extasiaba con las películas en technicolor, de caballos rojizos vadeando ríos, de persecuciones y galopadas, de lejanas montañas tan verdaderas, de carros trashumantes avanzando torpemente a la luz de la luna. Historias de tiros, de indígenas, de cabarets, de naufragios, de mujeres fascinantes que cantan con collares de flores, de hombres duros y arrojados, de muerte y contrabando, de barcos piratas, de amores inconmensurables. Cuando el más alto escapaba de todos los peligros y llegaba, por fin, a besar a la muchacha, se encendían las luces bruscamente, empezaba a chillar una gramola, y era que las echaban. Estaban en un local mal iluminado, que olía a ozonopino, donde se paseaban como fantasmas dos o tres niños arrendados que pregonaban chicle y patatas fritas.

—¿Vamos? —le decía su amiga, levantándose.

Mercedes sentía una sorda irritación que se le enconaba al no saber contra quién dirigirla. Miraba con ojos rencorosos la pantalla, que era solo una sábana estirada, y se revolvía contra aquella estampada y fría blancura igual que un toro engañado al embestir, ávido de sangre.

—¡El viejo, qué bien trabaja! Es el que hacía de comisario de policía en *La noche de asfalto*. ¿Te acuerdas?

—Sí, ya me acuerdo.

Salían poniéndose los abrigos al frío, a la calle, a la luz, a la rueda de siempre.

Todas las noches, antes de acostarse, Mercedes se ponía los bigudíes delante del espejo del lavabo. Aunque estuviera muy cansada, nunca se acostaba sin ponerse los bigudíes. Lo hacía casi sin mirar, partiendo el pelo en zonas que envolvía muy deprisa en cada hierrito, como si estuviera liando pitillos. Sobre el espejo estaba la bombilla encendida. Muchas noches, al terminar su tarea, Mercedes se encerraba con pestillo en aquel cuarto y se contemplaba el rostro atentamente, con los codos apoyados en el lavabo. Un rostro ancho, pasmado, de ojos enrojecidos que no expresaban ninguna cosa, un rostro que parecía recortado en cartón. Lo miraba como si lo viese cada noche por vez primera, y necesitaba concentrarse trabajosamente para sentir de verdad que le pertenecía. Durante mucho rato se miraban los ojos de fuera y los del espejo, se buscaban hasta acercarse y fundirse. Y los de dentro, pronto tenían a flor el hilo del llanto. Al menor temblor de pestañas, la primera lágrima caía, dejando una huella seca y ardiente en la piel de la mejilla, un cauce tirante de sed que pedía más lágrimas. Era algo necesario y natural, como la lluvia. Lloraban largamente los ojos de Mercedes, sintiendo la compañía de aquellos otros del espejo, que por fin la habían reconocido.

Los clientes que venían a la oficina se clasificaban en dos categorías muy bien definidas: los que pasaban al despacho del jefe y los que no llegaban a verle jamás. Se les distinguía solo con verlos. Entraban los del primer tipo con el paso seguro, la mirada resuelta y arrogante. Se sentaban sin que nadie les invitase a hacerlo, abrían con parsimonia una pequeña cartera que traían en el bolsillo, y buscaban allí su tarjeta de visita. La sacaban, la tendían con indolencia. Eran tarjetas blancas y primorosas, impresas algunas en letras de relieve que se notaban al tacto, y podían llegar a tener hasta tres direcciones distintas con sus tres teléfonos para cada solo nombre. Mientras un empleado pasaba estas tarjetas al

despacho del señor Tortosa, ellos se distraían hojeando un pequeño bloc y tachando las cosas importantes que llevaban hechas aquella mañana.

Cuanto más apellidos y direcciones tenía la tarjeta, más pronto volvía el empleado:

—Que tenga usted la bondad de pasar.

Al salir saludaban con una alta sonrisa. Eran personas correctas e insolentes, exhibidas detrás de sus apellidos que les protegían de cualquier contacto, como fanales de cristal.

Los clientes del segundo grupo se quedaban en la puerta antes de entrar, mirando con temor y desconcierto las ocho mesas que había en la habitación, como echando a suertes mentalmente para saber a cuál se dirigirían, o tal vez esperando a que de alguna de ellas se alzaran unos ojos, invitándoles a pasar. Siempre venían a preguntar alguna cosa que no sabían explicar bien y se enredaban en largas y confusas historias. Se atropellaban fatigosamente, deseando acabar, y parecían seguros de estar equivocados; hablaban mirando a las carpetas y los teléfonos y lo que iban diciendo se les enfriaba. Los rostros de estos clientes se repetían con frecuencia. Muchos volvían dos o tres veces para cada cosa, porque no se enteraban bien a la primera y les daba vergüenza pedir que se lo explicaran nuevamente. Además, como no tenían tarjeta, les exigían instancias y certificados de otras oficinas para acreditar su personalidad. Se les gastaba todo el día rodando de ventanilla en ventanilla, de mesa en mesa, pidiendo firmas y avales, rellenando impresos, pegando sellos móviles, escribiendo que su padre se llamaba Manuel y su madre Josefa, dando las gracias.

Estos clientes del segundo grupo nunca dejaban propina. Las propinas de los clientes buenos se recogían y repartían con arreglo a los sueldos; es decir, que al que tenía mayor sueldo le tocaba mayor parte de propina, no al contrario.

Estar en la oficina era para Matías Manzano como viajar en un trolebús al lado de personas de las que nada se sabe sino que van

por azar a la misma parada. Siempre andaban de broma los compañeros, poniéndose motes unos a otros, riñendo al chico de los recados, comiendo bocadillos de chorizo. Y, sobre todo, la conversación. En cuanto uno levantaba la cabeza de los papeles, ya estaban los demás en guardia, dispuestos a tenderle apresuradamente sus palabras, como a un náufrago. Se quedaban en mangas de camisa para darse mayor confianza, hablaban de sus comidas, de sus aficiones, de sus novias, como por obligación. Los lunes se discutía de fútbol con todo el que entrara por la puerta, que quisiera que no. Daban diversas versiones del partido del domingo, pero hablando cada uno por su cuenta, sin que nadie escuchara a nadie, porque así tiene que ser. Hacían dibujos con tinta en el cristal de las mesas, se tiraban de la manga unos a otros exigiéndose mutua atención, ardían al tiempo todos los explicoteos. A Matías, en los casos extremos, le ponían de árbitro en las discusiones.

—Pero juzgue usted, Manzano. A ver lo que dice Manzano.

Y él, como todos le miraban, decía que sí, que puede ser, que seguramente... Le miraban con pena y extrañeza, igual que a un niño terco que no quiere jugar con los demás.

Al salir del trabajo, Matías cogía el metro y se iba a casa. Era la misma línea que solía tomar la señorita Mercedes, y se bajaba en una estación anterior a la suya, porque vivían bastante cerca, aunque nunca lo supieron. Alguna vez hasta viajaron en el mismo vagón y entraron por la misma puerta, pero sin llegar a verse de tan apretados como iban, separados por filas y filas de rostros sufridos e impenetrables que apenas parpadeaban, de manos que agarraban cantarillas, niños pequeños, paquetes de libros, maletas, ramos de flores y fuentes de pasteles con su carta para otra persona. Todos se concentraban en los objetos que llevaban en la mano, los empuñaban con fuerza como símbolos o estandartes. Atento cada uno a no perder su objeto, a no olvidar su recado, a no pasarse de su estación.

Matías vivía solo con su madre.

—¿Qué tal por la oficina? —le preguntaba todos los días su madre con idéntico interés.

—Bien, madre. Allí... —contestaba Matías vagamente.

—No sé qué tienes, hijo. Tú estás malo. Levanta la cabeza. Mírame.

—Que no. No tengo nada. De verdad.

—No sé, mi hijo es tan raro —les contaba la madre de Matías a las vecinas—. Siempre me parece que anda malo o que está triste.

La casa de Matías era de renta antigua y tenía cuatro habitaciones. La madre de Matías recorría las cuatro habitaciones de la casa igual que cuando andaba de compras por la calle. Siempre estaba peroleando en la cocina, limpiando los dorados, fregando las baldosas, cambiando de sitio los cromos de las paredes y los tiestos del balcón, esperando la vuelta de su hijo. Cuando venía él, suspiraba, pero le gustaba más reírse. Le gustaba mucho reírse y meterle un codazo a los demás para que se rieran con ella. Le gustaba pegar la hebra y dar a cada momento el parte de lo que estaba haciendo o de lo que iba a hacer: «He abierto la ventana para que se vaya el olor de pescado frito...». «Voy a fregar el retrete...». «Me bajo a por vinagre». A la madre de Matías le hubiera gustado tener una nuera. La madre de Matías tenía su capacho de hule y todas las mujeres del barrio tenían uno. Lo sacaba colgado del brazo y se saludaban con la mano libre de acera a acera, o en la cola de la carne.

Era aquel un barrio destartado, incorrecto y alegre. Un barrio de tabernas y solares, de taxis en descanso, de tiovivos. Las casas se levantaban a empujones y hacían montar a las calles unas sobre otras de cualquier manera.

Siempre las andaban empedrando las calles de aquel barrio. Montones de adoquines levantados, de trabajo estacionado y perezoso. Parecía que era siempre el mismo grupo de adoquines que pasaba de calle a calle, que los que quitaban de un sitio servían para remediar otro y siempre tenía que quedar algo destapado.

Todas las calles salían a una plaza desnuda, redonda y tirante como un tambor. En la plaza estaba la boca del metro, y junto a ella muchos tenderetes de avellanas, higos pasos y peladillas con los precios pinchados en un palito. Además de estos frutos secos se vendían zambombas y molinos, caretas, serpentinas, carracas, aleluyas de la Pasión del Señor, pelotitas atadas a una goma y botijos, según la época del año. En torno a estos tenderetes había mucho ruido y alegría, como si todo el barrio anduviese de fiesta.

Matías se paseaba por entre las gentes de su barrio, que algunas veces le decían adiós, miraba las hogueras que hacían los chiquillos en los desmontes, cuando llegaba el frío, andaba con las manos metidas en los bolsillos, por los barrios que recordaba de siempre, a la luz de los faroles, al socaire de aquellos muros que todavía estaban en pie, que todavía le albergaban. Él sabía que su barrio era viejo. Algunas noches de agosto lo había mirado desde su balcón, bajo la luna turbia, y le había parecido que se tambaleaba; había sentido en sí las grietas de aquellas casas que resoplaban trabajosamente, que buscaban el aire, la vida, que alzaban la cabeza a lo alto y se apoyaban unas en otras para no caer. Muchas noches, cuando se habían apagado los ruidos y las risas, Matías se asomaba para espiar la respiración de su barrio, como si se acercara de puntillas al cuarto de un enfermo para mirarlo dormir.

A la amiga de Mercedes le salió un novio linotipista y se casaron a fines de verano. Los invitados fueron a celebrar la boda a un merendero que había junto al Manzanares, con sus sillas y mesas de madera debajo de un emparrado medio seco, y organizaron un poco de baile. Era una tarde bochornosa de gordas nubes que se tropezaban vacilando, como si se quisieran caer a la tierra. Mercedes pidió un helado de limón, pero luego le sirvieron *cup*, porque habían hecho mucho y todos lo tomaban. Sabía a sidra y tenía trozos de plátano flotando. Cada vez venía más gente y, como

aquello era pequeño, no se cabía para bailar. La música de la orquesta se confundía con otras músicas de altavoces que venían de las casetas de tiro al blanco que había al otro lado del río. También se oían rachas de risas y el chocar de los cochecitos eléctricos. Mercedes bailó mucho aquella tarde. Casi todos le hablaban del calor. Unos brazos la soltaban, la agarraban otros, y ella sentía en su espalda el sudor de aquellas manos sucesivas, a través de la blusa de organdí. «Cómo me la deben de estar arrugando —pensaba—. Y también la voy a tener que lavar. Es una pena. El vestido azul me encogió». Su pareja decía:

—¿Cómo te llamas tú?

—Yo, Mercedes.

—Qué calor hace, ¿verdad, Mercedes? Debíamos ir a beber algo.

Tenía como un humo delante de los ojos. Le mareaba el olor a churros fritos de la verbena. Algunas conocidas la saludaban desde otras mesas:

—¿Qué tal lo pasas?

—Estupendo; muy bien.

A lo último se dio cuenta de que llevaba tres o cuatro veces seguidas bailando con el mismo. Era un muchacho moreno, silencioso, de ojos pegajosos y tenaces como dos tábanos. La miraba fijamente, con una mirada acre que arañaba. No hablaba una palabra. A Mercedes no le gustaba bailar con aquel chico, pero no encontraba la forma de decírselo.

Le pesaba la lengua, como de suela. Una vez fueron a apoyarse en la barandilla del merendero que daba encima del río. Ya habían encendido las luces y acudían las mariposas de noche a pegarse golpes contra las bombillas. Dentro de su cajón de cemento, el río era un reguero mezquino, avanzando apenas entre costras de eczema y porquería. Hacía un calor insoportable. De pronto el muchacho cogió a Mercedes por la cintura y la atrajo fuertemente hacia sí. Solo fue un instante, pero ella sintió muy cerca de sus labios la respiración densa y entrecortada de aquel hombre y le

subió una violenta náusea. Se desprendió bruscamente, y, metiéndose a codazos por entre los grupos espesos de parejas que bailaban, corrió a encerrarse en el lavabo. Oía los pitidos de la orquesta a través de la puerta cerrada. Por el ventanillo abierto se veía un manojito de estrellas recientes y agudas como puntas de alfiler. Mercedes apoyó la frente en el cristal del espejo y estuvo así mucho rato, sin acordarse de nada. Luego sintió los golpes que daba alguien que quería entrar. Se lavó la cara con agua fría y se marchó a casa sin despedirse de nadie.

El otoño le pilló a Matías angustiado, febril, sin apetito. Le dolía la espalda y a veces, cuando estaba trabajando, se le nublaban las imágenes de repente. Tenía que cerrar los ojos. Esto le aterraba, le daba una enorme sensación de inseguridad. ¡Qué cristal tan tenue y maravilloso el de los ojos! Sentir herido, amenazado, el cristal de sus ojos era como sentir el aviso de que algo fallaba, de que se podía derrumbar. Solamente por los ojos había salido y se había alzado alguna vez. Eran las ventanas y se habían posado allí todas las nubes y viajes, todas las luces que iluminaban su casa de tierra. «Y cuando se cieguen —pensaba Matías—, cuando lleguen a ser de tierra ellos también, uno se habrá muerto sin remedio».

El trabajo de la oficina se empezó a volver para él agotador, como tirar de un carro. Necesitaba apartar de sí los confusos pensamientos que le asaltaban mientras había balances y sumas, pero también fijarlos en alguna parte, dejarlos a buen recaudo para reemprender el hilo después, cuando hubiera una tregua. Y así, a lo mejor se quedaba un rato mirando al vacío, repitiendo en su mente una palabra que le acosaba, como buscando sitio donde ponerla, y hasta que no la escribía ni se libraba de ella, no podía seguir trabajando. Se le llegó a hacer indispensable echarle un lazo a las ideas, no dejarse ir ninguna. Andaba desasosegado, apuntando palabras a escondidas en puntas de papeles, en trocitos de sobres,

guardándose aquellos pedazos en el bolsillo, sobándolos, arrugándolos con los dedos mientras sonaban las llamadas del jefe, y las del timbre de la puerta, y sobre todo las del teléfono, allí mismo, encima de su mesa, urgente, alevoso, sobrecogedor. Lo cogía Matías medio asustado, como si le hubieran sorprendido durmiendo y bajara vistiéndose a toda prisa.

—¿Inmobiliaria Tortosa?

—Sí, señor; sí...

—Verá usted, Manzano: yo soy el señor Puig.

—Ah, ya... ¿Cómo está usted?

Y los papelitos del bolsillo se iban rompiendo, y las palabras escritas se borraban.

Casi todas las tardes, medio disimulando, tenía ocasión Matías de acercarse a la ventana, levantar un visillo y quedarse con la frente en los cristales, mirando un rato las chimeneas. La oficina estaba en un sexto piso y aquella ventana daba a un patio con sus ropas colgadas a secar, con sus desconchados, sus grietas y sus canalones. La pared de enfrente a la ventana quedaba más baja y descubría algunas azoteas y tejados de otras casas. Cada azotea con su fila de tiestos, cada tejado con su fila de chimeneas. Dos, tres, cuatro chimeneas en cada tejado. Nacían así, formando grupos, en tiestos de cemento, los tubos negros con su sombrerito encima; nacían juntos de dos en dos, de tres en tres, como plantas raquíticas. Matías se asomaba cuando estaba atardeciendo, y allí estaba siempre el triste, desparramado ejército de las chimeneas que parecían esqueletos negros contra el cielo, indeciso, lechoso, vulgar de la ciudad. Era la hora del parpadeo de las ventanas. Unas encendían la luz, otras cerraban las maderas, otras se abrían. Se veían a través de los visillos imágenes confusas de dentro de las habitaciones, y se movían en el marco de la ventana como en un ojo débil, lagrimante. Algunas mujeres arremangadas se asomaban a recoger la ropa tendida y subían por el patio voces de niños mezcladas con el ruido de motores eléctricos, de máquinas de

escribir. Matías miraba las chimeneas tan quietas contra el cielo. De algunas salía un humo recto y leve, pero casi todas estaban como muertas. Él amaba aquella paz, aquella muerte de las viejas chimeneas. Miraba todo aquello como si lo quisiera penetrar. Se sentaba nuevamente a la mesa. Escribía: «chimenea».

Un día tuvo tanta fiebre que no pudo venir a trabajar. Su madre bajó temprano a la lechería y desde allí llamó por teléfono. No hacía más que decirle al que se puso:

—Si hace falta, puedo hablar con el jefe. Porque usted no será el jefe, ¿verdad?

—No, señora. Todavía no ha venido.

—Él no puede moverse en unos días, ya digo. Toda la noche con cuarenta de fiebre y delirando. No le dejo ir yo, aunque quiera. Ustedes ya lo conocen, ya saben lo cumplidor que es. Porque usted será compañero suyo, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pues me gustaría decírselo también al jefe... Ya ve usted, toda la noche delirando. Hasta que yo le oí y me levanté. Porque él ya venía malo de largo; lo que pasa es que es sufrido y nunca se queja... Y el jefe, ¿a qué hora llega, me hace el favor?

—Depende. Pero usted no se apure, porque yo se lo diré en cuanto llegue.

—Muchas gracias. Él está tan preocupado por la oficina... Ya le he dicho yo: «No te apures, hombre; tú qué le vas a hacer. No es culpa tuya...». ¿No le parece a usted?

—Claro, claro, señora...

—Conque ya no tengo que volver a llamar. Usted se lo dice al jefe...

—Sí, señora. Descuide.

—Bueno, pues no le molesto más, que tendrá que hacer. Adiós y muchas gracias.

—Adiós, que se mejore.

Se pasaron ocho días. Claro, sí, fueron ocho. En la oficina el tiempo pasa rápido, lento, no se sabe. A los ocho días de esta conversación se recibió un sobre que traía dentro varias estampitas dobles, rodeadas de cerco negro. Tantas como empleados eran. En sus últimos delirios, Matías había contado varias veces los empleados de la oficina, y su madre le oyó y supo los que había. Tardaron bastante rato en abrir aquel sobre, porque era un día de mucho quehacer y había que terminar urgentemente varias cosas. El propio jefe había salido de su despacho para pedirles a todos que intensificaran el trabajo, que hicieran un esfuerzo, por favor. Pero, por fin, al cabo de algún tiempo, el empleado encargado de repartir las propinas y las gomas de borrar fue dejando en cada mesa uno de aquellos recordatorios.

La señorita Mercedes, que torcía un poquito la cabeza a la izquierda, vio casualmente el suyo. Iba a seguir escribiendo; le pareció un anuncio, cualquier cosa, pero se fijó bien. Representaba la Virgen Dolorosa, llorando al pie de la Cruz. Dejó de escribir, lo cogió y leyó dentro: «Rogad a Dios en caridad por el alma de Matías Manzano Fernández, que falleció en Madrid, a los treinta y tres años de edad, habiendo recibido los Santos Sacramentos. Su desconsolada madre, Juliana Fernández, ruega una oración por su alma».

Y debajo, en letra más pequeña: «Una lágrima por el muerto se evapora, una flor sobre su tumba se marchita. Una oración por su alma siempre la recoge Dios».

Mercedes cruzó los ojos enfrente, a la mesa vacía de Matías Manzano, debajo de una gotera que había en la pared.

—Sí, hombre; era uno pálido, de gafas, muy sosito, que se sentaba ahí... —le estaban diciendo los compañeros a uno que venía a cobrar la contribución.

—Eso, sí: el del traje marrón. Ya estaba algo enfermo; este habló con su madre. Ha sido cosa de ocho días.

La señorita Mercedes no podía escribir. A la señorita Mercedes le pasaba algo extraño. Conque Matías Manzano, el muerto, tenía una madre —su desconsolada madre, Juliana Fernández...—. Treinta y tres años. Y también una edad. Era mucho más sorprendente enterarse de estas cosas que de su muerte misma. Solamente ahora, de un golpe brusco, al calor de estos datos, venía a apercebirse Mercedes de que realmente Matías había estado vivo, tal vez durante años, con su rostro allí enfrente.

«El del traje marrón, sí. Y también llevaba bufanda. La llevaba casi todo el año, hasta que entraban los calores. De cuadros. Y un día le vi en el parque, yendo con Rosaura, él solo, echándoles miguitas a los pájaros. ¿Qué pensaría allí? Pude haberme acercado. Su madre, pobrecilla, sola, sin otros hijos... Y ¿por qué miraría tantas veces mis labios?, tantas veces, es cierto».

Se le representaba aquella mirada cobarde, de animal acorralado, que se clavaba en ella, a lo mejor, a través de la tarde, de los amortiguados ruidos cotidianos. Tal vez años. Allí enfrente. Buceando como ella en la mañana gris y soñolienta de los días, en aquella niebla que iba sumiéndoles. Sí, años. Seguramente muchos. Aunque era tan difícil acordarse.

Mercedes no volvía. «Hoy hay prisa. El jefe nos ha metido prisa». Pero Mercedes quería acordarse de los ojos de Matías, de la primera vez que los había visto. Las máquinas ya reanudaban su ruido, lentamente al principio, como cascos de caballo al paso. Prisa, prisa. Pero ¿no puede haber un día distinto? «Una lágrima por el muerto se evapora. Por Matías Manzano se evapora». Mercedes no volvía. Trataba de rezar. El timbre de la puerta, el timbre del teléfono. Para rezar tenía que acordarse de cuando era niña, agujonear aquella piedad olvidada. También sería bueno localizar los ojos de Matías, acordarse por lo menos de su color. O mejor de la voz. Por ejemplo, cuando decía: «De nada...». Pero era muy difícil acordarse de algo, muy difícil rezar. Los remolinos de imágenes de todos los tiempos, que giraban, como larvas, buscando

la salida, se aplastaban sin aliento contra una sucesión de frases opacas, insistentes y vacías, entreveradas como placas de acero. «Condición suspensiva...», «persona de solvencia...», «plazo de un mes...», «con el visto bueno del presidente de la expresada sociedad, don Evaristo Tortosa...». Todas las máquinas funcionaban otra vez. «Padre nuestro que estás en los cielos... que estás en los cielos..., en los cielos...».

Aquella noche, al mirarse en el espejo, después de ponerse los bigudíes, se fijó Mercedes en unas arruguitas que se le señalaban en las comisuras de la boca y de los ojos.

«Treinta y un años cumplo en diciembre —se dijo—. Ya no me casaré». Lo decidió de pronto, firmemente. Se le impuso esta certidumbre con enorme simpleza, con una clara y terrible seguridad. Lo pensó sin amargura, y ni siquiera sintió extrañeza de no haberlo pensado hasta entonces, como si solo aquel fuera el momento de caer en la cuenta.

La señorita Mercedes, efectivamente, no se casó. Ya lo decía su amiga. Se le pasó el momento de casarse. Podría haberse casado con Matías Manzano, años atrás, y tal vez hubieran sido bastante felices. Y también Matías Manzano podría no haberse muerto. Pero la señorita Mercedes no se casó. Y la madre de Matías, que nunca tuvo una nuera, seguía bajando a la compra, vestida de negro, con su capacho.

En la mesa de Matías Manzano pusieron a otro empleado de los antiguos. Al principio, alguna vez que lo veía levantarse, pensaba Mercedes: «Ya va a mirar un ratito el patio por los cristales...». Pero luego, al acordarse de que no era Matías, le daba un pequeño vuelco el corazón. Eso era todo. Un vuelco de un instante, que se apagaba. Esto ni siquiera era echarlo de menos. Así es que, realmente, no se notaba nada, y todo siguió igual.

También ella, la señorita Mercedes García, un día se morirá sin avisar a nadie —de gripe y soledad, de cualquier cosa—, y para llenar el hueco que deje entre el fichero verde y el clasificador,

pondrán un anuncio en el periódico y vendrá otra muchacha cualquiera.

Madrid, enero de 1954

Un día de libertad

Esta tarde, cuando he vuelto a casa, Marta no estaba. La he llamado por el pasillo varias veces, porque no contestaba a la primera; con más urgencia cada vez, mientras miraba en las habitaciones, con una gran urgencia, con angustia, como si hubiera fuego en la escalera. Yo mismo me he sorprendido: ¡Si no la necesito para nada! Precisamente es mejor que no esté. Todo el camino lo he venido pensando, que ojalá pudiera llegar a casa y estar un rato solo. Desde que ando ocultando lo que me pasa, lo peor son los ojos de ella posados sobre mí como moscas inmóviles. Me miran sin esforzarse, resbalando, solo porque me parezco al que han visto otros días, todos los días. Pero yo, desde ayer, soy un poco distinto. No diré que gran cosa. La diferencia que va de un empleado a un hombre despedido de su empleo. Claro que si esta diferencia, por tenue, por pequeña que sea, es la primera que se produce durante diez años, y uno nota que estaba entumecido, con la cabeza quieta, torcida en una sola dirección —igual que cuando van a retratarnos—, y ahora puede volverla mirando para atrás, de frente y hacia arriba, la cosa cobra un aire de acontecimiento.

¿Qué diría ella si lo supiera? Seguramente nada, durante un largo rato. Le parecería mentira y no llegaría a entenderlo. Volvería los ojos alrededor como buscando amparo y confianza en las cosas conocidas, y allí estaría, por ejemplo, el armario de pino que ya no cojea desde que lo calcé yo con unas astillas, y el cajón medio abierto donde se guardan las facturas, y encima de su pañito de ganchillo, el reloj despertador niquelado y azul, parado en las cinco

y cuarto. Buscaría el sitio donde está cada mancha en la pared, las grietas, las goteras, mi propia cicatriz junto a la oreja (porque yo estaría allí, de pie, aguardando sus palabras), un baldosín mellado, alguna abolladura o ñica en las cazuelas. Todo en su sitio de siempre. Recorrería estas cosas despacio, minuciosamente, casi palpándolas, y las iría reconociendo con alegría, como los repliegues y valles de un terreno donde se supiese segura, al abrigo de todo temor. ¡Dios mío!, y cuando volviesen a mirarme, sus ojos serían ya las dos moscas ajenas e inertes, se les habrían sumido la lucecilla de sobresalto que los encendió un momento, y extenderían de nuevo por todo el rostro, como una niebla, el apagado gesto habitual. Y a través de esta niebla diría lo primero: «¿Y cómo lo has arreglado?», o tal vez: «Me figuro que te habrán vuelto a admitir». Daría por supuesto que todo el día lo he dedicado a gestionar una solución rápida y eficaz.

Pero yo me he levantado a las ocho, como de costumbre, he tomado el café con leche, y me he ido a la calle. Por primera vez he visto cómo es la calle a esas horas. Es una inmensa urna vacía, resonante, con parquet de museo. Sobra por todos lados y se ve que es del día anterior, que se aprovecha de un día para otro como una decoración. Da hasta risa tomarse luego la ciudad tan en serio; a esas horas se ve la preparación que tiene y parece que se va a desteñir o a fallarle algún muelle. Aquí el sitio para dejar los coches, aquí el espacio de los peatones, desde la raya amarilla; por aquí irá el trolebús, despacio en los lugares de mucho tráfico, y debajo de la costra delgada que pisan nuestros pies, el ferrocarril subterráneo con puertas que se abren ellas solas. Aquí el espacio para que suba el humo de las chimeneas, un poco más arriba pueden volar los pájaros —sin chillar demasiado—, y por encima de ellos circularán los aviones. Allí las palomas, en cuanto se despierten, con un trocito de añadidura por delante para los fotógrafos, los niños junto a esta fuente, sin pisar los jardines, los perros y los golfos por donde caiga el sol; aquí se formará la cola de los cines, la de misa de una, la de

marcharse a casa a comer cuando se vive lejos. Da risa. Ya se lo sabe uno todo. De memoria. Con los ojos cerrados.

Luego, a mediodía, me he encontrado rodeado de hombres que pasan aprisa con sus carteras, y me he sentido al descubierto, sin saber adónde ir. He ensayado a ir más deprisa, a sacarme las manos de los bolsillos, pero me ha parecido que todos notaban que era mentira, que no lo sabía hacer. Entonces pensé que iban a echárseme encima como policías pidiéndome la chapa verde, esa etiqueta de algo que siempre hay que llevar. Y me imaginaba palpándome los bolsillos, balbuciendo excusas. Y el asunto pendiente se volvía grave, se hinchaba como un tumor, y veía alejarse deprisa a los hombres de las carteras con una mezcla de alivio y desconcierto.

Esta tarde me he pasado por la taberna para charlar un rato con Luis. Estaba muy alarmado con lo que dicen los periódicos franceses. Me lo ha estado leyendo. Parece ser que pronto tendremos una guerra, mejor dicho, la guerra, esa que siempre tiene que venir cuando hace unos años que se ha acabado la anterior. Estaba él solo sentado en la banqueta de siempre. Se ha alegrado de verme y hemos bebido una botella de vino. Luis ha hablado de la guerra todo el tiempo, de las tragedias y calamidades de los japoneses. Me ha dado vergüenza contar lo de mi empleo, y no he dicho nada.

No tengo conciencia de estar obligado a haber hecho una cosa precisa en mi primer día de libertad. No he pensado. No he decidido nada.

Entro en el comedor, que es la última habitación del pasillo, y me siento allí con la frente apoyada en las manos. La casa está fresca y en penumbra. Brillan las baldosas, los pestillos, la cara de los muebles, con un brillo amortiguado, fijo y enervante. Me aflojo la corbata. Todavía estoy como sobresaltado. Hace mucho tiempo que no llamaba a Marta de esta manera. Quizá no la había llamado nunca así, con esta violenta necesidad de verla, de cogerla por los

hombros y sacudirla diciendo muchas veces su nombre hasta que despertara, hasta que tuviese miedo y lo aguantase a pie firme y sollozara abrazándose conmigo. Con aquellos hipos de niña. Quién sabe el tiempo que hace. Cuando éramos novios lloraba porque yo llevaba los puños rotos y no ganaba dinero. Otras veces, porque me exaltaba hablando de cosas que ella no entendía. Me miraba con ojos muy atentos y asombrados, como si estuviera en el teatro, y decía: «... no sé, no me embarulles», y metía la cara en mis manos, y alguna vez me las besaba diciendo: «Pobrecito, pobrecito...», como se lo diría a un niño o a un enfermo. Y yo me irritaba, porque siempre me parecía importante lo que estaba diciendo.

«Pobrecito, ¿por qué?, ¡por qué!», le dije un día. Y ella me miraba turbada entre las lágrimas, sin saberlo explicar, porque siempre se expresa torpemente. Luego aprendí taquigrafía, me dieron el empleo y nos casamos.

Miro el reloj. Ya casi son las nueve. Después de llevar un rato sentado, se nota calor. Voy a levantar las persianas. A estas horas ya entra un poco de fresco. En verano, las casas a poniente, ya se sabe, si no las tiene uno muy cuidadas se recalientan mucho. Por la noche, abrir de par en par; durante el día, mantenerlo todo cerrado, con alguna ranura en ciertos sitios para que haya un poquito de corriente.

Me asomo al balcón. Vivimos en un ático. Las mujeres han sacado sus sillas a la calle y forman pequeñas tertulias. Los niños corren, se pegan, se montan en la grupa de los tranvías. Los novios se sientan en los aguaduchos a sorber su horchata. Sube de no sé dónde un fuerte olor a pescado frito, se entrelaza con el sonido de una risa, de una bocina, de algún grillo que canta dentro de su bote agujereado. Levanto la cabeza. El cielo es hondo, inmenso, sin color. Los ojos se lo sorben y siempre queda más. Ya va a venir la noche. Entre las rayas de humo de dos chimeneas lejanas, detrás de unos andamios, se está gestando una luna enrojecida y escasa, sin piel todavía. Mañana también hará calor.

Como ayer. Qué horrible calor el de ayer por la tarde. Un calor casi sólido, encerrado, rabioso, que se apretaba contra mis sienes y sobre mi espalda, mientras escribía en la oficina. No digo yo que el calor tuviera la culpa, pero yo sí que no necesito justificarme. Apenas me siento mezclado en lo que ocurrió. Además, ¿por qué había de tener alguien la culpa? Pero hacía un horrible calor. Sentía la camisa empapada, y me acordaba de un recodo que hace el río de mi ciudad cerca de una pequeña presa, donde iba a bañarme de chico con mis primos. No he vuelto nunca allí. Primero me acordaba débilmente. Me sonaban por dentro de las sienes las teclas de la máquina, a patadas, arrancándome gotas de sudor, y rasgando esforzadamente, desesperadamente, este telón compacto y uniforme, se abrían paso otros ruidos, otras sensaciones. El agua fresca y movediza del río, amasada de sol y sombra. Con sombras largas de álamos largos... Y nosotros nadando, abriendo el agua, «plas-plas..., plas-plas...». Venían ráfagas de aire que recorrían la superficie en culebrillas, como el frío sobre una piel. «El río tiene carne de gallina», decíamos nosotros.

El jefe de personal me estaba dictando unos oficios en francés. Tenía prisa por acabar para marcharse con la rubia que le llamó antes por teléfono; esa a la que él contesta: «Sí, querida», «desde luego, querida», y que huele como a violetas. Me equivoqué dos veces y me quedé atrás; él se impacientó y me repetía las últimas frases con voz agria, insultante. No pensaba yo insolentarme, a pesar de todo. Nunca lo he hecho, ni siquiera lo he tenido en la mente como algo posible. Pero seguía pensando en nuestros baños del río, y se me acercaban los ruidos, las imágenes con una mayor claridad. Me parecía oír los gritos que dábamos al zambullirnos y sentir aquel gozoso cansancio de la salida. Nos tumbábamos chorreando sobre una playa de piedrecitas grises, mirando las hojas de los chopos que al separarse dejaban pasar el sol. El sol nos ponía por dentro de los párpados dibujos de rojas chispas y estrellas enlazadas girando sobre un fondo negro, perla, de oro.

Algunas veces jugábamos a los indios. Nos perseguíamos con los tiradores, medio desnudos, entre los árboles. Yo me llamaba el indio Pies de plata. Eso era, exactamente. Qué alegría, ya tengo el nombre. Jamás hasta ahora lo había recordado. «¡Rendíos! Pies de plata arrasará vuestros poblados y arrancará vuestras cabelleras». Los niños asomaban la cabeza por detrás de los troncos. Alguno se reía, pero casi todos respondían a mi reto en el fiero lenguaje de sus tribus. Me temían bastante porque yo era más alto. De pronto, sin saber cómo, me tropecé con el día en que encontramos la culebra... Cruzó el recuerdo como una ráfaga y se quería volver a enterrar para siempre. Pero yo no me lo podía dejar ir. Me acerqué de puntillas, decididamente, excluyendo cualquier otra ocupación, como si fuera hacia una mariposa que se va a echar a volar.

Empecé a escribir tan flojo, tan distraído, que solo cogía las últimas palabras y ellas se enhebraban a su antojo. Fue Germán el que nos avisó. Eso es... Él pisó la culebra, me parece. Yo estaba en el agua y le oí gritar. Decía, ¿cómo dijo lo primero?

Miré a la ventana. El jefe estaba de espaldas, y, cuando se volvió, extrañado por mi silencio, le miré a él tenazmente, tal vez sonriendo.

—¿Qué? —dijo. Y en dos zancadas se acercó a mi espalda. Leía seguramente por encima de mi hombro lo que llevaba escrito.

Hubo una pequeña pausa en la que me concentraba casi dolorosamente para recordar.

—¡Pero está usted loco! —exclamó el jefe enfurecido, dando un golpe en la mesa—. ¿Qué rayos está usted poniendo? ¿Se puede saber lo que le pasa?

Yo todavía no pensaba que iba a enfadarme. Creo que no había mudado de expresión.

—Déjeme ahora, por favor —susurré apenas, con voz suplicante y un gesto de la mano, como queriendo alejarle. Me pareció bastante explicación. Llevo diez años en la casa y nunca he pedido un favor. Creo que tengo derecho a algunas consideraciones.

Rápidamente traté de volver a anudar la escena de la culebra, no se me fuera a pasar de rosca ahora que ya casi la tenía, después de que había estado perdida años enteros. Perdida no sé dónde.

Germán chilló: «¡¡A mí la tribu!!», y ya estaban a su alrededor tres o cuatro con palos cuando yo salí...

Segundo puñetazo atronador sobre la mesa. El jefe estaba rojo de cólera. Levanté la cabeza y esta vez nos quedamos mirándonos de verdad.

—¡¡A mí no me ha tomado nadie el pelo!! ¡Nadie! ¿Lo oye? ¡Nadie!
—articuló fuera de sí. Tenía el rostro congestionado, los ojos turbios de ira, y adelantaba hacia mí su gran dedo índice amenazador y tembloroso.

Entonces ocurrió algo insólito. Le miré y vi que era un extraño. Absolutamente, al pie de la letra. Me daba cuenta de ello con una súbita e indiscutible seguridad. Se apoderó de mí esta sensación, esta certeza, a pesar de que vagamente me esforzaba por recordar que durante diez años había tenido su rostro delante del mío. Pero esto se me hacía tan inconsistente y falaz como un espejismo, no respondía a algo real. Quizá si no le mirara desde la playa de piedrecitas grises, con los pies desnudos, el día en que Germán encontró la culebra, nunca hubiera podido comprenderlo. Era un ser absolutamente extraño, de otra tribu; yo no podía depender de él. El descubrirlo me proporcionaba una enorme alegría.

Entonces fue cuando me puse de pie, le aparté de mi lado con un ademán mesurado y distanciante, y dije:

—Perdone, no le entiendo. No tengo absolutamente nada que ver con usted. Debe haber un error en todo esto. Un lamentable error. Pero, gracias a Dios, ya está salvado. Yo a usted no lo conozco.

Había empezado a hablar contra mi voluntad, confuso todavía por la gran transformación que dentro de mí se estaba operando, vacilante y respetuoso en cierto modo, y me abrumaba el peso de lo que iba saliendo de mis labios. Pero, al llegar a las últimas palabras: «yo a usted no lo conozco», me apercibí de que había adquirido una

total autonomía; era yo quien decía realmente aquellas palabras, las aceptaba, me hacía solidario de ellas, las hubiera defendido con mi vida. Sentía mi triunfo. Miré orgullosamente alrededor. De todas las mesas se levantaban para mirarme los rostros estupefactos de mis compañeros. ¿Quién me había traído a esta oficina? ¿Por dónde entré? ¿Con qué ojos había mirado esto durante diez años para no haberlo visto nunca hasta hoy? El jefe se había quedado inmóvil con la boca entreabierta. No se había movido ni una pulgada del lugar adonde había retrocedido cuando yo me levanté. Apoyaba una mano en la pared y cerraba la otra contra su manojito de cuartillas. Los lentes se le habían escurrido ligeramente hacia el extremo de la nariz, pero no se preocupaba de levantarlos. Me daba cuenta del silencio expectante de todos, de cómo contenían la respiración, igual que cuando se ha alzado el telón en el teatro, pendientes de mis nuevas palabras. Porque yo tenía que seguir adelante, por donde fuera. Me alentaban, me acuciaban. «Van a romper a aplaudir», pensé.

Y seguí. Añadí muchas más cosas, cada vez más seguro y expedito, traspasado de entusiasmo. Uno no se explica por qué muchas veces que quiere gritar la voz no le viene; se le estanca como en las pesadillas, cuando lucha por despertarse, y en cambio un día, de repente con la mayor naturalidad, sin pretenderlo, sin que aparentemente haya cambiado ninguna cosa, la voz acierta a salir como por un grifo abierto y alcanza a salpicar vigorosamente a todas partes, y se ve lo fácil que era. Hablaba de egoísmo y rutina, de injusticia social, de hipocresía, hablaba de la muerte y de la guerra. Yo mismo me sorprendía de mi elocuencia, y no me parecía incoherente o disparatado mi discurso. A medida que hablaba, lo hacía con mayor entusiasmo, con una desconocida libertad, con una fuerza nueva y desbordante que me estremecía. Era una ocasión única. Allí, a mi alrededor, se alzaban hacia el mío los rostros de mis compañeros de diez años, como despertados de una larguísima siesta, y el del jefe, redondo e inmóvil como un enchufe, rostros

esculpidos, atónitos, con una mueca fija en los ojos entornados, soñolientos, injertos en una masa de carne muerta, que trataban de abrirse para mirarme mejor. Hablaba a sacudidas, a trallazos. «Ya estoy despedido —pensaba de cuando en cuando—. Ya estoy despedido, diga lo que diga». Y no me podía parar. Sentía un placer vivísimo que crecía como una borrachera.

Luego, en un cierto momento, que no sé cuál fue, ni a qué distancia estaba del comienzo, cogí mi carpeta, abrí la puerta y me fui a la calle.

La verdad es que he perdido un buen empleo. Casi salía por las dos mil pesetas, y luego las horas extraordinarias, que las pagaban aparte. Además, pensándolo bien, me consideraban bastante. Y, en cierto modo, era agradable sentirse llamar por el apellido y que le dieran a uno la mano. Era yo de los más antiguos en la casa. Sé que los clientes decían a sus amigos: «Tú vas y preguntas por J., uno muy amable».

Estoy inquieto. He vuelto a entrar en el comedor y he dejado el balcón abierto. Detrás del cristal del aparador hay un retrato de mi mujer con mantilla española. Parece que me está mirando intrigada, a ver en qué paran mis reflexiones, o a ver si paran en alguna parte. Como si me dijera: «Bueno, y entonces, ¿qué?».

Ahora me gustaría tener cogidas sus manos un poco ásperas, oliendo a guiso y a lejía, sus manos agrietadas, caseras, conocidas, que son dos útiles de trabajo, como dos mangos brillantados por el uso diario, y que un día se astillarán y quedarán cruzadas en reposo. Sus manos llenas de inercia.

«Verás, Marta, mujer. Lo cierto es que he perdido un buen empleo. Pero está bien gritar en la ocasión que sea, por lo que sea, y no puede uno volverse. Compréndelo, todo lo que sea un cambio debemos saludarlo como una cosa buena. Y ha ocurrido tan sencillamente esto de ayer, si vieras, que debíamos haberlo tenido previsto como un accidente natural. Como cuando uno va por una calle y se encuentra en la última casa o con una pared y tiene que

torcer a la derecha. Lo que ha pasado ayer podía haber pasado cualquier otro día del año pasado, o del anterior, o del año que viene. Claro que también podía no haber pasado nunca, en eso estoy de acuerdo.

»Sin cambiar de raíles, de señas ni de horario podía haberme sorprendido la muerte —¿te das cuenta?—. Sin cambiar de postura, inclinado en cualquiera de las horas de oficina (de nueve a una o de cuatro a siete). En una de las vueltas, en uno de los números del juego, se habría parado la muerte, silenciosa, poco a poco, como la rueda de los barquilleros... ¿Te das cuenta? Me habría muerto sin gritar, sin sentir este violento deseo de llamarte, de coger tus manos y besarlas. Y sin conocer esta zozobra de estar destapado, al desamparo, entre los transeúntes de las carteras. La zozobra de haber perdido mi etiqueta, mi casillero. Y de no tener más que la noche y el día. Como cuando te conocí.

»Ahora, en cambio, podemos emprender cualquier cosa. Con alegría y riesgo. Los dos juntos, absolutamente juntos. Romper amarras. Escapar. Tenemos algún dinero ahorrado, bastante, ¿no es así? Podíamos irnos lejos, desentendernos de todo lo que nos ha rodeado estos años: vender los trastos, la casa, hacer un largo viaje.

»Ya ves lo que ha dicho Luis. Que nos meterán en la guerra. Que sin remedio nos meterán. Y nos quedan por ver tantos países, ahora que no nos hemos muerto todavía. Tiene uno la sed como embotada.

»Trabajaríamos para no pasar hambre, para irnos mereciendo cada día. Siempre se puede uno ganar el pan en cualquier parte, con lo que vaya saliendo. A la aventura. A la buena de Dios. Mejor es presentarle batalla a la muerte, salirle al encuentro, que esperarla dormidos. Y al fin tiene que venir un día u otro. Fíjate cuántos japoneses se estarán muriendo en este momento. Ya lo sé. Japón está muy lejos. Pero también allí se le podrá tomar amor a un trocito de calle, al sabor de una fruta, a una mujer. Y la vida de ellos es tan importante como la nuestra, aunque estén lejos y no sepamos sus

nombres. Tan digna de condolencia su muerte como la de algún conocido, cuya esquela encontrada en el periódico te hace exclamar: “¡El pobre! Con lo joven que era...”.

»Pero ahora todavía a nosotros no nos ha tocado la suerte. El tiempo es una brillante moneda. Estás, te tengo, deseo huir contigo. Prender una alegre hoguera para quemar reliquias, muebles, facturas, tarjetas de visita, botones, ovillos de lana, periódicos. Y escapar de las llamas al desnudo, como recién nacidos, ahora que todavía no somos tierra».

El retrato se cansa de escucharme. Me levanto, abro las puertecitas del aparador y lo pongo del revés.

«Estudio Jiménez. San Pablo, 14, 1.º».

«En prueba de cariño de tu Marta». En letra inglesa. Una dedicatoria sensata, contra la que no tengo nada que objetar. Contra nada de lo suyo se puede generalmente objetar ninguna cosa. Todo en ella es normal, apacible, de sentido común. Ella le encierra a uno, le va haciendo capitular sin que lo note. Tengo que reconocerlo: En esta casa se vive a gusto. Todo en tono menor, nunca una voz más alta que otra. Sería inconcebible enfadarse con mi mujer. Le condiciona a uno la vida, se la limita, pero hay que dar las gracias. Todo está a punto. Ordenado, dispuesto. De cuando en cuando hay que devolver una visita. Ella dice: «Si no quieres, no vengas». Pero yo, claro está, siempre voy. A casa de su hermano Julián a jugar al tresillo, a casa de los López, a ver a la tía Clara, que nos regala lilas en primavera. Marta las reparte en cacharros con bastante arte, para decir la verdad, poniendo los tallos alternativamente largos y cortos y secando los cacharros por debajo para que no dejen marca en los muebles. Se pone la casa preciosa.

¿Qué explicación daríamos a toda esta gente de lo de mi despido, de lo del pretendido viaje al extranjero sin tener una cosa fija? Nos lloverían sus consejos, y nada hay más temible que los consejos de la gente equilibrada, de buen criterio. Tendríamos que irnos sin decir adiós a nadie.

Las diez menos cuarto. La luna ha palidecido y va subiendo, membranosa y rígida, como un globo inflado. Se asoma a los aleros, a las buhardillas, a las azoteas. En la calle unas niñas que no se quieren acostar todavía cantan agarradas de las manos:

*Quisiera ser tan alta como la luná,
¡ay, ay!, como la luná,
como la luná...*

Estoy tan abstraído que no he oído venir a mi mujer. Ni el chirrido de la llave en la puerta de entrada, ni su taconeo por el pasillo. Alzo los ojos y la veo de pie delante de mí.

—Hola, ¿qué haces aquí tan a oscuras?

Es verdad. Ya casi no se ve en la habitación, aunque mis ojos se han ido acostumbrando gradualmente. Y ni siquiera tengo cerca el periódico para que se dé cuenta de que hasta hace unos instantes he podido estar leyendo. Me siento turbado, como cogido en falta.

—Nada, te estaba esperando. ¿Por dónde has andado?

Se ha sentado a contraluz entre el balcón y yo, y, mientras habla, se saca los zapatos con un gesto de alivio.

—He ido al cine con Julián y Pura. Vinieron un rato esta tarde y me animaron. Era sesión continua; llegamos con la película empezada y yo quería verla entera. Por eso he tardado un poco.

—¿Qué tal era?

—Bonita. Del Oeste.

Ahora se levanta descalza, con los zapatos en la mano.

—¡Ay! ¡Qué gusto! Me hacen un daño horrible. Ya ni para andar poco los soporto. Los negros, fíjate, los que me compraste por mi cumpleaños. ¡Me da una rabia!

Se ha acercado a la puerta.

—¿Adónde vas?

—A preparar la cena. ¿Has merendado algo?

—No.

—En la fresquera había cosas.

—No he tenido gana.

Sale. La luz del pasillo. Luego la de la alcoba. (Se está poniendo las zapatillas). La apaga. Apaga también la del pasillo. Da la de la cocina. Un rectángulo de luz, a través de la puerta abierta, revela en el suelo del pasillo el dibujo marrón y verde de los baldosines. Todavía permanezco un rato solo, a oscuras. Luego, me levanto atraído por el resplandor de ese rectángulo, como una mariposa de noche.

La cocina es pequeña y cuadrada. Reluce de tan limpia. Me siento en una silla de enea. Mi mujer manipula en el fogón, se acerca a los vasares, a la ventana, se inclina.

—¡Vaya! Otra cucaracha. Es mi perdición. A ver si le dices de una vez a ese amigo tuyo representante que te dé el insecticida haciéndote el descuento.

—Bueno, mañana mismo.

—Pero no se te olvide; si no, lo compro yo. Y para qué vamos a tirar cuatro pesetas.

—Claro, mujer. Descuida.

Ahora se lo diré. Ahora, cuando se ponga a encender el hornillo de gas. Ahora, que está de espaldas.

—Marta.

—¿Qué?

Apenas la he oído. Tal vez no me ha contestado siquiera. No se vuelve. No se lo digo. No se lo puedo decir.

Pequeña pausa. Ya ha prendido la cerilla. Se levantan las llamas azuladas y lamen los costados de la sartén.

—¿Qué pasa? ¿Qué querías?

Ahora se ha vuelto ella y busca algo en unos estantes que hay sobre mi cabeza. Podría abrazarla por la cintura, apretar la cabeza contra su regazo, pedirle que en mucho rato no se separara.

—No quería nada. Nada. ¿Por qué no me cuentas la película que has visto?

—¿La película? Bueno —se sonríe—. No sé si te la sabré contar bien. Es de unos que roban ganado.

—Cuéntala, por favor.

Sin dejar de moverse por la cocina, empieza mi mujer su narración. De cuando en cuando se olvida de algunos detalles y tiene que volver para atrás. Se interrumpe, me mira y se ríe, como con azaro.

—Anda, sigue, mujer.

Tiene una voz monótona, pequeña, refrescante, voz para adormecer, para hacer regresar, para marcar los días todos iguales de una vida larga, voz de grillo en la margen de un camino. Sus manos van y vienen acompasadamente de una tapadera a otra como si se movieran a los acordes de su voz.

Es ella, mi mujer. Cuando se mueve es igual que si muevo un brazo mío. Y a un brazo de uno se le tiene amor, aunque casi nunca se sepa. De un brazo propio no se puede prescindir. No importa que sea flaco, o a lo mejor peludo, o que tenga incluso varias cicatrices. Y para colocarse en cualquier sitio hay que contar también con el lugar que él ocupará. No voy a prescindir de mi mujer. No puedo prescindir de ella. De ella precisamente, de la mía. Esta que se divierte en las películas del Oeste, la que mira las esquelas del periódico para consolarse cuando se ha muerto algún conocido, y quiere ahorrar cuatro pesetas del insecticida. La que si supiese que me han despedido del empleo, diría lo primero: «Me figuro que ya lo habrás arreglado otra vez». Porque es a ella a la que yo escogí, pudiendo haber escogido a otra. A esta quiero. A la de voz de grillo en la margen de un camino.

—¡Ah, verás!, porque a todo esto el viejo había dicho que tenían que llegar antes del amanecer con todos los carros, y que él era el que más mandaba...

Nada. Decididamente no le digo nada. Tengo que arreglarlo. Mañana mismo. Iré a pedir perdón. Es lo mejor. Hoy mismo debía haber ido. Hubiera sido más eficaz. A lo mejor todavía me admiten

de nuevo. (Qué malestar tengo, qué náusea). Aunque no sé; metí demasiado la pata. Diré que fue el calor. Le echaré la culpa al calor.

En fin. Y si no, iré a hablar con el señor Cano. Él una vez me dijo que le tenía a mi disposición para todo. Incluso me ofreció un empleo bastante bueno en su empresa.

—Y entonces la rubia, como estaba enamorada de Gary Cooper, dio el soplo de lo que había oído decir al malo de que les esperaban antes de llegar al poblado...

Sí. Lo tengo que arreglar. Mañana, enseguida. Volver al cauce, al carril, al sueño. (¡Qué malestar, Dios mío!). Primero iré, por si acaso. Y si no, Cano. Después, cuando ya haya pasado, se lo puedo contar a ella. Cano me da otro empleo, seguro. A lo mejor hasta con más sueldo. O, por lo menos, igual. Si no pensara ayudarme, no me lo hubiera dicho. Y yo conozco muy bien el francés; y soy buen mecanógrafo. Y taquígrafo. De mucha práctica. Para español y francés. Indistintamente. No todos sirven, qué demonio.

Mañana, mañana mismo. Un viaje a cualquier sitio ya lo haremos en las vacaciones de otoño, si Dios quiere. La guerra puede venir; y también no venir. Nunca se sabe. En todo caso, aquí la esperaremos. Es mejor así, bien mirado. Morir en la tierra de uno. (¡Qué gana tengo de llorar!). Y en la cama de uno, si se puede. Con Marta a la cabecera.

Realmente, me despedí yo solo. Nadie me dijo que me marchara. A lo mejor me readmiten, si cuento lo del calor. Diez años es mucho tiempo (un infinito, incalculable tiempo), y nunca han tenido queja de mí. Siempre, J. para arriba, J. para abajo... Así no le tendría que explicar nada a ella.

Sí, sí. Lo arreglaré. Volver al cauce, al sueño. ¿Por qué no habré ido hoy? Con tanto tiempo libre...

Pero mañana mismo. A primera hora. Lo tengo que arreglar, Dios mío. Lo tengo que arreglar.

Puerto de Navacerrada, julio de 1953

Lo que queda enterrado

La niña se había muerto en enero. Aquel mismo año, al empezar los calores, reñíamos mucho Lorenzo y yo, por los nervios, decíamos. Siempre estábamos hablando de nervios, de los míos sobre todo, y era un término tan inconcreto que me excitaba más.

—Estás nerviosa —decía Lorenzo—. Cada día estás más nerviosa. Date cuenta, mujer.

A veces se marchaba a la calle; otras se sentaba junto a mí y me pasaba la mano por el pelo. Me dejaba llorar un rato. Pero el malestar casi nunca desaparecía.

Es muy curioso que no consiga recordar, por mucho que me esfuerce, ni uno solo de los argumentos que se trataban en aquellas discusiones interminables. Tan vacías eran, tan inertes. En cambio puedo reconstruir perfectamente algunas de nuestras actitudes o posturas, el dibujo que hacía la persiana en el techo.

También discutíamos en la calle. Principalmente en la terraza de un bar que estaba cerca de casa, donde yo solía ir a sentarme para esperarle, cuando salía de su última clase. Venía cansado y casi nunca tenía ganas de hablar. Fumaba. Mirábamos la gente. La calle, anocheciendo, tenía en esos primeros días de verano un significado especial. Miraba yo la luz de las ventanas abiertas, las letras de la farmacia, los bultos oscuros de las mujeres alineadas en sillas al borde de la acera, de cara a sus porterías respectivas, y seguía los esguinces que hacían los niños correteando por delante de ellas, por detrás, alrededor. Pasaban pocos coches por aquel trecho y había siempre muchos niños jugando. Arrancaban a correr,

cruzaban la calle entre risas. También a ratos descansaban junto a las delgadas acacias del paseo, con las cabezas juntas, inclinadas a mirar minúsculos objetos que se enseñaban unos a otros. Me parecía que los conocía a todos y sabía sus nombres, que había estado en sus casas. A veces me daba por imaginar, no sé por qué, lo que harían con ellos si viniese una guerra; dónde los esconderían. Chillaban, parecían multiplicarse. Lorenzo abría el periódico y yo, de cuando en cuando, le echaba un vistazo a los titulares. «Una barriada de 400 viviendas». «Peregrinación juvenil». «Nuevo embajador británico». No lo podía soportar. Detrás de un silencio así, sin motivo, estallaba la riña. No le podía decir que me irritaba que leyese el periódico. Nos habíamos reído tantas veces de los matrimonios de los chistes. Me empezaba a quejar de soledad, de cualquier cosa, ya no recuerdo. Todo lo mezclaba: iba formando un alud confuso con mis palabras y bajo él me sentía aplastada e indefensa.

—No se sabe qué hacer contigo, mujer, qué palabra decirte —se dolía Lorenzo—. Contrólate, por Dios. No hay derecho a ser así, como tú eres ahora, a estarte compadeciendo y analizando durante todo el día. Lee, busca un quehacer, no sé... No puedes estar viviendo en función de mí; tú tienes tu vida propia. Te la estás deshaciendo y amargando.

De la niña no habíamos vuelto a hablar nunca, ni hablábamos tampoco del nuevo embarazo. A veces me preguntaba él: «¿Qué tal te encuentras hoy?», y yo le contestaba que muy bien —porque en realidad de salud estaba muy bien—; pero no decíamos nada más ni él ni yo, procurábamos cambiar de tema, y pienso que era por miedo.

Lorenzo tenía mucho trabajo aquel verano. Se había quedado más delgado.

—Yo no puedo cuidar de ti —me decía—. Ya sabes todo el trabajo que tengo. Pero vete a ver a tu hermana. O llámala más. No estés siempre sola.

A mi hermana no me gustaba llamarla. Se eternizaba al teléfono, se ponía a darme consejos de todas clases. Después de su cuarto hijo, se había convertido en un ser completamente pasivo y rutinario, cargado de sentido común, irradiando experiencia. No me daba la menor compañía y evitaba verla. Ella, que creía entender siempre todo, achacaba mi despego a la desgracia reciente, de la que hablaba con una volubilidad de mujer optimista.

—Te cansarás de tener hijos —decía—. Te pasará lo que a mí. Y a aquella la tendrás siempre en el cielo, rezando por sus hermanos. Un ángel, velando por la familia.

Y este sentido egoísta de querer sacar provecho y consuelo de lo más oscuro, era precisamente la cosa que más me rebelaba. Era terrible, disparatado lo que había ocurrido, y ella, con sus adobos, lo hacía más siniestro todavía.

Sin embargo, y a pesar de no tener ningún objeto, algunas tardes, durante la hora de la siesta, la inercia de otras veces me condenaba a telefonar a mi hermana, la pura indecisión que me llevaba de una habitación a otra. Le explicaba, por ejemplo, la pereza que me estaba dando de empezar a meter la ropa de invierno en naftalina; y ella corroboraba y alentaba mi apatía, manifestando una pasmosa solidaridad con mis sensaciones. No sabíamos si emplear los sacos de papel o comprar otros de plástico. Los del año anterior se habían roto un poco.

—Lo peor es cepillarlo todo, chica. Eso es lo peor. Tenerlo que sacar para que se airee. Yo llevo tres días intentando ponerme con ello, y no encuentro momento bueno.

—Lo mismo que yo. Igualito.

—Si quieres que vaya a ayudarte una de estas mañanas.

Pero yo daba largas, ponía un pretexto. Cuando colgaba el teléfono, después de hablar con mi hermana, tenía la lengua pastosa como si fuera a vomitar, y me aburrían el doble que antes los problemas de la polilla y similares, en los cuales me había

mostrado absolutamente de acuerdo con ella y respaldada por su testimonio.

A partir de las cinco empezaban a oírse los golpes de los albañiles que trabajaban en la casa de al lado. Solamente después de estos golpes —eran como una extraña señal— conseguía dormirme algunas veces, y ellos me espantaban el miedo, cuando lo tenía. Me entraban unos miedos irracionales y furibundos, mucho más que de noche. Me parecía que la niña no se había muerto, que estaba guardada en el armario del cuarto de la plancha, donde crecía a escondidas, amarillenta, y que iba a salir a mi encuentro por el pasillo, con las uñas despegadas. Eran lo peor, las siestas. Pasaba todo el tiempo decidiendo pequeños quehaceres que inmediatamente se me hacían borrosos e inútiles, tumbándome en la cama y volviéndome a levantar, empezando libros distintos, dejando resbalar los ojos por las paredes y los muebles.

Una de estas tardes, inesperadamente, fue cuando me quedé dormida y soñé con Ramón.

Yo iba deprisa por una calle muy larga, llena de gente, y lo vislumbré, en la acera del otro lado, medio escondido en un grupo que corría. Llevaba barba de varios días, el pelo revuelto, y eran sus ropas descuidadas y grandes como si se las hubiera quitado a otra persona. Pero le reconocía. Se separó de los demás y quedamos uno enfrente del otro, con la calzada en medio, por la cual no circulaban coches, y sí, en cambio, muchas personas apresuradas y gesticulantes. A través de los claros que dejaban estas personas, nos miramos un rato fijamente, los dos muy quietos, como para asegurarnos, y él parecía una estatua con ojos de cristal. La gente empezó a aglomerarse y a correr gritando, como si huyeran de algún peligro, y retrocedí a apoyarme en la pared para que no me arrastraran con ellos. Durante un rato muy largo tuve miedo de que me aplastaran. «¿Se habrá ido?», pensaba entretanto, sin moverme, porque no me lo dejaban ver. Pero cuando todo quedó solitario, él estaba todavía enfrente y se había hecho de noche.

Estaban encendidos unos faroles altos de luz verdosa. Cruzó despacio por la calzada. Acababa de pasar una gran guerra, una gran destrucción: había cascos rotos y trozos de alambradas y metralla. Llegó a mi lado y dijo: «Por fin te vuelvo a ver». Y era como si aquella guerra desconocida, de la que había restos en la calle, hubiera servido para que nosotros volviéramos a vernos. No le pregunté nada. Me cogió del brazo y echamos a andar. Se oían canciones que venían del final de la calle, y me dijo él que allí había un puerto con barcos anclados, a punto de zarpar. «Vamos deprisa, no se nos vaya a escapar el último», apremió. Íbamos, pues, hacia aquel puerto, los dos juntos, en línea recta, sin ninguna vacilación. Sonaban nuestros pasos en la calle.

De pronto ocurrió algo extraño. Fue, tal vez, un crujido en el suelo de la habitación. Yo seguía con los ojos cerrados, pero supe que estaba soñando. Las pisadas perdieron consistencia, todo iba a desaparecer. Sin embargo, me quise comportar como si no supiera nada. «Dime dónde has estado estos años. Dime dónde vives», le pedí con prisa a Ramón, apretándome fuertemente contra su costado. Y todavía lo veía, lo sentía conmigo. Dijo algo que no entendí. La calle se estrechaba tanto que por algunos sitios rozábamos las paredes, y ya no había faroles. La noche era ahora absolutamente oscura. Delante de nuestros ojos, igual que asomadas al sumidero de un embudo, temblaban en pequeños racimos las luces de aquel puerto desconocido, que en vez de acercarse, se alejaban. «Si nos da tiempo de llegar a lo iluminado — pensaba yo con un deseo ardiente—, entonces todo será verdad. Allí hay gente. Seguro. Nos perderemos entre la gente». Pero la calle era muy larga. Y tan irreal. Ya no había calle siquiera. Solamente chispas de colores dentro de mis ojos, aún cerrados, Ramón, nada. Me moví. La almohada estaba húmeda debajo de mi nuca. Una mano me tocó la frente. El aliento de Lorenzo.

—Dormilona. ¿Sabes qué hora es?

Cualquier hora. No sabía. Solo pensaba que se había ido el último barco.

—¿Hace mucho rato que estás ahí? —le pregunté, a mi vez, sin abrir todavía los ojos.

—Nada. Acabo de entrar. No sabía si despertarte. Pero son las nueve, guapa. No vas a dormir a la noche.

Me incorporé. Me froté los ojos. Estaba dada la luz del pasillo.

—¿Las nueve? Entonces, ¿no he ido a buscarte?

—No, claro —se reía—. Vaya modorra que tienes, hija.

—¿Me has estado esperando?

—Sí, pero no importa. Tienes mucho calor aquí, mujer.

Le miré, por fin, en el momento en que avanzaba para levantar la persiana. Entró un piar de vencejos, una claridad última de día.

—Ni siquiera he bajado a comprar cosas para la cena. No sé qué me ha pasado —me disculpé.

—Bueno, qué más da. Bajamos a comer un bocadillo.

Me fui a lavar la cara. El sueño no se me despegaba de encima. No era un peso todavía, era una luz. Me movía dentro de aquella luz, en la estela que el sueño había dejado.

—¿Tienes dinero?

—No. Coge tú.

Bajamos la escalera. Era un sábado y los bares estaban llenos de gente. Miramos dos o tres desde la puerta. Y a Lorenzo ninguno le gustaba. Por fin decidió quedarse en el más incómodo y aglomerado.

—Total, para un bocadillo —dijo.

Yo no decía nada. Nos sentamos. Había muchos novios comiendo gambas a la plancha, mirándose a los ojos cuando se rozaban los dedos al limpiarse en la servilleta. Me empezó a entrar el malestar.

—Estás dormida todavía. ¿Por qué no te tomas primero un café?

—Bueno.

—Y eso que no, porque te va a quitar el sueño.

—Claro, es verdad.

—Pero ¿qué te pasa?

El camarero estaba parado delante de nosotros.

—Nada, no me pasa nada. Voy a tomar lo que tomes tú.

Pedimos dos bocadillos con cerveza y estuvimos en silencio hasta que nos los trajeron. Me acuerdo del trabajo que me costaba masticar y que no era capaz de apartar los ojos de un punto fijo de la calle.

—Oye —dije por fin a Lorenzo—; ¿sabes lo que me gustaría? Volver a Zamora. Pero contigo. ¿No te gustaría?

Él no contestó directamente. Se puso a decir que ya se había enterado seguro de que le era imposible tomarse ni tres días de vacaciones por la preparación intensiva de la academia. Tenía una voz átona y se pasaba la mano por los ojos. Había dejado las gafas sobre la mesa, junto al bocadillo, aún sin empezar.

—Estoy más cansado —dijo.

—Pero come, hombre.

—Ahora comeré. Lo siento por ti, lo de no poder ir unos días a algún sitio. Por ti lo siento más que por mí; me lo puedes creer. ¿Por qué no te vas tú donde vaya tu hermana? ¿O no salen ellos?

—No sé nada. Pero si además, da igual.

Lorenzo se puso a comer. Solo después de un rato se acordó de mi sugerencia del principio. Se me quedó mirando.

—Oye, ¿qué decías tú de Zamora? Algo has dicho.

—Nada, me estaba acordando, no sé por qué, de lo bien que se estaba allí en el río. Me gustaría que fuéramos juntos alguna vez para enseñarte los sitios que más quiero. Hay un parque pequeño al lado de la catedral..., ¡qué cosa es aquel parque, si vieras!

—A lo mejor ahora, después de los años, ya no te gustaba.

—A lo mejor. Pero tú, ¿no tienes curiosidad por conocerlo? Eso es lo que me extraña, con tanto como te hablo siempre.

En el rostro de Lorenzo no se reflejaba la menor emoción.

—A ti te gusta Zamora porque has pasado un tiempo allí —dijo con la misma voz sin matices—, pero no tiene sentido que yo intente

compartir esos recuerdos y nunca me los podría incorporar. En cuanto a Zamora en sí misma, no creo que tenga gran interés. Ya sabes que a mí me angustian las pequeñas ciudades muertas.

Nos pusimos a discutir sobre si Zamora era o no una ciudad muerta, y hasta qué punto era lícito aplicarle este concepto de muerte a las ciudades. Yo me acordaba de los muchachos que bajaban en bicicleta a las choperas, de la huerta de tía Luisa, de las Navidades, cuando esperábamos con emoción la vuelta de los amigos que habían ido a estudiar a Salamanca, a la Universidad. Ramón se quedó allí todo un verano después de conocerme, casi sin dinero, sin escribir a sus padres. Decía que Zamora era la ciudad más alegre del mundo, y no se quería ir. Nos bañábamos en el Duero. Yo tenía diecisiete años. Nunca lo volví a ver.

La discusión con Lorenzo, que ya se había iniciado floja, languideció completamente y, tras un silencio, volvimos a casa.

Al llegar al portal, vino el cartero con el correo. A mí nunca me escribe nadie, pero ese día tenía una carta sin remitente, y traía mi nombre de soltera escrito a mano en una caligrafía que me parecía recordar. En el ascensor, tanta era mi zozobra, que no hacía más que apretar el sobre contra el pecho, sin abrirlo.

—¿Quién te escribe? —preguntó Lorenzo—. ¿Esperabas carta de alguien?

—No, de nadie —me apresuré a decir—, por eso me extraña.

Y en un acto de valor, rasqué el sobre. Era una cartulina de una modista mía antigua, anunciando que se había cambiado de domicilio. Me temblaban un poco los dedos al alargársela a Lorenzo, que me estaba mirando.

Él se quiso acostar pronto aquella noche porque estaba cansado, y yo me quedé asomada al balcón. Vino a darme las buenas noches con el pijama puesto.

—¿No te acuestas tú?

—Todavía no.

—¿Vas a tardar mucho? Yo es que me caigo, oye.

—Ya veré. Ahora no tengo sueño.

Abajo, en el bulevar, los novios tardíos venían abrazados del barrio de los desmontes. Traían un ritmo inconfundible, lentísimo.

—Bueno, entonces no te parece mal que me acueste.

—¿Por qué, hombre? Claro que no.

—Pero tú lee un poco o haz algo, mujer. No te quedes ahí pasmada, mirando, que luego te entran las melancolías.

—Bueno.

Se metió, después de haberme besado, y casi enseguida volvió. Me asusté un poco.

—Tonta, si soy yo. Quién va a ser.

—No sé. Nadie.

—Que digo, oye, que tú puedes ir a Zamora o adonde quieras. Lo estaba pensando. A lo mejor te gusta volver sola allí. Tendrás amigos.

Me tenía cogida por los hombros. El sueño truncado, desde que había vuelto a casa, me estaba asaltando como una basca; lo tenía muerto en la entrada de la garganta. Me decidí a libertarme de él.

—No —dije con la voz más normal que supe—; no tengo ya amigos. Si además, fíjate, el recuerdo de Zamora me ha venido esta tarde por una tontería, por un sueño que he tenido en la siesta.

—Qué molestos son los sueños de la siesta —dijo Lorenzo—. Dejan un dolor de cabeza. A mí por eso no me gusta dormir siesta. Por la noche nunca sueño nada. Se descansa mejor.

Me iba a callar definitivamente, pero seguía necesitando decir el nombre de Ramón, para que perdiera aquel hechizo absurdo. Necesitaba decirlo fuerte y casi con risa, como si tirara piedras contra un cristal.

—Pues yo hoy he soñado con un chico que conocí allí, en Zamora. Aquel tal Ramón, uno medio chiflado que me hacía versos, ¿no te acuerdas que te he contado cosas de él?

Lorenzo se dio una palmada en la cara y separó pegado en la mano un mosquito muerto. Sonreía.

—No sé —dijo—, no me acuerdo.

Y luego bostezó. Pero, al mirarme, debió ver en mis ojos la ansiedad que tenía por oírle responder otra cosa, porque rectificó, con un tono amable:

—Ah, sí mujer, ya me acuerdo de quién era ese. Uno que construía cometas.

—¿Cometas? Por Dios, si este era el primo Ernesto, qué tendrá que ver. ¿Ves por lo que me da rabia contarte nunca nada? Lo oyes como quien oye llover, estás en la luna. De Ernesto te he hablado mil veces, ¿es posible que no te importe nada lo que te cuento? ¿Ves como es verdad lo que te decía ayer?...

Casi estaba al borde de las lágrimas.

—No empecemos, María —cortó Lorenzo con voz dura—. No tienes motivo de empezar a hacerte la víctima porque haya confundido a dos de tus amigos de la infancia a los que no conozco, y que carecen de importancia para mí, como comprenderás.

Hubo una pequeña pausa. Se había levantado algo de fresco. Yo miraba tercamente las luces del bulevar.

—Bueno, mona, me meto —dijo Lorenzo después, esforzándose por volver a tener una voz dulce y atenta—, no me vaya a enfriar. ¿No te pones una chaqueta tú?

—No. No tengo frío.

—Pues buenas noches.

—Adiós.

Me quedé mucho rato asomada. Se empezó a quedar sola la calle. De vez en cuando alguien llamaba al sereno con palmadas, y él cruzaba de una acera a otra, corriendo, con su blusón y su palo, entre los coches velocísimos. La luna, que se incubó roja detrás de un barrio barato en construcción, había subido a plantarse en lo alto, manchada, difusa, y parecía que, en el esfuerzo por irse aclarando, se desangraba y hacía más denso el vaho sofocante que empañaba su brillo. Me sentía desmoronar, diluir. Igual que si la luna desprendiera un gas corrosivo. Pero no quería dejar de mirarla. De

codos en su ventana, al otro lado del paseo, también había una chica que alzaba sus ojos a la luna, y creo que me había descubierto a mí. En el interior de la habitación había luz, pero debía estar sola. Estuvimos mucho tiempo; ella se metió primero y apagó. En el bulevar las motos ametrallaban con sus escapes.

Cuando me acosté eran casi las dos y sabía muy bien que no iba a dormir. No había hecho caso a Lorenzo; no había leído una línea ni había tenido un solo pensamiento organizado, constructivo. Me debatía, encerrada en vaguedades.

Varias veces me levanté de mi cama a la de Lorenzo, que apenas se había movido cuando entré, y allí sentada sobre la alfombra de su lado, mirándole dormir, luchaba entre el deseo de despertarle y la certeza de que sería inútil para los dos. Le cogí, por fin, una mano; se la estuve besando, y él, sin despertarse, me acarició, la puso de soporte para mi cabeza. Solamente hizo un gesto de impaciencia cuando empezó a notarse el brazo mojado por mis lágrimas.

—Pero, mujer, ¿ya estamos?, ¿ya estamos?, ¿qué te ocurre, por favor? —repetía con una voz pastosa, de borracho.

Se volvió a dormir, de bruces hacia la ventana.

Entonces me asaltó una furia especial, un deseo de salir, de rasgar, de librarme de todo. Me tumbé en la cama, boca arriba, con los ojos abiertos, y el recuerdo del sueño de la siesta me empezó a caer gota a gota, potente y luminoso, sin que intentara ahuyentarlo. Al principio era un gran aliciente intentar reconstruirlo, irle añadiendo fragmentos nuevos; y cerraba los ojos con la esperanza rabiosa de meterme otra vez por aquella calle de los faroles a recobrar la compañía de mi amigo, camino de aquel barco que escapaba. Pero lo que quería era llegar, seguir el sueño. A ratos, de tanto intentarlo, la calle reaparecía, me colaba en ella por no sé qué ranura, y me volvía a ver del brazo de Ramón, pero todo estaba quieto, tenía una luz falsa de escenario. Solamente a la fuerza conseguía mover las figuras, que repetían exactamente el pequeño argumento y después

se paraban como si no tuvieran más cuerda. Al final, las imágenes habían perdido todo polvillo de luz. Me di por vencida.

No sé cuántas veces me volví a levantar y a asomar al balcón. Contra la madrugada ya era incapaz de aguantar en casa, y había tomado mi decisión de salir en cuanto abrieran los portales. Me vestí sin que Lorenzo se despertara. Era domingo. Él no tenía prisa de levantarse; seguramente dormiría hasta mediodía. Podía yo, incluso, tomar un tren de los que salen temprano a cercanías y tal vez volver antes de que se hubiera levantado él. ¡Dios, pasarme un rato echada entre los pinos, no acordarme de nadie ni de nada, salirme del tiempo! Esta idea, que me vino ya en la calle, después de haber deambulado sin rumbo, se afianzó en mí, apenas nacida, y me llevó en línea a la estación del Norte, donde ya bullía alrededor de las ocho el hormigueo de las familias con niños y fiambreras, que se agrupaban alborotadamente para coger los trenes primeros. Me dejé ir entre ellos. Algunos todavía tenían sueño y se sentaban un momento, mirando el andén sin verlo, entre los bultos dispersos, mientras los otros cogían el billete. Presentaban un aspecto contradictorio con sus ojos adormilados bajo las viseras, los pañuelos de colorines.

Iba a ser un día de mucho calor. Todavía en el bar, junto a algunos de estos excursionistas, antes de tomar un tren que me iba a llevar no sabía dónde, y sin haberme decidido del todo, me acordaba de Lorenzo, de si no habría sido mejor avisarle por si acaso tardaba en volver; imaginaba su despertar sudoroso. Pero en cuanto me subí al tren y se puso en marcha, en cuanto me asomé a la ventanilla y me empezó a pegar el aire en la cara, se me borró todo pensamiento, me desligué.

Hice todo el viaje asomada a la ventanilla. Había tomado billete para el primer pueblecito donde el tren se detenía, pero seguí más allá. El revisor ya había pasado y me resultaba muy excitante continuar sin tener billete, desnuda de todo proyecto y responsabilidad. El tren corría alegremente. Algunos de los

excursionistas habían empezado a cantar. Yo cerraba los ojos contra mi antebrazo. En un cierto momento, una señora me preguntó que si sabía cuánto faltaba para Cercedilla.

—No lo sé —contesté—, pero ya nos lo dirán.

—Ah, usted va también a Cercedilla.

Y le contesté que sí, como podía haberle contestado que no. Pero de esta manera me sentí comprometida a apearme en ese sitio y no en otro, y de esta manera vine a pasar en Cercedilla aquel domingo de junio.

No me puedo explicar cómo se me pasó el día tan deprisa. Por la mañana, encontré un pinar que me gustó y me adentré, trepando a lo más solitario. Desde allí veía tejados de chalés y oía risas de personas que estaban lejos, más abajo. Me quedé dormida con un ruido de pájaros sobre la cabeza.

Desperté a las tres de la tarde y bajé al pueblo. Vagamente volví a pensar en Lorenzo, pero ya no tenía intención de volver hasta la noche. Estaba alegre y sentía una gran paz. Las calles del pueblo estaban casi desiertas; los que venían en el tren a pasar el domingo habrían buscado, sin duda, para comerse sus tortillas, rincones apartados y sombríos que ya conocerían de otras veces. Pasé por una calle pequeña a la sombra de grandes árboles, donde daban las traseras de muchos jardines de chalets ricos. No se oía un ruido. No se veía a nadie. Solo chorreaba una fuente. Me senté allí un rato, en una piedra que había, mirando asomar madre selvas por encima de una verja alta que tenía enfrente. Me gustaba estar allí. En parajes semejantes a este había yo situado los cuentos de mi infancia.

Cuando me entró apetito eran más de las cuatro, y en los cafés del pueblo ya no daban comidas calientes. Pedí un bocadillo y un refresco en la terraza de un hotel de media categoría. En una mesa cercana había dos señoras y una chica como de diecisiete años, vestida de negro. Hablaban las señoras de la muerte del padre de la chica, hermano también de la más sentenciosa de ellas dos, mujer refranera. La otra escuchaba y suspiraba con mucha compasión,

mientras que la chica, de la cual hablaban como de un objeto, sin el menor cuidado de herirla, miraba a lo lejos con una mirada tristísima, las manos cruzadas sobre la falda negra, sin intervenir. Supe la situación económica tan precaria en que se había quedado y me enteré de vicios de su padre. Una vez se cruzaron sus ojos con los míos. Yo ya había acabado de comer y pensaba dar un largo paseo. No me hubiera importado llevármela de compañera aquella tarde, y me daba pena levantarme y dejarla con su tía y la otra, condenada a aquella conversación de recuerdos y reflexiones sobre el muerto. Más allá, junto a la barandilla que daba a la carretera, un chico de pantalones vaqueros ensayaba gestos de hombre interesante, delante de un libro que tenía abierto sobre la mesa. Pero no lo leía. Echaba bocanadas de humo, cruzaba las piernas y las descruzaba, y, sobre todo, me miraba sin cesar, primero disimuladamente, luego ya de plano. Hasta que se levantó y vino a apoyarse en mi mesa.

—Oye —dijo con aire desenvuelto—. Para qué vamos a andar con presentaciones. Yo vivo en este hotel y me aburro mucho. ¿Tú has venido a veranear aquí también?

—No. Estoy de paso.

Se rio. Tenía pinta de estudiante de primero de carrera.

—No lo digas tan seria, mujer. Solo quería preguntarte por las buenas si te gusta estar sola o prefieres que me pase yo la tarde contigo. Si me dices que sola, pues tan amigos; pero si me dices que conmigo, más, y además me haces un favor. Te puedo enseñar muchos sitios bonitos, porque ya estuve el año pasado.

La chica de luto nos miraba atentamente.

—Muchas gracias, pero prefiero estar sola.

—¿Es rubio o moreno tu novio? —preguntó.

Yo me puse a mirar el vaso vacío de mi refresco, sin contestar nada. Y me divertía.

—Bueno, tengo buen perder —dijo separándose—. Pero me dejarás que te diga que eres muy guapa, ¿no? Yo creo que eso no

ofende a nadie.

Levanté los ojos con simpatía.

—A nadie. Muchas gracias.

Al poco rato me levanté para irme, y, al pasar al lado de su mesa, le sonreí como si fuéramos amigos. Era rubio, muy guapo y muy joven. Seguramente no había notado mi embarazo.

A partir de ese momento, empezó a descender el día. Quiero decir que sentí cómo se precipitaba hacia su desembocadura. Di un paseo por una carretera que subía entre pinares, y llegué bastante lejos, hasta un merendero donde había muchos matrimonios. Allí me senté y vi cómo atardecía poco a poco; allí pregunté los horarios de los trenes que regresaban, y desde allí, ya casi de noche, salí para la estación. Los matrimonios habían merendado como fieras. Sardinias en lata, chorizo, tortilla y mucho vino. Estaban todos en pandilla y se daban bromas al final los maridos unos a otros, y también unos a las mujeres de los otros. Supe el nombre de todos, y me daban pena porque creían que se estaban divirtiendo muchísimo. De vez en cuando me echaban una mirada entre curiosa y compasiva.

En el tren, ya de vuelta, me volvió la atadura de Madrid, la preocupación por Lorenzo, y me parecía, al contrario de lo que me pareció al ir hacia allí, que el tren andaba despacísimo. Iba lleno hasta los topes, y, a medida que nos acercábamos a Madrid, se notaba más el ahogo, el aire denso y quieto, aumentada esta sensación por las apreturas del pasillo y por el sudor de la gente que bebía en sus botijos y botellas, sin dejar de cantar.

Salí por los andenes con la riada de todos aquellos compañeros de domingo, y tomé el metro con ellos. Ya eran casi las once cuando llegué a mi barrio, con un nudo de desazón en la garganta. En el primer semáforo que hay, camino de casa, esta angustia por Lorenzo se hacía tan irresistible que no podía esperar y puse el pie en la calzada antes de que se apagara la luz roja. Di dos pasos.

—¡¡María!! —gritó una voz alterada, desde la otra acera—. ¡Ten cuidado!

Pasó una moto, casi rozándome, y el ocupante volvió la cara para decirme no sé qué. Retrocedí, aturdida. Miré al otro lado de la calzada y vi a Lorenzo que me hacía gestos de susto y amenaza, señalándome la luz roja, que no se acababa de apagar. Sin duda había salido a esperarme a la esquina y desde allí me había descubierto. Estaba serio y no se había afeitado. Tenía los ojos hundidos, como los de Ramón, en el sueño.

—Estás loca —me dijo, cuando llegué a su lado—, loca completamente. No sabes ni cruzar una calle. Luego quieres que me quede tranquilo contigo. No me puedo quedar nunca tranquilo, ¿cómo quieres? Te pueden pasar mil cosas cuando vas sola, atolondrada. Te ha podido matar esa moto, no sabes cómo te ha pasado.

Hablaba aceleradamente, abrazándome. Luego se separó y nos pusimos a andar hacia casa. Yo no esperé a que me preguntara nada y empecé a contarle de un tirón todo lo del viaje a la sierra después de la noche de insomnio, cómo lo había decidido de repente por la mañana y pensaba haber vuelto a mediodía, pero que se me habían ido las horas volando, no sabía cómo.

—¿Tú has estado preocupado por mí? —le pregunté con cierto regodeo.

Y entonces él se detuvo y nos miramos. Tenía los ojos con cerco; lo sabía yo cuánto habría llorado pensando lo peor, porque es pesimista; me imaginé, ahora de pronto, su tarde interminable, sus llamadas a casa de mi hermana. Sin embargo, no hizo alusión a nada de esto ni contestó a mi pregunta. Me desasosegaba sentir su mirada grave sobre mí.

—Di algo, por favor —le pedí.

—Que no eres seria, María, eso te digo —dijo tristemente—. Parece mentira que todavía no hayas aprendido a ser seria. Lo he pensado toda la tarde. Necesitas encender hogueras, dar saltos,

hacer lo que sea para que uno esté pendiente de ti. No piensas más que en eso. Si no estuviéramos esperando un hijo, te diría que no volvieras conmigo, si es que te has cansado de estar en mi compañía, como me parece. También esto lo he pensado muy seriamente esta tarde, porque me agobia, me desespera, verte como te veo. Y no poder hacer nada por ti.

Le quise interrumpir con mis protestas, me apreté contra él, pero seguía serio.

—Y, aun esperando un hijo, tú sabrás —continuó—; tú dirás si lo prefieres, a pesar de todo.

—Pero si prefiero ¿qué?, ¿irme? ¿Hablas en serio?

—Irte, sí. Aún, al hijo, no le hemos visto la cara ni nos ata. Ni siquiera sabemos si va a nacer o no. Puedes tomar la decisión que quieras, y yo la tomo contigo, me hago solidario de ella desde ahora mismo. Se hará lo que tú digas. Pero que yo no tenga que volver a pasar una tarde como la de hoy.

Me eché a llorar.

—¿Cómo puedes decir que no sabemos si va a nacer o no? —estallé—. ¿Por qué lo dices? Va a nacer, claro que lo sabemos. Tiene que nacer. ¿Tú por qué has dicho eso? ¿Te ha pasado algo, has tenido algún sueño, alguna corazonada? Di, por Dios.

—Pero, mujer, qué bobadas dices, qué corazonada ni qué sueño voy a tener.

—¿Entonces?

—Nada. Lo digo porque cabe en lo posible.

—Pues no lo digas, no lo puedo oír, no lo digas. Me pongo mala solo de pensarlo.

Lorenzo me cogió por los hombros. Andábamos pequeños trechos y nos volvíamos a detener.

—Anda, calla, no seas extremosa —dijo—. Se debe poder decir todo. Lo que sea, va a pasar igual, diga yo lo que diga. Pero deja de llorar, ¿por qué lloras?

—Habías dicho que no querías que naciese, que no lo querías —decía yo, sollozando contra su chaqueta—, dijiste que no te hacía ilusión..., y por eso lloro, porque se te ve muy bien que no te hace ilusión.

—Pero la ilusión qué es, mujer. Parece mentira que todavía no sepas a lo que queda reducida la ilusión. Había dicho que no quería más hijos, pero ahora ya eso qué importa; háblame de cosas reales. Cuando lo vea lo aceptaré y lo querré, supongo. Y tendré miedo. Más que ahora todavía. Y procuraré que crezca, y esas cosas. Ilusión, ¿cómo la voy a tener?, ¿para qué?

—Para que yo me consuele. Para que no esté sola. No me consuelas nunca tú; todo me lo dices crudamente.

—Porque quiero que seas una mujer, que te hagas fuerte. La fuerza la tienes que buscar en ti misma, aprender tú sola a levantarte de las cosas. Si te consuelo y te compadezco y te contemplo, cada vez te vuelves más débil. Tienes que aceptar las cosas duras, cuando son duras, y no pedirme que te las haga yo ver de otro color más agradable, pero falso.

Yo ya no lloraba. Avanzamos un rato en silencio. Estábamos llegando a casa, y él me rodeaba con su brazo derecho.

—Lo que no sabía —dijo con dulzura— es que tú tuvieras tantas ganas de este hijo. ¿Tantas ganas tienes de verlo, realmente?

Me paré. Me ahogaba de emoción. Había esperado mucho esta pregunta.

—Lorenzo.

—Dime.

—Será un niño, esta vez, ¿verdad que sí? ¿Tú qué dices? Yo ya parece que le estoy viendo la cara. Un niño, es un niño, estoy segura. Lo siento, eso se siente, de la otra vez no me equivoqué.

—Olvida la otra vez —dijo—. Qué más da lo que sea.

Nos estábamos mirando. Tropezamos con algo entre los pies.

—Señorita, haga el favor, no nos pise la casita.

Unas niñas del barrio habían pintado en el suelo con tiza varias habitaciones de una casa, y en algunas tenían cacharros y flanes de tierra. Nosotros nos habíamos metido en su casa y estábamos parados allí. Levantaban a nosotros sus ojos enfadados. Una estaba en la cocina, agachada, machacando teja, y, cuando nos salimos, vino detrás, andando con mucho cuidado entre los tabiques estrechos para no pisar raya. Nos siguió hasta la puerta.

—Ris ras —hizo, cuando cerró. Y luego, a las otras—: Era el cartero. Dos cartas había. Tome.

Seguimos en silencio, bordeando las terrazas de los bares.

—¿A ti te gusta más que sea una niña? —le pregunté a Lorenzo.

—Lo que sea, ya lo es —dijo él—, ya lo tienes ahí dentro. Yo quiero lo que sea, lo que es. No significa nada decir «quiero».

Pero yo continuaba, tercamente.

—Las niñas sufren más. Un niño, será un niño. Pablo, Marcos, Alfonso...

—No te lances, mujer. No vuelvas a lanzarte en el vacío.

—Bueno. Pero si a ti te da igual, seguro que es un niño.

—Bueno, bueno. Lo que importa, mujer, es que se te pasen estos nervios que tienes ahora, y que tengas un parto bueno. Que mires por dónde vas. No pienses ahora en nada de mañana. Ya vendrá. Vendrá todo lo que tenga que venir. Te tienes que cuidar este verano.

Madrid, octubre de 1958

Ya ni me acuerdo

El año pasado estuve con los de Ibérica Films en el pueblo donde estudié los primeros cursos del bachillerato, cuando mi padrino era juez de allí. Hay una catedral muy interesante y restos de muralla romana. También es hermosísimo el paisaje del contorno, ya cercano a la frontera de Portugal. Fui yo quien había sugerido la idea de hacer un documental de esta zona y era mío el guión literario.

Después de cinco días un poco malgastados por culpa de ratos de lluvia, cuando ya habíamos terminado de rodar lo del pueblo, amaneció una mañana sin nubes y Torres con los otros aprovechó para ir a tomar las fotografías que faltaban del campo. Salieron temprano y dijeron que a lo mejor lo terminaban todo en aquel día y que por la noche nos volvíamos a Madrid.

Julián y yo nos quedamos en la fonda y dormimos hasta bastante tarde. Era el cumpleaños de Julián y estaba de muy mal humor porque contaba con haber estado ya de vuelta aquel día para celebrarlo con su plan de entonces, una tal Silvia, muy guapa, que ahora trabaja en televisión y está liada conmigo.

—¡Qué más da un día que otro! —le dije—. Lo celebráis mañana.

—Ya; pero era un pretexto para irnos por ahí a bailar. Sin pretexto, no hay ambiente. Mañana ya no tiene gracia.

—¿Y estás seguro de que iba a tener gracia hoy? —insistí.

Ya un rato antes me había estado riendo del entusiasmo con que aseguraba estar enamorado de la tal Silvia y se molestó. Dijo que no estaba seguro de nada más que de que le dolía la cabeza y de que

yo era un tío aguafiestas. A lo cual sucedió un silencio, torvo únicamente por su parte. Yo, en cambio, estaba alegre y tranquilo. Me gustaba ver el sol después de tantas mañanas nubladas. Comimos, como en los días anteriores, en el restaurante que tenía el futbolín, y luego volvimos a la fonda porque nos habíamos olvidado el tabaco y los periódicos. Habíamos bebido algo. Yo tenía ganas de pasear.

—¿Más paseos? —protestó Julián cuando se lo propuse—. ¿No tienes ya más que aborrecido el dichoso pueblecito?

Se echó en la cama y, al poco tiempo, le empezó a entrar sueño. Dijo que cuanto más se duerme, más se quiere dormir. También habló de las ganas que tenía de darse una ducha en un cuarto de baño decente. La gente de cine se queja, por sistema, de lo que no es muy refinado, y en aquellos días me habían hartado un poco entre todos con sus continuas ruedas de protestas. Abrí el balcón y avanzó un rectángulo de sol hasta las mismas patas de hierro de la cama. Me senté y metí allí los pies como en un barreño de agua templada. Era marzo. Veía toda la plaza que tantas veces crucé de pequeño para ir al instituto. Dieron las cuatro.

—Me dan ganas de llamar a ese amigo que te dije el otro día —le comuniqué a Julián.

—Pero ¿no le llamaste ya?

—Sí. Es que no estaba. Me dieron el teléfono de la oficina donde trabaja, pero luego lo pensé mejor y me entró pereza.

—Claro. Como que es una lata reanudar relaciones —dijo Julián—. No sabes qué decir. Luego te pesa.

No le contesté nada y seguí sin moverme. Sin embargo, la nostalgia iniciada los otros días se hacía cada vez más aguda. Empezaron a sonar campanadas leves del convento de las monjitas. Enfrente, el hombre gordo de la tienda de pastelería vino a levantar el cierre. Lo dejó a medias y volvió la cabeza para hablar con uno que pasaba y que se paró para decirle algo. No se despedían. Con los ojos entornados los veía manotear, entre destellos de iris, como

si estuvieran mucho más lejos. Había dos galgos echados en medio de la plaza.

A las cuatro y media salí al pasillo para telefonar. Julián levantó los ojos de una novela policíaca que había cogido.

—¿Dónde vas?

—A llamarle por fin a ese. Para lo que estamos haciendo...

El teléfono estaba al lado de la puerta de nuestro cuarto.

Cuando ya había marcado, oí a Julián que todavía me disuadía, a través de la puerta entreabierta.

—Venga, no seas, déjalo. Si ni se acordará de ti...

Pero, casi inmediatamente, para desmentirlo, me llegó del otro lado del hilo una voz que se encendió jubilosamente al oír mi nombre. ¿No acordarse de mí? ¿Estaba yo loco?... ¡Pero, hombre; pero, hombre, qué alegría! Que cuándo había llegado.

—Hace unos días. Me voy esta noche.

—¿Esta noche? Conque me llamas a lo último por cumplir. Muy bonito. Pero no te creas que te vas a librar de verme, eso ni hablar, te lo aviso. ¿Y a qué has venido? No serás de los del cine.

Le dije que sí con cierta timidez y pareció muy emocionado. Él lo había dicho siempre que yo llegaría lejos. ¡Pero mira que era faena no haberle llamado antes! Seguro que incluso nos habíamos visto en la calle sin reconocernos.

Se oía un roce de papeles, un cercano tecleo de máquina de escribir. Seguros Rosillo. El edificio de la esquina de la plaza. Ya estaba allí hacía cinco años. Y contento. Le daban libertad.

—Verás, vamos a hacer una cosa... ¡Es que también te gastas unas horas para llamar a un desgraciado chupatintas! ¿Tú tienes la tarde libre?

—Sí. Puedo ir un rato. Estoy en la fonda de enfrente.

No, no. Allí, a la oficina, mejor que no fuera. Era como solemne, antipático volvernó a encontrar allí. Pediría que hoy le soltaran pronto, y yo, mientras tanto, daría un paseo con su hermana Amparo, que también iba a ponerse muy contenta de volverme a

ver. ¡Cuando supiera que había venido el largo! Le quise interrumpir, pero no pude. Él la iba a avisar inmediatamente para que viniera a recogerme.

—¡El largo —decía—, pues no es nadie! ¡Volver de pronto el largo, por sorpresa, metido en cosas de cine! Ya no te enfadarás de que te llamen largo.

Se reía. Venía su risa hasta mi oído en culebrillas, como un calambre nervioso.

—No. Ya no me lo llama nadie. Pero escucha, Rafa...

Nada. No me oía. Resumiendo: hasta que a él le soltaran, vendría Amparo a buscarme. ¿Estábamos de acuerdo? Dentro de un cuarto de hora. Protesté en cuanto pude. Por Dios, cuánta complicación. Amparo tendría sus quehaceres. Pero la voz de mi amigo se alzaba inexorable, como la rúbrica a los pies de un edicto. Yo, a callar, ¿lo había oído? Me callaba. En Madrid, cuando ellos fueran, organizaría las cosas yo. Dentro de un cuarto de hora, pasaba Amparo. La fonda grande, ¿no?, la de la Estrella.

Se lo dije a Julián, cuando colgué. Que me habían liado los amigos aquellos y que no había podido decirles que no.

—¿Cómo amigos? ¿No era uno solo?

—Sí, pero primero viene su hermana. No he podido rechazar.

—Ya. No te dejaba ni meter baza. ¿Qué te decía tanto tiempo?

—Nada. Que qué alegría.

Me puse a peinarme delante del espejo, mientras él me miraba divertido, echando el humo del pitillo hacia la alta lámpara de platillos verdesos.

—Conque me abandonas por dos niñitos que han crecido. Solo a ti se te ocurre...

—Vente con nosotros si quieres —le ofrecí.

Julián frunció el entrecejo.

—¿Yo? ¡Pues vaya un plan que me prepares! Lo que voy a hacer es dormirme. Pero telefonea dentro de un rato, tú, no vengán esos, que yo estoy deseando largarme.

—Bueno, hasta luego.

—Hasta luego. Y que, por lo menos, esté bien la chica. Cierra un poco ahí. ¿Estaba bien de pequeña?

—Eran dos hermanas. Ya ni me acuerdo.

Hoy he pasado todo el día con Silvia. Enlazamos desde anoche, así que después de comer en un restaurante de la carretera de La Coruña estábamos los dos algo cansados. Sin embargo, aún no hemos llegado a la etapa en que esto se puede decir sin que el otro se ofenda, sino que es necesario fingir que se ha olvidado todo proyecto y preocupación ante la maravillosa realidad del ser deseado.

De sobremesa miré disimuladamente el reloj y decidí borrar de mi mente una cita que tenía con los de la productora para la que ahora trabajo. Silvia se estuvo arreglando en el tocador y vino muy guapa. Yo, que había terminado el coñac, miraba mi Seat aparcado fuera y del que aún no he tenido tiempo de aburrirme. Me repetía: «Es mío». Dejé de mirarlo para atender a las caderas de mi amiga, cuando se sentaba, y vagamente las relacioné con el Seat. Tal vez porque tampoco me he aburrido de ellas aún.

Me sonrió y al cabo de un rato me estaba acariciando la mano en la que sostenía el pitillo, y diciéndome por enésima vez lo mucho que para ella ha significado nuestro encuentro del invierno. Con lo cual salió a relucir Julián. A las cinco ya me había contado no sé cuántas historias relacionadas con él y conmigo. Muchas me las ha contado también otras veces. Le extraña que yo no le tenga antipatía por el hecho de haberme precedido en recibir sus favores amorosos. Además afirma que conmigo se portó muy mal y para esclarecer este criterio se lanza, haciendo paralelos y diferencias entre el comportamiento de él y el mío, a un exaltado examen retrospectivo de una historia que para mí es insignificante. Dentro de algún tiempo (al ritmo que vamos puede calcularse en un mes y

pico) notará que me aburre con estos chismes y se enfadará. Dirá que no la oigo. Pero hoy, a pesar del silencio con que eran acogidos sus abundantes «¿no te parece?», se limitó a afirmar encendidamente que soy un buen amigo y que nunca hablo mal de nadie.

—No, mujer. Lo que pasa es que Julián no es mi amigo ni mi enemigo. Solo un conocido del que me importa más bien poco. Desde el documental del año pasado, ya sabes que apenas si lo veo...

Por ahí se desvió la conversación y nos pusimos a hablar del documental que, por haber obtenido un brillante puesto en la clasificación, dio arranque, al ser estrenado, a una serie de circunstancias fulminantemente favorables para mi carrera. A Silvia le parece mentira no conocerme de antes, dice que desde siempre estoy en su vida.

De pronto me acordé de Amparo, con un súbito remordimiento, de nuestro paseo de hace un año. A estas horas, todavía no habíamos llegado al río. La eché de menos.

—Precisamente hoy es el cumpleaños de Julián —dijo Silvia—. No tengas celos, me acuerdo solo porque también es el de mi hermano Carlos...

No contesté. Arrimó su silla a la mía y se puso a acariciarme el cogote.

—Eres un niño, los hombres sois como niños. Capaz serás de haberte enfadado. Vamos...

Repitió varias veces «vamos, vamos», espaciadamente, como una melodía a la que daba dulces reflexiones, y, a pesar de que no la miraba, me sentía a disgusto bajo el intenso haz apasionado con que detallaba mi perfil. Sobre todo por la interferencia que suponía para mis recuerdos, concretados ahora en el esfuerzo de reproducir el texto de la única carta que Amparo me escribió, a los pocos días de mi vuelta a Madrid. Una carta poética. «Ya sé que cada una de las personas que te conozca —decía— se habrá hecho de ti una

idea y que esta idea será distinta de la que yo me he formado. Pero todas estas imágenes son las que componen tu ser, y por eso yo, aunque nunca volviera a verte, he reflejado y guardo una parte de tu ser. Solamente te pido que me escribas una vez para decirme si tú también has guardado algo de mí. Escríbeme enseguida porque luego vendrá el tiempo a echar nuevas imágenes encima y todo se borrará. Ha sido tan endeble nuestro conocimiento y, sin embargo, ¡cuántas cosas...!».

—¡Cuántas cosas han pasado en un año!, ¿verdad, mi vida? — interrumpió Silvia, y los pedazos de la carta sin contestar se esparcieron al viento—. Por lo menos para mí. ¿Para ti?

Me encogí de hombros. También Amparo, como esta mujer, pensará que me han pasado muchas cosas en este año. Pero es un poco triste tener que decir que a uno le han pasado cosas porque se ha comprado coche y un apartamento.

—¿En qué piensas? —me apremió Silvia, al cabo de un rato.

—En nada.

—En algo pensarás.

—Pues sí. Me estaba acordando de una chica.

Silvia cesó instantáneamente en su operación de acariciarme.

—¿Una chica? ¿Y a eso llamas «nada»? ¿Quién es?

—No la conoces.

—¡Pero dime por qué te acuerdas de ella! Yo soy muy celosa. Me pongo mala si piensas en otra. Mala, lo que se dice mala. Y me alegro de que salga en la conversación para que lo sepas —me miraba; hubo un silencio—. Di algo. ¿No eres celoso tú?

A una mujer como Silvia se sabe que le tienen que halagar los hombres celosos, así que habría tenido que responderle afirmativamente si quería aceptar la nueva regla recién propuesta para continuar con interés el juego en que andamos metidos y cuyo círculo no hemos rebasado aún. Ese círculo donde se da por supuesta una magia de amor que se siente uno comprometido a no

empañar, y más aún que tiene obligación de alimentar con un fluido permanente lubricante de cada palabra y cada mirada.

Yo sabía perfectamente todo esto y también lo que habría tenido que responder en aquella ocasión, igual que sabe un jugador profesional el naípe que conviene enseñar a cada instante. Pero sentí todo mi ser entumecido por tantas horas de postura mantenida a la fuerza y tuve ganas de abandonar el juego. Así que cuando dije secamente: «No, no soy celoso. Los celos son una estupidez», era como si me estuviese levantando y tirase las cartas sobre el tapete verde.

Silvia se quedó tan resentida como era de esperar. Es la primera vez que le he hablado en este tono.

—Entonces es que yo soy una estúpida —aventuró, aun sin rencor, como si lanzase un cable para que yo me agarrara.

—No sé. Podría ocurrir. No te he tratado lo bastante.

—Vaya. Muchas gracias, rico.

También es la primera vez que ella ha puesto en este adjetivo con que suele endulzar sus transportes amorosos una nueva carga de enemistad y agresión. Dejé que la carga estallara, y su eco quedó vigente en el silencio tenso y largo que se sucedió. Fue ella quien, incapaz de soportarlo, preguntó con una voz entre sarcástica y deportiva, demasiado parecida a la que tantas veces se ha escuchado en el cine:

—¿Y quién es esa chica tan maravillosa, si se puede saber?

—Yo no he dicho que fuera maravillosa.

—Hombre, pero se nota. Acordarte de ella y hablarme con despego ha sido todo uno. A ver si te crees que he nacido ayer.

No dije nada. Silvia me hizo mirarla con un gesto brusco de levantarme la barbilla.

—¿Tan guapa es? —preguntó.

La miré. Tenía una seriedad estólida. Me pareció alguien con quien no se puede llegar jamás a establecer ni remotamente algo parecido a la comunicación.

—No era guapa —dije tan solo, como si hablara de una muerta con otra muerta.

Luego pagué al camarero y salimos.

A Rafa no le llegué a ver, y desde las seis dejé de mirar la hora. Su hermana me entretuvo, prendiéndome e intrigándome poco a poco con lo que decía y lo que callaba, primero de paseo por el río, luego en varias tabernas.

—Te quiero llevar a las menos finas —repetía en el umbral de cada una, con reto y avaricia, como si defendiera su honra—. ¡Aquí no pisan nunca señoritas!

En la última donde estuvimos, ya de noche, nos vinieron a encontrar Torres y los otros que andaban buscándome locos desde media tarde. Tenían el coche aparcado fuera, pero a la urgencia con que me instaban a emprender el viaje de regreso, se mezclaba un cierto azaro, al verme sentado en un rincón con aquella chica de ojos medio llorosos que enlazaba su mano con la mía. Le dejé unas líneas de excusa para Rafa, y ella, sentada aún en la misma postura en que nos habían encontrado los amigos y desde la cual les había alargado la mano sucesivamente en silencio, murmuraba, mientras me miraba trazar las líneas de aquel mensaje apresurado para su hermano:

—¡Y qué más da Rafa ahora! ¡Qué más da! ¡Qué más da todo!

Hice silencioso el viaje de regreso, como arrancado a la fuerza de un mundo al que empezaba a asomarme, y apenas me enteraba de las bromas de Julián, que no hacía más que reírse con los otros. Hasta que me hice el dormido para que me dejaran en paz. Por dentro de los ojos cerrados, Amparo, o sea, el fragmento de su imagen que me había sido dado poseer, revivía para mí solo.

Amparo tenía los ojos azules. Es la primera y tal vez la única seña que alguien podría haber dado de ella: ojos azules. Unos grandes ojos solitarios, estancados seguramente en la mirada que habrían

tenido para el novio primero. Pálida, aséptica mirada, como de llama de alcohol.

Cuando la esperaba a la puerta de mi pensión, como había convenido con Rafa, y la vi cruzar la plaza, estirándose un poco la chaqueta, atenta a sus tacones, me pesó de antemano como una condena el tiempo que íbamos a tener que pasar juntos. Y cuando me preguntó, ya caminando a mi lado, que dónde prefería ir, y que si me gustaba la parte del río, le dije que me gustaba todo y me lancé a hacerle un elogio del pueblo y de las tardes de primavera con frases ampulosas y convencionales que se enlazaban unas con otras, conforme íbamos andando. Hablé bastante rato. Siempre que me enfrento con alguien cuyo mundo sospecho que puede serme demasiado distante, echo sin tino palabras como piedras a esa zanja que siento abrirse en medio, en lugar de tratar de entenderla y salvarla, o mejor de mirar a ver si en realidad se ha abierto. Amparo se echó a reír.

—A mí eso no me lo digas con tanto calor. Díselo a tus amigos de Madrid cuando vuelvas.

Era una risa rara y tuve miedo de haberla ofendido. Me cortó. Comprendí que mis palabras habían sido piedras tiradas al azar y que podría haberla alcanzado con alguna, no sabía con cuál ni cómo porque se me borraba —tan inútil era— todo lo que había dicho.

Bajábamos por una callecita mal empedrada que termina en el barrio del río. Ella miraba frente a sí como si caminara sola. Nos paramos en la plaza del instituto.

—Te acordarás —dijo.

—Claro. Ya vine ayer.

Me sentía en falta, apesadumbrado.

—¿Lo sacáis en el documental? —preguntó.

—No. Vine por mi cuenta. Porque me gustaba venir.

Estábamos quietos, mirando fijamente la puerta del instituto, cuyo umbral habíamos surcado tantas veces en racimo, corriendo. Todo

estaba silencioso. Solamente se oían los golpes acompasados que daban dentro del patio unos hombres que estaban picando piedra.

—Ya. Para eso está bien este pueblo —dijo Amparo—. Para acordarse. Y para sacarlo en un documental. Para eso, bueno. ¿Vamos?

—Como quieras.

Al llegar al arrabal del río, las casas son bajas y desiguales. Algunas mujeres nos miraban por las ventanas abiertas; otras, desde la puerta, levantando los ojos de su costura. Se vislumbraban algunos interiores, camas con muñeca echada sobre la colcha, floreros. Amparo se torcía sobre los guijarros en cuesta y le ofrecí mi brazo. Se cogió sin mirarme. Niños jugando, barreños de agua, gallinas se fueron quedando atrás. Sentía el roce de sus dedos oprimiéndome la manga de la chaqueta. Al enfiar el puente se soltó.

—¡El río! —exclamó impetuosamente.

Y me precedió con un taconeo firme. Nos acodamos en la barandilla ancha del puente romano, a mirarlo. ¡Qué bueno hacía! Casi calor. En la aceña se alborotaba el agua y las espumas venían deshaciéndose hacia nosotros.

—Todavía el mes pasado arrastraba trozos de hielo —dijo Amparo—. ¿Quieres que vayamos allí, a la chopera? Se está muy bien.

Y, al proponerlo, me miró y tenía una chispa de alegría en los ojos azules. Pero luego, sentados en la chopera, le volvió aquel particular encogimiento, como si temiera haber sido demasiado espontánea, y se puso, sin transición, a hablarme de cine. Le gustaban mucho los documentales. Me pasmó que conociera los títulos de los más recientes, premiados en certámenes de todo el mundo, el nombre de sus directores y el tema de cada uno. Se gozaba en opinar acerca de ellos casi como si los hubiera visto. Estaba abonada a las mejores revistas. Dijo que el documental era tan interesante o más que las películas con argumento, que, o bien eran incapaces de dar la sensación de realidad, o la camuflaban. Teníamos enfrente, en la otra orilla, la silueta del pueblo rematado por la catedral.

—Por ejemplo —dijo—, el que quisiera hacer una película buena de la vida de este pueblo tendría que ser un genio. Pero en un documental se pueden sacar las cosas que no cambian. Las que están siempre ahí, a la vista, como cuando éramos pequeños. Y si está bien hecho, es arte. Es verdad.

Yo convine en que sí, pero que era un género más limitado. Sin embargo, no me gustaba aquella conversación. El tono de amargura que había en el fondo de todo lo que decía Amparo me hacía desear acercarme a conocerla un poco, pero me sentí torpe. Aproveché un silencio para tirar del hilo de los recuerdos de infancia y evocar los días en que andábamos por aquel mismo sitio, cazando lagartos. Nombré a Rafa, a Joaquín y a otros niños de la pandilla. Ella movió lentamente la cabeza. Dijo que no se acordaba.

—Sí, mujer —insistí—. Cuando hacíamos novillos ¿No te acuerdas de cuando remábamos? Estoy seguro de que venías también tú.

—Yo nunca he hecho novillos —dijo, seria—. Ya suponía que me estabas confundiendo con mi hermana. Yo soy Amparo, la mayor.

Nos estábamos mirando. De pronto abatió los ojos, como si no soportaran mi inspección, y se puso a jugar con unas hierbas del suelo. Precisamente acababa de reconocerla. Era una niña mayor que yo, muy lista, de trenzas rubias. La otra hermana era más guapa y tenía mi edad. Amparo sacaba siempre sobresalientes y estuvo enferma del pecho. La tuvieron casi un año en la cama y aquel curso se examinó por libre. Un día fui a buscar a Rafa y entramos al cuarto de ella a recoger algo. Yo avancé apenas: me daba aprensión. Estaba sentada en la cama con almohadones a la espalda y muchos libros sobre la colcha. Me fijé en las manos larguísimas y delgadas, las mismas que ahora arrancaban briznas de hierba.

—Clara se ha casado —informó—. Yo soy cuatro años mayor. ¿A que tú decías Clara?

Estaba turbado de haberla confundido con la otra. Pero creía que ella había venido también con nosotros al río. Insistía con falsa

seguridad para disimular mi turbación.

—No —dijo, terca—. Yo no. Lo puedes jurar.

—Pero ¿qué pasa con el río? —intenté bromear—. Hablas de él como de un lugar maldito.

—No, no. ¡Qué disparate! Es lo más mío del pueblo. Siempre lo ha sido.

Sus manos arrancaban hierbas cada vez más deprisa.

—¿Entonces?

—Nada. Que no había aprendido a remar, como vosotros. Y cazar lagartos me horrorizaba. Venía, pero sola. Eso es todo.

Cogió un pitillo que le encendí, después de dos tentativas. Se inclinó al cuenco de mis manos y rocé con ellas su mejilla. Ya fumando, parecía tranquila y ausente.

—Cuéntame por qué no venías con nosotros —reanudé.

—No sé. Me daba vergüenza. Y envidia, en el fondo. Andar sola era una defensa como otra cualquiera.

—¿Y qué hacías?

—Estudiar. Y hacer versos, hijo, lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Ni que fuera algo malo.

—Tampoco es bueno, si se queda crónico. Yo tuve un novio que decía que los versos en una mujer son síntoma de mala salud.

—¡Qué bruto!

—No; tenía razón en eso. Y en otras cosas. También decía que a mí solo pueden aguantarme los niños. Vámonos de aquí, ¿quieres?

—cortó, levantándose—. Me quedo un poco fría.

Se sacudió la falda mirando, hierática, el contorno del pueblo al otro lado del río, anaranjado y duro contra el poniente que se iniciaba.

—¿Por qué los niños? —le pregunté con dulzura—. Todas las conversaciones te gusta dejarlas cortadas.

Me miró con un titubeo.

—Los niños, porque soy maestra, maestra nacional. Esa es la clave de todo.

Me contó luego en la carta que estaba muy a disgusto, sin confesarme que era maestra; es una dedicación que está desprestigiada y, aunque ella la adora, se deja influir por la opinión de los demás. Le alivió mucho que yo dijese, mientras la cogía del brazo:

—Anda, vamos a beber un poco de vino por ahí y deja de defenderte. Me gusta mucho estar con mi amiga la maestra, y todavía queda algo de tarde.

Eran casi las seis. Las oímos dar en el reloj de la catedral cuando entramos en aquella tabernita. Había notado ella el deseo que me asaltó de acompañarla, y me pidió que no fuéramos a buscar a Rafa todavía, que no volviéramos a mirar el reloj. Se reía.

—Queda mucha tarde, la tarde es joven —dijo al beber el primer vaso de vino.

Al salir de allí íbamos del brazo por calles en cuesta. Me quería llevar a las tabernas que nunca pisa la gente fina. Ella iba cuando quería. Y también con los niños de su escuela en verano a bañarse al río. La criticaban, la criticaban por todo. Levantaba con empeño, exhibiéndola para mí, la bandera de las malas lenguas. La conversación se me desmenuza en el recuerdo. Le hablaba también yo de mi trabajo, de los esfuerzos que hay que hacer en el mundo del cine para conseguir una labor decente. Montaba para ella un personaje puro, incontaminado de las intrigas que urdían los demás para medrar. Lo veía reflejado en el brillo de sus ojos azules como en un espejo, destacándose de Torres, Julián y de todos mis compañeros habituales a los que había olvidado por completo, a pesar de que aludía a ellos. Me gustaba ser aquel personaje para Amparo, y el vino bebido con ella, en los sucesivos locales, tomaba entidad por sí mismo, dejando de ser un recurso de aquel poco de tiempo que me faltaba para alcanzar mi mundo interrumpido. Este mundo de fantasmas. Amparo tenía las manos frías y el rumor de los locales nos aislaba, acercándonos uno a otro.

Durante algunos días, Julián, Torres y los demás me parecieron más mediocres y aburridos que nunca.

De la carta de Amparo, que tardé algún tiempo en romper, no me reí, como ella tal vez habrá temido, y hasta incluso busco de nuevo su lectura en los ratos de abatimiento, con la avidez con que se quiere escuchar una voz diferente, cuando por todas partes nos agobia un clamor demasiado sabido y uniforme. Pero solamente se podría haber contestado con un telegrama que dijese: «Ven. Me caso contigo», o con una visita para reanudar lo que había quedado suelto. A una carta sentimental, del tipo de la suya, no habría habido derecho y, además, era difícil. Un hombre atareado de la ciudad rechaza toda introspección y sutileza, y yo tenía muchos asuntos que reclamaban mi tensión todo el día. Pensé mandarle algún libro o regalo, pero me parecía pobre e inoportuno. Lo fui dejando.

Por la cuesta de las Perdices la pierna de Silvia empezó a rozar la mía. La miré y, como estaba lloriqueando, le pedí perdón por mis brusquedades. Sacó una voz dolida para concedérmelo.

—¿Vamos a tu piso?

—Sí.

Por Puerta de Hierro ya me miraba tiernamente.

—De verdad, ¿qué hubo con esa chica, Juanjo?

—Nada, mujer, te lo aseguro.

—Pero ¿nada, nada?

—Nada en absoluto. Era una muchacha provinciana, más bien feíta. Solo di un paseo una tarde con ella el año pasado.

—¿Y por qué te acordaste?

—Por lo del documental.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Silvia pareció quedarse tranquila. Llegados a Madrid, en una parada de semáforo de la calle de la Princesa, me preguntó todavía,

como al descuido, mientras encendía un pitillo:

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—La chica esa.

—¡Ah!, Amparo. O Clara. Ya ni me acuerdo.

Madrid, primavera de 1962

Las ataduras

—No puedo dormir, no puedo. Da la luz, Herminia —dijo el viejo maestro, saltando sobre los muelles de la cama.

Ella se dio la vuelta hacia el otro lado y se cubrió con las ropas revueltas.

—Benjamín, me estás destapando —protestó—. ¿Qué te pasa?, ¿no te has dormido todavía?

—¿Qué quieres que me pase? Ya lo sabes, ¿es que no lo sabes? ¡Quién se puede dormir! Solo tú, que pareces de corcho.

—No vuelvas a empezar ahora, por Dios —dijo la voz soñolienta de la mujer—. Procura dormir, hombre, déjame, estoy cansada del viaje.

—Y yo también. Eso es lo que tengo atragantado, eso. Ese viaje inútil y maldito, me cago en Satanás; que si se pudieran hacer las cosas dos veces...

—Si se pudieran hacer dos veces, ¿qué?

—Que no iría, que me moriría sin volverla a ver, total para el espectáculo que hemos visto; que irías tú si te daba la gana, eso es lo que te digo.

—Sí, ya me he enterado; te lo he oído ayer no sé cuántas veces. ¿Y qué? Ya sabes que a mí me da la gana y que iré siempre que ella me llame. También te lo he dicho ayer. Creí que no querías darle más vueltas al asunto.

—No quería. ¿Y qué adelanto con no querer? Me rebulle. Tengo sangre en las venas y me vuelve a rebullir; me estará rebullendo siempre que me acuerde.

—Vaya todo por Dios.

—Da la luz, te digo.

La mujer alargó una muñeca huesuda y buscó a tientas la pera de la luz. Los ojos del viejo maestro, foscos, esforzados de taladrar la oscuridad, parpadearon un instante escapando de los de ella, que le buscaron indagadores, al resplandor que se descolgó sobre la estancia. Se sentó en la cama y la mujer le imitó a medias, con un suspiro. Asomaron las dos figuras por encima de la barandilla que había a los pies, a reflejarse enfrente, en la luna del armario. Toda la habitación nadaba con ellos, zozobraba, se torcía, dentro de aquel espejo de mala calidad, sucio de dedos y de moscas. Se vio él. Miró en el espejo, bajo la alta bombilla solitaria, el halo de sus propios pelos canosos alborotados, el bulto de la mujer, apenas surgido para acompañarle, el perfil de tantos objetos descabalados, ignorados de puro vistos, de tantas esquinas limadas por el uso, y se tapó los ojos. Dentro de ellos estalló un fuego colorado. Alina, niña, se sacudía el cabello mojado, riendo, y dejaba las brazadas de leña en la cocina, allí, a dos pasos; su risa trepaba con el fuego. Ahora un rojo de chispas de cerezas: Alina, en la copa de un cerezo del huerto, le contaba cuentos al niño del vaquero. Ahora un rojo de sol y de mariposas; ahora un rojo de vino.

La mujer se volvió a hundir en la cama.

—Herminia, ¿qué hora es?

—Las seis y cuarto. Anda, duérmete un poco. ¿Apagamos la luz?

Por toda contestación, el maestro echó los pies afuera y se puso a vestirse lentamente. Luego abrió las maderas de la ventana. Se cernía ya sobre el jardín una claridad tenue que a él le permitía reconocer los sitios como si los palpara. Cantó un gallo al otro lado de la carretera.

—Tan a gusto como podían vivir aquí esos niños —masculló con una voz repentinamente floja—. Tantas cosas como yo les podría enseñar, y las que ellos verían, maldita sea.

—Pero ¿qué dices, Benjamín? No vuelvas otra vez...

—No vuelvo, no; no vuelvo. Pero dímelo tú cómo van a prosperar en aquel cuartucho oliendo a tabaco y a pintura. Ya; ya te dejo en paz. Apaga si quieres.

Ella le había seguido con los ojos desde que se levantó. Ahora le vio separarse de la ventana, cerrar las maderas y coger su chaqueta, colgada en una silla. Le hizo volverse en la puerta.

—¿Adónde vas?

—Por ahí, qué más da. Donde sea. No puedo estar en la cama.

Ya en el pasillo, no escuchó lo que ella contestaba, aunque distinguió que era el tono de hacerle alguna advertencia. Tuvo un bostezo que le dio frío. La casa estaba inhóspita a aquellas horas; se le sentían los huesos, crujía. Y el cuerpo la buscaba, sin embargo, para abrigarse en alguna cosa.

Entró en la cocina: ni restos del fuego rojo que había llenado sus ojos cerrados unos minutos antes. Pasó la mirada por los estantes recogidos. Todo gris, estático. El tictac del despertador salía al jardín por la ventana abierta. Sacó agua de la cántara con un cacillo y la bebió directamente. Se sentó en el escaño de madera, lio un pitillo. Allí estaba la escopeta, en el rincón de siempre. Fumó, mirando al suelo, con la frente en las manos. Después de aquel cigarro, otros dos.

Eran ya las siete cuando salió a la balconada de atrás, colgada sobre un techo de avellanos, con el retrete en una esquina, y bajó la escalerilla que daba al jardín. Era jardín y huerta, pequeño, sin lindes. Las hortensias y las dalias crecían a dos pasos de las hortalizas, y solamente había un paseo de arena medianamente organizado, justamente bajo la balconada, a la sombra de los avellanos. Lo demás eran pequeños caminillos sin orden ni concierto que zurcían los trozos de cultivos y flores. Más atrás de todo esto había un prado donde estaban los árboles. Ciruelos, perales, manzanos, cerezos y una higuera, en medio de todos. El maestro cruzó el corro de los árboles y por la puerta de atrás salió del huerto al camino. La puerta de la casa daba a la carretera, esta

a un camino que se alejaba del pueblo. A los pocos pasos se volvió a mirar. Asomaba el tejado con su chimenea sin humo, bajo el primer albor de un cielo neutro donde la luna se transparentaba rígida, ya de retirada. Le pareció un dibujo todo el jardín y mentira la casa; desaparejada, como si no fuera hermana de las otras del pueblo. Las otras estaban vivas y esta era la casa de un guiñol, de tarlatana y cartón piedra. Y Herminia, pobre Herminia, su única compañera marioneta. Con la mano en el aire le reñía, le quería dar ánimos, llevarle a rastras, pero solo conseguía enhebrar largos razonamientos de marioneta.

«Hoy tampoco ha venido carta. No nos va a escribir siempre, Benjamín».

«Hay que dejar a cada cual su vida. Lo que es joven, rompe para adelante».

«No estés callado, Benjamín».

«¿Por qué no vas de caza?».

«No ha escrito, no. Mañana, a lo mejor. A veces se pierden cartas».

Y en invierno llueve. Y las noches son largas. Y las marionetas despintadas se miran con asombro.

«Ella, Benjamín, no era para morirse entre estas cuatro paredes».

Dio la vuelta y siguió camino abajo. Ya iba a salir el sol. A la derecha, un muro de piedras desiguales, cubierto de musgo y zarzamoras, separaba el camino de unos cultivos de viña. Más adelante, cuando se acababa este muro, el camino se bifurcaba y había una cruz de piedra en el cruce. No se detuvo. Uno de los ramales llevaba a la iglesia, que ya se divisaba detrás de un corro de eucaliptos; pero él tomó el otro, una encañada del ancho exacto de un carro de bueyes y que tenía los rodales de este pasaje señalados muy hondo en los extremos del suelo. Oyó que le llamaban, a la espalda, y se volvió. A los pocos metros, cerca del cruce, distinguió al cura, que subía, montado en su burro, hacia el camino de la otra parroquia.

—Benjamín —había llamado, primero no muy fuerte, entornando los ojos viejos, como para asegurarse.

Y luego detuvo el burro y ya más firme, con alegría:

—Benjamín, pero claro que es él. Benjamín, hombre, venga acá. Mira que tan pronto de vuelta.

El maestro no se acercó. Le contestó apagadamente sin disminuir la distancia:

—Buenos días, don Félix. Voy de prisa.

El burro dio unos pasos hacia él.

—Vaya, hombre, con la prisa. Temprano saltan los quehaceres. Cuénteme, por lo menos, cuándo han llegado.

—Ayer tarde, ya tarde.

—¿Y qué tal? ¿Es muy grande París?

—Muy grande, sí señor. Demasiado.

—Vamos, vamos. Tengo que ir una tarde por su casa, para que me cuente cosas de la chica.

—Cuando quiera.

—Porque como esté esperando a que usted venga por la iglesia...

Se había acercado y hablaba mirando la cabeza inclinada del maestro, que estaba desenterrando una piedra del suelo, mientras le escuchaba. Salió un ciempiés de debajo, lo vieron los dos escapar culebreando. A Alina no le daba miedo de los ciempiés, ni cuando era muy niña. De ningún bicho tenía miedo.

—¿Y cómo la han encontrado, a la chica?

—Bien, don Félix, muy bien está.

—Se habrá alegrado mucho de verles, después de tanto tiempo.

—Ya ve usted.

—Vaya, vaya... ¿Y por fin no se ha traído a ningún nietecito?

—No señor, el padre no quiere separarse de ellos.

—Claro, claro. Ni Adelaida tampoco querrá. Maja chica Alina. Así es la vida. Parece que la estoy viendo correr por aquí. Cómo pasa el tiempo. En fin... ¿Se acuerda usted de cuando recitó los versos a la

Virgen, subida ahí en el muro, el día de la procesión de las Nieves? No tendría ni ocho años. ¡Y qué bien los decía!, ¿se acuerda usted?

—Ya lo creo, sí, señor.

—Le daría usted mis recuerdos, los recuerdos del cura viejo.

—Sí, Herminia se los dio, me parece.

—Bueno, pues bien venidos. No le entretengo más, que también a mí se me hace tarde para la misa. Dígale a Herminia que ya pasaré, a ver si ella me cuenta más cosas que usted.

—Adiós, don Félix.

Se separaron. La encañada seguía hacia abajo, pero se abría a la derecha en un repecho, suave al principio, más abrupto luego, resbaladizo de agujas de pino. Llegado allí, el maestro se puso a subir la cuesta despacio, dejando el pueblo atrás. No volvió la vista. Ya sentía el sol a sus espaldas. Cuanto más arriba, más se espesaba el monte de pinos y empezaban a aparecer rocas muy grandes, por encima de las cuales a veces tenía que saltar para no dar demasiado rodeo. Miró hacia la cumbre, en línea recta. Todavía le faltaba mucho. Trepaba deprisa, arañándose el pantalón con los tojos, con las carquejas secas. Pero se desprendía rabiosamente y continuaba. No hacía caso del sudor que empezaba a sentir, ni de los resbalones, cada vez más frecuentes.

—Alina —murmuró, jadeando—, Alina.

Le caían lágrimas por la cara.

—Alina, ¿qué te pasa?, me estás destapando. ¿No te has dormido todavía? ¿Adónde vas?

—A abrir la ventana.

—Pero ¿no te has levantado antes a cerrarla? Te has levantado, me parece.

—Sí, me he levantado, ¿y qué?, no estés tan pendiente de mí.

—¿Cómo quieres que no esté pendiente si no me dejas dormir? Para quieta; ¿por qué cerrabas antes la ventana?

—Porque tosió Santiago. ¿No le oyes toda la noche? Tose mucho.

—Entonces no la abras otra vez, déjala.

La ventana da sobre un patio pequeño. Una luz indecisa de amanecer baja del alto rectángulo de cielo. Alina saca la cabeza a mirar; trepan sus ojos ansiosos por los estratos de ropa colgada —camisetas, sábanas, jerséis, que se balancean, a distintas alturas—, y respira al hallar arriba aquel claror primero. Es un trozo pequeño de cielo que se empieza a encender sobre París esa mañana, y a lo mejor ella sola lo está mirando.

—Pero, Adelaida, cierra ahí. ¿No has dicho que Santiago tose? No se te entiende. Ven acá.

—Me duele la cabeza, si está cerrado. Déjame un poco respirar, Philippe, duérmete. Yo no tengo sueño. Estoy nerviosa.

—Te digo que vengas acá.

—No quiero —dice ella, sin volverse—. Déjame.

Por toda respuesta, Philippe se incorpora y da una luz pequeña. En la habitación hay dos cunas, una pequeñísima, al lado de la cama de ellos, y otra más grande, medio oculta por un biombo. El niño que duerme en esta cuna se ha revuelto y tose. Alina cierra la ventana.

—Apaga —dice con voz dura.

La luz sigue encendida.

—¿Es que no me has oído, estúpido? —estalla, furiosa, acercándose al interruptor.

Pero las manos de él la agarran fuertemente por las muñecas. Se encuentran los ojos de los dos.

—Quita, bruto. Que apagues, te he dicho. El niño está medio despierto.

—Quiero saber lo que te pasa. Lo que te rebulle en la cabeza para no dejarte dormir.

—Nada, déjame. Me preocupa el niño; eso es todo. Y que no puedo soportar el olor de pintura.

—No, eso no es todo, Alina. Te conozco. Estás buscando que riñamos. Igual que ayer.

—Cállate.

—Y hoy si quieres riña, vas a tener riña, ¿lo oyes?, no va a ser como ayer. Vamos a hablar de todo lo que te estás tragando, o vas a cambiar de cara, que ya no te puedo ver con ese gesto.

Ella se suelta, sin contestar, y se acerca a la cuna del niño, que ahora lloriquea un poco. Le pone a hacer pis y le da agua. Le arregla las ropas. A un gesto suyo, Philippe apaga la luz. Luego la siente él cómo coge a tientas una bata y abre la puerta que da al estudio.

—¿Qué vas a buscar? ¡Alina! —llama con voz contenida.

Alina cierra la puerta detrás de sí y da la luz del estudio. Es una habitación algo mayor que la otra y mucho más revuelta. Las dos componen toda la casa. Sobre una mesa grande, cubierta de hule amarillo, se ven cacharros y copas sin fregar, y también botes con pinceles. Junto a la mesa hay un caballete y, en un ángulo, una cocina empotrada tapada por cortinas. Alina ha ido allí a beber un poco de leche fría, y se queda de pie, mirándolo todo con ojos inertes. Por todas partes están los cuadros de Philippe. Colgados, apilados, vueltos de espalda, puestos a orear. Mira los dos divanes donde han dormido sus padres y se va a tender en uno de ellos. Apura el vaso de leche, lo deja en el suelo. Luego enciende un pitillo.

En el caballete hay un lienzo a medio terminar. Una oleada de remiendos grises, brochazos amarillentos, agujas negras.

Philippe ha aparecido en la puerta del estudio.

—Alina, ¿no oyes que te estoy llamando? Ven a la cama.

—Por favor, déjame en paz. Te he dicho que no tengo sueño, que no quiero.

—Pero aquí huele mucho más a pintura. ¿No dices que es eso lo que te pone nerviosa?

—Tú me pones nerviosa, ¡tú!, tenerte que dar cuenta y explicaciones de mi humor a cada momento, no poderme escapar a estar sola ni cinco minutos. Señor. ¡Cinco minutos de paz en todo el día!... A ver si ni siquiera voy a poder tener insomnio, vamos..., y nervios por lo que sea; es que es el colmo. ¡¡Ni un pitillo!! ¡Ni el tiempo de un pitillo sin tenerte delante!

Ha ido subiendo el tono de voz, y ahora le tiembla de excitación. Él se acerca.

—No hables tan alto. Te estás volviendo una histérica. Decías que estabas deseando que se fueran tus padres porque te ponían nerviosa, y ahora que se han ido es mucho peor.

—Mira, Philippe, déjame. Es mejor que me dejes en paz.

—No te dejes. Tenemos que hablar. Antes de venir tus padres no estabas así nunca. Antes de venir ellos...

Alina se pone de pie bruscamente.

—¡Mis padres no tienen nada que ver! —dice casi gritando—. Tú no tienes que hablar de ellos para nada, no tienes ni que nombrarlos, ¿lo oyes? Lo que pase o no pase por causa de mis padres, solo me importa a mí.

—No creo eso; nos importa a los dos. Ven, siéntate.

—No tienes ni que nombrarlos —sigue ella tercamente, paseando por la habitación—, eso es lo que te digo. Tú ni lo hueles lo que son mis padres, ni te molestas en saberlo. Más vale que no los mezcles en nada, después de lo que has sido con ellos estos días; mejor será así, si quieres que estemos en paz.

—¡Yo no quiero que estemos en paz! ¿Cuándo he querido, Alina? Tú te empeñas en tener siempre paz a la fuerza. Pero cuando hay tormenta, tiene que estallar, y si no estalla es mucho peor. Dilo ya todo lo que andas escondiendo, en vez de callarte y amargarte a solas. ¿Por qué me dices que no te pasa nada? Suelta ya lo que sea. Ven.

Alina viene otra vez a sentarse en el sofá, pero se queda callada, mirándose las uñas. Hay una pausa. Los dos esperan.

—Qué difícil eres, mujer —dice él, por fin—. Cuántas vueltas le das a todo. Cuando se fueron tus padres, dijiste que te habías quedado tranquila. Recuérдалo.

—Claro que lo dije. No hay nervios que puedan aguantar una semana así. ¿Es que no has visto lo desplazados que estaban, por Dios? ¿Vas a negar que no hacías el menor esfuerzo por la convivencia con ellos? Los tenías en casa como a animales molestos, era imposible de todo punto vivir así. ¡Claro que estaba deseando que se fueran!

—Adelaida, yo lo sabía que iba a pasar eso, y no solo por mi culpa. Te lo dije que vinieran a un hotel, hubiera sido más lógico. Ellos y nosotros no tenemos nada que ver. Es otro mundo el suyo. Chocaban con todo, como es natural. Con nuestro horario, con la casa, con los amigos. No lo podíamos cambiar todo durante una semana. Yo les cedí mi estudio; no eres justa quejándote solo de mí. La hostilidad la ponían ellos también, tu padre sobre todo. ¡Cómo me miraba! Está sin civilizar tu padre, Alina. Tú misma lo has dicho muchas veces; has dicho que se le había agriado el carácter desde que te fuiste a estudiar a la Universidad, que tenía celos de toda la gente que conocías, que al volver al pueblo te hacía la vida imposible. Y acuérdate de nuestro noviazgo.

Alina escucha sin alzar los ojos. Sobre las manos inmóviles le han empezado a caer lágrimas. Sacude la cabeza, como ahuyentando un recuerdo molesto.

—Deja las historias viejas —dice—. Qué importa eso ahora. Ellos han venido. Te habían conocido de refilón cuando la boda, y ahora vienen, después de tres años, a vernos otra vez, y a ver a los niños. ¿No podías haberlo hecho todo menos duro? Ellos son viejos. A ti el despegue de mi padre no te daña, porque no te quita nada ya. Pero tú a mi padre se lo has quitado todo. Eras tú quien se tenía que esforzar, para que no se fueran como se han ido.

—Pero ¿cómo se han ido? Parece que ha ocurrido una tragedia, o que les he insultado. ¿En qué he sido despegado yo, distinto de

como soy con los demás? Sabes que a nadie trato con un cuidado especial, no puedo. ¿En qué he sido despegado? ¿Cuándo? ¿Qué tendría que haber hecho?

—Nada, déjalo, es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Aprende a hablar con orden. A ver: ¿cuándo he sido yo despegado?

—No sé; ya en la estación, cuando llegaron; y luego, con lo de los niños, y siempre.

—Pero no amontones las cosas, mujer. En la estación, ¿no empezaron ellos a llorar, como si estuvieras muerta, y a mí ni me miraban? ¿No se pusieron a decir que ni te conocían de tan desmejorada, que cómo podías haberte llegado a poner así? Tú misma te enfadaste, acuérdate. ¿No te acuerdas? Di.

—Pero si es lo mismo, Philippe —dice ella con voz cansada—. Anda, vete a acostar. No se trata de los hechos, sino de entender y sentir la postura de mis padres, o no entenderla. Tú no lo entiendes, qué le vas a hacer. Estaríamos hablando hasta mañana.

—¿Y qué?

—Que no quiero, que no merece la pena.

Se levanta y va a dejar el vaso en el fregadero. Philippe la sigue.

—¿Cómo que no merece la pena? Claro que la merece. ¿Crees que me voy a pasar toda la vida sufriendo tus misterios? Ahora ya te vuelves a aislar, a sentirte incomprendida, y me dejas aparte. Pero ¿por qué sufres tú exactamente, que yo lo quiero saber? Tú te pasas perfectamente sin tus padres, has sentido alivio, como yo, cuando se han ido... ¿no?

—¡Por Dios, déjame!

—No, no te dejas, haz un esfuerzo por explicarte, no seas tan complicada. Ahora quiero que hablemos de este asunto.

—¡Pues yo no!

—¡Pues yo sí...! Quiero que quede agotado de una vez para siempre, que no lo tengamos que volver a tocar. ¿Me oyes? Mírame cuando te hablo. Ven, no te escapes de lo que te pregunto.

Alina se echa a llorar con sollozos convulsos.

—¡¡Déjame!! —dice, chillando—. No sé explicarte nada, déjame en paz. Estoy nerviosa de estos días. Se me pasará. Ahora todavía no puedo reaccionar. Mis padres se han ido pensando que soy desgraciada, y sufro porque sé que ellos sufren pensando así. No es más que eso.

—¡Ay Dios mío! ¿Pero tú eres desgraciada?

—Y qué más da. Ellos lo han visto de esa manera, y ya nunca podrán vivir tranquilos. Eso es lo que me desespera. Si no me hubieran visto, sería distinto, pero ahora, por muy contenta que les escriba, ya nunca se les quitará de la cabeza. Nunca. Nunca.

Habla llorando, entrecortadamente. Se pone a vestirse con unos pantalones de pana negros que hay en el respaldo de una silla, y un jersey. Agarra las prendas y se las mete, con gestos nerviosos. Un reloj, fuera, repite unas campanadas que ya habían sonado un minuto antes.

—Tranquilízate, mujer. ¿Qué haces?

—Nada. Son las siete. Ya no me voy a volver a acostar. Vete a dormir tú un poco, por favor. Vamos a despertar a los niños si seguimos hablando tan fuerte.

—Pero no llores, no hay derecho. Libérate de esa pena por tus padres. Tú tienes que llevar adelante tu vida y la de tus hijos. Te tienes que ocupar de borrar tus propios sufrimientos reales, cuando tengas alguno.

—Que sí, que sí...

—Mujer, contéstame de otra manera. Parece que me tienes rencor, que te aburro.

La persigue, en un baile de pasos menudos, por todo el estudio. Ella ha cogido una bolsa que había colgada en la cocina.

—Déjame ahora —le dice, acercándose a la puerta de la calle—. Tendrás razón, la tienes, seguramente; pero, déjame, por favor. ¡¡Te lo estoy pidiendo por favor!!

—¿Cómo?, ¿te vas? No me dejes así, no te vayas enfadada. Dime algo, mujer.

Alina ya ha abierto la puerta.

—¡Qué más quieres que te diga! ¡Que no puedo más! Que no estaré tranquila hasta que no me pueda ver un rato sola. Que me salgo a buscar el pan para desayunar y a que me dé un poco el aire. Que lo comprendas si puedes. Que ya no aguanto más aquí encerrada. Hasta luego.

Ha salido casi corriendo. Hasta el portal de la calle hay solamente un tramo de escalera. La mano le tiembla, mientras abre la puerta. Philippe la está llamando, pero no contesta.

Sigue corriendo por la calle. Siente flojas las piernas, pero las fuerza a escapar. Cruza de una acera a otra, y después de una bocacalle a otra, ligera y zozobante, arrimada a las paredes. Hasta después de sentir un verdadero cansancio, no ha alzado los ojos del suelo, ni ha pensado adónde iba. Poco a poco, el paso se le va relajando, y su aire se vuelve vacilante y arrítmico, como el de un borracho, hasta que se detiene. Se ha acordado de que Philippe no la seguirá, porque no puede dejar solos a los niños, y respira hondo.

Es una mañana de niebla. La mayor parte de las ventanas de las casas están cerradas todavía, pero se han abierto algunos bares. Ha llegado cerca de la trasera de Notre Dame. Las personas que se cruzan con ella la miran allí parada, y siguen ajenas, absortas en lo suyo. Echa a andar en una dirección fija. Está cerca del Sena, del río Sena. Un río que se llama de cualquier manera: una de aquellas rayitas azul oscuro que su padre señalaba en el mapa de la escuela. Este es su río de ahora. Ha llegado cerca del río y lo quiere ver correr.

Sale a la plaza de Notre Dame, y la cruza hacia el río. Luego va siguiendo despacio el parapeto hasta llegar a las primeras escaleras que bajan. El río va dentro de su cajón. Se baja por el parapeto hasta una acera ancha de cemento y desde allí se le ve correr muy cerca. Es como un escondite de espaldas a la ciudad, el escenario

de las canciones que hablan de amantes casi legendarios. No siente frío. Se sienta, abrazándose las rodillas, y los ojos se le van apaciguando, descansando en las aguas grises del río.

Los ríos le atrajeron desde pequeñita, aun antes de haber visto ninguno. Desde arriba del monte Ervedelo, le gustaba mirar fijamente la raya del Miño, que riega Orense, y también la ciudad, concreta y dibujada. Pero sobre todo el río, con su puente encima. Se lo imaginaba maravilloso, visto de cerca. Luego, en la escuela, su padre le enseñó los nombres de otros ríos que están en países distantes; miles de culebrillas finas, todas iguales: las venas del mapa.

Iba a la escuela con los demás niños, pero era la más lista de todos. Lo oyó decir muchas veces al cura y al dueño del Pazo, cuando hablaban con su padre. Aprendió a leer enseguida y le enseñó a Eloy, el del vaquero, que no tenía tiempo para ir a la escuela.

—Te va a salir maestra como tú, Benjamín —decían los amigos del padre, mirándola.

Su padre era ya maduro cuando ella había nacido. Junto con el recuerdo de su primera infancia, estaba siempre el del roce del bigote hirsuto de su padre, que la besaba mucho y le contaba largas historias cerca del oído. Al padre le gustaba beber y cazar con la gente del pueblo. A ella la hizo andarina y salvaje. La llevaba con él al monte en todo tiempo y le enseñaba los nombres de las hierbas y los bichos. Alina, con los nombres que aprendía, iba inventando historias, relacionando colores y brillos de todas las cosas menudas. Se le hacía un mundo anchísimo, lleno de tesoros, el que tenía al alcance de la vista. Algunas veces se había juntado con otras niñas, y se sentaban todas a jugar sobre los muros, sobre los carros vacíos. Recogían y alineaban palitos, moras verdes y rojas, erizos de castaña, granos de maíz, cristales, cortezas. Jugaban a

cambiarse estos talismanes de colores. Hacían caldos y guisos, machacando los pétalos de flores en una lata vacía, los trocitos de teja que dan el pimentón, las uvas arrancadas del racimo. Andaban correteando a la sombra de las casas, en la cuneta de la carretera, entre las gallinas tontas y espantadizas y los pollitos feos del pescuezo pelado.

Pero desde que su padre la empezó a aficionar a trepar a los montes, cada vez le gustaba más alejarse del pueblo; todo lo que él le enseñaba o lo que iba mirando ella sola, en las cumbres, entre los pies de los pinos, era lo que tenía verdadero valor de descubrimiento. Saltaba en las puntas de los pies, dando chillidos, cada vez que se le escapaba un vilano, una lagartija o una mariposa de las buenas. La mariposa paisana volaba cerca de la tierra, cabeceando, y era muy fácil de coger, pero interesaba menos que una mosca. Era menuda, de color naranja o marrón pinteada; por fuera como de ceniza. Por lo más adentrado del monte, las mariposas que interesaban se cruzaban con los saltamontes, que siempre daban susto al aparecer, desplegando sus alas azules. Pero Alina no tenía miedo de ningún bicho; ni siquiera de los caballitos del diablo que solo andaban por lo más espeso, por donde también unas arañas enormes y peludas tendían entre los pinchos de los tojos sus gruesas telas, como hamacas. Los caballitos del diablo le atraían por lo espantoso, y los acechaba, conteniendo la respiración.

—Cállate, papá, que no se espante ese. Míralo ahí. Ahí — señalaba, llena de emoción.

Había unas flores moradas, con capullos secos enganchados en palito que parecían cascabeles de papel. Estas eran el posadero de los caballitos del diablo; se montaban allí y quedaban balanceándose en éxtasis, con un ligero zumbido que hacía vibrar sus alas de tornasol, el cuerpo manchado de reptil pequeño, los ojos abultados y azules.

Un silencio aplastante, que emborrachaba, caía a mediodía verticalmente sobre los montes. Alina se empezó a escapar sola a lo intrincado y le gustaba el miedo que sentía algunas veces, de tanta soledad. Era una excitación incomparable la de tenderse en lo más alto del monte, en lo más escondido, sobre todo pensando en que a lo mejor la buscaban o la iban a reñir.

Su madre la reñía mucho, si tardaba; pero su padre apenas un poco las primeras veces, hasta que dejó de reñirla en absoluto, y no permitió tampoco que le volviera a decir nada su mujer.

—Si no me puedo quejar —decía, riéndose—. Si he sido yo quien le ha enseñado lo de andar por ahí sola, pateando la tierra de uno y sacándole sabor. Sale a mí clavada, Herminia. No es malo lo que hace; es una hermosura. Y no te apures, que ella no se pierde, no.

Y el abuelo Santiago, el padre de la madre, era el que más se reía. Él sí que no estaba nunca preocupado por la nieta.

—Dejarla —decía—, dejarla, que esta llegará lejos y andará mundo. A mí se parece, Benjamín, más que a ti. Ella será la que continúe las correrías del abuelo. Como que se va a quedar aquí. Lo trae en la cara escrito lo de querer explorar mundo y escaparse.

—No, pues eso de las correrías sí que no —se alarmaba el maestro—. Esas ideas no se las meta usted en la cabeza, abuelo. Ella se quedará en su tierra, como el padre, que no tiene nada perdido por ahí adelante.

El abuelo había ido a América de joven. Había tenido una vida agitada e inestable y le habían ocurrido muchas aventuras. El maestro, en cambio, no había salido nunca de unos pocos kilómetros a la redonda, y se jactaba de ello cada día más delante de la hija.

—Se puede uno pasar la vida, hija, sin perderse por mundos nuevos. Y hasta ser sabio. Todo es igual de nuevo aquí que en otro sitio; tú al abuelo no le hagas caso en esas historias de los viajes.

El abuelo se sonreía.

—Lo que sea ya lo veremos, Benjamín. No sirve que tú quieras o no quieras.

A medida que crecía, Alina empezó a comprender confusamente que su abuelo y su padre parecían querer disputársela para causas contradictorias, aunque los detalles y razones de aquella sorda rivalidad se le escapasen. De momento la meta de sus ensueños era bajar a la ciudad a ver el río.

Recordaba ahora la primera vez que había ido con su padre a Orense, un domingo de verano, que había feria. La insistencia con que le pidió que la llevara y sus juramentos de que no se iba a quejar de cansancio. Recordaba, como la primera emoción verdaderamente seria de su vida, la de descubrir el río Miño de cerca, en plena tarde, tras la larga caminata, con un movimiento de muchas personas vestidas de colores, merendando en las márgenes, y de otras que bajaban incesantemente de los aserraderos de madera a la romería. Cerca del río estaba la ermita de los Remedios, y un poco más abajo, a la orilla, el campo de la feria con sus tenderetes que parecían esqueletos de madera. Estuvieron allí y el padre bebió y habló con mucha gente. Bailaban y cantaban, jugaban a las cartas. Vendían pirulís, pulpo, sombreros de paja, confites, pitos, pelotillas de goma y alpargatas. Pero Alina en eso casi no se fijó; lo había visto parecido por San Lorenzo, en la fiesta de la aldea. Miraba, sobre todo, el río, hechizada, sin soltarse al principio de la mano de su padre. Luego, más adelante, cuando el sol iba ya bajando, se quedó un rato sentada en la orilla («... que tengo cuidado. Déjame. De verdad, papá...»); y sentía todo el rumor de la fiesta a sus espaldas, mientras trataba de descubrir, mezcladas en la corriente del Miño, las pepitas de oro del afluente legendario, el Sil, que arrastra su tesoro, encañonado entre colinas de pizarra. No vio brillar ninguna de aquellas chispas maravillosas, pero el río se iba volviendo, con el atardecer, cada vez más sonrosado y sereno, y se sentía, con su fluir, la despedida del día. Había en la otra orilla unas yeguas que levantaban los ojos de vez

en cuando, y un pescador, inmóvil, con la caña en ángulo. El rosa se espesaba en las aguas.

Luego, al volver, desde el puente, casi de noche, se veían lejos los montes y los pueblos escalonados en anfiteatro, anchos, azules, y, en primer término, las casas de Orense con sus ventanas abiertas, algunas ya con luces, otras cerradas, inflamados aún los cristales por un último resplandor de sol. Muchas mujeres volvían deprisa, con cestas a la cabeza, y contaban dinero, sin dejar de andar ni de hablar.

—Se nos ha hecho muy tarde, Benjamín; la niña va con sueño —decía un amigo del padre, que había estado con ellos casi todo el rato.

—¿Esta? —contestaba el maestro, apretándole la mano—. No la conoces tú a la *faragulla* esta. ¿Tienes sueño, *faragulla*?

—Qué va, papá, nada de sueño.

El maestro y su amigo habían bebido bastante, y se entretuvieron todavía un poco en unas tabernas del barrio de la catedral.

Luego anduvieron por calles y callejas, cantando hasta salir al camino del pueblo, y allí el amigo se despidió. La vuelta era toda cuesta arriba, y andaban despacio.

—A lo mejor nos riñe tu madre.

—No, papá. Yo le digo que ha sido culpa mía; que me quise quedar más.

El maestro se puso a cantar, desafinando algo, una canción de la tierra, que cantaba muy a menudo, y que decía: «... aproveita a boa vida - solteiriña non te cases – aproveita a boa vida – que eu ben sei dunha casada – que chora de arrepentida». La cantó muchas veces.

—Tú siempre con tu padre, bonita —dijo luego—, siempre con tu padre.

Había cinco kilómetros de Orense a San Lorenzo. El camino daba vueltas y revueltas, a la luz de la luna.

—¿Te cansas?

—No, papá.

—Tu madre estará impaciente.

Cantaban los grillos. Luego pasó uno que iba al pueblo con su carro de bueyes, y les dijo que subieran. Se tumbaron encima del heno cortado.

—¿Lo has pasado bien, reina?

—¡Huy, más bien!

Y, oyendo el chillido de las ruedas, de cara a las estrellas, Alina tenía ganas de llorar.

A Eloy, el chico del vaquero, le contó lo maravilloso que era el río. Él ya había bajado a Orense varias veces porque era mayor que ella, y hasta se había bañado en el Miño, pero la escuchó hablar como si no lo conociera más que ahora, en sus palabras.

Eloy guardaba las vacas del maestro, que eran dos, y solía estar en un pequeño prado triangular que había en la falda del monte Ervedelo. Allí le venía a buscar Alina muchas tardes, y es donde le había enseñado a leer. A veces el abuelo Santiago la acompañaba en su paseo y se quedaba sentado con los niños, contándoles las sempiternas historias de su viaje a América. Pero Alina no podía estar mucho rato parada en el mismo sitio.

—Abuelo, ¿puedo subir un rato a la peña grande con Eloy, y tú te quedas con las vacas, como ayer? Bajamos enseguida.

El abuelo se ponía a liar un pitillo.

—Claro, hija. Venir cuando queráis.

Y subían corriendo de la mano por lo más difícil, brincando de peña en peña hasta la cumbre.

¡Qué cosa era la ciudad, vista desde allí arriba! A partir de la gran piedra plana, donde se sentaban, descendía casi verticalmente la maleza, mezclándose con árboles, piedras, cultivos, en un desnivel vertiginoso, y las casas de Orense, la catedral, el río estaban en el hondón de todo aquello; caían allí los ojos sin transición y se olvidaban del camino y de la distancia. Al río se le reconocían las arrugas de la superficie, sobre todo si hacía sol. Alina se imaginaba

lo bonito que sería ir montados los dos en una barca, aguas adelante.

—Hasta Tuy, ¿qué dices? ¿Cuánto tardaríamos hasta Tuy?

—No sé.

—A lo mejor muchos días, pero tendríamos cosas de comer.

—Claro, yo iría remando.

—Y pasaríamos a Portugal. Para pasar a Portugal seguramente hay una raya en el agua de otro color más oscuro, que se notará poco, pero un poquito.

—¿Y dormir?

—No dormiríamos. No se duerme en un viaje así. Solo mirar; mirando todo el rato.

—De noche no se mira, no se ve nada.

—Sí que se ve. Hay luna y luces por las orillas. Sí que se ve.

Nunca volvían pronto, como le habían dicho al abuelo.

—¿A ti qué te parece, que está lejos o cerca, el río?

—¿De aquí?

—Sí.

—A mí me parece que muy cerca, que casi puede uno tirarse. ¿A ti?

—También. Parece que si abro los brazos, voy a poder bajar volando. Mira, así.

—No lo digas —se asustaba Eloy, retirándola hacia atrás—, da vértigo.

—No, si no me tiro. Pero qué gusto daría, ¿verdad? Se levantaría muchísima agua.

—Sí.

El río era como una brecha, como una ventana para salir, la más importante, la que tenían más cerca.

Una tarde, en uno de estos paseos, Eloy le contó que había decidido irse a América, en cuanto fuese un poco mayor.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que lo digo de verdad.

Alina le miraba con mucha admiración.

—¿Cuándo se te ha ocurrido?

—Ya hace bastante, casi desde que le empecé a oír contar cosas a tu abuelo. Pero no estaba decidido como ahora. Voy a escribir a un primo que tengo allí. Pero es un secreto todo esto, no se lo digas a nadie.

—Claro que no. Te lo juro. Pero, oye, necesitarás dinero.

—Sí, ya lo iré juntando. No te creas que me voy a ir enseguida.

—Pues yo que tú, me iría enseguida. Si no te vas enseguida, a lo mejor no te vas.

—Sí que me voy, te lo juro que me voy. Y más ahora que veo que a ti te parece bien.

Alina se puso a arrancar hierbas muy deprisa, y no hablaron en un rato.

Luego dijo él:

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—¿Qué?

—Que ya no te voy a volver a decir nada hasta que lo tenga todo arreglado y te vea para despedirme de ti. Así verás lo serio que es. Dice mi padre, que cuando se habla mucho de una cosa, que no se hace. Así que tú ya tampoco me vuelvas a preguntar nada, ¿eh?

—Bueno. Pero a ver si se te pasan las ganas por no hablar conmigo.

—No, mujer.

—Y no se lo digas a nadie más.

—A nadie. Solo a mi primo, cuando le escriba, que no sé cuándo será. A lo mejor espero a juntar el dinero.

No volvieron a hablar de aquello. Eloy se fue a trabajar a unas canteras cercanas, de donde estaban sacando piedra para hacer el Sanatorio y se empezaron a ver menos. Alina le preguntó al abuelo que si el viaje a América se podía hacer yendo de polizón, porque imaginaba que Eloy iría de esa manera, y, durante algún tiempo, escuchó las historias del abuelo con una emoción distinta. Pero

enseguida volvió a sentir las lejos, como antes, igual que leídas en un libro o pintadas sobre un telón de colores gastados. En el fondo, todo aquello de los viajes le parecía una invención muy hermosa, pero solo una invención, y no se lo creía mucho. Eloy no se iría; ¿cómo se iba a ir?

Muchas veces, desde el monte Ervedelo, cuando estaba sola mirando anochecer y se volvía a acordar de la conversación que tuvo allí mismo con su amigo, aunque trataba de sentir de verdad que el sol no se había apagado, sino que seguía camino hacia otras tierras desconocidas y lejanas, y aunque decía muchas veces la palabra «América» y se acordaba de los dibujos del libro de geografía, no lo podía, en realidad, comprender. Se había hundido el sol por detrás de las montañas que rodeaban aquel valle, y se consumía su reflejo en la ciudad recién abandonada, envuelta en un vaho caliente todavía. Empezaban a encenderse bombillas. Cuántas ventanas, cuántas vidas, cuántas historias. ¿Se podía abarcar más? Todo aquello pequeño eran calles, tiendas, personas que iban a cenar. Había vida de sobra allí abajo. Alina no podía imaginar tanta. Otros países grandes y florecientes los habría, los había sin duda; pero lo mismo daba. Cuando quedaba oscurecido el valle, manso y violeta el río; cuando empezaban a ladrar los perros a la luna naciente y se apuntaba también el miedo de la noche, todo se resumía en este poco espacio que entraba por los ojos. El sol había soplado los candiles, había dicho «buenas noches»; dejaba la esperanza de verlo alzarse mañana. Alina en esos momentos pensaba que tenía razón su padre, que era un engaño querer correr detrás del sol, soñarle una luz más viva en otra tierra.

Cuando cumplió los diez años, empezó a hacer el bachillerato. Por entonces, la ciudad le era ya familiar. Su madre bajaba muchas veces al mercado con las mujeres de todas las aldeas que vivían de la venta diaria de unos pocos huevos, de un puñado de judías. Alina la acompañó cuesta abajo y luego arriba, adelantando a los otros grupos, dejándose adelantar por ellos o pasando a engrosarlos, y

escuchó en silencio, junto a su madre, las conversaciones que llevaban todas aquellas mujeres, mientras mantenían en equilibrio las cestas sobre la cabeza muy tiesa, sin mirarse, sin alterar el paso rítmico, casi militar. Ellas ponían en contacto las aldeas y encendían sus amistades, contaban las historias y daban las noticias, recordaban las fechas de las fiestas. Todo el cordón de pueblecitos dispersos, cercanos a la carretera, vertía desde muy temprano a estas mensajeras, que se iban encontrando y saludando, camino de la ciudad, como bandadas de pájaros parlanchines. A Alina le gustaba ir con su madre, trotando de trecho en trecho para adaptarse a su paso ligero. Y le gustaba oír la charla de las mujeres. A veces hablaban de ella y le preguntaban cosas a la madre, que era seria y reconcentrada, más amiga de escuchar que de hablar. Habían sabido que iba a ingresar la niña en el Instituto. La niña del maestro.

—Herminia, ¿esta va a ir a Orense al ingreso?

—Va.

—Cosas del padre, claro.

—Y de ella. Le gusta a ella.

—¿A ti te gusta, nena?

—Me gusta, sí señora.

Después, según fueron pasando los cursos, los comentarios se hicieron admirativos.

—Dicen que vas muy bien en los estudios.

—Regular.

—No. Dicen que muy bien. ¿No va muy bien, Herminia?

—Va bien, va.

Alina estudiaba con su padre, durante el invierno, y en junio bajaba a examinarse al Instituto por libre. Solamente a los exámenes de ingreso consintió que su padre asistiera. Lo hizo cuestión personal.

—Yo sola, papá. Si no, nada. Yo bajo y me examino y cojo las papeletas y todo. Si estáis vosotros, tú sobre todo, me sale mucho peor.

Se había hecho independiente por completo, oriunda del terreno, confiada; y era absolutamente natural verla crecer y desenredarse sola como a las plantas. Benjamín aceptó las condiciones de la hija. Se jactaba de ella, la idealizaba en las conversaciones con los amigos. Cada final de curso, varias horas antes del regreso de Alina, lo dejaba todo y salía a esperarla a la tienda de Manuel, que estaba mucho antes del pueblo, al comienzo de los castaños de Indias de la carretera, donde las mujeres que regresaban del mercado, en verano, se detenían a descansar un poco y a limpiarse el sudor de la frente debajo de aquella primera sombra uniforme. Casi siempre alguna de ellas, que había adelantado a Alina por el camino arriba, le traía la noticia al padre antes de que llegara ella.

—Ahí atrás viene. Le pregunté. Dice que trae sobresalientes, no sé cuántos.

—No la habrán suspendido en ninguna.

—Bueno, hombre, bueno. ¡La van a suspender!

—¿Tardará?

—No sé. Venía despacio.

Alina venía despacio. Volvía alegre, de cara al verano. Nunca había mirado con tanta hermandad y simpatía a las gentes con las que se iba encontrando, como ahora en estos regresos, con sus papeletas recién dobladas dentro de los libros. Formaban un concierto aquellas gentes con las piedras, los árboles y los bichos de la tierra. Todo participaba y vivía conjuntamente: eran partículas que tejían el mediodía infinito, sin barreras. En la tienda de Manuel se detenía. Estaba Benjamín fuera, sentado a una mesa de madera, casi nunca solo, y veía ella desde lejos los pañuelos que la saludaban.

—Ven acá, mujer. Toma una taza de vino, como un hombre, con nosotros —decía el padre, besándola.

Y ella descansaba allí, bebía el vino fresco y agrio. Y entre el sol de la caminata, la emoción, el vino y un poquito de vergüenza, las

mejillas le estallaban de un rojo bellissimo, el más vivo y alegre que el maestro había visto en su vida.

—Déjame ver, anda. Trae esas papeletas.

—Déjalo ahora, papá. Buenas notas, ya las verás en casa.

—¿Qué te preguntaron en geografía?

—Los ríos de América. Tuve suerte.

—¿Y en historia natural?

—No me acuerdo... ah, sí, los lepidópteros.

—Pero deja a la chica, hombre, déjala ya en paz —intervenían los amigos.

En casa, el abuelo Santiago lloraba. No podía aguantar la emoción y se iba a un rincón de la huerta, donde Alina le seguía y se ponía a consolarle como de una cosa triste. Le abrazaba. Le acariciaba la cabeza, las manos rugosas.

—Esta vez sí que va de verdad, hija. Es la última vez que veo tus notas. Lo sé yo, que me muero este verano.

Al abuelo, con el pasar de los años, se le había ido criando un terror a la muerte que llegó casi a enfermedad. Estaba enfermo de miedo, seco y nervioso por los insomnios. Se negaba a dormir porque decía que la muerte viene siempre de noche y hay que estar velando para espantarla. Tomaba café y pastillas para no dormir, y lloraba muchas veces, durante la noche, llamando a los de la casa, que ya no hacían caso ninguno de sus manías, y le oían gemir como al viento. Alina tenía el sueño muy duro, pero era la única que acudía a consolarle, alguna vez, cuando se despertaba. Le encontraba sentado en la cama, con la luz encendida, tensa su figurilla enteca que proyectaba una inmensa sombra sobre la pared; en acecho, como un vigía. Efectivamente, casi todos los viejos de la aldea se quedaban muertos por la noche, mientras dormían, y nadie sentía llegar estas muertes, ni se molestaban en preguntar el motivo de ellas. Eran gentes delgadas y sufridas, a las que se había ido nublando la mirada, y que a lo mejor no habían visto jamás al médico. También el abuelo había estado sano siempre, pero era de

los más viejos que quedaban vivos, y él sabía que le andaba rondando la vez.

Las últimas notas de Alina que vio fueron las de quinto curso. Precisamente aquel año la abrazó más fuerte y lloró más que otras veces, tanto que el padre se tuvo que enfadar y le llamó egoísta, le dijo que aguaba la alegría de todos. Alina tuvo toda la tarde un nudo en la garganta, y por primera vez pensó que de verdad el abuelo se iba a morir. Le buscó en la huerta y por la casa varias veces aquella tarde, a lo largo de la fiesta que siempre celebraba el maestro en el comedor, con mucha gente. Merendaron empanada, rosquillas y vino y cantaron mucho. Por primera vez había también algunos jóvenes. Un sobrino del dueño del Pazo, que estudiaba primero de carrera, tocaba muy bien la guitarra y cantaba canciones muy bonitas. Habló bastante con Alina, sobre todo de lo divertido que era el invierno en Santiago de Compostela, con los estudiantes. Ya, por entonces, estaba casi decidido que Alina haría la carrera de Letras en Santiago, y ella se lo dijo al chico del Pazo. Era simpático, y la hablaba con cierta superioridad, pero al mismo tiempo no del todo como a una niña. Alina lo habría pasado muy bien si no estuviera todo el tiempo preocupada por el abuelo, que había desaparecido a media tarde, después de que el maestro le había reprendido con irritación, como a un ser molesto. No le pudo encontrar, a pesar de que salió a los alrededores de la casa varias veces, y una de ellas se dio un llogón corriendo hasta el cruce de la iglesia y le llamó a voces desde allí.

Volvió el abuelo por la noche, cuando ya se habían ido todos los amigos y había pasado la hora de la cena, cuando la madre de Alina empezaba a estar también muy preocupada. Traía la cabeza baja y le temblaban las manos. Se metió en su cuarto, sin que las palabras que ellos le dijeron lograsen aliviar su gesto contraído.

—Está loco tu padre, Herminia, loco —se enfadó el maestro, cuando le oyeron que cerraba la puerta—. Debía verle un médico. Nos está quitando la vida.

Benjamín estaba excitado por el éxito de la hija y por la bebida, y tenía ganas de discutir con alguien. Siguió diciendo muchas cosas del abuelo, sin que Alina ni su madre le secundaran. Luego se fueron todos a la cama.

Pero Alina no durmió. Esperó un rato y escapó de puntillas al cuarto del abuelo. Aquella noche, tras sus sobresalientes de quinto curso, fue la última vez que habló largo y tendido con él. Se quedaron juntos hasta la madrugada, hasta que consiguió volver a verle confiado, ahuyentado el desamparo de sus ojos turbios que parecían querer traspasar la noche, verla rajada por chorros de luz.

—No te vayas, hija, espera otro poco —le pedía a cada momento él, en cuanto la conversación languidecía.

—Si no me voy. No te preocupes. No me voy hasta que tú quieras.

—Que no nos oiga tu padre. Si se entera de que estás sin dormir por mi culpa, me mata.

—No nos oye, abuelo.

Y hablaban en cuchicheo, casi al oído, como dos amantes.

—¿Tú no piensas que estoy loco, verdad que no?

—Claro que no.

—Dímelo de verdad.

—Te lo juro, abuelo. —Y a Alina le temblaba la voz—. Me pareces la persona más seria de la casa.

—Me dicen que soy como un niño, pero no. Soy un hombre. Es que, hija de mi alma, la cosa más seria que le puede pasar a un hombre es morirse. Hablar es el único consuelo. Estaría hablando todo el día, si tuviera quien me escuchara. Mientras hablo, estoy todavía vivo, y le dejo algo a los demás. Lo terrible es que se muera todo con uno, toda la memoria de las cosas que se han hecho y se han visto. Entiende esto, hija.

—Lo entiendo, claro que lo entiendo.

Lloraba el abuelo.

—Lo entiendes, hija, porque solo las mujeres entienden y dan calor. Por muy viejo que sea un hombre, delante de otro hombre

tiene vergüenza de llorar. Una mujer te arropa, aunque también te traiga a la tierra y te ate, como tu abuela me ató a mí. Ya no te mueves más, y ves que no valías nada. Pero sabes lo que es la compañía. La compañía de uno, mala o buena, se la elige uno.

Desvariaba el abuelo. Pero hablando, hablando le resucitaron los ojos y se le puso una voz sin temblores. La muerte no le puede coger desprevenido a alguien que está hablando. El abuelo contó aquella noche, enredadas, todas sus historias de América, de la abuela Rosa, de gentes distintas cuyos nombres equivocaba y cuyas anécdotas cambiaban de sujeto, historias desvaídas de juventud. Era todo confuso, quizá más que ninguna vez de las que había hablado de lo mismo, pero en cambio, nunca le había llegado a Alina tan viva y estremecedora como ahora la desesperación del abuelo por no poder moverse ya más, por no oír la voz de tantas personas que hay en el mundo contando cosas y escuchándolas, por no hacer tantos viajes como se quedan por hacer y aprender tantas cosas que valdrían la pena; y comprendía que quería legársela a ella aquella sed de vida, aquella inquietud.

—Aquí, donde estoy condenado a morir, ya me lo tengo todo visto, sabido de memoria. Sé cómo son los responsos que me va a rezar el cura, y la cara de los santos de la iglesia a los que me vais a encomendar, he contado una por una las hierbas del cementerio. La única curiosidad puede ser la de saber en qué día de la semana me va a tocar la suerte. Tu abuela se murió en domingo, en abril.

—¿Mi abuela cómo era?

—Brava, hija, valiente como un hombre. Tenía cáncer y nadie lo supo. Se reía. Y además se murió tranquila. Claro, porque yo me quedaba con lo de ella (¿tú entiendes?), con los recuerdos de ella (quiero decir), que para alguien no se habían vuelto todavía inservibles. Lo mío es distinto, porque yo la llave de mis cosas, de mi memoria, ¿a quién se la dejo?

—A mí, abuelo. Yo te lo guardo todo —dijo Alina casi llorando—. Cuéntame todo lo que quieras. Siempre me puedes estar dando a

guardar todo lo tuyo, y yo me lo quedaré cuando te mueras, te lo juro.

Hacia la madrugada, fue a la cocina a hacer café y trajo las dos tazas. Estaba desvelada completamente.

—Abuelo, dice papá que yo no me case, siempre me está diciendo eso. ¿Será verdad que no me voy a casar? ¿Tú qué dices?

—Claro que te casarás.

—Pues él dice que yo he nacido para estar libre.

—Nunca está uno libre; el que no está atado a algo, no vive. Y tu padre lo sabe. Quiere ser él tu atadura, eso es lo que pasa, pero no lo conseguirá.

—Sí lo consigue. Yo le quiero más que a nadie.

—Pero no es eso, Alina. Con él puedes romper, y romperás. Las verdaderas ataduras son las que uno escoge, las que se busca y se pone uno solo, pudiendo no tenerlas.

Alina, aunque no lo entendió del todo, recordó durante mucho tiempo esta conversación.

A los pocos días se encontró con Eloy en la carretera. Estaba muy guapo y muy mayor. Otras veces también le había visto, pero siempre de prisa, y apenas se saludaban un momento. Esta vez, la paró y le dijo que quería hablar con ella.

—Pues habla.

—No, ahora no. Tengo prisa.

—¿Y cuándo?

—Esta tarde, a las seis, en Ervedelo. Trabajo allí cerca.

Nunca le había dado nadie una cita, y era rarísimo que se la diera Eloy. Por la tarde, cuando salió de casa, le parecía por primera vez en su vida que tenía que ocultarse. Salió por la puerta de atrás, y a su padre, que estaba en la huerta, le dio miles de explicaciones de las ganas que le habían entrado de dar un paseo. También le molestó encontrarse, en la falda del monte, con el abuelo Santiago, que era ahora quien guardaba la única vaca vieja que vivía, Pintera. No sabía si pararse con él o no, pero por fin se detuvo porque le

pareció que la había visto. Pero estaba medio dormido y se sobresaltó:

—Hija, ¿qué hora es? ¿Ya es de noche? ¿Nos vamos?

—No, abuelo. ¿No ves que es de día? Subo un rato al monte.

—¿Vas a tardar mucho? —le preguntó él—. Es que estoy medio malo.

Levantaba ansiosamente hacia ella los ojos temblones.

—No, subo solo un rato. ¿Qué te pasa?

—Nada, lo de siempre: el nudo aquí. ¿Te espero entonces?

—Sí, espérame y volvemos juntos.

—¿Vendrás antes de que se ponga el sol?

—Sí, claro.

—Por el amor de Dios, no tardes, Adelaida. Ya sabes que en cuanto se va el sol, me entran los miedos.

—No tardo, no. No tardo.

Pero no estaba en lo que decía. Se adentró en el pinar con el corazón palpitante, y, sin querer, echó a andar más despacio. Le gustaba sentir crujir las agujas de pino caídas en el sol y en la sombra, formando una costra de briznas tostadas. Se imaginaba, sin saber por qué, que lo primero que iba a hacer Eloy era cogerle una mano y decirle que la quería; tal vez incluso a besarla. Y ella, ¿qué podría hacer si ocurría algo semejante? ¿Sería capaz de decir siquiera una palabra?

Pero Eloy solo pretendía darle la noticia de su próximo viaje a América. Por fin sus parientes le habían reclamado, y estaba empezando a arreglar todos los papeles.

—Te lo cuento, como te prometí cuando éramos pequeños. Por lo amigos que éramos entonces, y porque me animaste mucho. Ahora ya te importará menos.

—No, no me importa menos. También somos amigos ahora. Me alegro de que se te haya arreglado. Me alegro mucho.

Pero tenía que esforzarse para hablar. Sentía una especie de decepción, como si este viaje fuera diferente de aquel irreal y

legendario, que ella había imaginado para su amigo en esta cumbre del monte, sin llegar a creer que de verdad lo haría.

—¿Y tendrás trabajo allí?

—Sí, creo que me han buscado uno. De camarero. Están en Buenos Aires y mi tío ha abierto un bar.

—Pero tú de camarero no has trabajado nunca. ¿Te gusta?

—Me gusta irme de aquí. Ya veremos. Luego haré otras cosas. Se puede hacer de todo.

—¿Entonces, estás contento de irte?

—Contento, contento. No te lo puedo ni explicar. Ahora ya se lo puedo decir a todos. Tengo junto bastante dinero, y si mis padres no quieren, me voy igual.

Le brillaban los ojos de alegría, tenía la voz segura. Alina estaba triste, y no sabía explicarse por qué. Luego bajaron un poco y subieron a otro monte de la izquierda, desde el cual se veían las canteras donde Eloy había estado trabajando todo aquel tiempo. Sonaban de vez en cuando los barrenos que atronaban el valle, y los golpes de los obreros abriendo las masas de granito, tallándolas en rectángulos lisos, grandes y blancos. Eloy aquella tarde había perdido el trabajo por venir a hablar con Alina y dijo que le daba igual, porque ya se pensaba despedir. Se veían muy pequeños los hombres que trabajaban, y Eloy los miraba con curiosidad y atención, desde lo alto, como si nunca hubieran sido sus compañeros.

—Me marchó, me marchó —repetía.

Atardeció sobre Orense. Los dos vieron caer la sombra encima de los tejados de la ciudad, cegar al río. Al edificio del Instituto le dio un poco de sol en los cristales hasta lo último. Alina lo localizó y se lo enseñó a Eloy, que no sabía dónde estaba. Tuvo que acercar mucho su cara a la de él.

—Mira; allí. Allí...

Hablaron del Instituto y de las notas de Alina.

—El señorito del Pazo dice que eres muy lista, que vas a hacer carrera.

—Bueno, todavía no sé.

—Te pone por las nubes.

—Si casi no lo conozco. ¿Tú cuándo le has visto?

—Lo veo en la taberna. Hemos jugado a las cartas. Hasta pensé: «A lo mejor quiere a Alina».

La miraba. Ella se puso colorada.

—¡Qué tontería! Solo le he visto una vez. Y además, Eloy, tengo quince años. Parece mentira que digas eso.

Tenía ganas de llorar.

—Ya se es una mujer con quince años —dijo él alegremente, pero sin la menor turbación—. ¿O no? Tú sabrás.

—Sí, bueno, pero...

—¿Pero qué?

—Nada.

—Tienes razón, mujer. Tiempo hay, tiempo hay.

Y Eloy se rio. Parecía de veinte años o mayor, aunque solo le llevaba dos a ella. «Estará harto de tener novias —pensó Alina—. Me quiere hacer rabiar».

Bajaron en silencio por un camino que daba algo de vuelta. Era violento tenerse que agarrar alguna vez de la mano, en los trozos difíciles. Ya había estrellas. De pronto Alina se acordó del abuelo y de lo que le había prometido de no tardar, y se le encogió el corazón.

—Vamos a cortar por aquí. Vamos deprisa. Me está esperando.

—Bueno, que espere.

—No puede esperar. Le da miedo. Vamos, oye. De verdad.

Corrían. Salieron a un camino ya oscuro y pasaron por delante de la casa abandonada, que había sido del cura en otro tiempo y luego se la vendió a unos señores que casi no venían nunca. La llamaban «la casa del camino» y ninguna otra casa le estaba cerca. A la puerta, y por el balcón de madera carcomida, subía una enredadera

de pasionarias, extrañas flores como de carne pintarrajeada, de mueca grotesca y mortecina, que parecían rostros de payasa vieja. A Alina, que no tenía miedo de nada, le daban miedo estas flores, y nunca las había visto en otro sitio. Eloy se paró y arrancó una.

—Toma.

—¿Que tome yo? ¿Por qué? —se sobrecogió ella sin coger la flor que le alargaba su amigo.

—Por nada, hija. Porque me voy; un regalo. Me miras de una manera rara, como con miedo. ¿Por qué me miras así?

—No; no la quiero. Es que no me gustan, me dan grima.

—Bueno —dijo Eloy. Y la tiró—. Pero no escapes.

Corrían otra vez.

—Es por el abuelo. Tengo miedo por él —decía Alina, casi llorando, descansada de tener un pretexto para justificar su emoción de toda la tarde—. Quédate atrás tú, si quieres.

—Pero ¿qué le va a pasar al abuelo? ¿Qué le puede pasar?

—No sé. Algo. Tengo ganas de llegar a verle.

—¿Prefieres que me quede o que vaya contigo?

—No. Mejor ven conmigo. Ven tú también.

—Pues no corras así.

Le distinguieron desde lejos, inmóvil, apoyado en el tronco de un nogal, junto a la vaca, que estaba echada en el suelo.

—¿Ves como está allí? —dijo Eloy.

Alina empezó a llamarle, a medida que se acercaba:

—Que ya vengo, abuelo. Que ya estoy aquí. No te asustes. Somos nosotros. Eloy y yo.

Pero él no gemía, como otras veces, no se incorporaba. Cuando entraron agitadamente en el prado, vieron que se había quedado muerto, con los ojos abiertos, impasibles. Las sombras se tendían pacíficamente delante de ellos, caían como un telón, anegaban el campo y la aldea.

A partir de la muerte del abuelo y de la marcha de Eloy, los recuerdos de Alina toman otra vertiente más cercana, y todos

desembocan en Philippe. Es muy raro que estos recuerdos sean más confusos que los antiguos, pero ocurre así.

Los dos últimos cursos de bachillerato, ni sabe cómo fueron. Vivía en la aldea, pero con el solo pensamiento de terminar los estudios en el Instituto para irse a Santiago de Compostela. Ya vivía allí con la imaginación, y ahora, después de los años, lo que imaginaba se enreda y teje con lo que vivió de verdad. Quería escapar, cambiar de vida. Se hizo huraña y estaba siempre ausente. Empezó a escribir versos que guardaba celosamente y que hasta que conoció a Philippe no había enseñado a nadie, ni a su padre siquiera. Muchas veces se iba a escribir al jardín que rodeaba la iglesia, cerca de la tumba del abuelo. Aquello no parecía un cementerio, de los que luego conoció Alina, tan característicos. Cantaban los pájaros y andaban por allí picoteando las gallinas del cura. Estaban a dos pasos los eucaliptos y los pinos, todo era uno. Muchas veces sentía timidez de que alguien la encontrase sola en lugares así, y se hacía la distraída para no saludar al que pasaba, aunque fuese un conocido.

—Es orgullosa —empezaron a decir en el pueblo—. Se le ha subido a la cabeza lo de los estudios.

A las niñas que habían jugado con ella de pequeña se les había acercado la juventud, estallante y brevísima, como una huella roja. Vivían todo el año esperando las fiestas del patrón por agosto, de donde muchas salían con novio y otras embarazadas. Algunas de las de su edad ya tenían un hijo. Durante el invierno se las encontraba por la carretera, descalzas, con sus cántaros a la cabeza, llevando de la mano al hermanito o al hijo. Cargadas, serias, responsables. También las veía curvadas hacia la tierra para recoger patatas o piñas. Y le parecía que nunca las había mirado hasta entonces. Nunca había encontrado esta dificultad para comunicarse con ellas ni había sentido la vergüenza de ser distinta. Pero tampoco, como ahora, esta especie de regodeo por saber que ella estaba con el pie en otro sitio, que podría evadirse de este

destino que la angustiaba. Iba con frecuencia a confesarse con don Félix y se acusaba de falta de humildad.

—Pues trabaja con tu madre en la casa, hija —le decía el cura—, haz trabajos en el campo, habla con toda la gente, como antes hacías.

Luego, rezando la penitencia, se pasaba largos ratos Alina en la iglesia vacía por las tardes, con la puerta al fondo, por donde entraban olores y ruidos del campo, abierta de par en par. Clavaba sus ojos, sin tener el menor pensamiento, en la imagen de san Roque, que tenía el ala del sombrero levantada y allí, cruzadas dos llaves, pintadas de purpurina. Le iba detallando los ojos pasmados, la boca que asomaba entre la barba, con un gesto de guasa, como si estuviera disfrazado y lo supiera. Llevaba una esclavina oscura con conchas de peregrino y debajo una túnica violeta, que se levantaba hasta el muslo con la mano izquierda para enseñar una llaga pálida, mientras que con la derecha agarraba un palo rematado por molduras. El perro que tenía a sus pies, según del lado que se le mirara, parecía un cerdo flaco o una oveja. Levantaba al santo unos ojos de agonía.

—Se me quita la devoción, mirando ese san Roque —confesaba Alina al cura—. Me parece mentira todo lo de la iglesia, no creo en nada de nada. Me da náusea.

—¡Qué cosa más rara, hija, una imagen tan milagrosa! Pero nada —se alarmaba don Félix—, no vuelvas a mirarla. Reza el rosario en los pinos como hacías antes, o imagínate a Dios a tu manera. Lo que sea, no importa. Tú eres buena, no te tienes que preocupar tanto con esas preguntas que siempre se te están ocurriendo. Baila un poquito en estas fiestas que vienen. Eso tampoco es malo a tu edad. Diviértete, hija. —Se reía—. Dirás que qué penitencia tan rara.

El maestro, que siempre había sido bastante anticlerical, empezó a alarmarse.

—Pero, Herminia, ¿qué hace esta chica todo el día en la iglesia?

—Que haga lo que quiera. Déjala.

—¿Que la deje? ¿Cómo la voy a dejar? Se nos mete monja por menos de un pelo.

—Bueno, hombre, bueno.

—Pero ¿cómo no te importa lo que te digo, mujer? Tú no te inmutas por nada. Eres como de corcho.

—No soy de corcho, pero dejo a la hija en paz. Tú la vas a aburrir, de tanto estar pendiente de lo que hace o lo que no hace.

—Pero dile algo tú. Eso son cosas tuyas.

—Ya es mayor. Díselo tú, si quieres, yo no le digo nada. No veo que le pase nada de particular.

—Sí que le pasa. Tú no ves más allá de tus narices. Está callada todo el día. Ya no habla conmigo como antes, me esconde cosas que escribe.

—Bueno, y qué. Porque crece. No va a ser siempre como de niña. Son cosas del crecimiento, de que se va a separar. Se lo preguntaré a ella lo que le pasa.

Y Alina siempre decía que no le pasaba nada.

—¿No será que estudias demasiado?

—No, por Dios, papá. Al contrario. Si eso es lo que más me divierte.

—Pues antes comías mejor, estabas más alegre, cantabas.

—Yo estoy bien, te lo aseguro.

—Verás este año en las fiestas. Este año nos vamos a divertir. Va a ser sonada la romería de San Lorenzo.

Aquel verano, el último antes de empezar Alina la carrera, se lo pasó Benjamín, desde junio, haciendo proyectos para la fiesta del patrón, que era a mediados de agosto. Quería celebrar por todo lo alto que su hija hubiese acabado el bachillerato y quería que ella se regocijase con él, preparando las celebraciones. Pidió que aquel año le nombrasen mayordomo de la fiesta. Los mayordomos se elegían cada año entre los cuatro o cinco mejor acomodados de la aldea y ellos corrían con gran parte del gasto. En general todos se picaban y querían deslumbrar a los demás; pensaban que el san

Lorenzo que patrocinaban ellos había de tener más brillo que ninguno, aunque las diferencias de unos años a otros fueran absolutamente insensibles y nadie se percatara de que había variado alguna cosa. El maestro, aquel año, soñaba con que su nombre y el de la hija se dijeran en Verín y en Orense.

—Nos vamos a arruinar, hombre —protestaba Herminia, cada vez que le veía subir de Orense con una compra nueva.

—Bueno, ¿y qué si nos arruinamos?

—No, nada.

Compró cientos de bombas y cohetes. Alquiló a un pirotécnico para los fuegos artificiales, que en el pueblo nunca se habían visto. Contrató a la mejor banda de música del contorno, atracciones nuevas de norias y tióvivos. Mandó adornar todo el techo del campo donde se iba a celebrar la romería con farolillos y banderas, instaló en la terraza de su propia casa un pequeño bar con bebidas, donde podía detenerse todo el mundo a tomar un trago gratis.

—El maestro echa la casa por la ventana —comentaban.

—La echa, sí.

Días antes había bajado a la ciudad con Adelaida y había querido comprarle un traje de noche en una tienda elegante. La llevó al escaparate con mucha ilusión. Era azul de glasé y tenía una rosa en la cintura.

—Que no, papá. Que yo eso no me lo pongo, que me da mucha vergüenza a mí ponerme eso. No te pongas triste. Es que no puedo, de verdad. Anda, vamos.

—Pero ¿cómo «vamos»? ¿No te parece bonito?

—Muy bonito, sí. Pero no lo quiero. No me parece propio. Compréndelo, papá. Te lo agradezco mucho. Parece un traje de reina, o no sé.

—Claro, de reina. Para una reina.

No lo podía entender. Insistía en que entrase a probárselo para que se lo viese él puesto, por lo menos unos instantes. Pero no lo consiguió. Terminaron en una de aquellas tiendas de paños del

barrio antiguo, hondas y solitarias como catedrales, y allí se eligió Alina dos cortes de vestido de cretona estampada que le hizo en tres días la modista de la aldea. Volvieron muy callados todo el camino, con el paquete.

No fueron para Alina aquellas fiestas diferentes de las de otros años, más que en que se tuvo que esforzar mucho para esconder su melancolía, porque no quería nublar el gozo de su padre. No sabía lo que le pasaba, pero su deseo de irse era mayor que nunca. Se sentía atrapada, girando a disgusto en una rueda vertiginosa. Se reía sin parar, forzadamente, y a cada momento se encontraba con los ojos del padre que buscaban los suyos para cerciorarse de que se estaba divirtiendo. Bailó mucho y le dijeron piropos, pero de ningún hombre le quedó recuerdo.

—Ya te estaba esperando a ti en esa fiesta —le dijo a Philippe poco tiempo más tarde, cuando le contó cosas de este tiempo anterior a su encuentro—. Era como si ya te conociera de tanto como te echaba de menos, de tanto como estaba reservando mi vida para ti.

Benjamín perdió a su hija en aquellas fiestas, a pesar de que Philippe, el rival de carne y hueso, no hubiese aparecido todavía. Pero no se apercibió. Anduvo dando vueltas por el campo de la romería, de unos grupos a otros, desde las primeras horas de la tarde, y estaba orgulloso recibiendo las felicitaciones de todo el mundo. Descansaba del ajetreo de los días anteriores.

La romería se celebraba en un soto de castaños y eucaliptos a la izquierda de la carretera. Los árboles eran viejos, y muchos se secaban poco a poco. Otros los habían ido cortando, y dejaron el muñón de asiento para las rosquilleras. Las que llegaban tarde se sentaban en el suelo, sobre la hierba amarillenta y pisoteada, y ponían delante la cesta con la mercancía. En filas de a tres o cuatro, con pañuelos de colores a la cabeza. Vendían rosquillas de Rivadavia, peras y manzanas, relojitos de hora fija, pitos, petardos. Estaban instaladas desde por la mañana las barcas voladoras

pintadas de azul descolorido y sujetas por dos barras de hierro a un cartel alargado, donde se leía: «la alegría – odilo varela». Otros años las ponían cerca de la carretera, y a Odilo Varela, que ya era popular, le ayudaban todos los niños del pueblo trayendo tablas y clavos. Pero esta vez habían venido también automóviles de choque y una noria, y las barcas voladoras pasaron a segundo término.

También desde por la mañana, muy temprano, habían llegado los pulperos, los indispensables, solemnes pulperos de la feria. Este año eran tres. El pulpero era tan importante como la banda de música, como la misa de tres curas, como los cohetes que estremecían la montaña. Los chiquillos rondaban los estampidos de los primeros cohetes para salir corriendo a buscar la vara. Y también acechaban la llegada del primer pulpero para salir corriendo por la aldea a dar la noticia. El pulpero, entretanto, preparaba parsimoniosamente sus bártulos, consciente de la dignidad de su cargo, de su valor en la fiesta. Escogía, tras muchas inspecciones del terreno, el lugar más apropiado para colocar la inmensa olla de hierro renegrido. La cambiaba varias veces. Un poco más arriba. Donde diera menos el aire. Una vez asentada definitivamente, sobre sus patas, la llenaba de agua y amontonaba debajo hojas secas, ramas y cortezas que iban juntando y recogiendo con un palo. A esto le ayudaban los chiquillos, cada vez más numerosos, que le rodeaban. Luego prendía la hoguera, y, cuando el agua empezaba a hervir, sacaba el pulpo para echarlo a la olla. Este era el momento más importante de la ceremonia, y ya se había juntado mucha gente para verlo. El pulpo seco como un esqueleto, con sus brazos tiesos llenos de arrugas, se hundía en el agua para transformarse. El pulpero echaba un cigarro, y contestaba sin apresurarse a las peticiones de las mujeres que se habían ido acercando y empezando a hacerle encargos, mientras, de vez en cuando, revolvía dentro de la olla con su largo garfio de hierro. El caldo del pulpo despedía por sus burbujas un olor violento que excitaba y alcanzaba los sentidos, como una llamarada.

Por la tarde, este olor había impregnado el campo y se mezclaba con el de anguilas fritas. También venían de cuando en cuando, entre el polvo que levantaban las parejas al bailar, otras ráfagas frescas de olor a eucaliptos y a resina. Alina las bebía ansiosamente, respiraba por encima del hombro de su compañero de baile, miraba lejos, a las copas oscuras de los pinos, a las montañas, como asomada a una ventana.

—Parece que se divierte tu chica —le decían al maestro los amigos.

—Se divierte, sí, ya lo veo. No deja de bailar. Y lo que más me gusta es que baila con todos. No está en edad de atarse a nadie.

—Se atará, Benjamín, se atará.

—Pero hay tiempo. Ahora, en octubre, va a la universidad. Hará su carrera. Buena gana tiene ella de pensar en novios. Esta sacará una oposición, ya lo veréis. Le tiran mucho los estudios.

Desde la carretera hasta donde estaba el templete de los músicos, con su colgadura de la bandera española, todo el campo de la romería estaba cuajado a ambos lados de tenderetes de vinos y fritangas, con sus bancos de madera delante, y sobre el mostrador se alineaban los porrónes de vino del Ribeiro y las tacitas de loza blanca, apiladas casi hasta rozar los rabos de las anguilas que pendían medio vivas todavía, enhebradas de diez a doce por las cabezas. El maestro no perdía de ojo a la chica, ni dejaba de beber; se movía incesantemente de una parte a otra. Alina sonreía a su padre, cuando le pasaba cerca, bailando, pero procuraba empujar a su pareja hacia la parte opuesta para esquivar estas miradas indagadoras que la desasosegaban. Contestaba maquinalmente, se reía, giraba. («Bailas muy bien». «Perdona, te he pisado». «¿Y vas a ser maestra?»). Se dejaba llevar, entornando los ojos. A veces tropezaba con una pareja de niñas que se ensayaban para cuando mozas, y que se tambaleaban, mirándolos muertas de risa. Anochecía. Los niños buscaban los pies de los que bailaban con fuegos y petardos, y después escapaban corriendo. Ensordecía el

chillido de los pitos morados que tienen en la punta ese globo que se hincha al soplar y después se deshinchaba llorando. Casi no se oía la música. Cuando se paraba, solo se enteraba Alina porque su compañero se paraba también. Se soltaban entonces.

—Gracias.

—A ti, bonita.

Y el padre casi todas las veces se acercaba entonces para decirle algo, o para llevársela a dar una vuelta por allí con él y los amigos, hasta que veía que los músicos volvían a coger los instrumentos. La llevó a comer el pulpo, que pedía mucho vino. Le divertía a Benjamín coger él mismo la gran tijera del pulpero y cortar el rabo recién sacado de la olla. Caían en el plato de madera las rodajitas sonrosadas y duras, por fuera con su costra de granos amarillos. El pulpero las rociaba de aceite y pimentón.

—Resulta bien esto, ¿eh, reina?

—Sí, papá.

—Me gusta tanto ver lo que te diviertes. ¿Ves?, ya te lo decía yo que ibas a bailar todo el tiempo.

—Sí, bailo mucho.

—Es estupenda la banda, ¿verdad? Mejor que ningún año.

—Sí que es muy buena, sí.

Pero la banda era igual que siempre, con aquellos hombres de azul marino y gorra de plato, que de vez en cuando se aflojaban la corbata. Alina hubiera querido escucharles sin tener que bailar. Todo lo que tocaban parecía lo mismo. Lo transformaban, fuera lo que fuera, en una charanga uniforme que no se sabía si era de circo o de procesión. Porque pasaba por ellos; le daban un conmovedor aire aldeano. Lo mismo que saben casi igual los chorizos que las patatas, cuando se asan en el monte con rescoldo de eucaliptos, así se ahumaban los pasodobles y los tangos al pasar por la brasa de la romería. Esta música fue la más querida para Alina y nunca ya la olvidó. Y, sin saber por qué, cuando pasó el tiempo la asoció, sobre todo, a la mirada que tenía un cordero que rieron cuando ya era de

noche. Ella y su padre habían cogido papeletas para la rifa, y estaban alrededor esperando a que se sortease. El animal se escapó, balando entre la gente, y no lo podían coger con el barullo. Cuando por fin lo rescataron, se frotaba contra las piernas de todos y los miraba con ojos tristísimos de persona. A Alina toda la música de la fiesta se le tiñó de la mirada de aquel cordero, que la pareció lo más vivo e importante de la fiesta, y que en mucho tiempo no pudo olvidar tampoco.

En los primeros días de soledad e inadaptación que pasó al llegar a Santiago, todos estos particulares de la aldea recién abandonada los puso en poemas que luego entusiasmaron a Philippe. Él, que venía a encontrar colores nuevos en el paisaje de España y a indignarse con todo lo que llamaba sus salvajismos, se sintió atraído desde el principio por aquella muchacha, salvaje también, casi una niña, que poco a poco le fue abriendo la puerta de sus recuerdos. Una muchacha que nunca había viajado, a la que no había besado ningún chico, que solamente había leído unos cuantos libros absurdos; romántica, ignorante, y a la que, sin embargo, no se cansaba uno de escuchar.

—Pero es terrible eso que me cuentas de tu padre.

—¿Terrible por qué?

—Porque tu padre está enamorado de ti. Tal vez sin darse cuenta, pero es evidente. Un complejo de Edipo.

—¿Cómo?

—De Edipo.

—No sé, no entiendo. Pero dices disparates.

—Te quiere guardar para él. ¿No te das cuenta? Es monstruoso. Hay cosas que solo pasan en España. Ese sentido de posesión, de dependencia. Te tienes que soltar de tus padres, por Dios.

Philippe se había ido de su casa desde muy pequeño. No tenía respeto ninguno por la institución familiar. Desde el primer momento comprendió Alina que con sus padres no podría entenderse, y por

eso tardó mucho en hablarles de él, cuando ya no tuvo más remedio porque iba a nacer el pequeño Santiago.

Pero, aunque esto solamente ocurrió a finales de curso, ya en las primeras vacaciones de Navidad, cuando Alina fue a la aldea, después de demorarse con miles de pretextos, comprendió Benjamín que existía otra persona que no era él; que Alina había encontrado su verdadera atadura. Y tanto miedo tenía de que fuera verdad, que ni siquiera a la mujer le dijo nada durante todo el curso, ni a nadie; hasta que supieron aquello de repente, lo del embarazo de la chica, y se hizo de prisa la boda.

Así que Adelaida no llegó a dar ni siquiera los exámenes de primero. Aquellos cursos que no llegaron a correr, toda la carrera de Alina, se quedó encerrada en los proyectos que hizo su padre la última vez que habló con ella de estas cosas, cuando fue a acompañarla en octubre a la universidad. Hicieron el viaje en tren, una mañana de lluvia. Alina estaba muy nerviosa y no podía soportar las continuas recomendaciones con que la atosigaba, queriendo cubrirle todos los posibles riesgos, intentando hacer memoria para que en sus consejos no quedase ningún cabo por atar. En los silencios miraban los dos el paisaje por la ventanilla pensando en cosas diferentes.

Benjamín no había ido nunca a Santiago, pero tenía un amigo íntimo, en cuya pensión se quedó Alina.

—Dale toda la libertad que a los otros, Ramón, pero entérate un poco de la gente con quien anda y me escribes.

—Bueno, hombre, bueno —se echó a reír el amigo—. Tengo buena gana. La chica es lista, no hay más que verla. Déjala en paz. Se velará ella sola.

Y a Benjamín le empezó a entrar una congoja que no le dejaba coger el tren para volverse.

—Pero papá, mamá te está esperando.

—¿Es que te molesto, hija?

—No. Pero estás gastando dinero. Y yo ya estoy bien aquí. Ya voy a las clases. Ni siquiera puedo estar contigo.

Se demoró casi una semana. El día que se iba a marchar, dieron un paseo por la Herradura antes de que Alina le acompañase al tren. Aquellos días habían hablado tanto de las mismas cosas, que ya no tenían nada que decirse. Por primera vez en su vida, Alina vio a su padre desplazado, inservible, mucho más de lo que había visto nunca al abuelo Santiago. Luchaba contra aquel sentimiento de alivio que le producía el pensamiento de que se iba a separar de él. En la estación se echó a llorar, sin asomo ya de entereza, se derrumbó sollozando en brazos de la hija, que no era capaz de levantarlo, que le tuvo que empujar para que cogiera el tren casi en marcha.

—Pero no te pongas así, papá. Si vuelvo en Navidades. Y además os voy a escribir. Son dos meses, total, hasta las Navidades.

Alrededor de quince días después de esta despedida, Alina conoció a Philippe.

Ha empezado a llover sobre el río. Menudos alfilerazos sobre el agua gris. Alina se levanta. Tiene las piernas un poco entumecidas, y muchas ganas de tomarse un café. Y también muchas ganas de ver a Philippe. Ahora hace frío.

Camino de casa, compra una tarjeta, y en el bar donde entra a tomar el café pide prestado un bolígrafo y, contra el mostrador, escribe:

Queridos padres: Os echo mucho de menos. Estamos contentos porque nos han hablado, hoy, de un apartamento más grande y seguramente lo podremos coger para la primavera. Santiago está mejor y ya no tose. Philippe ha empezado a trabajar mucho para la exposición que va a hacer. Casi no hablamos cuando estuvisteis aquí, siempre con el impedimento de los niños y del

quehacer de la casa. Por eso no os pude decir cuánto quiero a Philippe, y a lo mejor no lo supisteis ver en esos días. Os lo explico mejor por carta. Ya os escribiré algo.

Estoy alegre. He salido a buscar el pan y se está levantando la mañana. Pienso en lo maravilloso que será para los niños ir a San Lorenzo y ver las casas de Orense desde Ervedelo. Iremos alguna vez. Pronto. Os abraza. Alina.

Le corre una lágrima, pero se aparta para que no caiga encima de lo escrito. Levanta los ojos y va a pagar al camarero, que la está mirando con simpatía.

—*Ça ne vaut pas la peine, de pleurer, ma petite* —le dice al darle el cambio.

Y ella sonríe. Le parece que es un mensaje de Eloy, su amigo, desde un bar de Buenos Aires.

Benjamín se despertó con la cara mojada de lluvia y miró alrededor, aturdido. De pie, a su lado, estaba Herminia, con un gran paraguas abierto.

—Vamos a casa, anda —le dijo—. Sabía que te iba a encontrar aquí.

Benjamín se frotó los ojos. Se incorporó. Le dolía la espalda de dormir sobre la piedra.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las tres de la tarde. Tienes la comida allí preparada y la cama hecha, por si quieres descansar. He aireado bien el cuarto.

—No, no. Debo haber dormido aquí bastante, era por la mañana cuando me dormí. Y hacía sol.

Miró abajo, cuando se levantaba. Ahora estaba gris Orense, gris el río. La lluvia era mansa y menuda.

—Vamos.

Bajaron del monte despacio.

—Mira que haberte quedado dormido en la peña —dijo ella—. Para haberte caído rodando. Estás loco.

—Anda, anda, ten cuidado donde pisas y deja los sermones. Siempre te tengo que encontrar detrás de mí.

No volvieron a hablar, atentos a no resbalar en la bajada. Al llegar al camino llovía más fuerte, y se juntaron los dos dentro del paraguas.

—A ver si no he hecho bien en venir. Para que luego empieces con los reumas como el otro invierno. Si no hubiera visto que se nublabá, no hubiera venido, no. Al fin, ya sé dónde te voy a encontrar cuando te pierdas.

—Bueno, ya basta. Has venido. Está bien, mujer.

Pasaron por el sitio donde Benjamín se había encontrado al cura. Dejaron atrás el prado donde se había quedado muerto el abuelo.

—Qué manía me está entrando con dormir por el día, Herminia. ¿Por qué será? Me parece que duermo más amparado si hay luz y se oyen ruidos. Tanto como me metía con tu padre, y me estoy volviendo como él.

—Qué va, hombre. Qué te vas a estar volviendo como él.

—Te lo digo de verdad que sí. Estoy viejo. Antes me he encontrado con don Félix y casi he estado amable. Me daba pena de él. Me parecía tan bueno.

—Siempre ha sido bueno.

—¡Pero no entiendes nada, rayo, qué tiene que ver que siempre haya sido bueno! A mí antes me ponía nervioso, lo sabes, no le podía ni ver. Y ahora casi me dan ganas de ir a misa el domingo. Tengo miedo a morirme. Como tu padre.

Cuando llegaron al sendero que llevaba a la parte trasera de la casa, por donde había venido, Benjamín se quiso desviar y tomarlo de nuevo.

—No, hombre —se opuso la mujer—. Vamos por la carretera. Debajo de los castaños nos mojamos menos. ¿No ves que está arreciando? Estamos a un paso.

—No sé qué te diga, es que...

—Es que, ¿qué?

—Nada, que a lo mejor nos encontramos a alguien y nos pregunta del viaje, y eso.

—¿Y qué pasa con que nos pregunten? Si nos preguntan, pues contestamos. No sé qué es lo que tenemos que esconder. ¿Que si está bien la hija? Que sí. ¿Que si son guapos los nietos? Que sí. ¿Que si se lleva bien con el yerno?...

—Bueno, venga —cortó el maestro—. Cállate ya. Vamos por donde quieras y en paz.

Del muro que terminaba, a la entrada de la carretera, salió volando un saltamontes y les pasó rozando por delante.

—Buenas noticias —dijo Herminia—. A lo mejor nos mandan a los niños este verano. ¿Tú qué dices?

—Nada, que yo qué sé. Cualquiera sabe lo que pasará de aquí al verano. Nos podemos haber muerto todos. O por lo menos tú y yo.

—¿Tú y yo, los dos juntos? ¿Nada menos? Pues sí que das unos ánimos. Muérete tú, si quieres, que yo no tengo gana de morir todavía.

Sacaba Herminia una voz valiente y tranquila que el maestro le conocía muy bien.

—Desde luego, Herminia —dijo, y estaba muy serio—, no me querría morir después que tú. Sería terrible. De verdad. Lo he pensado siempre.

—Pero bueno, será lo que Dios quiera. Y además, cállate ya. Qué manía te ha entrado con lo de morir o no morir.

—Es que sería terrible. Terrible.

Sonaba la lluvia sobre los castaños de Indias que les cubrían como un techo. Ya llegando a la casa, el maestro dijo:

—No me voy a acostar. No dejes que me acueste hasta la noche. A ver si cojo el sueño por las noches otra vez. Me estoy volviendo como tu padre, y ahora que va a venir el invierno, me da mucho

miedo. No quiero, Herminia, no quiero. No me dejes tú. Al verano le tengo menos miedo, pero el invierno...

—Tenemos que empezar a hacer el gallinero —dijo ella.

Madrid, octubre de 1959

Un alto en el camino

El niño se durmió un poco antes de llegar a Marsella. Había habido una pequeña discordia entre los viajeros porque unos querían dejar encendido el piloto azul y otros lo querían apagar. Por fin, el más enconado defensor de la luz en el departamento, un hombre maduro y muy correcto, que hasta aquella discusión no había abierto la boca ni apartado los ojos de un libro muy grueso, bajó su maleta de la rejilla y se marchó, dando un resoplido. Desde la puerta recalcó unas ofendidas «buenas noches a todos», y una vez ido él, los demás se quedaron en calma, como si ya fuera indiferente cualquier solución.

Emilia permaneció unos instantes mirando a la puerta. El marido se apoyaba enfrente, contra la otra ventanilla, y dejaba escapar una respiración ruidosa; también a él le miró.

—Si a ustedes no les importa —resumió luego, tímidamente, dirigiéndose a las siluetas de los otros—, apagamos la luz. Lo digo por el niño, que va medio malo.

Unos se movieron un poco, otros dijeron que sí con la cabeza, y algunos emitieron un sonido confuso. Pero ella, sin esperar contestación ninguna, ya se había levantado para apagar la luz.

—Anda, Esteban, mi vida. Ahora que se ha ido ese señor córrete y ponte más cómodo —se la oyó después decir en lo oscuro—. Así, encima de las rodillas de Emilia; ¿ves cuánto sitio? Pero, bonito, si es que vas mejor... ¿No vas bien? Te quito los zapatos.

El niño tendría unos seis años. Se puso a llorar fuerte al ser meneado, y su llanto, entre soñoliento y caprichoso, coincidió con

movimientos de protesta de los viajeros; cambios airados de postura. Ella se inclinó hasta rozar el oído de aquella cabeza de pelo liso y revuelto, y la acomodó mejor en su regazo.

—Pero ¿no vas bien? Si vas muy bien. No, no, mi niño; ahora no llorar —susurró—. Ya estamos llegando a Marsella y no se tiene que despertar tu papá. Emilia no quiere, hazlo para que no llore Emilia. Tú no querrás que llore...

—¿Qué le pasa al muchacho? —preguntó el padre, sin abrir los ojos.

—Nada, Gino. Va bien, va muy bien.

Las manos se le hundieron en el pelo de Esteban.

—Calla, duérmete por Dios, por Dios... —pronunció apenas.

Y reinó durante largo rato el silencio.

Un poco antes de llegar a Marsella, Gino ya roncaba nuevamente. Durante este tiempo, que no fue capaz de calcular, había contenido Emilia la respiración, escrutando con ojos muy abiertos y fijos la oscuridad de enfrente, al otro lado de la mesita de madera, donde sabía que venía acurrucado su marido; como si temiera oír otra pregunta suya de un momento a otro. El único movimiento, casi imperceptible, era el de sus dedos, peinando y despeinando los cabellos del niño; y concentraba toda su ansiedad en el esmero que ponía en esta caricia, hasta el punto de sentir bajar una especie de fluido magnético a desaguarle en las puntas de las uñas. Empezaban a dolerle, de tan tensas, las articulaciones, cuando los ronquidos de Gino vinieron a aliviar aquella rigidez de su postura. Aún se podía dudar de los primeros, y por eso los escuchó sin moverse nada, pero luego entró en la tanda de los amplios y rítmicos, no tan sonoros, completamente tranquilizadores ya. Los ronquidos de Gino ella los conocía muy bien. En cinco años había aprendido a diferenciarlos. Le marcaban los pasos lentísimos de la noche durante sus largos insomnios, y solamente a aquel ruido podía atender, incapaz de sustraerse a su cercanía que la apagaba cualquier otro pensamiento. Llegaban a desesperarla, a provocarle

deseos de muerte o de fuga. A veces, aterrada de querer huir o matar, tenía que despertarle, para no estar tan sola en la noche. Pero nunca le servía de nada; Gino se enfadaba de ser despertado sin una razón concreta y ella, a la mañana siguiente, se iba a confesar: «Estuve pensando toda la noche, padre, en que puedo matarle sin que se entere; cuando ronca de una determinada manera, sé que podría hacer cualquier cosa terrible en el cuarto, sin que se enterara de nada. Y aunque no lo desee, saber que puedo hacerlo me obsesiona».

Dejó de acariciar el pelo de Esteban, que también se había dormido, respiró hondo y desplazó la cabeza hacia la derecha, muy despacio. Ahora ya podía correr un poco la cortinilla y acercar la cara al cristal. Avanzaba; allí debajo iban las ruedas de hierro, sonando. Bultos de árboles, de piedras, luces de casas. ¿Qué hora podría ser?

Alguien encendió una cerilla, y, a su resplandor, distinguió un rostro, despierto, que la miraba —una señora sentada junto a Gino—; y quiso aprovechar esta mirada.

—¿Sabe usted si falta mucho para Marsella? —le preguntó.

—Unos cinco minutos escasos —contestó el viajero que había encendido la cerilla.

—¿Solo? Muchas gracias.

—Si no le molesta, enciendo un momento —dijo otra voz; y el departamento se iluminó tenuemente—, porque tengo que bajar mi equipaje.

—¿Usted va a Marsella? —le preguntó a Emilia la señora que la miraba tanto.

Ahora podía ver bastante bien su rostro que, sin saber por qué, le recordaba el de un lagarto. Gino seguía profundamente dormido; no le había alterado ni la trepidación de aquella maleta al ser descolgada. Emilia suspiró y se inclinó hacia la señora.

—No, no voy a Marsella, pero...

Escrutó su rostro para calibrar la curiosidad de la pregunta y vio que la seguía mirando atentamente. Sí, se lo diría. Era mejor decírselo a alguien, tener —en cierto modo— a un aliado. Los ronquidos de Gino le daban valor.

—... pero es que, si puedo, querría apearme allí unos instantes — dijo bajito.

—Claro que puede; se detiene, por lo menos, un cuarto de hora.

Empezó a entrar mucha luz de casas por la rendija de la cortinilla y el tren aminoró la marcha resoplando. El viajero que se bajaba sacó su maleta al pasillo, y otros salieron también. Del pasillo venía, por la puerta que dejaron entreabierta, un revivir de ruidos y movimientos de la gente que se preparaba a apearse. Desembocaba el tren y se ampliaban las calles y las luces, rodeándolo. Luces de ventanas, de faroles, de letreros, de altas bombillas, que entraban hasta el departamento y algunas se posaban sobre el rostro dormido de Gino, girando, resbalando hasta su boca abierta. Pero ni estos reflejos ni el rumor aumentado de la gente, cuando el tren se paró, ni tampoco este golpe seco de la parada le despertaron.

El niño, en cambio, se quejó rebullendo entre sueños, pero luego se tapó los ojos con el codo y volvió a quedar inmóvil.

Ya estaba toda la gente en el pasillo, y Emilia no se había levantado. No miraba al padre ni al hijo, evitaba mirarlos, como siempre que tenía miedo de intervenir en una cosa. Ella sabía que con sus ojos lo echaría todo a perder —tan fuerte se almacenaba el deseo en ellos—. Ahora los dirigía hacia una caja grande que había en la rejilla, medio oculta detrás de su maleta.

—¿No tenía usted que bajarse? —le preguntó la señora con curiosidad.

—Sí, gracias..., pero es que no sé... Tengo miedo por el niño. Como va medio malito.

La señora miró a Gino.

—Dígaselo a su esposo. ¿Es su esposo, no?

—Sí; pero no, por Dios; él duerme, está fatigado. Lo dejaré, lo puedo dejar —resumió angustiosamente.

La señora de rostro de lagarto adelantó el cuerpo hacia ella.

—Señora, ¿quiere usted que me ponga yo ahí, en su sitio? Yo le puedo cuidar al niño si no es mucho tiempo.

—¡Oh!, sí. Si es tan amable. Me hace un favor muy grande, un gran favor. Venga con cuidado.

Se levantó y cedió su asiento a la señora. La cabeza de Esteban fue izada y depositada en el nuevo regazo, pero no tan delicadamente como para que no abriera los ojos un instante.

—Emilia, ¿adónde vas?

—Calla un minuto, a un recado; cállate.

—¿Con quién me quedo? ¿Dónde está papá?

—Te quedas con esta señora, que es buenísima, muy buena. Y con papá. Pero cállate; papá va dormido.

—¿No tardas, Emilia?

—¡No!... Ay, no sé si irme —vaciló Emilia nerviosísima.

—Por favor, váyase tranquila, señora, no tema. Yo me entiendo muy bien con los niños.

Emilia se subió al asiento y bajó con cuidado la caja de cartón, sin dejar de mirar a su marido, al cual casi rozó con el paquete. El niño la seguía con los ojos.

—Emilia, ¿esta señora cómo se llama?

—Juana me llamo, guapo, Juana. Pero a tú mamá no la tienes que llamar Emilia; la tienes que llamar mamá.

Emilia hizo un saludo sin hablar y salió al pasillo.

—No es mi mamá, es la mujer de mi papá —oyó todavía que decía Esteban.

Apenas puesto el pie en la estación, le asaltó un bullicio mareante. Otro tren parado enfrente le impedía tener perspectiva de los andenes. Vendedores de bebidas, de almohadas, de periódicos,

eran los puntos de referencia para calcular las distancias y tratar de ordenar dentro de los ojos a tanta gente dispersa. Echó a andar. ¡Qué estación tan grande! No le iba a dar tiempo. A medida que andaba, sentía alejarse a sus espaldas el círculo caliente del departamento recién abandonado y con ello perdía el equilibrio y el amparo. Rebasada la máquina de aquel tren detenido, descubrió otros cuatro andenes y se los echó también a la espalda, añadiéndolos a aquella distancia que tanto la angustiaba. Luego salió a un espacio anchísimo, desde el cual ya se veían las puertas de salida y allí se detuvo, y dejando el paquete en el suelo, se sacó del bolsillo una carta arrugada. En la carta venía un pequeño plano y lo miró: «... ¿Ves? —decía, a continuación, la letra picuda de Patri —, es bien fácil. Debajo del anuncio de Dubonet». Alzó los ojos a una fila de letreros verdes y rojos que centelleaban. No lo veía. Preguntó, en mal francés, a un mozo que pasaba con maletas y él logró entenderla, pero ella en cambio no le entendió. Le pareció que se reía de ella, aunque no le importó nada, porque en ese momento había visto encenderse el nombre del letrero. Serpenteaban las letras debajo de un hombre que agitaba los brazos a caballo sobre una botella gigantesca. Bueno, o sea, que...

—¡Emilia! Aquí, chica, ¡qué despiste!

¿Era Patri aquella que venía a su encuentro? ¡Pero qué guapísima, qué bien vestida! Vaciló unos segundos y ya la otra la estaba abrazando y sacudiendo alegremente. Sí que era.

—Patri, Patri, hermana...

—¿Qué tal, mujer? Creí que ya no venías. Pero venga, no te pongas a llorar ahora. Anda, ven acá... ¿Nos sentamos?

—Sí, bueno, como quieras. Creí que me perdía, oye.

Se dejó abrazar y conducir, encogida de emoción y pequeñez. Patri era mucho más grande y pisaba seguro con sus piernas fuertes sobre los altos tacones. Se sentaron en un café lleno de gente, junto a un puesto de libros y revistas.

—¿Qué tomas? ¿Café?

Emilia escuchaba los anuncios por el altavoz, diciendo nombres confusos. Oyó el pitido de una máquina. ¿Se habría despertado Gino?

—Café con leche, bueno. Oye, ¿se me irá el tren?

—No, por favor, no empieces con las prisas. Por lo menos diez minutos podemos estar bien a gusto. Lo acabo de preguntar.

Emilia sonrió entre las lágrimas. Algunas le resbalaban por la cara. Puso la caja encima de las rodillas, y, mientras trataba de desatarle la cuerda, se le caían a mojar el cartón.

—Mujer, pero no llores.

—Te he traído esto.

—¿Qué es eso? Dame.

—Nada. Ya lo abrirás en casa, si no. Son cosas de ropa interior de las que hacen en la fábrica de Gino.

—¿Ropa interior? ¡Qué ilusión! Sí, sí, dámelo. Prefiero abrirlo en casa, desde luego.

—Las combinaciones, sobre todo, son muy bonitas. Te he traído dos. Creo que serán de tu talla. Aunque estás más gorda.

—¿Más gorda? No me mates.

—No, si estás estupendamente así. Estás guapísima. Hasta más joven pareces.

—Más joven es difícil, hija, con cinco años encima. ¿Son cinco, no? —Emilia asintió con la cabeza—. A ti, desde luego, bien se te notan, mujer. Estás muy estropeada.

Trajeron los cafés. Patri cruzó las piernas y sacó una pitillera de plata. Le ofreció a Emilia, que denegó con la cabeza.

—¿Por qué no te cuidas un poco más? —dijo, mirándola, mientras encendía el pitillo—. Tienes aspecto de cansada. ¿No te va bien, verdad?

—Sí, sí... Es por el viaje.

—Qué va, yo te conozco. Cómo te puede ir bien con ese hombre. También fue humor el tuyo, hija; perdona que te lo diga.

—No empieces, Patri. ¿Por qué me dices eso?

—Hombre, que por qué te lo digo. Porque no lo he entendido nunca. Se carga con hijo ajeno y con todo lo que sea, cuando no sabe una dónde se mete. Pero tú de sobra lo sabías cómo era él, por la pobre Anita. A ver si no se murió amargada.

—Yo le quiero a Gino, aunque tú no lo entiendas. Y es bueno.

—¿Bueno? Pues, desde luego, lo que hace conmigo de no dejar ni que te escriba, vamos, no me digas que es de tener corazón. Dos hermanas que han sido siempre solas, y sabiendo lo que tú me quieres. A quien se le diga que no nos hemos podido ver en cinco años, que la última vez que fui a Barcelona te estuvo vigilando para que no me pudieras dar ni un abrazo.

Patri había aplastado el pitillo con gesto rabioso. Emilia bajó los ojos y hubo un silencio. Después, dijo con esfuerzo:

—También es que tú...

—¿Yo, qué?

—Nada —le salía una voz tímida, temerosa de ofender—. Que la vida que llevas no es para que le guste a nadie. Desde que te viniste de Barcelona, él ha sabido cosas de ti por alguna gente, y siempre son las mismas cosas. También tú, ponte en su caso.

—Pero, a él ¿qué le importa? ¿Y qué vida hace él? Seguro que no seré peor que muchas de las amigas que tenía. Ahora no sé, perdona; pero amigas las ha tenido siempre.

—Él no te tiene simpatía —dijo Emilia con desaliento—. Pero es que es imposible, tú tampoco le quieres ver a él nada bueno.

—Es que no aguanto a la gente como él. Yo seré una tirada, chica, pero es cosa que se sabe. No aguanto a la gente que deja los sermones para dentro de casa... Perdona, no llores, soy una bruta. Pero ¿ves?, es que tampoco aguanto que te trate mal a ti. Y lo sé, me lo estás diciendo ahora, lo llevas escrito en la cara...

—Te digo que no —protestó Emilia débilmente.

—Ojalá sea como dices.

—Además tengo al niño. Él le dice siempre que no soy su madre, y hace bien, si vas a mirar. Pero yo le quiero como si fuera su madre.

Y él a mí.

Patri miraba el perfil inclinado de su hermana, escuchaba su voz mohína y caliente.

—Y a ti, mujer, quién no va a quererte. Tú te merecías un príncipe, lo mejor de este mundo.

—La felicidad no está en este mundo, Patri, siempre te lo he dicho.

—Calla, Emi, guapa, déjame de historias. Si tú vieras cómo vivo yo ahora. Como una reina. Tengo de todo. ¡Una casita!... ¡Qué pena me da de que no vengas a verla!

—Cuánto me alegro. ¿Sigues con aquel Michel?

—Sí. Ya lleva un año conmigo. Quería venir a conocerte, pero no he querido yo. Así hablamos mejor, ¿no te parece?

—Sí. ¿Tienes alguna foto?

Patri se puso a rebuscar en el bolsillo. Tenía una cara alegre mientras buscaba. Sacó tres fotos chiquititas y se las enseñó a su hermana. En las tres estaban los dos juntos. Era un hombre joven y sonriente. Una estaba hecha en el campo y se besaban contra un tronco de árbol.

—Está muy bien. ¿Quién os hacía las fotos?

—Es una máquina que se dispara sola. ¿Verdad que es guapo?

—Sí, es muy guapo. Y parece que te quiere.

—Sí que me quiere, Emilia —dijo Patri con entusiasmo—. Me quiere de verdad. Si no fuera por su madre, nos casábamos.

—¿De verdad? —preguntó Emilia, con el rostro súbitamente iluminado—. Por Dios, Patri, ¿es posible? Qué estupendo sería. ¿Por qué no me das las señas de la madre? Yo le puedo escribir, si tú quieres; lo hago encantada. Le puedo contar todo lo que vales tú.

Patri se echó a reír ruidosamente.

—No digas cosas, anda, mujer. Quién me va a querer a mí de nuera. Más bien haz una novena para que palme pronto.

—Si te conociera, te querría igual que él te quiere.

—Qué va, mujer. Si además nos da igual. Mejor que ahora es imposible estar. Y así, cuando nos cansemos, tenemos la puerta

libre. Pero no pongas esa cara.

—No pongo ninguna cara.

—Si vieras qué sol de casita. Con mi nevera y todo. Dos habitaciones. Es aquí, cerca de la estación. ¿No te daría tiempo de salir conmigo para verla?

Emilia dio un respingo y miró el reloj iluminado al fondo, lejísimo. ¿Dónde estaría su tren?

—Oye, Patri, no; salir, imposible. Me tengo que ir. ¿Cuánto tiempo habrá pasado?

—Es verdad, ya habrán pasado los diez minutos. Pero no te apures. Te da tiempo.

—No, no; no me da tiempo. Está lejos mi tren. Dios mío, dame un beso.

—Espera, mujer, que pague y te acompaño yo.

—No, no espero, de verdad. Como no salga corriendo ahora mismo, lo pierdo, seguro.

—¿Vais a Milán, no? A ver a la familia de Gino.

—Sí. Es en el cuarto andén, me parece. Me voy, Patri, me voy.

—Mujer, qué nerviosa te pones. No se puede vivir así, tan nerviosa como vives tú. Oiga, camarero, ¿el tren para Italia?

El camarero dijo algo muy deprisa, mientras recogía los servicios.

—¿Qué dice, por Dios?

—Que debe salir ahora mismo, dentro de dos minutos.

—Ay, que horror, dos minutos...

Abrazó fugazmente a su hermana y escapó de sus brazos como una liebre. Patri intentó detenerla, diciendo que la esperase, pero solamente la vio volver la cabeza llorando, agitar un brazo, tropezarse con un maletero y, por fin, perderse, a la carrera, entre la gente.

Corría lo más deprisa que podía, desenfrenadamente. Iba contando. Hasta sesenta es un minuto. Luego, otros sesenta y ya. Perdía el tren, seguro. Cincuenta y tres... Con lo lejos que estaba. Le dolían los costados de correr. Algo sonó contra el suelo. Un

pendiente. No sabía si pararse a buscarlo o seguir; miró un poco y no lo veía. Uno de los pendientes de boda, Dios mío. Ciento catorce... Si perdía el tren, volvía para buscarlo. Reemprendió la carrera. El altavoz rugía palabras nasales.

—¿El tren de Italia?

—*Celui-là. Il est en train de partir.*

Apresuró todavía la carrera y alcanzó el último vagón, que ya se movía. Se encaramó a riesgo de caerse. Alguien le dio la mano.

—Gracias. ¿Esto es segunda?

—No, primera.

Respiró, apoyada contra una ventanilla. Los andenes empezaban a moverse, llevándose a la gente que los poblaba. Todo se le borraba, le bailaba en las lágrimas.

—¿Se encuentra mal, señora?

—No, no; gracias.

Echó a andar. Era larguísimo el tren. Pasaba los fuelles, como túneles temblorosos, y a cada nuevo vagón, iba mirando los departamentos. Desde la embocadura al pasillo del suyo, divisó a Gino, asomado a una ventanilla, con medio cuerpo para afuera, oteando el andén. Se secó las lágrimas y le temblaban las piernas al acercarse. Le llegó al lado. Salían de la estación en aquel momento, y él se retiraba de la ventana, con gesto descompuesto.

—¡Loca! ¡Estás loca! —le dijo al verla, apretando los puños—. ¿Se puede hacer lo que haces? Te escapas como una rata, dejando al niño en brazos del primer desconocido.

—Calla, Gino, no te pongas furioso. Había ido al tocador.

—¡Embustera! Lo sé que has bajado. Y también sé para qué.

—Calla, Gino, no armes escándalo ahora.

—Lo armo porque sí, porque me da la gana. Todo por ver a esa. Porque eres como ella, y sin ir a verla, no podías vivir.

Emilia corrió la puerta del departamento y entró, sorteando piernas en lo oscuro. La señora ya se había vuelto a su sitio, y Esteban lloriqueaba, acurrucado contra la ventanilla. Lo cogió en brazos.

—Ya está aquí Emilia, no llores, mi vida.

—Ha llorado todo este rato —dijo Gino con voz ronca, mientras se acomodaba enfrente—, pero entonces te importaba poco. Tenías bastante embeleso con oír a esa tía, a esa perdida.

—Papá, no riñas a Emilia; no la riñas, papá. Ya ha venido.

—Por favor, Gino, no hagas llorar a Esteban, pobrecito. Me dirás lo que quieras al llegar. Mañana.

—No hables del niño, hipócrita, no te importa nada del niño — insistía él fuera de sí.

Algunos viajeros los mandaron callar, y Gino se volvió groseramente contra el rincón mascullando insultos todavía. Emilia se tropezó con los ojos de la señora de enfrente y le dio las gracias con un gesto. Luego acomodó a Esteban en su regazo, igual que antes y se puso a besarle los ojos y el pelo. Volvía a reconocer el departamento inhóspito como un ataúd, y a todos los viajeros, que le parecían disecados, petrificados en sus posturas. El tren corría, saliendo de Marsella. Pasaban cerquísima de una pared con ventanas. Emilia había apoyado la cabeza contra el cristal. Más ventanas en otra pared. Las iba mirando perderse. Algunas estaban iluminadas y se vislumbraban escenas en el interior. Cualquiera de aquellas podía ser la de Patri. Duraron todavía algún rato las paredes y ventanas, hasta que se fueron alejando por otras calles, escasearon y se dejaron de ver. El tren iba cada vez más deprisa y pitaba, saliendo al campo negro.

Madrid, diciembre de 1958

Tarde de tedio

—Anda, levántate, habías dicho que esta tarde salíamos contigo si hacía bueno, y ahora Juana nos quiere llevar ella. Dile tú que no; ¿verdad que nos lo has dicho ayer que vamos contigo? Ríñela, que no nos deja entrar y dice que nos va a pegar si entramos, y a Ernesto le ha empujado y está llorando ahí fuera, ¿no lo oyes? Venga, ¿por qué te echas?, siempre te estás echando, eres una pesada.

—Jesús, qué niña, eso a la mamá no se le dice, qué pecado. Perdona, señora, no puedo con ellos, se me escapan aquí. Vamos, guapita, a tu mamá le duele la cabeza, Juana os lleva al parque.

—Mentira podrida, no está mala, antes ha estado hablando por teléfono mucho rato y se reía. Es que se cree que llueve porque no ve la luz, te subo la persiana, verás como hace bueno, nos llevas a la película de la selva, anda, levántate, esa del oso que le enseña al niño a bailar y luego va y se come los plátanos del cocotero y llora el oso no sé por qué.

—Esa es la que vieron el domingo conmigo. Deja esa persiana, ¡ay, qué niña!, venga, vamos al parque te he dicho. Esa película ya la habéis visto.

—Sí, pero Ernesto no la entendía y mamá se la explica, ¿verdad, mamá?; a papá le dices que nos lo explicas todo y que te gustan las películas de niños, y él quiere que vengas y nos las expliques, pero si viene Juana solo sabe reírse y pasarlo bien ella y decir que ese es el oso, pues eso ya, pero digo que por qué lloraba el oso. Mamá, me empuja Juana, que no me empuje.

—Ay, no empecéis, Anita hija, dejadme en paz. Quítate de encima, más valía que te peinaras. Otro día vamos.

—Sí, claro, siempre dices «otro día», pues yo al parque no voy porque me aburro con Marisolín, y si no va, peor.

—Mire, no les haga caso, en ese cajón hay dinero; los lleva a ver la casa de fieras, si se aburren jugando, y luego pueden merendar de cafetería, que les gusta a ellos. Péíneles un poco.

—Yo con Juana no voy a la cafetería porque se hace la fina y me da vergüenza.

—Basta, ya estoy harta. Vais con Juana donde ella os lleve y hemos terminado de hablar. ¿Hace bueno, Juana?

—Sí, señora, buenísimo.

—Hala, dame un beso, y dile a Ernesto que no llore, que mañana salimos.

—Mentira, mentirosa, no te quiero, ni Ernesto tampoco.

—Cállate, niña, si le dices esas cosas a la mamá te lleva Camuñas. Le cojo cien pesetas. Venga, vamos. Que descanse, señora. ¿Le recojo esta ropa que tiene revuelta por aquí?

—No, déjelo, Juana. Es que me he estado probando antes los trajes de verano, déjelo ahora, por favor, tengo que ver primero lo que hace falta llevar al tinte y a la modista, ¡ay, qué pesadez de niños!, lléveselos de una vez que no los oiga, ¡no recoja nada, le digo!, ¿no le estoy diciendo que se vayan de una vez?, cállate, Anita, por amor de Dios, ¡iros!, ¿me queréis dejar en paz? ¡Dejadme en paz!

Aún largo rato después de los últimos ruidos que han precedido a la marcha de los niños (¿un cuarto de hora?, ¿media?), la palabra paz se ha quedado rebotando contra las paredes del cuarto como un moscardón encerrado que insistiera en bordonar principalmente sobre el montón de trajes veraniegos esparcidos por la butaca y la cama. En la media penumbra se distinguen unos de otros como las fisonomías olvidadas de amigos que se vuelven a encontrar. El azul, el de rayas, el pantalón vaquero, el rojo, la blusa que no le gustaba

a Antonio... Habrá que hacer algo con ellos, por lo menos con el de rayas que costó tres mil pesetas. La mujer se remueve, mira al techo. La visión de una gotera cuyo dibujo recuerda el de una foca la distrae momentáneamente de la idea de los trajes, luego piensa que así tirada se le puede pasar la tarde y que mejor sería llegarse a casa de la modista por pereza que dé y decirle las reformas que quiere. Tiene toda la tarde por delante, los niños hasta las siete y media no vienen, y al fin no se va a dormir; tendría que proponérselo mucho, pero el mismo silencio de la casa en paz la ha puesto nerviosa, el mismo hipo de la palabra paz que ella disparó y que se ha quedado subiendo y bajando por las paredes, desbaratando el sueño que parecía preludiar. No, no tiene sueño; los ojos que miran ese techo, pensando ahora que habría que volver a pintarlo, no albergan sueño alguno. Aunque tampoco sosiego; dan vueltas, encerrados en sí mismos, sin saber dónde posarse. Dormir sería, desde luego, una solución, ese vicio rutinario y seguro sería deseo postizo acariciado sin deleite ni alegría, en nombre solamente de objetivos secundarios, como podrían ser en este caso los de dejar de ver el techo y de imaginar el posible pintor que hará sacar todos los trastos al pasillo el día que por fin venga, o dejar de sentir también ese revoltijo acuciante de ropas a los pies de la cama que evidencian un año transcurrido y sugieren proyectos para otro. No, cansada no está, se destapa, mueve las piernas largas y blancas, se las mira complacida, qué lástima que no hubiera la moda de la minifalda por los años cuarenta; nada, es evidente que no tiene ganas de dormir. Pero ¿es que tiene ganas de ir a la modista? Se levanta, por lo menos el de rayas valdría la pena arreglarlo, ha cambiado tanto la moda; lo palpa, lo separa de los otros; sería bueno sacar ganas de llegarse hasta Ríos Rosas, a casa de Vicenta, el autobús 18 no deja mal, probarse el traje en aquella habitación con bibelots pasados de moda que huele a cerrado y dejar eso resuelto esta misma tarde, decidir allí con ella: «Verá usted, lo que yo quiero...», pero es que ataca los nervios Vicenta

con su impasibilidad y sus ojos de rana, verla allí detrás en el espejo, de pie, mirándote como un palo, y con aquella voz de sosera: «Pues no le está a usted mal... no, si yo, por deshacérselo, se lo deshago... yo, lo que me diga... bueno, bien... entonces ¿cómo? ¿con un bias?». No se toma interés por nada, no te ayuda a decidir. Distinto de Carmen, la peluquerita, qué cielo de mujer, es verte entrar y ya te está animando a lo que sea, como tiene que ser, porque un oficio no consiste solo en saber coser o peinar, es también interpretar lo que quiere el cliente, o hasta hacerle que quiera algo. Se ha puesto el traje de rayas, la tela sigue siendo preciosa, pero está arrugadísimo y así tan blanca no favorece; la cremallera sube, además, con dificultad, sobre todo de cintura para arriba; se palpa el estómago, trata de contraerlo y esto le repercute en la cara, que adquiere una expresión de ansiedad y asco. Se ve horrible y comprende que lo que necesita es consuelo y que Vicenta no le sirve. Se quita el traje y lo deja caer al suelo, va hacia la ventana, la carne que separa el borde inferior del sostén del norte del ombligo se relaja a sus anchas, libre de la mirada vigilante de hace unos segundos. Por la ventana, abierta ahora de par en par, entra el rumor de la tarde soleada y cansina, un eco de bocinas y estridencias y ese primer sofoco de mayo. La palabra paz deja de zumbear definitivamente y se escapa a la calle como un moscardón que era.

A esta luz cruda se revelan netamente los cuarenta años de la mujer, que, despeinada y en combinación ante el espejo, se pasa ahora los dedos con desaliento por otra importante zona de su cuerpo donde el tiempo ha hecho estragos: la cabeza, rematada por un pelo no muy abundante y teñido de color perra chica de las que había antes de la guerra. ¿Y si se lo cortara? Se fortalece y, además, rejuvenece mucho. La ventaja que tiene, además, la peluquería es que está tan cerca que no da tiempo a cambiar de idea. Se pone un traje cualquiera y se larga a la calle. Lo ha dejado todo revuelto, pero ya lo recogerá Juana.

Por el camino, aunque la peluquería está cerca, ha tenido tiempo de ver un puesto de periódicos. Desde las portadas de todos los semanarios ilustrados, las veinteañeras del mundo entero, las que estaban naciendo o gestándose en Turín, la Unión Soviética, Oslo o Miami cuando ella tenía, a su vez, veinte años y cantaba canciones que ahora vuelve a traer el vaivén de la moda, la asaetan burlonamente con los ojos lánguidos o sonrientes y sus pelos lisos y largos, con moños, con trenzas, con pelucas, con tirabuzones. Piensa que puede ser una bobada cortarse el pelo, que lo más fácil es que no le guste a Antonio, y vuelven a derrumbarse sus nacientes propósitos. Llega mohína a la peluquería.

—Hombre, cuánto tiempo sin verla. ¿Qué se va a hacer?

—Lavar y marcar; pero no sé si cortarme también un poco. No mucho, como le cortaron el otro día a la señora de Soriano, ¿sabe cómo le digo?, así las puntas de delante un poco más largo, pero que quede liso, aunque no sé qué tal me estaría a mí..., es que no sé qué hacerme con el pelo, Carmen, le digo la verdad.

—Usted no se preocupe que le quedará muy bien, ya le he entendido lo que me dice. Pero además, hágame caso, usted lo que debía de hacer era ponerse mechas, siempre se lo estoy diciendo, le irían de fenómeno unas mechas; ya lo vería.

—¿Usted cree?

—Claro, como que se las voy a poner hoy mismo.

—Hoy no sé, Carmen..., no me decido.

—Ah, pero yo sí, que soy quien se las tiene que poner. Usted quiere verse guapa, ¿no?

—Hombre, claro.

—Pues eso, si quiere verse guapa, no tiene que preocuparse de más. Me deja a mí, que yo la pongo guapa.

—Bueno, luego si se enfada mi marido, la culpa es suya.

—De acuerdo, nos lo manda usted aquí. Pero ¿cómo se va a enfadar un marido de ver a su mujer guapa?

—No sé, ¿no me entretendrá mucho?

—Nada, qué se va a entretener, deme la chaqueta. Pepi, vete lavando a la señora.

De debajo de todos los secadores se han levantado rostros a mirarla pasar con su melena sucia y rala. Todavía podía irse, decir que vuelve luego, pero sabe que no lo hará. Es un maleficio conocido este de seguir andando, a pesar del miedo que empieza a invadirla al imaginarse tan cambiada, ese miedo excitante a lo desconocido y concretamente al juicio de Antonio. «No sabes qué inventar. Y siempre echándole la culpa a los nervios. Pero nervios ¿de qué, y cansancio de qué?, pregunto yo. Asistenta, chica y los niños en el colegio toda la mañana; la verdad, Isabel, es que no te entiendo, solo piensas en gastar, con la cantidad de problemas y desgracias de verdad como tiene la gente por ahí, necesitarías mirar a tu alrededor...». Eso dirá; si no le gustan las mechas o viene cansado de la consulta, seguro que saca a relucir lo de las desgracias ajenas y a contarle casos de enfermos graves, como si fuera un cura. ¿Y qué tiene que ver ella con los demás? Solo se vive una vez y la vida se va, a cada cual se le va la suya. La gente sufre mucho, de acuerdo, pero cada uno sufre lo suyo, sus propias sensaciones y se acabó.

—¿Le hago daño?

—No, guapa.

—Le he puesto champú de huevo.

Qué bien lava la cabeza esta chica, cómo descansa esa presión de los dedos casi infantiles sobre el cuero cabelludo. Es simpática la gente que hace bien lo que hace; ya que lo cobran, que lo hagan bien.

—Ya está, pase allí.

Las señoras de los secadores se vuelven a mirarla pasar con la toalla arrollada a la cabeza y un poco de pelo, todavía color perra chica de las de antes de la guerra, asomando. Luego no la reconocerán; quedará mejor o peor, pero estará distinta. Se desvanecen todas sus indecisiones. Carmen la ha llamado: «Venga

acá», y ha atajado una primera insinuación suya con cierta dureza: «Usted déjeme a mí». Se siente realmente abandonada en sus manos expertas que con toda eficacia y atención empiezan a trabajar y manipular en su cabeza. Era lo que necesitaba esta tarde; buena gana de seguir fingiendo una voluntad que no tiene, si precisamente lo que quería era ser sustituida: buscaba esta sensación de abandonarse a otro que manda, la misma que, de niña, la empujaba a elegir siempre el papel de enfermo cuando jugaban a los médicos; pero de médico bien pocas niñas sabían hacer. Ya tiene el pelo cortado, se ve rara, pero no importa, se fía de Carmen. Ahora se lo va separando en grupitos que humedece cuidadosamente con un pincel untado en un líquido grisáceo. El líquido lo tiene echado en un tarro de yogur. Piensa vagamente que los niños estarán merendando, que lo de las mechas entretiene, y que no van a encontrarla en casa a la vuelta, pero es una idea neutra, sin carga alguna de remordimiento ni de inquietud. Llegar a este lugar es pudrirse en terreno sabido y placentero, aquietar la conciencia, dejar de flotar entre diversas posibilidades, fijar por unas horas esa pompa de aire que es la propia imagen, soplada de acá para allá. Ahora Carmen le pasa un cestito con las pinzas y los rulos, y le pide que se los vaya dando; ella obedece sumisamente; no comentan nada, es suficiente una leve sonrisa de complicidad cuando sus ojos se encuentran en la luna del espejo. Las dos saben de sobra que la que manda es la de atrás. Ahora le pone la redecilla y las orejeras de plástico.

—Ya está. Pase al secador. Pepi, revistas para la señora.

Y ahora, a esperar, pasando revista a los rostros de actualidad, a las modas de actualidad. Cada mes sube y baja la moda vertiginosamente, es tan difícil ya apuntarse a todo, enterarse de todo. La gente que sale en los periódicos ilustrados continuamente se transforma, estrena vida y amor. Con lo apasionantes que son las transformaciones, aunque sean estas transformaciones alquiladas de peluquería. Para ella todo es igual, cenar los sábados con los

mismos amigos, dormir con el mismo hombre, reñir a los mismos niños por las mismas cosas; si cambia de algo, es de criada o de fontanero. Por mucho que cobren, ¿cómo puede ser caro este rato de alquimia, esta espera de algo nuevo mientras te manipulan, te atienden y dirigen?

—¿Se lo pongo más bajo?

—Sí, me quema mucho. Ya casi debo estar.

—No, no; le falta un poco. ¿Quiere otras revistas?

Jacqueline Onassis en todas viene. Escudada tras sus gafas oscuras, desayunando en un puerto y durmiendo en otro, balanceándose sobre las olas del Adriático, en su yate escrutado por el teleobjetivo de todos los fotógrafos del mundo, como la protagonista de aquella canción ya antigua: «Rumbo al Cairo va la dama / en su yate occidental»... Entonces se llamaban mujeres fatales y había menos, casi siempre del cine, prohibidas y lejanas, en papeles que hacían Marlene o Joan Crawford, ¡cómo le emocionaban a ella, cuando iba al Instituto, las mujeres fatales!, pero era una envidia alegre, que no hacía daño... Revueltas de estudiantes en Roma, en París, en Inglaterra. Pero ¿qué pedirán?, ¿qué querrán, teniendo veinte años? Se les ve retratados en revoltijo, tirando piedras, pegando a los guardias, debatiéndose a patadas y mordiscos con el pelo sobre los ojos, tan guapos y atrevidos. Se quejen de lo que se quejen, ¡quién estuviera en su piel!

Sale del secador como si hubiera bebido mucho, enrojecida, con los oídos zumbando. Ha caído la tarde y el local está vacío. Le da pena que no puedan verla las otras señoras. Es el momento mejor. Dejarse quitar los rulos, dejarse peinar, cardar y cepillar, y ver cómo va componiéndose el rostro nuevo bajo el pelo nuevo. Pone ojos soñadores. Se gusta.

—¿Cómo se ve?

—Me veo rara.

—Eso pasa siempre. Pero no me diga que le están mal las mechas.

—No, mal no.

—¿Más laca?

—No, está bien. ¿Puedo llamar un momento por teléfono?

—Sí, cómo no, pase.

En un cuartito interior donde guardan los pedidos de tintes y de champú, está el teléfono. Se sienta en una banqueta y marca el número. Una voz joven de mujer pronuncia el «Dígame» afectado y musical de las secretarias de ahora. Es la enfermera nueva.

—¿El doctor Cuevas?

—Está ocupado. ¿Es de alguna sociedad o particular?

—Es de parte de su señora.

—Espere un momento. No sé si se podrá poner.

Tiene que esperar un rato, al cabo del cual oye la voz de Antonio.

—Dime.

Es un tono seco y distraído, el de siempre. ¿Por qué esperaba otra cosa? ¿Por haberse puesto unas mechas grises en el pelo?

—¿Qué haces, trabajas mucho?

—Sí, claro. Estoy pasando consulta.

—Ya. ¿A qué hora vuelves a casa?

—Tarde. Hay un parto en el Sanatorio. A cenar no me esperes.

—Ya. ¿No lo puedes dejar?

—¡Qué preguntas, Isabel! ¿Es que pasa algo?

—No, nada, que tenía ganas de salir esta noche. Hace bueno.

—Ya salimos anoche. Yo estoy cansadísimo.

—¿No terminarás pronto?

—¡Cómo lo voy a saber! Me voy al Sanatorio en cuanto acabe aquí.

—Ya. Bueno, pues nada.

—Hasta luego.

—Adiós.

Cuelga el teléfono y sale. Carmen se ha quitado la bata blanca y ha dejado de ser mago. Es una chiquita insignificante y algo cursi. Le repite que está guapísima con las mechas y le cobra trescientas ochenta pesetas. Se despiden. Ella se vuelve en la puerta.

—No sé si que me venda usted también una redecilla. A lo mejor esta noche no salgo y no querría que se me deshiciera mucho durmiendo.

—Pues sí. Se pone usted unos algodones, en vez de rulos, como le dije la otra vez, y luego la redecilla encima.

Se la envuelve y se la da.

—Adiós, Carmen, hasta otro día.

—Adiós, señora Cuevas. Y ya le digo, que nos mande usted a su marido, si protesta, que así le conocemos.

—Ni hablar, que es muy guapo.

—Tal para cual entonces. Ya verá los piropos que le echa.

—Veremos. Adiós, Carmen.

—Adiós, señora Cuevas.

Es todavía de día porque ya anochece tarde. Y está tan cerca de casa. Volver es lo peor. Camina lentamente, perezosamente, parándose a cada paso a mirarse en las lunas de los escaparates. Los niños se estarán bañando. Y Jacqueline Onassis, ¿qué hará? Unos vencejos altos y chillones revolotean por encima de las terrazas de los edificios. Cruza la calle. Ya se ve su portal.

Madrid, junio de 1970

Retirada

Algunas tardes, volver del parque por la calle empinada, a sol depuesto, era como volver de una escaramuza inútil y totalmente exenta de grandeza, a la zaga de un ejército rebelde y descontento que se había alzado alevosamente con el mando, sentir barro y añicos las arengas triunfales. Y en la retirada a cuarteles de aquella tarde de marzo, cuya repetida y engañosa tibieza había vuelto por centésima vez a seducirla y encandilarla, casi odiaba no solo el estandarte hecho ahora jirones donde ella misma se empeñó en bordar con letras de oro la palabra primavera, sino principalmente a los soldados sumidos en el caos y la indisciplina para quienes había enarbolado solo tres horas antes el estandarte aquel. Odiaba, sí, la belleza y el descaro de aquellos dos reclutas provocativos, intrépidos y burlones que la precedían dando saltos de través sobre los adoquines desiguales de la calzada —«imbo-cachimbo-ganso-descanso... piripí-gloria-piripí-descanso... ganso-cachimbo-imbo y afuera»—, abriendo y cerrando las piernas al son de aquel himno disparatado y jeroglífico, desafiando las leyes del equilibrio y de la gravedad que deben presidir cualquier desfile acompasado, osando ignorar la consistencia de los transeúntes contra los que se tropezaban, aquel insoportable y denso caldo de vocerío y de sudor que emanaban los cuerpos enquistados en plena calle, en plena tarde, tan presentes e insoslayables que su evidencia era una puñalada, por favor, pero ¿cómo no verlos?, era como no ver los coches, las esquinas y paredes, las fruterías que aún no habían echado el cierre, y ahora no, pero luego enseguida tendría que

bajar, patatas no quedaron; qué más querría ella que olvidarse de si quedaron o no quedaron patatas, dejar de ver el habitual muestrario de colores, formas y volúmenes que se lo traía a la memoria, pero era imposible que los ojos no se topasen con aquella ristra de imágenes cuyos nombres y olores difícilmente disparaban hacia ningún islote mágico donde pudiese reinar el idioma del «imbo-cachimbo».

—Usted perdone, señora; mirar por donde vais, hijas... ¡Pero Niní!

Y casi le irritaban más que los ojos reflejando enfado, aquellos otros sonrientes y benignos que hasta podían llegar a acompañar la sonrisa con una caricia condescendiente sobre las cabezas rubias de los dos soldaditos por el hecho de serlo; ¡qué beaterio estúpido!, ella había abjurado por completo de semejantes sensiblerías patriotas y la actitud de aquella gente le traía a las mientes el entusiasmo con que emprendió la expedición y embelleció ella también los rostros de los soldados, su perfil, su ademán, «impasible el ademán», bajo el sol de primavera, calle abajo, cara al sol, sí, hasta música de himno se le podía poner al comienzo marcial del desfile que inauguró la tarde, y ahora aquellas gentes paradas en la acera que los miraban volver conseguían echarle en cara su apostasía. Porque la verdad es que ya no tenía credo, que le parecían patraña las consignas que animaron su paso y su talante al frente de la tropa calle abajo total tres horas antes, no parecía ni la misma calle, ni la misma tarde, ni el mismo ejército, en nada era posible adivinar punta de semejanza; pero, sobre todo, ¿dónde habían ido a parar las consignas y la fe en ellas, dónde estaba la música del himno? La primavera era una palabra sobada, un nombre con *pe* lo mismo que patata, que portal, lo mismo que peseta y que perdón señora, un nombre como esos, que nada tenía que ver con la ninfa coronada de flores del cuadro de Botticelli; la moral falla a veces, mejor reconocerlo y confesar que la tentación de herejía venía incubándose en su sangre casi desde que entraron en el parque y el ejército se desmandó campando por sus fueros y

respetos, desde que vio a los otros jefes cotilleando al sol inmersos en la rutina de sus retaguardias, desde aquel mismo momento le empezó a bullir el prurito de la retirada, aun cuando consiguiera todavía mantenerlo a raya bajo el imperio del himno, a base de echarle leña a aquel fuego retórico que la convertía a ella en un capitán distinto de los demás, esforzado, amante del riesgo, inasequible al desaliento, engañosas consignas, bien a la vista estaba ahora que la retirada era patente, de inasequible nada, un puro desaliento era este capitán. Precisamente poco antes de abandonar definitivamente el puesto, en una tregua de las escaramuzas, hurgando en su imaginación, que ya desfallecía, a la busca y captura de recursos, vino a proponerles de pronto a los soldaditos suyos y a otros que habían venido a unírseles de otras filas, que, en vez de efectuar aquellas consabidas maniobras de acarreo de arena, fingieran otro tipo de acarreo, de nombres, por ejemplo, que es ficción bien antigua, sustituir un menester por otro, la tierra por los nombres, palabra en vez de tierra, que todo es acarreo al fin y al cabo.

—¿Jugamos a los nombres?

—Bueno, sí. Pero estos niños no saben.

—Sí sabemos, te crees que somos tontos.

—Tontos y tontainas y tontirrí.

Amagaban con reanudar la escaramuza inútil, enarbolaban puñados de arena polvorienta.

—Venga, elegid la letra. No riñáis. «De La Habana ha venido un barco cargado de...».

Y se aburrieron pronto, volvieron enseguida a la espantada, a las hostilidades y a la indisciplina. Pero duró un ratito aquella última prueba de concordia. Quisieron con la *de*. Y había sido horrible, porque ¡cuántas palabras como cuervos oscuros y agoreros anidaban con *de* en su corazón, al acecho, dispuestas a saltar! Tenía que hacer esfuerzos inauditos para decir dedal, dulzura o dalia al tocarle a ella el turno, las que se le ocurrían de verdad eran

desintegrar, derrota, desaliento, desorden, duda, destrucción, derrumbar, deterioro, dolor y desconcierto; eran una bandada de demonios o duendes o dragones —siempre la de— confabulados en torno suyo para desenmascararla y deprimirla —también con *de*, todo con *de*.

Pues bien, ¡fuera caretas!, ahora ya de regreso, cuesta arriba, ¿a quién iba a engañar?, mejor reconocerlo: estaba presidida por el cuervo gigante y conductor de la bandada aquella, el de la deserción, mejor era dejarse arrastrar por su vuelo atrayente y terrible, conocer el abismo, apurar la herejía hasta las heces. Se sentía traidora, empecatada, sí, ganas tenía de hundirse para siempre en uno de aquellos sumideros oscuros que le brindaban al pasar sórdidas fauces oliendo a lejía, a berza, a pis de gato, guardia y escondrijo de cucarachas viles como ella; se quedaría allí quieta por tiempo indefinido en el portal más lóbrego, oculta en sus repliegues, vomitando y llorando sin que nadie la viera sobre un sucio estandarte hecho jirones.

Y hubiera, por supuesto, pasado inadvertida su deserción, la vuelta a la caverna que el cuerpo le pedía con apremio: durante un largo trecho, los soldados habrían continuado avanzando calle adelante al son de sus cantos cifrados, alimentando a expensas de su mero existir aquella irregular y empecinada guerrilla que los erigía en dioses arbitrarios y sin designio, en individuos fuera de la ley. Ni siquiera se dignaban volverse a mirar a aquel remedo de capitán zaguero y vergonzante; ignoraban, tanta era su ingravidez, que eran ahora ellos quienes tiraban como de un carro vencido de aquel arrogante jefe, ignoraban la transformación que lo había traído a ser cenizas, el quiebro que había dado su voz, el desmayo en su andar, la sombra en sus pupilas; el poder de ellos residía en que cantaban victoria sin saberlo, gustaban de su anárquica victoria ignorando el sabor de la palabra misma, la letra de su himno decía «imbo-cachimbo» no «victoria». Victoria se llamaba la portera, una de aquellas manchas movedizas que se veían ya a lo lejos, pasada

la primera bocacalle, Victoria, lo dirían al llegar: «Ya venimos Victoria, cara de zanahoria»; «imbo-cachimbo» era un galimatías afín a las burbujas de su sangre, a su pirueta absurda, improvisada. A caballo del «imbocachimbo» podían llegar a perderse por la ciudad y salir hasta el campo anochecido, sin echar de menos a capitán, maestro o padre alguno, montarse en el trineo de la reina de las nieves y amanecer en un país glacial sin saber ni siquiera dónde estaban ni quién les había echado encima un abrigo de piel de foca o de oso polar, todo lo aceptaban y lo ignoraban, todo excepto el ritmo desafiante de su cuerpo. Iban, con el incubarse de la noche, hacia un terreno irreal y al mismo tiempo nítido que a ella le producía escalofrío y que a duras penas se negaba a admitir, país donde dormían las culebras y abejas de la propia infancia y que apenas en intuición sesgada e inquietante osaba contemplar de refilón, indescriptible reino de luz y de tormenta, donde el lenguaje cifrado empieza a proliferar subterráneamente hasta hacer estallar la corteza de la tierra y llenar el mundo de selvas, ella bien lo sabía, avanzaba con miedo detrás de sus soldados; no se encaminaba a casa, no, por la cuesta arriba, hacían como que iban allí, pero no. «Ya venimos Victoria, cara de zanahoria» sería abracadabra, santo y seña capaz de franquearles acceso a ese otro reino y en él se instalarían después de remolonear un poco y de tomarse la cena a regañadientes, en cuanto ella se metiera en la cocina a recoger los cacharros sucios y a esperar la llegada de Eugenio, que vendría cansado y sin ganas de escuchar estos relatos del parque —«Mujer, es que todos los días me cuentas lo mismo, que las niñas te aburren»—, en cuanto les oyeran ponerse a discutir a ellos y las estrellas se encendieran ya descaradamente, los soldaditos estos que aún fingía ahora capitanear entrarían por la puerta grande de la noche a ese reino triunfal, diabólicos, fulgurantes, espabilados, alimentándose de la muerte que, sin sospecharlo, promovían y escarbaban en ella, crueles e insolentes.

—Cuidado, Celia, no os salgáis de la acera.

Celia era el soldado mayor, el más avieso e intrépido, el más bello también. Y se volvió unos instantes a mirarla sacudiendo los rizos rubios que coronaban aquel cuello incapaz de cerviz, la fulminó con sus ojos seguros; pasaban junto al puesto de tebeos.

—Yo quiero un pirulí y Niní quiere otro.

Y el soldado menor asentía, después de un conciliábulo al oído.

—Nada, os digo que no, nada de pirulís, que os quitan la gana. Venga, vamos, se hace tarde.

Pero se habían parado los reclutas aquellos con los ojos de acero y las manos al cinto, prestos a disparar invisibles revólveres, y ella ya echaba mano al monedero, les daba las monedas.

Arrancan a correr chupando el pirulí, sin mirar a los coches; ya están en el portal, ya se han metido. Victoria caradezanahoria ha tenido apenas tiempo de acariciarles al pasar la cabeza, pero ha sido bastante, bajo el espaldarazo de la victoria van. El cielo está muy blanco, a punto de tiznarse con las primeras sombras. Ya llega ella también.

—Buenas tardes, señora. Vaya tiempo tan bueno que tenemos.

Ha bajado los ojos. Voz de capa caída, de acidia y de derrota ya pura y sin ambages es la que, como remate a la expedición de esa tarde, hace un último esfuerzo para pronunciar apagadamente la salutación vespertina de la retirada:

—Buenas noches, Victoria.

Madrid, octubre de 1974

La mujer de cera

Muchas veces he acompañado a mis amigos, innumerables veces. He entrado con ellos en portales desconocidos y oscuros, y hemos subido los gastados peldaños de la escalera, o en alguna ocasión, poco frecuente, por el hueco arriba, montados en un renqueante ascensor. Les he seguido silenciosamente a inconcretos negociados con mucho espacio libre, piso de madera manchada de tinta, mamparas de cristales y algún banco vacío; a vestíbulos modestos de pensión o casa particular, a agencias donde se recogen y envían paquetes. En todos estos lugares, hemos tenido que esperar mucho, y nos hemos entretenido viendo entrar y salir por las diversas puertas del pasillo a personas apresuradas y seguras, a veces demasiado sonrientes, que no han reparado siquiera en nosotros. Si pasaba demasiado tiempo sin que nos atendieran, nos levantábamos y nos íbamos con el propósito de volver otro día, o bien alguno de mis amigos nos decía que esperásemos allí y se aventuraba por las dependencias de la casa o de la oficina para ver si encontraba a la persona que supiera darle razón acerca del asunto que allí nos había llevado. Luego volvía y decía: «Ya nos podemos ir», sin explicarnos ninguna otra cosa, ni nadie de nosotros se lo preguntaba. Los demás quizá lo sabían para qué habíamos ido allí. Yo, más o menos, me lo figuraba. Siempre se trata de recoger algún recado que manda uno de provincias, o de protestar de un impuesto o de una multa, o de localizar a un individuo que puede darnos informes acerca de una colocación. O, sobre todo, de tratar de cobrar algún dinero.

Luego, cuando hemos acompañado a nuestro amigo a hacer el recado del día, ya nos podemos ir a la taberna a terminar la tarde. Casi nunca hacemos más de un recado en la misma tarde, porque es muy fatigoso; y, si alguno de los demás necesita hacer también una cosa suya ese día, suele, a pesar de todo, demorarla para el siguiente. Esto, más que nada, porque las siete de la tarde enseguida se echan encima, y a esa hora todos los ciudadanos tienen derecho de ir a sentarse en algún lugar. Y, además, porque, dada la poca esperanza de éxito que nos suele acompañar en estas enredosas y confusas diligencias, el dejarlas para mañana es como dar un respiro a esta esperanza, permitir que se asiente, asegurar el sueño de esa noche y darle sentido a la luz que amanezca en nuestra ventana al siguiente día.

Yo hoy he venido con Ambrosio. A mí me han hecho pasar a este despacho que ya conozco de otros días, y él está esperando fuera. Por todo lo que acabo de explicar, no me violenta nada que espere y apenas me acuerdo de él. Sin embargo, es seguro que ya habrá encontrado cosa con que distraerse. Esperar es tan habitual en mis amigos, que han llegado a ser maestros en esta ocupación tan monótona y amarga para muchos.

En el despacho hay dos mecanógrafas bastante guapas. Una de ellas está hablando por teléfono en voz muy baja, lo que me hace suponer que sostiene una conversación de amor. De vez en cuando hace un pequeño giro en su silla y se queda de medio perfil mirando sabe Dios adónde, y se sonríe. Parece que huye, que se echa a volar de la habitación. La otra chica está más cerca de mí, pero tampoco me ha mirado ni una sola vez. En cambio, se mira mucho las uñas. Escribe a desgana y hace grandes pausas en su trabajo. En realidad, deben ser más de las seis; a estas muchachas ya les debían dar suelta para que se marcharan con el novio. No hay derecho a que sigan encerradas. Desde las seis en adelante solo se trabaja por el qué dirán, en función de la hora de salir, y no puede contar nada de lo que se haga, si es que se hace algo. Es como al

final de un partido de fútbol, cuando los jugadores echan las pelotas fuera del campo.

Se ha abierto la puerta y ha entrado el individuo que se fue antes, el que dijo que iba a enterarse de lo de mi asunto. Me parece demasiado pronto para que venga ya con una contestación y no me muevo siquiera. No es que haya otras personas esperando ni, a lo que parece, ningún trabajo en absoluto, pero esto no tiene nada que ver. Es demasiado pronto de todos modos. Por eso me sorprende mucho ver que se dirige a mí y mucho más todavía que me tiende unos papeles cuidadosamente unidos por una grapa.

—Ya está, ¿quiere firmar aquí, por favor?

Saco la pluma estilográfica. No pensé que la iba a tener que usar esta tarde.

—¿Aquí?

—Sí. Y aquí, por favor. Y aquí también, y aquí.

Los papeles son cuatro. No me fijo demasiado en ellos, pero así, al pasar, me parece que en todos pone lo mismo. Para lo que los quieran, allá ellos. Cuando termino de poner las firmas, levanto los ojos y le miro con curiosidad. Está estampando un móvil en el primero de los papeles. Lo arranca; me lo da.

—Ahora pase a caja, al final del pasillo.

—Muchas gracias. ¿Me van a pagar?

—Sí, señor.

Salgo. Tiro por el pasillo adelante. El hombre de la caja bosteza en su jaula. Coge el papel con parsimonia.

—¿Usted es Pedro Álvarez?

—Sí, señor.

—Así que doscientas cincuenta. Menos el cinco por ciento, doscientas treinta y siete con cincuenta, ¿no es eso?

—Sí, sí, eso.

Como que me voy a molestar yo en andar haciendo la cuenta. Que me dé lo que sea. Con dos duros mismo me conformaría para esta tarde. Todo me cae como un regalo.

—Pues aquí tiene. ¿No tendrá usted los dos reales?

—Pues... no. Pero déjelo, es lo mismo.

—No, no, tome. Mire a ver si está bien.

—Sí, bien está. Adiós.

En el vestíbulo recojo a Ambrosio y salimos. Da gusto respirar el aire de fuera.

—¡Qué poco has tardado, oye!

—¿Sí? ¿Qué hora es?

—Antes oí las siete menos cuarto.

—Ya ves, pues me han pagado.

—¿Te han pagado? ¡Qué bien!

—Después de casi un año. Yo venía por inercia, por venir.

—Sí, claro. Siempre se viene igual.

No me pregunta qué cosa me han pagado, ni creo que lo sepa. La tarde está nublada, de un gris rojizo, con nubes por poniente, allá al final de la calle, encajonadas entre las casas, como bocas rasgadas y sombrías. Cruzamos las calles céntricas mirando los anuncios luminosos que han empezado a brillar en las fachadas, oyendo pedazos de conversaciones de la gente, que nos roza con sus cuerpos en las aceras, esperando la señal del guardia para pasar: «... un fenómeno el tipo ese, un verdadero fenómeno». «... la falda en gris y amarillo, ¿sabes?, con mucho vuelo...». «Y yo le dije, ¡ay, hijo, de ninguna manera!...». «... sí, sí, salió anteayer del hospital». «... conque le oí gritar, porque vivimos tabique, y le dijo a Jesús...». La gente se va envuelta en sus trozos de conversación, arrastrada por ellos; se esfuma, desaparece, dejando por el aire minúsculos jirones de lo que va diciendo, de voz, de risa, como pedacitos de serpentina.

Ambrosio y yo nos metemos por una calle peor iluminada, de aceras estrechas. Estas calles laterales son las de uno, calles de niños, de vecinos, de algún perro, y en ellas se descansa. Dan ganas de pararse y liar un cigarro debajo del primer farol. Vamos andando uno al lado de otro, despacio, sin hablar. Realmente, no

tenemos muchas cosas que decirnos. Ambrosio anda ligeramente encorvado, un poquito delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. De vez en cuando, si viene una ráfaga de aire más frío, parece que se amontona la masa de su cuerpo, que se hace más dura y consistente. Tiene un contorno rotundo, palpable. A su lado se va en compañía, pero no se siente uno comprometido a nada por el hecho de ir con otro: va uno tan libre como solo, aunque sin tanta soledad. En la primera esquina está nuestra taberna con su viejo letrero encima de la puerta:

NÚMERO 5. TIENDA DE VINOS. NÚMERO 5.

Hemos llegado. En la acera de enfrente todavía están iluminadas las verdulerías y las tiendas de carbón. Ambrosio empuja la puerta y entra soplándose los dedos. Yo, detrás.

—Buenas tardes, Ramón.

El tabernero, que está enjuagando una frasca detrás del mostrador, levanta los ojos y nos mira. Luego hace el gesto de siempre, señalando con la barbilla la única mesa del fondo que está ocupada.

—Allí están.

De la mesa se han alzado unos rostros que nos saludan.

Cuando vamos a pasar, por delante del mostrador, el tabernero me hace una seña a mí para que me acerque. Me separo del otro, me detengo.

—Oye, Pedro, ha llamado tu mujer.

—¿Mi mujer? ¿Qué quería?

—No sé; no me lo ha dicho.

—¿Va a volver a llamar?

—Me parece que no. Solo dijo: «Dígale que he llamado... o mejor no, no le diga nada». Pero yo te lo digo por si acaso. Parecía que estaba nerviosa.

Se ha apoyado de codos en el mostrador y me está espiando el rostro. Me molesta este tipo con su aire de misterio, de barruntar tragedias. Parece como si esperase de mí una urgente decisión, pero yo no tengo por qué tomar ninguna. ¿Qué motivo de alarma puede haber? Le alargo un cigarro y yo cojo otro.

—Muchas gracias, Ramón, voy a ver qué cuentan estos.

Cojo un vaso vacío. Arrastro un taburete hasta la mesa de los amigos. Hay uno rubio de gafas que no conozco.

—Hola, ¿qué hay?

—Ya ves...

Me sirvo vino de la botella que está en el centro de la mesa. Mi mujer, ¿qué querría? Solamente ha llamado a la taberna en dos ocasiones, cuando tuvo el aborto y cuando me fueron a buscar aquellos tipos. Pero Ramón ya la conoce por la voz. El primer día, para darme a entender que la compadece, me dijo que tenía voz de santa. Hoy dice que estaba nerviosa. Ella siempre habla con esa voz dulce, como martirizada. En el fondo, me gusta que haya llamado. Es buena señal. Se somete otra vez, ya se arrepiente del enfado de anoche, de sus escenas histéricas. Me echa de menos, me llama. No hay cosa mejor que no aparecer por casa en todo el día para que los nervios se apacigüen. Me estaré un ratito aquí con los amigos, y luego voy.

—Oye, tú, Pedro, qué callado estás. Servirle más vino a Pedro, a ver si se espabila.

Los amigos están sentados en corro y chupan sus cigarros con indolencia. Juegan con los dedos encima de la mesa, hacen dibujos con las briznas de tabaco desparramado. Siempre esperando a que alguno de los demás diga algo, pero con pausa, sin importarles mucho que lo diga o lo deje de decir. Se abisman en el color transparente del vino, dejan los ojos allí, a buen recaudo, como si los refugiaban. Los ojos se columpian en la superficie lisa del vaso de vino. Hoy el rubio nuevo habla más que los otros. De lo que dicen saco en limpio que es un holandés y que lo ha traído Dámaso.

Pregunta muchas cosas acerca de España. Piden otra botella, empiezan a estar animados. Yo, en cambio, lo estoy menos cada vez; me empieza a disminuir la seguridad fanfarrona con la que me quiero cubrir siempre. A lo mejor a Marcela le pasaba algo realmente serio. No estoy a gusto aquí. Ella habrá telefoneado desde la tienda de ultramarinos, pero allí no adelanto nada con llamar; ni nos conocerán por el nombre.

Ahora están hablando de que nosotros, los españoles, somos un pueblo desordenado y altivo, de fuertes contrastes. Alguien hace una comparación con el pueblo ruso. Hablan de literatura rusa. Yo he leído casi todo Dostoievski; podría intervenir mucho en esta conversación; pero no tengo ganas.

Vienen unas aceitunas negras y son recibidas calurosamente. Lo mejor será que me vaya cuanto antes, porque hoy esto se va a liar. Ya no queda nada en la nueva botella. Traen otra. Si no fuera por la riña de anoche, no tendría esta inquietud, pero es que pocas veces he visto a Marcela con el coraje de anoche. Cogió una manta y se fue a dormir a la cocina. Y lo malo es que no lloró ni una lágrima, estaba terriblemente seria, sobre todo cuando dijo: «Esto es el final. Alguna vez las cosas llegan al final. Acuérdate de lo que te digo». Durante todo el día, en que no he aparecido por casa, no había vuelto a recordar, hasta ahora, la mirada que tenía al decir estas palabras. Me sirvo otro vaso de vino y lo apuro de un trago. Después otro y otro. Dámaso se ríe y dice:

—Vaya, Pedro, parece que te animas.

—Es que me tengo que ir y no quiero pasar frío en la calle.

—¿Que te quieres ir? ¿Ahora?

Han levantado la cabeza y me miran con asombro.

—Pero oye, si son las siete y media.

Yo sé que, aunque me vaya, aquí, en este rincón de la taberna las cosas seguirán el mismo curso que si me quedase, y ellos lo saben también, pero les desconcierta lo insólito del caso. Siento un cosquilleo de pereza rodillas arriba. Me gusta sentirme retener por

los amigos. Es pronto. Luego de estar en casa, ya no sabe uno con qué pretexto volver a salir. Termino el vaso. Verdaderamente, qué a gusto podría estar yo hoy aquí.

—Vamos, quédate, ¿qué prisa tienes?

—No, de verdad. Tengo que ir un momento a casa. Seguramente volveré a venir.

Ea, ya estoy de pie. Levantarse era lo más difícil. Pongo dos duros encima de la mesa, y me despido.

—Adiós, hasta luego o hasta mañana.

—Pero hombre, procura volver.

—Sí, sí, seguramente. Adiós. Adiós, Ramón.

Por este lo siento tener que marcharme. Se quedará pensando que voy a cumplir con mi obligación, y tonterías por el estilo.

Al salir me levanto el cuello de la gabardina. Viene un aire hostigado y ha empezado a llover. Echo a andar a buen paso. Debajo de las bombillas, contra las paredes negras, se marcan los hilos oblicuos de la lluvia, luego desaparecen en los trechos sin luz; allá danzan de nuevo fugazmente; se borran a mi paso. Otra vez se amontonan en la boca del metro delante de los bultos de la gente que sale. Bajo las escaleras. A mí me gusta este olor, me gusta viajar con luz artificial debajo de la tierra, y acordarme de que encima está entera la ciudad, que puede derrumbarse toda con sus luces y aplastarnos. Se siente vértigo y escalofrío, una enorme emoción, el riesgo, la prisa de escapar. Acaba uno deteniéndose en los rostros de los viajeros que van más cerca, considerándolos con cierto afecto y compasión, como a posibles compañeros de muerte. A estas horas el metro va muy lleno, pero me he podido sentar.

Enfrente de mi asiento van dos mujeres con niños agarrados entre las piernas. Los niños se mueven sin cesar, le tiran de la manga a la madre, miran el techo, los letreros, la cara de la gente, el túnel largo y misterioso. Darían, sin duda, cualquier cosa por poderse bajar en ruta a lo oscuro y jugar a bandidos, a la cueva del tesoro. Pero sería de mucho miedo. Las madres hablan a voces, esquivando las

cabezas de los niños para poder verse la cara. «Este es más listo que el hambre; el año pasado... ¡quita, hijo, que me despeinas!...». En los ojos de la otra hay un gesto muy raro entre esquivo y atento, como si estuviera concentrada en poner cara de escuchar. Me aburro de mirarlas.

A mi lado, junto a la ventanilla, también va sentada una persona. Desde que el metro se ha puesto en movimiento, me siento captado por la presencia de esta persona, pero no la he mirado todavía. Siento, sin embargo, la impresión de que ella me está mirando a mí. Tal vez por eso he intentado liberarme atendiendo a las mujeres que viajan enfrente, que no han conseguido hacerme olvidar a esta otra. Yo pertenezco a la órbita de esta otra. Es, también, una mujer.

He fingido mirarme las manos y he visto sus rodillas cubiertas con una falda negra, de paño tosco. Unas rodillas abultadas, irregulares, como si hubieran tenido demasiado uso. Luego ha dejado asomar uno de los pies, calzado pobremente, lo ha levantado un poco, y he visto que tenía la suela del zapato completamente desprendida y la superficie manchada de costras de barro. Lo ha dejado un poquito en el aire y lo ha vuelto a posar en el suelo, exactamente cuando ha comprendido que yo ya lo había visto. Me lo estaba enseñando a mí. Era el gesto de enseñármelo a mí, ella, su pie. No cabía duda. Me sentí sobrecogido al darme cuenta. Aquella mujer desconocida, cuyo rostro ni siquiera había visto, me mostraba su pie como en un extraño saludo hecho a un amigo de otros tiempos; o más todavía, como si llevase a cabo una contraseña. Aquella mujer —estaba seguro— me miraba fijamente esperando que levantara mis ojos hacia ella. Allí cerca. A mi lado. Me estaba mirando. ¿Por qué me daba miedo levantar la cabeza? Era miedo, realmente. Y estábamos todavía dentro del mismo túnel interminable. Soy imbécil —pensé—; me estoy volviendo imbécil. Y decidí mirarla. La miré bruscamente, con desafío.

Ella torcía la cabeza hacia mi lado, y en sus ojos había un terrible espanto. Eran unos ojos negros, atrozmente grandes y el rostro

parecía mucho más viejo que ellos, pálido como era, borroso, surcado de arrugas contradictorias. No distinguí boca, ni pómulos ni apenas nariz. Solamente los ojos estaban vivos en aquel rostro que era como de otra persona. Gritaban, pedían algo, se prendían en mí, igual que dos teas encendidas. ¿Será muda? —pensé—. Durante un cierto tiempo mis ojos se fundieron con los de aquella mujer y me entró todo el desasosiego de su mirada. Luego ella hizo un gesto, apenas perceptible, de bajar un poco la vista, y me pareció que quería enseñarme algo que llevaba en las manos. Vi entonces que apretaba contra su pecho un envoltorio del tamaño de un niño recién nacido y que lo tapaba celosamente con el mantón que llevaba puesto. También sus manos y sus brazos se ocultaban enteramente dentro de él. Sacó una mano y aflojó la presión que hacía contra el envoltorio. Abrió una pequeña ranura en el mantón y se acercó más a mí. Mis piernas estaban pegadas a las suyas y sentía su aliento. Miré dentro del bulto —no podía hacer otra cosa—, y apenas pude ahogar un grito de horror. Enseguida ella lo volvió a tapar y recobró su postura primitiva. Había sido solo un instante, pero ya no pude volver a alzar la cabeza para mirarla; estaba paralizado. Dentro del mantón de aquella mujer había visto un niño de pecho muerto a cuchilladas. Tenía una en el cuello y otra en un lado de la cara, hacia la sien, y el resto del cuerpo lo llevaba tapado con toallas o trapos manchados de sangre por algunos sitios. Del lado herido, la cabeza se vencía, blanda y fofa. Tenía la boca completamente abierta, y por toda la piel, engurruñada y violácea, se extendían unas manchas mohosas como las que se ven en algunas frutas pasadas.

Despacio, sin mover el cuerpo, dirigí los ojos al asiento de enfrente y experimenté cierto consuelo al darme cuenta de que las otras mujeres seguían hablando de sus cosas sin haberse percatado de nada. Ahora los niños andaban por el pasillo y se reían. Tampoco ellos habían visto lo que iba en el envoltorio. Nadie. Nadie más que yo. Esto, por otro lado, aumentaba mi malestar. Me sentía cómplice

de aquel asunto porque deseaba con toda mi alma que nadie lo descubriera. Todavía faltaban dos estaciones para llegar a la mía, pero me levanté y eché a andar hacia el fondo del vagón. No podía estar allí sentado más tiempo. Eché a andar sin volver la cabeza. Tenía la certeza de que la mujer también se había levantado y me había seguido, pero no miré para atrás y me apreté entre las personas que esperaban cerca de la puerta. Se abrieron las dos hojas y luego empezó el otro túnel. Qué largo. No se terminaba. Ya llego. Ya, allí, las luces rojas. Y las puertas, ¿qué pasa que no se abren? ¡Venga! ¿Pasaré algo?... No, ya parece que las abren; ya las abren. Ya estoy fuera. Ya.

He subido las escaleras de dos en dos hasta la calle. La lluvia ha arreciado y hace mucho frío. Me meto aceleradamente por las callejas menos frecuentadas y por algunos trechos casi voy corriendo. A la gente que me vea no le puede extrañar. Como llueve tanto. Cada vez llueve más fuerte. Todavía queda un poco de camino hasta mi casa, pero es un camino familiar, sabido de memoria. La mercería, el hombre de los periódicos, el olor a pescado. Me voy sosegando. Un crimen corriente. Tantos motivos se pueden tener para hacer las cosas. Lo de que la mujer me miraba, pueden haber sido figuraciones. Estoy algo bebido. Y a lo mejor ni siquiera era un crimen, podía estar vivo el niño, padecer alguna enfermedad espantosa. Después de todo, a mí qué me importa. Nunca más voy a volver a ver a esta mujer. A mí me importa lo mío. Ya estoy llegando a casa. Me importa Marcela. La lluvia me empapa el pelo y me chorrea por la cara. Me despeja, me hace mucho bien. He aflojado el paso. Era una mujer con ojos de loca. A lo mejor estaba loca. A lo mejor el niño había nacido defectuoso y no lo podía mantener. Después de matarlo se habrá vuelto loca. Lo pensará tirar al río. Ya estoy llegando a casa. Los ultramarinos, la soldadura autógena, la bocacalle y el portal. Hoy ya no salgo más, no vuelvo a la taberna. Si Marcela quiere, bajamos al cine. Tengo dinero, la puedo llevar al cine. Eso sí.

Subo las escaleras y llamo a la puerta de casa. El corazón me salta de impaciencia. Me gusta que ella abra creyendo que soy otro. Aquí mismo, en la puerta, haremos las paces. Lo primero, enseñarle el dinero y decirle que se arregle, que vamos a ir al cine. No abren, no se oye nada. Son más de las ocho, ¿dónde puede haber ido?, las tiendas ya están cerradas. Saco la llave y al meterla en la cerradura me tiembla la mano. Soy un estúpido; qué imbécil soy. ¿Es que no voy a poder ver por la calle a una mujer con un niño muerto, o herido, o lo que sea? ¿Voy a tener el temple de los lectores de *El Caso*? Cualquiera se reiría de mí.

Entro en la casa. No hay luz en ninguna habitación. Se habrá quedado dormida. La alcoba es la puerta de la derecha. Doy la vuelta al interruptor. Está vacía y la cama deshecha, como yo la dejé al salir esta mañana, con el pijama tirado y los calcetines sucios por el suelo. Me quedo perplejo en el umbral, sin avanzar ni marcharme, con la sensación de haber llegado a punto muerto, a un callejón cerrado. Luego, de pronto, veo en la pared un papel clavado. Me acerco y lo despego. Está escrito por mi mujer. Dice: «Pedro, me voy. Tú no me necesitas para nada y te alegrarás. Yo, por mi parte, podré encontrar alguna paz lejos de ti. He ido al banco. Del poco dinero que quedaba de lo de mi madre, me llevo lo indispensable para algunos gastos que pueda tener al principio, y el resto lo dejo en el armario, en el sitio de siempre. Tú sabes muy bien que me arreglaré, así que desde este momento no te vuelvas a preocupar más por mí. Lo que hago es lo mejor que se puede hacer en nuestra situación, y me figuro que estarás de acuerdo. No te guardo ningún rencor. Que Dios te proteja. M.».

Paulatinamente, a medida que leía, me ha ido creciendo un furor insolente, que ahora casi me hace temblar. Arrugo la carta, la pisoteo. «¡¡Cretina —digo muchas veces—, tía cretina!!». No puedo resistir este tono de renunciación y sacrificio, me irrita hasta lo insoportable imaginármela llorando y sintiéndose heroína, incomprendida. Ya volverá, si quiere. Con su pan se lo coma. No me

durarán mucho las vacaciones, no. Como que va a dormir tranquila acordándose de que yo estoy aquí solo, de que puedo traerme a otra para que me haga compañía. A lo mejor vuelve esta misma noche. Lo habrá decidido cuarenta veces y otras cuarenta se habrá vuelto a arrepentir. Es capaz de estar escondida por ahí en alguna habitación. Esta idea me sacude y recorre todo el cuerpo. Me pongo a llamarla y a buscarla por todos los rincones de la casa, fuera de mí, renegando y maldiciendo, dando portazos, abriendo armarios, levantando faldillas y cortinas. La casa es pequeña y acabo enseguida mi búsqueda inútil. Vuelvo a la alcoba. Estiro el papel y lo releo, sentado en la cama. Me tiemblan las manos. No sé lo que me pasa. A mi furor ha sucedido un bache de miedo, de sentirme en atroz soledad. Pienso en la taberna como en un refugio, pero me acuerdo de la mujer del metro y no soy capaz de salir al pasillo para irme. Sin embargo, el deseo de escaparme es más fuerte que nada. Me da náusea estar parado en la habitación sin ventilar, que huele a cataplasma fría, a exvoto de cera; es urgentísima la huida. Llegar a la calle que está llena de gente, meterse en el ruido, en la luz y olvidarse de todo. Perderse.

Salgo sin apagar las luces, bajo atropelladamente la escalera. Ya estoy fuera del portal. Sigue lloviendo con fuerza. Los zapatos me calan y tengo los pies fríos. También la mujer del metro tenía los zapatos muy viejos, con la suela desprendida. Ella me enseñó sus pies. Es horrible lo que pasa, ¿me iré a volver loco?: a la mujer del metro la relaciono absurdamente con Marcela. Creo que son la misma, que me intentan desconcertar. ¡Qué nervioso estoy! Querría estar ya borracho, vertiginosamente borracho para que todo se confundiera y fuese a la vez verdad y mentira, para no sentir este desamparo, ni el peso de mi cuerpo, ni la molestia de los calcetines mojados; para montar en ira y reírme y ser el rey del mundo.

Voy andando tan abstraído que he tropezado con alguien que está apoyado en la pared, en la primera esquina. Instintivamente me agarro al codo de esta persona, porque el encontronazo ha sido

muy fuerte y voy a alzar la cabeza para excusarme; pero antes de llegar a la altura de su rostro, ya se me ha helado el «usted perdone» que quisiera decir, porque he reconocido los pies y las rodillas de la mujer del metro. Ya no lleva en brazos al niño muerto, y me ha agarrado con sus manos lentas y angulosas, como de juguete mecánico. No lo he podido evitar porque el terror me inmovilizaba. Casi estamos abrazados en mitad de la acera, bajo la lluvia, y ella se ríe mirándome. Está muy cerca de mí. Le arden las manos, le refulgen los ojos, desbocados, implorantes, estampados sin piedad como boquetes de metralla en el rostro marchito. Se ríe a carcajadas, sollozando. No se puede sufrir. Me vienen a la cara las oleadas de su aliento asqueroso. Consigo soltarme y echo a correr despavorido, sin mirar por dónde voy, chocando contra los transeúntes, contra las paredes, contra los postes y los árboles. Yo no la conozco, no sé quién es, tiene la cara de carne podrida. Si me preguntan, diré que ella me persigue, que ella me llamó y me abrazó, que en la vida la había visto hasta hoy. A lo mejor nos han espiado. La estarán buscando. Quizá no fuera conveniente correr de esta manera. Quizá corriendo así me estoy mezclando más en el asunto. Me tiemblan las manos y los dientes; ni siquiera me fijo por dónde voy. Por allí va un coche vacío. ¡Taxi!... Que no me ha visto, que se me va... ¡Taxi..., taaxi!...

Llegué a la taberna fuera de mí. Abracé alborotadamente a los amigos y eché todo el dinero que tenía encima de la mesa. No me acuerdo de lo que dijeron ni de lo que dije yo. Solo quería beber enseguida. Les prohibí que se fueran a cenar a sus casas y creo que casi todos se quedaron. Trajeron mucho vino, pero enseguida estaban vacías las botellas. Yo estaba sentado justo en el rincón, empotrado entre mis amigos, y nadie me podía sacar de allí. Veía la luz reflejada en los rostros pacíficos y alegres, y las cosas empezaban a girar y a perder consistencia. Si alguien me entraba a buscar, no me podría identificar entre aquel manojito de rostros iguales que zumbaban y se confundían. Había mucha gente sentada

en nuestra mesa: siete, diez, catorce. Que venga más gente, que toda la gente de la taberna venga a sentarse aquí, que tapen el rincón, que nadie vea mi rostro, que se amontonen y me cubran; yo pago todo el vino.

Luego nos fuimos de aquel sitio a otro, y a otro, y a otro, y era maravilloso caminar con tanta facilidad y ligereza por las calles que tal vez eran enormes y vacías, tal vez minúsculas y aglomeradas, que eran de acero o de corcho, o de tela amarilla. Yo me sentía agitado por abstractos furores. No sabía distinguir si estábamos en un día de fiesta o de luto, pero de todas maneras era un día distinto, grandioso, tal vez el último que se pudiera aprovechar. Tampoco sabía a quién quería dominar y dirigir con mi impulso. Me había vuelto insolente y valentón, y arengaba a las gentes con las que nos tropezábamos, que me parecían muñecos de un teatrillo de feria, a punto de desaparecer detrás del telón de colores. Me reía a carcajadas y ellos pasaban de largo o acaso me miraban con ojos de prisa y de sueño, sin pararse. Hubiera podido incluso golpearlos y se habrían venido al suelo sin oponer resistencia, como trapos inflados de aire. Mis amigos y yo formábamos una temeraria, invencible escuadrilla.

No sé qué hora sería cuando volví a casa. Nos habíamos quedado solos Ambrosio y yo en la esquina de un solar, y él estaba menos borracho. Me cogió del brazo y me iba llevando a pequeños tironcitos. Luego no sé por dónde fuimos. En la puerta de casa me devolvió dinero que había sobrado y me acuerdo que yo no se lo quería coger, quería que nos lo gastáramos con el sereno, pero ellos cerraron la puerta y me dejaron solo en el portal oscuro, interrumpiendo el festejo de las cucarachas. Me costaba un trabajo horrible ponerme a subir las escaleras. La cabeza me había engordado enormemente y se me había vuelto de piedra. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerla rígida, porque el cuello se conservaba tierno y flexible como un tallo y era soporte insuficiente. Con gran cuidado y atención fui subiendo peldaño por

peldaño como si transportara en equilibrio un cántaro lleno: mi cabeza de piedra. Tenía que llevarla hasta la alcoba. Luego, en la cama, ya no me importaba que se desprendiese y rodase por el suelo, porque yo de todas maneras me iba a quedar dormido. Ya estaba en mi piso. Era cada vez más difícil sostener la cabeza, se me agrandaba más y más. Conseguí agacharme flexionando poco a poco las rodillas y meter el llavín en la cerradura. Ya estaba casi todo. Ahora el pasillo, a la derecha, y tumbarse en la cama. Me guardé la llave, empujé la puerta y entré.

El pasillo de mi casa se ensancha aquí en un pequeño vestíbulo que tiene enfrente de la entrada, por todo mobiliario, un banco de madera. A la luz que se colaba por la ventana del patio, distinguí contra la pared clara, el bulto negro de una mujer sentada en este banco. No había más que la ventana, el banco de madera y la mujer. No quise dar la luz para no despertarla; en el patio debía haber alguna ventana encendida, y así la mujer, aunque débilmente, tenía la figura y el rostro iluminados. Llevaba un envoltorio muy apretado contra el pecho, arropado en su manto negro, y sacaba una mano blanquísima por la abertura de este mantón. Vi que no estaba dormida. Miraba de frente a un punto fijo, con sus enormes ojos abiertos sin expresión ni pestañeo. Me moví buscando la dirección de sus ojos, hice ruido, pero su rostro permanecía inmutable. Me planté delante de ella, muy cerca, y entonces comprendí que no me veía, que no me podía ver. Era una mujer de cera. A la luz que entraba por la ventana, distinguí la sustancia de sus mejillas amarillentas y la de su mano lisa y pálida, distinguí la raya naranja por donde tenía pegado a la frente el pelo de verdad, que se le enmarañaba polvoriento; vi la mueca de sus labios inmóviles y el socavón de las ojeras pintadas de un crudo color violeta. Y vi, sobre todo, sus ojos. Sus grandes ojos brillantes sin movimiento. Sus ojos fosilizados, terribles, que no miraban a ningún sitio, que era peor que si mirasen. No había alzado la cabeza, no se extrañaba de verme entrar borracho; no me pedía explicaciones. Ni

me las daba. Por lo demás, era igual que de verdad. Me acerqué hasta rozar el borde de su falda de tela gorda y tiesa, que dejaba asomar el viejo zapato manchado y bajé mi mano hasta tocar la suya, fría y resbaladiza, de un tacto pegajoso, como si desprendiera escamillas de polvo o de piel seca. Luego miré su rostro por última vez y enjareté un confuso discurso de bienvenida. Cada vez me costaba más trabajo mantenerme de pie con la cabeza encima. Agarrándome a las paredes, tropezando, conseguí enfilarse el pasillo y alcanzar la puerta de mi alcoba. Sin encender la luz ni desnudarme, me metí en la cama deshecha y me quedé dormido.

Contra la madrugada me desperté sobresaltado, con la boca seca. Apuntaba un conato de luz en la ventana, una luz encogida que nadaba vagamente por el cuarto y confundía las sombras y los bultos, que le dejaba a uno desnudo de sus sueños, amenazando inseguro, alerta; que cernía nuevos cuidados y afilaba los ruidos más leves. Sudaba y sentía náuseas. Me quise incorporar. Pero en el mismo instante en que iba a cambiar de postura, me pareció oír un pequeño crujido en el pasillo, y me quedé con los brazos fuera, paralizado de espanto. Bruscamente se me vino a la memoria la mujer de cera con su niño asesinado, oculto dentro del mantón, con su peluca rojiza y sus ojos vacíos, con aquella mano colgante que yo había tocado, tibia y asquerosa mano de esperma. Allí fuera, en el pasillo, a poquísimos pasos de mí, estaba la mujer de cera, acechando mi salida, alzándose en mi despertar. Alargué la mano, buscando ansiosamente el cuerpo de Marcela para abrazarme a él, para guarecer mi espanto en su calor, en su movimiento; busqué con avidez y ni siquiera había la huella. Entonces me acordé de que estaba solo en la casa con la mujer de cera, y mi horror se redobló. Me acordé de la carta de Marcela, de que se había marchado y la eché de menos con la mayor amargura de mi vida.

Sudaba y tenía sed. Hubiera dado el resto de mi vida —tan mezquina, tan vil me parecía— por un vaso de agua. Pero no me atrevía a moverme ni casi a respirar. Estaba todavía con un brazo

fuera de las sábanas y el otro y la pierna de esa parte alargados hacia la izquierda, en la postura de buscar a Marcela y de no haberla encontrado. Solamente los ojos me atrevía a volverlos al más pequeño rumor, fijándolos en la luna del armario, donde se reflejaba neblinosamente la pared del otro lado con el rectángulo de la puerta, y así esperaba, con la cabeza tensa y el corazón parado, la más impresionante aparición.

La puerta ni siquiera estaba cerrada con picaporte; tenía abierta una ranura y a veces me parecía que se movía un poco, como si alguien estuviese del otro lado. Por lo menos para cerrar la puerta con llave debía tener el coraje de levantarme, pero ¿quién era capaz de llegar hasta allí? Hasta los pensamientos me circulaban con una lentitud desesperante, como si se me apelotonasen en grumos de sangre cuajada. «Hago lo que haría si estuviese dormido —me repetía una y otra vez—. Si estuviera dormido, no podría hacer otra cosa. No me muevo porque estoy dormido, porque no me entero de nada de lo que pasa alrededor. No tengo miedo porque estoy dormido». Pero cada vez estaba más despierto, más atento a las sombras y a los ruidos. Debía faltar mucho para que subiese el sol. La luz se iba espesando imperceptiblemente, aunque sin dar vigor ni amparo todavía. Era una luz lechosa y raquítica, que iba enfriando los rincones y los objetos, fingiendo sombras jorobadas por la pared.

Reflejada en la luna del armario, gris, acuosa, soñolienta, fui reconociendo la habitación; el contorno de una silla, los objetos de encima del tocador, el cuadro de Jesucristo orando en el Huerto de los Olivos. Imaginaba las manos de Marcela frescas sobre mi frente. Mi cabeza era ahora como un saco vacío; ¿habría rodado por el suelo? Sentía el ahogo de no tener cabeza y de estar empapado, en cambio, de aquel asco de mi lengua gorda y estropajosa. Notaba un sudor frío y copioso en el sitio donde debía estar la frente, y sudaba también por todo el cuerpo, dentro de las ropas arrugadas. Marcela me habría desnudado, habría ido a buscar una aspirina y un vaso de agua. Ella podría salir libremente al vestíbulo y volver tranquila y

sonriente sin haber visto nada. Porque sus ojos son puros y transparentes, van disipando monstruos y horrores igual que hace el sol, limpiando los lugares donde se posan. Marcela habría vuelto con el vaso de agua, y me habría rodeado el cuello con su brazo para sujetarme por detrás, mientras bebía.

¡Dios, que no le haya pasado nada! Cómo me habré quedado tan tranquilo todo el día de ayer, cómo habré dicho que puedo estar sin ella. La tengo que encontrar. Lo más seguro es que se haya ido al pueblo de su madrina. No me acuerdo del nombre del pueblo; me duele tanto la cabeza... Fuentealgo, o Piedraalgo, a lo mejor lo tiene ella escrito por ahí en algún sobre. La última vez que estuvo aquí la madrina, ¡cuánto se reía Marcela! Se reía de puro gozo, y luego me miraba tímidamente, deseando enredarme en su misma risa. Las pocas veces que, de tarde en tarde, se ha reído así era como si ya no se fuera a apagar nunca la esperanza. Pero últimamente no se reía y me hablaba mal. A mí me irritaba aquella amargura suya, aquellas quejas veladas contra mi desocupación, contra los amigos, aquel perenne gesto contraído. No lo podía soportar, me iba para no verlo. Le decía a todas horas que estaba harto de verla llorar, harto de ella. Casi siempre se iba a las habitaciones cerradas cuando tenía ganas de llorar, y yo le decía: «Pero haces ruido para que te oiga». Otras veces, en cambio, lloraba sin ningún ruido; inclinaba un poquito la cabeza como si estuviera recogiendo las lágrimas en el cuenco de sus manos.

Voy a ir a buscarla. La voy a salir a buscar dentro de un rato. No la he sabido ayudar; la he dejado arrinconada a sus fuerzas. ¿Cómo me puedo quejar de que se haya encerrado en cuatro ideas muertas, cada día más mezquinas; de que se refugie en los seriales de la radio, de que sus ojos se hayan vuelto tercos y rencorosos, sin brillo? He hecho lo más cómodo, escaparme yo y dejarla, no pensar en ella. Ahora es más difícil que al principio borrar su recelo, pero lo haré. ¿Cómo habré consentido en apartarla de lo que para mí es una compensación de vivir, de lo que me aclara las dificultades y las

miserias? Si ella conociera a Ambrosio, a Dámaso, a tipos así, no podría sentir recelo contra ellos, serían su compañía también, se abriría al mundo, se volvería generosa. Pero no digo ahora conocerlos, englobándolos en la hostil denominación de «tus amigos», que yo mismo he fomentado, no digo presentárselos casualmente, como otras veces, sino asomarla a la entereza y humanidad que tienen, uno por uno, a sus opiniones y a sus fallos. Será difícil, sin duda, pero, ¿lo he intentado siquiera? Y además, ¿era tan difícil al principio de casarnos, cuando los ojos de ella no tenían sombra y se confiaban a los míos enteramente, cuando me demostró que era capaz de levantarme en cualquier adversidad, cuando no me pedía nada y esperaba siempre?

Deben ser las siete o por ahí. Dentro de poco abrirán los portales. Ya se ve un poco más. Si me pudiera quedar un ratito dormido para despejar completamente el cansancio y la borrachera, para dejar madurar bien la luz del día, cuando me despertase estaría alto el sol y ya tendría nuevas fuerzas; podría lanzarme a buscar a Marcela con toda mi energía. Solo con acordarme de ella, de la dulzura que hay todavía tantas veces en sus ojos, he conseguido sosegar me y casi he olvidado a la mujer de cera. Hasta me he atrevido a dar una vuelta en la cama y ponerme en postura más cómoda, y no me ha dado miedo que chirriasen los muelles.

Pero ahora, de pronto..., sí; parece que cruje el suelo de madera del pasillo. Incorporo un poco la cabeza y me quedo en tensión, escuchando. Sí, sí, efectivamente..., alguien anda ahí fuera. Antes también se oían ruidos, pero eran confusos y yo sabía que los agrandaba mi imaginación; ruidos de la calle, de las viviendas de encima o de al lado. Pero ahora es aquí en la casa, no cabe duda. Alguien se mueve en el vestíbulo sigilosamente. Ahora se oye tropezar contra un mueble y una cosa que se cae al suelo... Y ahora... ¡pasos!, unos pasos de puntillas que vienen hacia acá. Se me representa la mujer de cera, la del metro, la de la terrible risa cuando me abrazó debajo de la lluvia. La cabeza me galopa de

espanto; casi no puedo respirar. No estoy soñando: los pasos no son mentira, se acercan a esta habitación. Ya están aquí... se han detenido en la puerta. Alguien quiere entrar. Ahora la empujan y la puerta chilla; despacito; ¡alguien está entrando!...

Atacado de un terror indescriptible, di un grito, cerré los ojos y me tapé la cabeza con las sábanas, sujetando el borde con todas las fuerzas de mis puños cerrados. Enseguida sentí que alguien se acercaba y se agarraba al bulto rígido de mi cuerpo, apoyando contra él la cabeza, y reconocí, por fin, la voz de Marcela que decía, llorando:

—Perdóname, ya he vuelto, ya he vuelto...; no podía estar sin ti. Yo no puedo sin ti, seas como seas. Ya he vuelto. Perdóname.

Saqué la cabeza de las sábanas y me agarré al cuello de mi mujer histéricamente, hasta cortarle el respiro. Hundía la cara en su pelo y en sus mejillas, apretaba sus brazos y su espalda como presa de un ataque. Y ella me besaba y repetía:

—Ya he vuelto. Estaba esperando que abrieran los portales. Ya he vuelto, ya he vuelto. Ya no me vuelvo a ir.

Mezclaba su llanto con el mío. Cuando pude hablar, la separé ligeramente de mí, y, buscando su mirada, le pregunté, con angustia:

—Marcela, por favor, escucha atentamente, ¿no había nadie fuera?

Ella tenía unos ojos fijos y sorprendidos.

—Fuera, ¿dónde?

—Ahí, en el banco del vestíbulo. Acuérdate de si te has fijado bien, por Dios, por lo que más quieras.

—Claro que me he fijado. Nadie, ¿quién iba a haber? Pero... ¿por qué estás llorando? ¿Tiemblas...? ¿Por qué me besas así? Y antes, cuando entré, gritabas...

Apoyé la frente en el pecho de mi mujer y empecé a soltar palabras entrecortadas que se sosegaban en el ritmo de su respiración:

—Marcela, qué miedo. Ha sido algo espantoso... Otra vez me vienen las pesadillas, como el año pasado. Anoche en ese banco de fuera había una mujer horrible; no te lo puedo explicar. Estaba muy borracho. No me quiero acordar, Marcela. Perdóname aunque solo sea por el miedo que he pasado. Me hubiera muerto si no vienes tú. Parece que hace años de tu marcha. Ya no te vuelvas a ir. Perdóname, Marcela, he pensado muchas cosas. Qué fuerte eres, qué fuerte puedes ser. No languidezcas, solo tú me puedes levantar. Eres igual de fuerte que al principio. Contigo, contigo. Ya no te dejo sola. No te vuelvas a ir.

Madrid, octubre de 1954

El balneario

1

Hemos llegado esta tarde, después de varias horas de autobús. Nos ha avisado el cobrador. Nos ha dicho en voz alta y, desde luego, bien inteligible: «Cuando llegemos al puente pararemos para que puedan bajar ustedes». Yo incliné la cabeza, fingiendo dormir. Carlos respondería lo que fuese oportuno; él se levantaría primero y bajaría las maletas, se iría preparando camino de la puerta, me abriría paso cuidadosamente a lo largo del pasillo, pendiente de sujetar el equipaje y de no molestar a los viajeros, se volvería a mirarme: «Cuidado, no tropieces. Me permite..., me permite...». Y yo solo tendría que seguirle, como en un trineo.

Pasó un rato. Carlos, probablemente, estaba bostezando o tenía vuelta la cabeza a otro lado con indiferencia. En el temor que tenía de mirarle conocía que era así. Mejor no mirarle. Me esforcé para mantenerme en la misma postura, con la espalda bien pegada al asiento de cuero y la cabeza inclinada, enfocándome las yemas de los dedos, que sobaban, sobre mi regazo, una llavecita de maletín. Me esforcé por no ponerme nerviosa, por no gritar que nos íbamos a pasar de aquel puente, por no tirarle a Carlos de la manga tres o cuatro veces, aceleradamente, para que se fuera preparando. Resistía por testarudez; él tenía el deber de levantarse primero. Deslicé uno de mis pulgares hasta encontrarme el pulso en la muñeca opuesta. Batía —pumba, pumba— igual que un pez oprimido; y yo sabía que solo con gritar, con ponerme en pie

bruscamente, los latidos se hubieran desbandado, apaciguándose luego en ondas concéntricas. Era un enorme esfuerzo el que tenía que hacer, casi físico, como para empujar una puerta y resistir la fuerza que hacen del otro lado. Para alentarme a seguir en la misma postura, me decía: «Ya pasará algo, ya me sacarán de aquí. Me da igual cualquier cosa. Estoy sorda, emparedada entre cuatro muros de cemento».

El cobrador se paró delante de nosotros. Vi su sombra cegándome los reflejos, que se deslizaban como gotas de mis pestañas inclinadas a la llave del maletín; vi muy cerca sus grandes zapatos de lona azul y el pantalón de dril rayado, que le hacía bolsas en las rodillas, y me sentí sobrecogida, como cuando hay que comparecer delante de un tribunal.

—Pero ¿no son ustedes dos los que iban al balneario? —dijo, recalcando mucho las palabras.

Y me pareció que hablaba demasiado alto. Le habrían oído los de los asientos de atrás; estarían adelantando la cabeza, intrigados para vernos la cara a nosotros y enterarse de lo que íbamos a contestar. No se podía esperar más tiempo. Levanté la cabeza y me parecía que salía a la superficie después de contener la respiración mucho rato debajo del agua. Se me había dormido una pierna y me dolían los codos. Antes de nada miré a Carlos, para orientarme, como cuando se despierta uno y mira el reloj.

Yacía en el asiento de al lado, en una postura tan inverosímil que no se sabía dónde tenía las manos y dónde los pies. Apoyaba un poquito la frente en la ventanilla y miraba fijamente a través del cristal con una insultante tranquilidad, como si no hubiera oído jamás nada a su alrededor. Me sentí muy indignada contra él y también contra mí misma, llena de rabia por haber resistido tan poco tiempo, y que ese poco me hubiera parecido una eternidad.

«Tengo que hablar con Carlos hoy mismo, luego —me dije, en medio de mi malestar—. Esto no puede seguir así. De hoy no pasa. Quiero poder hacer y decidir lo que me dé la gana sin tener que

mirarle a la cara, sin esta dependencia y este miedo. Disponer de una cierta libertad». Y sentía gran prisa y angustia por hablarle, aunque ya sabía que no iba a poder. Imaginaba una y otra vez largos discursos, y se me embarullaban al acordarme de que él me estaría mirando cuando los hilvanase, de que pronunciaría: «Dime», y se quedaría esperando mis palabras con desconcertante indiferencia, como si supiera de antemano que nada de lo que fuera a oír podía inmutarle ni sorprenderle. De todas maneras, en cuanto bajásemos del autobús le hablaría. O tal vez sería mejor esperar a llegar al hotel. Yo estaría apoyada contra el respaldo de una butaca: «Verás, Carlos, yo no aguanto más. Llevamos demasiado tiempo así...». Pero así..., ¿cómo? ¿Qué quiere decir así? Y luego, ¿es tanto tiempo realmente? A este hombre absorbente que me condiciona, que limita y atrofia mis palabras, que va a mi lado en el autobús, ¿hace tanto tiempo que lo conozco, que me lo encuentro al lado al volver la cabeza? Lo primero que no sé es el tiempo que va durando este viaje.

Pasábamos por una pradera con árboles regularmente colocados, que dejaban su sombra redonda clavada en el suelo, como un pozo. Le daba el sol; había un hombre tendido, comiendo una manzana; había dos niños parados, cogidos de la mano; había un espantapájaros con la chaqueta llena de remiendos. La hierba se ondulaba y crecía, como una marea, persiguiendo el autobús. Detrás de él, detrás de él, detrás de él...

—Pero, vamos a ver, ¿van ustedes al balneario sí o no? —interpeló el cobrador, fuera de sí.

Dios mío, sí, el balneario... Yo ya había vuelto a cerrar los ojos. No podía ser. Había que bajarse. Nos estaban mirando todos los viajeros. Tal vez habíamos pasado ya el puente..., aquel puente. Sacudir a Carlos, las maletas... Pero antes de cualquier otra cosa, era necesario dar una explicación al hombre de las rodillas abolladas, que no se movía de allí. De su cartera de cuero sobada y entreabierta subí los ojos a su rostro por primera vez.

Tenía un gesto de pasmo en el rostro blando y lleno de repliegues, por el que le corrían gotas de sudor. Me acordé de que tendría mujer, y seguramente hijos, y pensé en ellos como si los conociera. Le llamarían de tú, le acariciarían las orejas, le esperarían para cenar. Tenían este padre grandote y fatigado, digno de todo amor, al que nosotros estábamos impacientando, despreciando con nuestro silencio. Me puse en pie. Decidí hablar y me parecía que me subía a una tribuna para que todos los viajeros pudieran oírme. Descubrí algunos gestos de profunda censura, otros ojos abiertos bobamente hacia mí, igual que ventanas vacías. Sentía como si un reflector muy potente iluminara mi rostro, quedándose en penumbra los demás.

«Dentro de diez minutos —pensaba— se borrará esta escena. Dentro de un puñado de años nos habremos muerto todos los que vamos en este autobús». Y me consolaba aceleradamente con esta idea.

—Perdone usted, cobrador —pronuncié alto, claro y despacio, con cierto énfasis—. Acepte mis sinceras excusas. Mi marido, ¿sabe usted?, viene algo enfermo.

Me costaba trabajo mantener tiasas las palabras; hablaba como nadando por un agua estancada. Pero, al fin, quedaba clara una cosa: Carlos era mi marido; una cosa, por lo menos, quedaba clara. Mi marido. Lo habían oído todos, yo la primera.

—¿Quién está enfermo? ¿Qué dices, mujer, por Dios? No empieces con historias —se enfadó Carlos, levantándose, por fin, y empujándome con rapidez hacia afuera del pasillo.

Luego se dirigió al cobrador, que no se había movido y nos seguía contemplando extrañadísimo, con su rostro llorón, de almeja cruda, fijo en los nuestros:

—Y usted, ¿se puede saber lo que hace ahí parado como una estatua? ¿Y qué clase de modales son los suyos? Porque yo, francamente, no puedo entenderlo. Sé muy bien que hay que llegar a un puente, que cuando se pare el autobús nos tendremos que bajar. Lo sé muy bien, voy pendiente, no es una cosa tan

complicada. Me he levantado, como usted ve, solo en el momento oportuno. No me explico su insistencia ni por qué nos mira así.

Mientras hablaba, cada vez más excitado, había salido bruscamente al pasillo y sacaba los bultos de la red.

—Vamos, sal —me decía, tirando de mí hacia afuera, sin darme tiempo a recoger los paquetes.

Pero yo no me quería marchar todavía, aunque el autobús iba ya muy despacio y estaba a punto de pararse. Me quería quedar atrás, a escondidillas, y hablar con el cobrador, antes de perderle de vista para siempre. En sus labios se había marcado un gesto de rencor y amargura, y quizá estaba murmurando alguna cosa entre dientes. No se le podía dejar ir así; le habíamos echado de nosotros como quien aparta un trasto y su tristeza era justa. Tenía que pedirle perdón por el comportamiento de Carlos; hacerle ver que solo se trataba de una irritación pasajera; darle la mano como a un amigo al que nunca se va a volver a ver; manifestarle nuestra gratitud. Pero no sabía por dónde empezar. No me iba a dar tiempo. Carlos ya estaba saliendo. Me había dicho: «Hala, hala», y de un momento a otro volvería la cabeza para llamarme. Vi con desesperación que el hombre daba la vuelta y echaba a caminar de espaldas, con paso lento y pesado, hacia la cabina del conductor. Entonces le llamé atropelladamente, en voz baja, para que Carlos no lo oyese:

—Chisst, chisst. Cobrador, señor cobrador...

Pero no pude ver si volvía la cara, porque se me interpuso una señora menudita, de pelo blanco y pendientes de perlas, que salía de su asiento en aquel instante. Traté de correrme un poco a la izquierda para verlo y ser vista todavía.

—¿Baja usted o se queda, por favor? —me preguntó la señora, a quien yo cerraba el paso.

—Sí, ahora bajo; espere —contesté con azaro, apartando el maletín—. Pase usted, si quiere...

La señora, sin dejar de mirarme, se dispuso a pasar, y en el momento de tener su cuerpo casi abrazado contra el mío, porque el

pasillo era muy estrecho, me dirigió una sonrisa. Olía muy bien, a colonia fina.

—Gracias. Según parece, también ustedes van al balneario. ¿Quiere que la ayude?

—No, no; muchas gracias. Puedo bien sola.

—Yo no llevo equipaje. Me lo han traído mis sobrinos en el tren. A ellos nunca les pesa nada. Ya se sabe, la gente joven... ¿Es el primer año que vienen ustedes?

—Creo que sí, señora.

El coche se había parado. Carlos se volvió desde la puerta y me gritó de mal humor:

—Pero venga. ¿Qué haces ahí todavía? ¿Por qué dejas pasar a la gente delante de ti?

Por fin pude mirar al cobrador, y vi que había llegado a la cabina del chófer. Se había sentado junto a él y le contaba algo con excitación. Allí no me daba tiempo a ir. El coche estaría parado muy pocos minutos, los imprescindibles para que nosotros bajáramos. Dentro de la cabina, el rostro del cobrador se había vuelto rojo y se plagaba de muecas cambiantes. Seguramente hablaba de nosotros, porque volvió la cabeza una vez y me miró. En ese momento quise decirle algo todavía, cualquier cosa que pudiera entenderse por medio de una seña, y levanté la mano atolondradamente, con la esperanza de que aún me comprendiese. La mano se me quedó en el aire en un garabato inútil y torpe, y los ojos del cobrador resbalaron apenas por ella, distantes y enconados, y se volvieron bruscamente a otra parte. Sin duda había interpretado mi gesto como una amenaza, como algo hostil o despectivo. Sentí un gran desaliento.

Desde fuera estaban dando golpes en la ventanilla. Volví la cabeza y vi a Carlos en pie, junto al autobús, agitando los brazos y diciendo palabras que no se oían. También los viajeros me miraban y protestaban secretamente entre sí.

Me di prisa a bajar, toda cohibida, atenta a sujetar bien los bultos y a hacer el menor ruido posible, como quien se repliega sigilosamente en retirada, y, apenas salté a la carretera, el autobús reemprendió su marcha y se perdió.

Estábamos en un paisaje completamente aparte. El aire era muy transparente y todo estaba en silencio. Durante unos instantes permanecí quieta, absolutamente desligada de todo, como si acabase de nacer. Sentí el ruido del autobús, que se alejaba, y respiré una nube de polvo y gasolina. Todo se me había olvidado de golpe, y solo me quedaban el malestar y el aturdimiento. De un modo vago sentía tener pendiente algún asunto, pero no podía localizar cuál era, ni siquiera decir si era solamente uno o eran varios. Me parecía tener corrida una gruesa cortina por detrás de los ojos, y me extrañaba que, a pesar de todo, siguieran entrándome imágenes nuevas aceleradamente. Trataba de oponerles una cierta resistencia por la preocupación que tenía de que no iba a poderles dar albergue, y, sin embargo, mientras pensaba confusamente en todas estas cosas, no dejaba de mirar alrededor.

Estábamos en el puente. Aquel era el puente. Vi que Carlos se acercaba a una de las barandillas y, después de un momento, le seguí. Las barandillas eran de piedra y daban sobre un río sucio y hundido, opaco, sin reflejos, con un agua lisa y quieta de aceituna, prisionera entre altas márgenes de piedra musgosa. Carlos había dejado la maleta en el suelo y se apoyaba contra el puente. Yo me apoyé también. Estuvimos un rato mirando todo aquello sin decir nada. Luego me acordé, de pronto, de la señora del pelo blanco y vi que no estaba con nosotros ni se la veía por todo el puente.

—Carlos, ¿y la señora?

—¿Qué señora?

—La que bajó con nosotros.

—¡A mí qué me importa!

—Pero, hombre, ¿cómo te la has dejado ir así? Estaba hablando conmigo y preguntándome algunas cosas. Tenía ganas, me parece,

de conocernos.

—Alguna oficiosa sería.

—Por Dios, yo la quería ver. ¿Cómo has dejado que se fuera? Teníamos que haber sido amables con esa señora.

Y la buscaba con la vista por todas partes empeñadamente.

Carlos, como si no me oyera, siguió mirando al río. No muy lejos del puente había una presa y, junto a ella, tres paredes de un viejo molino derruido, con sus ventanas desgarradas, sin mirar, como las cuencas de una calavera. Tres paredes de cantos mal pegados, sin techo, muertas de pie encima del agua, tapizadas de hierbas y flores que se mecían levemente en las juntas. Carlos apoyaba los codos en la barandilla del puente y la barbilla en las palmas de las manos. Estaba embebido mirando el molino. Dijo:

—Ese molino está incendiado en una guerra. Es muy viejo, sin duda. En una antigua guerra.

Me aburría de mirarlo y corrí la vista por las dos márgenes del río. En la de la izquierda se escalonaban unos montes verdes y tupidos que cerraban el cielo hasta muy arriba. Enseguida se sentían deseos de subir hasta la raya curvada que formaba el último, porque nacía como un afán, una esperanza por ver si se descubría horizonte del otro lado. Eran de un verde intenso, monótono, adormecedor.

En la margen derecha se levantaban unos edificios blancos, apoyándose de espaldas contra otra ristra de montañas iguales a las de la orilla de enfrente. No se veían bien los edificios porque los tapaban unos árboles que había delante. Aquello debía ser el balneario. Bien ahogado entre montes; no había salida.

«Si nos pasara algo aquí, tan lejos...», se me ocurrió pensar. Y aquel silencio me sobrecogía, me invadía una especie de desconcierto y recelo. Los edificios estaban absolutamente solos entre las dos paredes de montaña; no había vestigios de pueblo por allí. Solamente descubrí, a nuestras espaldas, en la continuación de la carretera, una iglesia de piedra rodeada de un pequeño corral. No

se oía un grito ni se veía a una persona. ¡Qué extraño me parecía todo el paisaje, como visto a través de humo! Tenía muchas ganas de llegar al hotel, de que ya se hubiera pasado un día, para convencerme de que era verdad que íbamos a vivir en este sitio. No sabía por qué habíamos venido y sentía curiosidad y desconfianza. De pronto tuve miedo de que Carlos se esfumase, como la señora del autobús, y me dejara sola. Me arrimé a él y le cogí del brazo. Sería terrible quedarse sola en este puente y que llegara la noche.

Carlos no se movió ni volvió la cabeza. Permanecía con los ojos fijos en el río, frente a este melancólico paisaje, y parecía tener la seguridad de quien ha llegado a donde se propuso.

—En una antigua guerra —repitió—. Este es el molino, el viejo molino.

No apartaba los ojos, como hechizado, de aquellas tres paredes derruidas. En el silencio se oía el ruido que hacía el agua al salir a través de la puerta abovedada, amortiguado en leves espumas que manchaban apenas la verde superficie.

Me explicó que el molino se había incendiado muchos años atrás, de noche, en una noche lúgubre de muchas matanzas, y que las llamas eran las más altas que nunca se vieron. Que, desde entonces, muchas personas se embrujaban y venían a morir a este lugar. Me contaba estas cosas con vehemencia, con una inexplicable delectación. Abría mucho los dedos de las manos y los movía delante de mis ojos para hacerme comprender cómo se extendían en la noche las llamas rojas y fantasmales que devoraron el molino.

Cuando le pareció que ya me había dado cuenta, dijo:

—Vámonos; hay que llegar pronto.

Y se inclinó a tomar la maleta que había dejado en el suelo. Echamos a andar y yo estaba cada vez más intranquila.

Al balneario se entraba por un paseo de castaños de Indias, bordeado de hortensias y boj, paralelo al río, que quedaba a la izquierda.

A la derecha empezaban las edificaciones que yo había entrevisto desde el puente. Eran altas y planas, pintadas de un blanco rabioso, y todas las ventanas estaban equidistantes, entreabiertas en la misma medida, con una cortinilla de lienzo en el interior a medio correr. Estas cortinillas no se movían un ápice, ni las contraventanas. Parecían ventanas pintadas o que no hubiera aire. Eran los edificios varios hoteles, cada uno con su título en el tejado.

A lo largo de la pared de los hoteles, y también a los lados del paseo por donde íbamos andando, había distribuidos muchos sillones de mimbre con gente sentada. Los rostros de estas personas me parecían vistos mil veces y, sin embargo, uno por uno no los reconocía. Me parecían sacados de una fotografía familiar rígida y amarillenta, de esas de grupo, donde aparece una tía abuela con amigas suyas, y, un poco retirado en la esquina, un señor de bastón y sombrero que nadie llega a saber quién es, porque se han muerto las personas que podrían decirlo. Así, aquellos rostros, individualmente desconocidos, me entraban en conjunto, y los sentía en algún modo afines, formando parte de algo mío que quedaba atrás, de escenas que tenían que ver conmigo, íntimamente unido a una vida que ya no recordaba. Quizá alguien de mi familia había vivido en este sitio. Tal vez yo misma, en la infancia.

Carlos y yo íbamos cogidos de la mano no sé desde cuándo. Todos los ojos se levantaban para mirarnos pasar. Ojos juntos, escrutadores, inexorables, que se pegaban a nuestras ropas, que se lanzaban entre sí contraseñas de reproche y protesta, que nos seguían a la espalda, paseo adelante, en desazonadora procesión. Los sillones de mimbre en que se sentaban aquellas personas estaban igualmente repartidos —unos buscaban el sol, otros la sombra—, pero por algunas zonas se acercaban y formaban un grupo espeso en tira, en semicírculo o en corro alrededor de un velador. Sobre estos veladores había alguna tacita de café, y un señor o una señora revolvían lentísimamente el azúcar con una

cucharilla, como si les diera una horrible pereza acabar aquella tarea y tener que pensar en otra hasta la hora de dormir.

Cuando nosotros pasamos, las cucharillas que revolvían azúcar se paralizaron completamente, y las manos se quedaban suspensas en el aire tocando apenas el mango con dos dedos, como manos de cera. Abundaban las señoras, todas muy gordas a primera vista, aunque luego, fijándose bien, no lo eran tanto. Iban vestidas de seda, de morado o de gris, y llevaban pulseras con muchos colgantes. Hacían labor de punto, y estos colgantes de oro tintineaban y se les enredaban en la lana. Los maridos estaban algo apartados, bostezaban casi todos o estaban dormidos encima del periódico. Había más señoras que maridos. El sol se filtraba a rayas y se posaba plácidamente sobre los macizos de hortensias, sobre las cabezas y las manos.

Yo le iba dando patadas a una piedrecita que traía desde el puente enredada en los pies. Me gustaba ir andando por aquella avenida, y, aunque caminaba emocionada y como en guardia, el calor de la mano de Carlos contribuía a que se diluyesen mis vagas preocupaciones. Mi mano es pequeña y muy plegable; se escondía debajo de la suya como dentro de un envoltorio. Carlos es guapo y atractivo, mucho más alto que yo; también mucho más guapo. Era un placer muy grande caminar a su lado por aquella avenida, desafiando a todos. Nadie iba a preguntarnos por qué veníamos cogidos de la mano. Nadie iba a pedirnos explicaciones. Seguramente Carlos podría detenerse y besarme en mitad de la avenida, con un beso terriblemente largo, y ninguno se mezclaría. «Será que le pertenece —pensarían—, será que tiene derechos sobre ella». Y se quedarían inmóviles, como cuando sale una escena de amor en el cine, que no quiere uno casi ni respirar. Y mucho menos aquellas personas podrían suponer, a pesar de sus ojos tan abiertos, que yo fuera caminando turbada e insegura, con el miedo de que advirtiesen ellos en nosotros algo anormal.

Así llegamos al final de aquella fila de hoteles. El último de ellos hacía esquina en ángulo recto con otra fachada más baja que cerraba el paso de la avenida. Sobre esta fachada se veía un letrero donde decía: «Entrada al manantial», y a mí me atrajo mucho aquel letrero escrito en letras negras y muy gordas. Estaba colocado encima de un pequeño porche cubierto, al fondo del cual se vislumbraba la puerta que debía conducir al manantial. Estaba abierta, y a través de ella me pareció ver una blanca galería. A los lados de esta puerta había dos tiendecitas, y en sus escaparates se amontonaban cosas confusas que brillaban apagadamente. Todo esto, como estaba en el fondo del porche, no se veía muy bien y parecía un decorado. Yo me quise acercar para distinguirlo mejor, pero Carlos me retuvo y se paró:

—¿Dónde vas? ¿No ves que los hoteles terminan aquí?

—Pero yo quiero ver lo que venden en aquellas tiendas.

—Ya lo verás. Ahora tenemos que buscar albergue. Espérame aquí con el equipaje. Voy a mirar en este hotel.

Me colgó en el hombro varios estuches, como de máquinas fotográficas, y una o dos gabardinas.

—Carlos... —le dije.

—¿Qué?

—Pregunta precios..., no podemos gastar mucho.

En el mismo momento de hacer esta advertencia me estaba arrepintiéndome.

—Yo sé lo que podemos gastar. Yo sé lo que me hago.

Se metió en el hotel. Me quedé sola, de pie. Hacía una tarde rara, de nubes que se corren y se descorren, jugando. El sol me daba en los ojos y los cerré. También me bajaba por el cuello. Estuve un rato con los ojos cerrados, oyendo confusos zumbidos. Luego se nubló el sol y me entró por todo el cuerpo frío y desasosiego.

Simultáneamente, oí decir a mis espaldas:

—Deben ser extranjeros. Traerán costumbres nuevas. No sé por qué los tienen que admitir. Aquí siempre ha venido gente conocida.

¿Hablarían de nosotros? Volví la cabeza y vi detrás de mí a dos personas que me estaban mirando de un modo terriblemente fijo. Una de ellas era la señora del pelo blanco que me había hablado en el autobús. La reconocí con alegría y la fui a saludar; me parecía una gran suerte que Carlos no entorpeciese este encuentro con su presencia. Sin embargo, solo durante una fracción de segundo coincidieron nuestros ojos, porque inmediatamente ella desvió los suyos a otra parte, como si no me conociera. Luego se acercó mucho a su compañera —iba con otra señora muy parecida a ella— y le dijo al oído algunas palabras. Mientras le hablaba, la otra me miraba con descaro y hacía gestos con la cabeza para arriba y para abajo, como condoliéndose de alguna cosa terrible.

Salió un hombre y me dijo:

—Señora, su marido la espera en el ascensor.

—¿A mí? ¿En el ascensor? Y con las maletas, ¿qué hago?

—Déjelas a mi cuidado. Yo se las subiré.

—¿Está usted seguro de que se trata de mi marido?

Me gustaba mucho decir en voz alta «mi marido», y oír que los demás me lo decían. Tenía miedo de que no resonaran bastante las palabras y que no se oyesen alrededor, miedo de estarlas inventado yo misma.

—Sí, señora. Son ustedes los nuevos.

Los nuevos. Le seguí. Lo decía con sorna. Y también, cuando entré en el vestíbulo, me pareció que había sorna en los ojos del conserje, que estaba a la izquierda, detrás de un mostrador. Solamente me fijé en los ojos de aquel conserje y en el suelo del vestíbulo, que era de mármol blanco. La distancia hasta el ascensor se me hizo desmesuradamente larga. Estaba muy turbada.

El ascensor tardó mucho en subir. Íbamos Carlos y yo con un botones que se apoyaba contra las puertas, sin moverse absolutamente nada. Delante de aquel chico no me atrevía a hablar, pero tenía que contarle a Carlos lo de las señoras. Quería llegar pronto. Estaba muy nerviosa. Carlos jugueteaba con una llave

grande que tenía enganchada por la cabeza una chapa redonda y dorada donde se leía: «92». Primero cogía la chapa entre los dedos y balanceaba la llave para adelante y para atrás; luego cogía la llave por los pies, balanceaba la chapa y el 92 se agrandaba. Era un 92 alarmante, desmesurado.

Por fin el ascensor se paró y el botones corrió las puertas y salió antes que nosotros, medio patinando sobre un suelo de madera muy encerado. Hacía, mientras nos sujetaba las puertas, una especie de reverencia burlesca.

—Sigán todo recto, tuerzan a la izquierda, tercera habitación —dijo con un tonillo pedante, de cicerone.

Apenas llegamos a la habitación 92, cogí la llave y cerré la puerta por dentro. Me apoyé allí mismo, sin avanzar.

Carlos, que había entrado antes que yo y estaba inspeccionando el cuarto, se volvió y me miró con sorpresa. Tenía que contárselo todo de un tirón para que no me siguiera mirando. Noté que iba a salirme la voz entrecortada:

—Carlos, aquí nos conocen. Te lo aseguro. Sospechan de nosotros.

—¿Que sospechan? ¿Qué dices? Explícate.

—Nos mira toda la gente. La señora del autobús ha fingido no reconocerme y no me ha querido saludar. Dicen que somos extranjeros —expliqué todo seguido.

Y luego me paré porque no me acordaba de más cosas.

Carlos no respondió al principio. Estaba liando un pitillo. Luego levantó los ojos y me miró, como esperando a que siguiera.

—Bueno, ¿y qué?

—Nosotros no somos extranjeros, ¿verdad?, ¿verdad que no? La señora ha dicho que sí. Por favor, déjame ver los pasaportes.

Teníamos que tener pasaportes, esos cuadernitos verdes, pequeños y alargados que todo el mundo tiene. En ellos se han superpuesto muchas firmas y advertencias importantes, que nos marcan y acompañan siempre, como las notas del colegio, cuando

niños. Aquellos papeles eran nuestra salvaguardia, seguramente allí se aclaraban muchas cosas; tendría que poner nuestro nombre y apellidos, diría si yo estaba casada o no con Carlos, y a lo mejor hablaba de nuestra conducta. Me pareció una maravillosa seguridad tener en la mano los dos cuadernitos verdes, tenerlos guardados, poder sacarlos de cuando en cuando y repasarlos, como un tesoro.

—¿Los pasaportes? Los he dejado en la conserjería.

—Dios mío. ¡Cómo has hecho eso! Debe poner algo malo de nosotros. Nunca los debíamos soltar.

Carlos se sonreía levemente, echando perezosas bocanadas de humo.

—Carlos, por favor, habrá que recuperar esos papeles, tenerlos nosotros.

Me angustiaba pensar que no entendía, o que a mí no me sonaba claramente la voz.

—Carlos —repetí—. Te digo que aquí hemos caído mal, que nos va a costar trabajo tener amigos. ¿Te das cuenta de lo que te estoy diciendo?

—¿Amigos? ¿Quién pretende tenerlos? —se extrañó.

Ahora llamaban a la puerta. Me acerqué, e iba a abrir despacito, para que no se dieran cuenta desde fuera de que teníamos echado el cerrojo, pero Carlos se me adelantó y lo descorrió con mucho ruido.

—¿Se puede? El equipaje.

—Adelante, pasen ustedes.

Entraron el maletero y el botones, y dispusieron las cosas por la habitación haciéndonos muchas consultas. Carlos se volvió de espaldas y se puso a mirar por la ventana.

Los hombres trabajaban con enorme parsimonia. Me pareció que el equipaje era mucho más grande que el que nosotros traíamos en el autobús; había una infinidad de paquetes de todas las formas y tamaños. A lo mejor se habían confundido con otro equipaje, pero yo no dije nada, porque no estaba segura y, además, solo quería

que terminaran de una vez. Todo me lo preguntaban a mí: «Señora, que dónde ponemos esto... y esto... y esto...».

En realidad era indiferente que dejaran aquellas cosas en un sitio o en otro, pero, desde el momento en que me lo consultaban, yo me sentía obligada a escoger para cada una de ellas un lugar determinado, descartando todos los otros, que tal vez valdrían igual. Al mismo tiempo, trataba de que esta selección fuera definitiva, es decir, que las cosas quedaran colocadas en los sitios que les iban a corresponder. Para esto tenía que acertar lo que venía en los paquetes, porque no lo sabía, y, aunque algunos bastaba con palparlos por fuera, otros tenía que abrirlos.

Al final me hartaba todo aquello y cada vez tenía mayor prisa por acabar. Lo que me irritaba más era la meticulosidad y consideración con que aquellos dos hombres obedecían mis órdenes, casi todas dadas al azar, y la reverencia con que esperaban a que las pronunciase, torciendo un poquito la cabeza a la izquierda y mirándome sin pestañear, mientras mantenían el objeto en la mano. Aquella actitud suya me obligaba a enredarme más y más en mis decisiones, y cada vez tardaba más tiempo en pronunciarlas, entorpecida por un fuerte sentimiento de responsabilidad.

—¿Este maletín?

—Encima de otra silla, ¿no les parece?

Ellos se miraban impersonales.

—Como la señora diga.

—Pues sí, en una silla.

—No hay más sillas, señora.

—Pues que la traigan de otra habitación.

Carlos se volvió y nos miró con asombro.

—Pero ¿todavía no han terminado ustedes? Vamos, vamos, dejen todo ahí, encima de la cama. Así. ¿Hay más cosas?

—No, señor.

—Y este maletín también, encima de la cama.

—Ha dicho la señora que lo pongamos en una silla.

—Pero ¡qué más dará! ¡Qué ganas de complicar la vida!

Antes de que se fueran les preguntó Carlos:

—¿Por dónde se puede ir al molino viejo?

—¿A qué molino?

—Al que se ve desde el puente, con el techo derrumbado.

—Nadie va nunca, señor. Por las tardes, cuando viene el agua menguada y se seca la presa, se puede pasar hasta allí desde el jardín de atrás, por el fondo. Pero nadie va nunca.

—¿Hay un jardín?

—Sí, señor. En la parte de atrás del balneario. Un parque con una terraza que da sobre el río. Es muy hermoso aquello. ¿Quiere que le digamos por dónde se va?

—No, gracias; ya acertaré yo solo.

Les dio una propina y se marcharon.

Carlos entró en el cuarto de baño, que estaba al lado de la habitación, y dejó la puerta abierta. Abrió los grifos. Dijo:

—Dame el jabón y un peine, por favor.

Abrí el maletín y busqué las cosas que me pedía. Se las di.

Luego me quedé de pie en el quicio de la puerta. Vi que se lavaba las manos despacio, haciendo mucha espuma, y que después se peinaba escrupulosamente. En todo lo que hacía no había nada de anormal, nada que pudiera darme motivo de enfado. Aun en contra de mi voluntad, tenía que esperar a que él rompiera por algún lado, a que me diera pie para seguir hablando, para reanudar la excitación interrumpida. Terminó de peinarse y salió otra vez a la habitación.

—Hasta luego —dijo, mientras se dirigía a la salida.

Le seguí excitadísima, sin comprender.

—Pero, Carlos, ¿adónde vas?

—A dar una vuelta. ¿Por qué me miras así? —repuso tranquilamente.

Yo estaba realmente acongojada, y lo malo era que no sabía cómo justificarlo. Se me ocurrió decir:

—Por favor, no te vayas ahora. No me dejes sola con todo este equipaje revuelto. Ayúdame.

—¡Qué enorme equipaje! —dijo, fijándose—. Para hacerlo, para deshacerlo, para traerlo a cuestras... ¿Por qué no tendrá uno un traje solamente y no lo llevará puesto hasta que se le rompa? Colgar, descolgar, planchar..., ¡qué serie de tareas tan complicada!

Se había detenido cerca de la puerta y miraba los bultos con fastidio. A mí todo aquello se me salía del tema y no sabía por dónde replicar. Hice un esfuerzo por acordarme de lo que le estaba diciendo antes de que vinieran los dos hombres, y, por fin, lo encontré: «Que no podremos tener amigos, que han dicho que somos extranjeros»; y me quedé colgada de estas dos ideas, aunque no sabía cómo relacionarlas con lo anterior. Colgada, balanceándome, como una araña de su tenue hilo. Le tendería este hilo a Carlos, a ver si él me ayudaba a tejerlo; pero si me lo rompía, yo ya no sabía por dónde seguir.

—Aquí no podremos tener amigos. Han dicho que somos extranjeros —repetí, con tesón, con esperanza—. ¿Entiendes?

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué más da? ¿Qué diferencia hay entre ser de un sitio y ser de otro? Te ruego que me expliques la diferencia que hay.

Se había cruzado de brazos, esperando mi respuesta.

—No sé, no te lo puedo decir —dije apagadamente, como trastornada—. Lo mismo da. Vete si quieres a dar tu paseo.

Carlos se dirigió a la puerta y la abrió. Dijo:

—Hasta luego, entonces.

Después cerró la puerta detrás de él.

Me quedé sola en mitad del cuarto y lo miré con detenimiento por primera vez. Tenía, a la derecha de la ventana, una cama, y a la

izquierda, un armario de luna. También había un perchero, una mesita y dos sillas. El cuarto era bastante amplio, estaba todo muy limpio y olía ligeramente a desinfectante.

Me hubiera gustado que se oyese ruidos en las habitaciones contiguas, pero no se oía nada absolutamente, todavía menos de lo que se oye en un silencio normal. Me parecía que alguien me estaba espiando. Me paseé en todas direcciones y me sosegaba, oyendo crujir, debajo de mis pies, el piso de madera. Luego me senté y me di cuenta de lo extraña que me sentía en aquella habitación.

Tal vez sacando algunas cosas de la maleta y deshaciendo los paquetes, viéndome rodeada de objetos y prendas usuales, me sentiría ligada a un mundo más familiar y la habitación misma se teñiría de sentido para mí. Por ejemplo, eché de menos, encima de la mesilla, un reloj despertador, y también algún portarretratos, o una de esas bandejitas que sirven para dejar los pendientes, los automáticos desprendidos y alguna aspirina. Estas cosas tenían que venir en un equipaje tan complicado. Abrí la maleta y me puse a buscarlas con ahínco. Tenía mucha prisa por verlas colocadas.

En aquella maleta todo eran ropas y ropas. Unas ropas antiguas y oscuras, como levitas o uniformes. Había entre medias algún traje de mujer con la falda tiesa y abundante, y también muchos lazos, sombreros y pecheras, mezclados unos con otros, arrugados y de tonos indecisos. Estas ropas me dejaban en los dedos un tacto áspero y polvoriento y nunca terminaban de salir, como si la maleta no tuviera fondo. Las iba dejando en el suelo, a mi espalda, tiradas de cualquier manera, con la urgente curiosidad de ver si encontraba otra cosa; pero solo salían ropas y más ropas, y el cuarto estaba más revuelto cada vez. Las ropas se amontonaban detrás de mí como una muralla, y empezaron a llenar la habitación.

Hubo un momento en que se hizo necesario seleccionar aquello de alguna manera, separándolo en montones diferentes, para que no ocupara tanto sitio. Me quedé un rato de rodillas delante de la

maleta abierta, contemplando perpleja aquella masa heterogénea de prendas. El polvillo que desprendían se había posado en el suelo y lo ensuciaba; también se esparcía por el aire y se respiraba un olor acre y desagradable, de desván. Me puse a pensar con mucho desaliento por dónde empezarla. Quizá lo mejor fuera seleccionar por colores, lo azul con lo azul, lo verde con lo verde. Pero en el armario no iba a caber todo.

Me levanté y me acerqué al armario para ver cómo era de grande. La mitad tenía perchas y la otra mitad estantes, forrados de periódico viejo y amarillento. Había en la parte de abajo un cajón que también estaba forrado de periódico y sobre él aparecía un gran imperdible solitario y oxidado, con la barriga abierta. Me dio mucha grima; parecía un bicho sucio, un insecto. Lo saqué, agarrándolo con los dedos, y lo tiré al suelo. También arranqué los periódicos. Lo forraría todo de nuevo, los estantes y el cajón; recortaría unos papeles blancos, limpiísimos, nuevos. Esta labor me atraía y no se me hacía ingrata; era como una alegre evasión de lo demás.

Me arrodillé otra vez para buscar unas tijeras. La maleta seguía completamente llena, a pesar de todo lo que había sacado. Rebusqué un poco por la izquierda, debajo de las primeras capas de ropa, pero me seguía topando únicamente con cosas blandas. Al principio buscaba con cierto cuidado y delicadeza, como quien pretende sorprender la madriguera de un animal escondido; pero luego a barullo, sin miramiento alguno, revolviéndolo y arrugándolo todo, y mezclaba bufandas, cuellos, tiras, faldones, y lo de abajo se venía arriba. Me olvidé de lo que buscaba y de todo proyecto de orden, porque aquello me producía un inmenso placer. Empecé a sacar ropas vertiginosamente, y las echaba sin mirar por el aire, detrás de mi cabeza y caían en una lluvia copiosa a formar parte del montón extendido que se había ido dibujando a los pies de la cama.

Luego me levanté a mirarlo. Me senté en él, y hundí allí las manos con deleite, amasándolo como una espuma. Pasó bastante rato y me sosegué.

Sentada encima de la ropa con los brazos cruzados detrás de la nuca y la cabeza apoyada en la pared, había encontrado una postura cómoda. Casi me daba sueño. Carlos, ¿dónde habría ido? Seguramente a buscar el jardín para ver el molino de cerca, tal vez para explorarlo. Hacia el molino, el paisaje se oscurecía como si fuera de noche por allí. El molino se me volvía grande y misterioso, poblado por arañas, salamandras y espíritus. Me daba escalofrío pensar en aquella confusa historia de las matanzas. Tal vez Carlos corría peligro; no debía haberle dejado ir solo. Si yo no estaba con él para guardarle las espaldas, para impedir que le pasara algo, ¿cómo se justificaba que viajase a su lado, que me angustiase por su culpa?

Me puse de pie y me asomé a la ventana. Se veía el paseo por donde habíamos venido, con los árboles grandes que me tapaban el río y, del otro lado, los montes altos, verdes y cejjuntos. Desde la ventana, parecía que estaban en la orilla de acá, que se me venían encima y los iba a tocar con la mano, de tan estrecho como era el río. Sentía ganas de ver el mar o una llanura grande.

Miré para abajo. El paseo se había quedado desierto de sillones de mimbre y solo algún señor se paseaba despacio, arrastrando rítmicamente los pies. Llegaba hasta el final de la avenida y daba otra vez la vuelta. A ratos se paraba solemnemente en un punto cualquiera y se quedaba inmóvil, igual que si estuviera rezando responsos. Luego arrancaba de nuevo y se notaba el esfuerzo, cada vez mayor, que le costaba despegar. Sonaban sus zapatos acompasadamente, con un leve chirrido.

Pegado a la fachada del hotel, debajo de mi ventana, debía haber algún grupo de personas, porque se oía subir un secreto bisbiseo. Saqué el busto fuera del alféizar y miré. Me quedé muy asombrada de ver la gran cantidad de señoras que se apretaban contra la pared, distribuidas en pequeños grupos; era como una fila de

hormigas. Manoteaban mucho y hablaban unas con otras, cuchicheando bajísimo, como si conspiraran. A veces salía una señora nueva de debajo del porche que conducía al manantial y era llamada con una seña. Acudía presurosa a reunirse con las demás, y de esta manera se iba engrosando la concentración. Sin duda estas señoras eran las mismas que estaban sentadas tranquilamente haciendo sus labores cuando nosotros llegamos. Solamente un acontecimiento recién ocurrido podía reunir las así a deliberar. Instantáneamente, sin que pudiera saber por qué me invadía esta plena certidumbre, identifiqué tal acontecimiento con el de nuestra llegada.

En el mismo momento de comprenderlo me retiré instintivamente hacia atrás, presa de viva agitación. Ahora, a hurtadillas, al filo de la ventana, contemplaba aquella masa con el corazón turbado y el rostro medio oculto detrás de la cortina, como quien acecha los manejos de un enemigo poderoso y calcula mentalmente los medios de que se vale para combatirlo. Comprendí que era necesario tener mucha serenidad. Mi ventana estaba muy alta y ellas no podían verme, pero, de todas maneras, me pareció lo más oportuno meterme para adentro y reflexionar a solas acerca de mi situación.

Cerré la ventana y dejó de oírse el más leve rumor. Otra vez aquel silencio de muerte. Carlos había huido dejándome sola. Tal vez ya no pensaba volver nunca. Él seguramente sabía por qué nuestra llegada al balneario había despertado tanta excitación, creándonos un ambiente enemigo; él —ahora me parecía comprenderlo con claridad— sabía muchas cosas que no quería explicarme. Sin duda le perseguían por haber cometido algún delito que yo ignoraba, y su rostro sería conocido por todo el mundo. Robo..., crimen, tal vez. Seguramente venía a este apartado lugar para morir en él.

Pero yo no le dejaría solo. Pasara lo que pasara, estaríamos los dos juntos. Huiríamos de lo que fuera; siempre se puede huir. Me temblaban las manos al acordarme otra vez del molino. Era un disparate que se hubiese ido de la habitación, que no se hubiese

confiado a mí. Tenía que encontrarle, teníamos que irnos de este hotel. Pero, sobre todo, encontrarle, lo primero. Poderle decir todavía: «Estoy contigo. He adivinado lo que te pasa y, contra todos, te ayudaré. Vamos a pasar todos los peligros los dos juntos». Llegar a tiempo a decirle esto sería una dulzura tan grande, que después ya podría ocurrir cualquier otra cosa. Podríamos morir.

No podía esperar a que volviese. Tenía que salir a buscarle ahora. Era preciso abandonar la habitación —que representaba, por otra parte, el único lugar seguro de que disponía, la única fortaleza donde atrincherarme, donde pisaba un terreno del que era dueña en cierto modo—, y aventurarme a ciegas a través de escaleras y corredores largos, desconocidos, llenos de recovecos, expuesta, como estaba, a encontrarme con personas que me mirarían con manifiesta hostilidad. Tenía que armarme de valor y cautela. Procuraría llevar los ojos bien abiertos.

Me dirigí a la puerta decididamente. Antes de abrirla me volví y eché una última mirada sobre los equipajes a medio deshacer, sobre la cama hundida por el peso de tantos paquetes, sobre el suelo y las sillas agobiados por aquel confuso revoltijo de las ropas, y el armario, con las dos hojas abiertas. Aquel desorden del cuarto contribuía a mantener mi tensión y mi inquietud, el terrible agobio de mi conciencia. El orden pendiente me incitaba a actuar, a tratar de poner remedio a todas las otras cosas que también estaban pendientes, que me remordían como si tuviera en ellas una gran parte de culpa.

Luego salí y cerré la puerta con llave.

Apenas puse el pie en el pasillo, tuve la impresión de que alguien me miraba desde alguna parte. Me volví, al azar, vivamente, y vi que una persona se metía, a toda prisa, en la habitación de al lado de la nuestra. Solo pude distinguir un gran bulto de color malva. No llegó a cerrar la puerta del todo, sino que dejó una rendija, y me figuré

que por allí pensaría acechar mi paso. Tal vez había estado mirando por el ojo de la cerradura lo que yo había hecho en la habitación, y ahora se pondría a espiarme, siguiéndome a cierta distancia. Por la espalda me había parecido una señora corpulenta, vestida con un salto de cama; pero no lo podía asegurar.

Vacilé un momento, y después eché a andar en la dirección opuesta, velozmente, casi de puntillas. El camino que abandonaba era el que, en un principio, había escogido, porque me parecía recordar que por allí se salía a la escalera; pero, después de todo, no estaba muy segura, y, además, tanto por un lado como por otro a alguna parte llegaría. Lo importante era ir sorteando obstáculos.

No tenía una idea clara acerca de mi itinerario. Vagamente había intuido que tendría que ir a dar a la galería del manantial, y que esta, por el fondo, tendría una salida al parque del cual habían hablado, donde estaba segura de encontrar ahora a Carlos. Pensaba que a la galería del manantial se podría salir desde el interior del hotel por alguno de estos pasillos. Eran pasillos largos que nunca se cerraban, doblados a izquierda y derecha, en pedazos superpuestos, que parecían el mismo. Iba andando por ellos de un modo maquinal. Tenían por el medio una alfombra antigua y aplastada de tonos desvaídos, con un dibujo mareante de espirales. Yo iba repitiendo para mí: «Galería del manantial. Manantial», como cuando a uno le han dado un recado y tiene miedo de olvidarlo; y me parecía la única orientación segura.

Tal vez llevaba yo mucho tiempo andando, cuando oí cerca el ruido del ascensor. Se ensanchaba el pasillo, haciéndose más luminoso, y a la izquierda estaba, por fin, la escalera. Lugar conocido: me renació una cierta esperanza. Vi que por el hueco se deslizaban temblando dos cuerdas del ascensor que acababa de desaparecer camino arriba. Me agarré al pasamanos y bajé deprisa, furtivamente, mirando por el hueco con precaución.

En el trecho que unía el segundo piso con el primero aminoré la marcha. Me asomé un poco más y lograba distinguir los pies de

unas personas que estaban abajo en el vestíbulo esperando el ascensor. Venía un murmullo de conversaciones. Allí no me atreví a bajar. Afuera, a los lados de la puerta, seguirían congregadas las señoras. No tenía el coraje suficiente para llegar a abrirme paso entre ellas, con todo aplomo, y torcer a la derecha hacia el porche cubierto donde ponía: «Entrada al manantial». Esto se me antojaba una proeza. La entrada al manantial tenía que buscarla por otro lado.

Había llegado al primer piso. Solo me faltaba un peldaño y me detuve allí. Contra una de las primeras puertas del pasillo, a pocos pasos de mí, estaba apoyada una mujer de buen tamaño, vestida de azul y tocada con una cofia muy tiesa. Tenía cogida con la mano izquierda una gran escoba y se miraba las uñas de la otra mano con actitud meditativa. A ella me dirigiría.

—Por favor, me hace el favor —la llamé sin acercarme, sin bajar todavía el último escalón.

La camarera levantó los ojos y se me quedó mirando en la misma postura que estaba; entornaba un poco los ojos, como si hiciera un gran esfuerzo por reconocermé. Yo estaba a contraluz. Vi que no se movía y le hice un gesto con la mano. Temía que no me hubiese entendido.

—¿Quiere venir un momento, por favor? —repetí.

La mujer se desprendió de la pared, con lo cual ya parecía que se había acercado un poco, y dijo con voz perezosa:

—Usted, ¿de qué piso es?

Me turbé. Tenía miedo a los interrogatorios.

—¿Yo? Pues no sé decirle, de uno de los de arriba.

La mujer me miró absolutamente perpleja, y salvó en pocos pasos la distancia que nos separaba.

—Pero, diga, ¿no vive en este hotel?

—Sí, aquí vivo.

—Está bien, ¿y en qué piso?

Debía haberme fijado más en todas las cosas antes de salir del cuarto y debía haber contado con que todo sería riguroso.

—Ya he dicho que no sé, que no recuerdo.

—Pero, bueno, usted sabrá el número del cuarto que ocupa. Tendrá una llave. Nunca he visto a nadie que no tenga su llave...

¡Ah, sí, la llave! La busqué en el bolso y salió enganchada con otras cosas, una caja de cerillas, una pulsera rota, una cuerda de envolver. La desenganché a pequeños tironcitos.

—Sí, sí, aquí está, tengo la llave —dije, alargándosela.

La mujer la miró, sin cogerla. A continuación me miró a mí.

—El noventa y dos. Pues su camarera es Juani, la del tercero.

Hizo una pausa, y yo esperé sin decir nada, porque me parecía que era ella quien tenía que seguir hablando. Nos mirábamos fijamente.

—Su camarera es Juani —volvió a decir—. ¿Es que no estaba en el piso cuando usted ha bajado?

—No sé, no la conozco, no he visto a nadie.

—¿La ha llamado usted al timbre?

—No, no se me ha ocurrido.

Cada vez me resultaba más inútil y embarazosa aquella situación. En aquel momento se detenía el ascensor a nuestro lado. Me entró una horrible prisa por marcharme. Bajé el peldaño que me quedaba y me puse de espaldas al hueco de la escalera. Rápidamente, resumí:

—Yo solo quería preguntar si se puede ir al parque por algún pasadizo interior, sin tener que bajar al vestíbulo y salir afuera.

Del ascensor no había salido nadie más que el botones. Noté que la mujer le estaba mirando; se había parado a mis espaldas, como si esperara. Me volví. Parecía que quería darme un recado.

—¿Me buscabas a mí? —pregunté intranquila.

—Sí, señora. He estado arriba, en el cuarto, llamando. Ahora la he conocido al bajar y me he parado por eso.

Hablaba señalando al ascensor, cuyas puertas había dejado abiertas, como para hacer ver que tenía prisa.

—Si usted me permite, yo me tengo que ir —dijo, a su vez, la camarera—. Le voy a decir por dónde puede salir al parque.

Se colocó mirando hacia la derecha ceremoniosamente, como un guardia de tráfico, y, mientras con una mano se doblaba en ángulo el pico del delantal y sujetaba la escoba, extendía la otra señalando el camino:

—Tira usted por este pasillo todo seguido; luego tuerce a la derecha, hay tres escalones, luego a la izquierda, y luego a la derecha otra vez. ¿Sabe usted el comedor?...

¿Qué me querría el botones? No podía retener nada del complicado itinerario que me estaba proponiendo aquella mujer; solo deseaba que acabase de una vez. La veía hacer gestos con la mano, como si marcara líneas en un papel blanco; veía sus ojos redondos que se quedaban a ratos mirando el techo, como buscando allí la palabra adecuada; oía el fatigoso mosconeo de su explicación.

—... o mejor, verá usted, mejor ir por la izquierda: se sale más derecho. Llega usted a un sitio donde están las cocinas. ¿Entiende usted?

—Sí, sí...

Imaginaba con gran desaliento que una serie de dificultades me esperaba si quería llevar a cabo tan prolija expedición. Apenas la había comenzado y ya me daban tentaciones de abandonarla, de volverme al cuarto a dormir.

Por fin, la camarera terminó su monserga y se despidió. Yo, a pesar de no haberme enterado de casi nada, la había seguido insistentemente con los ojos durante todo el tiempo; había movido de vez en cuando la cabeza con signos afirmativos, y había mirado atentamente hacia los lugares hipotéticos que sus dedos me señalaban para animarla a ser breve. Le di las gracias y la vi alejarse con enorme alivio. Me volví al botones, impaciente:

—Dime, ¿qué querías?

El muchacho cogió carrerilla y dijo todo seguido, como si estuviera cantando una canción:

—Que de parte de su marido que a lo mejor tarda bastante, pero que usted no se preocupe. No he traído el recado enseguida porque me llamaron del sexto. —Hizo una pausa, como recordando—: Sí..., que usted no se preocupe aunque pase lo peor. Me parece que no se me ha olvidado nada. Me voy para abajo, si usted no manda otra cosa.

—Espera. ¿Cuándo te dijo eso mi marido?

—Antes, ya hace buen rato. Iba a escribir una cosa para usted en un papel, pero luego dijo que mejor no.

—¿Adónde iba él?

—No sé decirle. Me lo encontré fuera, en el vestíbulo. El salía y yo entraba. No vi por qué lado se fue.

Yo estaba anonadada. Aquel mensaje terminaba de dar razón a mis confusos presentimientos.

—Está bien; muchas gracias.

—¿Me puedo ir?

—Sí, sí.

Oí el ruido del ascensor que se cerraba y que empezaba a deslizarse hacia abajo. Luego, casi enseguida, el golpe seco al llegar al vestíbulo.

Había vuelto a quedarme sola. Pero ¿quién pensaba ya en irse a dormir? Tenía que ponerme rápidamente en camino, sin volverme a detener más que cuando fuera indispensable. Una vacilación, una insignificante pérdida de tiempo podría ser fatal. Me dejaría andar pasillo tras pasillo, hasta acertar con el parque. Acertaría. No tenía más remedio que encontrar a Carlos. Ya no me acordaba de otra cosa más que de que tenía que llegar al parque, ir allí lo más pronto posible. Todas las preocupaciones se me habían concentrado en esa, y ninguna duda me dispensaba la atención. Por lo menos, ahora sabía que al parque podía salir por aquí, precisamente

siguiendo este pasillo. Este enlazaría con otros. Este pasillo me llevaría.

Me puse, pues, en camino.

Lo que más desazonaba de aquellos pasillos era la calma que reinaba allí. A derecha e izquierda todas las puertas estaban cerradas, con su número encima. Ni siquiera me resonaban los pasos, porque siempre pisaba por encima de alfombra. Dejando atrás el encuentro con la camarera y el botones, me hundía, corredores adelante, en un desamparo absoluto. Hacía un esfuerzo por detallar, por diferenciar los lugares que iba atravesando, y tan solo lograba tragármelos amontonados, iguales, como a través de una boca sin iluminar. Dejé de hacer aquel esfuerzo. Sabía que iba andando, sombra adentro, por largos y silenciosos corredores, que mis pasos se perdían sobre una raya de alfombra. Tenía la conciencia de que alguien, en cualquier momento, me iba a pedir cuentas de lo recorrido, o que yo misma necesitaría retroceder o rectificar mi ruta, y que me iba a encontrar con la memoria vacía, sin poder responder de nada de lo andado. Quería fijarme en aquellos pasillos y no podía; estaban completamente vacíos de aliciente para excitar la atención de mis ojos.

Seguía andando; había seguido andando en lugar de irme a dormir. Pero estaba incapacitada para escoger el camino que me habría de llevar hasta el final. Yo no guiaba mis pasos, yo no me hubiera sentido culpable si se descaminaban. A pesar de lo importante que se había vuelto mi andanza; a pesar de no tener ninguna información precisa, estaba persuadida de que mis pasos los determinaba una voluntad superior; de que yo no andaba, sino que alguien andaba por mí, de que todo estaba marcado ya fatalmente, tal como se había de desarrollar. Por eso no me sentía responsable de los errores que pudiera ir cometiendo.

Me resbalaban los pasillos como sonido de salmodia, como una oscura monserga. Tal vez cada uno de ellos lo recorrería dos o quince veces. ¡Quién lo puede decir! Más que atravesar espacio,

atravesaba silencio y sonidos. Y la sombra, la indeterminación, se identificaban con las zonas de silencio.

Sé que, de cuando en cuando, por detrás de las puertas cerradas que yo suponía sin verlas, a ambos lados de mis sienes, sonaba algún confuso rumor, como de alguien que, allí cerca, se deslizase o se revolviere, como de pequeños ronquidos o carraspeos, como de un envoltorio que se cae, o el chasquido de una madera dilatada por el calor. En estos momentos me parecía que alguna persona me miraba o me seguía a hurtadillas, o que me iba a cortar el paso; y se me encendía la tiniebla en un susto, el corazón se echaba violentamente a latir.

Coincidiendo con estos sobresaltos, me parecía que irrumpían en mi viaje pequeños redondeles iluminados, como hitos para marcar el tiempo, para hacerme patente que seguía andando en realidad, que no habíamos llegado todavía.

Eran, pues, estas las únicas incidencias que jalonaban mi monótono caminar; las únicas que le hacían dar testimonio de sí mismo. Andaba como a tientas, como sin vida, agachada debajo de negros pasadizos; desde el último rumor hasta el siguiente, en que el redondel de luz se encendía y me volvía a latir el corazón. Tan bruscamente me latía cuando era grande el sobresalto, que perdía turno y se quedaba atrás como enganchado, como si hubiera dado un tropezón. Y me parecía que, durante un trecho, seguía andando yo sola sin el corazón, y que él, por sí mismo, tenía que correr a alcanzar de nuevo su puesto, como si tomara el tren en marcha.

Era como viajar por el vientre de una ballena. Algunas veces, de mucho más lejos, como de por fuera de las paredes que me rodeaban, llegaba el sonido de una voz que tal vez llamaba a alguien, o el pitido de un tren o la bocina de una camioneta. Desconcertaban estos ruidos: se escapaban, quebrándose; se me clavaba el doloroso deseo de escucharlos al aire abierto, en toda su lentitud. Entonces me acordaba de que andaba perdida en el interior de aquellos edificios blancos que había visto al llegar: de que por

fuera de este pasillo estaba la gente parada a la puerta, y el puente sobre el río, y las montañas, y tal vez todavía un poco de sol. Me estaba haciendo la ilusión de ir a alguna parte, de moverme, y tan solo estaba comprendida en la órbita del gran edificio, tragada, buceando dentro de él, sin que mis pasos tuvieran mayor importancia de la que puede tener la trayectoria de un grano de maíz en el estómago de una gallina. Reconstruía la imagen del paisaje que había visto por fuera, y lo identificaba como la envoltura de estas paredes que me aprisionaban. Y, a su vez, todo el edificio también estaba ahogado y prisionero, medio emparedado entre dos altas murallas de montaña, espesas, dominadoras como un entrecejo, que apenas le dejaban entre medias la rayita del río para respirar. Era muy poco sitio, estaban demasiado cerca aquellas montañas, demasiado encima, allí afuera, sobre mi propia cabeza. Se iban a venir abajo; iban a derrumbarse sobre los tejados, a cegar las ventanas, a aplastarlo todo. Tal vez ahora mismo, mientras yo lo pensaba, mientras me movía vagamente por aquellos pasillos, por aquellos oscuros intestinos, haciendo mueca de ir a alguna parte; ahora mismo se podían desplomar. Estaba totalmente indefensa. En pocos segundos se consumaría el cataclismo y yo quedaría irremisiblemente sepultada en lo más hondo, sin apercibirme, sin poderme siquiera debatir. Antes de haber llegado a encontrar a Carlos; antes de haber salido, por lo menos, nuevamente a la luz.

Sudaba imaginando estas cosas y sentía deseos de gritar, de volver la cabeza a alguna parte, pero no lo podía hacer. Seguía andando en línea recta con los hombros rígidos, y siempre tenía abierto pasillo y más pasillo por delante.

Oí cerca unos ruidos, como arrastrar de ruedas diminutas, y unas voces que hablaban en secreto:

—Aquí, en este recodo, era donde yo te decía. Mira qué bien, qué hueco en la pared para los tarros. Enseguida hacemos el

experimento. No pasa nadie, nadie nos puede ver. Estos eran los estantes del laboratorio. Todo está perfecto.

—... ponlo todo aquí. Tú vete por las ramitas y las cerillas. ¡Qué sitio tan estupendo! Nos podemos venir todas las tardes y no lo decimos...

Eran voces de niños. Me detuve; hice un esfuerzo por localizarlos.

—Alguien viene —dijeron con susto.

Y se callaron un momento. Me imaginé que contenían la respiración, que levantaban las narices y que toda la sangre se les subía a latir en la cabeza.

—Alguien viene —volvieron a decir, más deprisa, con mayor alarma y seguridad.

Sonó un cacharrito que se caía al suelo.

—Esta es tonta. Vámonos enseguida. No recojáis nada. Luego volveremos a venir.

Delante de mí había una puerta de muelles de dos hojas. La empujé, y del primer tramo de pasillo que apareció al otro lado, levantaron corriendo cuatro niños. Salieron de la izquierda, de una especie de entrante redondeado que hacía allí el corredor, debajo de una pequeña ventana aislada. En este entrante, como en una habitación, habían dejado un carrito y montones de minúsculos utensilios.

Lo abandonaron todo y corrieron hacia el fondo del pasillo. Corrían en la punta de los pies, como liebres, empujándose, tratando de taparse unos a otros con sus cuerpos, y el que quedaba el último se entrelazaba con los bultos de los demás o se cogía a sus ropas por el temor de quedar al descubierto.

El pasillo era ancho y se iba torciendo un poco hacia la derecha, como la curva de un río. Al final lo cerraba una pared con su ventana de visillos, y antes de llegar allí, también en la derecha, había un arco que daba a una escalera. Los niños habían seguido una trayectoria que se dirigía a aquel punto, y, una vez alcanzado, se precipitaron por el hueco abajo. Se mezclaban sus risas,

desatadas al llegar a lo seguro, con el tropel de zapatos que frotaban los escalones.

Cuando desaparecieron, me di cuenta de que ellos, al recorrerlo, me habían iluminado aquel pedazo de camino que tenía delante de los ojos; de que, al fin, era como si alguien me hubiera roturado el camino. Abarcaba ahora perfectamente la perspectiva de este trozo de pasillo que me habían abierto los niños al huir; veía lo que estaba en primer término y lo que más allá; calculaba los pasos que me separaban de la escalera. La llamaba así, familiarmente, «la escalera»; la aceptaba, me la apropiaba de un solo golpe de vista. Era terreno que no necesitaba detallar minuciosamente para hacerlo mío, para estar segura de que podría reconocerlo en cualquier otra ocasión, aun sin tener peculiaridades muy marcadas. Y el pensar en atravesarlo no me parecía una tarea agobiante.

Ya había salido del túnel; podía respirar.

Aquella escalera bajaba a la galería del manantial. De sobra lo sabía yo. Ahora, desde que se habían disipado la confusión y la niebla, mi intuición empezaba a contar. Me parecía lógico que, al llegar a la galería del manantial, yo recobrase mi clarividencia y mi autonomía, que solamente entonces las recobrase; y se me justificaban la ceguera y el ahogo recién padecidos; se me hacían necesarios, porque solo ellos, con su desaparición, habían podido darme la señal de que estaba llegando a lugares intuidos, con los que había contado desde el principio y donde yo sola, sin la ayuda de nadie, me podría orientar y desenvolver.

Bajé la escalera y, al final de ella, me apoyé un instante en la bola que cerraba el pasamanos.

Por la galería del manantial circulaban gentes apresuradas. Se cruzaban entre sí, con breves saludos, como si se movieran por las calles de una gran ciudad, y parecían acudir a resolver importantes asuntos. Demostraban cierta indiferencia unos por otros, como si se

conocieran demasiado o tuvieran ocupada la atención en otras cosas. Apoyada en la bola del pasamanos los contemplaba ir y venir, a una cierta distancia todavía, y pensé, admirada: «¡Qué bien lo hacen!», como si los viese representar para mí una función de teatro. El aplomo y la seguridad de aquellas gentes despertaba mi envidia. Incluso los que iban más despacio estaban como absortos en algún negocio de peso y se paraban, conscientes y silenciosos, con la mirada en punto muerto, entre las filas de blancas escupideras. Todo era allí muy blanco y muy solemne. Poco a poco me fui acercando más.

Al manantial se entraba por la derecha, bajando otros peldaños de mármol. Aquella escalera estaba alumbrada con luz eléctrica y subía un olor de aguas sulfurosas, y también un vaho caliente y húmedo que enrarecía el aire de la galería, haciéndolo pesado como el de un invernadero. Este vaho se extendía igual que niebla y desdibujaba las figuras, volviéndolas misteriosas y distantes. La escalera era muy ancha y tenía dos figuras grandes de bronce representando mujeres desnudas que sostenían candelabros. Muchas personas subían y bajaban por allí y, al hacerlo, se acentuaba su aire grave e importante. Algunos llevaban batines de toalla; a franjas moradas y grisáceas, y en la cabeza un extraño turbante.

Pronto comprendí que aquellas personas no repararían en mí ni me molestarían y me mezclé con ellas, tratando de llegar al fondo, por donde supuse que se saldría al parque, y donde, efectivamente, vislumbré una puertecita.

Sin embargo, la tarea de abrirse camino entre tantas personas que hormigueaban en direcciones opuestas y con grados de prisa diferentes no era del todo fácil, y a mí no me importaba tardar un poco en marcharme de allí. Cuanto más cerca estaba de aquellas personas, más deseos sentía de quedarme con ellas para siempre. Yo misma alargaba la ruta y la complicaba a propósito, dando pequeños rodeos y haciendo eses por entre los grupos estacionados y los que estaban en movimiento. Una vez me di

cuenta de que había dado la vuelta y andaba en dirección opuesta a la que debía llevar. Me gustaba mucho estar entre aquellas personas y me hacía la ilusión de pertenecer al mundo que componían y participar de sus preocupaciones. Algunos me rozaban al pasar; me decían incluso: «Usted perdone». Era muy grande la tentación de quedarme con ellos, y parecía todo tan sencillo... Quizá tan solo consistía en girar y girar, en dejarse ir sobre las baldosas y por las escaleras alumbradas, abajo y arriba, hacia la derecha y la izquierda, y por las baldosas otra vez, con los mismos pasos que ellos daban, sin perder el compás, el ritmo de todos. Tal vez, cuando se acabasen las vueltas, habría pasado mucho tiempo y ya todos me conocerían. Me habría librado de mi condición y de mi angustia.

Paseaba y paseaba de un lado para otro, componiendo un continente medido. Era fácil de aprender aquella función. Todo giraba, se engranaba de por sí. Sería maravilloso tener un papel de verdad en aquella rueda, no estar solamente imitando a los demás.

Ellos formaban un mundo, se relacionaban grandemente entre sí. Sus asuntos, aunque fueran particulares, no eran de índole distinta. Estando en el mismo plano de aquellas personas y tan cerca de ellas, me daba cuenta de cuánto tenían que ver unas con otras, del acuerdo que reinaba entre todas. Se hablaban en voz baja al pasar y algunos se detenían a darse golpecitos en la espalda y esbozaban sonrisas pálidas, como de consuelo. Pero todo lo hacían bisbeando, con mucho respeto, en tono menor, sin bullicio ni descompostura, como si hubiera un enfermo que dormía allí junto y todos preguntasen por él y se compadecieran. Acaso todos ellos estaban enfermos y lo sabían, y por eso se guardaban tanta consideración entre sí, unidos en su misma enfermedad, en la idéntica esperanza de curarse.

Yo también podría haber fingido un desmayo, un vómito, cualquier cosa y ya sería uno de ellos, y enseguida me rodearían y me llevarían en volandas a la habitación. Pero la habitación se me representaba como una escombrera, como un cubil salvaje y

maloliente. No podría ofrecerles ni una taza de té; no habría sitio donde poner la bandeja, bailarían sin asentar sobre los bultos desiguales. Ni siquiera una silla podría ofrecerles. Me acordaba de las ropas, de la maleta abierta, de los paquetes amontonados. Había algunos grandes encima de otros de menos base y era fácil que los de arriba se hubiesen caído, con lo cual estarían los papeles rotos y todo desparramado por el suelo.

La imagen de este desorden me volvió a traer a la mente el recuerdo de Carlos, y la urgencia que había de encontrarlo. Di la vuelta y eché a andar hacia la puertecilla del fondo lo más deprisa que podía, como si nadase contra la corriente.

Cuando salí al parque era de noche, una noche sin luna. Me apoyé en la puerta, desconcertada, y esperé a que mis ojos se fueran haciendo a lo oscuro para poder avanzar.

No se oía ningún ruido en torno. Venía un aire limpio y suave, y, a rachas, un perfume pequeño a canela, a pan con azúcar; debía haber una mata de heliotropo allí cerca. Agucé el oído y me mantuve unos instantes en tensión; luego empecé a andar con cuidado, llevando las manos extendidas delante para no tropezar. Noté que a cada paso que daba tardaba más tiempo en llegar con los pies al suelo, como si fuera andando cuesta abajo o la tierra se hundiese. Esto me producía mucha angustia, me daba una enorme sensación de inseguridad.

Poco a poco me fui acostumbrando a la tiniebla y empecé a distinguir sombras y contornos. El parque era estrecho y alargado, limitado en cada extremo por una fila de árboles fantasmales tupidos y uniformes, como guardianes. Por el medio había macizos de flores gigantescas. A veces, el camino se interrumpía y tenía que avanzar por entre estos macizos, rozando los gruesos tallos, y me parecía sentir la respiración de una persona o de un animal escondido allí

junto. Las flores eran gordas y carnosas como cabezas y despedían un olor sofocante. Pasaba sin atreverme a respirar.

Por la izquierda oí sonar el río. De detrás de los troncos de los árboles subía el murmullo apagado y hondo, como la voz lamentosa de un prisionero. El molino debía estar ya cerca. Me dio miedo asomarme y casi no quería mirar para allí. ¡Qué terrible el molino en la noche! Tal vez en torno a sus paredes, donde las aguas se agitaban, aflorasen ahora, entre turbias espumas, las risas sin dientes de los ahogados; y estarían en corro las pálidas cabezas, levantados sus ojos huecos hacia los ojos huecos de las ventanas. Y llamarían con ello a todo el que pasase por allí.

Seguí andando deprisa. Tal vez Carlos no había muerto todavía. De estar vivo, andaría por allí, muy cerca. Tal vez lo tenía a mis espaldas, entre los matorrales; tal vez era la suya aquella respiración que me parecía sentir algunas veces. También tenía miedo de que estuviese vivo. Quise llamarle y no me salía la voz.

Seguí andando hacia el fondo del parque y me hundía gradualmente. El suelo estaba liso, sin desnivel alguno, y yo veía el bulto de mis pies posándose por lo llano; pero, a pesar de todo, me hundía sin remedio. Seguramente me hundía hacia el molino. Me poseía un poder misterioso que era capaz de arrastrarme hacia allí poco a poco por un desconocido tobogán. Carlos se estaría ahogando y me llamaba.

Llena de espanto, hice un esfuerzo por detenerme y resistir. Cada vez iba caminando más deprisa, siempre de frente. Me salió al paso un árbol corpulento y me abracé a su tronco con toda la potencia de mis brazos, como cuando uno no quiere que lo lleve el viento, y clavaba las uñas en su corteza.

De pronto tuve una extraña clarividencia. Por primera vez desde que habíamos llegado al balneario se me cruzó la idea de si estaría soñando. Se me abrió esta duda como una brecha en los muros de tiniebla que me cercaban, como la única salida posible, la única luz. Pero se me alejaba, desenfocada, bailando con guiños de burla,

como la luz de un faro; perdía consistencia y desaparecía, sofocada por las imágenes y las sensaciones del sueño mismo. De nuevo intenté gritar, esta vez con mucho mayor empeño y esperanza, con todas mis fuerzas, y de nuevo fue en vano. La voz no me salía, se me estrangulaba sin alcanzar a repartir sonido, igual que si tropezara con una barrera de piedra.

Empezaron a oírse ruidos lejanos que se acercaban más; algo así como golpes acompasados contra un tambor y pasos de muchas personas arrastrando los pies procesionalmente. Apreté la cara contra el tronco del árbol y cerré los ojos. Venían los ahogados —no había duda—, traían el cadáver de Carlos para depositarlo a mis pies. Ya iban a llegar pronto. Sería terrible cuando llegasen a mi espalda y me tocasen con un dedo por detrás.

Si estaba soñando, tenía que despertar enseguida; antes de que ellos llegasen, antes de ver a Carlos muerto y que fuese verdad. Había que darse prisa. Ahora mismo: gritar y despertar. Pero cada vez que lo intentaba no conseguía más que avivar mis terribles sufrimientos. Me debatía entre la luz y la sombra, entre la vida y la muerte, desesperada ante la impotencia de vencer y salir a lo claro, de aniquilar este mundo de amenazas, terror y misterio, que me envolvía y acorralaba, que avanzaba, agigantándose, cada vez más desorganizado y caótico, sin ningún asidero para mí.

Ahora, en las pausas de los tambores, se oían otros golpes más tenues, pero más cercanos, como de alguien que me viniese a salvar, que me llamase desde otra orilla, a través de un delgado tabique. Alguien me estaba buscando con una luz muy fuerte para sacarme de allí, pero iban a pasar por mi lado sin verme, sin oírme. Sabía que todo consistiría en lograr dar un grito poderoso. Lo intentaba de nuevo, sin conseguir soltar el chorro de la voz. Lo ensayaba, a empujones cortos y continuados, sin tregua. Tenía una piedra enorme cegándome la voz, como la entrada de una cueva.

Los pasos de los ahogados, trayéndome el cuerpo inerte de Carlos, haciendo retumbar sus tambores de muerte sonaban ya

cerca, a mis espaldas. Los otros golpes, los de verdad, los que solamente estaban separados de mí por un telón, por una débil muralla, se oían más apagados y más lejos. Un grito, un grito que me los acercara, que me los iluminara. Si me oían gritar todavía podían llegar a tiempo los que me buscaban, para sofocar los otros ruidos y destruirlos, para sacarme de allí. Me estaban buscando con potentes linternas.

Ya llega Carlos, muerto, rodeado de cuerpos de fantasmas; ya vienen los tambores. Un esfuerzo. Estoy dormida, soñando. Un esfuerzo.

Ahora conseguía emitir unos gritos raquíticos como mugidos, como burbujas. Más fuerte. Más. Más fuerte. Gritar, gritar, gritar...

2

—¡Señorita Matilde!... ¡Señorita Matilde!... ¿Me oye?

El botones deja un momento de golpear con los nudillos y pega el oído a la puerta, sin atreverse a entrar ni a marcharse. Luego llama otra vez, más vivo, sin respeto, realmente alarmado.

La señorita Matilde hace crujir los muelles de su lecho y se debate, emitiendo gritos ahogados y angustiosísimos, como si la estrangularan. El botones, por el invierno, ha ido al cine varias veces y sabe que pueden ocurrir cosas así. Conoce algunas historias de malhechores que se deslizan furtivamente en los dormitorios de las mujeres solas para robarlas o violarlas, y que, después de saciado su deseo y su codicia, escapan sin dejar huellas de su paso, hurtándose sigilosos a todas las miradas.

El botones está muy excitado y se siente héroe de verdad por primera vez en su vida. Tiene catorce años y en este balneario se aburre de muerte. Vaya una ocasión. No es que vaya a decir que no le da un poco de miedo, pero no se piensa ir ni pedir ayuda a nadie.

Va a entrar él solo, solito, a sorprender el atropello del desalmado. Como no conteste ahora, vaya si entra.

—Señorita Matilde..., señorita...

Nada, que no contesta. Que sigue con los gemidos. Las piernas le tiemblan un poco. Pone la mano en el picaporte, pero no se atreve a empujar.

A lo mejor era más seguro bajar a avisar al conserje. Sí, claro que sería más seguro. El conserje es un hombretón como un castillo, menudo tío; con ese ni lo contaba el tipo de ahí dentro. Pero ¿y si se va mientras él baja y vuelve a subir? Además, viniendo el conserje, él seguiría teniendo bastante mérito; siempre dirían: «Ese chico fue el que avisó»; pero ni comparar con lo que será si entra solo y se lía a puñetazos. A lo mejor lo traen en los periódicos, y hasta con retratos. Se imagina la cara que pondrá Demetrio, el de La Perla, que siempre los anda llamando cobardes a todos, porque una vez de poco mata a uno peleándose, y llegó a estar en la cárcel un mes.

Ánimo. Un poco de ánimo. Ahora se oyen palabras entrecortadas y un grito algo más claro y más alto; y otra vez nada. Solo el cuerpo que se revuelve encima de la cama, como si rechazase a otro cuerpo en la lucha.

Todavía vacila. Mejor le gustaría que fuese la señorita Clara, la del veintiséis, que duerme sola en la habitación al lado de su padre, ese señor que es juez. Con esa sí que no lo dudaba; aunque solo fuese por verla echada en la cama. Vaya una maravilla. Es la única chica joven que viene al balneario; le suele sonreír —más maja y simpática—, y hasta el año pasado una tarde que llovía jugó con él al ajedrez. Siempre anda por el paseo, con un libro cerrado y las manos colgando, sin saber lo que hacer. Bien que se aburre la pobre. Por las mañanas, todavía; alguna vez se va en el tren a la playa. Pero por las tardes todo se le vuelve dar vueltas como un oso enjaulado y entrar por una puerta y salir por otra, y echarles a todos los que ve esos ojos tan mustios y tan preciosos, y aguantar las bromas de los mayores, como si se quisiese escapar y pidiese,

mudamente, auxilio. Por defender a esa no se andaba parando a pensar si iban a sacarle o no en los periódicos. Entraba, aunque supiera seguro que lo iban a matar.

De todas las demás señoras y señoritas le da lo mismo. Si no fuera porque vienen las mismas todos los años, hasta las confundiría. Todas iguales, con la nariz y los ojos absurdamente repartidos, que parece que siempre les sobra sitio en la cara; con la boca muy delgada pintada de carmín, rematada por dos altivos surcos paralelos; con esos trajes llenos de frunces y perifollos que tardan lo menos tres horas en arreglarse. Y luego las risas tan bobas cuando están todas en rueda, tomando el chocolate.

Esta no es de las peores. Es bastante cariñosa y le ha dado propina varias veces. Además no puede uno elegir las ocasiones. Seguro que una como esta no se le vuelve a presentar en la vida.

Nada, hay que decidirse. Otra vez se acuerda de Demetrio y aprieta el puño sobre el picaporte. A la una, a las dos y a las... ¡tres!

Ha entrado de un golpe, como si derribara la puerta, exagerando la violencia de su actitud para hacerse fuerte, y ha avanzado en línea recta, con los puños cerrados, hasta el centro de la habitación. Allí se ha detenido y se le comba el pecho fieramente, mientras las piernas le tiemblan y casi se niegan a sujetarle. Piensa que su aparición inesperada y sus pasos decididos serán más que suficientes para asustar al ladrón y ponerlo en fuga. Dice, sin mirar a ninguna parte, con una voz que quiere ser terrible:

—¿Quién anda ahí?

Y se queda bastante satisfecho de sí mismo, porque la voz le ha respondido, aunque un poco más débil de lo que hubiera hecho falta, sin gallos ni temblores.

Ahora, en vista de que no se oye nada, se atreve a mirar en torno. La habitación está en penumbra y huele a sudor y a cerrado. Al principio no está seguro del todo, pero le parece que no hay ningún extraño. Aquel bulto...; no, nada, es un traje oscuro sobre el respaldo de una silla. Siente a la vez alivio y decepción. Como no se

haya escondido... Ahora ya mira libremente en todas direcciones, abarca el cuarto, rincón por rincón, y ve bien claro que el ladrón no está.

Avanza decidido hacia la cama. De esconderse, habrá sido debajo de la cama; pero no le ha dado tiempo. Además, esos son recursos de los cuentos de niños. Los ladrones y asesinos del cine aprietan resortes ocultos en las paredes o se descuelgan por las ventanas con saltos fabulosos, sin hacer ruido, casi volando.

Todavía un pequeño sobresalto al tropezar con algo blando que está en el suelo, encima de la alfombra. Es el corsé de la señorita Matilde, con las medias prendidas, colgando despatarradas como piernas de goma que se hubiesen desinflado. Le da un poco de asco, lo aparta con el pie. Ya está a la cabecera de la cama.

La señorita sigue emitiendo sonidos inarticulados que se le abortan sin salir del todo, angustiosos, tercos, confusos, como los de un mudo que quisiese hacerse entender. Su cuerpo sudoroso se agita dolorosamente, presa de un misterioso maleficio, y se marcan sus contornos, abundantes y desceñidos, por debajo de la colcha ligera. La señorita está en combinación y duerme con los brazos destapados; se le ve, también, todo el escote opulento. Menudo, cómo debe sudar. El botones la contempla totalmente desencantado; sin querer vuelve a acordarse de la señorita Clara, la del veintiséis, y piensa lo que hubiera sido verla a ella en la siesta. Se siente muy ridículo. ¡Qué rabia le da haberse asustado tanto! Si lo llega a saber Demetrio... Ganas le dan de volver la espalda y marcharse al pasillo por donde ha venido, sin echarle una mano a esta infame gorda. Pero le da un poco de pena. ¿Quién tiene el corazón de irse, dejándola a la pobre en garras de esa terrible pesadilla?

La coge por un antebrazo y la sacude suavemente. Mejor sería por los hombros, pero los tiene tan desnudos. Le da como reparo.

—Señorita, despierte; señorita Matilde.

Es poco, demasiado flojo. ¿Qué demonios estará soñando? Ahora menea la cabeza para los lados y hacia atrás, como si quisiera sacudir un moscardón imaginario, y abre mucho la boca; se le ve la lengua inerte y babosa, sacudida por los inútiles pujos de voz aprisionada, de la voz que se debate por alcanzar a ser algo más que esos sordos gemidos. Pone un gesto de patética estupidez. Se parece al Chele cuando anda borracho perdido y no lo pueden levantar del suelo entre dos hombres. Se parece, también, a don Antonio, el encargado de antes, cuando estaba muriéndose. Dios mío... ¿Se irá a morir? Aquí sola con él, en este cuarto... A lo mejor le ha dado un ataque o algo...

El botones no deja de mirarla. Ahora está asustadísimo. La sacude, esta vez por los hombros, bien fuerte, sin remilgos. Las manos se le hunden en la carne blanda y blancuzca, en la carne abundante, limpiísima e intacta, lavada dos, tres, cuatro veces al día con un rico jabón que viene envuelto en papel amarillo, que lo mandan en cajas de cuarenta pastillas y casi no lo venden ya en ningún comercio; un antiguo, satinado jabón, anunciado en las páginas de la *Ilustración Española y Americana* junto al dibujo de una señora de boca pequeña, la larga cabellera rubia flotando al viento. Los hombros de la señorita Matilde constituyen su mayor orgullo. Le gusta mirárselos desnudos en el espejo, a través de las blancas burbujas de jabón, secárselas con mimo, como en una caricia; recorrerlos con el pulgar, mientras los otros dedos se esconden en el nido amoroso del sobaco. Se los mira una y otra vez con el pretexto de lavárselos, de explorar un granito, de reformarse una combinación. Los echa para atrás, los tornea en el aire, les busca el perfil. No puede resistir la tentación de hacerlo. Muchas veces, en la confesión, ha tenido que acusarse, muy avergonzada, de estas pecaminosas complacencias.

Al botones, por su parte, los hombros de la señorita Matilde le dan bastante grima; jamás se le hubiera pasado por la cabeza la idea de tocarlos, de no haberse visto obligado a ello por circunstancias tan

perentorias. Gracias a lo asustado que está ha logrado superar esa repugnancia. Ahora se trata de algo más serio; hasta palmadas se atreve a darle en la cara, que la tiene como untada de crema; hasta a hablarla muy cerca del oído, rozando los rizos aplastados.

—Señorita, despierte; señorita..., por Dios.

Por fin, la señorita, bruscamente, se incorpora en la cama de un salto inesperado y lanza un grito desgarrador y victorioso. Un grito largo, largo... Es como respirar, como abrir las compuertas, como si entrase torrencialmente el aire a llenar hasta lo hondo un aljibe vacío.

Abre los ojos extraviados de terror, y se abraza al cuello del botones, sin que él tenga tiempo de evitarlo. Le ha saltado de repente como una pantera y se acurruca contra él, y el aliento entrecortado y ardoroso de sus palabras le hace cosquillas en el lóbulo de la oreja. Todavía no sabe lo que dice.

—Carlos, Carlos..., te quiero; qué miedo, te mataban...

Y a todas estas, clavándole las uñas en el cogote y sudándole encima aquella mole desgobernada, fofa y pertinaz. Se desprende como puede, todo sofocado, y se cantea tímidamente hacia la rayita de luz que entra por la ventana, para que ella le mire y le pueda reconocer. Articula, turbado:

—Soy Santi, señorita Matilde. Santi..., ¿no me conoce? He entrado porque la oí quejarse y creí que le pasaba algo. Perdone que haya entrado, pero estuve llamando mucho rato y no me contestaba. Ha debido tener una pesadilla...

Ahora baja los ojos como disculpándose de no ser esa persona a quien ella llama, de resultar extraño en esta habitación, de haberle usurpado el lugar a alguien.

—Soy Santi, Santi, el botones —repite.

Igual que si dijera: «Solo Santi. Yo no tengo la culpa».

La señorita Matilde está sentada ahora con el cuerpo rígido y le mira con ojos inexpresivos, fijos y distantes. Poco a poco va sintiendo el sudor de sus piernas, el peso de su cabeza, va

haciéndose a la penumbra de la habitación cerrada. Pesadilla..., era una pesadilla. La mala digestión, el bacalao al pilpil. Tiene la lengua seca, como untada de ceniza. Ha sido el bacalao, siempre le pasa igual cuando lo ponen. Ni régimen ni nada; no se da harta.

¡Puf, qué manera de sudar! Tiene un pie destapado, colgando. Hasta la colcha posa. Vaya trazas de cama. Este chico la ha visto medio desnuda. Ahí está, todavía, de pie. Santi, claro. Santi, el botones. Carlos sueño, Carlos no hay. No hay congojas, no hay vereda terrible que arrastra al molino, ni fantasmas de ahogados, ni hostilidad por parte de nadie. Pero Carlos, tampoco. No ha podido llegar a decirle aquello tan urgente que le iba a decir. Flota, se esfuma lejísimos el mensaje. No le ha dado tiempo. Ya nunca le dará tiempo. Ha quedado pendiente, roto sobre los abismos. Ahora no tiene nada que decirle a nadie. Se sube un poco la colcha. Se tapa.

—Sí, Santi, Dios te lo pague, hijo. Tenía una pesadilla muy mala. Gracias a que has venido tú. —Se estira, se pasa la mano por la frente—. ¡Qué calor! ¿Qué hora es?

—Serán las cinco y cuarto. Yo subía a avisarla, de parte de las señoras, porque dicen que la necesitan para el julepe. Ya están todas abajo.

—Ah, sí, para el julepe... Pues diles que ahora voy.

Las últimas palabras, sobre todo el «voy», se oscurecen tragadas por un poderoso bostezo. Santi se pone a hacer el cálculo mental de los bostezos que irán transcurridos en el balneario desde que se levantó él por la mañana temprano, de los que se estarán produciendo ahora mismo, de los que faltarán todavía hasta la noche.

—Pues me voy, señorita, si no me necesita para otra cosa.

La señorita Matilde se queda inmóvil, recordando. Eso mismo le dijo el botones del sueño, cuando le dio el recado en el pasillo. De pronto mira a este fijamente. Aquel..., este..., ¡pero si son el mismo! Tiene ganas de retenerle, de preguntarle, por si acaso supiera

alguna cosa más acerca de Carlos, o tuviera que darle recado nuevo. Está segura de que es el mismo. Le parece que ahora se está burlando de ella, tan seriecito en su papel de Santi, escondiendo la risa que le da fingirse otro distinto del de hace un rato; le parece que disimula para engañarla y embarullarla en este juego desconcertante. El otro no sabía su nombre y este la llama señorita Matilde; pero es igual. O los dos son verdad, o los dos son mentira. Llamarse señorita Matilde no demuestra nada.

—Digo que si no manda otra cosa, que me voy —repite el chico desconcertado.

¡Qué bien lo hace! Le da vergüenza descubrirle, decirle que le ha reconocido. A lo mejor también él, pobrecillo, es víctima de este juego, y son otros los que le ponen y le quitan los papeles, los que lo manejan.

—No, muchas gracias. Te puedes ir. Ciérrame bien la puerta.

La señorita Matilde, Matilde Gil de Olarreta, se ha quedado sola en la habitación. La habitación está limpia y recogida. Gil de Olarreta, Bermúdez, Acuña, Céspedes, Casamar... Los apellidos se levantan en una racha de aire manso, danzan como vilanos por la habitación cerrada. Sabe hasta dieciséis. Le gusta recordarlos. Se van sucediendo enhebrados, como música, los va viendo colocaditos en estantes, igual que camisas planchadas. Estella, Del Río, Aguilar, Orfila... Sus apellidos escritos en lápidas de cementerio, en reseñas de la buena sociedad, en dedicatorias de fotografías, en escrituras de compraventa, en viejos fajos de cartas archivadas; sus apellidos vestidos de uniforme. Le guardan las espaldas, le evocan cosas de fundamento. Han subido las navieras Aznar; ayer, carta de la prima Luisa, diciéndole que vaya con ella a Mataró; todo está recogido; mañana es Santiago Apóstol, dirá el sermón don Manuel, como todos los años; viene, el pobre, por las dos piedras que tiene en el riñón; ese día siempre cuenta lo mismo, lo de los moros; que, por lo

visto, hizo el Apóstol una atroz matanza montado en su caballo. Se bajaría a ratos del caballo, cuando nadie lo viera. O no, cualquiera sabe; son cosas de hace tanto tiempo.

Esta tarde hace bochorno. De abajo, del paseo, suben palabras y risas. Las del julepe. De un momento a otro le van a dar una voz para que baje. Esa que se ríe ahora es Amelia, la de Valencia. Se la oye una vez y ya se la conoce siempre; parece una codorniz. Bueno, hay que levantarse. Nunca le ha dado tanta pereza.

La señorita Matilde pone los pies desnudos encima de la alfombra y contempla perpleja la habitación. Otra vez tiene la sensación extraña de que alguien la está engañando. Desconfía, se siente insegura.

La habitación es la misma del sueño. La puerta que da al baño todavía está abierta. Él era brusco e incomprensible, turbador; seguramente ocultaba un pasado azaroso. La hablaba con dominio y con cierta indiferencia, como si fueran viejos amantes. La señorita Matilde pasa sobre la palabra amantes con un dulce sobresalto. Luego se la repite y, al hacerlo, le late fuertemente el corazón. Viejos amantes. En esta misma habitación..., hace un momento.

Ahora mira el espejo, que está enfrente. Allí dentro le parece que va a ver continuar el sueño interrumpido, como en la pantalla de un cine. Ese cuarto de dentro lo ve a través de una neblina, como si estuviera inmerso, todavía, en la luz indecisa y abisal que ella acaba de sacudir de sus ojos. Ahí está sentada la mujer del sueño, con los pies y los brazos desnudos, atenta a los rumores apagados que suben del paseo, sin atreverse a salir por los desconocidos pasillos, temerosa de alguna emboscada. A lo mejor ahora se va a abrir la puerta y va a volver él. Va a acercarse de puntillas y a abrazarla por la espalda, y ella llorará con la cabeza escondida en su pecho y le pedirá que se vayan de aquí; le contará el miedo que ha pasado en este cuarto, tanto rato sola, pensando que él se iba a suicidar. Y él le acariciará los hombros y los cabellos, le besará los ojos como a una niña asustada.

La señorita Matilde se levanta y se va al espejo, atraída por una fuerza misteriosa e irresistible. La mujer de dentro de la luna se levanta también y avanza hacia ella, lenta, solemne y fantasmal. Se quedan paradas una frente a otra y se miran absortas, como haciendo memoria, como si no pudieran conocerse. Fijándose bien, la señorita Matilde advierte, de pronto, que la de dentro tiene en los ojos un poco de burla, como si hubiera adivinado todas las fantasías que ella está urdiendo con tanta seriedad y le siguiera la corriente por obligación. La mujer del espejo se pasa horas y horas agazapada en lo oscuro y, cuando se asoma, viene pensando en viajes que ha hecho desde su rincón. A la señorita Matilde le da envidia, porque le parece que sabe más cosas que ella; pero luego reflexiona y se siente orgullosa de envidiarla, porque, al fin y al cabo, es como estarse envidiando a sí misma. Y entonces se ríe, complacida, y señala a la imagen con el dedo y dice: «Yo soy esa, yo soy esa. Yo soy tú». Y le gusta ver que la de dentro se ríe y hace los mismos gestos, como una esclava.

De abajo viene una voz impaciente:

—¡Matilde!... Pero ¿bajas de una vez?

Ella ha abierto la ventana y saca un poquito la cabeza por detrás de la cortinilla blanca de lienzo. Debajo de los árboles del paseo han puesto dos veladores y, sentadas alrededor, cuatro señoras han armado el julepe. Desde arriba solo se ve bien a la que está de espaldas, con un traje estampado de ramajes grises. A las otras las tapan las copas de los árboles. Se ven algunas manos posadas sobre el mármol, agarrando las cartas, y se reconocen palabras sueltas del juego. Detrás de ellas está el río, aunque tampoco se ve. Y en la orilla de allá las montañas verdes y lisas, con montoncitos de hierba segada y árboles frutales. Hay dos niños arriba del todo. La señorita Matilde se acuerda de que el año pasado subieron ellas allí de merienda, una tarde que se ahogaba uno en el valle, y, después de las fatigas de la escalada, solo se veían otros montes muy cerca de aquel, tan cerca que daban ganas de subírseles también, porque

entraba como una comezón de llegar a lo llano. Se cansó mucho ella aquel día y luego le sentó mal la tortilla de patatas.

En el centro de uno de los veladores han puesto un cenicero grande y se oye el sonido metálico de las perras cayendo allí.

—... y ¿quién te manda a ti meterte con la sota y una brisca?

—Julepe a las tres.

—Ay, hija, como empecéis como ayer...

Como ayer. Y como anteayer. Y como mañana. La sota adolescente y descarada como una modistilla en carnaval. El caballero afeminado. El rey barbudo. Las briscas, los triunfos pequeños. El as de oros, radiante como un cáliz. Que pinten oros; si pintaran oros...

Las cinco y cuarto todavía. Bajaré. ¡Qué va a hacer! Hasta las nueve que se cena... ¡Cuánta tarde queda por matar todavía! Matar la tarde. Irla matando célula por célula, minuto por minuto, y verla cómo va perdiendo sangre, sin ningún entusiasmo tampoco por su muerte, porque es como un trabajo rutinario, de oficina, el de matar la tarde. No hay riesgo, no hay opción a soluciones diferentes. Irse llenando los dedos de la sangre de la tarde, una sangre cenicienta y templada que se escurre como arena, que ni siquiera deja mancha.

La señorita Matilde se sienta en el alféizar de la ventana, presa de un lánguido sopor, y por detrás de sus ojos, que se posan inertes y sonámbulos en las altas montañas de la orilla de enfrente, van desfilando, mezcladas e incompletas, imágenes vividas en este balneario, recuerdos, impresiones. Le parece que está pasando entre los dedos las cuentas de un rosario cuando pasa revista a estas imágenes, sabidas, incoloras, silenciosas, que se le superponen desde siempre como un grueso hojaldre de paredes blancas.

El balneario no es que sea muy grande, pero tiene, eso sí, muchas puertas. Este es el Gran Hotel, y comunica con el manantial y los

baños. Hay muchos pasillos interiores que parecen inútiles y enorme cantidad de recodos y escalones. Pero, sobre todo, las puertas. Generalmente son de esas de dos hojas, que basta con empujarlas y se abren y se cierran sin ruido. Si no hubiera tantas puertas, aunque casi todas vengan a llevar al mismo sitio, este lugar no tendría movimiento ni emoción ninguna. Nadie se perdería y estarían todos sentados en círculo, mirándose a los ojos, pensando secretamente en escapar.

Las puertas llevan al manantial, al salón, con su piano, al escritorio, al parque de atrás, pero lo importante no es adónde lleven, sino que las haya en tanta profusión. Desde por la mañana, todos los agüistas desahogan sus nervios buscándose unos a otros en repetidos paseos circulares, a través de los limitados recintos recorridos tantas veces. Entran y salen enardecidos por la pesquisa; creen encontrar el rastro a cada instante y no les importa que se les vaya un poco, porque es igual que el juego del escondite, donde la gracia misma reside en la dificultad de la búsqueda y en que dure más tiempo.

—¿Ha visto usted a don Pedro?

Y uno siempre lo acaba de ver. Don Pedro ha salido de aquí precisamente ahora; acaba de marcharse por aquella puerta. Caliente, caliente. Si se da usted prisa todavía lo alcanza. Y el buscador le sigue. Y don Pedro lo sabe: que lo están buscando, que alguien lo está buscando, que lo van a alcanzar; y por eso le encuentra gracia a dar un paseo, a entrar y salir por estas puertas con el pretexto de pasear su vaso de agua; de buscar, a su vez, a otra persona, en lugar de sentarse tranquilamente a leer el periódico. Y cuando el buscador alcanza a don Pedro, habla con él dos palabras o se da una vueltecita en su compañía y enseguida se despide, pretextando un pequeño quehacer, pero lo cierto es que se va a buscar a otro agüista para cambiar un poco, porque don Pedro, en realidad, tiene poca conversación y no sabe uno qué decirle.

Aquí todos se conocen de unas temporadas a otras. Constituyen una gran familia y se subdividen, agrupándose por regiones. Gallegos, catalanes, madrileños... Conocen los unos las historias de los otros, y sus dolencias, y sus parentescos. Y algún día descubren con gozosa sorpresa antiguas amistades y las desentierran como un tesoro.

—¡Pero, hombre, si no conozco otra cosa! Toda la vida vivieron al lado de casa de mis abuelos, en Bilbao. Famoso aquel Cesítar. Si usted lo hubiera conocido de niño..., sabía más que Lepe.

Cuando llegan los agüistas nuevos, la primera orientación que se necesita es la de conocer la región a que pertenecen. Con eso se les coloca en el casillero oportuno, y de ahí se pueden ir sacando informaciones ulteriores hasta localizar el apellido, y procurar sacarle, paladeándolo despacio, ramas afines con algún otro oído anteriormente, tal vez en este mismo balneario.

—Usted no tendrá que ver, por casualidad, con Pepe Villanueva, el de Cáceres.

—Sí, señora, es primo segundo de mi madre.

—Vaya, ¡qué casualidad! Pues no lo querrá usted creer, pero la he sacado por el parecido. No diré que sea una gran cosa, pero se dan ustedes un aire de familia.

Sí. Todos se conocen; todos se localizan por los nombres, por las familias, en esta gran familia del balneario.

La señorita Matilde, con un pequeño sobresalto, vuelve otra vez la vista a sus apellidos, como si temiese verse despojada de ellos, y al repasarlos nuevamente se siente muy ufana del rico y abundante cortejo. Ella tiene la suerte de haber nacido en Valladolid, de padre santanderino y madre aragonesa, y haber vivido casi siempre entre Madrid y Barcelona, con lo cual conoce gente de estas cinco provincias. Esto le concede un notable privilegio sobre la mayoría de los veraneantes, que se rindieron a la evidencia de esta superioridad desde el primer día. Ahora se da cuenta de que, hace un rato, cuando entró por esa avenida de la mano de Carlos, una de las

cosas que debieron hacerla sufrir más fue encontrarse, como se encontraba, con una memoria vacía, sin poder echar mano de sus dieciséis apellidos para recitárselos a todas las señoras que alzaban los ojos, intrigadas, al verlos llegar.

Aparte de la exhibición de los propios parentescos y de la investigación de los ajenos, ¿de qué otras cosas se habla en este balneario? Lo de los parentescos es, desde luego, lo más importante; pero hay que tener en cuenta que se habla mucho, porque el día es largo, que se habla sin parar de muchas cosas. Hay veces que ni siquiera da tiempo a escuchar lo que dicen los demás, porque está uno ocupado, recordando un sucedido que tiene que ver con lo que cuentan alrededor, y lo está preparando para soltarlo cuando haya una pausa. Y otras veces hablan todos al tiempo, y la conversación resulta algo confusa.

Sucedidos, sí. Principalmente se cuentan sucedidos. Sucidos en rueda, entrelazados. De una niña, por ejemplo, que se tragó una perra; de que eso es peligroso.

—Ah, pues verá usted lo que le pasó a mi sobrinito...

—... sí, sí, muy peligroso...

—... y la perra era más gorda que una almendra.

—El pequeñito de mi hermana Ángeles, la que vino a verme el otro día con su marido...

—¿Y dice usted que se ponía morada cuando la tragó?

—... pues nada, que el angelito, en un descuido de su madre, agarró el pizarrín...

La niña, el sobrinito, la perra, el pizarrín..., sucedidos salteados, desvaídos, larguísimos de contar, desmesurados artificialmente para alcanzar a atraer la atención de todos los contertulios; para lograr, si es posible, que también levanten la cabeza de las mesas inmediatas, que se vengán al corro arrastrando sus sillas. Sucidos recientes o de antaño, del tiempo que uno quiera, hasta puede que inventados; sucedidos no sucedidos jamás. De descarrilamientos,

de muertes repentinas, escuchados plácidamente entre sorbo y sorbo de chocolate.

Que si las manzanas estaban malas, que si no estaban maduras, que si tenían gusano... «¡Ay, Señor, que me pongo mala! ¡Ay, Dios mío, que qué malita me pongo!». Esto a las siete. A las nueve, ¡muerta!

También se cuentan chistes, es verdad. Muchos chistes se cuentan. Los hay de hombres y para señoras, como las tandas de ejercicios espirituales. Y también los de hombres se les cuentan a algunas señoras, aunque haya otras que se escandalicen y digan que no han entendido nada. Hay personas especializadas en contar chistes, como hay otras especializadas en reírlos, con una risa ruidosa que se queda abajo, chocando entre las paredes del estómago, sin subir a alegrar los ojos. Los chistes se olvidan y, cuando se repiten, no se los reconoce. Se quedan en el fondo de la memoria como un barrillo impreciso, y no circulan, no se incorporan a la masa torrencial de todo lo visto y lo oído: son igual que muertos en su nicho.

Sillas... ¿Cuántas habrá en el balneario? Entre bancos, y sillas, y sillones; entre los de mimbre, los tapizados, los de madera, los de lona... Una vez que vino un prestidigitador por la noche sacaron al paseo asiento para todos y formaban los asientos filas y filas. Pero todavía estaban dentro del salón, en el vestíbulo y en las habitaciones todas las sillas de siempre, como si no hubieran quitado ninguna. Debe haber más de cinco —¡ya lo creo!— y más de seis para cada persona, contando a todos los empleados y a los de la cocina.

Sería muy bonito sacar un día todas las sillas y los sillones, absolutamente todos, y ponerlos en hilera, agarraditos de las manos, desde la puerta del Gran Hotel para allá. Una fiesta de sillas, de sillas solas, vacías, sin servir al cansancio de nadie; de sillas libres. Una fiesta de sillas que celebrasen su día de vacación, su domingo. ¿Hasta dónde llegaría la fila? Desde luego, más allá de la

iglesia. A lo mejor hasta el paso a nivel. O más allá. Seguramente más allá. Lo menos hasta la segunda curva de la carretera, donde está ese letrero torcido, en medio de un maizal, que ningún año se ha caído del todo ni se ha torcido más; ese letrero donde pone: «Para calidad, Domecq», y que es el límite de los paseos que se dan por la tarde, antes de que toquen para el rosario, las señoras de cierta edad, de sesenta para adelante. Dicen: «Vamos hasta el letrero. ¿Viene usted, Beatriz?», y se llevan el velo dobladito para entrar en la iglesia, a la vuelta. La señorita Matilde, en sus paseos, ha llegado siempre más allá del letrero. Bien es verdad que es joven todavía. Nadie le calcula más de treinta y cinco, y hasta veintiocho le han llegado a calcular.

Hay sillas que nunca cambian de sitio, apenas unos milímetros en las limpiezas de por la mañana, para dejarse quitar un poco el polvo. Son, sobre todo, las de los pasillos. En todos los pasillos, aproximadamente por la mitad, hay una mesita arrimada a la pared, con un florero encima y dos sillas a los lados. Nunca se ha visto a nadie sentado en estas sillas; sería absurdo, violento, desairado. El sentado parecería un mosquetero, una figura de museo de cera. Es poco probable suponer que se haya dado jamás este hecho desde que el hotel existe.

Los sillones de mimbre son los que tienen más trajín por lo ligeros y manejables. Siempre andan en brazos de los botones, de la sombra al sol, del sol a la sombra; son requeridos en todas las tertulias; arrastrados por su mismo ocupante en cuclillas. Y cuando alguien se levanta por poquito rato, deja encima del asiento el periódico o un ovillo de lana para marcar el sitio y que no se lo quiten. Cuando llueve, alguna tarde de esas que ha habido lluvia violenta, los meten en volandas, como a delicadísimos enfermos, y allí se quedan los sillones de paja, alineados a la puerta del vestíbulo, llenos de escalofrío, salpicados de gotas redonditas, mirando al cielo encapotado desde dentro.

En tales tardes de lluvia es cuando más se juega, y salen a relucir los echarpes de lana morada de las señoras. Todos irrumpen bulliciosamente en el salón para coger buena mesa, y las moscas se meten también a lo calentito y se posan reiteradamente en las barajas. El salón cobra una animación inusitada en estos días de lluvia.

Porque el salón está casi siempre vacío. Nadie se detiene allí. Alguna vez lo atraviesan los agüistas cuando están buscándose unos a otros; y pasan despacio, mirando a todos lados, como si tuvieran miedo de manchar o romper alguna cosa. Entran por una puerta y salen por la otra y, después que han salido, las dos puertas quedan meciéndose, y se oyen alejarse los pasos más firmes y apresurados, más desdolidos, afuera, por la luz. Porque el salón está casi siempre en penumbra y da mucho respeto. Huele a antiguo y a humedad. Si uno entra solo a media siesta en el salón cerrado tiene la impresión de que ha entrado a interrumpir una fiesta lenta, lejana e invisible. Se nota uno desplazado y extraño, encogido allí dentro de los espejos de las paredes, con un fondo de sillas modositas, tan pegadas unas a otras debajo de su funda azul como muchachas tímidas y emocionadas que mirasen al suelo, escuchando la música del piano y pensando que algún joven va a venir a sacarlas a bailar. Y la habitación crece y se le hace a uno enorme, y por todo el parquet encerado giran, en remolino, las parejas de antaño bailando el vals.

Los días de lluvia, en cambio, las sillas son despegadas sin miramientos de la pared y arrimadas a las mesas de juego. Se abren bien las contraventanas y se encienden todas las luces. Al salón lo sacuden de su siesta y se puebla de humo de tabaco y de voces presentes, se ventila de recuerdos.

En estas tardes de lluvia, más de una señora se termina su labor de ganchillo. Desde que se levanta, mira por la ventana y le ve la cara al día, se hace a sí misma la solemne promesa: «Hoy voy a aprovechar para darle un empujón al ganchillo». A lo mejor, la noche

anterior se quedó en la vuelta diecisiete, y cuando acaba la tarde del día lluvioso le faltan solo ocho para el remate. Se lo comunica a todas las demás señoras y las otras se acercan y soban la labor casi acabada, la estiran como chicle entre sus dedos pulcros y expertos para admirar el dibujo finísimo de estrellitas o de espirales.

También es muy frecuente en estos días de lluvia que, de pronto, se pare un automóvil a la puerta del hotel. El chófer abre las portezuelas, mientras cientos de ojos curiosos acechan desde todas las ventanas. Del automóvil se baja alguien, una familia desconocida. Hay una pausa en las lecturas, en los juegos, en las labores. ¿Quiénes podrán ser? Pero, de pronto, una señora de las que estaban a nuestro lado en la mesa se levanta excitadísima, abandona las cartas de cualquier manera y sale tropezando con la silla. Se abalanza sobre los viajeros como si tuviera miedo de que se fueran a marchar al no encontrarla enseguida, y los abraza con exageradas muestras de afecto. Los ojos se han quedado clavados en la escena. La señora se siente heroína. Habla y se ríe muy fuerte y sabe la expectación que ha despertado a sus espaldas. Habla de tú con los que han llegado, un tú insolente y agresivo, como si quisiera reconcentrar en él la esencia de la familiaridad, la mayor prueba de confianza que nadie pudiera tener con nadie.

—¡Qué alegría, qué sorpresa! Comeréis aquí conmigo, por supuesto. Pero venid a mi habitación; os querréis lavar, descansar un poco.

Tira de ellos, los va llevando por sus dominios como una reina. Los visitantes pasan, arrastrados hacia el ascensor, del brazo de la afortunada. No mira a nadie, no saluda a nadie. Habla en voz alta para que la oigan bien todos; está actuando para sus compañeros del balneario, y el saber que ellos están ahí detrás, y que han hecho un silencio, y que la van siguiendo con los ojos, es lo que le da precisamente esta satisfacción y esta euforia. Pero no mira a nadie, no vuelve a hablar con nadie hasta la noche, cuando sus amigos se han marchado. Se escurre furtivamente a la cocina y manda adornar

la mesa del comedor con caminos de flores y poner entremeses o algún plato especial. Y después de comer les enseña el parque de atrás, solitario y llovido, y el manantial de las aguas medicinales, con la Virgen de Lourdes encima, saliendo de una gruta feísima. Y después de comer forman entre ellos solos una partida de pinnacle. Pero no los presenta a nadie; ella sola los disfruta celosamente, y a aquella mesa nadie se acerca, apenas se atreven a echar miradas de reojo. Solamente cuando se han ido vuelve al corro de las señoras y les explica que eran como hermanos, que para ella son como hermanos.

Estos visitantes suelen estar tomando las aguas en otro balneario cercano y aprovechan estos días lluviosos para cumplir la promesa hecha a su paisana de que la iban a visitar.

Cuando deja de llover antes de la noche, las tardes, recién puesto el sol, se quedan melancólicas y despejadas, y es mayor el silencio de los montes. Se oyen las voces de alguno que trepa, allí lejos, a buscar manzanas, y se tiende sobre la tertulia de sillones de mimbre, vueltos a sacar al paseo, un cielo como de perla, como de agua, con algún pájaro perdido muy alto, un pájaro olvidadizo y solo que parece el primero del mundo.

Las mañanas de calor es bueno ir a pasar a la sombra en el parque de atrás, cerca de la cascada. El parque tiene al fondo una baranda de piedra que lo remata, como un mirador sobre el río ensanchado. Desde allí se ve un paisaje verde y tranquilo, y es dulce escuchar el sonido del agua, que se vuelve muy blanca al caer por el pequeño desnivel. Al pie de la cascada hay un molino viejo derruido. El médico del año pasado, que era muy bromista, contaba cosas de ese molino, leyendas de aparecidos y fantasmas para asustar a las señoras. Pero ya se sabe que esas cosas son mentira; ellas le llamaban mal cristiano, por creer en agüeros y supersticiones.

El parque tiene bancos de piedra y está repleto de flores opulentas y pomposas, de flores sin perfume que parecen cogollos de berza y

que, al ser arrancadas, rezuman de sus tallos un zumillo lechoso que se pega a los dedos. En las vísperas de las fiestas solemnes se recogen en gran profusión para adornar los floreros del altar de la iglesia.

En este parque de atrás hay mucha mezcla; se topa uno con los agüistas modestos, que viven en los hoteles y pensiones de la otra orilla del río, y que vienen por la mañana a tomar sus vasos de agua al manantial. Son comerciantes pobres de provincias, gentes delgadas vestidas de luto. Pasean, toman el sol y forman sus pequeñas tertulias en voz baja. Muchas veces se les ve leyéndose unos a otros las cartas de los hijos, que han quedado al frente del pequeño negocio, y les escriben que todo marcha perfectamente, que gocen sin preocupaciones del veraneo.

Desde ese parque, y también desde el paseo de delante, se ve, a un nivel más alto, en la orilla de enfrente, la cinta blanca de la carretera, que separa la montaña del río. La señorita Matilde la está viendo ahora desde su ventana. Por esta carretera pasan los días de fiesta rojos autobuses repletos de excursionistas bullangueros que se amontonan encima del techo y asoman las cabezas por las ventanillas. Cabezas despeinadas de muchachas con las mejillas rojas de alegría. Cabezas que se apoyan en el brazo arremangado de un compañero. Desde la carretera miran las fachadas blancas y lisas del balneario y divisan, junto a la puerta, a unas personas sentadas silenciosamente, tomando el sol, leyendo; y la sangre les hierve y no pueden soportar esa quietud. Les compadecen y les gritan adiós con toda la fuerza de sus pulmones, agitando desesperadamente brazos y pañuelos, igual que si quisieran ver agitarse y conmoverse a esas gentes, alcanzadas por la ola de su alegría, arrastradas por ella, o ver desmoronarse los blancos, aplastados edificios. Pero nadie contesta nunca a estos saludos. Solo algunos señores alzan con estupor la cabeza y miran alejarse el autobús envuelto en polvo, en gritos, en canciones; y antes de que desaparezca en la primera curva lo ven inclinarse

peligrosamente hacia el lado de acá, amenazando volcar toda su carga en el río, sin que cesen por eso las risas ni la música del acordeón. Y se estremecen ante tanta sinrazón e insensatez. Luego vuelven a su lectura, y el silencio en torno se les hace aún más grato.

No. Ningún autobús rojo de excursionistas; ningún acontecimiento del mundo exterior, por triste, por alegre que sea, puede turbar la paz de este balneario, su orden, su distribución, su modorra. Aquí se sabe de antemano lo que va a ocurrir cada día, y todos los días ocurre lo mismo; aquí todos descansan confiados en esa certidumbre y se olvidan las emociones y las congojas, si es que se sufrió alguna, alguna vez.

Y, sin embargo —¡qué cosas pasan en el mundo!—, a pesar de lo defendido que está uno en este lugar; a pesar de lo estable y lo normal que parece todo, también en alguna ocasión, que ni siquiera es importante, incomprensiblemente, sin que se haya podido prever, se efectúan, de pronto, extraordinarias e importantísimas transformaciones en lo más hondo de una persona. Puede volverse todo del revés sin que sepa uno qué mano lo ha tocado; puede cambiar de lado la visión de las cosas cotidianas, aunque esta alteración no dure más que unos instantes; quedar el mundo de antes desenfocado, perdido, y dejarse entrever otro nuevo de intensos y angustiosos acontecimientos. Enturbiarse y conmoverse en sus cimientos todas las garantías de seguridad; perder su vigor las costumbres metódicas y conocidas, volverse totalmente ineficaces.

La señorita Matilde se estremece en su ventana. También a este balneario pueden llegar un día unos dedos desconocidos e invisibles que lo transformen, que lo vacíen de su contenido habitual. Son como ráfagas que pasan una vez, como mensajes indescifrables, como oscuras y fugaces amenazas —o promesas tal vez—. Aunque se disipen igual que las nubes de tormenta, sin llegar a ser lluvia. Aunque no duren más que el tiempo de una siesta.

Esta noche se acostará y se quedará un rato con los ojos abiertos a lo oscuro y tendrá miedo a dormirse, pero se hundirá en el sueño con deleite y ansia, como si bajara, afrontando mil peligros, a las profundidades del mar. Pero —ella bien lo sabe y se lo dice con una incomprensible nostalgia— ya no encontrará nada, no podrá reanudar los sueños de esta tarde. Se ha roto el eslabón.

Y de pronto, Dios mío, ¿por qué siente su vida tan mezquina y vacía, por qué se ve tan sola, tan espantosamente sola?

—Matilde, hija, ¿pero bajas o no?

La cabeza que está encaramada al final del traje gris estampado se agacha, esquivando una rama baja de castaño, y se vuelve hacia la ventana de su amiga.

—Anda, ¡pero si está ahí asomada! ¡Y sin arreglar todavía! Pero, mujer, ¿qué haces? ¿No has oído que te llamamos?

—Ya voy, bajo enseguida. Enseguida.

La señorita Matilde se separa de la ventana y entra en el cuarto de baño. Toma una ducha fría, se peina, se pinta los labios, se pone el traje azul marino de seda natural. La señorita Matilde, así, bien arreglada, resulta guapetona. Antes de bajar a reunirse con sus compañeras de julepe se mira por última vez al espejo. La habitación dentro de la luna ha recobrado su aspecto de todos los días. Y ella también. Este vestido no se lo había puesto todavía en esta temporada, y le hace buen tipo. A las de abajo les va a gustar.

Cuelga la bata en el perchero que hay a los pies de la cama. Luego sale del cuarto y cierra la puerta con llave.

Madrid, mayo de 1954

La trastienda de los ojos

La cuestión era lograr poner los ojos a salvo, encontrarles un agarradero. Francisco, por fin, lo sabía. Él, que era un hombre de pocos recursos, confuso, inseguro, se enorgullecía de haber alcanzado esta certeza por sí mismo, esta pequeña solución para innumerables situaciones. Por los ojos le asaltaban a uno y se le colaban casa adentro. No podía sufrir él estos saqueos súbitos y desconsiderados de los demás, este obligarle a uno a salirse afuera, a desplegar, como colgaduras, quieras que no, palabras y risas.

—¡Qué divertida era aquella señora de Palencia! ¿Te acuerdas, Francisco?

—Francisco, cuéntales a estos lo del perrito.

—¿Verdad que cuando vino no estábamos? Que lo diga Francisco, ¿a que no estábamos?

—¿Margarita? Ah, eso, Francisco sabrá; es cosa de él. Vamos, no te hagas ahora el inocente; miras como si no supieras ni quién es Margarita. Se pone colorado y todo.

¿Colorado? ¿De verdad se estaría poniendo colorado? Pero no, es que lo interpretaban todo a su manera, que creaban historias enredadas, que lo confundían todo. Tal vez los estuviera mirando mitad con asombro, porque no se acordaba de Margarita, mitad con el malestar que no acordarse le producía y con la prisa de enjaretar cualquier contestación para que le dejaran volverse en paz a lo suyo. Aunque, en realidad, si alguien le hubiese preguntado qué era lo suyo o por qué le absorbía tanto tiempo, no lo hubiera podido explicar. Pero vagamente sentía que volver a ello era lo mismo que

soltarse de unas manos empeñadas y sucesivas que le arrastraban a dar vueltas debajo de una luz fastidiosa, quebrada, intermitente, ante una batería de candilejas que amenazase a cada instante con enfocar sus ojos de nuevo. Era soltarse de aquellas manos y llegar otra vez a la puerta de la casa de uno, y empujarla, y ponerse a recoger sosegadamente lo que había quedado por el medio, y no oír ningún ruido.

Algunas personas hacían narraciones farragosas y apretadas sobre un tema apenas perceptible, minúsculo, que se llegaba a desvaír y escapar de las palabras, y era trabajosísimo seguirlo, no perderlo, desbrozarlo entre tanta niebla. A otros les daba por contar sucedidos graciosos que era casi indispensable celebrar; a otros por indignarse mucho —el motivo podía ser cualquiera—, y estos eran muy reiterativos y hablaban entrecortadamente con interjecciones y altibajos, pinchazos para achuchar a la gente, para meterla en aquella misma indignación que a ellos los atosigaba, y hasta que no lo lograban y luego pasaba un rato de propina, volviendo a hacer todos juntos los mismos cargos dos o tres veces más, no se podían aquietar. Pero los más temibles, aquellos de los que resultaba inútil intentar zafarse, eran los que esgrimían una implacable interpelación seguida de silencio: «¿Y a eso, qué me dices?». «¿Qué te parece eso a ti?». Y se quedaban en acecho, con la barbilla ligeramente levantada.

Francisco andaba inquieto, como náufrago, entre las conversaciones de los demás, alcanzado por todas, sin poder aislarse de ellas, pendiente de cuándo le tocaría meter baza. Y, aunque no le tocara, se sabía presente, cogido. Y le parecía que era sufrir la mayor coacción darse por alistado y obligado a resistir en medio de conversaciones que ni le consolaban ni le concernían, no ser capaz de desentenderse de aquellas palabras de su entorno.

Hasta que un día descubrió que todo el misterio estaba en los ojos. Se escuchaba por los ojos; solamente los ojos le comprometían a uno a seguir escuchando. Sorprenderle sin que le

hubiera dado tiempo a ponerlos a buen recaudo era para aquella gente igual que pillar un taxi libre y no soltarlo ya; estaba uno indefenso. Eran los ojos lo que había que aislar; a ellos se dirigían. Francisco aprendió a posarlos tenazmente en las lámparas, en los veladores, en los tejados, en grupos de gente que miraba a otro lado, en los gatos, en las alfombras. Se le pegaban a los objetos y a los paisajes empeñadamente, sorbiéndoles con el color y el dibujo, el tiempo y la pausa que albergaban. Y oía las conversaciones, desligado de ellas, desde otra altura, sin importarle el final ni el designio que tuvieran, distraído, arrullado por sus fragmentos. Sonreía un poco de cuando en cuando para fingir que estaba en la trama. Era una sonrisa pálida y errabunda que siempre recogía alguno; y desde ella se podían soltar incluso tres o cuatro breves frases que a nada comprometiesen. «Está triste», empezaron a dictaminar acerca de él; pero no le preguntaban nada porque no conseguían pillarle de plano los ojos.

Hablaban bien de él en todas partes.

—Su hijo, señora —le decían a su madre—, tiene mucha vida interior.

—Es que, ¿sabe usted?, como anda preparando las oposiciones... Yo lo que creo es que estudia más de la cuenta.

Francisco no estudiaba más de la cuenta ni tenía mucha vida interior. Se metía en su cuarto, estudiaba la ración precisa y luego hacía pajaritas de papel y dibujos muy despacio. Iba al café, al casino, de paseo por el barrio de la catedral. A su hermana le decían las amigas:

—Es estupendo. Escucha con tanto interés todas las cosas que se le cuentan. A mí no me importa que no sepa bailar.

La casa de los padres de Francisco estaba en la Plaza Mayor de la ciudad, y era un primer piso. En verano, después que anochecía, dejaban abiertos los balcones, y desde la calle se veían las borlas rojas de una cortina y unos muebles oscuros, retratos, un quinqué

encendido. Al fondo había un espejo grande que reflejaba luces del exterior.

—¡Qué bonita debe ser esa casa! —decían los chavalines de la calle.

Y algunas veces Francisco los miraba desde el balcón de su cuarto. Los veía allí parados, despeinados, en la pausa de sus trajines y sus juegos, hasta que, de tanto mirarlos, ellos le miraban también, y empezaban a darse con el codo y a reírse. Francisco, entonces, se metía.

Un día su madre le llamó al inmediato saloncito.

—Mira, Francisco; mientras vivamos tu padre y yo, no tienes que preocuparte por ninguna cosa. Anoche precisamente lo estuvimos hablando.

Hubo una pequeña pausa, como las que se hacen en las conversaciones del teatro. Francisco se removía en su almohadón; los preámbulos le desconcertaban sobremanera y cada vez estaba menos preparado a escuchar cosas que le afectasen directamente. Se puso a mirar la luna, que estaba allí enfrente encima de un tejado, y era tan blanca y tan silenciosa y estaba tan lejos, que le daba un gran consuelo. Abría bien los dos ojos y se recogía, imaginando las dos lunas pequeñitas que se le estarían formando en el fondo de ellos. Su madre volvió a hablar, y ya no era tan penoso oírlo. Hablaba ahora de un complicado negocio que, al parecer, había salido algo mal, y en el que Francisco debía tener parte. Esto se conocía en la precisión con que aludía a nombres, fechas y detalles de los que él, sin duda, tendría que haber estado al tanto. Se acordaba ahora de que ya otros días, durante las comidas, habían hablado de este mismo asunto.

—Tú, de todas maneras, no te preocupes. Ni por lo de la oposición tampoco. Se acabó. No quiero volver a verte triste. Con las oposiciones y sin ellas, te puedes casar cuando te dé la gana.

¡Ah, conque era eso! Francisco apretó los ojos a la luna. Seguramente su madre creía que estaba enamorado. ¿Lo estaría, a

lo mejor? Alguna de las muchachas con las que había hablado en los últimos tiempos, ¿habría dejado una imagen más indeleble que las otras en aquel almacén del fondo de sus ojos? ¿Habría alguna de ellas a la que pudiese coger de la mano y pedirle: «Vámonos, vámonos»? Le empezó a entrar mucha inquietud. Allí, detrás de sus ojos, en la trastienda de ellos, en el viejo almacén, adonde iba a parar todo lo recogido durante días y tardes, se habían guardado también rostros de varias muchachas. Había una que, a veces, aparecía en sus sueños y le miraba sin hablar una palabra, igual que ahora le estaba mirando la luna. Era siempre la misma: tenía el pelo largo, oscuro, sujeto por detrás con una cinta. Él le pedía ansiosamente: «Por favor, cuéntame alguna cosa»; y solo a esta persona en el mundo hubiera querido escuchar.

La madre de Francisco esperó, como si sostuviera una importante lucha interior. Él ya se había olvidado de que tenía que responder algo a lo de antes. Despegó los ojos de la luna cuando le oyó decir a su madre:

—Ea, no quiero que te vuelvas a poner triste. Cuando te dé la gana te puedes casar. Y con quien te dé la gana. Ya está dicho. Aunque sea con Margarita.

Francisco notó que su madre se quedaba espiándole furtivamente y sintió una fuerte emoción. En el mismo instante tomó su partido. No le importaba no saber exactamente quién era Margarita, no acordarse ahora del sitio en que la había visto por primera vez. Ya eran muchas las veces que unos y otros le nombraban a esta Margarita (y él, tan torpe, no había reparado), a esta muchacha humilde de sus sueños que seguramente le quería. Sería insignificante, alguna amiga de sus hermanas, amiga ocasional, inferior para ellas, que todo lo medían por las buenas familias. Habría venido a casa algún día. Alguna empleada, a lo mejor. Su madre le había dicho: «Aunque sea con Margarita».

Pues con ella; con otra ya no podía ser. Tenía prisa por mirarla y por dejarse mirar, por entregarle sus ojos, con toda aquella cosecha

de silencios, de sillas, de luces, de floreros y tejidos, mezclados, revueltos, llenos de nostalgias. Sus ojos, que era todo lo que tenía, que valían por todo lo que podía haber pensado y echado de menos, se los daría a Margarita. Quería irse con ella a una ciudad desconocida. Depositar en la mirada de Margarita la suya inestable y desarraigada. Solamente los ojos le abren a uno la puerta, le ventilan y le transforman la casa. Se puso de pie.

—Sí, madre, me casaré con Margarita. Me casaría con ella aunque te pareciera mal. Ahora mismo la voy a buscar. Tengo que verla.

Se lo dijo resueltamente, mirándola a la cara con la voz rebelde y firme que nunca había tenido, sacudiéndose de no sé qué ligaduras. Luego, a grandes pasos, salió de la habitación.

Madrid, enero de 1954

La tata

—Anda, Cristina; si no cenas, se va la tata; se va a su pueblo.

—Yo ya acabé, tata. Cojo un plátano, ¿ves? Yo lo pelo. Yo solo.

—¿Ves, guapita? ¿Ves tu hermano? Pues tú igual... ¡Am! Así, ¡qué rico! Pero no lo escupas, no se escupe, cochina. Mira, mira lo que hace Luis Alberto. ¡Huy, pela un plátano! Dale un cachito, tonto, dale a la nena. No quiere, ¿le pegamos?... Pero ¿qué haces tú, hombre? No hagas esas porquerías con la cáscara. Venga. Cristina, bonita, otra cucharada, esta... Que si no llora la tata... Lloro, pobre tata, ayyy, ayyy, ayyy, mira cómo llora.

Con una mano tenía cogida la cuchara y con la otra se tapó los ojos. Se la veía mirar por entre los dedos delgados, casi infantiles. La niña, que hacía fuerza para escurrirse de sus rodillas, se quedó unos segundos estupefacta, vuelta hacia ella y se puso a lloriquear también.

—No comé Titina, no comé. Pupa boca —dijo con voz de mimo.

—Un poquito. Esto solo. Esto y ya.

—Tata —intervino el hermano—, le duelen las muelas. No quiere. Es pequeña, ¿verdad? Yo ya como solo porque soy mayor. ¿Verdad que soy mayor?

—Sí, hijo, muy mayor. Ay, pero Cristina, no escupas así, te estoy diciendo. Vamos con la niña, cómo lo pone todo. ¡Sucia!, la leche no se escupe. Mira que ponéis unos artes de mesa... No sé a qué hora vamos a acabar hoy.

Afianzó de nuevo a la niña y corrió el codo, que se le estaba pringando en un poquito de sopa vertida. La siguiente cucharada fue

rechazada en el aire de un manotazo, y cayó a regar una fila de cerillas que estaban como soldaditos muertos sobre el hule de cuadros, su caja al lado rota y magullada.

—Qué artes de mesa —volvió a suspirar la tata.

Y al decirlo ella y pasar los ojos por encima del hule mal colocado, todo lo que había encima, la caja, las cerillas, regueros de leche y de azúcar, cucharitas manchadas, un frasco de jarabe y su tapón, el osito patas arriba con un ojo fuera, una horquilla caída del pelo de la tata, parecían despojos de batalla.

Luis Alberto se echó a reír, sentado en el suelo de la cocina.

—Huy lo que hace, qué cochina. Espurrea la leche. Tata, yo quiero ver esa caja que tenías ayer. Me dijiste que si cenaba bien me la enseñabas. Esa tan bonita, de la tapa de caracoles.

—No, no; mañana. Ahora a la cama. Ya debías de estar tú en la cama. Y esta igual. Son mucho más de las nueve. ¿Adónde vas? ¡Luis Alberto! Venga, se acabaron las contemplaciones. Los dos a la cama.

—Voy a buscar la caja. Yo sé dónde la tienes.

—Nada de caja. Venga, venga. A lavar la cara y a dormir.

—Titina no omir —protestó la niña—. Titina pusa.

La tata se levantó con ella en brazos, cogió una bayeta húmeda y la pasó por el hule.

—No has comido nada. Eres mala; viene el hombre del saco y te lleva.

La niña tiraba de ella hacia la ventana.

—No saco. No omir. Pusa petana.

—¿Qué dices, hija, qué quieres? No te entiendo.

Luis Alberto había arrimado una banqueta a la ventana abierta y se había subido.

—Quiere oír la música de la casa de abajo —aclaró—. Asomarse a la ventana, ¿ves?, como yo. Porque ve que yo lo hago.

—Niño, que no te vayas a caer.

—Anda, y más me aúpo. Hola, Paquito. Tata, mira Paquito.

—Que te bajes.

—¡Paquito!

En la ventana de enfrente, un piso más abajo, un niño retiró el visillo de lunares y pegó las narices al cristal; empezó a chuparlo y a ponerse bizco. Una mano lo agarró violentamente.

—Esa es su tata —dijo Luis Alberto—. ¿No la conoces tú?

—No.

—Claro, porque eres nueva. Se llama Leo; ya se han ido. Leo tiene mal genio, a Paquito le pega, ¿sabes?

Cristina se reía muy contenta. Levantó los brazos y se puso a agitarlos en el aire como si bailara.

—No omir —dijo—. A la calle.

Luego se metió un puño en un ojo y se puso a llorar abrazada contra el hombro de la tata. De todo el patio subía mezclado y espeso un ruido de tenedores batiendo, de llantos de niños y de música de radios, atravesado, de vez en cuando, por el traqueteo del ascensor, que reptaba pegado a la pared, como un encapuchado, y hacía un poco de impresión cuando iba llegando cerca, como ahora, que, sacando la mano, casi se le podía tocar.

—Viene a este piso —dijo Luis Alberto—. ¿Ves? Se para. Yo me bajo y voy a abrir.

—Pero quieto, niño; si no han llamado.

A la tata le sobrecogía ver llegar el ascensor a aquel piso cuando estaban solos, y siempre rezaba un avemaría para que no llamaran allí. Se puso a rezarla mirando para arriba, a un cuadrado de cielo con algunas estrellas, como un techo sobre las otras luces bruscas de las ventanas, y llegaba por lo de «entre todas las mujeres» cuando sonó el timbrado. El niño había salido corriendo por el pasillo, y ella le fue detrás, sin soltar a la niña, que ya tenía la cabeza pesada de sueño. La iba besando contra su pecho y la apretaba fuerte, con el deseo de ser su madre. «Nadie me iba a hacer daño —pensó por el pasillo— llevando a la niña así. Ningún

hombre, por mala entraña que tuviera». Luis Alberto se empujó para llegar al cerrojo.

—Pero abre, tata —dijo saltando.

—¿Quién es?

Era la portera, que venía con su niña de primera comunión para que la viera la señorita.

—No está la señorita. Cenar fuera, ya no vienen. Qué guapa estás. ¿Es la mayorcita de usted?

—La segunda. Primero es el chico. Ese ya la ha tomado, la comunión, pero a las niñas parece que hace más ilusión vestirlas de blanco.

—Ya lo creo. Y tan guapa como está. Pero pasen, aunque no esté la señorita, y se sientan un poco. Quieto, niño, no la toques el traje. Pase.

La portera dio unos pasos con la niña.

—No, si nos vamos. Oye, ¿tenéis cerrado con cerrojo?

—Es que a la tata le da miedo —dijo Luis Alberto.

Ella desvió los ojos hacia la niña, medio adormilada en sus brazos.

—Como a estas horas ya no suele venir nadie —se disculpó—. Pero siéntese un rato, que le saque unas pastas a la niña. Esta se me duerme. Mira, mira esa nena qué guapa. Dile «nena, qué guapa estás», anda, díselo tú. Ya está cansada, llevan una tarde. El día que no está su mamá...

—¿Han salido hace mucho?

—Hará como una hora, cuando vino el señorito de la oficina. Ella ya estaba arreglada y se fueron.

—Claro —dijo la portera—, yo no estaba abajo, por eso no los he visto salir. He ido con esta a casa de unos tíos, a Cuatro Caminos, y antes a hacerla las fotos. No sé qué tal quedará, es tonta, se ha reído.

La niña de la portera miraba a las paredes con un gesto de cansancio. Se apoyó en el perchero.

—Loli, no te arrimes ahí. Ya está más sobada. No se puede ir con ellos a ninguna parte. Ponte bien.

—Loli, pareces una mosquita en leche —dijo Luis Alberto.

La niña se puso a darle vueltas al rosario, sin soltar el libro de misa nacarado. Cuando la tata se metió y trajo un plato con pastas, las miró con ojos inertes.

—Coge esa, Loli —le dijo el niño—. Esa de la guinda. Son las más buenas.

—Mamá, ¿me quito los guantes?

—Sí, ven, yo te los quito. Pero no comas más que una. ¿Cómo se dice?

—Muchas gracias —musitó Loli.

—Qué mona —se entusiasmó la tata—. Está monísima. A mí me encantan las niñas de primera comunión. La señorita lo va a sentir no verla.

—Sí, mujer, se lo dices que he venido.

—Claro que se lo diré.

—Cuando la comunión del otro mayor me dio cincuenta pesetas. No es que lo haga por eso, pero por lo menos si entre lo de unos y otros saco para el traje.

—Claro, mujer; ya ve, cincuenta pesetas.

Cristina se había despabilado y se quiso bajar de los brazos. Se fue, frotándose los ojos, a donde estaban los otros niños.

—Sí, son muy buenos estos señores —siguió la portera—. A ti, ¿qué tal te va?

—Bien. Esta mañana me ha reñido ella. Saca mucho genio algunas veces, sobre todo hoy se ha puesto como loca.

—Eso decía Antonia, la que se fue. Se fue por contestarla. A esta señorita lo que no se la puede es contestar.

—No, yo no la he contestado, desde luego, pero me he dado un sofocón a llorar. Ya ve, porque tardé en venir de la compra. Cómo no iba a tardar si fui yo la primera que vi a ese hombrito que se ha

muerto ahí, sentado en un banco del paseo... Esta mañana... ¿No lo sabe?

—¿Uno del asilo? Lo he oído decir en el bar. ¿Y dónde estaba?
¿Lo viste tú?

—Claro, ¿no se lo estoy diciendo?, al salir de la carnicería. Iba yo con el niño, que eso es lo que le ha molestado más a ella, que me acercara yendo con el niño; dice que un niño de esta edad no tiene que ver un muerto, ni siquiera saber nada de eso, que pierden la inocencia; pero yo, ¿qué iba a hacer?, si fue el mismo niño el que me llamó la atención. Se pone, «tata, mira ese hombre, se le cae el cigarro, ¿se lo cojo?». Miro, y en ese momento estaba el hombrito sentado en un banco de esos de piedra del paseo, de gris él, con gorra, y veo que se le cae la cabeza y había soltado el cigarro de los dedos. Se quedó con la barbilla hincada en el pecho, sin vérselo la cara, y, claro, yo me acerqué y le dije que qué le pasaba, a lo primero pensando que se mareaba o algo... Mire usted, la carne se me pone de gallina cuando lo vuelvo a contar.

La tata se levantó un poco la manga de la rebeca y mostró a la portera el vello erizado, sobre los puntitos abultados de la piel.

—¿Y estaba muerto?

—Claro, pero hasta que me di cuenta, fíjese; llamándolo, tocándolo, yo sola allí con él. Se acababa de morir en aquel mismo momento que le digo, cuando lo vio el niño. Luego ya vino otro señor, y más gente que paseaba, y menos mal, pero yo me quedé hasta que vinieron los del Juzgado a tomar declaración, porque era la primera que lo había visto. Dice la señorita que por qué no la llamé por teléfono. Ya ve usted, no me acordaba de la señorita ni de nada, con la impresión. El pobre. Luego, cuando le levantaron la cabeza, me daba pena verlo, más bueno parecía. Todo amoratadito.

La niña de la portera se había sentado en una silla. Durante la narración, Luis Alberto había traído del comedor una caja de bombones, eximiéndose de la obligación de pedir permiso, en vista de lo abismadas en el relato que estaban las dos mujeres. La niña

de la portera cogió uno gordo, que era de licor, y se le cayó un reguero por toda la pechera del vestido.

—Mamá —llamó con voz de angustia, levantándose.

—¿Qué pasa hija?, ya nos vamos. Pues, mujer, no sabía yo eso, vaya un susto que te habrás llevado.

—Fíjese, y luego la riña...

—Mamá...

—Hay que tener mucha paciencia, desde luego... ¿Qué quieres, hija?, no seas pelma.

—Mamá, mira, es que me he manchado el vestido un poquito.

Y Loli se lo miraba, sin atreverse a sacudírselo, con las manos pringadas de bombón. Quiso secárselas en los tirabuzones.

—Pero ¿qué haces? ¿Con qué te has manchado? ¡Ay, Dios mío, dice que un poquito, te voy a dar así, idiota!

Loli se echó a llorar.

—Mujer, no la pegue usted.

—No la voy a pegar, no la voy a pegar. Dice que un poquito. ¿Tú has visto cómo se ha puesto? Estropeado el traje, para tirarlo. Si no mirara el día que es, la hinchaba la cara. Venga, para casa.

—Yo no sabía que era de jarabe.

—No sabías, y lo dice tan fresca. Vamos, es que no te quiero ni mirar; te mataba. ¡Qué asco de críos, chica! Yo no sé cómo tenéis humor de meteros a servir, también vosotras.

—Pobrecita, no la haga llorar más, que ha sido sin querer.

—Es una mema, es lo que es. Una bocazas. Venga, no llores más ahora, que te doy. Hala. Bueno, chica, nos bajamos.

—Adiós, y no se ponga así, señora Dolores, que eso se quita. Adiós, guapita, dame un beso tú. Que ahora ya tienes que ser muy buena. Pobrecita, cómo llora. ¿Verdad que vas a ser muy buena?

—Sí, buena —gruñó la portera—, ni con cloroformo.

—Que sí, mujer. Ahora ya lo que hace falta es que la vea usted bien casada.

—Eso es lo que hace falta. Bueno, adiós, hija.

Luis Alberto y Cristina se querían bajar por la escalera.

—Yo no quiero que se vaya la Loli —dijo el niño—. Yo me bajo con ella.

—Anda, anda, ven acá. Tú te estás aquí. Venir acá los dos. Adiós, señora Dolores.

—Yo me bajo con la Loli.

Ya con la puerta cerrada, armaron una perra terrible, y Luis Alberto se puso a pegarle a la tata patadas y mordiscos y a llamarla asquerosa. Eran más de las diez cuando los pudo meter en la cama. Cristina ya se había dormido, y el niño seguía queriendo que se quedara la tata allí con él porque se empezó a acordar del hombre de por la mañana y le daba miedo. A la tata también le daba un poco.

—¿Por qué dice mamá que no lo tenía que haber visto yo?
¿Porque estaba muerto?

—Venga; no hables de ese hombre. Si no estaba muerto.

—Huy que no... ¿Y por qué tenía la cara como si fuera de goma?

—Anda, duérmete.

—Pues cuéntame un cuento.

—Si yo no sé cuentos.

—Sí sabes, como aquel de ayer, de ese chico Roque.

—Eso no son cuentos, son cosas de mi pueblo.

—Pues eso, cosas de tu pueblo. Lo de los lobos que decías ayer.

—Nada, que en invierno bajan lobos.

—¿De dónde bajan?

—No hables tan alto. Tu hermana ya se ha dormido.

—Bueno, di, ¿de dónde bajan?

—No sé, de la montaña. Un día que nevó vi yo uno de lejos, viniendo con mi hermano, y él se echó a llorar, ¡cuánto corrimos!

—¿Es muy mayor tu hermano?

—No, es más pequeño que yo.

—Pero ¿cómo de pequeño?

—Ahora tiene catorce años.

—Anda, cuánto, es mucho. ¿Y por qué lloraba si es mayor?

—Pues no sé, entonces era chico. Que te duermas.

—Anda, di lo del lobo. ¿Y cómo era el lobo?

Llamaron al teléfono.

—Espera, calla, ahora vengo —saltó la tata sobrecoyida.

—No, no te vayas, que luego no vuelves.

—Sí vuelvo, guapo, de verdad. Dejo la puerta abierta y doy la luz del pasillo.

El teléfono estaba en el cuarto del fondo. Todavía no sabía muy bien las luces, y, cuando iba apurada, como ahora, se tropezaba con las esquinas de los muebles. Descolgó a oscuras el auricular, porque lo que la ponía más nerviosa es que siguiera sonando. El corazón le pegaba golpes.

—¿Quién es?

—Soy yo, la señorita. ¿Es Ascensión?

—Asunción.

—Es verdad, Asunción, siempre me confundo. ¿Cómo tardaba tanto en ponerse?

—Estaba con el niño, contándole cuentos.

—¿No se han dormido todavía? Pero ¿cómo les acuesta tan tarde, mujer, por Dios?

—Es que no se quieren ir a la cama, y yo no sé qué hacer con ellos cuando se ponen así, señorita. No les voy a pegar. La niña casi no ha querido cenar nada.

—¿Ha llamado alguien?

—No, nadie, usted ahora, y antes una equivocación.

—¿Qué dices, Pablo? No te entiendo. Espere.

Venía por el teléfono un rumor de risas y de música.

—No, nada, que preguntaba el señorito que si había llamado su hermano, pero ya dice usted que no.

—No sé, un rato he estado con la puerta de la cocina cerrada, para que no se saliera el olor del aceite, pero creo que lo habría oído, siempre estoy escuchando...

—Bueno, pues nada más. No se olvide de recoger los toldos de la terraza, que está la noche como de tormenta.

—No, no; ahora los recojo.

—Y al niño, déjelo, que ya se dormirá solo.

—¿Y si llora?

—Pues nada, que lllore. Lo deja usted. Bueno, hasta mañana. Que cierre bien el gas.

—Descuide, señorita. Adiós. ¡Ah!, antes ha venido la portera con la niña de primera comunión, dijo... señorita...

Nada, ya había colgado. Yéndose la voz tan bruscamente del otro lado del hilo y con la habitación a oscuras, volvía a tener miedo. Se levantó a buscar el interruptor y le dio la vuelta. Estaban los libros colocados en sus estantes, los pañitos estirados y aquel cuadro de ángeles delgaduchos. Todo en orden. Olía raro. Todavía daba más miedo con la luz.

Salió a la terraza y se estuvo un rato allí mirando a la calle. Hacía un aire muy bueno. No pasaba casi gente porque era la hora de cenar, pero consolaba mucho mirar las otras terrazas de las casas, y bajo los anuncios verdes y rojos de una plaza cercana, los autobuses que pasaban encendidos, las puertas de los cafés. En un balcón, al otro lado de la calle, había un chico fumando, y detrás, dentro de la habitación, tenían una lámpara colorada. La tata apoyó la cara en las manos y le daba gusto y sueño mirar a aquel chico. Hasta que su brazo se le durmió y notó que tenía frío. Recogió los toldos, que descubrieron arriba algunas estrellas tapadas a rachas por nubes oscuras y ligeras, y el chirrido de las argollas, resbalando al tirar ella de la cuerda, era un ruido agradable, de faena marinera.

Se metió con ganas de cantar a la casa, silenciosa y ahogada, y pasó de puntillas por delante del cuarto de los niños. Ya no se les oía. Tuvo un bostezo largo y se paró para gozarlo bien.

El sueño le venía cayendo vertical y fulminante a la tata, como un alud, y ya desde ese momento solo pensó en la cama; los pies y la espalda se la pedían. Era una llamada urgente. Cenó deprisa,

recogió los últimos cacharros y sacó el cubo de la basura. Luego el gas, las luces, las puertas.

Cuando se metió en su cuarto y se empezó a desnudar, habían remitido los ruidos del patio y muchas ventanas ya no tenían luz. Unas sábanas tendidas de parte a parte se movían un poco en lo oscuro, como fantasmas.

Madrid, octubre de 1958

Tendrá que volver

—Lucía, ¿ha merendado el señorito Tiqui?

(Su verdadero nombre era Juan, pero todos le llamaban Tiqui. Era un nombre que para los padres tenía algún significado lejano y sentimental. Mamá, algunas veces, al pronunciarlo, ponía un mohín de novia y se quedaba mirando al padre a través de la mesa, y se sonreían. Y él se sentía a disgusto dentro de aquel nombre mimoso y reducido. A Lucía le había pedido: «Tú, llámame Juan, ¿quieres?; me llamas Juan». Se lo había dicho con voz de secreto, después de muchos días de no atreverse; y ella le había contestado: «Sí, señorito Juan, como quiera; a mí me da lo mismo». Y se había ido a la cocina, y él había llorado de rabia).

—No, señora; no ha merendado. Le he entrado la bandeja con el té y ha dicho que no tenía ganas. Se lo he dejado allí.

—¿Qué está haciendo?

—Nada; me ha pedido que le arrime la cama al balcón, y está así, quieto, mirando la calle.

La madre suspira, tal vez un poco demasiado fuerte.

—Tráiganos las tostadas a nosotras.

Luego, cuando la doncella se ha ido, se vuelve hacia su amiga y mueve la cabeza, como si continuara el suspiro. Es una amiga antigua, la amiga de los años del colegio, acostumbrada, casi profesionalmente, a tomar tazas de té con otras mujeres, junto a la lámpara de luz íntima y verde; a escuchar confidencias entre sorbo y sorbo. Es joven todavía, rubia, espiritual; lleva un lindo sombrero.

—Pobre Clara —le dice—; quisiera poder ayudarte.

Juan, desde el cuarto contiguo, oye el ruido de la cucharilla, el apagado cuchicheo de las voces. Debe ser esa amiga de mamá con los labios pintados de escarlata, que a veces le ha besado en el aire, cerca de la oreja, y le ha dicho «tesoro»; y a él le ha parecido una palabra cara, fría, lujosa; el nombre de un perfume. Mira a la calle, se le llenan los ojos de las luces de afuera. Sabe muy bien que están hablando de él, pero le da lo mismo. Con tal de que no entren, con tal de que le dejen pasar su tarde en paz. Se sabe de memoria lo que hablan, y a veces no lo entiende.

«Ha tenido de todo —suele decir la madre—. Se lo hemos dado todo».

El caballo tripudo, el uniforme de marino, las pistolas, los soldados, el balancín; casi intactos arriba, en el desván. Los niños del doctor Costas ponían un gesto de desprecio y decían que sus juguetes eran mejores. Los niños del doctor Costas traían siempre las rodillas muy limpias y le besaban la mano a mamá; hablaban de campeonatos de esquí y de carreras de caballos. Y él se callaba. Porque él, cuando fuese mayor, quería ser tranviario. Se habían reído hasta las lágrimas el día que lo dijo; por eso no volvió a decir más y se afianzó a solas en su decisión.

La única vez que Juan ha montado en tranvía fue con Paula, la cocinera, para llevar un recado al ebanista, cerca de la plaza de toros. Era invierno, ya casi por la noche. Subían y bajaban muchas gentes enrojecidas de frío, se soplaban los dedos, se tropezaban, se decían bromas en voz muy alta. Las calles se apretaban como una envoltura contra el tranvía amarillo y, cerrando los ojos, eran rojas también; luego, al volver a abrirlos, se movían lentamente, allí afuera, igual que en una película muda, a través de los cristales empañados. Dos hombres reñían por algo de camiones, y uno de ellos, mientras hablaba, comía castañas y tiraba las cáscaras al suelo; una mujer sentada daba de mamar a su niño; en la plataforma había novios que estaban con las caras muy cerca y se abrazaban fuerte en las paredes. Todos iban juntos, revueltos —y

también Paula y él a aquel recado—, perdidos a la deriva por los largos pasillos de la ciudad. Los llevaba el hombre que estaba de pie junto a la manivela; los iba llevando en zigzag calles abajo, sorteando las altas fachadas como hacia una desembocadura.

Juan se olvidó absolutamente de su casa, y le parecía que ya nunca tendría que volver. Después, aquella noche se la pasó con los ojos abiertos, oyendo desde la cama el rechinar de los tranvías, imaginando su incierto avanzar. Los tranviarios no tienen casa; no tienen que volver a casa. Se pasan la noche libres y enhiestos navegando la ciudad, arrastrando su coche a lo mejor vacío. Desde aquel día, los miraba como a hermanos mayores. Aquellos hombres, serios y alertas, del uniforme oscuro, que oteaban la calle a través del cristal con su colilla pegada a los labios y la manivela firme entre los dedos, de pie en la misma proa del tranvía, le parecían los caudillos de todo un pueblo heterogéneo y fugaz.

Juan mira los tranvías esta tarde. El 49 tiene la parada ahí mismo, enfrente de su balcón. Lo están esperando un manojito de niños con carteras; se ríen, han sacado las meriendas, llevan los abrigos desabrochados. Uno tiene una naranja y se pone a pelarla despacio, complaciéndose; Juan imagina el zumillo amargo de la cáscara pringando los dedos sucios de tinta. Es noviembre; los niños que van al colegio compran tinteros y naranjas, estrenan zapatos para la lluvia. Ahora, cuando llegue el tranvía, se subirán todos en racimo, empujándose, y se irán calle abajo, y se quedarán en distintas esquinas. Se dirán adiós. Será una despedida atropellada y gozosa la de estos niños de las carteras, cada cual por su bocacalle —hale, hale— debajo de los faroles, arrimado a la pared.

—Tal vez ha sido un error que no lo hayáis mandado nunca al colegio —dice la amiga rubia.

Y adelanta el cuerpo hacia la mesita para coger un pedazo de pastel de manzana.

—Pero, Rosina, si esta criatura, tú no sabes, es un problema...; espera, yo te lo partiré...; un completo problema. Tendría roces con todos en un colegio; le entraría un amor horrible por el niño más desobediente y más salvaje, por el que nadie quisiese mirar a la cara. Tenerlo aislado es la mejor manera posible; ya ves tú si Alfredo y yo lo habremos hablado veces...

—Ya basta, gracias, no me partas más... Claro, desde luego eso nadie mejor que vosotros; pero yo creo, fíjate, que en un colegio bueno, tantos como hay, eso sería cuestión de enterarse; por ejemplo, donde van los niños de Aurelia; yo se lo puedo preguntar a ella, si quieres...

—¡Qué sé yo! Porque es que tampoco es inteligente. El profesor particular se ve negro para interesarle por las cosas. Y el caso es que se pasa las horas muertas él solo en su cuarto y nunca se aburre; pero de todo le da igual, no tiene apego ni afición a nada.

Clara habla con voz desencantada, la cabeza inclinada hacia la taza de té. Rosina mira a los cristales, donde han empezado a rebotar unas gotas pequeñas.

Llueve menudo. Debe de hacer frío. La gente se cruza a buen paso, con las manos en los bolsillos. En la acera de enfrente refulge el escaparate de la mantequería con sus confusos y atrayentes brillos de frutas en almíbar, de botellas y latas de conserva. La mantequería da una luz azul como de luna, y en torno, la calle se vuelve más negra. Por lo negro, saliendo de la luz, le parece a Juan que andan sueltos unos rostros pequeños de diablo, que guiñan los ojos, se amontonan y se escapan haciendo piruetas. No se sabe si son rostros, o tachuelas luminosas, o burbujas; se aprietan contra las siluetas de los transeúntes y las vuelven borrosas y fantásticas. Juan se coge el pulso, lo mismo que apretando un animal pequeño. «Ya me está subiendo». Y lo piensa lleno de excitación, como si estuviera a las puertas de un campeonato. Le gustaría que la fiebre tuviera un acelerador y poderlo pisar más y más, hasta lo hondo,

hasta que el caballo blanco se estrellara con él encima, la fiebre es un caballo blanco.

De pronto el pulso corre más deprisa. Enfrente, al otro lado de la calle, un hombre se ha parado delante del escaparate de la mantequería. Un hombre pequeñito, sin abrigo. Juan se incorpora en la cama y contiene el aliento. Las burbujas brillantes con risa de diablo le resbalan al hombre por la espalda; tiene los hombros estrechos, la cabeza pequeña y aquel mismo gesto desamparado. Juan clava sus ojos húmedos y ansiosos en esta figura, acechando su más leve movimiento. ¿Será él...? No se vuelve... Se parece; si le pudiera ver la cara. A lo mejor se va, a lo mejor no lo va a distinguir bien desde aquí arriba... El hombre ha hecho un movimiento como para separarse del escaparate y echar a andar... Súbitamente salta de la cama, abre los cristales y se asoma al balcón, inclinando medio cuerpo sobre los barrotes.

—¡Andrés! —llama con todas sus fuerzas—. ¡Andrés!

La voz se empaña contra el frío de la noche que viene, se enreda con los hilos de la luz, con el chirrido de las ruedas, choca contra la gente, se fragmenta en añicos. El hombre del escaparate se vuelve para cruzar la calle y Juan ve su rostro desconocido y ajeno. No, no era. Tampoco vendrá hoy. Se deja escurrir hasta quedar sentado en el balcón, con las manos cogidas a los hierros; mira las luces movedizas del bulevar como desde una jaula alta. Luego retrocede hasta apoyarse en el muro de la fachada, se abraza las rodillas y esconde la cara en los brazos. La lluvia le entra por la nuca, espalda abajo y le consuela.

—Y además la salud... que, ¿quién lo manda fuera en días de lluvia y de frío? Está pachucho desde la recaída del invierno.

—Mujer, también fue lástima, con lo bien que quedó cuando la meningitis.

La madre ha levantado los ojos de su taza. Tiemblan un poco las hojas del balcón.

—Pues ya ves, por su culpa; desde aquella tarde, ya te conté, cuando desapareció de casa en busca del amigo dichoso, y a la noche se lo encontró el chófer en un café de Alberto Aguilera, desde entonces le han vuelto las fiebres.

Rosina se sonríe; se acomoda mejor en el sofá.

—Mira que fue famoso aquello del amigo. Oye, y por fin ¿qué?, ¿habéis llegado a verlo?

—Bueno, mujer; échale un galgo. En volver va a estar pensando el tipo, figúrate qué lote, unos zapatos nuevos de Alfredo, dos camisas y el abrigo forrado de gamuza, cuando se viera en la escalera le parecería mentira... Ah, y la colección de sellos, que eso lo hemos sabido luego. Vamos, que este niño está mal de la cabeza, cada vez que lo pienso... ¿Y la perra que ha cogido con que tiene que volver porque se lo prometió?; tú no sabes, le espera siempre, dice que si no vuelve es porque le ha pasado algo... ya ves tú lo que le va a pasar.

Rosina ha encendido un pitillo. Se ríe con la cabeza en el respaldo.

—En medio de todo, a mí me hace una gracia enorme tu chico. Ese mismo episodio del hombre, no me digas que no es genial. ¿Con quién lo comentaba yo el otro día, que se morían de risa...? No me acuerdo, mujer, con quién era...; es divertidísimo, desde luego. Pero lo que yo digo, el hombre ¿por qué vendría aquí precisamente?

—Ah, eso nada, como a otro sitio cualquiera. ¿No ves que será uno de tantos frescos que se dedican a eso? Además, que cuando Tiqui lo vio por la mirilla, igual no pensaba llamar en este piso; se le ocurriría entonces el golpe, al verle a él tan propio.

—Pero y los porteros, ¿cómo no lo verían subir?

—Eso dicen, hija; nadie lo vio. La única, Lucía, que cuando fue a llevarle la merienda al niño notó que tenía la llave echada, pero

cómo se iba a figurar ella que no estaba solo, como se encierra tantas veces a pintar y a hacer inventos raros; pues nada, ni le chocó.

—Y Tiqui, ¿qué haría por el pasillo, para abrirle a él?

—Yo qué sé, juegos suyos, manías; desde muy pequeño le daba por andar en el vestíbulo y asomarse en cuanto oía ruido en la escalera, siempre estaba empinado a la mirilla, le encanta. Con eso se divierte y se pone a imaginar historias y fantasías. Así que al toparse con el hombre este parado en el rellano, y preguntarle que qué hacía, y el otro echarse a llorar y demás, pues no te digo, lo propio; lo metió en su cuarto toda la tarde, y la luna que le hubiera pedido. Y como nosotros no estábamos.

—Pero ya ves, es noble, te lo contó todo enseguida. Otro se hubiera callado hasta que descubrieran que faltaba la ropa.

—Ah, no, en cuanto vine a casa; si él estaba orgullosísimo, entusiasmado con el hallazgo del amigo; lo que menos pensaba es que le iba yo a reñir; uf, menudo entusiasmo: que nunca había visto a nadie tan bueno, que qué ojos tenía, que era un santo. Y no te puedes figurar lo que lloró cuando yo le dije que se despidiera de volver a verle porque era un estafador vulgar y corriente. ¡Huy, Dios mío! Nunca se lo hubiera dicho... No, espera, ya no hay; que nos traigan más té. Llama a ese timbre tú que estás más cerca, si haces el favor.

Rosina alarga hacia la pared una mano blanca rematada por uñas primorosas.

Dice:

—De todas maneras, chica, es que hay que andar con cien ojos, ¿eh? Ya no puede estar uno seguro ni en su propia casa. Porque es que a cualquier niño de buenos sentimientos que le pesque uno así y le meta esa historia de que le ha salido un trabajo y que no tiene ropa para presentarse decente..., vamos, que te digo yo que cualquiera haría lo mismo.

—No, si estamos de acuerdo. Si el que le abriera la puerta y le diera la ropa de su padre y se creyera todos los camelos que el otro le quisiera contar, hasta ahí, vaya, mala suerte. Si lo que yo encuentro anormal es esa terquedad suya de esperarle un día y otro, y de ponerse triste, y salir a buscarle, como esa vez que te digo. ¿Y tú sabes el rencor que me guarda a mí porque le dije que era un estafador?

Ha arreciado la lluvia. Ahora las gotas del cristal se alcanzan unas a otras y forman canalillos que se entrecruzan. Rosina las mira bajar, con ojos perezosos, a través del humo de su pitillo.

—De todas formas, Clara, a mí me parece que exageras un poco con el chico. Todos los niños hacen travesuras; tampoco te gustaría tener en casa al perfecto Jaimito.

—Esto no son travesuras, mujer; qué más quisiera yo. Las travesuras son una cosa alegre... Pero ¿qué hace esta chica que no viene? A ver si echa las persianas y la cortina, ¿te has dado cuenta qué chaparrón?

Suenan furiosamente las gotas en la calle. Rosina se pone de pie y se acerca al balcón. La mujer de los periódicos ha sacado un hule negro y está tapando todo el manojó. Pasan unas muchachas corriendo; alcanzan un portal y se sacuden el pelo.

—Ya no me puedo ir hasta que escampe. Debe de hacer un frío... Se retira de los cristales y se arrima al radiador.

—Naturalmente, qué disparate. Te esperas a que venga Alfredo y él te acompañará en el coche.

—Bueno, estupendo; si no le importa. ¡Qué bien se os pone la calefacción, oye!; la de casa...

—Señora, por favor, señora...

Ahora las dos se vuelven a la puerta. Lucía la ha abierto de repente, y está quieta, sin avanzar, con la mano en el picaporte. Trae una cara apurada.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no venía usted? ¿No oía que llamábamos?

Lucía rompe a hablar entrecortadamente, moviendo mucho las manos:

—Verá, señora... es que me da por asomarme primero a la habitación del señorito, por si acaso era él, como no había querido la merienda... cuando abro la puerta y a lo primero no le veía, ¡ay qué susto, señora!... La cama vacía... el balcón...

Clara se pone de pie y se precipita hacia la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?

—Venga, por favor... Mejor que venga usted...

Ahora llueve más fuerte. Son globitos que estallan contra el suelo. Globos rojos, amarillos, de celofán. El pelo le chorrea. Ya no tiene calor; está frío como un pescado. Ha asomado Lucía; ha asomado mamá, con su amiga detrás. Lo cogen en los brazos, lo levantan; lo ponen arriba y abajo, le dan vueltas, lo montan en un tobogán. Se va a caer, lo sueltan; no puede agarrarse a ninguna parte. Han cerrado el balcón. La sábana está fría, es una piel muerta; da repeluco. Todo baila y tiritita.

Ahora, Andrés; viene Andrés. Ahora los tranviarios, los que venden tabaco. El café de Alberto Aguilera, enorme, lleno de hombres y de humo. Andrés está llorando.

«No llore, por favor; dígame qué le pasa».

«De tú, chico, de tú».

De pie, sobre la alfombra, en el empapelado de la pared, junto al sofá amarillo, debajo del retrato del abuelo, gira, lo llena todo con sus ojos hundidos. Ahora lo están tapando con mantas hasta arriba. Pero Andrés que no llore. Huele a plátano la amiga de mamá.

«Dame un abrazo, Juan. De hombre a hombre, porque tú eres un hombre».

Ahora hay un sol muy raro que zumba; ahora es la rueda de un tiovivo; se agranda; serpentinas. Ahora le salen patas de cangrejo,

primero como granitos que duelen a lo largo de los costados, luego duras y enormes y las puede mover un poco, aunque le pesan.

«Andrés, no llores tú».

«Castroviejo, otro médico, asustada, teléfono, Alfredo, asustada, Rosina, bolsa de agua caliente, asustada, no te vayas ahora».

Mamá le mima mucho, y le besa. No se atreve a decirle que Andrés tampoco ha venido hoy; tiene manchas y luces por la cara.

Le zumban los oídos. Ya se escucha el galope de la fiebre; ¡qué calor otra vez! Vuelve el caballo blanco, desmelenado, vertiginosamente; se acerca, ya está aquí. ¡Hip! Se ha montado de un salto a la carrera, desde muy arriba, cuando pasaba justo por debajo. ¡Qué gusto! Ya lo tiene entre las piernas. Lo arrea con un látigo; hoy se van a estrellar. Aprisa. Adiós, adiós. Ahora ya no se ve nada, solo rombos, fragmentos en lo rojo.

«Adiós, Andrés, adiós. No vengas, que no estoy; me marcho de viaje. Ya vendrás cuando puedas; otro día».

El aire le taponan los oídos. Hoy se van a estrellar.

Madrid, diciembre de 1958

La chica de abajo

¿Habría pasado tal vez una hora desde que llegó el camión de la mudanza? Había venido muy temprano, cuando por toda la placita soñolienta y aterida apenas circulaba de nuevo, como un jugo, la tibia y vacilante claridad de otro día; cuando solo sonaba el chorro de la fuente y las primeras campanas llamando a misa; cuando aún no habían salido los barrenderos a arañar la mañana con sus lentas, enormes escobas, que arrastraban colillas, púas de peine, herraduras, hojas secas, palitos, pedacitos de carta menudísimos, rasgados con ira, botones arrancados, cacas de perro, papeles de caramelo con una grosella pintada, remolinos de blancos, leves vilanos que volaban al ser removidos y escapaban a guarecerse en los aleros, en los huecos de los canalones. Miles y miles de pequeñas cosas que se mezclaban para morir juntas, que se vertían en los carros como en un muladar.

Los entumecidos, legañosos barrenderos, cuyas voces sonaban como dentro de una cueva, eran los encargados de abrir la mañana y darle circulación, de echar el primer bocado a la tierna, intacta mañana; después escapaban aprisa, ocultando sus rostros, que casi nadie llegaba a ver. «Ya ha amanecido», se decían desde la cama los enfermos, los insomnes, los desazonados por una preocupación, los que temían que la muerte pudiese sorprenderles en lo oscuro, al escuchar las escobas de los barrenderos rayando el asfalto. «Ya hay gente por la calle. Ya, si diera un grito, me oirían a través de la ventana abierta. Ya va subiendo el sol. Ya no estoy solo». Y se

dormían al fin, como amparados, sintiendo el naciente día contra sus espaldas.

El gran camión se había arrimado a la acera reculando, frenando despacito, y un hombre pequeño, vestido de mono azul, saltó afuera y le hacía gestos con la mano al que llevaba el volante:

—¡Tira!... Un poco más atrás, un poquito más. ¡Ahora! ¡¡Bueno!!

Luego el camión se quedó parado debajo de los balcones y los otros hombres se bajaron también, abrieron las puertas traseras, sacaron las cuerdas y los cestos, los palos para la grúa. Entonces parecía todavía que no iba a pasar nada importante. Los hombres se estiraban, hablaban algunas palabras entre sí, terminaban con calma de chupar sus cigarros antes de ponerse a la faena. Pero luego todo había sido tan rápido... Quizá ni siquiera había pasado hora y media. Cuando llegaron tocaban a misa en la iglesia de enfrente, una muy grande y muy fría, donde le encoge a uno entrar, que tiene los santos subidos como en pedestales de guirlache. Sería una de las primeras misas, a lo mejor la de siete y media. Luego habían tocado otra vez para la siguiente. Y otra vez. Poco más de una hora. Lo que pasa es que trabajaban tan deprisa los hombres aquellos.

«Si me llevo a dormir —pensaba Paca—. Una hora en el sueño ni se siente. Si me llevo a dormir. Se lo habrían llevado todo sin que lo viera por última vez». Claro que cómo se iba a haber dormido si ella siempre se despertaba temprano y, si no, la despertaban. Pero se había pasado toda la noche alerta con ese cuidado, tirando de los ojos para arriba, rezando padrenuestros, lo mismo que cuando se murió Eusebio, el hermanillo, y estuvieron velándolo. Por tres veces se levantó de puntillas para que su madre no la sintiera, salió descalza al patio y miró al cielo. Pero las estrellas nunca se habían retirado, bullían todavía, perennemente en su fiesta lejana, inalcanzable, se hacían guiños y muecas y señales, se lanzaban unas a otras pequeños y movedizos chorros de luz, alfilerazos de luz reflejados en minúsculos espejos.

Cecilia decía que en las estrellas viven las hadas, que nunca envejecen. Que las estrellas son mundos pequeños del tamaño del cuarto de armarios, poco más o menos, y que tienen la forma de una carroza. Cada hada guía su estrella cogiéndola por las riendas y la hace galopar y galopar por el cielo, que es una inmensa pradera azul. Las hadas viven recostadas en su carroza entre flores de brillo de plata, entre flecos y serpentinas de plata, y ninguna tiene envidia de las demás. Se hablan unas a otras, y cuando hablan o cantan sus canciones les sale de la boca un vaho de luz de plata que se enreda y difunde por todas las estrellas como una lluvia de azúcar migadito, y se ve desde la tierra en las noches muy claras. Algunas veces, si se mira a una estrella fijamente, pidiéndole una cosa, la estrella se cae, y es que el hada ha bajado a la tierra a ayudarnos. Cuando las hadas bajan a la tierra se disfrazan de viejecitas, porque si no la gente las miraría mucho y creería que eran del circo.

Cecilia contaba unas cosas muy bonitas. Unas las soñaba, otras las inventaba, otras las leía en los libros. Paca pensaba que las hadas debían tener unas manos iguales a las de Cecilia, con la piel tan blanca y rosada, con las uñas combadas como husos y los dedos tan finos, tan graciosos, que a veces se quedaban en el aire como danzando. Paca, que se había acostumbrado a pensar cosas maravillosas, creía que a Cecilia le salían pájaros de las manos mientras hablaba, unos pájaros extraños y largos que llenaban el aire. Un día se lo dijo y ella preguntó:

—¿Sí? ¿De verdad? —y se rio con aquella risa suya, condescendiente y envanecida.

Paca y Cecilia eran amigas, se contaban sus cuentos y sus sueños, sus visiones de cada cosa. Lo que les parecía más importante lo apuntaba Cecilia en un cuaderno gordo de tapas de hule, que estaba guardado muy secreto en una caja con chinitos pintados. Paca solía soñar con círculos grises, con ovejitas muertas, con imponentes barrancos, con casas cerradas a cal y canto, con trenes que pasaban sin llevarla. Se esforzaba por inventar un

argumento que terminase bien, y sus relatos eran monótonos y desmañados, se le embotaban las palabras como dentro de un túnel oscuro.

—Pero, bueno, y luego, ¿qué pasó? —le cortaba Cecilia, persiguiéndola con su mirada alta, azul, impaciente.

—Nada. No pasaba nada. Cuenta tú lo tuyo. Lo tuyo es mucho más bonito.

A ella no le importaba darse por vencida, dejar todo lo suyo tirado, confundido, colgando de cualquier manera. A ella lo que le gustaba, sobre todas las cosas, era oír a su amiga. También cuando se callaba; hasta entonces le parecía que la estaba escuchando, porque siempre esperaba que volviera a decir otra cosa. La escuchaba con los ojos muy abiertos. Durante horas enteras. Durante años y siglos. No se sabía. El tiempo era distinto, corría de otra manera cuando estaban las dos juntas. Ya podían pasarse casi toda la tarde calladas, Cecilia dibujando o haciendo sus deberes, que ella nunca se aburría.

—Mamá, si no sube Paca, no puedo estudiar.

—No digas bobadas. Te va a distraer.

—No, no; lo hago todo mejor cuando está ella conmigo. No me molesta nunca. Deja que suba, mamá.

La llamaban por la ventana del patio:

—¡Paca! ¡Paca!... Señora Engracia, que si puede subir Paca un ratito.

Ella enseguida quería tirar lo que estuviera haciendo y escapar escaleras arriba.

—Aguarda un poco, hija. Termina de fregar. Que esperen. No somos criadas tuyas —decía la madre.

La madre se quejaba muchas veces. No quería que Paca subiera tanto a la casa.

—No vayas más que cuando te llamen, ¿has oído? No vengan luego con que si te metes, con que si no te metes. Me los conozco

yo de memoria a estos señoritos. Nada más que cuando te llamen, ¿entiendes?

—Sí, madre, sí.

La señora Engracia era delgada y tenía la cara muy pálida, como de leche cuajada, con una verruga en la nariz que parecía una pompa de jabón a punto de estallar. Cosía para afuera en los ratos libres; hacía vainicas, hacía calzoncillos y camisones. Paca había heredado sus grandes manos hábiles para cualquier trabajo, el gesto resignado y silencioso.

Mientras Cecilia dibujaba o hacía los deberes de gramática y de francés, ella le cosía trajecitos para las muñecas, le recortaba mariquitas de papel, lavaba cacharritos, ponía en orden los estantes y los libros. Todo sin hacer ruido, como si no estuviera allí. Medía las semanas por el tiempo que había pasado con Cecilia, y así le parecía que habían sido más largas o más cortas. El otro tiempo, el del trabajo con su madre, el de atender a la portería cuando ella no estaba, el de lavar y limpiar y comer, el de ir a los recados, se lo metía entre pecho y espalda de cualquier manera, sin masticarlo. Ni siquiera lo sufría, porque no le parecía tiempo suyo. Llevaba dos vidas diferentes: una, la de todos los días, siempre igual, la que veían todos, la que hubiera podido detallar sin equivocarse en casi nada cualquier vecino, cualquier conocido de los de la plazuela. Y otra, la suya sola, la de verdad, la única que contaba. Y así cuando su madre la reñía o se le hacía pesada una tarea, se consolaba pensando que en realidad no era ella la que sufría aquellas cosas, sino la otra Paca, la de mentira, la que llevaba puesta por fuera como una máscara.

Un día la mamá de Cecilia le dijo, por la noche, a su marido:

—La niña me preocupa, Eduardo. Ya va a hacer once años y está en estado salvaje. Dentro de muy poco será una señorita, una mujer. Y ya ves, no le divierte otra cosa que estar todo el día ahí metida con la chica de la portera. Es algo atroz. Bien está que suba

alguna vez, pero fíjate qué amistad para Cecilia, las cosas que aprenderá.

El padre de Cecilia tenía sueño y se volvió del otro lado en la cama.

—Mujer, a mí me parece una chica muy buena —dijo con los ojos cerrados—. Ya ves cómo la cuidó cuando tuvo el tifus.

La madre de Cecilia se incorporó:

—Pero, Eduardo; parece mentira que seas tan inconsciente. ¡Qué tiene que ver una cosa con otra! Las cosas con medida. Hasta ahora me ha venido dando igual también a mí. Pero Cecilia tiene once años, date cuenta. No pretenderás que cuando se ponga de largo vaya a los bailes con Paca la de abajo.

—Sí, sí, claro. Pues nada, como tú quieras. Que vengan otras niñas a jugar con ella. Las de tu prima, las del médico que vive en el segundo...

—Yo a esos señores no los conozco.

—Yo conozco al padre. Yo se lo diré.

A lo primero Cecilia no quería. Sus primas eran tontas y con las niñas del médico no tenía confianza. Ni unas ni otras entendían de nada. No sabía jugar con ellas. Se lo dijo a su madre llorando.

—Bueno, hija, bueno. Subirá Paca también. No te apures.

Las nuevas amiguitas de Cecilia venían muchas tardes a merendar y ella iba otras veces a su casa. Siempre estaban proponiendo juegos, pero no inventaban ninguno. A las cuatro esquinas, a las casas, al escondite, al parchís. Los jugaban por turno, luego se aburrían y preguntaban: «Ahora, ¿qué hacemos?». Otras veces hablaban de los niños que le gustaban a cada una, y que, en general, los habían conocido en los veraneos. Un juego hacían que era escribir varios oficios y profesiones de hombre en una tira larga de papel y enrollarla a ver lo que sacaba cada niña tirando un poquito de la punta. A unas les salía marino; a otras, ingeniero, y con el que les salía, con aquel se iban a casar. Paca, cuando estaba, nunca quería jugar a este juego.

Un día le dijo a Cecilia una de sus primas:

—No sé cómo eres tan amiga de esa chica de abajo, con lo sosa que es. Cuando viene, parece que siempre está enfadada.

—No está enfadada —dijo Cecilia—. Y no es sosa, es bien buena.

—¡Ay, hija!, será buena, pero es más antipática...

Otro día, don Elías, el profesor, le puso un ejercicio de redacción que era escribir una carta a una amiga desde una playa contándole lo que hacía, preguntándole lo que hacía ella y dándole recuerdos para sus padres. Cecilia no vaciló. Puso: «Señorita Francisca Fernández», y empezó una carta como para Paca; pero, a medida que escribía, se sentía a disgusto sin saber por qué, y después de contarle que el mar era muy grande y muy bonito y que hacía excursiones en balandro, al llegar a aquello de «y tú, ¿qué tal lo pasas por ahí?», cuando ya se tenía que despedir y decir lo de los recuerdos, se acordó de la señora Engracia y sintió mucha vergüenza, le pareció que se estaba burlando. Arrancó la hoja del cuaderno y copió la carta igual, pero dirigida a Manolita, la del segundo.

Desde que venían las otras niñas, Paca subía más tarde, y eso cuando subía, porque algunas veces no se acordaban de llamarla. Jugaban en el cuarto de atrás, que tenía un sofá verde, un encerado, dos armarios de libros y muchas repisas con muñecos y chucherías. También salían por los pasillos. La casa tenía tres pasillos, dos paralelos y uno más corto que los unía, formando los tres como una hache. Al de delante iban solo alguna vez a esconderse detrás del arca, pisando callandito; pero casi nunca valía, porque por allí estaban las habitaciones de los mayores y no se podía hacer ruido. Aquel pasillo estaba separado de los otros dos por una cortina de terciopelo con borlas. Alrededor de las nueve venían a buscar a las primas y a las niñas del segundo. La criada les ponía los abrigos y les atusaba el pelo. Cecilia salía con ellas y entraban en el saloncito a despedirse de los papás. Paca se quedaba sola detrás de la cortina, mirando el resplandor rojizo que

salía por la puerta entornada. Estarían allí los señores leyendo, fumando, hablando de viajes. Se oían las risas de las niñas, los besos que les daban. Muchas veces, antes de que volvieran a salir, ella se escurría a la portería, como una sombra, sin decir adiós a nadie.

Empezó a desear que llegase el buen tiempo para salir a jugar a la calle. En la plazuela tenía más ocasiones de estar con Cecilia, sin tener que subir a su casa, y los juegos de la calle eran más libres, más alegres, el marro, el diábolo, la comba, el mismo escondite, juegos de cantar, de correr, de dar saltos, sin tener miedo de romper nada. Se podían escapar de las otras niñas. Se cogían de la mano y se iban a esconder juntas. Paca sabía un sitio muy bueno, que nunca se lo acertaban: era en el portalillo del zapatero. Se escondían detrás de la silla de Adolfo, el aprendiz, que era conocido de Paca, y él mismo las tapaba y miraba por la puerta y les iba diciendo cuándo podían salir sin que las vieran y cuándo ya habían cogido a alguna niña. Así no las encontraban nunca y les daba mucho tiempo para hablar.

Aquella noche, mirando las estrellas, donde viven las hadas que nunca envejecen, Paca se acordaba de Cecilia y lloraba. Se había ido a otra casa, a otra ciudad. Así pasan las cosas de este mundo. Y ella, ¿qué iba a hacer ahora? Ni siquiera se había podido despedir en el último momento. Cecilia se había ido de improviso dos días antes, aprovechando el coche de su tío, por la mañana, mientras ella estaba haciendo un recado. Se entretuvo bastante, pero bien podía Cecilia haber esperado para decirle adiós. O a lo mejor no pudo, a lo mejor su tío tenía prisa, quién sabe.

—Despídame de Paca, que ya le escribiré —le había dicho a la señora Engracia al marcharse.

Cuando volvió, Paca le insistía a su madre, le suplicaba con los ojos serios:

—Por favor, acuérdate de lo que te dijo para mí. Dímelo exactamente.

—Que ya te escribiría, si no dijo más.

La señora se quedó todo el día siguiente recogiendo las cosas en el piso. Luego también se había ido. Ella no se había atrevido a subir.

Mirando las estrellas, Paca sentía una enorme desazón. ¿Qué podía pedirle a las hadas? A lo mejor, habiéndose marchado Cecilia, ya ni siquiera había hadas. O, aunque las hubiera, tal vez no entendían bien lo que quería pedirles, sin explicarlo Cecilia primero. Eran cosas tan confusas las que deseaba. Se acordaba de una viñeta que había visto en un cuento, de una niña que lloraba porque había perdido sus zapatitos rojos. Y ella, ¿qué había perdido? ¿Cómo lo iba a poder explicar? Sentía frío en los pies. Cerró los ojos y le dolían por dentro las estrellas. De tanto y tanto mirarlas se le habían metido todas allí; le escocían como puñados de arena.

Al volver a la cama, después de la tercera vez, se quedó un poco dormida con la cabeza metida dentro de las sábanas. Soñó que Cecilia y ella vivían en medio del bosque en una casa de cristal alargada como un invernadero; iban vestidas de gasa azul y podían hacer milagros. Pero luego ella perdía su varita y se iba quedando seca, seca, como de barro. Y era una figurita de barro. Cecilia le decía: «Ya no sirves», y la tiraba al río. Y ella iba flotando boca arriba sobre la corriente del río, con las piernas abiertas y curvadas, porque era el rey Gaspar, el del Nacimiento.

Se levantó su madre para ir al arrabal como todos los martes y le dijo:

—Paca, me voy, ¿has oído? Levántate para cuando vengan los de la mudanza. Les das la llave, ¿eh? La dejo en el clavo de siempre.

Paca se había levantado llena de frío, con un dolor muy fuerte en el pescuezo de la mala postura y un nudo correoso en la garganta. Era el nudo de una áspera, tensa maroma que recorría el interior de todas sus articulaciones, dejándolas horriblemente tirantes. Sentía en su cuerpo una rigidez de tela almidonada, de suela o estropajo. «A lo mejor —pensó— me estoy convirtiendo de verdad en una

figurita de barro de las del Nacimiento, y voy echando alambre en vez de huesos, y dentro de un poco ya no me dolerá la carne, aunque me peguen o me pellizquen. Ojalá fuera verdad, ojalá fuera verdad. El rey Gaspar, la tía Gila hilando su copo, el mesonero que solo tiene medio cuerpo porque está asomado a la ventana, cualquiera, hasta uno de los pastores bobos que se ríen comiendo sopas, debajo del angelito colgado del árbol, el de la pierna rota, aunque fuera. Qué le importaba a ella. Todavía tenía tiempo de meterse en el equipaje, en la caja de cartón azul con flores, y por la Navidad volverían a sacarla en la casa nueva, en la nueva ciudad, y ella se reiría y agitaría las manos para que la conociera Cecilia. Aquella noche tendría el don de hablar porque ha nacido el Niño Jesús, y las dos se la pasarían entera hablando en secreto cuando todos se hubieran acostado. Cecilia pondría sus codos sobre las praderas de musgo, sobre los ríos de papel de plata y acercaría su oído a los pequeños labios de su amiga de barro. ¿Qué cosas tan maravillosas no podría contarle Paca en aquella noche, desde el minúsculo paisaje nevado de harina, cruzado de caminillos de arena, por donde todos los vecinos de las casitas de cartón circulaban en fiesta con cestas y corderos hacia la luz roja del portal? No le importaría a ella tener que estar todo el año metida en la caja azul esperando la Nochebuena».

Estas cosas estaba pensando cuando oyó la bocina del camión que venía.

Los hombres eran cinco. Habían puesto una grúa en el balcón, donde estaba el saloncito de recibir, y por allí bajaban las cosas de más peso. Otras, más menudas o más frágiles, las bajaban a mano. Uno de los hombres, el más gordo, el que traía el volante, estaba abajo para recibir los muebles y aposentarlos en el interior del capitoné, que esperaba con las fauces abiertas como una inmensa, hambrienta ballena. Mientras uno hacía una cosa, el otro hacía otra. Casi no daba tiempo a verlo todo.

Paca no se atrevía ni a moverse. Al principio subió por dos veces al piso y había preguntado que si necesitaban algo; la primera ni siquiera le hicieron caso, la otra vez le dijeron que no. Prefirió no volver a subir, le resultaba insufrible ver la crueldad y la indiferencia con que arrancaban los muebles de su sitio y los obligaban a bajar por la ventana o por la escalera. Algunos dejaban su marca en la pared al desprenderse, una sombra pálida, húmeda, como una ojera, como una laguna caliente.

Era increíble, portentoso, lo deprisa que trabajaban aquellos cinco hombres. Parecía cosa de magia que pudieran desmontar con tanta seguridad, en etapas medidas y certeras, una casa como aquella, que era todo un país lleno de historia, lleno de vericuetos y tesoros, que pudieran destruirlo, conquistarlo con tanta celeridad, sin dolor ni desequilibrio, sin apenas esfuerzo, sin detenerse a mirar la belleza de las cosas que se estaban llevando, sin que ninguna se les cayese al suelo. ¿Y el osito de felpa? ¿En qué bulto de aquellos iría metido el osito de felpa? ¿Y aquella caja donde guardaba la abuela de Cecilia los retratos antiguos y las cintas de seda? Y tantísimos cuadros. Y los libros de cuentos... ¿Sería posible que hubiesen metido todos los libros de cuentos? *Peter Pan y Wendy, Alicia en el País de las Maravillas*, cuentos de Andersen, de Grimm, de los caballeros de la Tabla Redonda, cuentos de Pinocho... Siempre había alguno tirado por el suelo, en los recodos más inesperados se escondían. Algo se tenían que dejar olvidado, era imposible que se acordaran de meterlo todo, todo, todo. En hora y pico, Dios mío, como quien no hace nada, con tanta crueldad.

Ya debía faltar poco. El hombre gordo encendió un cigarro, se puso en jarras y se quedó mirando a la chica aquella del traje de percal que parecía un pájaro mojado, que estaba allí desde el principio peladica de frío y miraba todo lo que iban sacando con los ojos pasmados y tristes como en sueños. Luego echó una ojeada a la plaza con cara distraída. Era una pequeña plaza provinciana con sus bocacalles en las esquinas y sus fuentes en el medio como

miles de pequeñas plazas que el hombre gordo había visto. No se fijó en que tenía algunas cosas distintas; por ejemplo, un desnivel grande que hacía el asfalto contra los jardincillos del centro. Allí, los días de lluvia, se formaba un pequeño estanque donde venían los niños, a la salida del colegio, y se demoraban metiendo sus botas en el agua y esperando a ver a cuál de ellos le calaba la suela primero. Tampoco se fijó en la descarnadura de la fachada del rincón que tenía exactamente la forma de una cabeza de gato, ni en las bolas doradas que remataban las altas verjas de casa de don Adrián, uno que se aislaba de todos de tan rico como era, y en su jardín particular entraban las gigantillas a bailar para él solo cuando las fiestas de septiembre. Ni en el quiosco naranja, cerrado todavía a aquellas horas, con un cartel encima que ponía «La Fama», donde vendían pelotitas de goma, cariocas y tebeos, ni en el poste de la dirección prohibida, torcido y apedreado por los chiquillos. Se iba levantando, tenue, opaca y temblona, la blanca mañana de invierno. Al hombre se le empezaban a quedar frías las manos. Se las sopló y le salía un aliento vivificador de tabaco y aguardiente; se las frotó una con otra para calentarse.

«Hoy no va a levantar la niebla en todo el día —pensó—. A ver si acaban pronto estos. Desayunaremos por el camino».

Y sentía una picante impaciencia, acordándose del bocadillo de torreznos y los tragos de vino de la bota.

En este momento salían del portal dos de los hombres con unos líos y unos cestos; se tropezaron con la chica del traje de percal.

—Pero ¿te quieres quitar de en medio de una vez?

Y ella les miró torvamente, casi con odio, y retrocedió sin decir una palabra.

—¿Falta mucho? —preguntó el hombre gordo.

—Queda solo un sofá. Ahora lo manda Felipe y ya cerramos.

Bajaba por la grúa el sofá verde, el del cuarto de jugar, que tenía algunos muelles salidos. Bajaba más despacio que los otros muebles, a trancas, a duras penas, tieso y solemne como si cerrara

la marcha de una procesión. Cuando llegó a la acera, Paca se acercó con disimulo y le acarició el brazo derecho, el que estaba más cerca de la casa de muñecas, en la parte de acá, según se entraba, despeluchado y viejo a la luz del día, que había sido su almohada muchas veces. Y retiró la mano con vergüenza, como cuando vamos a saludar a un amigo en la calle y nos damos cuenta de que lo hemos confundido con otro señor.

«Parecía que estaba muerto, Dios mío, parecía una persona muerta», fue lo último que pensó Paca. Y se quedó dándole vueltas, terca, estúpidamente, a esta sola idea, repitiéndola una y otra vez como un sonsonete, clavada en el asfalto durante un largo rato todavía, sin apartar los ojos de aquella mancha negra de lubricante que había dejado el camión al arrancar.

No vino la carta de Cecilia, pero llegó, por lo menos, la primavera.

Aquel año Paca había creído que el invierno no se iba a terminar nunca, ya contaba con vivir siempre encogida dentro de él como en el fondo de un estrecho fardo, y se alzaba de hombros con indiferencia. Todos los periódicos traían grandes titulares, hablando de ventiscas y temporales de nieve, de ríos helados, de personas muertas de frío. La madre, algunas noches, leía aquellas noticias al calor del raquíptico brasero, suspiraba y decía: «Vaya todo por Dios». Leía premiosamente, cambiando de sitio los acentos y las comas, con un tonillo agudo de colegio. A Paca le dolía la cabeza, tenía un peso terrible encima de los ojos, casi no los podía levantar.

—Madre, este brasero tiene tufo.

—Qué va a tener, si está consumido. ¿También hoy te duele la cabeza? Tú andas mala.

Se le pusieron unas fiebrecillas incoloras y tercas que la iban consumiendo, pero no la impedían trabajar. Cosa de nada, fiebre escuálida, terrosa, subterránea, fiebrecilla de pobres.

Un día fue con su madre al médico del Seguro.

—Mire usted, que esta chica no tiene gana de comer, que le duele la cabeza todos los días, que está como triste...

—¿Cuántos años tiene?

—Va para catorce.

—Vamos, que se desnude.

Paca se desnudó mirando para otro lado; le temblaban las aletas de la nariz. El médico la auscultó, le miró lo colorado de los ojos, le golpeó las rodillas, le palpó el vientre. Luego preguntó dos o tres cosas. Nada, unas inyecciones de Recal, no tenía nada. Era el crecimiento, el desarrollo tardío. Estaba en una edad muy mala. Si tenía algo de fiebre podía acostarse temprano por las tardes. En cuanto viniera el buen tiempo se pondría mejor. Que pasara el siguiente.

Todas las mañanas, cuando salía a barrer el portal, Paca miraba con ojos aletargados el anguloso, mondo, desolado esqueleto de los árboles de la plazuela, que entre sus cuernos negros y yertos enganchaban la niebla en delgados rasgones, retorciéndola, desmenuzándola, dejándola ondear, como a una bufanda rota. Y sentía el corazón acongojado. Parecían los árboles palos de telégrafo, espantapájaros. Palos muertos, sin un brote, que se caerían al suelo.

«Si viniera la primavera me pondría buena —pensaba—. Pero qué va a venir. Sería un milagro».

Nunca había habido un invierno como aquel; parecía el primero de la tierra que iba a durar siempre, como por castigo. No vendría la primavera como otras veces; aquel año sí que era imposible. Tendría que ser un milagro.

«Si los árboles resucitaran —se decía Paca, como empeñándose en una importante promesa—, yo también resucitaría».

Y un día vio que, durante la noche, se habían llenado las ramas de granitos verdes, y otra mañana oyó, desde las sábanas, pasar en tropel dislocado y madrugador a los vencejos, rozando el tejadillo del patio, y otro día no sintió cansancio ni escalofríos al levantarse, y

otro tuvo mucha hambre. Salió ensordecida y atónita a una convalecencia perezosa, donde todos los ruidos se le quedaban sonando como dentro de una campana de corcho. Había crecido lo menos cuatro dedos. Se le quedó corto el traje y tuvo que sacarle el jaretón. Mientras lo descosía se acordaba de Cecilia. Si ella estuviera se habrían medido a ver cuál de las dos estaba más alta. Casi todos los años se medían por aquellas fechas. Cecilia se enfadaba porque quería haber crecido más, y le agarraba a Paca los pies descalzos, se los arrimaba a la pared: «No vale hacer trampas, te estás empinando». Apuntaban las medidas en el pasillo de atrás, en un saliente de la pared, al lado del armario empotrado. Escribían las iniciales y la fecha y algunas veces el lápiz rechinaba y se desconchaba un poquito la cal. Ahora habían tirado aquella pared, lo andaban cambiando todo. Estaba el piso lleno de albañiles y pintores, porque en junio venían los inquilinos nuevos.

La primavera se presentó magnífica. Por el patio del fondo se colaba en la portería desde muy temprano un paralelogramo de luz apretado, denso, maduro. A Paca le gustaba meterse en él y quedarse allí dentro quietecita, con los ojos cerrados, como debajo de una ducha caliente. En aquella zona bullían y se cruzaban los átomos de polvo, acudían a bandadas desde la sombra, coleaban, nadaban, caían silenciosamente sobre los hombros de Paca, sobre su cabeza, se posaban en una caspa finita. Algunas veces, los días que ella tardaba un poco más en despertarse, el rayo de sol la venía a buscar hasta el fondo de la alcoba y ponía en sus párpados cerrados dos monedas de oro que se le vertían en el sueño. Paca se levantaba con los ojos alegres. Todo el día, mientras trabajaba en la sombra, le estaban bailando delante, en una lluvia oblicua de agujas de fuego, los pececillos irisados que vivían en el rayo de sol.

La portería era una habitación alargada que tenía el fogón en una esquina y dos alcobas pequeñas mal tapadas con cortinillas de cretona. A la entrada se estrechaba en un pasillo oscuro y al fondo tenía la puerta del patio por donde entraba la luz. El suelo era de

baldosines colorados y casi todos estaban rotos o se movían. Había en la habitación un armario, con la foto de un militar metida en un ángulo entre el espejo y la madera, cuatro sillas, la camilla, los vasares de encima del fogón y la máquina de coser, que estaba al lado de la puerta del patio y era donde daba el sol lo primero, después de bajar del calendario plateado, que tenía pintada una rubia comiendo cerezas.

Cuando Paca era muy pequeña y todavía no sabía coser a la máquina, miraba con envidia la destreza con que su madre montaba los pies sobre aquella especie de parrilla de hierro y los columpiaba para arriba y para abajo muy deprisa, como galopando. Aquel trasto que sonaba como un tren y que parecía un caballejo gacho y descarnado, fue durante algún tiempo para ella el único juguete de la portería. Ahora volvía a mirar todas estas pobres y vulgares cosas a la luz de aquella rebanada de sol que las visitaba cotidianamente para calentarlas.

Por las tardes, la señora Engracia sacaba una silla a la puerta de la casa y se sentaba allí a coser con otras mujeres. Paca también solía ponerse con ellas. Las oía hablar sin pensar en nada, sin enterarse de lo que estaban diciendo. Se estaba a gusto allí en la rinconada, oyendo los gritos de los niños que jugaban en medio de la calle, en los jardines del centro. Saltaban en las puntas de los pies, se perseguían, agitando sus cariocas de papel de colores, que se lanzaban al aire y se enganchaban en los árboles, en los hierros de los balcones; hormigueaban afanosos para acá y para allá, no les daba abasto la tarde. Levantaban su tiempo como una antorcha y nunca lo tenían lleno. Cuando el cielo palidecía, los mayores les llamaban por sus nombres para traerlos a casa, para encerrarlos en casa, les pedían por Dios que no gritaran más, que no saltaran más, que se durmieran. Pero siempre era temprano todavía y la plaza empezaba a hacerse grande y maravillosa precisamente entonces, cuando iba a oscurecer y el cielo se llenaba de lunares, cuando se veían puntas rojas de cigarro y uno corría el riesgo de perderse, de

que viniera el hombre negro con el saco a cuestas. A aquellas horas de antes de la cena, algunas niñas pobres del barrio —la Aurora, la Chati, la Encarna— salían a saltar a los doubles con una sogá desollada. Le decían a Paca: «¿Quieres jugar?», pero ella casi nunca quería, decía que estaba cansada.

—Ya estoy yo grandullona para andar saltando a los doubles —le explicaba luego a su madre.

Una mañana vino el cartero a mediodía y trajo una tarjeta de brillo con la fotografía de una reina de piedra que iba en su carro tirado por dos leones. Paca, que cogió el correo como todos los días, le dio la vuelta y vio que era de Cecilia para las niñas del segundo. Se sentó en el primer peldaño de la escalera y leyó lo que decía su amiga. Ahora iba a un colegio precioso, se había cortado las trenzas, estaba aprendiendo a patinar y a montar a caballo; tenía que contarles muchas cosas y esperaba verlas en el verano. Luego, en letra muy menudita, cruzadas en un ángulo, porque ya no había sitio, venían estas palabras: «Recuerdos a Paca la de abajo».

Paca sintió todo su cuerpo sacudido por un violento trallazo. A la puerta de los ojos se le subieron bruscamente unas lágrimas espesas y ardientes, que parecían de lava o plomo derretido, y las lloró de un tirón, como si vomitara. Luego se secó a manotazos y levantó una mirada brava, limpia y rebelde. Todo había pasado en menos de dos minutos. Entró en la portería, abrió el armario, buscó una caja de lata que había sido de dulce de membrillo, la abrió y sacó del fondo, de debajo de unos carretes de hilo de zurcir, un retrato de Cecilia disfrazada de charra y unas hojas escritas por ella, arrancadas de aquel cuaderno gordo con tapas de hule. Lo rompió todo junto en pedazos pequeños, luego en otros pequeñísimos y cada uno de aquellos en otros más pequeños todavía. No se cansaba de rasgar y rasgar, se gozaba en hacerlo, temblaba de saña y de ira. Se metió los papeles en el hueco de la mano y apretaba el puño contra ellos hasta hacerse daño. Luego los tiró a un barreño que estaba lleno de mondas de patata. Se sintió firme y

despierta, como si pisara terreno suyo por primera vez, como si hubiera mudado de piel, y le brillaban los ojos con desafío. Paca la de abajo, sí, señor; Paca la de abajo, la hija de la portera. ¿Y qué? ¿Pasaba algo con eso? Vivía abajo, pero no estaba debajo de nadie. Tenía sus apellidos, se llamaba Francisca Fernández Barbero, tenía su madre y su casa, con un rayo de sol por las mañanas; tenía su oficio y su vida; suyos, no prestados, no regalados por otro. No necesitaba de nadie; si subía a las casas de los otros era porque tenía esa obligación. Como ahora, a llevar el correo del mediodía.

Salió al portal con la tarjeta y echó por la escalera arriba. En el primer rellano se encontró con Adolfo, el chico del zapatero, que bajaba con unas botas en la mano.

—Adiós, Paca. Dichosos los ojos. ¿Dónde te metes ahora?

Ella se quedó muy confusa, no entendía.

—¿Por qué dices «ahora»?

—Porque nunca te veo. Antes venías muchas veces a esconderte al taller con las otras chicas cuando jugabais al escondite...

Paca le miró con los ojos húmedos, brillantes, y parecía que los traía de otra parte, como fruta recién cogida.

—¡Ah, bueno! Dices antes, cuando yo era pequeña.

—Es verdad —dijo Adolfo, y la miraba—. Te has hecho una mujer. ¡Qué guapa estás!

La miraba y se sonreía. Tenía los dientes muy blancos y una pelusilla negra en el labio de arriba. Paca se azaró.

—Bueno, me subo a llevar este correo.

El chico la cogió por una muñeca.

—No te vayas, espera todavía. Que nos veamos, ¿quieres? Que te vea alguna vez. Me acuerdo mucho de ti cuando oigo a las chicas jugar en la plaza y creo que vas a venir a esconderte detrás de mi silla. Dime cuándo te voy a ver.

A Paca le quemaban las mejillas.

—No sé, ya me verás. Suelta, que tengo prisa. Ya me verás. Adiós.

Y se escapó escaleras arriba. Llegó al segundo, echó la tarjeta de Cecilia por debajo de la puerta (ni siquiera se acordaba ya de la tarjeta), siguió subiendo. Quería llegar arriba, a la azotea, donde estaban los lavaderos, y asomarse a mirar los tejados llenos de sol, los árboles verdes, las gentes pequeñas que andaban —«tiqui, tiqui»— meneando los brazos, con su sombra colgada por detrás. Se abrió paso entre las hileras de sábanas tendidas. Vio a Adolfo que salía del portal y cruzaba la plaza con la cabeza un poco agachada y las botas en la mano. Tan majo, tan simpático. A lo mejor se iba triste. Le fue a llamar para decirle adiós. Bien fuerte. Una..., dos... y tres: «¡¡Adolfoooo!!», pero en ese momento empezaban a tocar las campanas de la iglesia de enfrente y la voz se le fue desleída con ellas. El chico se metió en su portalillo, como en una topera. A lo mejor iba pensando en ella. A lo mejor le reñían porque había tardado.

Sonaban y sonaban las campanas, levantando un alegre vendaval. A las de la torre de enfrente respondían ahora las de otras torres. Las campanadas se desgajaban, se estrellaban violentamente. Paca las sentía azotando su cuerpo, soltándose gozosas por toda la ciudad, rebotando despiadadamente contra las esquinas: «Tin-tan, tin-tan..»..

Le había dicho que era guapa, que la quería ver. Había dicho: «Cuando venías a esconderte con las otras chicas», ni siquiera se había dado cuenta de que iba siempre con la misma, con la niña más guapa de todas. Él solo la había visto a ella, a Paca la de abajo, era a ella a quien echaba de menos, metidito en su topera. «Que te vea alguna vez —tin-tan, tintan—, que te vea alguna vez».

Arreciaba un glorioso y encarnizado campaneo, inundando la calle, los tejados, metiéndose por todas las ventanas. Más, más. Se iba a llenar todo, se iba a colmar la plaza. Más, más —tintan, tintan—, que sonaran todas las campanas, que no se callaran nunca, que se

destruyeran los muros, que se vinieran abajo los tabiques y los techos y la gente tuviera que escapar montada en barquitos de papel, que solo se salvaran los que pueden meter sus riquezas en un saquito pequeño, que no quedara en pie cosa con cosa.

Sonaban las campanas, sonaban hasta enloquecer: «Tintan, tintan, tin-tan...»..

Balneario de Alzola, agosto de 1953

Los informes

—Dice la señorita que espere usted, que ahora está ocupada.

La doncella es alta, bien plantada y mira de frente al hablar. Va muy limpia y le brilla el pelo. «Debe ser de mi edad», piensa Concha. Luego baja los ojos un poco avergonzada y se queda apoyada contra la puerta. Hace fuerza como para sentirse más segura. Nota que se le clava en la espalda, a través del abrigo raído, algo así como un hierro en espiral, de esos que sirven de adorno. Se está haciendo daño, pero le gusta sentir este dolor, lo necesita. Si no, se caería al suelo de cansancio.

Hace cuatro noches que no pega ojo. La última, la del tren. Todavía tiene metido en los sesos el exacto, invariable, agobiante «chaca, chaca» de las ruedas del tren, marcando el tiempo en lo oscuro. Le parece que este resoplar trabajoso de los hierros le ha formado por dentro de la cabeza dos paredes altísimas, entre las cuales se encajona y se estrecha todo lo que desea, lo que sufre y recuerda. Y que por eso lo siente avanzar a duras penas, tarado, encarcelado, vacío de esperanza. Solo el ruido del tren en la noche. Era como contarse los latidos del corazón. Y, ¿quién habría podido dormir con la incertidumbre y con aquella pena? Horas y horas mirando por la ventanilla, limpiando de cuando en cuando el cristal empañado, acechando ansiosamente algún bulto de árbol o de casa sobre las tierras frías. Y alguna vez se veía un pueblo lejos, con las luces encendidas; diez o doce luces temblonas, escasísimas, aplastadas de bruces en lo negro. Y otras veces el tren pitaba largo, largo, como llorando, como si se fuera a morir, y echaba a andar

más flojo, y llegaban a una estación. A lo mejor montaba alguien y se le veía pasar por el pasillo; se oían sonar sus pies y los ruidos que hacía hasta acomodarse. Era el tren correo, y en las estaciones se eternizaba. Casi se deseaba volver a oír el ruido de las ruedas; tenía una miedo de quedarse para siempre en aquel pueblo tan solo, tan desconocido, como visto a través de niebla y legañas, en aquel andén que levantaba su escuálida bombilla encima de unos letreros, de unos cajones, de un hombre borroso con bandera en la mano. Quería una volver a correr, a tragarse la noche, porque de una manera o de otra era como caminar hacia el día.

—Pero pase usted, no se quede ahí. Siéntese un poco, si quiere.

Concha da las gracias y se separa de la puerta. El hierro se le ha debido quedar señalado transversalmente en la carne, debajo de las paletillas. Siente ganas de rascarse, pero no lo hace por timidez. La chica le ha dicho que se puede sentar, y ella está muy cansada. Mira las sillas que tiene cerca; todas le parecen demasiado buenas. También hay, unos pasos más allá, un banco de madera, pero tiene almohadones. A pesar de todo es, sin duda, lo más a propósito. Se acerca a él. Todavía levanta los ojos, indecisa.

—¿Aquí?...

—Sí, sí, donde usted quiera.

Vaya con el desparpajo y el mando que tiene aquí esta chica. Seguramente estará hace mucho tiempo. La casa parece bonita y es de baldosa. Se ve bien por los lados, aunque hay una alfombra ancha. A lo mejor en alguna habitación tienen piso de madera, pero no es lo mismo; lo peor es cuando hay que sacarle cera a todo el pasillo. Claro es que a ella es muy posible que la quieran para la cocina, porque la doncella parece esta otra chica. En la frutería no se lo han sabido especificar, y ella tampoco se anduvo preocupando mucho, porque no está la cosa para remilgos. Entró a comprar una naranja y preguntó si sabían de alguna casa. Le dijeron que en el treinta y dos de la misma calle, que eran solo cuatro de familia y que daban buenos sueldos. A la misma frutera le dejó la maleta y se vino

para acá corriendo. Vaya una suerte que sería colocarse pronto, no tener que ir a quedarse ni siquiera una noche en casa de la tía Ángeles. A lo mejor esta misma noche ya puede dormir aquí. Dormir. Dormir. El ruido del tren se habrá ido alejando y solo quedará como un tamborileo calle abajo. Dormir. Estar colocada. A lo mejor esta misma noche.

Concha se mira insistentemente las puntas de los zapatos. ¿Se habrá ido la otra chica? Encima de esta alfombra tan gorda no se deben sentir las pisadas, seguramente se ha ido. Pero alza los ojos y la ve un poco más allá, colgando un abrigo en el perchero. En este momento se ha vuelto y mira a Concha. Se acerca.

—¿Cómo se llama usted?

—Concha. Concha Muñoz.

—Yo me llamo Pascuala, pero me dicen Pascua, porque es más corto y más bonito. ¿Ha servido más veces?

—Sí, hace tres años. Luego me tuve que volver al pueblo porque mi madre se puso mala.

—¿De qué pueblo es usted?

—De Babilafuente.

Pascuala se da cuenta de que le tendría que preguntar qué tal está ahora su madre, pero no se atreve a hacerlo. La chica viene completamente vestida de negro y se le marcan mucho las ojeras tibias, recién surcadas, en vivo todavía.

—Babilafuente, Babilafuente..., eso cae por Salamanca, ¿no?

Concha suspira.

—Sí, por allí cae.

Vuelve a bajar los ojos. Al decir que su pueblo cae le ha parecido verlo rodar por los espacios como a una estrella desprendida, lo ha vuelto a sentir dolorosamente perdido, hecho migas, estrellado contra el suelo. La estación, la fuente, la era, las casas gachas y amarillas de adobe, el ladrar de los perros por la noche, los domingos, las bodas, el verano, la trilla. Todo borrado, desaparecido para siempre.

—¿Tiene usted familia aquí?

—Sí, pero como si nada. Una tía segunda. Todas las veces que he venido me coge a desgana y como de limosna. Muy apurada tengo que verme para volver allí. Cuando lo de mi madre se ha portado tan mal.

Pascuala comprende que no tiene más remedio que hacer la pregunta:

—Su madre, ¿ha muerto?

—Sí, hace tres semanas.

—La acompaño en el sentimiento.

Concha siente que se le inflan los ojos de lágrimas. Levanta la cabeza y mira a la otra. Por primera vez habla violentamente, a la desesperada, como si diera patadas y mordiscos, como si embistiera. Busca el rostro de Pascuala, sus ojos, y quisiera verlos bañados por su mismo llanto.

—Me he quedado sola en el mundo, sola, sola. Ya ve usted. Dígame lo que hace una mujer sola, sin el calor de nadie. Aunque la madre esté enferma, aunque no dé más que cuidados. Pero una vuelve a su casa y sabe que tiene su sitio allí esperando. Y cierra una las puertas y las ventanas y se está con su madre. Y si se comen unas patatas, se comen, y si no, no se comen. Pero está una en su casa, con los cuatro trastos que se han tenido siempre. Antes, cuando vine a servir la primera vez, me gustaba venir a la capital, pero es porque sabía que siempre tenía el pueblo detrás de las espaldas y que, al primer apuro, me podía volver con mi madre, y que iría por las fiestas y tendría a quien escribir. Así es muy fácil hacerse la valiente y hasta decir que está una harta de pueblo y que no quiere volver nunca. Ahora he tenido que vender el cacho de casa y, con las cuatro perras que he sacado por ahí, sí he tenido para pagar las deudas y venirme. No tengo a nadie, nadie me ha ayudado; seguramente valía más la casa, pero a una mujer sola siempre la engañan. Tan sola qué voy a hacer, fíjese, tan sola como estoy.

Le tiemblan las palabras, se le atropellan, y le corren lágrimas en reguero por las mejillas enrojecidas. Pascuala se acerca y se sienta en el banco a su lado. Le alargaba un pañuelo que saca de la manga.

—Vamos, no llore más. Ojalá se pueda quedar aquí. Ande, séquese los ojos. No tenga esa cara para cuando la vea la señorita. Qué le vamos a hacer, mujer. Lo que Dios mande.

Han llamado a la puerta. Pascuala se levanta y va a abrir. Es un hombre con una cesta llena de comestibles. La descarga en el suelo.

—Vaya, ya era hora de que vinieras. No, no. No la dejes. Éntramela a la cocina, que pesa mucho. Y cierra, hijo. Vaya un frío.

El hombre vuelve a coger la cesta y sigue a Pascuala por el pasillo. Pasan por delante de Concha. Pascuala dice:

—¿Quiere venir a esperar a la cocina, que estará más caliente?

—No, no, gracias. Estoy bien aquí.

Ellos se meten por unas cortinas que deben dar a otro pasillo. Le parece a Concha que quedándose aquí, al lado de la puerta, la verán todos al entrar y al salir, y es más difícil que se olviden de ella. Ahora que está sola, se seca bien los ojos a restregones y se promete a sí misma no volver a llorar delante de extraños. Esta chica la ha oído con simpatía y compasión, pero, después de todo, a nadie le importa de las cosas de uno. Llorar es perder el tiempo. Nada más que perder el tiempo.

Casi se hace daño de pasarse tan fuerte el pañuelo por los ojos. Luego se suena, y lo guarda hecho un gurrño húmedo en el hueco de la mano. Dentro de una habitación un reloj da doce campanadas. Que no tarden, por Dios, que no se olviden de ella. También la señorita ya podía acabar con lo que estuviera haciendo. Piensa si su maleta estará bien segura en la frutería. La mujer no puso muy buena cara, parece que no tenía ganas de guardársela. Como si la maleta le fuera a estorbar allí para algo. Le dijo: «Bueno, pero si no vuelves pronto, no respondo». ¿Se la robará alguien? La dejó bien escondida, detrás de un cesto de limones, pero había tanto barullo

en la tienda. Por los retratos lo sentiría, casi solo por los retratos. Más de lo que ha perdido ya no lo puede perder.

Enfrente, detrás del perchero, hay un tapiz grande en colores verdes y marrones representando una escena de caza. Aparecen allí unos señores vestidos muy raro, como antiguos, y uno de ellos tiene cogido un ciervo por los cuernos y se ríe. Esta casa tiene que ser muy rica. Todas las sillas están tapizadas de terciopelo. Concha mira también los cuadros y la lámpara de cristalitos colgando. Se pregunta si todo esto le llegará a ser familiar, si ya mañana mismo y todos los días que sigan pasará delante de ello sin mirarlo más que para quitarle el polvo, sin que le extrañe su presencia. Ella se piensa portar muy bien. A lo mejor se hace vieja en esta casa, pisando por encima de esta alfombra, abriendo y cerrando estas puertas que ahora no sabe siquiera a qué habitaciones corresponden.

Las puertas son de cristal esmerilado. Detrás de la primera, según se entra de la calle, ve ahora Concha la silueta de un niño que se empina para alcanzar el picaporte. Se ve que le cuesta mucho trabajo llegar, pero por fin logra abrir y sale. Es un niño como de cinco años. En la mano izquierda lleva unos cuadernos y unas cajas de cartón. Los sujeta contra la barbilla y saca la lengua muy apurado, mientras trata de volver a cerrar la puerta con la mano libre. Ve a Concha y se sonríe, como tratando de disimular su torpeza.

—Es que no llego. Ven.

La caja de más arriba se le está escurriendo. Concha se levanta y le coge todas las cosas. Luego cierra la puerta. El niño la mira, contento.

—Ya. No se ha caído nada. Tenlo un poco todavía, que voy a abrir allí. Ven.

Ha echado a andar por el pasillo y ella le sigue. Se para delante de la puerta siguiente. Otra vez se empina.

—Aquí. Ahora aquí.

Concha adelanta el brazo y baja el picaporte. Luego le da al niño los cuadernos y las cajas.

—Toma, guapo. Entra, que ya cierro yo.

El niño va a entrar, pero se vuelve. Alza la boca, como para dar un beso. Concha se agacha un poco y pone la mejilla. Luego cierra la puerta y se vuelve al banco de madera. La habitación parecía un cuarto de estar, pero no se ha fijado en lo de la baldosa. No ha visto a nadie dentro. El niño, qué rico es. A Concha le gustan los niños. Si se quedara en la casa seguramente llegaría a quererle mucho. Le gustaría quedarse en la casa.

Se oyen pasos y risas por el otro pasillo. Sale Pascuala seguida por el hombre de los ultramarinos, que ya trae la cesta vacía.

—Sí, claro, qué listo. Y un jamón.

—Nada de listo. Ya verás como hablo yo con tu novio.

—Lo menos.

—¿Qué te apuestas?

—Vamos, quita.

Han llegado a la puerta.

—Adiós, y que te alivies.

—Adiós, preciosidad.

—Entonces, ¿no sales el domingo?

—Sí, pero no contigo. Qué más quisieras.

—Mala persona, orgullosa.

—Anda, anda, adiós. Vete de una vez.

Concha está muy triste y se vuelve a poner nerviosa acordándose de la maleta. ¿Serán ya las doce y cuarto?

Cuando Pascuala cierra la puerta de la calle, alza los ojos y le pregunta:

—Por favor, ¿cree usted que tardará mucho la señorita?

—Ay, hija, según se dé... Calle, parece que ahora suena el timbre de casa. Debe de ser ella. Espere.

Pascuala llama con los nudillos a la misma puerta por donde el niño acaba de entrar. Luego la abre y se queda en el umbral,

recibiendo una orden que desde fuera no se entiende. Vuelve la cara y le hace una seña a Concha para que se acerque. Concha se levanta y va. El corazón le late fuertemente. Pascuala se retira para dejarle paso.

—Aquí está la chica, señorita. Ande, entre usted, mujer.

Concha avanza unos pasos.

—¿Da usted su permiso?

Pascuala ha cerrado la puerta y se ha ido. Concha, de pronto, se siente desamparada y tiene mucho miedo. De no saber qué decir, de echarse a llorar como antes. La señorita está sentada a la camilla, delante de un balcón que hay al fondo. Tiene unos ojos claros, bonitísimos, los más bonitos que ha visto Concha, y el pelo muy rubio. A ella le desconcierta que sea tan guapa. Menos mal que está el niño también, sentado enfrente, al otro lado de la camilla, delante de sus cajitas y sus cuadernos. Los dos han levantado la cabeza y la miran fijamente. La mirada de la señorita le produce a Concha mucho malestar.

De un solo recorrido los ojos azules han formado su juicio. «Vaya, de las que no han perdido el pelo de la dehesa. Qué facha, Dios mío. Qué pies, qué permanente. Atroz, impresentable. De quedarse tiene que ser para la cocina».

—Pase, pase usted. No se quede ahí, a la puerta.

«Tal vez limándola, arreglándola un poco»... La chica se acerca. Los ojos azules van de un desaliento a otro. Ahora se detienen en el abrigo parduzco, recosido, dado la vuelta, apurado por los codos, teñido varias veces, heredado de alguien que ya lo desechó cuando era muy viejo. Todavía conserva de su antiguo esplendor algunos cortes y adornos sin sentido. Esta chica va a ser de las que hay que vestir de arriba abajo. Aunque quizá convenga más si, en cambio, es desdolida para el trabajo. Seguramente tendrá pocas pretensiones y no le importará ir cargada a la calle con cualquier clase de paquetes. Cargada con lo que sea, sin cansarse, sin

protestar, como tiene que ser una criada. Estas cerriles tienen casi siempre esa ventaja.

—¿Usted entiende de cocina?

Concha siente un alivio enorme al oír hablar a la señorita. Si se queda callada un rato más no lo hubiera podido soportar. Traga saliva y contesta atropelladamente:

—De cocina no mucho, señorita. Bueno, lo corriente, lo que se sabe en los pueblos. Pero yo puedo aprender lo que sea. Antes he estado siempre de doncella.

—¿Dónde ha servido usted?

—Primero allí, en el pueblo, con unos señores. Luego vine a Madrid y estuve en una casa.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses.

—Y ¿por qué se salió?

—Porque mi madre se puso mala y me tuve que ir a cuidarla. No me tenía más que a mí.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Tres años.

—¿Tres años ha estado mala su madre? Qué raro.

Concha siente otra vez mucho desasosiego. No sabe cómo dar pruebas de lo que dice. Contesta mirando de frente, con amargura:

—Era cáncer. Usted habrá oído hablar. Una enfermedad muy larga.

Hay una leve pausa.

—Entonces, ¿a usted no la importaría quedarse para la cocina?

—Yo, como usted diga.

—Bien, y de sueldo, ¿qué?

—En la otra casa ganaba veintiún duros.

—¿Se conforma con eso?

—Sí, señorita.

En los ojos azules hay un imperceptible parpadeo. Después de todo, puede tener ventajas esta chica. Todas las que han venido a

pretender pedían doscientas pesetas.

—Bueno, pues vuelva usted. Pediré los informes.

—¿Volver? Ay, señorita, si pudiera pedir los informes ahora. En la casa donde estuve tenían teléfono. Se llaman Ortiz, en la calle de Cervantes. Podía usted llamar.

La señorita la mira. Cada vez que la mira, a Concha le dan ganas de desaparecer, de marcharse a la tierra con su madre.

—¿Tanta prisa tiene?

Concha siente deseos de contarle lo de su tía, lo de su madre, lo de su pueblo, todo lo que le aprieta el corazón, lo que está taponándole el aire que respira. Pero se contiene a tiempo y se limita a responder:

—Lo digo por no trotar más casas y porque tengo abajo la maleta. Como parece que nos hemos entendido, si le gustan los informes me puedo quedar ya.

La señorita se ha levantado y está a su lado ahora. Qué bien huele a colonia.

—Bueno, vamos allá. Espere aquí un momento. Dice usted que Ortiz.

—Sí, Ortiz. En la calle de Cervantes.

La señorita se dirige a una puerta lateral que comunica con otra habitación. Con la mano en el pestillo, se vuelve.

—Ah, se me olvidaba. ¿Cómo se llama usted?

—Concha Muñoz, para servirle.

—Está bien; ahora vuelvo. Fernandito, tú no te muevas de ahí.

Deja la puerta entreabierta y desaparece. El niño la mira irse con ojos asombrados. Él, ¿por qué va a moverse de aquí, si está tan a gusto al brasero pintando de colores sus mapas? A mamá casi nunca se la entiende. Se alegra de haberse quedado solo con la chica nueva, que todavía no ha visto sus cuadernos. Le hace una seña para que se acerque.

En la habitación contigua, a través de la rayita de la puerta, le parece a Concha haber oído el ruido de un teléfono al descolgarse,

y esos golpes que se dan luego a la rueda, metiendo un dedo por los agujeritos de los números. Todo su cuerpo está en tensión, esperando. Se acerca a la camilla y mira los cuadernos del niño con ojos distraídos. Tiene abiertos tres o cuatro, y alrededor hay diseminados muchos lapiceros.

—¡Huy, qué bonito!

—Es el mapa de España. Mira, este cachito que estoy pintando de verde es Barcelona, y ahí nací yo. Tú, ¿de dónde eres?

—Yo, de la provincia de Salamanca.

—¿Dónde está?

Concha señala al azar por un sitio cualquiera. Mueve el dedo sobre el mapa, abarcando un pedazo muy grande.

—No sé. Por ahí...

En la habitación de al lado ya ha empezado la conversación telefónica. Se oye muy mal, solo pedazos sueltos. A Concha le parece oír su nombre. El niño no deja de hablar.

—¿De qué color quieres que lo pintemos?

—De amarillo.

—¿Con este, o con este más oscuro?

—Con el que tú quieras.

El niño coge un lápiz y lo chupa. Se pone a pintar de amarillo un pedazo de mapa, apretando mucho. Ahora no se oye nada. Deben estar hablando del otro lado del teléfono, o habrán ido a buscar a la señora. Ahora hablan, pero ¡qué bajo! «Muy amable..., molestia..., sí..., sí». Ahora no se oye nada otra vez. El niño levanta la cabeza y la vuelve a la chica, que está detrás de él.

—¿Por qué no te sientas aquí conmigo?

—No, guapo, voy a esperar a que vuelva tu mamá enseguida.

—¿Te vas a quedar a vivir aquí?

—No sé. A lo mejor.

—Yo quiero que te quedes. ¿Por qué no te vas a quedar?

Concha abre mucho los ojos. En este momento ha oído clarísimamente cómo la señorita decía: «¡Qué barbaridad, por

Dios!»), con un tono más alto y voz indignada. ¿Por qué puede haber dicho una cosa semejante? No puede soportarlo. Se acerca a la puerta y la cierra. Que sea lo que quiera; por lo menos este rato, mientras está esperando, quiere vivir tranquila. Se acabó.

Le tiemblan un poco las manos y las pone sobre la camilla. El niño mira la sortija gorda de hueso con un retrato desdibujado y amarillento, como los que están en los cementerios. Le pasa un dedo por encima.

—¡Qué bonita es! Yo tengo una sortija guardada. Me la tiene guardada mi mamá, pero es más fea. Yo la quería con retrato metido por dentro.

Concha está muy nerviosa. Le gustaría coger la cabeza de este niño y apretarla fuertemente contra su regazo para no sentirse tan sola, tan amenazada. Querría darle muchos besos, tenerle contra ella sin que hablase. ¿Por qué habrá dicho eso la señorita? ¿Tardará mucho en salir? Un reloj da la media. Las doce y media. En la pausa que sigue, el niño vuelve a pintar de amarillo aquel trozo de mapa por donde debe estar su pueblo; amarillo el suelo y el cielo, amarilla la casa vendida. El niño calca muy fuerte. Va a romper el papel.

—Oye, yo tengo muchos soldaditos, ¿los quieres ver?

—Sí, luego los veremos.

—Si te quedas aquí, jugarás conmigo, ¿verdad?

—Sí, guapo, claro que sí.

—¿Sabes pintar?

En ese momento se abre violentamente la puerta y sale la señorita. Pasa por delante de Concha, sin mirarla, y aprieta un timbre que hay en la pared. Luego se queda de pie, paseando. No habla. Concha siente que tiene la lengua pegada al paladar. Hace un gran esfuerzo para ser capaz de decir alguna cosa. Pone todo su empeño en ello, lo tiene que lograr. Después de todo es justo que le expliquen lo que pasa.

—Señorita...

No contesta; está vuelta de espaldas, mirando a través del balcón. Qué malestar..., pero ahora que ha empezado sí que tiene que seguir, sea como sea.

—Por favor, señorita, ¿es que le han dado malos informes?

Los ojos azules se vuelven y la enfocan de plano.

—Ah, ¡tiene usted la desfachatez de preguntármelo!...

Ahora se abre la puerta y aparece Pascuala.

—¿Llamaba usted?

—Sí, haga el favor de acompañar a esta chica a la puerta de la calle.

—¿No se queda?

—¡Qué se va a quedar! Estaríamos buenos.

Concha no entiende nada, pero a su flaqueza de hace unos instantes ha sucedido una energía desesperada y rabiosa. No se puede ir sin que le expliquen lo que sea. Este no es el trato que hay derecho a darle a una persona. Se queda de pie, sin moverse, en el centro de la habitación. Dice con voz firme y fría, sin suplicar ni temblar:

—Perdone, pero debe haber un error. Yo, en casa de esos señores, me porté siempre muy bien, como se portan las personas decentes. Quiero saber lo que han dicho de mí.

—Ah, con que quiere usted que se lo diga. Yo creí que, al oírlo, se le iba a caer la cara de vergüenza.

La señorita está muy excitada. Hace una breve pausa y, después, casi chillando:

—Quiere usted que le recuerde que la echaron de allí por ladrona, ¡¡¡por ladrona!!! Quiere que se lo recuerde porque lo ha olvidado, porque usted no sabe nada, porque usted se fue a cuidar a su madre que estaba enferma. Cinismo como el suyo no lo he visto. ¡No lo he visto en mi vida!

La señorita se ha callado y respira agitadamente. Concha se queda mirando al vacío con unos ojos abiertos, sin parpadeo, como los de un animal disecado. Va a hablar, pero no sabe decir ninguna

cosa. Es tan tremendo lo que le han dicho, que le pesa como una losa de mármol, y no se lo puede sacudir de encima. Le parece que ya tendrá que andar siempre debajo de este peso que le han añadido a su saco de penas y de años. Ni siquiera se puede mover ni llorar. Se pregunta lo que habrá podido pasar, se lo pregunta como buceando en un sueño. A lo mejor un cruce del teléfono, o que ha llamado a otro número equivocado. O que había otros Ortiz en la misma calle. O quizá en la misma casa donde ella estuvo la han confundido con otra Concha que entró después. Concha es un nombre muy vulgar. Piensa todas estas cosas vagamente, como si le quedaran terriblemente lejos, como si se le fueran de las manos y no las pudiera distinguir. Se da cuenta de la inutilidad de sus conjeturas, de que a esta señora no va a poder convencerla de nada, y además le será imposible llegar a reunir las fuerzas que se necesitarían para intentarlo. No merece la pena. Quiere irse de aquí.

—Ea, Pascuala. Ya pueden irse.

Sí, irse cuanto antes. Comprende que con su actitud, en lugar de justificarse, ha aceptado la culpa y se ha cubierto totalmente de ella, hasta la cabeza, sin remedio. Pero le da lo mismo. Solo siente deseos de marcharse de aquí.

Da media vuelta y sigue a Pascuala fuera de la habitación, al pasillo. Pasan por delante del perchero y del tapiz con la escena de caza. Se acuerda de todas estas cosas, las reconoce. Ya han llegado a la puerta, se han parado. Concha levanta los ojos hacia la otra. Debía bastar con esto, así, sin hablar nada; pero se da cuenta de que tiene que decir alguna cosa ahora, lo que sea, de cualquier manera, porque si no, no se podría ir.

—Se ha debido equivocar con otra casa. Todo lo que ha dicho es mentira —afirma débilmente, como para oírlo ella misma.

Luego, sin esperar respuesta, sin pararse a recoger la respuesta en los ojos incrédulos de la otra, abre la puerta y va a salir. Oye que Pascuala le dice:

—Oiga, mi pañuelo; se lleva usted mi pañuelo.

Concha lo encuentra sudoroso, arrugado y pequeñísimo en el hueco de su mano. Lo saca de allí y se lo da a Pascuala, sin añadir una palabra más. Después, secamente, la puerta se ha cerrado a sus espaldas.

En el cuarto de estar, Fernandito le pregunta a su madre:

—Mamá, ¿va a volver Concha?

La madre está leyendo un periódico. No contesta nada.

—Mamá, que si va a volver Concha, que si va a volver, que yo quiero que vuelva...

Los ojos azules se levantan distraídos, clarísimos.

—¡Ay, qué dices, hijo! Me duele la cabeza.

—Que si va a volver Concha.

—¿Qué Concha?

El niño lloriquea.

—Concha, Concha. La chica que se ha ido.

—¡Qué niño tan estúpido! ¿Para qué la quieres tú? No va a volver, no. Déjame en paz.

El niño se escurre de la silla y se arrima al balcón. Pega las narices al cristal, que está muy frío, y se queda allí, esperando. Ve a Concha que sale del portal y que cruza a buen paso a la otra acera. Allí se ha parado un momento y mira a los lados para orientarse. Está pensando que son las doce y media, que tiene que ir a la frutería a recoger su maleta, que hasta la noche hay todavía tiempo de buscar. Que tiene que olvidarse de lo que le ha ocurrido en esta casa, olvidarse de todo. Se sube el cuello de su abrigo teñido y toma por la izquierda, calle abajo. El niño la va siguiendo empeñadamente con los ojos, a través del vaho que se le forma en los cristales al respirar tan cerca. Ya casi no la ve, es solo un punto negro entre la gente. Ha empezado a nevar.

Madrid, marzo de 1954

La conciencia tranquila

—Te lo estoy diciendo todo el día que no te lo tomes así. Se lo estoy diciendo todo el día, Luisa. Hace más de lo que puede. Que está cansado; si no me extraña. Muerto es lo que estará. Anda, tómate una taza de té por lo menos.

Las últimas palabras sonaron con el timbre del teléfono. Mariano fue hacia él. No se había quitado la gabardina.

—Es una profesión muy esclava —asintió la tía Luisa.

—Diga...

—... y luego como él tiene ese corazón.

—¿Cómo...?, no entiendo. Callar un momento, mamá. ¿Quién es?

Venía la voz del otro lado débil, sofocada por un rumor confuso, como si quisiera abrirse camino a través de muchas barreras.

—¿Está el doctor Valle?

—Valle, sí, aquí es. Hable más alto porque se entiende muy mal. ¿De parte de quién?

Mila se puso de espaldas a los hombres, casi pegada al rincón, debajo de las botellas de cazalla. Acercó mucho los labios al auricular.

—Diga, ¿es usted mismo?

—Sí, yo mismo. Pero ¿quién es ahí?

Tardó unos instantes en contestar; hablaba mejor con los ojos cerrados. Las manos le sudaban contra el mango negro.

—Verá, me llamo Milagros Quesada, no sé si se acuerda; del Dispensario de san Francisco de Oña —dijo de un tirón.

—Pero ¿cuántas veces con lo mismo? Llaman ustedes al médico del Seguro. ¿Yo qué tengo que ver con el Dispensario a estas horas? ¿No tienen el médico del Seguro?

—Sí, señor.

—¿Entonces...?

—Es que él ha dicho que se muere la niña, que no vuelve a verla porque, para qué.

—¿Y qué quiere que yo haga?

—Es que él no la entiende. Usted la puso buena el año pasado, ¿no se acuerda?, una niña de ocho años, rubita, se tiene que acordar, casi estaba tan mala como ahora, de los oídos... Yo le puedo pagar la visita, lo que usted cobre.

—Pero mi teléfono, ¿quién se lo ha dado? ¿Sor María?

—No, señor; lo tengo yo en una receta suya que guardé de entonces. Y es que el otro médico no sabe lo que tiene; si no viene usted, se muere; si viera lo mala que se ha puesto esta tarde, da miedo verla; se muere, da miedo...

Apoyaba el peso del cuerpo alternativamente sobre una pierna y sobre la otra, a medida que hablaba, de espaldas, metida en el rincón de la pared como contra la rejilla de un confesionario; y un hombre joven de sahariana azul, con pinta de taxista, tenía fija la mirada en el balanceo de sus caderas. Otro dijo: «Callaros, tú, el Príncipe Gitano». Y levantaron el tono de la radio. Mila se echó a llorar con la frente apoyada en los azulejos. La voz del médico decía ahora:

—Sí, sí, ya lo comprendo; pero que siempre es lo mismo, me llaman a última hora, cuando ya no se puede hacer nada. Si el otro doctor ha dicho que no se puede hacer nada, no será porque no la entiende, yo diré lo mismo también. ¿No lo comprende, mujer? ¿No comprende que si todas empezaran como usted tendría que quedarme a vivir en el Puente de Vallecas? Yo tengo mis enfermos particulares, no puedo atender a todo.

«... rosita de oro encendida, rosita fina de Jericó», chillaba la canción de aquel tipo allí mismo, encima. Mila se tapó el oído libre.

—Yo le pago, yo le pago —suplicó entrecortadamente. Y una lágrima se coló por las rayitas del auricular, a lo mejor hasta la cara del médico, porque tenía él un tono rutinario, aburrido de pronto, al decir—: No llore, veremos si mañana puedo a primera hora... — y algo más que tal vez siguió. Pero ella sintió como si se pegara de bruces contra aquellas palabras desconectadas de lo suyo, y el coraje no le dejó seguir escuchando.

—¿Qué dice de mañana? —interrumpió casi gritando—. ¿Pero no le estoy contando que se muere? ¿No me entiende? Le he dicho que le voy a pagar, que me cobra usted como a un cliente de los suyos. Tiene que ser ahora, verla ahora. Usted a un cliente de pago que le llamara ahora mismo no le pediría explicaciones, ¿no?...

Mariano tuvo una media sonrisa; miró el reloj de pulsera.

—... pues yo igual, me busco las perras y listo, usted no se preocupe.

—Si no es eso, mujer, qué disparates dice.

—¿Disparates, por qué? —se revolvió todavía la chica.

Pero sin transición la voz se le abatió apresuradamente.

—Perdone, usted perdone, no sé ni lo que digo. Y por favor, no deje de venir.

—Bueno, a ver, ¿dónde es?

Eran las ocho menos diez. Le daba tiempo de avisar a Isabel; a lo mejor se enfadaba un poco, pero este seguramente era un caso rápido que se liquidaba pronto; le diría: «Voy para allá, cariño. Ponte guapa. Es un retraso de nada».

—Chabolas de la Paloma, número cinco.

—¿Cómo dice? ¿Antes de llegar a la gasolinera?

—No, verá, hay que pasar el cruce y torcer más arriba, a la izquierda... y si no, es mejor una cosa. ¿Va a venir pronto?

—Unos veinte minutos, lo que tarde en el coche.

—Pues yo le estoy llamando desde el bar que hay en la otra esquina de la gasolinera, así que le espero allí para acompañarle, porque si no se acuerda de dónde es la casa, no va a acertar.

—Bueno, de acuerdo.

—En el bar de la gasolinera, ¿eh?, ya sabe.

«Es algo de dinero, seguro», pensó el hombre de la sahariana azul, que con la música de la radio solo pudo cazar alguna palabra del final, de cuando la chica había hablado más alto; y la miró ahora quedarse suspensa con el teléfono en la mano, igual que si agarrara la manga vacía de una chaqueta, dejarlo enganchado sin prisas por la argolla y volver finalmente un rostro sofocado, con huellas de lágrimas, qué cosa más bonita, madre mía. «Riña de novios, seguro; el otro la ha colgado. ¡Y qué cuerpo también!». Ahora se estaba saliendo fuera del mostrador. «Gracias, señor Julián», dijo hacia el tabernero que ni siquiera la oyó, y se quedó un rato vacilante en mitad del local, mirando para la calle a través del rectángulo de la puerta. La calle tenía una luz distinta: era como salir de lo oscuro a la luz; había empezado a llover un poco, debía haber por alguna parte arco iris, y de pronto la gente revoloteaba en torno al puesto de tabaco, muchachas con rebecas coloradas. Al lado de la primera ventana había una mesa y el chico la estaba limpiando con un paño mojado.

—¿Va a tomar algo?

Se sentó. Tenía las piernas flojas y por dentro de la cabeza aquel ruido de túnel del teléfono.

—Bueno, un vaso de tinto.

Enfrente estaba la gasolinera. Desde allí se esperaba bien.

—Oye, niña: ¿me dejas que te haga compañía?

Levantó los ojos al hombre que apoyaba las manos en el mármol de su mesa. No le conocía. Se encogió de hombros, luego volvió a mirar afuera. El hombre de la sahariana azul se sentó.

—Chico, tráete mi botella del mostrador y dos vasos. Me dejas que te invite, ¿no, preciosa?

Ella bajó los ojos a la mesa. Tenía algunas canas. Dijo:

—Da lo mismo.

Veinte minutos, lo que tardara en el coche. Mejor en compañía que sola. Mejor que sola cualquier cosa. Necesitaba beber un poco, después de lo descarada que había estado con el médico. El primer vaso se lo vació de un sorbo. El hombre de enfrente la contemplaba con curiosidad.

—¿Cómo te llamas?

—Mila. Milagros.

—Un nombre bonito. Toma más vino.

Se sentía intimidado sin saber por qué. Le daba rabia, con lo fácil que estaba siendo todo. Ella no dejaba de mirar la lluvia, la gasolinera pintada de azul.

—¿Qué piensas, guapa?

—Nada. Contesta enseguida ¿sí o no?

—Sí. Desde luego, sí. A ti solo se te puede decir que sí.

Que sí. Lo había dicho por tres veces. Que se iba a morir Andrea. Y sin embargo, no tenía ganas de llorar ni se sentía mal, como si todo aquello lo estuviese sufriendo otra persona. Estaba muy cansada, tres noches sin dormir. El vino daba calor y sueño.

—Cuéntame algo, Milagros. No eres muy simpática.

—Estoy cansada. No tengo ganas de hablar.

—¿Cansada, mujer? De trabajar es de lo único que se cansa uno.

—Pues de eso.

—Anda, que trabajas tú; será porque te da la gana.

—Pues ya ves.

—... con esa cara y ese cuerpo.

—Por eso mismo. No tengo más que dos soluciones en este barrio. O friego suelos o lo otro. Ya sabes.

—¿Y friegas suelos?

—Por ahora sí. Fíjate cómo llueve.

El chaparrón de septiembre había arreciado. Por Atocha venía el agua en forma de violenta cortina, tan oblicua que Mariano tuvo casi

que parar el coche. Luego fue reemprendiendo la marcha despacio. Las gotas de lluvia rechazadas a compás por el parabrisas se aglomeraban en el cristal formando arroyos. En la radio estaban tocando un bolero de los del verano. Mariano seguía el ritmo chasqueando la lengua contra los dientes de arriba y moviendo un poquito la cabeza. Pensó en Isabel, en los últimos días de agosto en Fuenterrabía, todo tan dorado y brillante. Isabel en maillot, sobre el balandro; Isabel en traje de noche y con aquel jersey blanco, sin mangas, con aquel sobretodo. Bostezó. Pronto el invierno otra vez. Se abría la avenida del Pacífico desceñida y mezclada de olores diversos, con sus casas de arrabal. La gente caminaba contra la lluvia, cada cual por su camino, separados. Llegó al Puente de Vallecas y siguió hacia arriba en línea recta. Había amainado la lluvia; se agrupaban personas alrededor de la boca del metro y a la entrada de un cine con Marilyn Monroe pintada enorme como un mascarón. Estaba llegando a los bordes de la ciudad, por donde se desintegra y se bifurca. Todavía por la cuesta arriba, las casas de aquella calle central tenían una cierta compostura, no delataban nada; pero de todas las bocacalles salían hombres y mujeres y él los conocía, conocía sus covachas y perdederos, sabía que les estaba entrando el agua por los zapatos y que les seguiría entrando en diciembre. Sabía sobre todo que eran muchos, enjambres, que cada día se multiplicaban, emigraban de otros sitios más pobres y propagaban, ocultos detrás de esta última calle, como un contagio, sus viviendas de tierra y adobes. Alguna vez salían. Eran tantos que podían avanzar contra el cogollo de la ciudad, invadirla, contaminarla. Mariano cerró la radio. La gente de las bocacalles le miraba pasar en su coche. Algunos se quedaban quietos, con las manos en los bolsillos. Pensó: «Se están preparando. Ahora echarán a andar y me acorralarán». Como en una película del Oeste. Como en *Solo ante el peligro*. Luego se sacó un pitillo y lo encendió con la mano izquierda.

—Cuidado que soy imbécil —dijo echando el humo—. Encima de que a la mayoría de ellos los he puesto buenos de algo.

Junto a la gasolinera detuvo el coche. A lo primero no vio a nadie allí. Enseguida se abrió la puerta del bar y salió corriendo una chica, cruzándose la rebeca sobre el pecho. Se volvió a medio camino para contestar a algo que le decía un hombre que había salido detrás de ella. El hombre la alcanzó, la quiso coger por un brazo, y ella se separó bruscamente, llegó al lado del coche, Mariano le abrió la puerta de delante.

—Suba.

—¿Aquí con usted?

—Sí, ande, aquí mismo. ¿Es muy lejos?

El hombre los miraba con ojos de pasmo. Se había acercado un poco. Al echar a andar, oyó Mariano que decía:

—Joroba, chica, así ya se puede.

Pero ni él ni la chica le miraron.

—¿Muy lejos? No, señor. Siga hasta la segunda a la izquierda.

—¿Qué tal la enferma?

—No sé. No he vuelto por esperarle. La dejé con una vecina.

—¿No tienen ustedes padres?

—No, señor. La niña no es mi hermana, es hija mía.

—¡Ah! ¿Y el padre?

—No sé nada. En Jaén estará.

Mariano se volvió a mirar a Mila. Estaba inclinada de perfil, mirándose las manos enlazadas sobre su regazo. Llevaba una falda de tela de flores.

—Ya me acuerdo. Usted fue una que también estuvo enferma el año pasado o el anterior. ¿No tuvo una infiltración en el pulmón?

—Sí, señor. Perdone que antes le hablara un poco mal.

No había alzado los ojos. Miraba ahora los botones niquelados, el reloj, el cuentakilómetros.

—Qué tontería, mujer. ¿Tuerzo por aquí?

—Sí. Por aquí.

Pasaron la carbonería, las últimas casas bajitas. Empezó el campo.

—¿Y ya está usted bien?

—Yo creo que sí. Ya casi no me canso.

—Vaya una mañana por el Dispensario, de todos modos, que la vea por rayos X.

—Bueno. Es aquí a la vuelta. Deje el coche. Con el coche no puede ir más allá.

No se veían casas. Dejaron el auto en el camino. Había un perro en un montón de basura. Bajaron por un desnivel de la tierra. Caía la lluvia por unos peldaños excavados del uso y formaba un líquido marrón. Abajo unos niños pequeños recogían el barrillo en latas de conserva vacías. No se apartaron.

—Quita, Rosen —dijo la chica, dándole a uno con el pie.

—Mira, Mila, chocolate express —dijo el niño, enseñándole las manos embadurnadas.

Al final de las escalerillas apareció una hondonada rodeada de puertas excavadas en la tierra, diseminadas desigualmente, repartidas a lo largo de pequeños callejones. Ya estaba bastante oscuro. Blanqueaba lo caleado.

—Tenga cuidado por dónde pisa —advirtió la chica a Mariano—. Se pone esto perdido en cuanto caen cuatro gotas. —Luego se adelantó y separó la cortina que estaba tapando una de las puertas. Mariano se tropezó con un puchero de geranios.

—Espere. Pase.

Se vio dentro la sombra de una persona que se levantaba.

—¿Qué tal, Antonia?

—Yo creo que peor. Ha estado delirando. ¿Traes al médico?

—Sí. Enciende el carburo, que vea. Pase. Está aquí.

A la luz del candil de carburo se vio un pequeño fogón, y a la derecha la cama donde estaba acostada la niña. Era rubia, de tez verdosa. Respiraba muy fuerte. Se acercaron.

—A ver. Incorpórela.

—Andrea, mira, ha venido el que te puso buena de la otra vez.

La niña entreabrió unos ojos muy pálidos. Dijo:

—Más que tú... más que ninguna. Todo de oro.

—Tome otra almohada, si quiere.

—Usted sujétela bien a ella. Así. La espalda.

La niña se debatía. Jadeaba.

—Qué miedo. Tiros... tiros.

—Quietecita. Quietecita.

Vinieron a la puerta más mujeres. Se pusieron a hablar cuchicheando. Salió la vecina que estaba dentro.

—Callaros, este médico se enfada mucho cuando habla la gente. Es muy serio este médico.

—¿Qué dice? Es el que puso bueno a mi marido.

—No sé, no ha dicho nada todavía. Ahora le anda mirando los oídos. Total no sé para qué. Ya está medio muerta.

—Criaturita.

—Mejor que se muera, si va a quedar con falta.

—Sí. Eso sí. Nunca se sabe lo que es lo mejor ni lo peor.

Mila estaba inmóvil, levantando el candil.

Mariano miró un instante su rostro iluminado. Luego se salió a la débil claridad de la puerta y ella le siguió.

—Dice usted que la última inyección de estreptomicina se la han puesto a las cinco.

—Sí, señor.

—¿Quiere lavarse? —preguntó la vecina, que había vuelto a entrar y estaba un poco apartada.

—No. Es lo mismo. No tiene usted padres, dice, ni parientes.

Mila se echó a llorar. Asomaron los rostros de las otras mujeres.

—Una tía en Ventas, pero no nos hablamos. ¿Es que se muere?

—Es un caso gravísimo. Hay que hacer una operación en el cerebro. A vida o muerte. Si se le hace enseguida, hay alguna esperanza de que pueda sobrevivir. Usted verá. Yo puedo acompañarla al Hospital del Niño Jesús en mi coche.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? Dígamelo usted, por Dios, lo que hago.

—¿Qué quiere que le diga, hija mía? Ya se lo he dicho. Aquí, desde luego, se muere sin remedio.

—Vamos —dijo Mila.

Mariano miró el reloj.

—Venga. Échele un abrigo o algo. No se ande entreteniendo en vestirla del todo.

A Mila le temblaban las manos. Había destapado el cuerpo flaco de la niña y estaba tratando de meterle unas medias de sport.

—Ese mantón, cualquier cosa.

—Mujer —dijo la vecina, acercándole el mantón—. También si se te muere allí en el hospital.

La niña respiraba con un ronquido seco. La piel le quemaba. Mila levantó un rostro contraído.

—¿Y qué más da en el hospital que aquí? Mejor allí, si vas a mirar. ¿No has oído que aquí se muere de todas formas?

Arrebujó a la niña en una manta y la cogió en brazos.

—Dame, que te ayude.

—No, no. Quita.

—Traer un paraguas, oye, o algo. Corre.

Lo trajo de su casa una mujer. Un paraguas pardo muy grande. Lo abrió detrás de Mila. Salieron. Estaba lloviendo mucho. Las vecinas agrupadas abrieron calle. Luego echaron a andar detrás. El rostro de Andrea colgaba por encima del hombro de Mila; solo una manchita borrosa a la sombra del paraguas.

—Angelito.

—Tiene los ojitos metidos en séptima.

El médico se adelantó a abrir el coche. Subieron los peldaños. Los niños de antes ya no estaban. Casi no se distinguían unas de otras las caras de las mujeres que iban siguiendo el cortejo. Mila había dejado de llorar. Colocó a la niña echada en el asiento de atrás y ella se sentó en el borde, sujetándole la cabeza contra su regazo.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Antonia metiendo la cabeza.

—No, no. Voy yo sola. Gracias. Déjalo.

Cerraron la portezuela. Dentro del auto estaba muy oscuro.

—Andrea, mira qué bien, bonita, en coche —dijo inclinándose hacia la niña, que había dejado de agitarse.

Mariano puso el motor en marcha y las mujeres se quedaron diciendo adiós en lo alto del desmonte. Al salir a la calle del centro, ya había luces encendidas, y allá lejos, al terminar la cuesta, se veía el vaho morado de Madrid, de los anuncios de colores, y perfiles de altos edificios contra el cielo plomizo. Pasaron otra vez por el bar de la gasolinera.

—Vaya deprisa —le dijo Mila al médico—. ¿La podrán operar enseguida?

—Espero que sí. Es usted muy valiente.

La niña estaba tranquila ahora. Mila no se atrevía a mirarle la cara ni a mover de postura la mano que había puesto en su mejilla. No quitaba los ojos del cogote del médico.

—No, no soy valiente —dijo con un hilo de voz.

Luego cerró los ojos y se echó un poco hacia atrás. Estaba mareada del vino de antes; las piernas, de tan flojas, casi no se las sentía. Así, con la cabeza apoyada en el respaldo, notando sobre sus rodillas el peso del cuerpo de Andrea, se sintió tranquila de repente. Si abría los ojos, veía las luces de la calle y los hombros del médico. Qué bien se iba. Era casi de noche. Las llevaba el médico a dar un paseo a las dos. Un paseo muy largo, hasta muy lejos. A Andrea le gustaban mucho los autos. El médico guiaba el coche y las llevaba. Ella no tenía que hacer nada ni pensar nada. Lo malo es cuando hay que tomar una decisión, cuando le hostigan a uno a resolver solo las cosas. Ahora no. Ahora dejarse llevar por las calles.

Abrió los ojos bruscamente. Un paso de peatones. Un frenazo. El auto se había iluminado de luces vivas. Mariano volvió la cabeza.

—¿Qué tal va esa enferma?

Y vio el rostro de Mila que le miraba ávidamente con ojos de terror. Estaba rígida, con las manos separadas hacia atrás.

—Mírela usted —dijo con voz ahogada—. Yo no me atrevo a mirarla. No me atrevo, no me atrevo. Usted mire y me lo dice. No la quiero ni tocar. No puedo. ¡No puedo...!

Apartó la cabeza hacia la ventanilla, escurriendo el contacto del otro cuerpo, agitada por un temblor espantoso. Se mordía las uñas de los dos pulgares. Allí al lado, esperando también la luz verde para pasar, había otro coche, y dentro un perro de lanas negro la miraba con el hocico contra su ventanilla.

—Dígamelo enseguida, lo que sea —pidió casi gritando.

Mariano, arrodillado en el asiento, vio el rostro sin vida de la niña, sus ojos inmóviles abiertos al techo del auto. Alargó un brazo para tocarla. Mila había empezado a llorar convulsivamente y hacía mover con sus rodillas el rostro de la muerta. Mariano le cerró los ojos y le subió la manta hasta taparle la cara. Bajó el respaldo de delante.

—Ya no se puede hacer nada. Lo siento. Pase usted aquí conmigo, ande, yo la acompaño. Ande mujer, por favor. Aquí no nos podemos parar mucho.

Mila se saltó al asiento de delante. Le había dado una tiritona que le sacudía todo el cuerpo con violencia. Se abrazó a Mariano y se escondió contra su pecho. La sentía frenéticamente pegada a él, impidiéndole cualquier movimiento, sentía la forma de su cuerpo debajo de la blusa ligera. Los coches empezaron a circular. Hizo un movimiento para separarla.

—Vamos, vamos, mujer, no se ponga así.

—La niña. Mírela. No se vaya a caer al suelo.

Hablaba tartamudeando, resistiéndose a sacar la cabeza de su escondite. Los sollozos la estremecían.

—No se preocupe de nada. Yo la acompaño hasta su casa, yo saco a la niña y lo hago todo. Pero suélteme. No me deja conducir.

Mila se separó con la cara descompuesta, agarró el brazo que ya guiaba de nuevo.

—¡A casa no, por Dios, a casa no! Ya es de noche. A casa no, qué horror. Lléveme a otro sitio.

—¿Pero adónde, mujer? No diga disparates. Tenemos que llevar a la niña. No me ponga nervioso.

—Por eso. No me quiero quedar sola con ella por la noche. No la quiero ver. No la quiero ver más. ¡Yo a casa no vuelvo! La dejamos en el Depósito o donde sea, y a mí me lleva usted a otro sitio.

Le agarraba la manga derecha, se la besaba, llenándosela de lágrimas y de marcas rojizas de los labios. Daba diente con diente.

Mariano le pasó un momento la mano por los hombros.

—Vamos. Tranquilícese. Allí en el barrio no está usted sola. Están aquellas mujeres que la conocen y la acompañarán. Levante la cabeza, por favor; me va a hacer tener un accidente.

Ya habían dado la vuelta y emprendían otra vez el mismo camino.

—Le digo que no. Al barrio no. No quiero a nadie allí. No tengo a nadie. ¿Cómo voy a volver a esa casa? Lléveme con usted.

—¿Conmigo? ¿Adónde?

—Usted tendrá algún sitio en su casa. Tendrá una casa grande. Aunque no sea más que esta noche. Me pone una silla en cualquier rincón y allí me estoy. Yo se lo explico a su mujer, o a su madre, o a quien sea. Solo hasta mañana. Y a lo mejor mañana me quieren de criada.

Mariano continuó calle adelante. Aunque llevaba los ojos fijos en la calle, sabía que Mila estaba allí, vuelta de perfil, colgada de lo que él decidiera, y no era capaz de abrir los labios.

—Yo comprendo muy bien lo que usted siente —dijo con pausa—. Pero se tiene que fiar de lo que yo le digo, porque usted no es dueña de sí. Allí en el barrio hay gente que la quiere. Esta tarde lo he visto. Volver allí es lo mejor, créame, lo más razonable. Mila sacó una voz rebelde, como la de antes por teléfono.

—¡Dice usted que comprende! ¡Qué va usted a comprender! Ni lo huele siquiera lo que me pasa a mí. ¿Cómo quiere que vuelva a ese barrio? ¿A esa casa? ¿A qué? ¿A seguirme descrismando y siendo decente? ¿Y para quién? Si vuelvo es para echarme a la vida. Si vuelvo, se acabó; todo distinto, ya se lo digo desde ahora. Esta misma noche salgo de penas.

—No diga disparates. El miércoles hablo yo con sor María para que se ocupen un poco de usted, ya que no tiene ningún familiar.

—Gracias —dijo Mila con resentimiento—. Pero no se moleste. No necesito los cuatro trapos de caridad que me vayan a dar. Si vuelvo al barrio, le juro por mi madre que lo que voy a hacer es lo que le he dicho.

Mariano dijo, sin volverse:

—Ya es usted mayor. Usted sabrá. A lo mejor mañana piensa otra cosa. Ahora no sabe ni lo que dice.

Mila se arrebujo en la esquina y no volvió a decir nada. Se tapó los ojos con las manos, luego subió los pies al asiento, enroscada, sintiendo el calor de su propio cuerpo, como un caracol. Una mano y otra. Las rodillas. El vientre. No se le quitaba la tiritona. El médico siguió dando algunos consuelos y luego dejó de hablar también. Sabía que él la miraba de vez en cuando. Luego se pararon y debió de avisar él por algún niño, porque enseguida vinieron las mujeres, alborotando mucho, pero ella esperó y no se movió de su postura hasta que la sacaron a la fuerza de allí. A la niña la debieron sacar antes, unos ruidos que oyó. No quería mirar a ninguna parte. Tenía las manos heladas.

Mariano se quedó en lo alto del desnivel, mirando cómo la arrastraban las otras hacia el hoyo de casitas caleadas. Esperó que volviera la cara para mirarle, que le dijera alguna última palabra, pero no lo hizo. Todavía la podía llamar. Formaba un bulto con las mujeres, una mancha que se movía peldaños abajo, y se alejaba el rumor de las palabras que le iban diciendo las otras y de sus hipos amansados. Ya era noche cerrada. Se habían roto las nubes y

dejaban charcos de estrellas. Mariano subió al coche. Abrió las ventanillas de par en par. Eran casi las diez. Isabel se habría enfadado. Por la calle del centro puso el coche a ochenta, entraba un aire suave y húmedo. Siempre con los retrasos. «Y seguro que por un enfermo que no era de pago», le iba a decir Isabel. Pero no podía pensar en Isabel. Que se enfadara, que se pusiera como fuese. Esta noche no la llamaba. Se le cruzaba la carita de Mila abrazada contra su solapa. Lléveme a algún sitio. Lléveme. Lléveme. Todavía podía volver a buscarla. Puso el coche a cien. Llevarla a algún sitio aquella misma noche. No hacía falta que fuera a su casa. Al estudio de Pancho, que estaba en América. Le gustaría estar allí. Se podía quedar él con ella. «Mamá, que no voy a cenar». Pero Dios, qué estupideces. Puso el coche a ciento diez. Pasó la boca del metro. Ya estaba fuera del barrio. Respiró. Estaba loco. Había hecho mucho más de lo que tenía que hacer. Mucho más. Sin obligación ninguna. Otro no se hubiera tomado ni la mitad de molestias. Estaba loco. Remorderle la conciencia todavía. Si se liaba con uno, él qué tenía que ver. Como si fuera la primera vez que pasa una cosa semejante. A saber. Igual era una elementa de miedo, igual estaba harta de correr por ahí. A casa la iba a llevar; menuda locura. Y sobre todo que él no tenía que ver nada. Le hablaría a sor María el miércoles. Corría el coche por las calles y Mariano se sentía mejor. A Isabel no le diría nada de que la niña se había muerto en el asiento de atrás. Capaz de tener aprensión, con lo supersticiosa que era, y de no querer volver a montar. Una ducha se daba en cuanto llegase. Pero antes llamaba a Isabel. Claro que la llamaba. Aunque riñesen un poco. Qué ganas tenía ya de casarse de una vez.

En Cibeles se detuvo con la riada de los otros coches. Se había quedado una noche muy hermosa.

Madrid, enero de 1956

DOS CUENTOS MARAVILLOSOS

El castillo de las tres murallas

*Para la Torci, que presidió, a los diez años,
el funeral por su abuelo Rafael.*

Uno

Había una vez, hace mucho tiempo, un hombre inmensamente rico, pero tan desconfiado que nunca había sido capaz de disfrutar de su riqueza sin sobresaltos. Se había hecho construir en lo alto de una enorme montaña un castillo de mármol negro rodeado por tres murallas, a las que bautizó con los nombres de la de los Fosos, la Roja y la Erizada, y estaban dispuestas por ese orden, contando de arriba abajo. O sea que la Muralla Erizada, que era también la más alta, abarcaba a las otras dos y es la que se veía más cerca al pasar al pie de la montaña.

Entre la Muralla de los Fosos y las paredes negras del castillo corrían los dos fosos que le daban nombre, paralelos y un poco separados uno de otro.

De los dos, el más profundo y terrible era el que estaba pegado al castillo, sirviéndole de cinturón de seguridad. Por sus aguas, de un verde muy oscuro, nadaba una especie de ratas gigantes de color

rojo y cola de cetáceo que se llamaban «brundas». Estaban muy nerviosas porque nunca dormían, y se pasaban todo el día y toda la noche batiendo con la cola el agua quieta del foso, que hacía un ruido monótono al chocar contra el basamento del edificio. Sus ojos brillaban con una fosforescencia amarilla, tenían un oído extremadamente fino y, en cuanto percibían pasos o cualquier rumor sospechoso al otro lado de la muralla, lanzaban un grito de alerta, mitad chillido de foca, mitad graznido de cuervo, tan agudo y espeluznante que hubiera sido capaz de espantar por sí solo a una cuadrilla de ladrones.

El otro foso de más abajo, aunque se llamaba así, «el Foso de Abajo», era más bien un riachuelo bordeado de arbustos y de ribazos, y en él se criaban peces de carne exquisita que proporcionaban alimento en toda estación. Sus aguas eran muy transparentes y plácidas y se podían surcar en un barco alargado como de juguete, pintado de colores vivos y resguardado con quitasoles bordados en oro y plata. Pero la cercanía del Foso de las Brundas y la sombra de la muralla que se cerraba sobre ambos hacían un poco siniestro el paseo.

La Muralla Roja se llamaba así porque había sido construida con una argamasa de arenillas rojizas que brillaban como estrellas cuando les daba el sol, y ni las lluvias torrenciales ni las heladas rigurosas eran capaces de erosionarla, tan resistente era.

Entre la Muralla de los Fosos y la Roja se extendía un jardín en declive lleno de flores y árboles de las especies más exóticas. Por el césped del jardín se paseaban doce pavos reales. Había también, repartidos acá y allá con mucho arte, una serie de cenadores, templetos, bancos y estatuas de alabastro representando dioses y ninfas, que daban al conjunto un aire de paraíso. Todo en aquel jardín, especialmente cuando llegaba la primavera y arrancaban a cantar miles de pájaros, convidaba al placer y parecía estar inventado para servir de escenario a grandes fiestas y diversiones.

Pero Lucandro, que así se llamaba el hombre rico, nunca daba fiestas ni invitaba a amigos, porque no tenía ninguno. Y lo peor era que tampoco él disfrutaba de las delicias del jardín ni era capaz de sentarse a leer a la sombra de los árboles o tumbarse en paz sobre la hierba a mirar pasar las nubes por entre los altos ramajes movidos por el viento. Ni dentro de la casa ni fuera de ella podía parar quieto. Se le veía siempre entrando y saliendo con ojos recelosos, yendo de una estancia a otra o de un lugar a otro del jardín, a pasos apresurados, como si se dirigiera a hacer un trabajo muy urgente. Pero nunca hacía nada más que dar órdenes a los criados o interrogarlos sobre la desaparición o la rotura de algún objeto. Siempre pensaba que le estaban engañando y que de ninguno se podía fiar.

El jardín daba mucho trabajo, sobre todo en la época de las lluvias, porque como el terreno estaba en declive, podían producirse desprendimientos de tierra.

Lo cuidaba un esclavo de raza malaya que se llamaba Tituc. Medía más de dos metros de estatura, llevaba un pendiente grande de latón, alfanje al cinto y pantalones bombachos de paño oscuro. Entendía mucho de jardinería y de horticultura, y de tarde en tarde bajaba a la cercana aldea de Belfondo para abastecerse de semillas y abonos o para preguntarles algo a los agricultores de allí, que eran gente muy pobre. Producía temor, a pesar de su mirada bondadosa, hablaba poco y tenía fama de ser invencible en las peleas.

Era una fama, sin embargo, que nunca había tenido ocasión de poner a prueba para defender la finca de Lucandro. Ningún ladrón ni salteador de caminos, de los que tanto abundaban en aquella región miserable, se había atrevido jamás a merodear por allí, por mucha hambre que tuviera. El castillo de las tres murallas, recortándose contra el cielo, parecía tan inexpugnable y fantasmal que producía respeto ya solo con mirarlo desde la falda de la montaña. Los campesinos de Belfondo la llamaban la «Montaña Tenebrosa», y al pasar por el camino que la bordeaba, al pie de la Muralla Erizada,

apretaban el paso y se santiguaban, sobre todo si empezaba a caer la noche. Y mientras se alejaban casi corriendo, les respondía desde lo alto el lamento de las brundadas en perpetua centinela.

Entre la Muralla Roja y la Erizada, había una franja de terreno muy ancha que se escalonaba en bancales. Allí había plantado Tituc toda clase de hortalizas y árboles frutales que se regaban por medio de primorosas acequias, crecían lozanos y daban cosecha en cualquier época del año. También se cultivaban gran profusión de hierbas medicinales, a las que Lucandro era muy aficionado, porque según le iba cambiando el humor, se inventaba una enfermedad distinta. Él mismo bajaba, a veces en plena noche, a arrancar la hierba que le parecía adecuada para calmar su dolor de aquel momento, y él mismo la cocía y se preparaba una tisana. Las hierbas medicinales estaban plantadas por colores en una parcela que se llamaba «el rincón del arco iris» y que iba del rojo al violeta. Las hierbas de tonos verdes curaban los males de hígado, las amarillas el dolor de riñón, las azules el de cabeza, las rojas el de barriga, las anaranjadas eran buenas para las fiebres infecciosas, las añiles para el reuma y, por último, las violetas estaban indicadas para todos los malestares que no se podían definir. El trozo donde crecían estas hierbas violetas y malvas era mucho más grande que los demás, porque eran las que Lucandro necesitaba tomar con mayor frecuencia. Así que la parcela del arco iris, con todos los colores repartidos tan igualitos y de repente la mancha aquella enorme al final, parecía el dibujo hecho por un niño aplicado y cuidadoso, al que se le hubiera volcado un tintero de tinta malva cuando lo estaba terminando.

Dentro de este recinto entre la Muralla Roja y la Erizada, que era el más grande de los tres, había también un bosquecillo a poniente donde se criaban faisanes, perdices, conejos y codornices. Un poco más abajo, un establo con vacas y, adosada a él, una granja con patos, gallinas y cerdos. De esta manera, la alimentación estaba

asegurada para todo el año y solamente en alguna ocasión extraordinaria había que bajar a Belfondo a buscar algo.

Las pocas veces que Lucandro salía, lo hacía a caballo. Tenía un caballo blanco que se llamaba Info y otro negro que se llamaba Calermo. La caballeriza estaba ya pegada a la última muralla y desde fuera se podían escuchar distintamente los relinchos de Info y de Calermo, que, aunque se llevaban muy bien, se aburrían mucho allí encerrados y a veces se ponían algo inquietos.

La Muralla Erizada, que era la tercera y última, se llamaba así porque estaba coronada de cristales, pinchos, púas, espinos y zarzas, para evitar que nadie la saltase desde el camino. Era de piedra gris jaspeada con vetas de plata, y estaba interrumpida en el centro por un gran arco de bóveda con una inscripción en la piedra que decía: «Pasad de largo».

Si algún caminante, desoyendo este consejo, se metía por debajo del arco, se encontraba ante la verja enorme que guardaba la entrada del castillo. Era toda de hierro sobredorado y tenía en el centro un aldabón grande en forma de dragón. Este aldabón pesaba mucho y estaba colocado a bastante altura, de tal manera que solo una persona alta y vigorosa podía hacer uso de él. Pero cuando se usaba, sus ecos se extendían por todo el valle, sonoros como tañidos de campana. Era tan raro que alguien llamara al castillo de las tres murallas que aquellos aldabonazos, cuando resonaban en el pueblo, se tenían por un acontecimiento, y todos los vecinos de Belfondo se asomaban a las ventanas, preguntándose qué pasaría. También, en estos casos, aumentaba considerablemente la agitación de las brundas, las cuales, además de emitir su chillido habitual, se ponían a dar unos saltos tan fieros que casi llegaban a las ventanas del primer piso.

Pero esto de llamar al aldabón ocurría muy pocas veces. Lo que sí era más frecuente, en cambio, es que algún peregrino o mendigo que acertara a pasar por allí se acercase a la verja, atraído por la curiosidad, y se pusiera a mirar por los huecos. Los hierros de la

verja estaban unos tan cerca de otros que ni siquiera un gato recién nacido se hubiera podido colar entre ellos, pero el ojo de un hombre sí cabía. Y lo que se veía era una escalera de mármol blanco interminable que subía encajonada entre altas barandillas.

Eran estas dos parapetos de mármol que, atravesando en línea recta la Muralla Roja y la de los Fosos, llegaban hasta la puerta principal del castillo. La escalera se convertía en un puente de tres arcos al pasar encima del Foso de Abajo y en un puente levadizo al llegar al Foso de las Brundas. Al cabo de este puente levadizo estaba, por fin, la puerta principal de entrada al castillo, que era de madera de cedro y estaba protegida por otra verja. Pero todo esto desde la verja de abajo no se distinguía bien, porque la escalera era tan larga que se perdía de vista.

Tenía trescientos sesenta y cinco escalones, tantos como días tiene el año, y estaba dividida en cuatro tramos que llevaban escritos al comienzo de cada uno el nombre de las distintas estaciones. Cada treinta escalones había rellanos amplios para descansar, con miradores y asientos. La barandilla de la izquierda estaba esculpida con imágenes relativas a los astros y los signos del zodíaco, alternando con otras que representaban batallas y acontecimientos de la remota antigüedad. La barandilla de la derecha era lisa y, de vez en cuando, se veían en ella unas inscripciones donde se iban explicando los dibujos de enfrente. Pero estas inscripciones estaban hechas en una escritura de caracteres tan menudos y enredosos que no se entendía nada.

El artista que había grabado aquellas letras sobre la barandilla de la derecha era un sabio oriental que se llamaba Cambof Petapel y tenía más de cien años. En su juventud se había dedicado al estudio de los jeroglíficos y de todas las formas de escribir que existen en el mundo. Pero de tantas caligrafías como habían pasado por delante de sus ojos, las confundía ya todas en su memoria, y había tenido que inventar una escritura nueva, mezcla de todas las que aprendió en su vida y de algunos signos y dibujos añadidos por su

imaginación de viejo, que era todavía más rara y loca que la que tenía de joven.

Cambof Petapel llevaba muchos años viviendo en el torreón más alto del castillo de las tres murallas, dedicado a esculpir figurillas de madera, a disecar animales y a mirar los astros con un catalejo. La habitación de Cambof Petapel tenía el techo de cristal y estaba adosada a una almena. Él mismo la había arreglado y la tenía llena de libros, de mapas terrestres y celestes, de herramientas de carpintería y de retortas y probetas donde ensayaba mezclas con líquidos, hierbas y polvos de colores. Porque también era químico y curandero. De lo que más entendía era de leer en el rostro de las personas para adivinarles las enfermedades del alma.

—Los males que no dan fiebre ni hinchazón ni sarpullido, esos son los peores de todos —le decía a Lucandro, cuando este subía a consultarle algún problema o a pedirle remedio para uno de aquellos malestares tan difíciles de explicar que le quitaban el sueño y la respiración.

Cambof Petapel era la única persona de este mundo de la que Lucandro no desconfiaba y a quien pedía consejo en ciertos trances, aunque luego nunca le hiciera caso. Después de mucho observar su conducta, había llegado a la conclusión de que nunca intentaría robarle ni engañarle, porque no le interesaban las riquezas. Y esto le tranquilizaba y hasta le producía una punta de respeto. Aunque no lo pudiera entender.

Otra cosa que admiraba mucho a Lucandro de Cambof era que nunca se aburriera ni se le notara preocupado.

—¿Por qué voy a estar preocupado? —decía Cambof cuando hablaban de este tema—. No tengo motivos. Y si los tengo, se me han olvidado ya.

Motivos de preocupación reales tampoco los tenía Lucandro, pero se los inventaba de tanto vigilar lo que tenía, de tanto contarle y sacarle brillo. Estaba rodeado de objetos sin vida que le esclavizaban.

—¿Para qué quieres tantos relojes, si no les das cuerda? —le preguntó Cambof un día que accedió a visitar con él las habitaciones del castillo.

En cada una había, en efecto, por lo menos un reloj de mesa, de consola o de pared. Eran de estilos muy diferentes, unos estaban debajo de un fanal, otros incrustados en el vientre de un león de marfil o en el escote de una pastorcita de porcelana, las pesas de otros eran de oro y piedras preciosas. Pero todos estaban parados. Y era porque Lucandro no podía aguantar la idea del paso del tiempo. Cuando pensaba que todas aquellas riquezas que con tanto desvelo conservaba iban a vivir más que él y a ser tocadas por otras manos, se enfurecía. Era un pensamiento que trataba de espantar siempre, pero que le volvía a venir cuanto más lo espantaba, como pasa con las moscas. Y cuando Cambof Petapel le veía entrar en su torreón por la noche con la respiración entrecortada y los ojos de un loco, ya sabía que estaba pensando en aquello.

—¿Tú no tienes miedo a morirte? —le preguntaba Lucandro.

—Yo no. Porque ya me he muerto otras veces y no te creas que se nota mucho.

Narraba episodios de otras vidas anteriores que, según decía, había vivido. Había sido pirata, soldado, ermitaño, princesa y hasta águila, y nunca supo cómo pasaba de un estado a otro. Y aunque seguramente se trataba de sueños que tenía o de historias que había leído o alguien le había contado a lo largo de su dilatada vida, él las contaba a su vez con tanta emoción y detalle que parecían recuerdos propios.

Cambof Petapel era muy pequeñito, vestía una túnica de colores y tenía el pelo liso y muy negro, sin ninguna cana. Comía poco, dormía menos y se había olvidado de quién era.

Dos

Lucandro vivía con una mujer muy joven y muy hermosa que se llamaba Serena. Nadie en Belfondo sabía desde cuándo vivía allí esa mujer, ni de dónde la había traído Lucandro, ni si estaban casados o no.

La primera vez que se había oído hablar de ella fue un día de verano, cuando unos mercaderes, recién llegados de la ciudad, que distaba treinta leguas, se detuvieron en una posada del pueblo a reponer sus fuerzas y preguntaron por el castillo de las tres murallas.

—¿Vais allí? —preguntó la posadera, bastante extrañada.

—Sí, allí vamos —respondió el más joven de los cuatro. Porque los mercaderes eran cuatro.

Venían polvorientos y sudorosos. La posadera los introdujo en un patio y sacó unos cubos de agua del pozo para que se refrescaran la cabeza y las manos. Luego se sentaron un rato a la sombra del emparrado y el niño de la posadera les trajo pan moreno, queso de oveja, higos y una jarra de vino frío.

Ellos pidieron agua y alfalfa para las caballerías, que habían dejado atadas fuera y que, según dijeron, venían agotadas de tanto calor y de tanta carga.

Traían, efectivamente, una recua de ocho mulas cargadas con grandes cofres. A las preguntas de la posadera, que se moría de curiosidad, contestaron diciendo que aquellos cofres contenían vestidos y aderezos para la señora del castillo.

—¿Qué señora? —preguntó la posadera—. El señor del castillo no está casado. Se enfadará si llamáis allí por equivocación. No le gusta ser molestado por nadie.

Pero los mercaderes aseguraron que no había equivocación, que el propio Lucandro era quien les había encargado toda aquella rica

mercancía para ofrecérsela como regalo a su mujer.

La posadera se quedó un rato pensativa, mirándolos comer.

—No puede ser —murmuró.

Luego se metió en el local, despertó a su marido, que estaba dormitando entre un run run de moscas, y le contó con muchos aspavientos lo que habían dicho los mercaderes. El herrero y el molinero, que estaban un poco más allá jugando a las cartas, interrumpieron la partida y se acercaron para enterarse también. Y la posadera les pidió que salieran con ella al patio para servirle de testigos. El herrero, el molinero y el posadero afirmaron rotundamente que el señor del castillo de las tres murallas no vivía con ninguna mujer, y trataron de convencer a los mercaderes, pero sin conseguirlo.

Se bebieron aquella jarra de vino y otra, pagaron con generosa propina y salieron, por fin, a desatar las mulas. Parecían de muy buen humor. El niño de la posadera se ofreció a acompañarlos hasta el pie de la Muralla Erizada y se alejaron los cinco con las caballerías bajo el sol abrasador de agosto.

No habría pasado ni un cuarto de hora cuando el aldabonazo recio y sonoro de la verja del castillo atronaba con sus ecos todo el valle.

La posadera fue por las casas del pueblo propagando la extraña novedad. Algunos vecinos, a pesar de ser la hora de la siesta, ya se habían asomado a las ventanas de sus casas o habían salido a la calle. Se fueron congregando poco a poco bajo los soportales de la plaza y hablaban entre sí con aire de misterio. Pasaban tan pocas cosas en Belfondo que cualquier noticia relacionada con el castillo de las tres murallas era como tirar una piedra a las aguas dormidas de un estanque.

Así que cuando llegó el niño de la posadera, todos le rodearon y le acosaron a preguntas. Llevaban un rato esperándolo ansiosos, y les parecía que tardaba mucho. Incluso algunos chicos de su edad habían salido a su encuentro y ahora se adelantaban corriendo para

resumir a los demás con mucho alboroto lo que él les había contado.

Entre unos y otros no le dejaban hablar, ni tampoco él sabía por dónde empezar de tan emocionado como venía. Tartamudeaba, mirando dos monedas que traía apretadas en el puño y que de vez en cuando le brillaban por entre los dedos. Se las había dado Tituc, el hortelano, como premio por haberle ayudado a meter las mulas de los mercaderes hasta la caballeriza. Él no imaginaba que lo iban a dejar entrar. En la caballeriza había visto una carroza con muchos adornos de oro en las portezuelas.

—Pero empieza por el principio —le dijo su madre muy impaciente—. ¿Viste a la señora?

No, él no había visto a ninguna señora. Había bajado a abrir Tituc y había hecho pasar a los mercaderes, diciéndoles que su amo ya los estaba esperando.

—¿Dijo *su amo* o *sus amos*? —quiso saber la posadera.

El niño se rascó la cabeza pensativo.

—No lo sé. No me fijé.

—Eres tonto. No se te puede mandar a ningún lado.

—Da igual —interrumpió la vecina—. Si los hicieron pasar porque los estaban esperando y dices que lo que traían en las mulas era ropa de mujer...

—Yo no vi nada —dijo la posadera—. Eso fue lo que me dijeron ellos. Pero los cofres venían cerrados. No sé si mentirían.

—No, no era mentira —saltó el niño—. Te dijeron la verdad. Yo lo he visto. Eran vestidos y zapatos de mujer. Muchos. Y muchas joyas y abanicos. Y telas de oro transparentes. Se pusieron a sacarlo todo de los cofres y bajaron criados con cestas a buscar las cosas. Bajaban por una escalera blanca larguísima como la que sube al cielo. Fue entonces cuando Tituc me dio estas dos monedas y me dijo que ya me podía ir. Yo no quería. Me hubiera gustado estar más rato y ver más cosas. Seguro que en la huerta tienen más de mil árboles.

Ya casi había anochecido cuando los cuatro mercaderes volvieron a pasar por delante de la posada con su recua de mulas. Cada cual iba montado en una y llevaba otra por la brida. Se sorprendieron de ver tanta animación y preguntaron si se estaba celebrando alguna fiesta.

—No —contestó la posadera—. Estábamos esperando para enterarnos de qué tal os ha ido en el castillo. ¿No queréis pasar a tomar algo?

Dijeron que no, que preferían llegar a dormir a otro pueblo que estaba a dos leguas, donde vivía la hermana de uno de ellos. Y que la invitación a pasar la agradecían, pero que en el castillo habían descansado ya un par de horas, después de cerrar el trato, y les habían dado merienda. Parecían excitados y alegres, como cuando se ha concluido con felicidad un negocio. Pero no se les notaban ganas de entretenerse ni de entrar en más detalles.

—¿Así que está casado el señor del castillo? —se decidió a preguntar la posadera, en vista de que el más viejo, que era el que iba en cabeza, hacía ademán de despedirse y volvía a picar espuelas a la mula.

Se detuvo un momento y, por toda respuesta, levantó la tapa de uno de los cofres. Estaba vacío.

—Así parece —comentó luego, cerrando nuevamente el cofre—. Arre, mula. Se nos hace de noche.

Sus compañeros le siguieron, agitando la mano y sonriendo, a modo de despedida. Solo el más joven, que había pedido agua y estaba bebiendo, se quedó un poco rezagado.

Se estaba limpiando la boca con el dorso de la manga y mirando con ojos soñadores hacia el sitio por donde acababa de salir una luna de color naranja, cuando la posadera se arrimó a su mula y le hizo un gesto como para indicarle que se agachara.

Estaba tan distraído que le tuvo que tirar de los pantalones.

—¿Qué pasa? —preguntó un poco asustado.

—Nada, calla, que te quiero preguntar una cosa.

El otro agachó el cuerpo, aunque sin desmontar, y la mujer se subió en una piedra para hablarle cerca del oído.

Los otros vecinos, que no perdían detalle, se mantenían apartados.

—Dime, ¿pero la habéis visto? —preguntó la posadera en voz baja.

El mercader joven asintió solemnemente con la cabeza.

Tenía un gesto ensimismado.

—Por favor, dime algo más —insistió ella—. ¿Le gustaron los vestidos? ¿Cómo es?

El mercader joven guardó silencio unos instantes.

—Nunca había visto una mujer más bella en toda mi vida —dijo luego—. Pero no quería que el señor del castillo le comprara tantas cosas. Parece algo triste.

No pudo contar más, porque sus compañeros, que se habían parado un poco más allá a esperarlo, se pusieron a darle voces para que se diera prisa.

Desde aquella tarde, la señora del castillo de las tres murallas se convirtió en tema central de todas las conversaciones.

Hay que decir que los vecinos de Belfondo eran, en su mayoría, vasallos de Lucandro. O sea que él les había cedido tierras suyas para que las sembraran, labraran y se beneficiaran de sus frutos. No lo había hecho apiadado de su pobreza, sino porque pensaba que así le estarían agradecidos y no pensarían en pedirle nada ni en robarle. Pero tenían que pagar tributo y además las tierras que había elegido para darles eran pedregosas. Ya llevaban mucho tiempo dando mala cosecha y por todos aquellos contornos se pasaba mucha necesidad. Los belfondinos querían pedirle a Lucandro que les cambiara sus tierras por otras mejores que tenía sin cultivar al otro lado del valle y que no aprovechaban a nadie. Pero no se atrevían. Le tenían miedo. No conocía el nombre de ninguno de sus vasallos ni le importaban sus asuntos, nunca eligió entre ellos a un solo criado para su casa, y las pocas veces que

salía a caballo, pasaba de largo mirando hacia el horizonte, como si no los viera.

Precisamente aquel había sido un año de enorme sequía y bastante gente había muerto de hambre. Así que la existencia misteriosa de aquella mujer abría una ventana a la esperanza. Tal vez fuera buena y se prestase a acoger con clemencia sus peticiones. Pero pasaban los días y a nadie se le ocurría un medio eficaz para llegar a ella. Estaba claro que Lucandro no tenía interés en que nadie la conociera.

Por Tituc, que bajó una tarde a herrar los caballos, varias semanas después de la visita de los mercaderes, había logrado saber el herrero, a base de mucho sondearle al criado malayo, que su amo llamaba Serena a aquella mujer. Luego existía. Aunque no pudo arrancarle ninguna noticia más.

De todas maneras, como lo que más nos hace creer en las cosas es que tengan nombre, poco a poco la presencia de Serena empezó a extenderse por todo el valle, de una forma impalpable pero tan real como la luz que impregna el atardecer. Era una creencia que todos compartían y que les proporcionaba un extraño consuelo. Decían «Serena» y se ponían a hablar de ella como si la hubieran visto, igual que hablaban de Dios.

Se contaban en Belfondo muchas historias acerca de Serena, pero todas inventadas. Unos decían que era hija de un rey, otros que no era la mujer de Lucandro sino su hermana, otros que se la había comprado a unos piratas berberiscos que la llevaban a vender como esclava. Hubo quien llegó a decir que practicaba la hechicería, que algunas noches de luna se escapaba del castillo y que se la había visto vagando por los campos en camisón, como un alma en pena, recitando conjuros incomprensibles.

Pero lo cierto es que nadie la había visto.

Hasta que una tarde, un zagal que venía con su rebaño de ovejas hacia Belfondo, rodeando por la parte trasera de la Montaña Tenebrosa, acertó a alzar los ojos hacia el castillo y vio en los

balcones de arriba una figura vestida de blanco. Se veía muy pequeñita desde tan lejos, pero se conocía bien que era una mujer.

El zagal se quedó inmóvil sin apartar los ojos de allí ni atreverse a respirar, por miedo a que se desvaneciera aquella aparición soñada. Pero se puso el sol y no se desvanecía, ni se movía, ni hacía nada más que estar allí. Hasta que se empezó a hacer de noche y el muchacho tuvo que echar a correr porque notó que el rebaño se le había ido. Y la figura blanca seguía allí asomada.

Guardó aquella visión para él solo. Le latía mucho el corazón cada vez que se acordaba, pero no se lo contó a nadie. Pensó: «Si ha sido un sueño, se reirán de mí. Y si ha sido verdad, también ellos querrán venir a ver la figura blanca, harán mucho ruido y ya no será mía, la habrán visto todos». Era tan pobre que no quería que nadie le quitara la primera cosa que tenía en su vida, y que era suya solo por habérsela encontrado él.

Así que guardó el secreto. Y se sonreía un poco cada vez que oía hablar a la gente de Belfondo de la señora del castillo de las tres murallas, a quien nadie había visto.

Se acostumbró a seguir siempre el mismo camino a la misma hora, aunque antes algunas veces viniera por otros. Y volvió a ver a Serena alguna tarde más. Era verdad. Era ella. Siempre quieta, como si estuviera muerta, siempre vestida de blanco. Mirando hacia el valle. Y cuando se hundía el sol y él tenía que irse en pos de su rebaño, seguía allí todavía. Era verdad.

Y lo que más le gustaba al zagal era pensar que, si estaba viva, tenía que estarle viendo igual que él la veía a ella. O todavía mejor, porque siempre se distingue todo más claro desde lo alto, y especialmente cosas que se mueven, como es un rebaño de ovejas con su pastor. Cuando Serena estaba asomada al llegar ellos, era como si los estuviera esperando.

Porque además al anoecer no pasaba nadie por aquella ladera. Tenía fama de ser peligrosa. La llamaban la Ladera de los Lobos.

Tres

El tocador y el cuarto de costura de Serena se comunicaban entre sí y daban a poniente. En el cuarto de costura había una escalera de caracol por la que se bajaba al dormitorio que compartía con Lucandro. Estaba alfombrada y no se oían los pasos cuando alguien subía por ella. A Serena, cuando estaba cosiendo, mirando libros de estampas o simplemente asomada al balcón siguiendo las nubes con los ojos, le molestaba que apareciese Lucandro de repente por la escalera de caracol y se pusiera a revolverle en los cajones, a abrir los armarios o a contar las cosas que había entre los dos cuartos, para ver si faltaba algún regalo de los que él le había hecho. A pesar de lo grande que era el castillo y de los muchos objetos de valor que cada estancia contenía, entre los que estaban a la vista y los que estaban guardados, Lucandro se acordaba de todos ellos, hasta de los más pequeños, y en cualquier momento hubiera podido hacer de memoria el inventario completo.

—¿Cómo tienes esta arquilla abierta? —le preguntaba a Serena, mirándola con gesto de inquietud—. No te entiendo. Nunca escarmientas.

—¿Pero quién me va a robar nada? ¿Y de qué tengo que escarmentar? —se extrañaba ella, abriendo de par en par sus ojos color caramelo.

—Pues, ya ves, te falta el broche de coral.

—Lo tengo puesto. Pero toma, guárdalo tú si quieres —contestaba, quitandoselo.

—Sí, mejor será. Te fías demasiado de tus doncellas y de todo el mundo.

Serena se quedaba mirando a través del balcón abierto con una sonrisa triste.

—¿Quién es todo el mundo? —murmuraba como para sí.

Ella no tenía más mundo que aquel paisaje grandioso y pelado de la Ladera de los Lobos, por donde todos los días veía meterse el sol. Solo por allí se podía escapar de los jardines, murallas y escaleras construidos por Lucandro, de las joyas regaladas por Lucandro, de los miedos y consejos de Lucandro y de aquellos horribles animales del foso que vigilaban su hacienda. La Ladera de los Lobos era lo único suyo de verdad, y la amaba. Hubiera querido bajar a correr entre los tomillos, perseguir al sol con los brazos abiertos por lomas y valles como a una corneta roja, hablar con el pastorcito aquel que veía volver algunas tardes caminando a Belfondo. Se paraba allá abajo con el rebaño de ovejas y se quedaba mirando hacia su balcón como si le estuviera enviando un mensaje silencioso. ¿Qué le querría decir? ¿Cómo se llamaría? Le parecía el único habitante de ese mundo lejano, su único amigo. Y además, aunque no lo fuera, aunque estuviera espiándola lleno de odio y de malas intenciones, ¿cómo iba a tener miedo de él, si estaban separados por tres murallas que nadie era capaz de atravesar?

Pero como Serena no tenía ganas de ponerse a discutir con Lucandro ni les tenía apego a los regalos que le hacía, empezó entregándole la llave de todos sus cofres y cajones y acabó dándole permiso para que se llevara todo lo que le pareciera de algún valor y lo guardara él en otro lugar más oportuno y seguro.

Con lo cual, poco a poco, el tocador y el cuarto de costura de Serena se fueron quedando vacíos de adornos, y así se parecían más de verdad a la cárcel que eran. Cada tarde de las que Lucandro subía sigilosamente por la escalera de caracol le quitaba a Serena una cosa, de la que luego nunca le volvía a hablar, ni ella tampoco le preguntaba dónde la había puesto. Y él la miraba con recelo y un poco de incredulidad.

—¿De verdad que no te importa que me lleve también esto? Lo hago para guardarlo mejor. Pero, al fin y al cabo, es tuyo —le decía.

—No, no, de verdad. Contigo está más seguro. Y además a mí me gustan mucho los cuartos vacíos.

Hasta que se quedó solo con el costurero, objetos de primera necesidad, algunos libros y unas cuantas chucherías baratas. Pero Lucandro, de esa manera, empezó a respetar su retiro y a dejarla en paz.

A él se le hacía corto el día para pasar revista a todas las riquezas de aquel enorme castillo. Recorría a diario y una por una sus habitaciones. Y cuando dejaba alguna por revisar, por haberse entretenido más de lo debido en las otras, se iba a la cama tan a disgusto que se tenía que volver a levantar para terminar la tarea. Una de las cosas que más le irritaba era que los criados, al limpiar, le cambiasen algo de sitio. Necesitaba ver siempre las cosas en los mismos sitios. Su manía había llegado a tal punto que hasta las estatuas del jardín bajaba a inspeccionar y las contaba, igual que la vajilla o las joyas, como si alguien se las pudiera llevar. Y cuando les pasaba los dedos por el pedestal de alabastro, para comprobar si habían sufrido algún deterioro, en lo único que pensaba era en el mucho dinero que valían, nunca en si eran bonitas o feas o en la historia que podía haber vivido la persona muerta a la que estaban representando. Y ellas le miraban desde lo alto con frialdad y desprecio, como miran siempre las estatuas.

A Lucandro, antes de bajar al jardín, le gustaba detenerse unos instantes en el puente levadizo que había sobre el Foso de las Brundas y contemplar desde allí la gran escalera blanca y las tres murallas con los espacios correspondientes que cada una defendía. Y respiraba satisfecho. «Todo esto es mío —murmuraba—. Todo lo que está a mis pies ahora, es mío». Y se inclinaba después hacia el foso profundo que corría bajo la lámina de hierro del puente. Hacía un chasquido con la lengua o arrojaba una piedra al agua oscura, y sonreía al ver los bultos rojizos de las brundas que sacaban la

cabeza para mirarle con sus ojos relucientes. Enseguida volvían a sumergirse con mansedumbre, sin emitir grito de alarma alguno, y se volvía a escuchar el batir de sus colas contra el agua del foso. En eso conocía Lucandro que a él ya habían aprendido a conocerlo.

—Tengo en ellas los guardianes más fieles del mundo —se decía complacido.

Pero lo que no sabía era que, de tanto observarlas, cada día que pasaba se iba pareciendo un poco más a ellas.

Serena fue la primera en notar que Lucandro empezaba a volverse como aquellos animales que había amaestrado para que le defendieran. Hacía los mismos giros nerviosos y bruscos cuando oía a sus espaldas un rumor sospechoso, levantaba la cabeza con un gesto parecido. Y por la noche, si se despertaba sobresaltado y se asomaba a la ventana a acechar las tinieblas, al volver luego a entrar al dormitorio, sus ojos desprendían un fulgor amarillento que se prolongaba por el aire como la luz oscilante de una vela.

Serena le miraba entre los párpados semicerrados. Solía hacerse la dormida y fingir que no se enteraba de sus insomnios, para lograr, a cambio, que Lucandro no le preguntase por los suyos. Pero al cabo de un rato, cuando él ya había vuelto a meterse en la cama con dosel que compartían y empezaba a roncar, ella se atrevía a abrir los ojos de par en par y a rebullir un poco, y era como soltar pájaros de una jaula. Poco a poco aprendió también a echarse fuera de la cama sin hacer ruido; se deslizaba de puntillas por la escalera arriba y se asomaba al balcón de su cuarto de costura a mirar las estrellas que hacían guiños encima de su cabeza. Se acordaba de que él estaba abajo durmiendo.

—¡Cómo se parece a las brundas! —pensaba.

Y sentía una mezcla de miedo y de pena, porque de niña había leído muchos cuentos donde las personas se convertían en animales y los animales en personas y se preguntaba si tal vez pesaría sobre Lucandro un maleficio de ese mismo tipo.

La noche le gustaba mucho a Serena, y era cuando se le ocurrían fantasías más raras. Las apuntaba en un cuaderno de tapas verdes, donde escribía también los sueños que había tenido. Esto era más difícil, porque los sueños hay que apuntarlos enseguida de haberlos soñado: si no, se les va el polvillo de oro, igual que cuando se tocan las alas de una mariposa. Serena tenía miedo de que Lucandro se despertara y la encontrara con la vela encendida, así que aprendió a escribir a oscuras, y al día siguiente casi nunca entendía lo que había escrito. Aunque algunas de las cosas que veía en sueños eran bastante terribles, si se le olvidaba apuntarlas le parecía que había perdido algo, porque todo aquello lo sentía más verdad que lo que veía cuando estaba despierta. La única llave que conservaba era la del cajoncito donde tenía guardado el cuaderno de tapas verdes y la llevaba al cuello colgada de una cadena, que se quitaba por las noches al desnudarse. Nunca se atrevía a decirle a Lucandro que le gustaría mucho dormir ella sola en otro cuarto.

Las horas en que se sentía más libre y a sus anchas eran las del atardecer, sobre todo desde que Lucandro había dejado de subir a molestarla al cuarto de costura. Le encantaba asomarse a mirar la puesta de sol sobre la Ladera de los Lobos, quedarse quieta en el hueco del balcón esperando a que el cielo palidciera y saliera la primera estrella. Muchas veces se le llenaban los ojos de lágrimas.

Una tarde, cuando estaba allí, entró Lucandro sin avisar, la abrazó por detrás y ella dio un grito. Le preguntó él que qué hacía asomada al balcón a oscuras y que por qué se había asustado tanto.

—No sé —dijo ella—. No hacía nada. Mirar.

Y procuraba hablar sin que se le notara que estaba llorando. Porque sabía que eso de que llorara era lo que más le enfadaba a él. Pero la voz se le quebraba y las lágrimas le corrían por la cara sin que fuese capaz de contenerlas. Lucandro, muy alterado, empezó a hacerle preguntas sobre la causa de su llanto, y ella se encogía de hombros y guardaba silencio mirando para abajo. No sabía qué contestar.

—Pero algo te pasará —insistía él—. En algo estarías pensando cuando he entrado. ¿En qué pensabas?

—En nada. En tonterías.

—Dímelo —mandó él—. Aunque sean tonterías.

—Me da pena que se vaya el sol —dijo, por fin, Serena—. Es mi amigo. Me gustaría tener alas en los pies y seguirlo y conocer todas las casas donde se mete y todos los ríos en los que se baña y todas las personas a las que alegra el corazón.

A Lucandro todo aquello le pareció muy raro y le puso de mal humor, como todas las cosas que no entendía. Así que aquella misma noche, después de la cena, que transcurrió sin que ninguno de los dos despegara los labios, en vez de acostarse, subió a visitar a Cambof Petapel y mantuvo con él una larga consulta.

Cambof dijo que tal vez a Serena le conviniera cambiar de aires y hacer un viaje. Pero a Lucandro no le gustó nada aquel consejo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó—. ¿Qué razones puede tener Serena para no encontrarse bien aquí?

Cambof explicó que las mujeres tienen unos sentimientos y unos sueños especiales, que él lo sabía por la época en que había sido princesa. Y se puso a contar cómo era el palacio de su padre y el jardín que se veía desde la ventana ojival de su cuarto. Pero Lucandro le interrumpió, porque le aburrían las historias de otros.

—¿Y qué pasaba? ¿Querías viajar?

—Sí —contestó Cambof—. Y también que hablaran conmigo. Nadie hablaba conmigo ni me consultaba nada. Todo lo decidían los demás por mí.

—¿Y tú crees que a Serena le gustaría viajar?

—Yo creo que sí. Pero se lo deberías preguntar a ella y así lo sabrías seguro.

Lucandro se quedó con el gesto fruncido.

—No —dijo—. Yo creo que no le gustaría. Así que no se lo voy a preguntar.

Le parecía que era un capricho tonto, caso de que lo tuviera. Y, además, salir de viaje significaría dejar el castillo expuesto a un posible asalto de los ladrones. Cuando Lucandro decía «ladrones», pensaba siempre en aquellos rostros curtidos y serios de los campesinos de Belfondo, que apenas se alzaban al verlo pasar a caballo. Tampoco él se atrevía nunca a mirarlos a la cara. Sentía una amenaza en su actitud reservada, como de animales al acecho. Tituc le había venido con el cuento de que querían tierras mejores y de que andaban algo agitados. Cuanto mejor se les trataba, más pedían. Le envidiaban porque era rico. Y por lo visto estaban pasando mucha hambre porque la cosecha había sido mala.

—Pues ocúpate de ellos un poco más —le aconsejó Cambof—. Baja al pueblo a hablar con ellos. Nunca lo haces y eso debe ser lo que les tiene descontentos.

—Total —se enfadó Lucandro—, que he venido a que me resuelvas un problema y me sales con otro.

Cambof le miró muy serio, moviendo la cabeza.

—Tu único problema, Lucandro, es que tienes el alma encogida —le dijo—. Quiere crecer y no la dejas. Quiere gritar y le tapas la boca. Quiere volar y le atas las alas. Ni yo ni nadie te podemos ayudar a ensanchar el alma. Solo tú, desde dentro, lo puedes hacer. Pero no quieres. A tu alma la tratas peor que a tus vasallos.

Lucandro no llevó de viaje a Serena, aunque procuró dedicarle más tiempo y más atención. Pero a ella no pareció gustarle que estuviera pendiente de sus movimientos y de sus humores. Y es que notaba que no lo hacía por cariño, sino por una especie de penitencia que se había impuesto. La atosigaba a preguntas sin sacar nada en limpio más que impacientarse. ¿Qué quería Serena en realidad?

—Nada —le dijo ella un día—. Que no me hagas tantas preguntas. Cuando no me preguntas nada es cuando me encuentro mejor.

Lucandro se quedó bastante aliviado.

—De acuerdo —le dijo—, pero cuando quieras algo, prométeme que me lo pedirás.

—Te lo prometo —contestó ella.

Poco tiempo después, Serena quedó encinta y le pidió a Lucandro que le dejara poner una cama en su cuarto de costura y dormir allí. Lucandro accedió y le dio a elegir entre todas las camas que había en el castillo. A ella le gustó una de madera de cerezo que tenía incrustado en la cabecera un pavo real en colores tornasolados. Se la subieron al cuarto de costura y se la pusieron arrimada al balcón. Serena se pasaba las tardes echada allí, mirando al campo, sin hablar con nadie.

En aquella cama, una tarde de diciembre, Serena dio a luz una niña. Poco después empezó a nevar y ella cerró los ojos. Sabía que tenía que pedir algo para su hija, porque no se había presentado ningún hada de las que se presentan, en los cuentos, a formular sus deseos junto a la cuna del recién nacido.

—Que entienda sus sueños mejor que yo entiendo los míos —le pidió con los ojos cerrados a los copos de nieve—. Y que los pueda seguir siempre. La niña tenía la piel muy blanca y el pelo y los ojos muy negros. Le pusieron de nombre Altalé.

Cuatro

Lucandro hubiera preferido tener un hijo mejor que una hija, y Serena, que se lo había oído decir muchas veces, abrigaba la esperanza de que hiciera poco caso a Altalé y la dejara a ella encargada de su educación. Pero pronto se dio cuenta de que él consideraba a la niña como objeto de su exclusiva pertenencia.

Comprendió también que acabaría por quitársela, como todos los regalos de valor que le había hecho. Y, a medida que pasaba el tiempo y se cumplían sus temores, Serena se iba poniendo cada vez más triste.

Lucandro, en efecto, se aficionó a su hija de la misma manera exagerada y maniática con que se apegaba a todas las cosas, aunque no supiera disfrutar de ninguna. Altalé era para él como una piedra preciosa y no estaba dispuesto a que se la robara nadie.

Le encargó los juguetes más raros y costosos y le mandó construir un aposento en forma octogonal en la parte alta del castillo, junto al torreón de Cambof Petapel, a quien nombró enseguida su tutor y maestro. Las paredes de aquella habitación estaban llenas de jaulas con pájaros de especies diferentes, para que divirtieran a Altalé con su revoloteo y con sus trinos. Pero, como también había mandado poner barrotes en las ventanas, toda la habitación parecía una gran jaula.

Desde el principio, Altalé mostró unas dotes asombrosas para la música. Ya antes de aprender a hablar, imitaba a la perfección el gorjeo de todos los pájaros que había en su cuarto. Cada vez que uno de ellos rompía a cantar, ella se quedaba mirándolo con la cabecita un poco ladeada y luego le respondía en el mismo registro y con tal primor que resultaba en verdad muy difícil diferenciar sus voces.

Al cumplir Altalé los cuatro años, Cambof le sugirió a su padre que le pusiera un maestro de música. Dijo que cuando un talento natural despunta tan claramente desde la infancia, conviene perfeccionarlo por medio del estudio.

—¿Y por qué no le das clase tú? —le preguntó Lucandro.

Pero Cambof se quedó reflexionando y reconoció que no podía. Por mucha memoria que hiciera, no recordaba haber dado muestras de vocación musical en ninguna de sus vidas anteriores. Ni siquiera cuando había sido princesa. A la reina, su madre, le costaba Dios y ayuda lograr que pusiera bien los dedos encima del arpa, y luego,

cuando los movía, arrancaban de las cuerdas unos sonidos horribles.

Lucandro escribió varias cartas para gente que él conocía en la ciudad, pidiendo que le buscaran un maestro de música para su hija, el mejor que hubiera. La única condición que ponía era la de que accediera a vivir en el castillo de las tres murallas, pero el precio de las clases y todas las demás condiciones las podía fijar él. Decidió mandar a Tituc a la ciudad para que llevara las cartas y esperara allí el tiempo que fuera preciso para poder traer al maestro de música y comprar los instrumentos que él dijera.

Una mañana de niebla, Tituc enganchó a Info y Calermo a un carricoche cubierto, con asientos de terciopelo, que se usaba para los viajes, se subió al pescante y salió con rumbo a la ciudad.

Serena lo vio partir con una emoción extraña. El pensamiento de que fuera a venir un desconocido a vivir con ellos y a ocuparse de su hijita le parecía una aventura maravillosa. Pero también, sin saber por qué, le daba algo de miedo.

Los diez días que tardó en volver Tituc se le hicieron muy largos. Algunas tardes bajaba despacio los trescientos sesenta y cinco escalones que terminaban en la Muralla Erizada y se quedaba allí un rato con la cabeza pegada a la verja, acechando el camino desierto. Y a veces subía ya de noche, cuando la niña estaba dormida. Pero Lucandro no la había echado de menos ni se había preocupado por su tardanza.

Desde que había nacido Altalé, para Lucandro era como si Serena hubiera dejado de existir. Ya no la perseguía ni le preguntaba qué estaba pensando o qué escribía en aquel cuadernito con tapas de terciopelo verde que a veces le veía esconder. Se acostumbró a que saliese más al jardín y a la huerta, a que tuviera toda la noche la luz encendida en el cuarto de costura, a que comiera a otras horas diferentes de las suyas, y hasta llegó a decirle que por qué no se daba algún paseo hasta el pueblo. Pero en cambio se enfadó mucho un día que salió con Altalé y se dieron un paseo juntas en el

barquito de quitasoles que recorría el Foso de Abajo. La estaba esperando sobre el puente vociferando y rojo de ira, y la niña lloraba desconsoladamente agarrada al cuello de su madre. Antes de desembarcar le dio muchos besos mojados de lágrimas y a Serena le pareció que se estaban despidiendo. Lucandro le tenía prohibido sacarla sin su permiso. Le molestaba mucho que se divirtieran juntas o que hablaran en voz baja de cosas que él no entendía. Era él quien se quedaba junto a la cuna de la niña hasta que se dormía. Serena había decidido que Altalé no tuviera que volver a llorar por su causa. «Mejor que me vea poco —pensaba—, y así no me echará de menos». Había ido aceptando la nueva situación y procuraba consolarse pensando en que tenía más libertad que antes y que alguna vez la aprovecharía para escaparse a correr mundo.

La tarde en que iba a volver Tituc con el maestro de música, Serena bajó al jardín y se quedó dormida debajo de un árbol. Vio en sueños a una joven vestida de blanco que se asomaba por encima de la Muralla Roja y le hacía señas con mucho apuro. Trató de acercarse a ella pero no podía. La muchacha se ponía a gritar y le pedía que se metiera en el cuarto de costura y no volviera a salir de allí hasta nuevo aviso. Y se echaba a llorar. «Te lo pido por favor, madre —decía—, que nadie te vea. Es por mi bien». Y Serena supo que aquella muchacha era Altalé, aunque tenía como quince años.

Se despertó porque las brundas se habían puesto a chillar. Y cuando subía hacia el cuarto de costura para encerrarse en él como Altalé le había mandado, se cruzó con unos criados que bajaban a toda prisa la escalera. Le dijeron que acababa de llegar el maestro de música e iban a ayudarlo a subir su equipaje y los instrumentos.

Serena estuvo más de un mes sin salir de su cuarto. Por su doncella había mandado recado a Lucandro de que no quería que nadie la molestase. Él se alegró en el fondo de su alma y pensó que era mejor no preguntar las razones de aquel encierro. Se limitó a respetarlo y no apareció a verla.

Serena se pasaba casi todo el día bordando o leyendo unos libros de viajes que le había regalado Cambof. Cuando pensaba que nunca vería aquellos ríos ni aquellas montañas que venían pintados en el libro, se encogía de hombros. Se le había quitado la inquietud que tenía días antes, pero también se le quitaron las ganas de vivir. Y ni siquiera por su hija preguntaba, ya la avisarían ellos si querían algo. Le daba todo igual.

La doncella de Serena se llamaba Luva y quería mucho a su ama. Cuando le subía las comidas, se quedaba un rato con ella y trataba de animarla dándole conversación. Por ella supo que Altalé había recibido con entusiasmo al maestro de música y que estaba haciendo grandes progresos. Le había enseñado la letra de algunas canciones y a tocar la flauta y el violín. Serena escuchaba aquellas noticias como si no tuvieran nada que ver con ella y no hacía ninguna pregunta. A medida que pasaban los días iba perdiendo la noción del tiempo, le parecía que todo lo que le pasaba le estaba pasando a otra persona y que aquella niña de quien le hablaban ni siquiera era su hija. También había perdido el apetito casi por completo.

Luva le contó a Lucandro que pocas veces tocaba la comida que le subían al cuarto y que se estaba quedando muy desmejorada. Lucandro se encogió de hombros. Pero Altalé, que estaba presente, preguntó que qué le pasaba a Serena.

—Está un poco enferma —dijo Lucandro—, y no quiere ver a nadie.

—Pero yo la quiero ver a ella —dijo la niña—. Quiero que me oiga tocar el violín.

Altalé tenía una manera tan firme de decir lo que quería que lograba imponer su voluntad. Así que Lucandro no tuvo más remedio que subir a ver a Serena, aunque de mala gana. Y le transmitió el recado de su hija.

—¿Seguro que te ha dicho que puedo salir de este cuarto? —le preguntó Serena, con ojos asustados.

—Dice que quiere que la oigas tocar el violín.

—¿No querrá venir ella aquí?

A Lucandro le impresionó la mirada hundida de Serena y su extrema delgadez. Y sintió algo parecido al remordimiento. Pero no quería que Altalé se aficionara a visitar a su madre en aquel refugio del cuarto de costura para que le llenara la cabeza de ideas locas.

—No, no. Ha dicho que quiere que asistas tú a sus clases. Lo hace muy bien. Verás cómo te gusta.

Hubo una pausa. Un pájaro negro vino a posarse sobre los hierros del balcón. Serena se estremeció.

—¿Y el profesor? —preguntó de repente, mirando a Lucandro con inquietud.

—Te gustará también —dijo él.

Cuando se quedó sola, Serena sacó el cuadernito donde había apuntado el sueño, porque ya no se acordaba de los detalles. La chica de blanco le había pedido que permaneciera encerrada en el cuarto de costura hasta nuevo aviso. Sin duda este era el nuevo aviso.

Llamó a Luva para que la ayudara a peinarse y a vestirse, y lo hizo despacio, con mucho esmero, notando un placer desconocido al mirarse al espejo. Se veía mucho más delgada, pero los ojos le brillaban como si fueran de oro. Y parecía una niña convaleciente. Se probó varios vestidos, y por fin eligió uno de color malva. En el pelo, rendidas a las trenzas, se puso unas flores del mismo color. Y se calzó con chinelas de plata.

Y cuando iba andando hacia el aposento de su hija, el corazón le latía muy fuertemente. Iba despacio, cruzando largos corredores, doblando esquinas y subiendo escaleras. Como si no quisiera llegar nunca y le bastara con saborear el camino.

Altalé estaba sola en su cuarto con el maestro de música. Serena se paró en el umbral a escuchar cómo tocaban. Entraba una luz suave de primavera que hacía brillar los instrumentos. El maestro estaba de espaldas, vestido con una chaqueta de paño verde. De

pronto, Altalé levantó los ojos y, al ver a Serena allí de pie, sonrió, dejó de tocar y agitó el arco del violín a manera de saludo. En ese momento, el maestro de música se volvió y se quedó mirando a Serena con los ojos muy abiertos, como si se tratara de una aparición mágica. A Serena se le vino a la cara una oleada de rubor. No había visto en toda su vida ni en ninguno de sus sueños a un joven más hermoso. Tenía el pelo castaño un poco rizado y los ojos verdes. Pero lo que más conmovió a Serena fue la seriedad y la dulzura con que la miraba. Le pareció que hasta aquel momento no la había mirado nadie en toda su vida. No era capaz de articular una sola palabra ni de apartar los ojos de él. Su hija era como si hubiera desaparecido. Y el castillo. Y las brundás. Y las murallas. Y todo. Se estaban mirando a los ojos en un campo lleno de flores y de caminos para correr por ellos.

—¿Nos hemos conocido antes? —oyó que le preguntaba él.

—Es mi madre —dijo Altalé.

El maestro de música se levantó y se acercó para besarle la mano.

—Me llamo Gisel —dijo—. Y desde hoy mi vida no tiene más razón que la de servirlos.

Serena entró y se sentó junto a Altalé, cerró los ojos y todo le daba vueltas. A petición suya, continuaron la clase interrumpida. Luego Gisel, acompañado al violín por Altalé, se puso a cantar una canción muy triste donde se contaba la historia de un prisionero que oía cantar a los pájaros a través de las rejas de la cárcel.

—¿Qué es una cárcel? —interrumpió Altalé.

—Un sitio del que no se puede salir —dijo Gisel, haciendo un alto en la canción.

Y a Serena le pareció terrible que hubiera dejado de cantar, no podía soportarlo.

—Entonces esto es una cárcel —dijo la niña—. ¿O no?

Gisel miró a Serena y ninguno de los dos dijo nada. Lucandro había prohibido a todos los habitantes del castillo que le hablaran a Altalé de muerte ni de ladrones.

—¿Quieres dejarle seguir? —dijo Serena impaciente.

Siguieron. Desde la cárcel, el prisionero de la canción miraba los campos verdes y soñaba con escapar llevando a su amada de la mano por una vereda en flor. Y ella decía: «Dime, si tú lo sabes, ¿por dónde, amor, se va hacia la libertad?».

Serena escuchaba con las manos cruzadas sobre el regazo, el pulso agitado y los ojos bajos. Pero cada vez que los alzaba, se encontraba con los de Gisel, verdes como uvas mojadas de rocío. Y era igual que sentir el sol metiéndose a raudales por dentro de su cuerpo.

«Que no me deje de mirar nunca —rezaba—. Que no me deje de mirar nunca. Nunca. Nunca. Nunca».

Al cabo de una semana, la noticia se extendió por todo el pueblo de Belfondo como un reguero de pólvora: la mujer de Lucandro y el maestro de música se habían escapado juntos del castillo de las tres murallas, nadie sabía por dónde ni hacia dónde.

Y lo mismo que había pasado cuando se tuvo en Belfondo la primera noticia de que Serena existía, también ahora cada uno inventaba una historia sobre aquella extraña desaparición. Dijeron que se habían escapado a caballo. Dijeron que las brundas habían enmudecido porque el maestro, al salir con la señora de la mano, les había cantado una copla mágica. Dijeron que Tituc los había ayudado a escapar. Dijeron que se habían descolgado hasta el puente levadizo por una escalera de cuerda. Dijeron que habían dormido en el jardín y que partieron al alba. Dijeron todo eso y mucho más y todo lo contrario.

Pero lo único que nadie se atrevió a asegurar es que fuera a volver Serena. Había cundido una sensación de catástrofe, de desamparo. Se marchaba la señora del castillo sin que ningún belfondino hubiera llegado a conocerla, sin haber tenido ocasión de pedirle, al verla pasar: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos», sin saber siquiera si sus ojos eran misericordiosos o no.

Pasaban los días y los meses, y aunque todo siguiera como antes, en el fondo era diferente, porque les habían matado la esperanza de llegar a tener algún abogado entre el señor del castillo y ellos. ¿Qué iban a hacer ahora?

—Tendremos que esperar a que crezca la hija —dijo una tarde la posadera.

Cinco

Pasaron los años y Altalé se convirtió en la muchacha que su madre había visto en sueños vestida de blanco. Algunas tardes, cuando bajaba a pasear por el jardín, le parecía ver la sombra de Serena escurriéndose entre las estatuas, y entonces echaba a correr llamándola: «¡Madre!, ¡madre!», porque sentía, como la chica del sueño, que le tenía que dar un recado muy urgente, aunque no sabía cuál. Luego se paraba, al ver que no había nadie. Y se sonreía. Una de las ciencias que había aprendido Altalé era la de convertir la mueca de llanto en mueca de risa. Cambof le había dicho que llorar trae mala suerte, y que solo salen bien las cosas que se desean sonriendo. Así que, en vez de echarse a llorar, pensaba que su madre se había escondido para jugar con ella. Y que también estaba sonriendo.

—¡Qué mala eres! —decía en voz alta—. Ya te has vuelto a escurrir otra vez. Pero a la próxima te pillo.

Se quedaba a la escucha y solo le contestaba el piar de los pájaros entre el ramaje.

Tenía de su madre un recuerdo tan lejano que ni siquiera estaba segura de reconocerla si aparecía. Pero sabía que iba a aparecer,

no podía vivir sin aquella certeza. Y cuanto más tiempo pasaba y más se le borraban el rostro y la voz de Serena, más ganas tenía de volverla a ver.

Les preguntaba por ella a los pájaros del jardín, a las flores, a los conejos del bosquecillo, a las aguas del foso, a las nubes. Y las nubes eran las únicas que parecían contestarle algo. Cambiaban continuamente de forma, y era como si estuvieran escribiendo una contestación a sus preguntas con aquellos signos de algodón deshilachado.

—No entiendo la letra de las nubes —le dijo un día a Cambof—. Se entiende todavía peor que lo que escribes tú. Pero me dicen muchas cosas, ¿sabes?

—Claro que te dirán cosas. Y cuanto más difíciles sean de entender, más verdad serán. Tú estate siempre alerta, que los informes vienen de todos lados.

Y Altalé se mantenía atenta, a la espera de cualquier acontecimiento que pudiera tomarse como mensaje. Ni Tituc, ni Luva, ni siquiera Cambof, que parecía saberlo todo, le habían sabido decir dónde estaba su madre, así que ya no se lo preguntaba a ninguno. Había llegado a la conclusión de que era un secreto complicado que tenía que desvelar ella sola.

—¿Sabes? Hoy la he visto un momento en el Foso de Abajo —le contaba a Cambof—, pero se borró enseguida. Me llevaba en brazos y yo era pequeña. Luego me hice mayor, y se escondió. Se esconde porque le gusta hacérmelo desear, ¿verdad, Cambof?

—Claro —contestaba él—, le gusta jugar como al aire que sopla las nubes y las borra del cielo cuando quiere.

—A mi padre no le gusta jugar, ¿verdad que no?

Cambof se quedaba pensativo.

—Yo creo que no. Pero a lo mejor es que juega a ser malo. Juega a huir de la luz.

Cuando hablaban de Lucandro, Cambof y Altalé perdían la sonrisa. Desde que se fue Serena, Lucandro había envejecido

mucho, le había dado por beber y se había quedado un poco sordo. A ratos se adormilaba y se despertaba gritando muy exaltado y abriendo los ojos con un gesto a la vez estúpido y furioso. Había prohibido que se pronunciara el nombre de Serena en toda la casa, pero Altalé le había desobedecido desde que era muy pequeña. Se atrevía a levantar la cabeza hacia él, desafiando su cólera, y a decirle: «No pienso dejar de hablar de mi madre en toda mi vida». Aguantaba sin rechistar los castigos y las riñas de Lucandro y jamás le pidió perdón. De esa manera consiguió que él se diera por vencido. Notaba que estaba perdiendo todo poder sobre su hija y que era él quien tenía que bajar los ojos cuando Altalé le miraba. Los ojos de Altalé despedían un fulgor como nunca se había visto. Y Lucandro la luz no la podía soportar. De día casi siempre estaba durmiendo. Y por la noche, de tanto rondar el Foso de las Brundas y quedarse sentado junto a aquella humedad, se había vuelto reumático, y tenía dolores muy fuertes en la espalda. A veces subía a que Cambof le diera friegas con un cocimiento de hierbas de color añil.

—Las vértebras de la espina dorsal —le contó Cambof a Altalé en secreto— le sobresalen mucho, y toda la piel de la espalda se le ha endurecido y le brilla. Creo que se está operando en él una mutación.

—¿Qué es una mutación? —preguntó Altalé.

—Convertirse en otra cosa más adecuada con los gustos de uno. Lucandro en la condición de hombre no está a gusto. Odia el sol, no quiere disfrutar ni pensar, no le importa nadie y su única aspiración es despertar miedo.

—Yo no le tengo miedo, le tengo pena —dijo Altalé.

—Claro, pero a él la pena no le sirve. Ha fracasado como hombre y acabará convirtiéndose en brunda, que es lo que quiere.

—¿Cómo puede querer eso? —se horrorizó Altalé.

—Tal vez no sea tan horrible ser brunda —decía Cambof—. Yo no te lo puedo decir porque nunca he sido brunda. Pero lo que en un

hombre resulta monstruoso, a lo mejor al transformarse en esa otra figura se vuelve placer y cosa natural. Las brundadas, si te fijas bien, son inofensivas y hasta pueden hacerse simpáticas. Nada es lo que parece.

—En eso tienes razón —reflexionaba Altalé—. A mí, algunas veces, el agua de los fosos me parece que está pintada, aunque se mueve, y en cambio creo que las estatuas del jardín son personas de verdad que me hablan y se ríen. Es muy raro. ¿A ti no te pasan cosas así?

—Me pasaba más cuando era águila —decía Cambof—. No distinguía la verdad de la mentira ni lo vivo de lo pintado. Desde tan alto, volando encima de las cosas, todo parece un juego. Nada es nuestro y todo es nuestro. Resulta muy agradable ser águila.

—¿Y cómo dejaste de serlo? —le preguntaba Altalé—. ¿Te cazaron?

—Ya no me acuerdo. Me morí sin notarlo. Cuando quise recordar, me había vuelto ermitaño y entendía todas las cosas que había visto siendo águila. Tenía la cueva en una montaña amarilla, por encima de la cual había planeado muchas veces. Era muy rara.

Las historias de Cambof Petapel estaban llenas de pausas, que Altalé aprovechaba para hacerle preguntas. Y de cada pregunta, surgía otra historia.

—¿Por qué era rara la montaña amarilla?

—Bueno, pues, aparte de ser amarilla, terminaba en un pico de piedra tan afilado que parecía la aguja de una cúpula. Había un secreto que solo sabían algunos pájaros, y era que en aquel pico de piedra se enganchaba el sol todas las mañanas, se hacía una heridita y dejaba caer tres gotas de sangre dorada que se recogían en un estanque muy chico, la Poza del Sol se llamaba. Los pájaros que venían a beber allí, cuando el sol acababa de herirse y de dejar caer las tres gotas, se volvían de color de fuego y alcanzaban la inmortalidad. Pero yo creo que de este secreto de la Poza del Sol —

proseguía Cambof tras un nuevo silencio— me enteré siendo águila, no siendo ermitaño.

Uno de los pájaros que tenía Altalé en las jaulas de su cuarto era de color de fuego y la miraba con ojos tan inteligentes que se habían hecho amigos desde el primer día. Era al único que se dirigía como a un amigo, el único que la invitaba a hablar y le hacía compañía. Y empezó a pensar que pudiera haber bebido alguna mañana en la Poza del Sol. Por eso quería saber dónde estaba aquel sitio.

—¿Caía muy lejos de aquí esa montaña amarilla?

—No sé, hija —dijo Cambof—. Posiblemente muy lejos no estaría. Pero es que tampoco sé bien dónde estamos ahora. ¿Lo sabes tú?

Altalé movía la cabeza negativamente. Cuando Cambof se ponía a contarle historias, nunca sabía dónde estaban ni si les alumbraba el sol o la luna, ni si hacía frío o calor, y hasta llegaba a olvidarse de quién era ella misma. Miraba alrededor y le parecía que estaban colgados del universo, navegando entre otros planetas sin rumbo fijo, como si todo el castillo fuera un globo soplado por el aire. ¿Qué más daba por dónde estuvieran pasando ni adónde se dirigieran?

—No, no sé dónde estamos —le contestaba—. Pero sigue contando, anda. ¿De ermitaño te aburrías?

—Creo que sí, que me aburría un poco. Pero allí, en la cueva aquella, me aficioné a pensar. Porque de águila, claro, no pensaba. Y me di cuenta de que todo da igual. Y de que, cuanto más igual dé todo, más fácil es que resucite uno.

A Altalé le fascinaban aquellas historias de resurrección, aunque no las entendiera muy bien, porque tampoco comprendía lo que era la muerte. Pero de vez en cuando le entraba mucho miedo y se abrazaba a las rodillas de Cambof. Le cogía las manos huesudas y se las llenaba de besos.

—Ya no te pensarás morir ninguna vez más, ¿verdad, Cambof? —preguntaba asustada—. Porque ahora estás conmigo. No me dejes nunca, ya no te mueras más, por favor, por lo que más quieras.

Cambof acariciaba con mucha delicadeza las trenzas negras de Altalé y su voz se volvía joven como la de un enamorado.

—Tú eres lo que más quiero, Altalé —le decía.

Ella levantaba la cara para mirarle y aquellos ojos rasgados del viejo sabio lanzando chispas de luz le parecían lo más querido del mundo. Se echaba a llorar.

—Pero dime que no te vas a morir nunca. Prométemelo.

Cambof le secaba las lágrimas con la manga de su túnica de seda y movía la cabeza muy serio. Un día le dijo:

—No te puedo prometer eso. Esta vida que llevo se me está haciendo larga. Me iba a morir el día que tu madre se fue, pero aquella misma noche se me presentó ella en sueños y me dijo que tenía que esperar a que cumplieras quince años.

Altalé se acordó de que los iba a cumplir dentro de poco.

—¿Quieres decir que te vas a morir ya? —preguntó con susto.

—Anda, no llores —le dijo Cambof—. Cuando me muera, te dejaré en buenas manos. De eso puedes estar segura.

Seis

Los vecinos de Belfondo tenían muchas más noticias de Altalé que habían tenido nunca de su madre. Luva, que se había hecho amiga de la posadera, se escapaba al pueblo siempre que podía y se pasaba las horas muertas contando gracias de la niña, de lo simpática, lo buena y lo lista que era.

Se había relajado un poco la disciplina que prohibía a los criados de Lucandro mezclarse con los belfondinos y alternar con ellos; y aunque seguía siendo Tituc el único que tenía permiso para bajar al

pueblo, él a veces les daba la llave a otros servidores del castillo, cosa que no se atrevía a hacer antes. Y es que ahora Lucandro, a pesar de que tenía incluso peor carácter, no se enteraba tanto de las cosas. Vivía distraído, rumiando obsesiones suyas que le hacían mover los labios como si rezara, le ponían un gesto ceñudo y podían desembocar en cualquier estallido inesperado de furia, pero también le aislaban de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Los criados se habían dado cuenta de esto, pero, además, de otra cosa importante: de que Altalé le desobedecía desde muy pequeña y de que él acababa por aguantarse, aunque fuera a regañadientes. A veces la castigaba y otras le pedía perdón. No sabía cómo contentar a la hija.

Contaban que cuando cumplió ocho años, la llevó Lucandro a una sala magnífica en el sótano llena de joyas, de esculturas y de vajilla de un cristal precioso vetado de oro, que se había puesto de rodillas delante de ella y le había dicho: «Todo esto es tuyo, Altalé, si no vuelves a nombrármela», pero que ella, por toda contestación, se puso a romper objetos de cristal a patadas y a llorar gritando que no quería nada, que lo único que quería era que volviera su madre. Lucandro la había encerrado en una mazmorra durante una semana entera.

—Pero a ella los castigos no la amansan —le decía Luva con orgullo a la posadera—. Salió de la mazmorra más testaruda que antes. Es él quien va perdiendo pie.

Otra cosa que contaba Luva era que Lucandro, a raíz de la desaparición de Serena, había condenado una escalera de caracol que comunicaba su dormitorio con las habitaciones de ella. Les dijo a todos que estaban embrujadas, las cerró con llave y prohibió que nadie se acercara a ellas bajo ningún pretexto. Pero Altalé sabía que había nacido en uno de aquellos cuartos, porque Luva se lo dijo, y le gustaba mucho merodear por allí. Se sentaba a oscuras en el pasillo junto a las puertas prohibidas y se ponía a llamar a su madre o a cantar una canción muy rara que había inventado sobre

un país donde creía que estaba Serena ahora. A Lucandro le sacaba de quicio aquello, la reñía y muchas veces tenía que llevársela de allí a rastras. Pero ella volvía siempre sin hacerle caso.

—La tiene que dejar por imposible —decía Luva—. Está comiéndole el terreno.

En Belfondo les gustó mucho saber que la hija de Lucandro no tenía miedo de su padre y se atrevía a desobedecerle, aunque la castigara. Aquello les sirvió de ejemplo y la sintieron como aliada. También ellos podían desobedecer a Lucandro y afrontar sus iras, si lo hacía su propia hija.

Lo mismo que Luva contaba en Belfondo cosas del castillo, también a Altalé, según fue creciendo, le empezó a hablar de las calamidades e injusticias que sufrían aquellos pobres vasallos de su padre y de cómo tenían puesta su esperanza en ella.

—Me preguntan que si tú los defenderás —le dijo un día.

—¿Yo? ¿Y qué tengo que hacer?

—Nada más quieren saber si eres su amiga. Si le piensas contar a tu padre lo que hablas conmigo.

—No, claro que no —dijo Altalé muy seria—. ¿Y eso es ayudarlos?

—Sí, porque los animas. También quieren saber si te parece mal que cojan unas tierras que son de tu padre pero que él no las aprovecha ni casi debe saber que las tiene.

—No, no. ¿Cómo me va a parecer mal? Tienen razón. Diles que las cojan.

Y los habitantes de Belfondo empezaron a celebrar reuniones en la taberna para discutir aquellos asuntos. Decidieron invadir las tierras que Lucandro les negaba y dejar de pagarle impuestos. Pero decidieron, sobre todo, perderle el miedo. Algunos vecinos recelosos no acudían al principio a estas reuniones de la taberna, pero acabó viniendo el pueblo en pleno. Todos daban su opinión por turno. Los más cobardes decían que ellos no podían hacer lo mismo que Altalé, porque era arriesgado.

—¿Por qué no? ¡Claro que podéis hacer lo mismo que ella! — exclamó cierta noche un chico que estaba sentado, no sabían desde cuándo, en una esquina del local—. ¡Y lo tenéis que hacer! Hay que imitar el ejemplo de Altalé, pero, al mismo tiempo, ofrecerle nuestra hazaña, para que se entere de que no está sola. Ella es como nuestra reina y nuestro jefe. ¡Adelante por Altalé!

Todos le miraron. Era un chico moreno. Muy delgado. Dijo que venía de otros pueblos de hambre a buscar fortuna en este, que había oído hablar del castillo de las tres murallas y que su dueño no le parecía invencible, sino solo un pobre loco.

—Sí, un pobre loco —dijo alguien—. Pero nos puede mandar encarcelar.

Le contaron que Lucandro había mandado reconstruir un edificio en ruinas que había en la Ladera de los Lobos, y no para hacer un convento o un almacén de trigo o un hospital, sino para poner allí la cárcel. Desde entonces se sentía más seguro. Había mandado venir de la ciudad a unos guardias muy severos que andaban por los contornos persiguiendo a los ladrones y a los vagos. Pero como la rapiña y la vagancia son consecuencia de la pobreza, al poco tiempo de inaugurarla, la cárcel estaba llena, y tenía que soltar a unos presos para poder meter a otros. Algunos hasta se dejaban coger, de pura desesperación, porque dentro de la cárcel, aunque mal, comían algo. Había amurallado un terreno detrás de la cárcel donde los propios presos cultivaban hortalizas y tenían algunas aves de corral.

—¿Y ese terreno es suyo, no? —interrumpió vivamente el forastero.

Se hizo un silencio. Al chico le brillaban mucho los ojos.

—Bueno, suyo no sé —contestó alguien—. Pero, por lo menos, comen de él.

—Eso, comen de él —continuó el chico—. ¿Y todo por qué? ¡Porque están presos! Cazan primero a la gente para luego darle de comer. Pues nosotros vamos a hacer lo mismo, pero estando libres.

¡Vamos a comer! ¡Se acabó la paciencia! Cultivaremos todos los terrenos que a Lucandro le sobran y tiene abandonados, los de al lado del río. Tanto si le parece bien como si le parece mal. Además Altalé nos da permiso.

Hablaba con tanto calor y explicaba las cosas tan claras que a nadie se le ocurrió preguntarle quién le había informado de todo aquello ni de dónde sacaba tanta energía, solo notaban que les estaba animando mucho y que necesitaban a una persona así.

Poco a poco se fue convirtiendo en el caudillo de aquella empresa y todos los asuntos se los tenían que consultar a él para que diera el visto bueno. Sobre todo cuando empezaron a darse cuenta de que, a pesar de su gran juventud, entendía mucho de agricultura y de construcciones.

No sabían de él otra cosa sino que se llamaba Amir y que por las noches desaparecía.

—¿Y a dónde va? —le preguntó Altalé a Luva, una vez que le estaba hablando de él.

—Dice que se ha construido un albergue en un hueco del monte. Pero nunca lo ha visto nadie.

—¿Y por qué no vive en el pueblo?

—No sé.

A Altalé aquel chico le producía mucha curiosidad. Además Luva le había explicado que también a las mozas del pueblo las traía revueltas.

—Y tienen celos de ti —le contó, sonriendo.

—¿De mí?

—Sí, de ti. Porque siempre que va a beber en la taberna levanta el vaso y dice: «¡Por Altalé!». Y todos le corean.

Altalé desde entonces inventó un juego que la divertía mucho, y era cerrar los ojos, siempre que bebía, y murmurar: «¡Por Amir!». No podía dejarlo de hacer, porque le parecía que le traía buena suerte.

Como, a cada día que pasaba, Lucandro estaba más desmemoriado y raro, tardó mucho en enterarse de que los

belfondinos habían empezado a vivir mejor. Y tampoco se dio cuenta de que habían dejado de pagarle los impuestos. Así fueron pasando los años, y los campesinos de Belfondo, envalentonados al ver que no pasaba nada, fueron invadiendo todas sus tierras abandonadas, que eran muchas y estaban algo alejadas del pueblo. Empezaron a cultivarlas y a construir allí apriscos para el ganado y viviendas para la gente, con lo cual el pueblo se fue extendiendo y prosperó. Hasta el punto de que empezó a dividirse en dos, Belfondo del Castillo o el Viejo y Belfondo el Nuevo o del Río, porque estaba cerca del río.

Los guardias de la cárcel, aunque estaban bien al tanto de todas las novedades, no se decidían a informar a Lucandro, porque no les parecía mal. Algunos tenían novias o amigos entre los nuevos agricultores y cuando hablaban con ellos se daban cuenta de que estaban defendiendo una causa justa. De hecho, los maleantes y vagos que ahora soltaban no volvían a ingresar en prisión, porque enseguida encontraban trabajo; los que no en el campo, como albañiles de las nuevas edificaciones, o como tenderos.

También conocían los guardias a Amir y habían tomado copas juntos en la taberna. Era él quien los había convencido, más que ningún otro, de que no se trataba de un robo, sino de un acto de justicia.

—¿Lucandro vive peor que antes? —les preguntaba—. No. Vive igual. Y ni se entera. ¿Pues entonces?

Pero cierto día, uno de aquellos guardias tuvo una riña con la hija del molinero, que era su novia. Y al día siguiente se enteró de que ella le había dejado porque estaba enamorada del chico aquel morenito que echaba discursos. Al guardia le dio un ataque tan furibundo de celos que, sin consultarlo con ninguno de sus compañeros, se presentó a visitar a Lucandro y se lo contó todo.

Lucandro, aunque el problema lo veía confuso, sobre todo porque se acaba de despertar de la siesta, se puso a vociferar y mandó que

detuvieran a aquel insolente que se atrevía a desobedecer su autoridad. Así fue como metieron preso a Amir una tarde de otoño.

Siete

Pocos días después, llegó una mendiga junto a la verja de la Muralla Erizada. Acercó la cara a los barrotes y se encontró con otros ojos que la miraban desde dentro. Era Al-talé que, después de comer, solía bajar a escudriñar el camino. Los ojos de la mujer brillaban mucho, pero como estaba tan cerca de los hierros, no se podía distinguir si era vieja o joven.

—¿Eres tú la hija de Serena? —le preguntó a Altalé.

—Sí, soy yo —contestó ella—. Pero tú, ¿quién eres? ¿Conoces a mi madre?

—Soy una mendiga —dijo ella, sin contestar la segunda pregunta—. ¿Por qué no me dejas pasar a verte?

—Espera un momento —contestó Altalé decidida.

Subió corriendo las escaleras y llegó al primer rellano. Allí, debajo de una piedra que se movía, le había visto a Tituc un día esconder la llave de la verja. Pero no la encontró. Cuando volvió a bajar corriendo y con el corazón alborotado, la mujer ya no estaba. Altalé empezó a llamarla por el nombre de su madre, por si acaso era ella, y no la contestaba sino el ruido del viento. Se estaba haciendo daño de tanto apretar la cara contra la verja. De repente vio brillar algo en el suelo, al bajar los ojos. La mendiga había deslizado por entre los barrotes un alfiletero delgado de marfil. Altalé lo abrió y, en vez de agujas, encontró dentro de él un papelito enrollado. Se sentó en el primer escalón para desplegarlo. Era de seda rosa y tenía dibujada

arriba con todo primor y detalle una cajita china. Debajo leyó: «Ha llegado la hora de que estés bien atenta a tus sueños. Y de que los entiendas tú sola».

Algunas veces Altalé le contaba sus sueños a Cambof para que la ayudara a descifrarlos, porque soñaba cosas muy raras. Y Cambof le decía que era complicado y que le dejara un día para estudiarlo. Luego le entregaba la explicación apuntada en un papel. Pero era como echar un misterio sobre otro, porque venía escrita con aquella caligrafía incomprensible, la misma que había usado para explicar los jeroglíficos de la escalera. Y se negaba a hacer más declaraciones.

Aquella noche Altalé se acostó muy temprano, puso el papelito rosa debajo de la almohada y soñó que Serena era una de las estatuas del jardín. Le hablaba y le decía que se pusiera a excavar al pie del tilo que había detrás de su pedestal, pero que se fijara bien en cuál para no confundirse con el de otra estatua.

A la mañana siguiente, casi con el alba, Altalé salió al jardín. Estaba segura de que la estatua que le había hablado era la segunda empezando por el lado de allá. La miró. Representaba una reina con la mano derecha levantada. Detrás estaba el tilo. Llamó a Tituc, le pidió que se pusiera a cavar allí y ella se sentó a su lado muy atenta. Las paletadas de tierra que Tituc sacaba iban formando un montoncito junto a las rodillas de Altalé. Cuando el montón ya había sobrepasado la altura del pedestal y Altalé empezaba a perder las esperanzas de encontrar nada, vio brillar de repente entre la tierra oscura una llave de oro. Se la metió por el escote y Tituc, que estaba de espaldas, no la vio cogerla.

—Déjalo, Tituc —le dijo—, y perdona la molestia. Ya veo que no aparece nada.

Esperó a la tarde y subió sigilosamente a las habitaciones de Serena, después de haberse cerciorado de que su padre se había quedado dormido en una butaca del comedor. Avanzaba a oscuras por el pasillo con un poco de miedo al acordarse de los ronquidos de

Lucandro, tan parecidos a los de un animal, y de la piel brillante y rojiza que le había visto a través de la camisa abierta. Apretaba la llave de oro dentro del puño cerrado, como si fuera un talismán. Se detuvo delante de una de las puertas prohibidas, metió la llave en la cerradura y empujó.

—Estaba segura, estaba segura —exclamó, al ver que la puerta cedía sin dificultad—. Gracias, madre.

Y entonces, cuando aún no había pasado del umbral y estaba mirando la gran cama llena de polvo donde ella había nacido, sonó en sus oídos una música muy rara que había olvidado completamente. Era la de una canción que le oyó cantar al maestro de música la tarde en que Serena y él se habían conocido. Nunca se había vuelto a acordar de aquella canción ni de aquella tarde, pero ahora las revivía con extraña fuerza.

Y avanzó como en sueños, hacia el balcón, cantando la canción del prisionero.

Enfrente, a la derecha de la Ladera de los Lobos, se alzaba el edificio de la cárcel. Nunca lo había visto tan bien ni tan cerca como desde aquel cuarto. Abrió el balcón, sin dejar de cantar ni de mirar aquella fachada fea y gris, llena de ventanucos con rejas. Mientras cantaba, pensaba en Amir, y así llegó a la estrofa final, sorprendida de lo bien que recordaba todas las palabras de la canción, a pesar de no haberla vuelto a oír nunca. El prisionero se había escapado de la cárcel y subía por la cuesta arriba llevando a su amada de la mano.

*Dime, si tú lo sabes,
¿por dónde, amor, se va
hacia la libertad?*

le preguntaba ella.

Y, de pronto, vio claramente Altalé, aunque solo por instantes, una mano que aparecía entre las rejas de una de aquellas ventanas de

enfrente y se quedaba señalando hacia el sitio por donde estaba a punto de ponerse el sol. Inmediatamente se volvió a meter.

Una sonrisa de felicidad se dibujó en los labios de Al-talé. Se quedó todavía un rato mirando hacia el punto del cielo a donde la mano había señalado y tarareando la música de la canción. Luego cerró el balcón muy consolada. Había entendido lo principal: que aquella mano era de Amir y que él sabía por dónde había que ir a buscar a Serena. Porque para Altalé, ir hacia la libertad era salir a buscar a su madre. Y Amir la iba a ayudar a encontrarla. Pensaba esto mientras registraba los cajones vacíos del mueblecito tocador, entre los cuales encontró uno cerrado con llave.

Pero alzó los ojos y vio sobre un estante una cajita china exactamente igual a la que venía dibujada en el mensaje de la mendiga. «¡Qué bien se entiende todo!», murmuró sonriendo divertida. Dentro de ella estaba la llave del cajón. Altalé lo abrió y encontró un cuaderno con tapas de terciopelo. En la primera hoja estaba escrito: «Sueños y visiones de Serena», con una letra igual a la del mensaje.

Cogió el cuaderno y salió de la habitación, por miedo a que se despertara su padre. Ya se había puesto el sol. Le parecía más que suficiente por aquella tarde.

—¡Por Amir! —dijo mirando hacia el balcón, antes de cerrar la puerta.

Y nunca se había sentido tan alegre.

Empezaron los días fríos y Altalé subió algunas tardes más al cuarto de costura, pero la mano aquella no volvió a aparecer por entre las rejas de la cárcel. ¿Habían soltado a Amir? Se lo preguntó a Luva y ella no sabía nada.

Después de leer con mucha atención el cuaderno de terciopelo verde, a Altalé le entraron muchas dudas. No sabía si consultar o no con Cambof las frases que no entendía, que eran muchas. Él había conocido mejor a su madre y tal vez tuviera pistas. Pero no se decidía. Habría tenido que contarle lo que le estaba pasando desde

que vino la mendiga y su madre le había mandado que descifrara las cosas ella sola. Hacía mucho que no pasaba a visitar a Cambof. Y le echaba de menos.

—¿Qué haré? —le preguntaba al pájaro de fuego que tenía enjaulado en su cuarto—. Si voy a ver a Cambof, me notará en la cara que me pasa algo y se lo tendré que decir. Y si no voy, creerá que ya no le quiero. Pobre Cambof.

Y el pájaro de fuego la miraba a través de los barrotes de su jaula con aquellos ojos inteligentes que parecían entender como los de una persona amiga.

A medida que se acercaba la fecha de su cumpleaños, Altalé se ponía cada vez más nerviosa. Por una parte, tenía miedo de que Cambof se fuera a morir. Pero, por otra, sentía que se acercaba el tiempo de encontrar a su madre. Las últimas palabras escritas en el cuaderno, con letra apresurada, eran: «Cuando cumplas quince años, niña mía, nos volveremos a ver. No me olvides nunca. Adiós».

El día del cumpleaños de Altalé amaneció nevando. Ella se despertó muy tarde porque se había dormido hacia el amanecer y enseguida percibió ese silencio raro que deja la nieve. De lo primero que se acordó es de que tenía que soltar los pájaros de su cuarto. Había tenido un sueño en que su madre le mandaba hacerlo. «Será la última prueba», le decía.

Se levantó, y estaba disponiéndose a abrir las jaulas, cuando llamaron con los nudillos a la puerta. Era Cambof Petapel. Casi nunca venía a visitarla y se quedó muy sorprendida. Traía un catalejo en la mano. Y en el rostro, una expresión triste.

—Felicidades y salud, Altalé —le dijo—. Te he traído este regalo. Como ya nunca me pasas a ver...

Altalé le abrazó con un nudo en la garganta. El catalejo era dorado y tenía una inscripción que decía: «Paso corto y mirada larga».

—Gracias, Cambof. Es precioso. Luego iré a verte. Te lo prometo. Me pasaré la tarde contigo y te contaré muchas cosas.

Pero se lo decía con prisa y con ganas de que se fuera, para poder cumplir el recado de su madre.

Cambof no dijo nada. Le dio un beso y luego, ya desde la puerta, cuando se iba, miró hacia ella sonriendo y agitó la mano con un gesto solemne de adiós. Lo último que vio Altalé fueron los reflejos de un anillo con piedra azul que llevaba siempre en el dedo índice. Cerró los ojos porque eran tan fuertes que la deslumbraban. Cuando los abrió, Cambof se había ido.

Altalé abrió todas las jaulas menos una y los pájaros salieron volando desde la ventana al jardín nevado. La jaula que había dejado cerrada era la del pájaro de fuego. La cogió y subió a las habitaciones de Serena con ella en una mano y el catalejo de Cambof en la otra.

Desde el balcón del cuarto de costura, la fachada gris de la cárcel se veía confusa entre la ventisca de nieve. Altalé abrió el balcón y entró un aire helado. Luego apoyó la jaula sobre la barandilla y la abrió también. El pájaro de fuego se quedó inmóvil asomado a la puertecita de la jaula, con los ojos fijos en los de Altalé, como si no quisiera salir.

—Adiós, amigo mío. No hay más remedio. Es la última prueba —le dijo ella.

Y le dio un beso en el pico.

El pájaro de fuego saltó a posarse sobre el catalejo y desde allí levantó el vuelo hacia la cárcel.

Altalé tomó el catalejo y lo enfocó en aquella dirección. El pájaro iba abriendo a su paso un camino de luz por entre los copos de nieve. Voló derecho hasta la ventana de Amir. Por el redondelito del catalejo se veía muy bien. El reborde exterior estaba lleno de nieve, pero se fundió cuando el pájaro se posó allí, y toda la escena se veía rodeada de resplandor de oro. En ese momento salió por entre las rejas una mano con una carta azul que el pájaro se apresuró a coger con el pico. Altalé, a través del catalejo, distinguió un anillo centelleante en el dedo índice de esa mano. Tuvo que cerrar los

ojos porque la cegaban aquellos reflejos azules, tan parecidos a los del anillo de Cambof.

Cuando volvió a abrir los ojos, la mano se había metido y el pájaro había arrancado a volar nuevamente hacia ella con el papel en el pico. Altalé dejó el catalejo en el suelo y esperó con ansia su llegada. La ventisca le agitaba los cabellos, pero estaba tan emocionada que no sentía frío. El pájaro de fuego llegó, se posó en el balcón y alargó el cuello, ofreciéndole el mensaje que traía. Ella lo cogió y lo apretó contra su pecho, tan abstraída, que no se dio cuenta de que el pájaro de fuego había alzado el vuelo hasta que ya era solo un puntito de oro muy lejano en el horizonte. Le dijo adiós con la mano y le entraron ganas de llorar. Pero la consolaba tener consigo aquel mensaje. Cerró el balcón, se sentó en la cama y lo desplegó. Era muy breve.

«Antes de llorar —decía—, baja a la Muralla Erizada. Nada es lo que parece».

Se quedó suspensa. Tal vez tenía que bajar a la Muralla Erizada ahora mismo. Se dirigió a su cuarto y se puso un abrigo y un gorro de piel. Luego, sin saber por qué, cogió también un bolso y metió en él algunos objetos queridos, entre ellos el cuaderno de Serena. Pero, antes de salir del castillo, se acordó de la promesa que le había hecho a Cambof de pasar a verle. Y dirigió los pasos hacia su torreón.

Cambof estaba sentado muy quieto en una butaca amarilla. Tenía los ojos cerrados y parecía más pequeño que nunca. Altalé se arrodilló a su lado y hundió la cara en los pliegues de su túnica.

—Creo que te lo tengo que decir, Cambof —empezó—. Me parece que quiero irme, que debo salir en busca de mi madre. Ha llegado el momento, ya he cumplido quince años y ella dejó escrito que a partir de ahora es cuando nos volveríamos a ver. ¿A ti qué te parece...? Es que te tengo que contar muchas cosas, vino una mendiga, ¿sabes...?, y luego... ¿Pero qué te pasa, Cambof? ¿Por qué no me contestas? ¡Tienes las manos heladas!

Empezó a llamarlo y a sacudirlo. Pero era inútil. Cambof estaba muerto. Y Altalé comprendió de repente que era la persona de este mundo a quien más había amado. No quería llorar. Antes de llorar tenía que bajar a la Muralla Erizada. Era la última prueba. Se inclinó a besar las manos frías de Cambof. No llevaba sortija alguna en el índice de la mano derecha. Le miró y, aunque tenía los ojos cerrados, le pareció descubrir en sus labios una mueca de risa. También ella sonrió.

—¡Qué bien finges! —le dijo—. Nada es lo que parece. Adiós, dulce Cambof.

Bajó corriendo las escaleras nevadas. Donde ponía el pie, la nieve se derretía y surgía un redondelito de luz. Iba pensando que todo saldría bien, aunque no sabía qué era lo que tenía que salir bien.

Cuando llegó abajo, se detuvo y pensó: «Pero estoy loca. ¿Adónde voy si no tengo la llave de la verja?». Y en ese mismo momento oyó con toda claridad la voz de Cambof que le decía:

—Vamos, date prisa. Te estamos esperando.

Levantó los ojos, porque le parecía que la voz venía de lo alto, y vio a un hombre sentado a caballo en la Muralla Erizada. Tenía los ojos negros y risueños y parecía muy joven. Pero, a pesar de lo raro que era verlo allí encima tan tranquilo, como si los pinchos que remataban la muralla fueran almohadones rellenos de plumas, a Altalé lo que más le extrañó de todo fue no ver a Cambof por ningún lado.

—Oye, tú, quien seas, ¿has visto a Cambof? —le preguntó al joven—. Acaba de hablarme. Tiene que estar por ahí. Es un hombre pequeñito de pelo negro y túnica de colores. ¿Lo has visto?

—Yo no —dijo el chico—. Pero date prisa, anda. ¡Qué importa eso ahora!

—¡Cambof! —exclamó Altalé, cayendo de rodillas en la nieve—. ¡Eres tú! ¡Te conozco la voz! ¿No te haces daño ahí subido?

—No —dijo el chico—, pero ¿por qué no me llamas Amir? Recuerda que nada es lo que parece. Vamos, sube.

Le tendió una cuerda y Altalé vio que era capaz de trepar por ella con toda agilidad. Una vez arriba, se veía al otro lado una escalera apoyada en la muralla.

—Agárrate fuerte a mí —dijo Amir.

Rodeó con su brazo la cintura de Altalé y ella vio brillar en su dedo índice el anillo resplandeciente de Cambof.

—No sabía que eras tan hermosa —le dijo Amir al oído, cuando bajaba con ella en brazos por la escalera de cuerda—. Te amaba sin haberte visto. He tenido suerte.

Una vez llegados al camino, se cogieron de la mano y echaron a andar. A medida que avanzaban, iban abriendo una senda de luz entre la nieve, como el pájaro de fuego. Altalé tenía las mejillas rojas de felicidad y de frío. Se puso a cantar:

*Dime, si tú lo sabes,
¿por dónde, amor, se va
hacia la libertad?*

Dieron la vuelta al castillo, se perdieron a lo lejos y Amir iba señalando hacia la cumbre de la Ladera de los Lobos con el brazo libre extendido.

Aquella misma noche, se abrió la ventana del dormitorio de Lucandro y un bulto encorvado se inclinó hacia el vacío, emitió un gruñido feroz, que fue coreado por las brundas, y se precipitó en la oscuridad surcada por rachas de nieve. Se oyó el ruido de un cuerpo que caía al foso.

A la mañana siguiente, Tituc y Luva descubrieron con gran sorpresa que tanto Cambof, como Altalé, como Lucandro habían desaparecido. Pero lo que más les horrorizó fue contar las brundas del foso y comprobar que en vez de doce eran trece.

El pastel del diablo

*Para Miguelito Aguilar, por todos los cuentos
que nunca tengo tiempo de contarle.*

*El pájaro bate sus alas
y lanza su grito
cuando los pasos del caminante perdido
le dan la espalda y se alejan
para perderse en otro sueño.*

MIGUEL SÁNCHEZ OSTIZ,
Travesía de la noche

Uno

No había en toda la aldea de Trimonte ni en las de los contornos una niña tan rara como la de Zenón el alfarero. Había venido al mundo cuando sus padres, ya algo entrados en edad, estaban hartos de visitar a curanderos, de hacer rogativas y de llevarles exvotos de cera a san Onofre y a la Virgen del Cucurucho para que les concedieran el consuelo de no morir sin tener descendencia; así que aquel nacimiento constituyó para ellos un suceso tan jubiloso e inesperado que se empeñaron en bautizar a la niña con el nombre de Sorpresa, aunque la gente de la aldea se escandalizara un poco porque era un nombre que no venía en el santoral. Pero el padre dijo que su hija iba a ser distinta a todas y que por eso también tenía que llevar un nombre distinto.

El cura, que ya era viejecito y no tenía cabeza para acordarse bien de las cosas ni para decidir nada, fue a consultar aquel caso con el señor de la Casa Grande, que había viajado mucho por el mundo y tenía cientos de libros. Y este señor dijo que, aunque no conocía esa advocación de Nuestra Señora de la Sorpresa, seguro que en algún rincón de la tierra la tenía que haber, y que si no ya era hora de inventarla, porque es de sobra sabido que la Virgen María siempre ha tenido la costumbre de aparecerse por sorpresa a la gente que la invoca en situación de peligro o conflicto. Y que, además, todo lo que fuera inventar algo nuevo le parecía que era glorificar al Supremo Hacedor y darle gusto, ya que con tantas cosas como había inventado Él, era de suponer que estuviera aburrido de recibir siempre por parte de los hombres los mismos homenajes rutinarios y ninguna sorpresa.

Así que los nuevos padres se salieron con la suya y a la niña se le impuso como nombre de pila María de la Sorpresa.

Otra cosa que dio bastante que hablar fue la fiesta que Zenón organizó para conmemorar aquel bautizo, con un lujo y un derroche más propios de gente principal que de un humilde artesano. Se celebró en un claro del frondoso bosque de Los Gozos, que

separaba Trimonte de otro pueblo mayor, Sietecuervos, donde estaban la iglesia, la farmacia y la escuela. Se invitó a todos los vecinos de ambos lugares, y hubo banda de música, farolillos, cohetes, puestos de chucherías y confites y sobre todo merienda y bebida sin tasa. El alfarero, que era muy mañoso para toda clase de oficios, se había pasado varios meses construyendo para su hija una cuna de madera de cerezo en forma de balancín, rematada en sus cuatro esquinas por angelitos tocando la trompeta, tan bien torneados que causaban maravilla. La cuna la colocaron en el centro del prado donde se celebraba la fiesta, sobre una pequeña tarima alfombrada de flores de los más diversos colores, perfumes y tamaños, porque después de las lluvias de marzo había estallado una primavera esplendorosa. Los que se acercaban allí, como si lo hicieran a una especie de altar, no sabían qué admirar más, si la confianza con que los pájaros y mariposas venían a posarse en los barrotes de la cuna, la delicada labor de ebanistería de esta o la mirada curiosa y espabilada de la recién nacida, a quien tan bien cuadraba el nombre con que la acababan de bautizar. Ni lloraba ni reía, pero levantaba un poquito la cabeza de la almohada y sus ojos, que parecían querer abarcarlo todo sin perder detalle, se clavaban en los de quienes se inclinaban a mirarla, y en los pájaros y en las mariposas, como si fuera a romper a hablar o a preguntar algo. Eran unos ojos rasgados en forma de almendra con la pupila de color de fuego.

—Trae en el alma el viento de la inquietud y en el corazón el fuego de la pregunta. Hará preguntas que no le sabrá contestar nadie y deseará siempre todo aquello que no pueda tener —sentenció entre dientes, nada más mirarla, una vieja curandera que tocaba el tambor en los entierros y tenía fama de adivina.

Y después se retiró a la espesura con unas rosquillas y una bota grande de vino, y nadie la volvió a ver.

Pero la madre de Sorpresa, que había oído aquella predicción, porque estaba junto a la cuna, se quedó tan triste e intranquila que

por la noche no se podía dormir. Hasta que finalmente se echó a llorar. Su marido, que también estaba despierto, le preguntó qué le pasaba y ella no tuvo más remedio que contárselo. Zenón trató de consolarla; le dijo que Balbina, la vieja curandera, tenía un poco perdido el seso, ya se sabía, y que, cuando se emborrachaba, cosa que ocurría con frecuencia, decía disparates sin pies ni cabeza; pero que, de todas maneras, él iría a verla al día siguiente para que le explicara qué significaba aquello que había dicho, si es que se acordaba de haberlo dicho. Y con estos consuelos del marido, Remigia (que así se llamaba la madre de Sorpresa) se durmió. Pero él, en cambio, ya no podía conciliar el sueño, que es lo que nos pasa muchas veces cuando ahuyentamos la preocupación de otro, pagando el precio de que nos la contagie. Así que Zenón ya no podía quitarse de la cabeza las palabras de la vieja Balbina y estaba deseando que se hiciera de día para ir a buscar. Además, una vez disipados los vapores del vino, de la música y de las enhorabuenas, que le habían hecho estar viviendo toda la tarde como dentro de un sueño, empezaba a pensar si no tendrían razón algunos amigos que le habían reprochado la locura de gastarse en aquella fiesta casi por completo sus ahorros de muchos años. Habría querido ser un rey para poderle dar a Sorpresa todo cuanto se le antojara en la vida, pero al considerar lo miserable de su condición, las lágrimas se le venían a los ojos. Era como despertar de un sueño maravilloso, pero imposible.

Hacia la madrugada, cuando Remigia ya llevaba un rato dormida, su marido se levantó de puntillas, encendió una vela y se acercó furtivamente a la cuna, que destacaba como una joya preciosa en medio de la pobreza de aquel decorado. La niña seguía despierta en la oscuridad y no emitía ningún ruido.

—¿Qué quieres, hija? —le preguntó Zenón en un susurro—. ¿Te pasa algo, mi corazón? ¡Díselo a tu padre! ¿Por qué no te duermes, ni lloras ni sonrías? ¿En qué estás pensando tú, niña mía?

Sorpresa seguía atenta el oscilar de la vela. El brillo de aquella llama empalidecía en contraste con el de sus ojos, mucho más refulgentes. Luego miró a su padre con una expresión tan seria y penetrante que él bajó la cabeza suspirando, apagó la vela y se volvió a acostar.

En cuanto se hizo de día salió en busca de Balbina. Pero en el pueblo le dijeron que un leñador acababa de encontrársela muerta junto a un arroyo del bosque, con la bota de vino vacía apretada contra el pecho. Fue el primer entierro, después de muchos años, en el que nadie tocó el tambor.

Dos

Sorpresa, según las predicciones de la vieja curandera, creció impaciente y descontentadiza. Preguntaba que por qué había que rezar, que por qué había que coser y echarle pienso a la vaca, que por qué había que saber la hora que era, que por qué había que vivir siempre en aquel sitio, que por qué no pasaba el tren por allí, que por qué no podía ella ver el mar y otros ríos y ciudades grandes de las que el maestro de Sietecuervos les señalaba repartidas por la bola azulada del mundo. Y se extrañaba de que los otros niños de la escuela no se hicieran preguntas por el estilo y la miraran con recelo cuando ella se desesperaba porque nadie contestaba a las suyas.

Era además muy arisca a las caricias de sus padres y reacia a obedecer. Este último defecto se le fue agravando a medida que crecía. Siempre que la mandaban con el cántaro a la fuente, o a cualquier otro recado, no volvía hasta que habían pasado muchas horas, sin que nadie lograra sacarle palabra después de dónde

había estado ni de lo que había hecho. Se le iba muchas veces el santo al cielo escuchando los cuentos que contaban los viejos al atardecer a la puerta de la taberna o sentados en corrillo en torno a la fuente. Hablaban de guerras antiguas, de viajes que habían hecho ellos cuando jóvenes o de gentes que no estaban ya en el pueblo. Hablaban también del señor de la Casa Grande, pero con misterio y diciendo cosas que no se entendían bien.

Los padres de Sorpresa discutían mucho por causa de su hija y ya no sonreían ni se llevaban tan bien como antes de nacer ella. Zenón era muy condescendiente con la rebeldía de la niña y se sentía incapaz de reprenderla. Pero su mujer, aconsejada por las vecinas, le imponía deberes y castigos que nunca, sin embargo, le servían de escarmiento. Le echaba la culpa al marido y se enzarzaban en peleas que les iban amargando el carácter.

Sorpresa estuvo yendo a la escuela de Sietecuervos hasta los diez años, pero cuando cumplió esa edad, el maestro vino una tarde a ver a Zenón y le pidió que no volviera a mandar a su hija por allí. Lo decía como aturdido, como si le costara violencia explicar los motivos de aquella decisión. Presionado al fin por las preguntas del alfarero, y compadecido del vivo dolor que se reflejaba en su rostro, acabó confesando que no lo decía porque Sorpresa fuera negada para los estudios, sino por todo lo contrario. Zenón no lo entendía y el maestro se rascó la cabeza debajo de la boina. Pues sí señor, era tan lista que ya le daba miedo. Iba siempre más allá que él, su curiosidad no tenía fronteras y le avergonzaba delante de los otros chicos, haciéndole unas preguntas tan especiales que no sabía cómo contestarlas. Había días en que casi no hablaba en clase más que ella, y al propio maestro, que no sabía cómo impedirlo, lo dejaba suspenso y maravillado. Pero también se daba cuenta de que si seguía consintiendo aquello, acabaría por perder su autoridad frente a los otros alumnos de la clase, que ya se reían de él. Y al hacer esta declaración, el maestro miraba para el suelo con una

expresión de impotencia. Luego, después de una pausa, levantó la cabeza y dijo suspirando:

—Yo también era así de pequeño, lo recuerdo bien. Me parecía que todo iba a ser mío, que me iba a comer el mundo. Y aquí me tienes, Zenón, hecho un desgraciado.

El alfarero, que estaba obsesionado con el caso de su hija, y no era capaz de interesarse por otro ninguno, no percibió la amargura de aquella frase y se limitó a preguntar con alarma si con aquello el maestro había querido decir que Sorpresa de mayor iba a ser desgraciada.

—Eso no lo puedo saber yo —dijo el maestro—. Desde luego, talento tiene mucho, y creo que podría dedicarse a los estudios. Pero necesita libros, muchos más libros de los que puedo darle yo. Y también otros profesores. Este sitio le viene pequeño, Zenón, por mucho que nos moleste tener que reconocerlo.

Cuando el maestro se marchó, Zenón se quedó inmóvil en su pequeño taller, mirando por la ventana cómo iba cayendo la tarde. Se la pasó entera dándole vueltas a aquellas palabras y era como dar vueltas por un laberinto sin salida.

Con los años se le había agarrado un mal reuma a la columna vertebral y, como cada vez se veía más torpe para el trabajo, se refugiaba en la bebida. Remigia le ayudaba en la economía casera, cortando sayas y pantalones y trabajando a veces como asistente para el señor de la Casa Grande, cuando recibía huéspedes o daba algún convite para la gente principal que venía de lejos a visitarle. Porque, aunque tenía un criado, un chófer y un jardinero, no siempre le bastaba con aquel servicio. Tenía fama de pagar con esplendidez, pero Remigia nunca daba cuentas de aquel dinero que recibía del señor de la Casa Grande. Su marido sospechaba que estaba haciendo ahorros a espaldas suyas para hacerle poco a poco un buen ajuar a Sorpresa, porque en aquella aldea las chicas se casaban muy jóvenes, casi niñas. Y la mujer del alfarero, influida por las críticas de sus vecinas, estaba convencida de que, a base de

mano dura, su hija llegaría a ser como las demás, a conformarse con su destino y a casarse pronto con un hombre honrado y trabajador que le quitara de la cabeza todos los pájaros que se le habían metido en ella. Lo cierto es que en casa del alfarero se pasaban muchas estrecheces. Y lo peor era que ya no se hacía frente a la pobreza con resignación y serenidad, como antes de venir al mundo la niña.

Cuando empezó a oscurecer, el alfarero recogió los bártulos de su pequeño taller y subió a la casa por una escalerita de caracol. Había llegado a la conclusión de que darle estudios a Sorpresa era punto menos que imposible. Entró con la cabeza gacha en la cocina, donde su mujer estaba preparando unas sopas de ajo para la cena. Se sirvió un vaso de vino.

—Remigia —dijo—, quiero hablar contigo.

Ella levantó hacia el marido unos ojos cansados y hostiles. Luego se acercó a la mesa donde él se acodaba pensativo y se quedó de pie, esperando sus palabras.

—Suelta lo que sea —dijo impaciente—. Supongo que se tratará de Sorpresa, ¿no?, como siempre.

—Sí, de ella se trata.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Remigia sobresaltada.

—Nada, mujer, no ha hecho nada —contestó su marido, conciliador—. Pero es que creo que no la entendemos, de verdad. El maestro dice que en la escuela ya ha aprendido todo lo que él le puede enseñar.

—Pues que no vuelva y en paz. No sabes lo que me alegro. Con el pretexto de los dos kilómetros de ida y los dos de vuelta que se hace todos los días hasta Sietecuervos, se acostumbra a andar por ahí como una cabra loca y luego no hay quien la retenga en casa. Ahora mismo fíjate la hora que es y sin volver todavía. Y la culpa la tienes tú que nunca le dices nada.

—Pero, Remigia, por Dios —interrumpió el alfarero—, si es que no escuchas. Lo que me ha dicho el maestro es que sabe ya tanto que

necesita muchos más libros de los que él le puede dar.

—¡Vaya noticia! —estalló ella—. ¿Y qué quiere decir con eso? ¡No pretenderá que se los demos nosotros!

—No, claro...

—¿Pues entonces?

El alfarero apuró su segundo vaso de vino y procuró dar a sus palabras un tono enérgico.

—Verás, mujer. Se trata de una cosa muy importante, aunque también difícil. Me he pasado la tarde dándole vueltas al asunto y se me ha ocurrido que por qué no hablas tú con el señor de la Casa Grande. No le veo otra solución.

Remigia, que había vuelto junto al fogón, y estaba revolviendo la sopa con una cuchara de palo, giró en redondo con el rostro incendiado, como si acabara de picarle un enjambre de avispas.

—¡Bonita solución! —vociferó indignada—. Eso ni hablar, ¿lo oyes? ¡Ni hablar! Ya te he dicho muchas veces que Sorpresa, mientras yo viva, no pondrá los pies por allí. ¡Pues solo le faltaba eso!

No era aquella la primera vez que salía a relucir en las conversaciones entre el matrimonio el señor de la Casa Grande, y Remigia siempre estaba atenta a que la niña no anduviera por allí cuando lo nombraban. Pero Sorpresa, como les pasa a todos los niños cuando sus padres se ponen a hablar de algo que no quieren que ellos oigan, andaba continuamente con el oído alerta, por si podía recoger alguna noticia de aquella casa, tan próxima y al mismo tiempo tan lejana. Era un edificio de piedra rosa con cinco chimeneas, que se alzaba a la salida de Trimonte, junto a la falda de la montaña, escondido en la espesura de un enorme jardín. Estaba rodeado de una tapia muy alta, por entre cuyas ranuras crecían las malas hierbas y corrían las lagartijas, y desde cualquier punto elevado de la aldea podía divisarse la fachada de balcones abombados y el sombrío jardín que había que atravesar para llegar a la escalinata que daba acceso a ella. Pero Sorpresa no había

cruzado nunca los umbrales de aquella casa ni conocía a ningún niño que lo hubiera hecho. Le había pedido muchas veces a su madre que la llevara con ella para ayudarla en la cocina cuando el señor de la Casa Grande tuviera invitados, pero, a pesar de su insistencia, siempre había recibido una negativa rotunda, y si preguntaba por qué, Remigia le contestaba: «Porque no», que era una de las respuestas que a ella más le envenenaban la sangre, hasta el punto de hacerla rabiar y patalear.

Aquella tarde había andado de paseo por el monte inventando un cuento para contárselo al día siguiente al Pizco, el chico del herrero, que siempre le pedía cuentos; y al volver oyó desde la huerta que sus padres estaban discutiendo y que salía a relucir el nombre de la Casa Grande, como si saliera por la ventana abierta de la cocina un cometa desconocido a pasearse por entre las frondas con su larga cola de luz. Se subió a un árbol que había cerca de la casa para verlos y oír mejor lo que decían, y se quedó allí acurrucada, conteniendo la respiración. El corazón le latía muy fuerte, a compás con el canto de los grillos. Su madre estaba diciendo muy acalorada que el señor de la Casa Grande llevaba mala vida. Inmediatamente tuvo ganas de preguntar que en qué consistía llevar mala vida, pero se contuvo. Lo primero para que no la descubrieran fisgando desde allí, y luego porque se había ido acostumbrando a entender, aunque dentro de sí nunca lo aceptara, que hay cosas que a un niño de nada le sirve preguntar porque no van a hacerle caso, o todo lo más van a contestarle con una tontería. Imaginaba que llevar mala vida significaría, por lo menos, llevar una vida distinta de la que llevaban los demás, cosa que le parecía natural, porque aquella casa también era distinta de las demás. Se acentuó su curiosidad y también la llamita de sus ojos, que se pusieron a arder en la oscuridad como gusanos de luz.

—Si llevara mala vida —estaba diciendo Zenón en aquel momento—, no le visitaría el señor cura.

—Bueno —replicó su mujer—, ya sabemos que el pobre don Amancio no tiene cuatro gramos de sal en la mollera, y, además, como el otro le da buenas limosnas para la iglesia...

—Por algo se las dará.

La madre de Sorpresa se echó a reír con una risa que a la niña no le gustaba, porque no daba a entender que estuviera alegre, sino dispuesta a enfadarse más.

—Claro —dijo—, para ver si se pone a bien con la corte celestial, que buena falta le hace. A la vejez viruelas. El diablo, harto de carne, se metió a fraile.

¿Quién tenía viruelas? ¿Quién se había metido a fraile? Sorpresa no podía aguantar aquellos refranes tan tontos que solían soltar sin venir a cuento su madre y otras mujeres de la aldea. No había manera de entenderlos ni guardaban relación con lo que se estaba deseando saber. Lo que ella quería es que alguien le contara cómo era por dentro la Casa Grande, y qué hacía su dueño metido en ella todo el año, teniendo dinero para viajar como los amigos que venían a verle; quería saber de qué hablaba con estos amigos, cómo eran las fiestas que preparaba para ellos, qué comían, cómo se vestían. Es lo único que le interesaba saber.

Zenón se había puesto de pie y estaba ayudando a su mujer a poner la mesa para la cena. A través de la ventana abierta, salía a la huerta en sombras el resplandor apagado de siempre, el olor a comida de siempre, el tictac del reloj de siempre, la silueta agrandada de los objetos y muebles de siempre, de sus padres de siempre. Ahora estaban de espaldas y se les oía peor, hablaban de si eran malos o buenos los libros que tenía el señor de la Casa Grande, no de las ilustraciones que los pudieran adornar o de los cuentos que en ellos se contaban. Y Sorpresa notó que le entraba sueño y que empezaba a no esperar nada nuevo. Cada vez se les oía con más dificultad, como si estuvieran muy lejos, y la niña, mirando sus perfiles grotescos, que cambiaban de forma sobre la blanca pared de la cocina, notó de repente un dulce abandono y

ganas de llorar. Era inútil pasarse el día con el oído tenso a la caza de historias inesperadas. Se daba cuenta de que las personas que conocía nunca, ni siquiera hablando de la Casa Grande, iban a decir más que lo de siempre, que no iban a darle jamás de los jamases ninguna sorpresa. Había encontrado una postura bastante cómoda entre dos ramas del árbol. Apartó la vista del rectángulo iluminado de la cocina y se reclinó un poco para mirar las estrellas, que empezaban a parpadear sobre el fondo aún pálido del cielo. Se encontraba bien. Cerró los ojos para no llorar y se quedó un buen rato muy quieta y recogida, escuchando el canto de los grillos, el croar de las ranas, el ladrido de un perro, voces agudas de mujeres que llamaban a sus hijos para que volvieran a cenar. Si abría los ojos, allí seguían las estrellas como una corona de joyas sobre su cabeza, una corona para ella sola, porque seguro que nadie la quería, que nadie se preguntaba por qué estaban allí las estrellas ni las miraba siquiera. ¿O tal vez las estaría mirando también el señor de la Casa Grande? En ese caso eran amigos, lo podían ser. «Yo puedo inventarme un señor de la Casa Grande, y ellos no», se dijo de repente. Y sintió un gran consuelo.

El reloj de la cocina dio las diez y Sorpresa, como si despertara, se bajó del árbol sin hacer ruido y entró en la casa. Al oír sus pasos por la escalera, Remigia se llevó un dedo a los labios y le hizo a su marido señas con la mano para que se callara. Sorpresa entró a tiempo de notarlo, pero ya se le había apagado la curiosidad por saber lo que le ocultaban sus padres.

Cenaron en silencio, como tres extraños. Sorpresa estaba sentada frente a la ventana y miraba el árbol donde acababa de estar subida, como si mirara a un amigo que los demás no conocían. Los ojos le brillaban con un fulgor especial y su padre, cada vez que levantaba los suyos de la sopa para mirarla a hurtadillas, sentía un nudo que le oprimía la garganta. «¿Qué será de ella?», se preguntaba.

Aquella noche Sorpresa, antes de dormirse, sacó un cuaderno grande que se solía llevar al campo para pintar lo que veía, y se

entretuvo mucho rato dibujando una casa muy complicada llena de escaleras interiores, pasadizos en forma de espiral, estatuas, recintos con cortinas y unos muebles muy raros y picudos. Hasta que la terminó no supo que aquello era haber entrado en la Casa Grande. ¡Qué maravilla! Y la miraba con asombro e incredulidad, pero también con orgullo, porque nunca había hecho un dibujo que le quedara tan bien. Parecía una decoración de teatro. Y eso que Sorpresa no había estado nunca en el teatro.

Tres

Desde que dejó de ir a la escuela, a Sorpresa se le redobló su afición por inventar cuentos. Los pocos que había podido leer o le habían contado se los sabía ya tan de memoria que no le divertían. Pero había sacado una cosa en consecuencia: tanto en los cuentos que recordaban los viejos como en los que el maestro les daba a leer o les contaba, siempre había un momento en que alguien salía de viaje, y ese momento era como un imán que hacía girar a su alrededor los demás argumentos; a partir de entonces cambiaba todo. Los protagonistas del cuento se ponían en camino para salir en busca de algo que deseaban mucho o les deparaba el azar. Unas veces encontraban lo que iban buscando y otras no, daba igual. Lo importante era el viaje y las cosas nuevas que aprendían o veían al hacerlo. Yendo de acá para allá se transformaban en otros. Era como si viajaran precisamente para cambiar la vida que padecían al empezar el cuento. Y para poderlo contar.

—Si no pasa algo nuevo, no hay nada que contar. ¿Qué cuento vas a sacar de las cosas que te pasan todos los días? —le decía

Sorprende a Pizco, el chico del herrero, que siempre la escuchaba con los ojos muy abiertos.

Era un muchacho guapo y coloradote, de manos muy grandes y hábiles para toda clase de tareas, los pies ágiles y curtidos para subir descalzo a los riscos más escarpados, diestro en el juego de pelota, vivaracho para entender cualquier recado y cumplirlo con ligereza, despierto frente a los peligros, excelente cazador. A Sorpresa le halagaba que un chico bastante mayor que ella prefiriera su compañía a la de nadie, y era un alivio poder contar con él y saber que le guardaba siempre todos los secretos. Si no fuera por Pizco, no tendría a quien contarle cuentos. Pero la verdad es que no estaba segura de que entendiera bien lo que le decía, y a veces le parecía un poco tonto. Si le pedía, por ejemplo, que se escaparan juntos una noche a ver el mar, le ponía unos inconvenientes absurdos, como decir que el mar estaba a muchas leguas de allí y que no podrían estar de vuelta al día siguiente. Y eso qué más daba. Ya se vería. A quién se le ocurre pensar en volver cuando emprende una aventura. Era una respuesta que nunca habría dado nadie en un cuento.

—Pero es que yo creí que decías de verdad lo de irnos, no como si fuera un cuento —contestaba él desconcertado—. Contigo nunca se sabe. ¿Lo decías de mentira o de verdad?

—¡Ay, hijo, qué tonto eres! —se enfurruñaba ella—. Si no nos lo inventamos primero y no creemos que se puede hacer, nunca será verdad.

—Es que no se puede hacer.

—Claro, sobre todo si no se tienen ganas. A ti es que parece que no te importa quedarte en este sitio hasta que te entierren.

—A mí no.

—Pues me iré yo sola.

Pizco la miraba preocupado. ¿Por qué se querría ir? A él su pueblo le parecía precioso. Conocía el nombre de todas las plantas, de todos los bichos, de todos los árboles y los picos de la montaña,

de todos los vecinos. Y una vez que había ido con su padre para hacer un trabajo a la ciudad cercana, casi no contó nada de lo que había visto, aunque estuvieron fuera siete días. Vino diciendo que Trimonte era mucho más bonito, que estaba deseando volver.

—Pero estarías deseando volver para contar algo, ¿no? —le decía ella, impaciente—. Porque si no, ¿para qué te has ido?

Y acababan riendo, porque eran muy distintos. Pero Pizco, aunque no sabía contar cuentos, se había acostumbrado tanto a escuchar los de su amiga que, cuando se enfadaban, siempre era él el que la volvía a buscar para que hicieran las paces. Cuando tardaba en verla y en oírla era como si le faltara el aire.

La protagonista de los cuentos que inventaba Sorpresa era casi siempre una niña que se convertía en mujer de la noche a la mañana, arriesgándose a alguna aventura temeraria, recitando un conjuro o valiéndose de determinado talismán. Viajaba por tierra y por mar, sorteaba grandes peligros y llegaba a países inventados de nombres muy sonoros. Allí las gentes vestían de una manera especial y se pasaban la vida contando cuentos difíciles de entender, donde todo quería decir algo distinto de lo que parecía. Pero Sorpresa lo descifraba. Porque ella era aquella niña que quería crecer.

—Y para crecer, ¿sabes? —le decía a su amigo—, hay que entender las cosas difíciles.

A Pizco no le gustaban las cosas difíciles. Y, sin embargo, seguía pidiéndole que le contara aquellos cuentos tan raros. Algunas noches, recordándolos, tardaba en dormirse y se sentía muy intranquilo. ¿Se escaparía un día Sorpresa de verdad y le dejaría solo para ir al encuentro de aquella gente distinta? Claro que no podía, porque era muy pequeña. Pero ¿y si crecía de pronto, de tanto entender las cosas difíciles? Y cuando imaginaba esto, le entraba miedo y no se podía dormir. Sin Sorpresa, Trimonte dejaría de ser lo que era, se le irían los colores y la luz, se desmoronarían las casas, se secarían los árboles. No podía soportar la idea.

Sus amigos del pueblo, que ya andaban detrás de las chicas y se perdían con ellas por los caminos al anochecer, se burlaban de él, porque no había tenido novia todavía y en cambio se pasaba todos sus ratos libres con aquella niña estafalaria, a la que seguía como perrillo faldero. En el pueblo les parecía a todos muy antipática y la madre de Pizco decía que había nacido para princesa y se había quedado en el camino. Pizco no podía aguantar que hablaran mal de ella, y por eso procuraba no nombrarla nunca. Le hubiera gustado que fuera amiga también de los demás, pero por otra parte le hacía muy feliz que solo fuera amiga suya. Pero acabó por avergonzarse de que los vieran juntos y, para no dar que hablar, solía citar a Sorpresa en sitios apartados de la aldea, cosa a la que ella accedía encantada porque le molestaba mucho la gente.

Pero el remedio fue peor que la enfermedad, porque es bien sabido que, en todos los pueblos y ciudades pequeñas del mundo, quienes buscan lugares apartados para pasear son precisamente los novios. Y en Trimonte ocurría lo mismo. Así que los paseos de Pizco y Sorpresa fueron más de una vez descubiertos por parejas de novios que se escondían en la espesura cuando llegaba el anochecer. Y fueron ellos los que empezaron a hacer correr por el pueblo comentarios de burla, que luego los amigos de Pizco hacían llegar a sus oídos. Y de nada le servía a él protestar. Si andaba por los bosques y los montes con la niña del alfarero a la caída de la tarde, y a veces la cogía de la mano para ayudarla a saltar una cerca o a escalar una peña difícil, nadie podía creer que fuera simplemente por el puro placer de oírle contar cuentos. Era que la quería para novia, que estaba enamorado de ella.

Y así vino Pizco a pensar en algo que nunca se le había pasado antes por la cabeza, y que ahora le quitaba el apetito y le tenía todo el día caviloso y distraído.

—No atiendes a lo que digo —se impacientaba ella algunas veces cuando le estaba contando un cuento—. ¿En qué estás pensando?

—En nada.

—No se puede estar sin pensar nada. Si pudieras quedarte sin pensar en nada, te saldrían alas y volarías como los pájaros. Sería muy bonito. Yo a veces lo he intentado hacer, pero no puedo. Y tú tampoco, ¿lo ves?, porque no estás volando. Anda, dime lo que piensas —insistía con voz autoritaria.

—¡Te digo que en nada! ¡Déjame en paz!

—Eres un mentiroso. ¿Por qué me mientes? Te van a salir patas de ciempiés.

Pizco bajaba los ojos o se enfadaba. Por primera vez se sentía incómodo al lado de aquella niña tozuda y fantasiosa. Nunca se habían dicho mentiras. Antes podían reñir, pero hablaban de todo lo que se les pasaba por la cabeza, y no había cosa de las que no entendían que no pudieran preguntarse uno a otro. ¿Qué le ocurría ahora? ¿Sería esto estar enamorado? A los demás no quería preguntárselo, y a ella tampoco, porque ¡qué iba a entender de amores una niña tan pequeña! Pero no, no era eso, era porque no se atrevía. A veces la miraba a hurtadillas y pensaba que aquellos ojos de bruja tan sabios y brillantes podían dar respuesta a todo. Y eso todavía le daba más miedo.

Decidió verla menos y hacerle menos caso, aunque lo sentía como una especie de traición. Al salir del trabajo, se iba a cazar pájaros con los amigos y también algunas veces a la taberna del pueblo, siempre animada y ruidosa. Al fin y al cabo, tenía dieciséis años recién cumplidos, era ya un hombre. En la taberna se hablaba mucho de las chicas del pueblo, que a veces pasaban por delante de la puerta cogidas del brazo y riéndose. Era verano y se acercaba la romería de san Juan, de la que salían muchos noviazgos. Todos los amigos de Pizco andaban alborotados y señalaban desde dentro a la chica que les gustaba. Él no señalaba a ninguna, pero andaba con el oído alerta a aquellas conversaciones de los demás, a la caza de alguna frase que, aunque fuera difícil de entender, como las de los cuentos de Sorpresa, le diera alguna pista acerca de lo que es estar enamorado. Pero nada de lo que los otros chicos decían, entre

risotadas y guiños, le servía de explicación ni de consuelo. No porque fuera difícil de entender, sino porque no tenía nada que ver con aquella pena tan rara que él sentía desde que andaba huyendo de Sorpresa y no tenía cuentos que recordar por la noche. Eran sobre todo sus cuentos lo que echaba de menos. Pero no podía decírselo a nadie, porque se habrían reído.

La víspera de san Juan, al acabar su trabajo en la herrería, Pizco salió camino de Sietecuervos, donde se celebraban las fiestas y había una romería muy sonada. Iba estrenando un traje que le había acabado su madre la noche anterior, y estaba incómodo porque le tiraba un poco por las mangas. La madre le vio pasar desde una huerta donde estaba trabajando la tierra con otras mujeres. Había también un cacho de jardín. Le llamó.

—¡Qué guapo vas, hijo! Ven acá que te veamos.

Pizco se acercó un poco avergonzado, y su madre cortó una rosa para ponérsela en el ojal de la chaqueta.

—No sé bien a qué hora volveré —dijo él.

—Vuelve cuando quieras. Ya eres mayor. A ver si te echas novia, hombre.

Luego le dio un beso y se quedó mirándolo marchar. Pizco, según avanzaba a buen paso, oía la risa de las mujeres a sus espaldas y le daba rabia pensar que estarían cuchicheando con su madre.

Al llegar a la entrada del bosque de Los Gozos, se detuvo, como dudando. Hacía calor. De allí, junto a una cruz de piedra, arrancaba una veredita que no se internaba en el bosque, sino que salía de él. Conducía al semicírculo de montañas que respaldaban el pueblo y que ahora se perfilaban como castillos ruinosos bajo el sol ya cansado de la tarde. Una de aquellas cimas, que se llamaba el Perro Dormido, era la preferida de Sorpresa. Tal vez estuviera allí, porque iba muchas tardes. Llevaba ocho días sin verla. Miró alrededor. No había nadie. Solamente se oía el canto de los pájaros y el ruido de un arroyuelo. De pronto Pizco echó a correr por la vereda, alejándose del bosque. Le daba tiempo a dar aquel rodeo.

Antes de ir a la romería, necesitaba que Sorpresa le viera con su traje nuevo. Era lo que más deseaba en este mundo.

Sorpresa estaba, efectivamente, en la cima del Perro Dormido, sentada en una peña que ellos llamaban el Sillón, porque tenía una especie de respaldo, y desde la que se dominaba todo el pueblo. Tenía las piernas en pico y apoyaba su cuaderno de dibujo contra las rodillas. No pareció sorprenderse cuando le vio aparecer jadeante y sofocado.

—Menos mal que vienes —dijo solamente—. Creí que tu madre no te habría dado el recado. ¿Traes algo de merienda?

—No. Pero ¿qué recado?

Ella esperó a que llegara a su lado y le hizo un sitio en la peña, al tiempo que recogía el cuaderno y lo cerraba.

—Fui a tu casa esta mañana, ¿no te lo ha dicho? Quería entrar a verte al taller, pero no me dejó. Me parece que estaba algo enfadada. Le dije que te esperaba aquí. Pero ¿no te sientas?

Pizco obedeció. Sentía una rabia que no acertaba a explicarse. Contra él mismo por sentarse en cuanto su amiga se lo mandaba, contra su madre que no le había dado el recado, y sobre todo contra Sorpresa, que no le decía nada de su traje nuevo.

—¿Y tú para qué tienes que ir a mi casa? Te crees que los demás andamos perdiendo el tiempo como tú, y que en cuanto mueves un dedo todo el mundo va a estar pendiente de tus caprichos. Has nacido para princesa y te has quedado en el camino. Más valía que te metieras en casa a ayudar a tu madre, en vez de pasarte el día subida por los riscos como una cabra loca.

De repente se extrañó de estar hablando así. Eran cosas que no pensaba de verdad, y que, cuando se las oía decir a otras personas, le indignaban. Además, a los riscos era él mismo quien la había enseñado a subir. Se miraba, enfurruñado, el pantalón, que, al trepar, se le había manchado de resina a la altura de la rodilla.

Sorpresa no decía nada. Se había quedado muy quieta, con los ojos clavados en las nubes, que empezaban a teñirse de rosa sobre

el tejado de la Casa Grande. El sol parecía una bola de billar naranja, bajando despacito.

—Y además, ¿para qué querías verme? —preguntó Pizco, que no podía aguantar aquel silencio.

Sorpresa se encogió de hombros. Vio un coche negro que entraba por el parque de la Casa Grande, oyó voces distantes, el ladrido de un perro. ¡Qué lejos estaba todo! De pronto escondió la cabeza entre los brazos.

—¡Para nada! ¡Vete! Como mejor estoy es yo sola.

Entonces Pizco la miró y vio que estaba llorando. Le dio mucha pena, pero no quería hacer las paces tan pronto.

—Todo lo arreglas llorando —dijo de mal humor—. La culpa la tengo yo que te aguanto.

Ella levantó la cara. Tenía las mejillas encarnadas y una expresión de protesta y rebeldía.

—¿Arreglar qué? —preguntó—. ¿Qué tengo que arreglar? ¿He hecho algo malo? Si no te veo, podré ir a tu casa a dejarte un recado, ¿no? Se me había ocurrido un cuento y te lo quería contar. ¿Tiene eso algo de malo?

Le estaba mirando con aquellos ojos inmensos del color del sol que se hundía. Pizco bajó los suyos. Comprendió que era muy pequeña y muy inocente. Que tardaría mucho tiempo en poder pedirle que fuera su novia. Pero también que se arrepentía de haberla hecho llorar.

—Todos igual —seguía ella—. Mis padres que soy mala, las mujeres que soy mala, el cura que soy mala. Y ahora encima también tú. Pues acabaré siendo mala, si tanto os empeñáis, más mala que el diablo. Me iré de aquí, me saldrán cuernos y rabo, y no volveré nunca. ¡Qué ganas tengo de ser mala de verdad!

Se limpió las lágrimas de un manotazo y se puso a arrancar con furor unas hierbas silvestres que crecían por entre las ranuras de la peña.

—No digas esas cosas, que te puede castigar Dios —dijo Pizco asustado—. Yo no he dicho que seas mala. Anda, toma, sécate las lágrimas. Y perdóname.

Le tendió un pañuelo planchado que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Sorpresa lo cogió y se lo pasó por la cara. Le gustaba aquel fresco de la batista contra sus mejillas ardiendo. Pero seguía con el ceño fruncido.

—Has dicho que soy una cabra loca. ¡Cómo me aburre oír siempre las mismas tonterías, como si las dijera el loro del señor cura! ¿Es que no se te ocurre nada a ti solo? Nadie me dice nada que me dé una sorpresa. No sé por qué me tuvieron que poner ese nombre tan idiota. Lo odio.

—Pues a mí me parece muy bonito —dijo Pizco con su voz más amable.

Pero sentía una nostalgia rara. ¿Qué habría que hacer para sorprender a Sorpresa? Él nunca podría ser como aquellos personajes de sus cuentos que hablaban un lenguaje incomprensible y misterioso. Al otro lado del bosque, empezaron a subir culebreando los cohetes que anunciaban la fiesta de la noche de san Juan. Se elevaban por encima de los árboles oscuros y estallaban luego en una lluvia de colores sobre el cielo palidecido.

—¿Sabes que esta tarde voy a la romería de Sietecuervos? —dijo Pizco de repente, mirándola—. Tú no puedes venir, porque eres pequeña. ¿Te gustaría venir?

Ella siguió arrancando hierbajos de la peña, con una expresión reconcentrada y ausente.

—¿A la romería de Sietecuervos? ¡Vaya una cosa! —dijo.

—Sí, claro. Lo dices porque te da envidia.

----De pronto Sorpresa se puso en pie, con los ojos repentinamente animados.

—¿A mí envidia? ¡Como si no tuviera yo nada mejor que hacer esta noche! Venga, vámonos.

—¿Pero no me ibas a contar un cuento? —preguntó Pizco.

—Mañana. Ahora tengo prisa.

Recogió su cuaderno y se lanzó cuesta abajo, sin más explicaciones. Pizco se sacudió el pantalón y la siguió extrañado. Nunca acababa de acostumbrarse a aquellos cambios bruscos de humor de su amiga. Ella sí que daba sorpresas.

—¡Espérame! ¡No bajas tan de prisa, que te vas a matar!

Pero ella, sin hacerle caso, saltaba de peña en peña, canturreando y a toda velocidad. Había evitado a propósito un senderillo de ganado, que daba un rodeo pero era menos peligroso. Fue el que cogió Pizco, tras una breve vacilación, porque no se atrevía a tanta audacia de movimientos, preocupado ante la idea de que el traje nuevo pudiera estropeársele más. De vez en cuando, Sorpresa volvía la cabeza y se reía de irle dejando tan atrás. Otras se perdía de vista, y seguía saltando, veloz como una saeta.

Se encontraron abajo, cuando el sol acababa de esconderse y las nubes parecían las llamas de un incendio. Ella estaba esperándole, sentada sobre un muro del camino, y, en cuanto le vio aparecer, se levantó con un gesto triunfal.

—Bueno, que te diviertas —dijo—. Yo me voy por aquí, que se me hace tarde. Toma tu pañuelo.

Le sonreía con cara de burla. Pizco, desconcertado, cogió el pañuelo que le tendía y se secó la frente con él.

—¿Por ahí? ¿Y dónde vas por ahí?

—A la Casa Grande. Esta noche tienen invitados y mi madre me ha pedido que la vaya a ayudar porque hay mucho trabajo en la cocina.

—¡Mentira! —dijo Pizco, mirándola con ojos muy abiertos—. Lo estás inventando, ¿a que sí?

—No lo estoy inventando. Mañana te lo cuento todo.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—A las siete. Te estaré esperando ahí arriba, en el Perro Dormido. Y acuérdate de lo que te digo: si no vienes, no te vuelvo a hablar en mi vida.

—Claro que vendré —dijo Pizco—. Pero espera, no te vayas todavía. ¿Qué ha pasado? Tu madre no te dejaba ir a la Casa Grande. ¿Cómo es que ha cambiado de opinión?

Sorpresa se encogió de hombros con aire de misterio.

—¡Ah! No se puede contar en tan poco rato. Mañana lo sabrás. A las siete. Adiós.

Y se echó a correr por el camino de la izquierda sin volver la cabeza.

Pizco se quedó un rato parado, hasta que la vio desaparecer en la primera revuelta. Le daban ganas de seguirla, para saber si había dicho la verdad. Pero luego se acordó de los amigos que le estarían esperando en Sietecuervos, y echó a andar perezosamente en dirección contraria.

Cuatro

«Las cosas son más fáciles de lo que parece. Basta con que se decida uno a hacerlas», pensó Sorpresa, al empujar la puerta de la Casa Grande y ver que cedía sin necesidad de hacer esfuerzo, a pesar de lo sólida que era.

Y se detuvo un momento en los umbrales del inmenso parque, recordando las muchas veces que se había quedado clavada delante de aquella verja sin atreverse a empujarla.

Iba a volverse para cerrarla de nuevo, cuando se dio cuenta de que se le había escapado de las manos sin saber cómo y se cerraba ella sola, suavemente y en silencio. Entonces tuvo un poco de miedo y quiso abrirla otra vez desde dentro, pero no fue capaz. Estaba atrancada con cerrojo, aunque no logró ver el cerrojo.

«Mejor», se dijo para darse ánimos. «Ya no puedo pararme. Adelante y siempre más».

Echó a andar por un sendero iluminado por la luz de la luna. A los lados crecían árboles muy corpulentos y tupidos cuyas ramas, al ser zarandeadas por el aire, dejaban en el suelo sombras movedizas, sobre las que ella iba poniendo el pie con cuidado, como si temiera desbaratar aquel extraño dibujo. Y mientras avanzaba mirando para el suelo y procurando pisar de claro en claro, saltando a veces a la pata coja, se preguntaba que cómo habría podido caer la noche tan de repente. Escuchaba el silbido de las lechuzas, el croar de las ranas, el canto de los grillos, y el corazón le latía tan fuerte como si se le fuera a salir por la boca. Pero nunca en su vida se había sentido más feliz.

«Quien pisa raya, pisa medalla. Adelante y siempre más», canturreaba, acordándose de Pizco.

Al cabo de un rato, los árboles se espesaron, formando sobre su cabeza un túnel tan cerrado que la luna dejó de filtrarse por entre el ramaje y ya no veía el camino. Sorpresa continuó casi a tientas, orientada tan solo por un resplandor que se veía allá al fondo y que, poco a poco, se fue haciendo más brillante. Aceleró el paso y, a medida que iba acercándose a aquellas luces, pudo ver que procedían de dos globos enormes de cristal tallado que remataban la barandilla de una escalera de piedra muy ancha. Llegó a una plazoleta circular situada delante de la escalera, donde había parados tres coches negros. Los sorteó con cuidado, agachándose. Al volante de uno de ellos, vio el bulto de un hombre con la cara escondida entre los brazos. Supuso que debía estar dormido.

Luego, sin volverse ni mirar a los lados, echó a correr decidida y subió de dos en dos los peldaños de la gran escalinata. Cruzó por tres descansillos con bancos de piedra, y al remate del último estaba la puerta de la casa. Se paró un momento para atarse el lazo de una de sus trenzas, y empezó a percibir una música muy triste que venía del interior. Entonces se fijó en la puerta. Era grandísima

y tenía un llamador de bronce en forma de león con argolla en la boca, situado a una altura muy superior a la de su cabeza. Pero no necesitó empinarse para llegar a él, porque la puerta estaba entreabierta.

Como era muy pequeña, se coló sin esfuerzo por aquella ranura y entró en una habitación tapizada de espejos. Estaba todo bastante oscuro, pero de algún punto de la habitación venía un débil resplandor que rompía la penumbra.

Entonces se fijó en que los espejos reflejaban desde distintos ángulos otra figura humana detrás de la suya. Y que de ella emanaba la luz.

Sorpresa se volvió para buscarla y casi se tropezó con ella, tan cerca la tenía, allí de pie, a sus espaldas. Era una mujer alta, vestida de terciopelo rojo, con el pelo lleno de bucles y unos zapatos plateados de punta fina que le asomaban por el borde de la falda. Estaba inmóvil y miraba al vacío con unos ojos verdes y brillantes, como de gato. Sostenía una antorcha en la mano derecha y una bandeja con vasos en la izquierda. Los vasos eran pequeños y estaban llenos de líquidos de diferentes colores. Parecían bombillitas, porque el líquido que contenían era fosforescente.

—Buenas noches —saludó Sorpresa cortésmente, después de tragar saliva—. Perdome si la he asustado. ¿Podría usted decirme dónde está la cocina?

La mujer no se movió ni contestó nada. Pero ocurrió una cosa muy extraña. Le creció de repente un tercer brazo de dentro del corpiño, y la mano de este brazo, adornada con muchas sortijas, se acercó a los vasos de la bandeja y los fue cogiendo despacio uno por uno y volviéndolos a dejar en su sitio, todo a un ritmo lento y mecánico. Cada vaso que iba cogiendo, lo acercaba durante unos instantes a los labios de la niña, antes de volverlo a posar en la bandeja. De tamaño y de forma eran todos iguales. La única diferencia entre ellos, aparte del color de los líquidos, estaba en que en unos ponía «más», en otros «menos» y en otros «igual», en letras doradas

grabadas sobre el cristal. Sorpresa no tardó mucho en entender que estaba siendo invitada a elegir uno para beber, y le pareció una bienvenida muy oportuna. Porque además tenía mucha sed.

Esperó a que volviera a pasarle por delante uno de los va-sitos donde estaba escrito «más» y lo arrebató de la mano de las sortijas, que inmediatamente volvió a desaparecer por entre los pliegues del corpiño. Pero no fue eso lo que más extrañó a Sorpresa, sino el tacto frío y viscoso de aquella mano, cuando rozó la suya. Entonces, sin atreverse a beber todavía aquel licor, levantó los ojos para mirar con más detalle a la mujer que se lo había ofrecido. ¡Qué susto se llevó! Era toda de cera, menos los ojos que eran de cristal y el pelo que estaba hecho de hebras de seda negra.

El licor tenía un color entre azul y violeta. Sorpresa cerró los ojos, se lo bebió de un trago y volvió a dejar sobre la bandeja el vasito vacío. Notó en la boca un sabor fuerte y picante y enseguida un calor muy agradable que le corría por todo el cuerpo y le quitaba el susto y la timidez.

—Adiós, señora de rojo —dijo haciéndole una reverencia burlesca—. Eres muy amable. Pero a ver si cuando vuelva a verte has aprendido a hablar. Mira cómo me despido de ti.

Y se puso a bailar alrededor de ella, mientras canturreaba con vocecita risueña:

*Más, más, más, mucho más,
no te quedes donde estás
y a la luna llegarás.
Mira bien por dónde vas,
pero no mires jamás
ni a los lados ni hacia atrás.
Más, más y requetemás.*

Los espejos de las paredes se iban pasando uno a otro la imagen menuda y saltarina de la niña, el revoloteo de su falda de cretona,

los giros de sus trenzas, el fuego de sus ojos animados.

Hasta que, un poco cansada, se paró para tomar aliento. Luego se puso a dar vueltas por la habitación para inspeccionarla. No tenía ninguna ventana, ni muebles. Era octogonal y no había en ella más adorno ni mobiliario que el de los ocho espejos, separados unos de otros por largos cortinajes del mismo terciopelo que el traje de la muñeca de cera. A Sorpresa no le hacía mucha gracia quedarse allí encerrada con ella, sobre todo porque estaba bien claro que era muda, pero tampoco quería volver sobre sus pasos. Hasta que de pronto reparó en que el espejo de enfrente estaba partido en el centro por una raya vertical, con picaporte a media altura. Era una puerta de espejos. Se paró a mirarse en ella, antes de abrirla.

—¡Qué suerte, chica! —le dijo, guiñándole un ojo, a la niña que la miraba desde dentro del espejo—. Creí que te quedabas encerrada aquí toda la noche con esa. Tú sigue con la misma cara y adelante, ¿me has oído?, veas lo que veas.

Luego se empinó para alcanzar el picaporte, que era también de espejo. Empujó la puerta y salió a un pasillo con baldosines blancos y negros que la condujo a la habitación siguiente.

Cinco

Aquella habitación, en cambio, estaba muy iluminada, era mucho más grande y tenía tres balcones abiertos al jardín. Estaba tan atestada de muebles que era difícil dar un paso sin tropezarse con alguno. Estanterías repletas de libros, butacas, divanes, sillas, consolas, lámparas de pie, esculturas sobre pedestales de hierro y mesas de diferentes tamaños. Encima de estas mesas y también

por el suelo había objetos brillantes y muchos libros abiertos. Ahora sonaba muy cerca y con toda claridad la música que Sorpresa había oído al subir por la escalera. Se volvió para ver de dónde salía y reparó en un aparato cuadrado de manivela, con la tapa abierta sobre la pared. Dentro de él daba vueltas un disco negro, muy despacio, como si le diera pereza. Sorpresa pensó que debía ser por eso por lo que la música que salía de allí era tan quejumbrosa. Parecía el llanto de una persona, o mejor todavía el aullido de un animal que se va a morir. Cada vez sonaba más triste y apagada, igual que el disco también giraba cada vez más despacio.

Hasta que se paró y todo quedó en silencio. Pero por poco tiempo, porque enseguida se oyó una voz muy fuerte y enfadada que decía:

—¡Dale cuerda al gramófono! ¿No ves que se para? ¡Daniel! ¡Ricardo! ¿Quién anda ahí?

Sorpresa, que estaba parada delante del gramófono, mirándolo fascinada, porque nunca había visto ninguno, giró en redondo y no vio a nadie, a pesar de que la voz había sonado muy cerca. Seguramente la persona que hablaba había oído sus pasos y la estaba confundiendo con alguien. A tocar la manivela del gramófono no se atrevía. Comprendió que tenía que decir algo.

—Perdone usted, señor —dijo lo más alto que pudo, sin dejar de escudriñar por todos los rincones—. ¿Me puede decir dónde está? No lo veo.

Pero en aquel mismo momento, sus ojos se fijaron en un bulto oscuro que rebullía en el hueco del último balcón y se dirigió hacia allí.

Recostado entre almohadones contra los hierros del balcón había un hombre. Seguramente el mismo que acababa de hablar, porque no se veía a nadie más. Vestía pantalón ancho de raso negro y una blusa de lo mismo, bordada de abalorios de colores. Tenía al lado una botella y una copa y estiraba con indolencia las piernas que eran muy largas. Iba descalzo. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió al oír que Sorpresa se acercaba. Ella se paró en seco a pocos

pasos del balcón, al sentir sobre la suya aquella mirada. Nunca había visto unos ojos tan negros y tan al acecho. Parecían los ojos de un lobo. Pero a Sorpresa los lobos le daban pena.

—Yo no sé darle cuerda al gramófono —dijo dulcemente—. Lo siento, señor. Nunca había visto un gramófono más que pintado. Y tengo miedo de romperlo.

El hombre, después de recorrerla de arriba abajo con indiferencia, volvió a bajar los ojos y trató de llenar la copa. Pero solo cayeron unas gotas porque la botella estaba vacía.

—Da igual —dijo, cerrando los ojos—. Tráeme champán entonces. Si sigo bebiendo, la música me viene por dentro y todo se me llena de colores. Ahora no oigo nada, lo veo todo negro, me muero.

Sorpresa le miró preocupada. ¿De verdad se iría a morir? Lo había dicho con una voz tan triste que no parecía la misma del principio; recordaba un poco la música del disco, cuando estaba a punto de pararse. Sorpresa no había visto nunca morir a nadie. Ahora el hombre estaba de espaldas, muy quieto, con la cabeza metida entre los barrotes del balcón, mirando el parque. Aunque si se había muerto, ya no lo estaría viendo, ni las estrellas, ni la luna llena que brillaba redonda en lo alto. Sorpresa se acercó sigilosamente y le puso la mano en el hombro. Lo que más deseaba en el mundo es que se volviera y la mirara otra vez con aquellos ojos negros como botones de bota.

—Perdone —dijo muy bajito—. ¿Se encuentra mal?

—¡Claro que me encuentro mal! —contestó él furioso—. ¿No te he dicho que me he quedado sin champán? ¡Tráeme otra botella! ¡De prisa! ¿O es que se ha acabado el champán en esta casa? ¿Se lo han bebido todo esos locos?

—No sé decirle. Si quiere, puedo irme a enterar. Pero, por favor, no se muera.

El hombre volvió la cabeza. Le brillaban los ojos como si fuera a echarse a llorar.

—¿Y a quién le importa, dime, que me muera o me deje de morir?

—A mí me importa —dijo Sorpresa con voz firme.

El hombre la miró como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿A ti? ¿Y por qué te importa? —preguntó intrigado—. No lo entiendo.

—Porque hemos hablado muy poco todavía —dijo ella—, y aquí se está muy bien en esta habitación, es muy buena para contar cuentos. La otra de los espejos también me gustaba, pero hay una señora que tiene tres brazos y da un poco de miedo. Además no habla. De todas maneras, en esta casa es todo muy divertido. Antes nadie me daba sorpresas, ¿sabe?

El hombre sonrió y a ella se le quitó un peso de encima. Se sentía capaz de ir a buscar la botella al fin del mundo, con tal de que el hombre vestido de raso no se volviera a enfadar.

—Pues, anda. No pierdas el tiempo hablando. Y vuelve pronto.

—Se lo prometo —contestó Sorpresa muy seria.

Y echó a andar decidida entre los muebles hacia una puertecita forrada de seda azul que había visto en la pared de enfrente, junto al gramófono.

—¡Ah, oye! —le gritó el hombre.

Sorpresa se volvió a medio camino.

—Diga, señor.

—Si ves a Ricardo, dile que me deje en paz, que se las arreglen solos, ¿entendido? No tengo ganas de ver la función ni de saber nada. Me han hartado entre todos esta noche. Díselo así.

Sorpresa se quedó dudando unos instantes. Lo más prudente sería pedirle alguna seña sobre Ricardo para poder reconocerlo y darle aquel recado. Pero enseguida se acordó de que, en los cuentos, al héroe nadie le explica nada demasiado claramente y acaba teniendo él solo que resolver los misterios, vencer los peligros y encontrar el camino. Si le ayudan, no hay premio al final.

—Descuide, se lo diré —contestó muy segura—. Enseguida vuelvo. No se mueva de ahí.

Y ella misma se extrañaba de haberle mandado algo a una persona tan mayor y tan importante, la primera persona importante que conocía en su vida. Pero eso mismo la llenaba de orgullo.

Salió sin volver la cabeza por la puertecita forrada de seda azul. Daba a un pasillo semejante al anterior, aunque este parecía más largo. Al final de él, se oía mucho alboroto de voces y de risas. Ahora sí que había empezado la aventura. Había que andar con tiento. Y Sorpresa avanzaba despacio, con el oído alerta a aquella mezcla de ruidos que se iban acercando hasta ensordecirla.

Se detuvo en un arco sin puerta que daba paso a la tercera estancia. Dentro se agitaba un tumulto de figuras desconocidas, que iban a proponerle nuevos acertijos. Antes de fijarse con detalle en ninguna, cerró los ojos muy fuerte y se apoyó contra la pared, como si quisiera concentrarse para reunir ánimos. Estaba muy emocionada. Oyó claramente decir a alguien que debía pasar por allí cerca: «Otra vez jugando al escondite. Es lo que le gusta, ya le conoces. Quiere hacerse el interesante». ¿Estarían hablando del hombre que ella había visto? Ahora se oían muchas carcajadas. Ahora unas palmadas imponiendo silencio, y una voz más fuerte que las demás: «Bueno, ya está bien. ¿Empezamos o no?».

Sorpresa despegó la espalda de la pared y susurró, clavándose las uñas en las palmas de las manos: «Si estoy soñando, da igual, con tal de que dure. Vea lo que vea y oiga lo que oiga, no me puedo entretener. Me está esperando y le he prometido tardar poco». Luego abrió los ojos y entró confiada y tranquila en la nueva habitación.

No daba tiempo a fijarse siquiera en si era grande o chica, a causa de la cantidad de gente que había en ella. Unos circulaban de acá para allá y otros estaban sentados, pero en silencio ninguno. Eran tantos y vestidos de forma tan singular que al principio era difícil pararse a mirarlos uno por uno, porque en medio de tanta algarabía, todos llamaban igualmente la atención. Pero Sorpresa notó enseguida que su entrada, en cambio, no había llamado la atención

de nadie, y eso le produjo mucho alivio y una sensación extraña de poder. Se relamió los labios y reconoció todavía rastros de aquel sabor dulce y picante del licor violeta:

—«Más, más, más, requetemás» —canturreó bajito.

Y avanzó, abriéndose paso entre la gente, hacia una mesa redonda que había visto en el centro con manjares y varias botellas. Tal vez alguna fuera de champán.

El camino hacia la mesa era más largo de lo que había calculado, y lo malo es que a medida que lo recorría se iba olvidando de lo que iba a buscar allí y de su propósito de no mirar a los lados. Era imposible hacer otra cosa, no daba abasto a mirar. Y Sorpresa nunca había podido mirar algo sin pararse para verlo bien. Así que también por eso tardaba tanto en llegar a la mesa, porque caminaba en zigzag, como una hoja al viento, según los ojos se le iban quedando prendidos en las diferentes escenas que veía y la gente la empujaba de acá para allá. Sentía una sensación de mareo muy agradable dejándose arrastrar.

De pronto se vio en los umbrales de una terraza muy grande con balaustrada de piedra. Estaba adornada con farolillos de colores y tenía en medio un columpio en forma de sofá. A Sorpresa le dieron muchas ganas de sentarse en él. Desde allí podía dominar lo de dentro y lo de fuera y respirar un poco el aire de la noche. Además estaba muy cansada de tantas emociones y necesitaba una pausa para reponer fuerzas y pensar.

En la terraza solo había dos parejas sentadas en el suelo y abrazadas, pero no la miraron. Llegó al columpio y se reclinó en él, de espaldas a la habitación. ¡Qué bien se estaba! El alboroto de dentro era como una melodía que se acompañaba con el vaivén del columpio. Del parque llegaban ráfagas de viento fresco con olor a eucalipto, y más allá de la masa oscura de los árboles, parpadeaban las lucecitas miserables del pueblo y se dibujaban a la luz de la luna los perfiles de la montaña. Reconoció la cumbre del Perro Dormido y le pareció que habían pasado años desde que estuvo allí sentada

con Pizco, mirando con envidia los balcones de esta casa. Y sintió un repentino sobresalto. «¿Habrán pasado años de verdad? —se preguntó—. ¿Habré crecido sin darme cuenta?». Pero no. Se tocó las trenzas, se palpó el cuerpo escurrido y pequeñito, las piernas infantiles, reconoció su falda de cretona, y por primera vez desde que había entrado en la casa notó que las lágrimas se le venían a los ojos.

Pero reaccionó inmediatamente. Se acordó de un pasaje de la Historia Sagrada, que el maestro les leía en el colegio, y que a ella siempre le había gustado mucho: el cuento de la mujer de Lot, que se había convertido en estatua de sal por mirar hacia atrás. Para llorar ya tenía la cama de su casa; ahora estaba aquí, viviendo una aventura maravillosa. Se secó las lágrimas, se bajó del columpio y volvió a entrar en la habitación. Tenía que encontrar la botella de champán y darle el recado a Ricardo. Eso era lo único importante.

Seis

Enseguida notó que se le había pasado el mareo y que ahora podía fijarse en las cosas con más claridad y mirarlas una por una. Con orden y concierto. No como una marea de bultos confusos y vertiginosos. Todo, de pronto, parecía más real. Se apoyó en la pared, decidida a tomar parte en lo que estaba pasando allí, a enterarse.

A la derecha de la terraza, había una tarima alfombrada de verde, con respaldo de madera. Sobre este respaldo, dos muchachos jóvenes en mangas de camisa estaban clavando unos cortinajes con fleco dorado, subidos a una escalera de mano. Parecía una tarea

difícil y los cortinajes debían pesar mucho, porque a los de la escalera les tenía que ayudar desde abajo un tercer personaje arrodillado en el suelo, que iba desenrollando los pliegues de la tela, se empinaba para dársela a los otros y ellos la recogían agachándose, a riesgo de caerse. Sorpresa se quedó un rato mirándolos trabajar.

De pronto el de abajo, que estaba de espaldas, se volvió y se puso de pie. Tenía barba, vestía calzas azules y llevaba el pecho desnudo y la cara pintada de blanco. Por encima de la pintura le caían regueros de sudor. Se quedó un rato mirando alrededor, como si estuviera buscando a alguien, con gesto de enfado.

—¡Ricardo! —gritó—. ¿Dónde se ha metido Ricardo ahora? ¡Por favor, queréis callaros un poco!

«Menos mal que manda alguien aquí», pensó Sorpresa, al notar que se apagaban casi por completo los rumores de la habitación. Y, mientras lo pensaba, miraba excitada a todos lados, pendiente de la aparición de Ricardo. Pero además, de paso, veía mejor la habitación, al recorrerla con la vista desde un punto determinado y con un fin concreto.

—¡Ricardo se ha ido a vestir! —contestó muy alto una voz de mujer.

Era una de las personas que estaban sentadas alrededor de la mesa redonda, donde era evidente que acababa de celebrarse una cena suculenta. Sobre el mantel blanco había botellas, ceniceros con colillas, fuentes de fruta y una serie de platos sucios y de copas de vino mediadas, que dos mujeres con mandil iban recogiendo. En una de ellas Sorpresa reconoció a su madre, y el corazón empezó a palparle muy de prisa. Allí no podía acercarse por ahora. Menos mal que se le había ocurrido salir a la terraza.

—¡Pues venid alguien a echar una mano aquí! Así no empezamos nunca. ¡Yo también tengo que acabar de vestirme! ¡Sois un hatajo de inútiles! ¿Qué hacen los de los focos?

Varias personas se levantaron de la mesa al mismo tiempo, entre ellas la mujer que había hablado y que llevaba en la cabeza un cucurucho con velo colgando por detrás. Se dirigían hacia acá, congregando con ellas a otras muchas de las que andaban por la habitación. De pronto eran como una procesión de hormigas afanosas, que arrastraban banquetas, agarraban faroles y cortinas y hasta un tablero enorme que traían entre tres con un paisaje de árboles pintado en su superficie.

Pero Sorpresa ahora no podía permitirse el lujo de fijarse en detalles; tenía que aprovechar aquella confusión para escabullirse. Se agachó y se fue escurriendo despacio para refugiarse detrás de la tarima, porque se había fijado en que, entre el respaldo de ella y la pared, quedaba un hueco.

De momento no era mal escondite aquella especie de pasillito oscuro, donde se amontonaban trozos de tela, trajes arrugados, bombillas, cables, herramientas y cajas de madera. Se sentó en una de aquellas cajas hasta que se le fueron apaciguando poco a poco los latidos del corazón. Seguía oyendo al otro lado las órdenes que daba el personaje de la barba a los que habían llegado para ayudarlo. Lo malo era si alguno se metía aquí atrás a buscar algo, porque estas cosas seguro que las tendrían que necesitar. Tenía que decidir lo que fuera, pero por lo pronto se daba por contenta con haber salido airosa del segundo peligro. El primero había sido el de las lágrimas; el segundo la visión de su madre recogiendo la mesa. Los dos pertenecían al mundo que el héroe de los cuentos abandona cuando emprende la aventura. Si se quiere crecer, no hay que mirar atrás.

Estaba tan sumida en sus propios pensamientos, que se sobrecogió al oír una voz que venía de lo alto.

—¡Eh, tú, chica! ¿Qué haces ahí?

Levantó la cabeza y vio asomar por el borde del respaldo la cara de uno de aquellos muchachos en mangas de camisa que estaban clavando los cortinajes. ¡Vaya por Dios, la habían descubierto!

Como siempre, por mirar atrás, por volver la cabeza hacia los peligros que se han dejado atrás, en vez de disponerse a afrontar los que quedan.

—Nada —dijo—, estaba descansando. Pero ya he cogido fuerzas. ¿Quiere que le ayude en algo?

—Sí, mira a ver si hay clavos por ahí. Allí tienes una linterna. ¿La ves?

—Sí, ya la veo.

La cabeza desapareció unos instantes.

—No vayas, Pedro, no. Ya no hace falta. Me los va a dar una chica que hay aquí.

Sorpresa encendió la linterna y enseguida encontró un paquete de clavos. Estaba mucho más contenta de poder ayudar a montar aquel extraño espectáculo que de haber superado con bien el tercer peligro. Amontonó tres cajas de madera una encima de otra, y en el momento en que acababa de encaramarse a ellas, ya volvía a aparecer al otro lado del respaldo la cara del chico aquel. Todavía tuvo que empujarse un poco para tenderle el paquete de clavos.

—Ahí tiene. ¿Necesita algo más?

—No, muchas gracias, guapa.

Y desapareció. Pero antes le había sonreído.

Sorpresa saltó ágilmente de las cajas al suelo, y al hacerlo, reparó en una puertecita que había en la pared y que no había visto antes. Por si acaso, mejor escaparse por allí.

La empujó y salió a una escalera estrecha de caracol con los peldaños muy gastados. Tardó bastante en bajarla porque estaba aquello oscuro y era larga. Menos mal que según iba bajando se veía cada vez un poquito mejor. La luz venía del piso de abajo, una especie de bodega con las paredes desconchadas y olor a humedad. Estaba iluminada por dos bombillas desnudas colgando de un hilo, que emitían un resplandor triste. En una de las paredes había todo a lo largo una gran estantería de madera con huecos donde se alineaban tumbadas muchísimas botellas. En la parte de

la derecha estaban las de champán, de vientre más redondo. Sorpresa las conocía bien porque el día de su cumpleaños su padre traía siempre una y la abría pegando un taponazo. Aquel momento en que el tapón saltaba haciendo ruido hasta el techo y empezaba a salir el surtidor de espuma era lo único alegre de la fiesta, porque luego su padre se emborrachaba y reñía con su madre, que siempre se negaba a beber. Pero no quería acordarse de cosas tristes. Miró a los lados y, al convencerse de que no andaba nadie por allí, se acercó a la estantería y, tras una pequeña vacilación, agarró una de las botellas de champán y echó a correr como alma que lleva el diablo. Era la primera vez que robaba una cosa.

Estuvo corriendo mucho rato por largos y oscuros corredores que daban vueltas y no llevaban a ninguna parte. Le parecía que la iba siguiendo alguien, que se iba a encontrar con ratas, tarántulas o murciélagos. Y cada vez corría más de prisa, jadeando, apretando la botella contra el pecho, como si fuera un tesoro. No había rastro de puertas ni de escaleras por ninguna parte. Hasta que volvió a entrar en la misma habitación de las botellas, pero por el extremo opuesto. Se rascó la cabeza y se paró para tomar aliento. Bueno, menos mal. Siempre podía subir otra vez por la escalera de caracol. Pero hubiera preferido no tener que desandar el camino, porque eso le quitaba gracia a la aventura. En los cuentos nunca pasa.

Y mientras estaba pensando esto, miraba la bodega, porque antes, con la prisa de robar la botella, no la había visto bien. Y se dio cuenta de que, además del pasillo por donde había salido de allí y el otro por donde había vuelto a entrar, había un tercer hueco con una luz al fondo. Estaba dudando si meterse por él o no, cuando ocurrió algo realmente extraordinario. Aunque, pensándolo bien, extraordinario era todo lo que le estaba ocurriendo desde que entró en aquella casa. Pues, bueno, más extraordinario todavía. Se oyó el ruido de una puerta que se cerraba y por el hueco aquel que estaba mirando apareció un rey. Un rey de carne y hueso, con corona en la

cabeza y manto rojo bordeado de piel blanca. Como los de la baraja, pero vivo.

Se venía mirando en un espejo redondo con mango de oro y en la otra mano llevaba unos papeles. Avanzaba muy tieso y muy despacio en dirección a la escalera, pero al llegar a la niña dejó caer el espejo, se paró y dijo, mirándola:

—¿Vale tal vez la pena, mi señora, correr tantos riesgos, ganar tantas batallas y afrontar tantas responsabilidades, si no alcanzo el consuelo de recibir una sonrisa de amor de vuestros labios? Oh, no volváis el rostro, miradme al menos.

Sorpresa le miró, aunque no estaba segura de que se estuviera dirigiendo a ella. Sentía mucho apuro. No sabía dónde poner la botella de champán. Pero le miró.

Entonces el rey, después de soltar un ruidoso suspiro, se arrodilló ante ella y trató de coger una de sus manos.

—Espere un momento, señor rey —dijo Sorpresa.

Y dejó la botella en el suelo. Le parecía una descortesía tener las manos ocupadas.

—¡No me gusta que me interrumpen! —exclamó el rey con una voz completamente diferente y echando una mirada furtiva a los papeles—. Así se me olvida todo.

—Lo siento —dijo Sorpresa—. Ya no volveré a interrumpirle.

Y le tendió la mano derecha, un poco avergonzada al pensar en lo sucia que estaría. Pero el rey no debió darse cuenta, porque enseguida la cogió y la cubrió de besos. Luego la miró, pero ahora más de cerca. Así arrodillado, quedaban sus cabezas al mismo nivel, porque él era muy alto. Y muy guapo también. Sorpresa bajó la vista.

—¡Por piedad, mi dulce señora —prosiguió él entonces en el tono majestuoso del principio—, no me neguéis también la luz de vuestros ojos, que en vano se debaten por esconder su fuego! ¡Dejadles hablar el lenguaje divino del amor! ¡Olvidaos de ese

disfraz de niña atemorizada que os impuso el capricho de vuestro cruel padre y haced que despierte vuestro corazón de mujer!

Sorpresa sintió que le corría por todo el cuerpo un calor insoportable que subía a encenderle las mejillas.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó en un susurro—. No deseo otra cosa. ¿Qué hay que hacer para lograrlo?

Ahora ya se atrevía a mirarle sin vergüenza, y le salía a la cara todo el raudal de luz que su curiosidad siempre insatisfecha había ido almacenando en su interior como dentro de un cajón cerrado. Era exactamente así, como abrir un cajón del que salían volando pájaros de oro.

Pero, de pronto, el rey la estaba mirando de otra manera y ya también su voz era distinta, cuando dijo, levantándose:

—Me encantaría seguir ensayando el papel contigo, oye, porque veo que te lo sabes. Pero es que debe ser muy tarde. Alárgame el espejo, por favor, que se me ha caído.

Sorpresa obedeció, como si saliera de un sueño. Ahora él se estaba sacudiendo el polvo de las rodillas. Luego se ajustó bien la corona delante del espejo, porque se la había ladeado un poco al arrodillarse.

—¿Qué tal te parece que me sale? —preguntó sin mirarla—. Estoy un poco bebido, ¿a que se nota?

—No, no se nota —dijo Sorpresa con voz apagada—. Lo ha dicho usted todo muy bien.

—Menos mal. Oye, ¿qué hora será?

—No sé. Pero ¡qué importa! —dijo Sorpresa, que en aquel momento se había olvidado por completo del señor vestido de raso y hasta de quién era ella misma—. No se vaya tan pronto, por favor, señor rey. Ha dejado sin contestar mi pregunta. Y todavía tengo que hacerle tantas que si las pongo en fila llenan los pasillos de esta casa y falta sitio.

—¿Qué pregunta? —preguntó el rey entre distraído y fastidiado—. No tengo tiempo, de verdad, otro día. Deben estar impacientes esos

arriba. Pero si quieres, sube a ver la función.

—No, gracias —dijo ella secamente—. Prefiero salir por otro lado. ¿No hay ningún sitio más que ese para ir al piso de arriba?

—Sí, por ahí, por donde yo he salido. Hay un cuarto pequeño, y de él arranca una escalera, a la derecha, antes de llegar a la cocina. ¿Conoces la casa?

—Sí, un poco. Pero antes me he perdido.

—Por ahí no te pierdes. Adiós, guapa. Hasta otro día.

Sorpresa sintió crecerle en el pecho aquella rebeldía incontenible contra los mayores, de sobra conocida por ella. La misma que provocaba sus estallidos de cólera cuando le prohibían una cosa o dejaban sin respuesta sus preguntas más queridas.

—¡Es usted igual que todos! —exclamó indignada—. ¡Creí que los reyes serían distintos! ¡Váyase al infierno! ¡Le odio!

El rey, que ya había puesto el pie en el primer peldaño de la escalera, la miró con rostro extrañado y luego pareció humanizarse.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Qué he dicho yo para que te pongas así conmigo, mujer?

—¡No soy una mujer, soy una niña, por desgracia! —exclamó Sorpresa con voz de rabieta—. Pero usted me ha dicho que me iba a explicar lo que tengo que hacer para dejar de serlo. Y ahora se marcha sin más, después de hacerme ilusiones, y encima me sale con que hasta otro día. ¡Mentiroso! ¿Qué día?

El rey volvió sobre sus pasos y se inclinó hacia ella sonriente.

—¿Quieres ser actriz de mayor? —le preguntó.

Sorpresa, que empezaba a arrepentirse de haberle hablado de tan malos modos, bajó la cabeza compungida.

—No sé. Me da igual. Lo que quiero es ser mayor.

El rey le levantó la cabeza por la barbilla.

—Anda, no te enfades —le dijo—. Dame un beso. Eres mayor de lo que te parece.

—¿De verdad? —preguntó ella—. No le creo. ¿Por qué dice eso?

—Porque te enfadas como una mujer de verdad.

Le dio un beso en la mejilla y ella sintió que se le aplacaba el enfado. Al fin y al cabo, la estaba besando un rey. ¿Qué más podía pedir? Además, tampoco ella tenía que andarse entreteniendo con reyes ni con nadie. La estaba esperando el hombre del traje de raso. ¡Dios mío, se acababa de acordar! ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se despidieron? Le había prometido volver pronto. La botella ya la tenía. Pero ¿y el recado? No podía volver sin dar aquel recado.

—Perdone, señor rey —dijo en tono educado—. Yo también tengo mucha prisa, y no me acordaba. Adiós y muchas gracias. Pero antes de que se vaya, quiero hacerle una última pregunta. Estoy buscando a un hombre que se llama Ricardo, pero no lo conozco. ¿Sabría usted decirme dónde puedo encontrarlo?

El rey se echó a reír a carcajadas. Luego hizo ante ella una reverencia ampulosa.

—Lo tenéis ante vos, noble señora —dijo, engolando la voz como al principio—. ¿En qué puedo servirlos?

Sorpresa le miró incrédula. No se fiaba de que volviera a hablar en aquel tono tan fascinante, pero tan engañoso. Lo mejor era romper el juego, como él había hecho antes. Así que le contestó, muy seria:

—Si no me estás diciendo otra mentira y eres de verdad Ricardo, hay un señor arriba vestido de seda con cristalitos en la blusa y los ojos negros como carbones que me ha dado un recado para ti.

Y, de pronto, le parecía normal estarle tuteando. Se sentía muchísimo más cómoda.

Ricardo se mostró inesperadamente interesado ante aquella noticia.

—¿No serás tú la que me engaña ahora? ¿Lo has visto? ¿Dónde está?

Sorpresa se sintió muy importante, por lo importante que parecía haber encontrado a aquel señor que no quería ver a nadie y que la estaba esperando arriba. Comprendió que de todo lo que había

visto, con lo raro que era, aquello debía ser sin duda alguna lo más importante.

—Sí —dijo—, lo he visto con mis propios ojos. Está asomado al balcón de un cuarto muy grande que tiene muchos muebles y un gramófono que se para cuando no le dan cuerda. Pero está algo escondido y al entrar no se le ve.

Pero enseguida se dio cuenta de que estaba revelando un secreto que debía haber guardado para sí. En los cuentos es fundamental que el protagonista, si quiere salir victorioso, sepa mantener los secretos. Así que añadió, para arreglarlo:

—Pero no se te ocurra de ninguna manera ir a buscarlo, óyeme bien, porque quiere que le dejen en paz. El recado que te tenía que dar es ese, que no le molestéis ninguno ni vayáis allí para nada, y que no tiene ganas de ver la función. Conque ya lo sabes.

—¡Está loco! —exclamó Ricardo—. Completamente loco, cada día más. Le dices de mi parte...

De pronto se quedó mirándola con una mueca de desprecio, como si estuviera viendo a un bicho insignificante.

—Pero bueno, soy tonto. Si no quiere ver a nadie, menos querrá verte a ti. Ya subiré yo luego a ajustarle las cuentas.

—¡A mí sí quiere verme! —dijo Sorpresa desafiante—. Me está esperando.

El rey se echó a reír.

—¿Esperarte? Se ve que no lo conoces. Nunca ha esperado a nadie. Ni espera nada de nadie. Se olvida de todo lo que no es él mismo, los demás no existen, no los escucha. ¡Se quiere comer él solo el pastel del diablo!

Sorpresa se quedó muy intrigada por aquella última frase tan misteriosa, y su primer impulso fue preguntar lo que quería decir. Pero tuvo miedo de hacerlo, le pareció que podía ser otra de esas tentaciones que le salen al paso al héroe del cuento para embarullarlo y meterlo en laberintos, desviándolo de su camino. Ya estaba muy escarmentada.

—Lo siento —dijo—. Me ha pedido que no tarde, así que no puedo entretenerme más.

Y ante la mirada atónita de aquel rey Ricardo de pacotilla, recogió del suelo la botella de champán, hizo ante él una reverencia burlesca como cuando se despidió de la muñeca de cera, y salió corriendo de la bodega por el mismo sitio por donde lo había visto aparecer.

—¡Espera un momento! ¡Espera! —oyó que le gritaba a sus espaldas.

Pero no dio oídos a aquella voz y siguió corriendo sin volver la cabeza. Ahora sí que estaba segura de haber vencido a todos los fantasmas.

Siete

El hombre del traje de raso se había quedado adormecido contra los hierros del balcón y estaba soñando con pájaros negros. Aleteaban sobre su cabeza formando una nube espesa que iba bajando y bajando hasta taparle el aire. Ni era capaz de llamar pidiendo socorro, porque la voz no le salía, ni conseguía despegar los ojos. Hasta que notó que algo se le venía a posar en el hombro derecho y se despertó dando un grito que sacudió su cuerpo. Estaba rígido y miraba al vacío con ojos espantados.

—Perdone —oyó decir junto a sí a una vocecita infantil—. ¿Tenía usted alguna pesadilla?

Con gesto receloso y aturdido, se tocó el hombro y palpó la piel suave de una mano pequeña que no huía al contacto de la suya.

A su lado, de pie, había una niña de poca estatura con trenzas de color trigo y unos ojos enormes llenos de luz. Era suya la mano que había palpado y que ahora mantenía apretada. La soltó y volvió el rostro hacia las sombras del jardín, como buscando entre la espesura el rastro de los pájaros negros. De alguna parte tenían que haber salido. Pero todo era quietud y silencio bajo la luna llena. Suspiró hondo.

—Yo también tengo pesadillas —siguió diciendo la niña, en vista de que él no contestaba nada—. Y se queda uno luego un rato como tonto, ¿a que sí?, porque te da rabia haberte llevado un susto de verdad por una cosa de mentira.

—Es que yo no estoy tan seguro de que sea mentira —dijo el hombre con voz taciturna, sin dejar de escudriñar las sombras del jardín, como si buscara la solución de algún misterio.

Sorpresa miró su perfil pensativo y se quedó sin saber qué contestar a aquello. No le parecía buen momento para intentar distraer a aquel señor tan triste con el cuento de sus aventuras recientes, las cuales, por cierto, de puro raras, no estaba tampoco segura de que le hubieran pasado de verdad. Y eso que traía en la mano la botella.

La dejó en el suelo con cuidado y decidió esperar a que el hombre se espabilara un poco. De todas maneras, estaba deseando romper el silencio para poderle hacer un poco de compañía.

—¿De qué trataba su pesadilla? —le preguntó—. Yo a veces me caigo por un barranco y otras sueño con pájaros negros que se me vienen encima para sacarme los ojos, y por más que hago no los puedo espantar. Es horrible.

El hombre se volvió bruscamente a mirarla.

—¿Sí? ¿Y de dónde vienen, del cielo o de los árboles? ¿Lo sabes tú?

—Claro que sí: del cielo —contestó la niña sin vacilar—. Pero no se ve el cielo, porque lo tapan ellos con sus alas. Me parece a mí que son murciélagos.

El hombre la miraba fijamente, como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Murciélagos? —preguntó con aire ausente—. ¿No serían grajos?

—No, no, murciélagos. Me acuerdo luego muy bien de todo cuando me despierto. Los otros sueños que no son de gritar se escurren como lagartijas y no se dejan echar el lazo. ¡A mí me da una rabia! Pero las pesadillas, al revés, esas se te quedan bien agarradas, quieras que no. Debe ser porque las caza uno con ese grito que da al abrir los ojos; chillar y ¡zas!, todos los pájaros negros ¡presos en la red!

De pronto se calló. El rey había dicho que este señor no le hacía caso a nadie. Y sin embargo a ella la estaba escuchando sin interrumpirla. Y la miraba mucho. Aunque sabe Dios lo que querría decir aquella mirada de lobo. Igual estaba a punto de enfadarse y echarla de allí con cajas destempladas. ¡Como no decía nada!

Lo mejor sería tantear el terreno.

—A lo mejor le estoy aburriendo con tanta tontería —dijo—. Yo es que soy muy charlatana. Sobre todo de noche, de día menos. Pero, claro, lo malo es que de noche todo el mundo está durmiendo ¿y con quién vas a hablar? No te queda más remedio que hablar con la pared o con las estrellas que se ven por la ventana, aunque sea aburrido. La gente es que yo no sé cómo tiene siempre tanto sueño. En cambio esta noche he visto a montones de personas despiertas, y me han pasado cosas tan raras, que me he espabilado muchísimo. ¡Hay que ver la cantidad de gente que cabe en esta casa! Hasta he visto a un rey... Pero, bueno, si le aburro, me callo. No me importa, porque estoy acostumbrada a que me manden callar. Usted dígame.

—No, no me aburres nada, al contrario —dijo el hombre, que seguía mirándola absorto—. Pero dime una cosa, ¿de dónde has salido tú?

A Sorpresa, tan aficionada a hacer preguntas difíciles, aquella le pareció peliaguda. Lo mejor era contestar con otra para hacer tiempo.

—¿Quiere usted decir esta noche o desde que nací...? ¡Vaya —añadió extrañada—, menos mal que se ríe! Le veo siempre tan serio. ¿Se está riendo de mí?

El hombre se reía, efectivamente, dejando al descubierto dos hileras de dientes afilados y blancos.

—No, no... Y además, mira, me da igual de dónde salgas. Has aparecido y ya está. Lo que quiero es que no te vayas.

Replegó las piernas, para dejar un espacio libre enfrente de él, y del montón de almohadones sobre los que se reclinaba, eligió dos que lanzó al aire. Al principio Sorpresa creyó que los tiraba al jardín, pero no. Fueron a caer en la parte opuesta.

—Anda, siéntate ahí enfrente de mí, si no tienes sueño.

Sorpresa, muy complacida, se apresuró a obedecer. Los almohadones eran preciosos. Uno de ellos tenía bordado un pavo real y el otro dos gatitos asomando por las tapas de un cesto.

—Muchas gracias, señor. Con su permiso —dijo acomodándose sobre ellos—. ¡Qué a gusto se está en este rincón! Parece un escondite, ¿verdad?

—Claro, es un escondite.

El balcón era bastante ancho y lo suficientemente largo como para que sus extremos dejaran entre la barandilla y la pared aquellos dos espacios que desde dentro de la habitación no podían verse. Acurrucada en el de la derecha, la niña lo ocupaba por completo. Era justo como una casita a su medida. Aunque su madre saliera por el cuarto del gramófono, no la vería. Pero al hombre, aunque había retrocedido, le sobresalían las piernas enteras formando un montículo. Y es que, naturalmente, tenía un cuerpo mucho más grande.

—Su escondite es bastante peor que el mío —reflexionó Sorpresa en voz alta, acordándose del rey—. Si entra alguien a buscarlo a

usted, será fácil que lo descubra.

—No viene nadie —dijo él—. No te apures. ¿Estás cómoda o quieres otro almohadón?

—No hace falta, señor; estos son muy mullidos. Nunca en mi vida he estado tan a gusto.

El hombre encendió un pitillo y se puso a fumar en silencio. Ella, aunque seguía pensando un poco inquieta en el rey, no quiso decir nada para no turbar el encanto de aquella situación. Estaba visto que el señor del traje de raso no se acordaba de haberla visto antes ni del recado que le dio. Así que mejor, nadie le pedía cuentas, todo empezaba de nuevo y no hacía falta mirar hacia atrás. Se fijó en que rematando la barandilla del balcón había dos angelitos de hierro. El de la parte de acá miraba hacia lo lejos y llevaba entre las manos un arco y una flecha que disparaba en dirección al jardín; el de allá estaba en cuclillas leyendo un libro y parecía muy abstraído. Bueno, es que el nuevo comienzo, ya más bonito no podía ser. Pedir más sería pecado. Miraba enfrente la brasita del cigarro, muy roja cuando subía hasta los labios del hombre, y casi invisible al venir a posarse entre sus dedos en el pico del monte que formaban sus rodillas. Siguiendo con los ojos aquel itinerario y el que trazaban las volutas de humo hasta desvanecerse en el aire, a Sorpresa le parecía que iba de viaje en un barco entre nieblas hacia rumbo desconocido, y que el ruido de las ramas de los árboles era el de las olas del mar. Casi de puro gusto le estaba entrando sueño. ¡Pero qué disparate dormirse ahora! El balcón era la cubierta de un barco y ella una mujer mayor con traje de seda y zapatos de tacón, que acababa de conocer al capitán del barco. Él había abandonado el timón para venir a sentarse a su lado a la luz de la luna, y le pedía que le contara sus aventuras.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el hombre de repente.

Sorpresa se sintió cruelmente arrancada de sus fantasías. Era como si a alguien que estuviera subiendo hacia la luna agarrado a la cuerda de un globo, le pincharan el globo. Bajó los ojos a sus

calcetines arrugados, a sus sandalias gastadas, y el cuento que estaba inventando se hizo añicos contra el suelo del balcón.

—No es de buena educación preguntar la edad, señor —contestó enfurruñada—. Perdona que se lo diga. Además, ¿le importa a usted saber cuántos años tiene ese árbol? —añadió señalando hacia uno muy corpulento y salpicado de flores blancas, que se veía en primer término, no lejos del balcón, rodeado de una especie de banco de piedra circular—. Y aunque le importara, no lo puede saber, porque el árbol no habla.

El hombre miró en aquella dirección.

—¿Cuál? ¿El magnolio gigante? ¿El del banquito?

—Sí. ¿A que no sabe cuántos años tiene?

El hombre la miraba con cara repentinamente divertida.

—Dilo tú, si lo sabes.

—No lo sé.

—Pues yo sí. Has perdido, te toca pagar prenda. Lo plantó mi bisabuelo en el verano de 1809, al terminar la guerra de la Independencia. Ciento setenta y cinco años tiene.

—¡Está usted haciendo trampa! —dijo Sorpresa, que tenía muy mal perder—. ¡No juego!

—¡Ah! ¿Te da rabia? Pues lo siento. No valen caprichos. Me tienes que dejar que te dé un beso. Luego, si quieres ya no jugamos más, pero esa es la prenda.

Había apagado el pitillo y la miraba muy serio. Luego cogió unos almohadones y, abandonando su escondite, se vino al de ella.

—Hazme un sitio, anda —dijo—. ¿A ti te gusta más dentro o fuera?

—Me da igual —dijo Sorpresa bastante apurada—. Pero es que me parece que aquí los dos no cabemos.

—Sí cabemos —aseguró él con acento autoritario—. No me contradigas.

Sorpresa se corrió hacia la izquierda, pegándose lo más posible a la fachada de la casa, y vio que, efectivamente, quedaba el espacio

justo para que el hombre se acomodara a su lado contra los hierros del balcón.

—¿Lo ves? —dijo—. Pero espera, que antes de sentarme te quiero enseñar una cosa. Y te contaré una historia también.

Dejó los almohadones en el suelo y entró en la habitación.

Sorpresa se puso a gatas y asomó un poquito la cabeza al interior llena de curiosidad. Le vio dirigirse, sorteando los muebles y los libros tirados por el suelo, a una mesita donde había posados, entre otros cachivaches, varios retratos. Cogió uno de ellos, todavía de espaldas, y se lo metió en una especie de faltriquera que llevaba colgando en el costado de la blusa, cosida al cinturón. Ahora llegaba a la pared del fondo y se paraba delante de la librería.

Sorpresa se volvió a esconder sin hacer ruido, cruzó las manos sobre el regazo y esperó bien pegada a la pared. Otra vez le parecía que el ruido del viento agitando las ramas del magnolio gigante era el del oleaje de un mar embravecido. El capitán del barco iba a darle un beso. Apenas se atrevía a mirar el hueco que esperaba ser ocupado por su cuerpo allí a la derecha, no se atrevía a moverse ni casi a respirar. Apretaba los dedos de sus manos cruzadas, clavándose muy fuerte las uñas de una en la piel de la otra, hasta hacerse daño. «Ahora viene», pensaba. Como una vez que se hirió en la pierna y miraba, tumbada desde la cama, a su madre empapando algodones en una palangana con alcohol para limpiarle la sangre que le corría, pantorrilla abajo. Tenía miedo, pero había decidido disimularlo.

Pasaba el tiempo y el hombre no volvía. Ahora sí que le latía fuerte el corazón. Pero no era capaz de volver a asomarse dentro. Una fuerza superior a su voluntad la mantenía inmóvil contra la pared. «¿Y si no vuelve?», se preguntaba apretando las manos una contra otra cada vez más fuerte. También que volviera le daba miedo, pero un miedo mucho más emocionante. La idea de que no volviera no la podía soportar. Y, sin embargo, la tenía encima, quitándole el aire, como aquella bandada de murciélagos de sus pesadillas. Podía

haber ido a visitar a los personajes del otro cuarto y haberse olvidado de ella completamente. El rey había dicho que se olvidaba de todo, que no le importaba nadie, que se quería comer él solo el pastel del diablo.

Y cuando estaba pensando precisamente en esta frase tan misteriosa y diciéndose que tal vez la solución pudiera consistir en entenderla, se sobrecogió porque una voz potente había dicho a su lado:

—¡Diablo! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Sorpresa cerró los ojos y se hizo la señal de la cruz. Luego, cuando los abrió otra vez, el hombre estaba allí de pie en el quicio del balcón. No le había sentido llegar, porque venía descalzo y sus pasos no sonaban sobre la alfombra.

—¡Diablo! —repitió—. ¡Una botella de champán! ¿Quién la habrá puesto aquí? ¡Con lo seca que tengo yo la boca!

La niña notó de repente que también ella tenía la boca más seca que un esparto y que casi no le pasaba la saliva. Así que desistió de decir que había sido ella quien trajo la botella de champán; porque además eso era de otro cuento muy lejano y daba igual ahora.

El hombre se agachó a coger la botella y salió al balcón con ella y la copa.

—Vamos a abrirla, ¿te parece? —dijo—. Supongo que te gustará el champán.

Sorpresa no lo sabía, porque su madre nunca le había dejado probarlo. Así que siguió sin despegar los labios. Desde luego, le apetecía beber lo que fuera. Además, las mujeres que viajan por mar sentadas junto al capitán del barco que les ha prometido un beso, tienen que estar dispuestas a beber aunque sea veneno.

—Ven aquí —dijo el hombre, alargándole la copa—. Sujétala bien en alto, ¿quieres? Lo malo es que no vamos a poder brindar, porque no hay más que una copa.

Sorpresa le miró desde abajo, encogida.

—¿Y luego me va a contar la historia? —preguntó, con voz débil.

Porque empezaba a sentirse un poco mareada ante el ritmo vertiginoso con que se sucedían los acontecimientos de aquella noche, como luces que se encienden y se apagan, sin guardar relación unas con otras.

El hombre la miró con enfado.

—Oye, mira, si empezamos con impacencias, no puede ser. Las cosas hay que prepararlas bien, ¿no? ¿O es que ya te has aburrido y te está entrando sueño?

—No, no, ¡a mí qué me va a entrar sueño! —protestó ella ofendida.

Cogió la copa y se puso de pie. Las piernas le temblaban un poco.

Él se había apoyado contra la barandilla del balcón y, sacando los brazos hacia afuera, descorchó la botella en el vacío. El tapón subió hasta cierta altura, perdió fuerza, describió una curva y cayó a perderse en la oscuridad. Sorpresa vio el surtidor de espuma blanca y notó que le salpicaba la frente, al levantar la copa para recogerlo. Una vez llena hasta los bordes de líquido dorado, se la dio al hombre.

—¿Te he mojado? Bueno, no importa, eso es suerte. Anda, vamos a sentarnos.

Se acomodaron uno junto a otro en el escondite de la derecha y se pusieron a beber champán, pasándose la copa uno a otro en silencio. Sabía dulce y hacía cosquillas al bajar por la garganta. Cuando se vaciaba la copa, él la volvía a llenar despacio. Era como si no tuviera que pasar ya nunca nada más que aquello, como si no hubiera cosa alguna que desear ni que esperar. Y Sorpresa no tenía ganas de contar cuentos ni de oírlos, solo de seguir allí acurrucada por los siglos de los siglos, atenta a la aparición de aquella mano delgada con anillo de piedra roja que se presentaba a intervalos ante sus ojos ofreciéndole nuevamente el líquido picante y fresco encerrado en la copa de cristal, abandonándose al vaivén del barco. Cuando no le tocaba beber, miraba las estrellas y le parecía que bailaban de un modo raro. Hasta que todo empezó a darle vueltas y

cerró los ojos. Las estrellas entonces se desdibujaron y aparecieron el rey, la muñeca de cera, el capitán del barco, el personaje de la barba, la mujer del cucurucho y el chico de los clavos, riéndose agarrados de las manos. Giraban velozmente como enganchados en una rueda que no se podía parar, cada vez más de prisa, «más, más, requetemás», cantaban; y ella quería entrar en aquella rueda, pero su madre la tenía agarrada por la falda y tiraba de ella hacia atrás, sin dejarla. Sintió que el brazo izquierdo del hombre rodeaba delicadamente sus espaldas.

—¿Qué pasa? ¿Te mareas?

—Un poquito —dijo ella con un hilo de voz.

Ahora el brazo del hombre la estrechaba más fuerte. Seguía con los ojos cerrados, pero distinguía claramente el tacto sedoso de la manga contra la piel de su nuca.

—¿Nunca habías bebido champán?

Negó con la cabeza. Las burbujas de champán le subían a los ojos y le escocían dentro de los párpados cerrados.

—Mírame. Estás temblando —dijo una voz más dulce que ninguna del mundo.

Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, abrió los ojos y se encontró con los del lobo triste que relucían muy cerca y muy negros estampados en el rostro flaco y arrugado. Hasta entonces no se había dado cuenta de que era una persona vieja. Notó que todo el champán que había bebido le empezaba a resbalar por las mejillas, convertido en lágrimas que ya no era capaz de retener, ni lo pretendía. Porque tampoco le daba vergüenza. El hombre ahora había dejado la copa en el suelo y la estaba besando en la frente, en el pelo, en los ojos, y la abrazaba tan fuerte que casi no la dejaba respirar.

—No llores, Cecilia, mi Cecilia —dijo con una voz estremecida de emoción—. ¿Por qué lloras?

—¡Porque soy muy pequeña! —estalló, como si se arrancara una careta—. Porque solo tengo diez años. Y no entiendo nada, y no soy

ninguna princesa ni me llamo Cecilia. Y además no he bebido nunca champán, ni tengo libros, ni amigos, ni una habitación donde no me venga nadie a molestar, ni sé darle cuerda a un gramófono, ni he visto el mar, ni me contesta nadie a lo que le pregunto, ni he hecho ningún viaje de verdad, ni he conocido al capitán de ningún barco, y porque el rey no me ha querido decir lo que tengo que hacer para ser mayor, que es lo que más deseo en este mundo, ni usted tampoco, y porque todos me riñen o me dicen mentiras, y porque quiero contar historias de verdad y ser mala y mayor de verdad. Muy mala y muy mayor. Como usted, eso es. No necesitar de nadie. ¡Comerme yo sola el pastel del diablo!

—¿Quién te ha dicho eso? —se enfureció el hombre que unos minutos antes la besaba llamándola Cecilia.

—Su amigo Ricardo, que iba disfrazado de rey. Pero no lo entiendo bien. Debe ser una adivinanza.

Siguió llorando cada vez más flojo, porque ya no la consolaba hacerlo. Sabía que estaba metiéndose por un camino totalmente equivocado y sin vuelta atrás, de esos por donde el héroe del cuento va a quedar atrapado irremediablemente, por mucho que pida auxilio. Además ya no se sentía héroe de cuento ni nada. Lo había echado todo a perder.

Y la mayor prueba era que el señor de la blusa negra se había quedado mudo como un muerto y había dejado de besarla. Hasta que retiró el brazo de detrás de su espalda y se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Estaban en la misma postura de antes, pegados uno al otro, pero era como si una muralla invisible de piedra hubiera bajado a separarlos. Ahora el hombre había escondido la cara entre las manos y sus hombros se estremecían. ¿Estaría llorando? Sintió mucho remordimiento y mucha pena. ¿Cómo se le había podido ocurrir llamar malo a un señor tan bueno? No sabía cómo arreglárselas para hacer las paces. Decidida, cambió de postura y se arrodilló delante de él con las manos juntas. De pronto se acordó de una canción que se cantaba

cuando la procesión de la Virgen del Cucurucho: «Amable Jesús mío, / ¡oh cuánto te ofendí! / Perdona mi extravío, / y ten piedad de mí...».. Y sintió la tentación de cantarla, porque además ella entonaba bastante bien; pero se contuvo a tiempo. No era propio invocar así a un señor que se estaba comiendo el pastel del diablo, no porque fuera pecado llamarle Jesús mío, que igual lo era, sino simplemente porque no venía a pelo y porque él podía reírse a carcajadas. Por la iglesia jamás se le había visto, y aquellos dos angelitos del balcón ni estaban de rodillas ni producían devoción ninguna... Más bien parecían proponer algún acertijo. Era mejor inventar otra cosa, alguna frase parecida a las que dijo el rey. Pero se le habían borrado de la cabeza aquellas palabras de tanto perifollo.

—No se enfade conmigo, señor —imploró al fin—. Quiero verle la cara otra vez; míreme, ande, por favor. Se lo pido por lo que más quiera. ¿Qué es lo que más quiere?

—Yo ya no quiero nada —dijo el hombre—. Nada de nada. Eso es lo malo, mi querida niña. Alguna vez, cuando te pase esto, que ojalá te tarde en pasar, y te golpees la frente buscando en vano el rastro de todos esos deseos que ahora te consumen, entonces y solo entonces resplandecerá ante ti como un tesoro perdido para siempre la luz de tus diez años. Y habrás logrado lo que querías: crecer, pero pagando un precio terriblemente caro. Nadie podrá ahorrarte ese precio, porque en eso consiste crecer.

A medida que hablaba, había ido dejando resbalar muy despacio las manos que le cubrían el rostro afilado y grave. No había huellas de lágrimas en sus ojos más negros que el betún, más insondables que la noche y que se agrandaban y se agrandaban errantes por el vacío, como si quisieran recoger dentro de sus pupilas todas las sombras del mundo. Era peor que si llorara, mucho peor. Y Sorpresa, aunque estaba sobrecogida de miedo, no podía apartar la vista de ellos ni dejar de desear con ardor que volvieran a fijarse en

los suyos. Nunca había visto un rostro tan hermoso. Si era el diablo, quería condenarse.

—Siga hablando, por favor —le pidió—. Dígame más cosas.

El hombre se sirvió la última copa de champán, dejando escurrir bien las gotas de la botella, y se la bebió de un trago. Luego apoyó los codos contra las rodillas y se quedó mirándola como desde muy lejos.

—Los niños sois crueles —dijo—. Es vuestra condición, pero no os dais cuenta. Yo también era así. Ven acá. Mira.

Echó mano a la faltriquera y sacó el retrato que había cogido de la mesa. Sorpresa se enderezó sobre sus rodillas y fue a sentarse en el hueco que él le brindaba entre las piernas, al tiempo que le enseñaba el retrato. Era pequeño, enmarcado en terciopelo gris, y desde dentro del marco, les sonreía un niño de ojos muy negros y dientes muy blancos, subido en un banco de piedra circular y apoyado contra el tronco grueso de un árbol en el que Sorpresa reconoció el magnolio gigante.

—¿Es usted? —preguntó.

—No, hija mía. Era yo, que es cosa muy distinta. Esa foto me la hizo mi padrino, el padre de Cecilia.

—¿Y Cecilia, cómo era? —preguntó Sorpresa, apoyando confiada su espalda contra el pecho del señor vestido de raso, en espera del cuento.

Así, acurrucada entre sus piernas que la resguardaban por ambos lados, no podía verle los ojos, pero veía los de aquel niño descarado y sonriente del flequillo negro. Y, sin embargo, la voz que sonaba a sus espaldas tal vez fuera la misma.

—Pues verás, no sé cómo explicártelo —empezó diciendo—. Desde luego, ahora me parece que era distinta de todos los demás seres que he conocido en mi vida, pero tal vez sea precisamente porque no la volví a ver. Sé que por alguna de las carpetas del despacho debe andar perdida alguna foto suya y que si me pusiera a buscarla la encontraría. Pero no me atrevo. Lo mismo me llevaba

una desilusión, si me daba por compararla con los centenares de mujeres hermosas que he conocido después a lo largo de mi vida. Prefiero llevar su imagen guardada aquí dentro y que resucite de pronto, cuando menos lo espero, como un ángel que se posa a mi lado unos instantes, me señala con el dedo a lo lejos y después levanta el vuelo. Justamente como tú cuando te me has aparecido esta noche. Por eso hubo un momento en que te confundí con Cecilia.

—¡Pero yo no he levantado el vuelo todavía! —protestó Sorpresa.

—Estás a punto de hacerlo —dijo él con tono sentencioso—. Pero no hablemos de eso ahora, por favor. ¡Qué bien te huele el pelo! A pinos y a retama. Poco debes parar tú en casa, bribonzuela.

—Muy poco, sí —contestó Sorpresa, más atenta a percibir la caricia casi imperceptible de aquel rostro sobre sus trenzas que a encontrar algo original que decir—. Pero dígame, ¿Cecilia, cuántos años tenía?

—Pues mira, primero cinco, luego seis, luego siete, luego ocho, y así puedes seguir contando hasta diecisiete, un verano tras otro. Porque solamente nos veíamos durante los veranos. Lo que no entiendo, por más vueltas que le doy, es cómo pasaba el tiempo entonces. Parecía que todo iba a durar siempre, a seguir en el mismo sitio, como el magnolio gigante. A mí me ahogaban los veranos metido aquí. Y ella me decía: «¡No hables siempre de cuando seas mayor! ¿Es que no te das cuenta de lo felices que somos ahora?». Aquí, en el hueco de este balcón, nos escondíamos a veces para hablar. Ella decía que aquel angelito que está leyendo un libro era el suyo y el de la flecha el mío.

—¿Por qué? —preguntó Sorpresa.

—Porque ella lo que quería era entender todas las cosas, poquito a poco, estar recogida en un sitio, y yo no la dejaba en paz, me estorbaba el estudio de chico, ¿sabes?, siempre andaba mirando a lo lejos, inquieto. Ahora comprendo que se pierde uno el camino por mirar a lo lejos. Cuántas veces me he acordado luego de las cosas

que ella me decía, ¡la hacía rabiar tanto!, y hasta llorar, pobre Cecilia, y eso que era dos años mayor que yo. Pero se había enamorado mucho de mí. Fue la primera novia que tuve. Cuando se murió ya tenía otra, y ni siquiera me di cuenta entonces de lo que perdía. Se recibió un telegrama en casa desde Suiza y mi madre se echó a llorar desconsoladamente. Era invierno, y nevaba. Yo me fui al cine. Tenía quince años.

Guardaron silencio unos instantes, flanqueados por los dos angelitos de hierro y vigilados por la mirada insolente del niño de la foto.

—Anda, trae eso —dijo el hombre luego, quitándosela de las manos a Sorpresa—. Está visto que hoy el champán nos ha sentado mal a ti y a mí. Nos ha dado llorona.

Y diciendo esto, se levantó.

—¡Caramba! —exclamó—. Se me ha quedado dormida una pierna. Habrá que entrar a ver por dónde van esos. ¿Qué hora será?

—No tengo ni idea —contestó Sorpresa, que seguía en el suelo sobre los almohadones.

—¿Qué pasa? ¿Que tú piensas quedarte ahí toda la noche?

—No sé. No he pensado nada. Pero usted antes dijo que sus amigos le aburrían, que no los quería ver.

—Sí, bueno, me aburren, como me aburre todo en general. Pero los he invitado yo, ¿sabes?, y además en el segundo acto tengo que salir disfrazado de diablo. Es el final de la función. Así que hasta ahora.

Se metió en la habitación y Sorpresa, después de dudarlo un poco, se levantó también y se quedó mirando para dentro, de espaldas al jardín. El hombre se había quedado sentado delante de un tocador con espejo ovalado y se estaba pintando la cara a la luz de unas bombillas de luz muy potente.

Se fue acercando despacito hasta quedar detrás de él, a cierta distancia. Sobre el tablero del tocador había varios frascos, tarros y

pinceles. El espejo reflejaba la imagen atónita de la niña en segundo plano, pero el hombre, enfrascado en su trabajo, no parecía ahora reparar en ella. Se había puesto a silbar entre dientes una melodía estridente y desafinada, a medida que llevaba a cabo con movimientos rápidos y expertos el maquillaje que iba transformando su rostro. Se pintó unas cejas gruesas y picudas, se sujetó con una goma una barbita de chivo, se colocó un casquete de seda negra con dos cuernos y se embadurnó la cara con una crema gris oscuro. Lo hacía todo tan bien y tan deprisa, que al poco rato no parecía el mismo y hasta daba un poco de miedo. Pero lo peor fue cuando se levantó de allí, descolgó de un perchero lleno de ropas una capa negra de muchos vuelos, se la puso y empezó a describir, agitándola con las manos, una danza muy rápida por entre los muebles de la habitación.

*Sin-sin-sin, sin-sin-sin
sin maldad no hay libertad...*

—cantaba enardecido, girando a tropezones como un murciélago.

Luego volvió a mirarse al espejo y se dio los últimos retoques.

—Bueno, vamos allá —dijo—. Esto ya está de sobra.

Sorpresa, que había seguido todas sus evoluciones sin despegar los labios, avanzó ahora decidida hasta él y le tiró de la capa.

—¡Señor diablo! —gritó desesperada—. No se puede ir de aquí sin decirme lo que tengo que hacer para ser mayor.

—¿Te atreves, insensata, a invocar al diablo? —bramó él con voz de trueno—. ¡Piensa bien lo que dices!

—Sí, señor. Al mismísimo diablo, si el diablo es usted.

—¿Cómo puedes dudarlo? ¡Además de impaciente y tozuda, descreída!

Y, apretando una especie de pera de goma que llevaba en la mano, hizo brotar entre ellos una nube de humo y de chispas de fuego que obligó a retroceder a Sorpresa y la hizo caer de culo en

un diván amarillo, sofocada y tosiendo. Desde allí, cuando se desvanecieron aquellos infernales vapores, vio que el diablo rebuscaba algo en las profundidades de su faltriquera.

—Toma esta piedra de ámbar —le dijo acercándose—, que solo surte efectos, cuando los surte, en noches de luna llena. Te la entrego con la envidia del diablo. ¡Quién fuera tú!

Sorpresa cogió la piedra y la guardó en el puño cerrado. El diablo dijo solemnemente:

—Esa piedra, convenientemente usada, te enseñará a apreciar lo que tienes.

—¿Pero qué tengo que hacer con ella? —preguntó Sorpresa.

—Enterrarla en el lugar de origen. Y después invocarme.

Luego, tapando con sus dedos largos los labios de Sorpresa, que ya se abrían para formular una nueva pregunta, añadió:

—Y, por favor, mi querida niña, no me preguntes cuál es el lugar de origen. Porque eso eres tú sola quien debe adivinarlo.

Sorpresa cerró los ojos para retener bien aquellas palabras, y cuando los volvió a abrir el diablo había desaparecido. Sorpresa pensó que seguramente habría ido a comerse el pastel.

Ocho

Sorpresa llevaba mucho rato corriendo a campo través, sin saber adónde iba, obedeciendo simplemente el impulso de sus pies veloces, que la alejaban de la Casa Grande. Recordaba vagamente haber saltado desde uno de sus balcones agarrada a la cuerda de la persiana al techo de un cobertizo, haberse descolgado después hasta el suelo por el tronco de un árbol, haber cruzado una huerta

de maíz perseguida por los ladridos de un perro, y haber trepado por sucesivas tapias que acabaron sacándola por fin de aquel recinto encantado al campo abierto por donde ahora volaba más que corría. Y era como una liberación reconocer de nuevo, por lo menos, los perfiles de un paisaje familiar.

El camino que había tomado, o mejor dicho que sus pies le habían ordenado tomar, no llevaba a su casa, sino que la alejaba también de ella. No debía haber sonado aún la hora de encerrarse. La luna se iba a pique, amarillenta y ojerosa, descendiendo oblicuamente. Seguramente tendría resaca después de los excesos de la víspera de san Juan, noche que, como es bien sabido, ampara milagrerías, borracheras y amores de perdición. Se le notaba en la cara cansada que había tenido mucho trabajo, que había iluminado demasiadas escenas de fiesta y desenfreno manteniendo en alto su farol redondo, y que ya se le caía de las manos, según bajaba dando tumbos, como un borracho que va de recogida.

Pero Sorpresa tenía que hacer uso del talismán de ámbar antes de que la luna se ocultara. El diablo le había dicho que si no, no hacía efecto y era de lo único que se tenía que acordar. No podía esperar casi un mes a que el calendario anunciara el acontecimiento de otro plenilunio. Un mes es mucho tiempo, sabe Dios la de cosas que pueden pasar en un mes, y a qué prisa puede trabajar el olvido, como un duende maligno, borrando sin piedad imágenes de la pizarra. Así que Sorpresa corría y corría sin sentir cansancio, como si le hubieran salido alas en los pies.

Bordeó por un atajo la mole del Perro Dormido y, tomando el sendero que había seguido Pizco para ir a la romería, se encontró de repente a la entrada del bosque de Los Gozos, junto a la cruz de piedra.

Se detuvo en aquel lindero con los ojos brillantes, el pecho alborotado y las trenzas deshechas, y en el mismo momento de pararse, porque era eso lo que sus pies le mandaban, lo entendió todo de modo fulminante, como a través de una revelación. ¡Claro,

el lugar de origen! De sobra sabían sus piecitos sabios hacia dónde la estaban conduciendo. Hasta ahora había venido ciega, como una saeta que no sabe dónde va a clavarse, y ahora al fin le tocaba a la inteligencia tomar parte en la función. Y de repente sintió como si el angelito de hierro, que disparaba su flecha mirando con gesto audaz a la oscura lejanía, se hubiera convertido en su compañero sentado en la esquina opuesta, con los ojos pensativos fijos en aquel libro donde todo debía venir explicado.

Obedeciendo a un impulso desconocido, se descalzó y tiró al aire las sandalias y los calcetines, antes de adelantar solemnemente el pie derecho, que blanqueó en lo alto unos instantes. Luego se internó en el bosque, a paso ligero, pero más acompasado. Ya no huía sin rumbo. Sabía dónde se estaba dirigiendo.

No tardó en encontrar el redondel de césped, rodeado de eucaliptos y castaños, donde diez años atrás había tenido lugar la ceremonia de su bautizo. Una vez, siendo muy niña, su padre la había llevado allí de paseo y le había señalado exactamente el lugar donde estuvo colocada durante aquella fiesta la cuna en forma de balancín que permaneció mucho tiempo arrumbada en el taller del alfarero y que por fin un invierno de poco trabajo y grandes nevadas convirtieron en leña para la chimenea. Luego Sorpresa, siempre que iba a la escuela de Sietecuervos, gustaba de sentarse en aquel claro del bosque y fantasear sobre sus orígenes, apoyándose en los diferentes relatos de su padre. Porque era un cuento que contaba mucho y cada vez lo contaba de una manera, según quién le estuviera oyendo y según que hubiera bebido o no. Pero es que además Sorpresa había preguntado siempre por aquello y había escuchado fragmentos de conversaciones a unos y a otros. Y luego ella, colocando las piezas a su manera, como quien compone un rompecabezas, había ido contándose un cuento cruel y terrible, donde el personaje que tenía la culpa de todos sus males se llamaba la bruja Balbina. Era una vieja harapienta de ojos amarillos y nariz ganchuda, tocada con un sombrero puntiagudo hecho de

remiendos parduscos, que se había acercado a la cuna para formular una extraña maldición, y poco después había aparecido muerta, rodeada de sapos y culebras. Y en Trimonte, que era un pueblo donde se contaban muchos sucesos de brujas y de muertos, las mujeres decían que la hechicería y el mal de ojo solo los puede conjurar el diablo.

Sorpresa se acercó a aquel lugar con pasos cautelosos. La luna ya iba baja, pero todavía no se había ocultado. Se arrodilló junto al muñón de un árbol y se puso a cavar a toda prisa, horadando la hierba y las raíces, un agujero profundo. Allí metió la piedra de ámbar que le había dado el diablo y enseguida volvió a recubrir el agujero y aplastó la tierra con los pies saltando fuerte encima.

Luego se arrodilló delante de él y se puso a golpearlo furiosamente, primero con los puños cerrados y después con la frente, presa de un raptó sobrenatural y delirante.

—¡Huye, bruja Balbina, a esconderte en el reino de las sombras! ¡Que tu poder retroceda ante el mandato del diablo! ¡Quiero saberlo todo! ¡Quiero crecer, crecer, crecer! —repetía tozuda y excitada entre contorsiones—. ¡Más, más, requetemás!

Y el viento se llevaba retumbando el eco de su voz enfurecida a romperse como un oleaje contra las rocas de una costa invisible: «Crecer-crecer-crecer...». «Más, más, requetemás».

Hasta que, al cabo de un rato, algo más sosegada, se quedó inmóvil, de rodillas y con las manos juntas en actitud expectante. El pecho infantil se agitaba bajo el corpiño de su modesto traje de percal y miraba frente a sí con ojos desorbitados.

Entonces se oyó un lejano redoblar de tambores y cánticos de miserere, como un cortejo fúnebre que se fuera distanciando cada vez más de los linderos del bosque. Luego se apagó por completo y la sombra que proyectaba a sus espaldas el cuerpo diminuto de la niña empezó a alargarse y a alargarse, al tiempo que adquiría otros perfiles.

Un rato más tarde, cuando ya empezaban a asomar sobre los árboles, los montes y las casas los primeros atisbos de luz de amanecer, varios grupos dispersos de vecinos de la aldea, que volvían, entre cánticos y risotadas, de la romería de Sietecuervos, se quedaron mudos y quietos como estatuas ante la extraña aparición que cruzó ante sus ojos absortos.

Era una mujer hermosísima con la parte superior del rostro cubierta por un antifaz de terciopelo. Llevaba un traje de gasa blanco y vaporoso con las mangas en forma de alas de libélula, zapatos de oro con altos tacones y una antorcha en la mano. El cabello rubio y larguísimo, entretejido con lirios, era como una cortina que le cubría enteramente las espaldas y ondeaba flotando al viento al compás de su paso ondulante. Avanzaba por entre los árboles a un ritmo armonioso, rápido y sutil, sin tropezar con ninguno. Y daba la impresión de que no iba pisando realmente en el suelo. Desplegaba las mangas de su traje de gasa a modo de alas y la luz de la antorcha iba proyectando trazos curvilíneos en la sombra del bosque, al subir y bajar.

Unos atribuyeron aquella aparición a los vapores del vino, pero otros juraban y perjuraban al día siguiente que la habían visto con toda claridad.

Epílogo

—¡¡¡Mentira!!! —saltó Pizco, indignado—. ¡No dices más que mentiras! Yo fui precisamente de los últimos que se retiraron, y estuve un rato, por más señas, en ese claro del bosque donde te bautizaron, sentado con Dorita la de la taberna, porque... bueno,

porque sí, luego te lo cuento..., y a lo que voy, te digo y te repito que eso es mentira, porque pasó más gente y nadie vio a semejante mujer. Y además también hoy he estado en la taberna hasta que he venido aquí a las siete, y te digo que es mentira, que nadie vio nada. Porque, como tú comprenderás, una cosa así tenía que haber salido a relucir, aunque no la hubiera visto yo ni tampoco los que venían conmigo... Pero bueno, chica, ¡tú eres imbécil!

Sorpresa se había echado a reír a carcajadas.

—¡Inocente! ¡Inocente! ¡Inocente! —repetía con sonsonete infantil, palmoteando gozosa—. Otra vez has picado. Pero ¿a que era precioso?

Y se quedó mirando a lo lejos, transida de felicidad.

Estaban igual que la tarde anterior, sentados en la cima del Perro Dormido, dominando las casas, los prados y las arboledas que se derramaban a sus pies bañados por la luz del ocaso. Pero Pizco, contra su costumbre, no había escuchado el cuento con atención. Rebullía inquieto, jugueteaba distraído con las hierbas y las piedrecitas del suelo, miraba furtivamente hacia el pueblo y había llegado a dar cabezadas y a dormirse en muchos tramos del relato, aunque lo último, lo del conjuro de la niña en el claro del bosque y su transformación en mujer, lo había escuchado ya absolutamente despierto y con los ojos abiertos como platos. Pero Sorpresa esta vez había prescindido por completo de su interlocutor, y no le había mirado hasta el final. Por eso no se enteró de que había estado la mayor parte del rato hablando para nadie. Arrebatada como nunca por el carro de fuego de su delirante fantasía, iba pronunciando las palabras del cuento con los ojos perdidos en el dibujo cambiante de las nubes, como si las fuera recogiendo de un texto escrito allí, un texto caprichoso, fugaz e indescifrable.

—¡Qué va a ser precioso! —estalló Pizco, muy molesto—. Era pesadísimo, para que lo sepas, y más largo que un día sin pan. Como que no lo he podido oír entero, así que ya ves. Bueno, también será porque me estaba cayendo de sueño. Cuando me

acosté anoche, o mejor dicho esta mañana, ya cantaban los gallos, debían ser las siete o por ahí. Por cierto, ¿qué hora es? —añadió, mirando con alarma su reloj de pulsera—. ¡Madre mía, casi las nueve! Perdona, oye, me tengo que largar pitando.

Sorpresa le miró francamente asombrada, tanto que se quedó sin reacción durante unos instantes. Pizco nunca acostumbraba a dejarla así con la palabra en la boca. Y menos después de un cuento tan largo y tan complicado como aquel, que bien merecía sabrosos comentarios. Lo había contado tan de corrido que ahora mismo ya no se acordaba de muchas cosas y era horrible que se le olvidaran, porque le parecía el cuento más fascinante que había inventado nunca y hablar con Pizco de él sería como fijarlo, como echarle el lazo. Por eso no podía aguantar la actitud insólita de su amigo, que además no era exactamente indignación lo que le producía. Era más bien como una especie de vaga inquietud.

—Bueno, sí, las nueve, ¿y qué pasa? —dijo mirándole—. Siempre nos quedamos hasta más tarde.

—Ayer no.

—Ayer porque tenías que ir tú a la romería.

—No, perdona; porque tú me metiste la mentira de que tu madre te había pedido que la fueras a ayudar a la Casa Grande...

—¡Ah, por cierto! —dijo Sorpresa con gesto animado—. Te tengo que dar una buena noticia. Mi madre lleva unos días que no me riñe y me quiere mucho, no sé qué le ha pasado, igual me dejan hacer el bachillerato, dice mi padre...

—¡Venga, déjame en paz! —estalló Pizco rojo de ira—. ¿A mí qué me importa lo que haya dicho tu padre? No estoy dispuesto a que me enredes otra media hora. ¡Siempre estás hablando de ti, de ti y de ti, de si estás alegre o triste, de lo que te inventas y de lo que no te inventas! Parece como si no existieras más que tú en el mundo, ya me tienes hartos, como si no te ocurrieran cosas más que a ti. Pues a los demás también nos pasan cosas, para que te enteres, y mucho más importantes que todas esas tonterías de reyes y de

diablos y de muñecas de cera, que de verdad te digo que estás para que te encierren. Y se acabó. Me voy. ¿No te fuiste tú ayer cuando te dio la gana? Claro que menos mal que te fuiste, menudo imbécil hubiera sido si no llego a ir a la romería, que a punto estuve...

Se había puesto de pie y ya le daba la espalda, dispuesto a bajar la cuesta sin más explicaciones. Sorpresa sintió como si un cuchillo se le clavase en las costillas. Era la primera vez, desde que se conocían, que su amigo del alma le hablaba de una forma tan intemperante y agresiva. Y, por supuesto, la primera vez que se le dormía. Pero incluso esta ofensa, con lo grave que era, estaba dispuesta a perdonársela, con tal de que se quedara con ella otro rato.

—Pero bueno, Pizco, ¿qué te pasa?, ¿qué te he hecho yo? —preguntó con voz humilde y suplicante—. No te puedes ir dejándome así. Espera un momento, hombre; te lo pido por favor.

—No puedo esperar ni medio minuto —dijo Pizco muy nervioso—. Tengo una cita muy importante y no puedo llegar tarde.

—¿Una cita? —preguntó Sorpresa aturdida—. ¿Qué clase de cita? Entonces Pizco la miró a la cara. Y Sorpresa vio en sus ojos azules sombreados por largas pestañas una expresión soñadora que nunca había conocido en ellos.

—¡Una cita de amor! —dijo con acento desafiante—. ¿No sabes tú mejor que nadie que en la víspera de san Juan ocurren milagros? Pues yo me he echado novia.

—¿Que te has echado novia? ¿De verdad?

—¡Y tan de verdad! ¿Qué pasa? ¿Qué te habías creído, que yo no les puedo gustar a las chicas?

Sorpresa le miraba como entre los vapores de una borrachera, sin acabar de dar crédito a sus oídos.

—¡Es mentira! —gritó—. Te quieres vengar de mí porque te he hecho tragar la bola de la mujer de las alas de libélula. Si fuera verdad, me lo habrías contado enseguida, en cuanto llegaste.

—No pude, enseguida te pusiste a hablar tú como una máquina, ¿es que no te das cuenta de que no le dejas a uno nunca meter baza? Pues ya es hora de que te vayas dando cuenta, si tanto repites que quieres hacerte mayor y enterarte de las cosas. Mal vas a enterarte de nada, si no ves siquiera lo que tienes delante de las narices.

—Bueno, pues perdona, pero cuéntamelo ahora, anda. Pizco volvió a mirar, impaciente, su reloj.

—No se puede contar —dijo—. Solo lo podrás entender cuando te pase. Yo tampoco lo entiendo bien todavía. Nada más te digo que es algo maravilloso. Y te juro por mi novia que no puedo entretenerme ni un minuto más. Igual se enfada conmigo ella. Ya no me quería dejar venir. ¡Dios mío, las nueve y cinco!

Había empezado a bajar la cuesta apresuradamente y Sorpresa le seguía pisándole los talones, poniendo el pie en las mismas peñas y montículos donde él iba poniendo el suyo, describiendo las mismas curvas.

—¿Cómo se llama? ¿La conozco yo?

—Claro que la conoces. Es Dorita, la chica esa tan guapa que sirve en la taberna.

—¡Dorita! ¡Pero si es muy mayor! ¿Cuántos años tiene?

—No sé, dieciocho, déjame en paz. Pero a ella no le importa que yo sea un poco más pequeño. Dice que hace mucho tiempo que está enamorada de mí.

«Bueno, igual que Cecilia», pensó Sorpresa. Pero no dijo nada.

Se despidieron brevemente al llegar a la falda de la montaña y cada cual tomó su camino, lo mismo que la tarde anterior. Sorpresa no podía pensar más que en aquella muchacha pelirroja de caderas cimbreantes que algunas veces venía a su casa a traer garrafones de vino del que bebía su padre y a ella le hacía una caricia casual en las trenzas, como a una niña chica. Solía llevar blusas muy escotadas y esperaba que la madre de Sorpresa volviera con el dinero, parada allí en el zaguán, canturreando con los brazos en

jarras. Sorpresa había oído decir que tenía muchos pretendientes, pero que, aunque era muy simpática con todos, no hacía caso a ninguno.

No tenía ganas de volver tan pronto a casa y anduvo deambulando sin rumbo fijo, siempre pensando en la chica pelirroja. Se la imaginaba besando a Pizco a la luz de la luna en el claro del bosque de Los Gozos, mientras ella, mirando esa misma luna, inventaba despierta en la cama aquel cuento tan bonito que Pizco ni siquiera había escuchado entero. A partir de ahora, nadie volvería a escuchar sus cuentos.

Se sentó en una piedra, cerca de la tapia trasera de la Casa Grande, que la noche anterior había imaginado saltar para llegar a tiempo de enterrar la piedra de ámbar bajo la luna llena. No tardaría en volver a salir, porque el sol ya estaba a punto de esconderse, pero hoy le faltaría un cachito. Y se quedó quieta, con los brazos caídos, mirando el paisaje como embobada, hasta que se fue haciendo de noche. Pizco se casaría con la chica pelirroja, tendrían hijos, envejecerían en el pueblo y colorín colorado. ¡Qué cuento tan tonto, pero también qué triste! No lloraba, pero era peor que llorar, porque no deseaba nada tampoco. ¿Sería aquello haber crecido?

Por el camino llegó un hombre alto y delgado, vestido de blanco y con un sombrero jipijapa con cinta negra. Llevaba un bastón con puño de marfil y venía mirando abstraído para el suelo, moviendo los labios, como si hablara solo. Era el señor de la Casa Grande. Sorpresa lo reconoció, aunque lo había visto pocas veces y siempre de lejos, pero era inconfundible. Ahora también pasó a bastante distancia del sitio donde ella estaba sentada. Y, por supuesto, sin fijarse en que alguien le estaba mirando. El primer impulso de Sorpresa fue de levantarse, ir a su encuentro y decirle algo. ¿Pero qué? Era absurdo pedirle que le acabara de contar el cuento de Cecilia o del rey Ricardo, porque ni Cecilia ni Ricardo existían. O mejor dicho, solo ella los podía volver a hacer existir, y para eso no necesitaba al señor de la Casa Grande. Claro que, en cambio, podía

presentarse a él como lo que era, como la niña del alfarero. ¿Pero la miraría él entonces como la noche anterior cuando bebían champán acurrucados en el balcón? Y si no la miraba de aquella manera, no valía la pena. Ese final no era digno del cuento. Pero tampoco le daba tiempo de inventar así de repente una conversación que estuviera a la altura de las circunstancias. Las cosas tienen que llevar su preparativo.

El hombre se dirigió a una puertecita pintada de verde que había practicada en la tapia, la empujó y Sorpresa le vio desaparecer en el interior, sin fuerzas siquiera para alzar una mano y hacer un gesto mudo de adiós. No la había mirado.

De pronto alzó los ojos al cielo y se dio cuenta de que estaba completamente sola en el mundo, sin más compañía que aquel motorcito invisible que fabricaba imágenes por dentro de su cabeza. Pero lo pensó con orgullo, y de aquella soledad le brotó un chorro de fuerza dolorosa y desconocida. Más que aquella primera noche, que ahora le parecía ya tan lejos, cuando dibujó por dentro la Casa Grande. Más, más, requetemás. Era una sensación de poder casi diabólico, que la convertía de verdad en la mujer de blanco con la antorcha en la mano. Comprendió que solo ella misma podía darle cuerda a aquel motorcito maravilloso de su cabeza, que de vez en cuando se le paraba, como un gramófono sin cuerda, y la dejaba con el mundo a oscuras. Ahora ya lo sabía: nadie la iba a ayudar a agarrar la manivela, pero tenía toda la vida por delante para aprender a hacerlo. Y el motorcito era suyo, nadie se lo pensaba robar, no había miedo.

Se puso en pie. En aquel mismo momento, estaba apareciendo, por detrás de los montes, la luna rodeada de un halo color naranja. Todavía traía cara de sueño.

—¡Escribiré mis cuentos, te pongo por testigo, reina de la noche!
—exclamó Sorpresa, mirándola—. Y algún día los leerá el señor de la Casa Grande. ¡Aprenderé a comerme yo sola, como él, el pastel del diablo!

Pocos minutos más tarde, cuando se encaminaba hacia el pueblo, saboreando aquel conjuro que se le había ocurrido sin saber cómo y que al fin consideraba como digno remate para su cuento, de un árbol que había al borde del camino salió volando un pájaro de regular tamaño. Pero no era negro. Tenía las alas rojas y azules.

Describió varios giros sobre la cabeza de la niña y luego, veloz como una saeta, rebasó la tapia de la Casa Grande y fue a perderse entre las frondas del parque sombrío.

DOS CUENTOS DE NAVIDAD

Un envío anómalo

Cuando llegaron las figuras, embaladas en cajones enormes, donde ponía frágil y ¡ojo al abrir!, se quedaron varios días en el sótano B Sub2 porque, como no venía consignado en los herméticos envoltorios color garbanzo, nadie supo dar razón del departamento a que iba destinado el envío ni quiso hacerse responsable de las consecuencias, tal vez catastróficas, de una apertura sobre la que planeaban tan severas advertencias.

Además eran fechas de un quehacer frenético presidido por la desorganización. Se trataba de una empresa multinacional cuyas ramificaciones se ampliaban y diversificaban continuamente a tenor del capital invertido; dos de los coordinadores principales no habían podido acudir aquellos días a causa de una epidemia de gripe, se estaba renovando el personal cara a las Navidades y muchos empleados no conocían ni siquiera de oídas el nombre de algunas secciones de nueva creación ni, por supuesto, a qué se dedicaban. Así que la memoria de aquellos extraños bultos quedó sepultada por la avalancha de los muchos que se fueron recibiendo posteriormente. Total, que transcurrieron las dos últimas semanas de noviembre sin que nadie dijera esta boca es mía.

Hasta que el primer lunes de diciembre, que coincidió, por cierto, con la primera nevada en la ciudad, se desataron las iras del señor Ponte, directivo de la planta doce, ala F. Acababa de recibir una llamada urgente de la fábrica alemana Klinger preguntando si habían llegado las delicadas figuras de patente japonesa que el propio señor Ponte encargó meses atrás en una delirante

sobremesa de negocios en Frankfurt, donde se habían tratado asuntos relacionados con la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. Al señor Ponte se le habían borrado casi por completo los detalles de aquel acuerdo, pero al rememorarse ahora firmando un cheque a bocajarro, vinculaba su fulminante decisión no con las excelencias del producto sobre el que anticipó tanto dinero, sino con la imagen de ejecutivo de alto *standing* que los vapores del alcohol le habían devuelto magnificada. Se acordaba, sobre todo, de que pensó en Yolanda, la joven con quien estaba a punto de contraer segundas nupcias, una chica de buena familia algo más joven que sus hijos mayores. Y se le nubló el discernimiento. Acababan de ascenderlo de categoría y por primera vez tenía plenos poderes para la adquisición de material publicitario, una cantidad ingente que pensaba administrar a su modo.

—Usted mismo me abonó el anticipo, lo estupefaciente es que no explique ya más cosa alguna. ¿Casualmente ha arribado algún paquete en malas condiciones? —articulaba al otro lado del hilo aquella voz parsimoniosa con acento alemán.

¡Las figuras de un belén gigantesco para exhibir en Navidad como reclamo de la empresa! Claro, ahora se acordaba, y también del pasmo que despertó en el otro su conformidad inmediata. No le exigió ninguna garantía, los españoles somos así. Le había bastado con enterarse del precio elevadísimo y mirar los folletos fingiendo que entendía todas sus cláusulas. Allí venía la reproducción en tanticolor de la mercancía; eran figuras con textura humana, con movimientos controlados mediante botones ocultos, un verdadero milagro de la técnica, eran el no va más.

Y ahora el apoderado del señor Klinger le estaba preguntando que si las había recibido, que si eran del tamaño adecuado, que si funcionaban bien.

—¡Por supuesto que sí! Todo bajo control —contestó muy aturullado—. Pero, si no le importa, se lo confirmo en media hora y concretamos detalles... Ya. Es que estamos desbordados de

trabajo... Sí, sí, su teléfono lo tiene mi secretaria... Cuestión de media hora... Me hago cargo, le presento mis disculpas, pero no hay problema.

En el ascensor particular que le conducía vertiginosamente a la planta de información, su ira se redoblaba al no saber contra quién dirigirla y negarse a admitir que el fallo estaba en su amnesia, en la incapacidad para concentrarse desde que su matrimonio había empezado a ensombrecerse apenas contraído. Ya todo el mundo sabía que se había casado de penalti, Yolanda no ocultaba su insatisfacción y la palabra error empezaba a agazaparse tras las enrevesadas argumentaciones de alcoba que ella esgrimía para arrancarle alguna actitud romántica. «¡Y ahora para empezar el lunes, el puñetero belén! —se increpó a sí mismo ante el espejo del ascensor que le devolvía un rostro abotargado y ojeroso—. ¡Estoy horrible, horrible!», remató poniendo deliberadamente cara de monstruo y emitiendo un feroz aullido.

Cuando salió a la planta segunda, reparó en que algunos rostros estaban vueltos con alarma hacia las puertas recién abiertas. Por todas partes se veía bullicio, escaleras de mano, ristras de bombillas, árboles recién cortados, rollos de moqueta por el suelo y eslóganes multicolores avisando entre estrellas y campanas que se avecinaba la gran noche de paz.

El ruido era ensordecedor, pero los gestos de los operarios se habían congelado ante su aparición, como cuando se mete foto fija en una película.

No tuvo más remedio que seguir dando rienda suelta a su indignación en busca de un presunto culpable que no apareció, entre otras cosas porque él mismo, durante su marcha atropellada por las secciones cual ciego moscardón, era incapaz de argumentar con un mínimo de coherencia los cargos implícitos en aquella requisitoria sin destino visible. A pesar de lo cual, los estallidos de la bronca fantasma alcanzaron a más de cuatro inocentes.

Cuando al cabo se vio en el sótano B Sub2, sudoroso y congestionado, ante aquella enormidad de bultos color garbanzo a los que tampoco podía echar la culpa, consideró una broma macabra que llevaran el letrero de *frágil* estampado en el lomo, porque le parecía enfrentarse a una maciza cadena de montañas que se veía condenado a escalar sin remisión. Y suspiró. Tanto los riesgos como los incentivos de aquella aventura programada por él mismo se le desdibujaban: estaba cansadísimo aun antes de emprenderla.

Un equipo de técnicos especializados se encargó durante las semanas siguientes de desembalar aquellas figuras y los accesorios destinados a su ambientación, así como de probarlas, consultar las indicaciones que acompañaban al envío e ir montando en una plazoleta lindante con el edificio el tinglado que había de resguardar la escena sacra con sus pasadizos y geografía de fondo, sin olvidar la luminotecnia más adecuada para que el conjunto resultase veraz.

El ritmo apresurado y cuajado de obstáculos que siguieron las labores de montaje arrojó un saldo de ineficacia que todos *sotto voce* atribuyeron a las órdenes al mismo tiempo autoritarias e imprecisas del señor Ponte, quien gastaba más tiempo en enfadarse que en enterarse de lo que había que hacer. Es lo que les pasa a todos los que se meten a mandar sin el más mínimo deseo de enseñar ni de aprender nada, obnubilados únicamente por su pretensión de ostentar poder.

Las figuras eran treinta: doce representando seres humanos y dieciocho animales. En el documento de recibo lo especificaba claramente: una virgen, un san José, un niño, tres reyes magos, tres pajes que los acompañan, un pastor, una pastora y un ángel. Y debajo, en un segundo apartado, venía la lista de los representantes del reino animal: una mula, un buey, seis camellos y diez ovejitas de tamaños diferentes. Una vez desembaladas y cuidadosamente cepillados su pelo y su ropaje tanto las figuras del primer grupo como las del segundo, asombraron por un «no sé qué» que las

aislaba de lo terrenal, apenas posadas en el suelo. Sin dejar de notarse un poco que no eran de verdad, parecían, por otra parte, mucho más reales que los operarios que las manejaban y que los letreros luminosos que empezaban a invadir la ciudad instando al ciudadano a ser feliz por decreto en aquellas fechas. Y precisamente en esa frontera de inquietud que se establece entre lo real y lo fantástico es donde florecía, al contemplar a aquellos extraños visitantes, un sobrecogimiento rayano con el miedo. Las figuras eran de tamaño natural y movían lentamente manos, párpados y labios al compás con leves inclinaciones. Estos movimientos (aunque se conseguían accionando botones ocultos) no eran puramente maquinales. Daban la impresión de responder a una conciencia irónica, como si desde la Virgen hasta la última ovejita aquellos personajes, seguros del efecto que iban a producir, vivieran el ensayo general imbuidos de su peculiaridad.

Entre las discusiones surgidas al calor de los nervios que provocó este ensayo, se descartó como improcedente la idea del señor Ponte de cobrar quinientas pesetas a cada visitante. «Yo lo decía — se disculpó él— para que no hubiera tanta mezcla». Pero se le rebatió el argumento invocando, aunque fuera con la boca chica, criterios de cristianismo, ya que el niño Dios había venido al mundo para desvanecer las diferencias entre pobres y ricos. Y sin embargo, a medida que avanzaban los días y no se podía entrar en los grandes almacenes más que a empellones, la diferencia entre los que pueden comprar algo y los que no pueden comprar nada se establecía como una evidencia que estallaba en fogonazos de colores.

El día anterior a la inauguración del tinglado, cuando ya habían quedado colocados definitivamente los actores entre un decorado espectacular, al principal protagonista del drama sagrado seguía sin encontrarle nadie un botón capaz de imprimirle movimiento. Tal como lo habían acostado en su cunita de pajas, pálido, como presa de desmayo, así continuaba, si bien es verdad que sus mejillas

despedían una luz nacarada bastante llamativa. El señor Ponte, el más empeñado en arrancarle una sonrisa por débil que fuera y algún saludo a derecha e izquierda como los del Papa, acabó aceptando aquella contrariedad aunque a regañadientes. Ya no daba tiempo a pedir que mandaran otro niño Jesús de repuesto. Y después de todo, un recién nacido no tiene por qué moverse. «De todas maneras, los ojos bien podía abrirlos de vez en cuando, no sé qué le costaría —refunfuñaba un poco irritado ante el desagradecimiento de aquella criatura—. Esperemos que no se note mucho».

Los abrió, con gran sorpresa de todos, en cuanto empezó a desfilarse delante de él una multitud incontrolada de visitantes cargados de paquetes que llevaban horas haciendo cola y empujándose unos a otros. Eran unos ojos azules y penetrantes de los que no tardaron en brotar lágrimas silenciosas. ¡Estaba llorando de verdad! Y en su rostro se pintaba el más trágico desconsuelo. Toda incitación a fundirse con la música estereofónica de los villancicos quedó anulada por la aparición de aquel llanto intempestivo, que no daba señales de amainar y que literalmente estaba aguantando la fiesta. No era llanto de niño sino de adulto: resultaba casi un escándalo.

—¡No me extraña que llore, joder, con la que ha formado! — exclamó despectivamente un visitante con pinta famélica, mientras otros caían de rodillas.

Pero aquel resultó estar borracho, tener ganas de bronca y oponer resistencia a la autoridad. Cuando se comprobó, además, que era de raza africana y no llevaba dinero encima ni papeles que pudieran identificarlo, pasó la noche en comisaría.

Únicamente el paje negro del rey Baltasar se volvió a mirarlo compasivamente cuando se lo llevaban.

En un pueblo perdido

Acabaron de poner el musgo sobre los montículos artificiales. Eran ya pocos chicos y desganados. De los rebordes y la faldilla para cubrir la mesa se encargaban dos niñas que no tenían mucho arte, porque eran pequeñas, pero había que hacer un fruncido y se acordó por unanimidad que la aguja era cosa de chicas. Don Gonzalo se abstuvo de votar, no le gustaba meterse en disputas.

Algunos chicos le rodearon. Estaba sentado en las escaleras del altar mayor, sacando de unas cajas de cartón las figuritas envueltas en papel de periódico y separadas unas de otras por viruta fina. Se las iba entregando, una vez desenvueltas, a Victorino, que era el más cuidadoso, un chico callado, con el pelo al rape. Las miraba una por una con gesto absorto, y luego las manos de los otros se las arrebataban.

—Las ponéis donde os parezca, como todos los años —dijo don Gonzalo—, pero con cuidadito.

—Yo también quiero poner figuras —dijo la más pequeña de las niñas, una rubita con trenzas—. Es lo más divertido.

—Sí, sí, entre todos.

—Pero ella no llega, don Gonza.

—Pues ir a buscar una banqueta que hay en la sacristía.

—¿Donde queramos? ¿Las podemos poner donde queramos?

—Bueno, menos las del portal, ahí tienen que ir los inquilinos de siempre.

—No ha salido ninguno todavía.

—Ya saldrán. Están en la otra caja.

Fueron apareciendo la hilandera, el viejo que se calienta las manos ante una hoguera de palitos, las ovejas con sus pastores, el castillo de Herodes, las lavanderas de rodillas. Esas también tenían un sitio obligado: junto a la cinta de papel de plata que serpenteaba en primer término, imitando un río. Los ríos siempre corren por las zonas de abajo, a nadie se le va a ocurrir situarlos en lo alto de una montaña; pero uno dijo que también en las cumbres hay a veces un lago, que él lo había visto por televisión.

—Ya, pero no van a trepar hasta allí las mujeres para lavar la ropa. Además eso serán glaciares.

Salieron también las parejas de bailarines y los que llegan con cestas y animales en brazos para ofrecérselos al Niño Jesús. Parecían de esos parientes que vienen al pueblo de cuando en cuando y dicen «cuánto has crecido, chico», aunque ellos nunca cambian. Eran figuras de barro de las de hace cincuenta años o más.

—Ahora se hacen de plástico —dijo don Gonzalo—, esto ya tiene un valor, no creáis.

—Sí, pero las de plástico no se rompen, este molinero está manco.

—A lo mejor era manco de nacimiento.

—O se quedó manco y no lo pudieron arreglar. Antiguamente no había hospitales.

La cuestión se zanjó cuando el brazo apareció perdido entre la viruta y Victorino fue a la sacristía a buscar pegamento. Cuando volvió ya habían aparecido la Virgen, san José, el Niño y los Reyes Magos, y todos querían intervenir en la escenografía del portal. Discutían.

—Pero el buey es más chico que san José, está delante y se nota mucho.

—Pues lo ponemos detrás. Le tiene que estar echando el aliento al Niño para que se caliente.

En la iglesia hacía mucho frío. Las luces de las velas temblaban en el altar mayor y arrancaban destellos de un retablo barroco,

imponente, pero muy deteriorado.

A partir de las seis ya era casi de noche y se empezaba a barruntar nevada. Un chico algo mayor que llegó a buscar a su hermano, porque la madre lo llamaba, dijo que se había puesto el cielo color panza de burro.

—¿Me puedo ir, don Gonza?

—Os podéis ir todos cuando os dé la gana, ya os lo he dicho, Victorino me ayuda con lo último. Y si no, me apaño yo solo.

Se fueron yendo todos, no en pelotón, pero poco menos. Luego, en la calle, no sabían adónde ir, en casa también se aburrían y no tenían nada de dinero, añoraban un capitán.

Se quedó Victorino porque su padre y su madre se habían pegado una paliza de muerte el mes anterior y el uno estaba preso y la otra en el hospital. El chico prácticamente vivía con don Gonzalo, que además de no reñirle, como su abuela, le enseñaba a tocar el piano y le dejaba mirar las estrellas por un telescopio que tenía. También aprendía un poco de latín. A cambio, él le iba a algunos recados y le hacía de monaguillo. Era un chico triste.

También el pueblo era triste. La capital de la provincia estaba a veinte kilómetros y casi todos los vecinos jóvenes se buscaban trabajo allí, se abandonaban las faenas agrícolas, y el lugar se iba quedando despoblado, arrastrando esas huellas de historia semienterrada de donde los más viejos del lugar extraían alimento para sus fantasmales conversaciones. Muchas giraban en torno de la iglesia, que seguía viniendo en las guías turísticas, aunque ya apenas la visitaba nadie, porque la carretera general no pasaba por allí.

Victorino estaba muy acatarrado, tenía un poco de fiebre. Recogieron las cajas con la viruta y las llevaron a la sacristía, el chico quería alisar los trozos de periódico y guardarlos también.

—No, hombre —dijo don Gonzalo—, eso se tira. Sabe Dios de qué fecha serán esos periódicos. ¿Te vas a cenar a casa de tu abuela?

—Sí, esta noche, sí. Ha puesto besugo. ¿A qué hora vengo luego para la misa del Gallo?

Don Gonzalo le tocó la frente.

—Lo que debías hacer es meterte en la cama. No andas bueno tú. Que te cuide tu abuela.

—Que no, vengo a ayudarle. A las once, en cuanto cene.

—Como quieras, pero ponte esta bufanda.

Apagaron las velas y salieron juntos. Soplaban un viento fuerte, racheado de copos de nieve. Don Gonzalo tenía cuarenta años. Iba vestido con vaqueros, un jersey de cuello alto y un anorak azul. Se despidieron a la puerta de su casa, situada junto a una especie de almacén con puerta de cuarterones, donde había guardados muchos santos.

—Voy a echarle un vistazo a esto —dijo, mientras sacaba del bolsillo del anorak una llave grande y herrumbrosa—. No creo que hayan vuelto a robar nada. Hasta luego, Victorino.

El chico se fue por una calleja empedrada con cantos rodados, pero no tardó ni un cuarto de hora en volver. Empujó despacito la puerta entornada y asomó la cabeza. A la luz de una bombilla desnuda que colgaba de la mitad del techo, los ojos y las ropas de una serie de imágenes de distintos tamaños amontonadas en aquel recinto despedían un fulgor mortecino, a Victorino le daba miedo entrar allí, le parecían condenados, almas en pena.

—Don Gonza, que hay un señor que se ha perdido.

El cura salió detrás de un cuadro enorme donde se quemaban las ánimas del purgatorio.

—¡Qué susto me has dado! ¿Que se ha perdido quién?

—Este señor. Pase usted —dijo, volviéndose.

Apareció a sus espaldas la figura de un hombre bien plantado, con abrigo azul marino de buen paño, algunas canas, pero joven todavía, mojado de nieve.

—Buenas tardes. Perdona, no es que me haya perdido, es que se me ha estropeado el coche a medio kilómetro de aquí, voy a la

ciudad, me esperan allí para cenar y... bueno, supongo que aquí no habrá ningún taller de reparaciones.

—No, señor, aquí no hay casi de nada.

—El chico este me ha dicho que me lo arreglaría el señor cura.

—¿El coche?

—No, la situación, que él sabe dónde hay que llamar para casos así. Que sabe de todo.

—El cura soy yo, Gonzalo Palencia, para servirle. Siento desilusionarle.

—Bueno, don Gonza, hasta luego, me voy.

—Adiós, Victorino, hijo, y dile a tu abuela de mi parte que si tienes fiebre no te deje venir.

—Que sí, que vengo —dijo Victorino—. Yo no le ando diciendo nada.

Y se fue corriendo. El viajero miraba con sorpresa la escena, pero procuró ser cortés.

—No me desilusiona, padre. Hay ahora muchos sacerdotes que se visten de modo informal, la mayoría. Además, ya lo dice el refrán, el hábito no hace al monje.

—No me refería a este tipo de desilusión —dijo el cura sonriendo—, sino a que en una fecha como la de hoy, no va a encontrar absolutamente a nadie en la ciudad que le venga a echar una mano. Y mañana, menos. Tendrá que dejar el coche ahí hasta el 26, hágase a la idea.

—¿Qué trastorno! ¿Y taxis no hay?

—¿Taxis? No, hombre. Pero usted ¿qué es lo que quiere? ¿Llegar a cenar con quien le esté esperando en la ciudad?

—Sí, claro, con mi madre.

Don Gonzalo miró el reloj.

—Pues nada, no se preocupe, le llevo yo, me da tiempo. Guarézcase un momento aquí de la nieve que voy a buscar el coche. No es un Alfa Romeo, pero tira.

Era un 2 CV con matrícula antigua, aunque en buen estado. A don Gonzalo se le había ocurrido traer una lona grande para tapar el otro coche porque la nevada se estaba formalizando y no convenía dejarlo dos días al sereno sin algo de protección.

—¡Qué buenas ideas tiene usted! No sé cómo agradecerérselo. ¿De verdad no le causa trastorno acompañarme?

—Qué va. Yo, con estar aquí para la misa del Gallo, vale. Y total, para la gente que viene... No llegará a una docena, y más esta noche, con el frío que hace. Prefieren verlo todo por televisión, igual les da una misa que un programa porno que un partido de fútbol, es como antes el brasero, la tienen encendida todo el día.

Llegaron al punto de la carretera donde se había quedado averiado el coche, lo empujaron entre los dos hacia un sendero de entrada a un encinar y lo taparon con la lona. Luego el viajero cogió su maletín y emprendieron ruta a la ciudad.

El viajero estaba tenso y fumaba sin parar. Venía de Madrid. Dijo que trabajaba de asesor financiero en varias empresas y que era hijo único; aquellas visitas navideñas a su madre le apetecían poquísimo, se notaba, pero para ella sería una ofensa de muerte no recibirlas, aunque en la ciudad tenía una hermana, sobrinos, primos, sobrinos nietos, y una criada de toda la vida, o sea que no estaba sola.

—Y además, como yo le digo, mamá, pero vente a Madrid tú algún año, y te quedas un mes o todo el tiempo que te dé la gana, pero a ella de Madrid que ni la hablen, no hay quien la saque de su casa de la calle Santa Brígida, no sé los años que llevará sin hacer una maleta, es tozuda como una mula.

—Sí, claro —dijo don Gonzalo—, a las personas mayores les pasa lo que a los canarios viejos, los sacas de su jaula y se mueren.

—Ya, pero es que ella además tiene muy mal carácter, se queja de todo, y hagas lo que hagas por contentarla, te logra dejar siempre con mala conciencia. Así que a mis hijos no hay quien los arrastre aquí, naturalmente, cuando eran más pequeños todavía, pero ahora

ni poniéndose de rodillas, prefieren ir a cenar a casa de los otros abuelos; es lo primero que ella me echa en cara en cuanto me ve llegar. Ya ve, como si yo tuviera la culpa.

—¿Y su mujer?

—Estamos separados.

Don Gonzalo conducía sin quitar los ojos del parabrisas. La borrasca de nieve iba en aumento y se oía soplar el viento sobre los árboles. El viajero siguió hablando mucho rato de forma compulsiva del estrés que producen las ciudades grandes, de que tenía alto el colesterol, de que resultaba carísimo darle carrera a tres hijos, de los negocios sucios sobre los que opinaba con dosis alternativas de condescendencia y escándalo, del lío que iba a suponer la entrada en la Unión Europea, aunque por otra parte eso significaba progreso, de multinacionales, de fusiones bancarias. Todo de carrerilla y muy nervioso. De vez en cuando, entre pitillo y pitillo, miraba el perfil impasible de su compañero, que no abría la boca.

—Perdone —dijo, cuando ya estaban llegando a la ciudad—, dirá que son conversaciones poco navideñas.

—Pues más bien sí. Según tengo entendido, en Belén de dinero se hablaba poco.

—A mí es que la Navidad me pone muy nervioso, no hay quien me aguante estos días. Marisol siempre se quejaba de que soy un egocéntrico incurable, Marisol es mi mujer de antes, le aburría hablar de negocios, a las mujeres no sabe uno cómo tenerlas contentas, porque luego son las que más dinero exigen, ¿usted cómo lo ve?

—¿Cómo veo qué? Si se refiere al paisaje, lo veo turbio, ¿se da cuenta de la nieve que está cayendo? Y encima va a helar.

El viajero sonrió desorientado.

—Es verdad, qué nohecita, y usted tiene que volver todavía. No sé qué hubiera sido de mí si no caigo en ese pueblo perdido y no le encuentro a usted.

—Ya ve, así son las cosas que no se esperan. Por ejemplo encontrar algo en un pueblo perdido.

—Me maravilla su tranquilidad. ¿Cómo lo consigue?

—No esperando nada. Pero es una receta que no puede extenderse, aunque te paguen todo el oro del mundo. Se siente por dentro o no. Eso es todo. Y cuando viene algo, lo tomas como un regalo.

—Pero vivir sin esperar nunca nada debe ser bastante triste. Y más metido en ese pueblo. ¿Cuántos años lleva?

—Cuatro, y los que me echen.

—¿Y no se aburre?

—No le digo que no. Pero para esos ratos tengo el piano. Puse la condición, antes de venir, de que me dieran una casa donde entrara bien el piano, es un caserón que se estaba cayendo, pero de techos altos. Yo lo voy remediando poco a poco. El piano lo heredé de mi madre, que en gloria esté, fue ella la que me metió la afición. Esta noche, antes de la misa, me regalaré con una suite de Bach.

El viajero vio vagar una sonrisa de bienaventuranza por los labios de don Gonzalo. Le miró con envidia. Estaban llegando a la ciudad.

—Claro, es otra la dimensión de ustedes.

—¿A quiénes se refiere?

—A los religiosos. A los que tienen fe en la vida eterna.

Don Gonzalo sonrió.

—Bueno, amigo, tampoco crea que yo gasto mucho tiempo en cavilar sobre la vida eterna. Cuando toco el piano me siento eterno, pero aquí, en el sitio desde donde lo estoy tocando. Cada cual se busca sus paraísos artificiales. ¿Por qué se droga la gente? Pues porque se encuentra a gusto un rato, no hay otra razón.

El viajero se puso a tronar contra la droga, a pesar de que estaba bien al tanto de lo que eran las mafias de los poderosos, y él conocía íntimamente a algunos. Estaba preocupado con un hijo suyo, le encontraba cada día más pálido y más raro.

—Sí, también en el pueblo nuestro anda droga. Por eso tenemos encerrados en ese almacén los santos de una iglesia que se quedó sin techo cuando el huracán de hace dos años, ha habido robos.

—Es como las antiguas pestes, ¿no cree?

—Y como las guerras, y como el cáncer y como el dinero. Todo carcome. Nos tenemos que morir de algo. Bueno, ya hemos llegado. ¿Tiro a la derecha?

No volvieron a hablar más que de las calles que eran de dirección prohibida y las que no. No tardaron en verse delante de un portal antiguo y lujoso. Se despidieron allí.

—Me llamo Bruno Encinas. No olvidaré nunca este viaje, se lo aseguro. Ojalá pudiéramos volver a vernos. Me gustaría conocerle mejor.

—Se llevaría una decepción, créame. Y sería difícil además; no me conozco bien ni yo mismo.

—¡Pues, anda que yo! Yo todavía peor —dijo Bruno Encinas.

—Sí, creo que usted bastante peor —contestó don Gonzalo antes de arrancar.

La nevada arreciaba. Le dijo adiós con la mano a través de la ventanilla. Había salido el portero a cogerle el maletín. Eran las ocho menos veinte. Le daba tiempo a tocar un rato el piano antes de tomar un bocado y vestirse para la misa del Gallo. Esta noche casi no vendría nadie.

[1997]

CUENTOS ÚLTIMOS

El llanto del ermitaño

Fábula política para los olivareros de Jaén

Érase una vez un pequeño reino cuya prosperidad y recto gobierno venían decantados desde tiempo inmemorial en una serie de crónicas elaboradas por los letrados de la Cámara regia, con el visto bueno del primer Mandatario, encargado, a su vez, de pasárselas al rey, quien solía leérselas a sus hijos en voz alta cuando, de vuelta de sus viajes y cacerías, se reunía con ellos al amor de la gran chimenea del castillo, situado en un altozano y rodeado de un parque muy frondoso. Las excelencias de aquella prosa, donde se hablaba de abundancia y concordia, provocaban una grata embriaguez en el ánimo de todos los presentes.

Cuatro veces por año, doscientos emisarios reales, precedidos de heraldos, se dispersaban por las villas y lugares del reino, y desde una tarima que se montaba y engalanaba en el centro de las plazas públicas, repartían entre los vasallos un extracto manuscrito de aquellas crónicas. Los vasallos, agricultores en su mayoría, se acercaban a la tarima con gesto receloso, recogían con los ojos bajos la copia que se les tendía, y una vez llegados a sus casas envolvían con ella pedazos de tocino rancio, hacían cucuruchos para altramuces o la tiraban a la lumbre, porque ninguno sabía leer.

Un año, por el mes de marzo, se extendió por toda la comarca una peste tan espantosa como jamás se había conocido. Se

interrumpieron las cosechas, los muchachos, gritando de hambre, se entregaron a la rapiña, y hombres y mujeres andaban sueltos por los campos, paciendos cardos, hinojos y tagarninas, a causa de lo cual muchos murieron hinchados. Se llegaron a comer, hechos tasajos, los asnos que morían en los ejidos, y las enfermedades y la aflicción se propagaban como un incendio; los muertos eran tantos que no se daba abasto a enterrarlos y a muchos se los comieron los perros.

A principios de abril ya no se pudo evitar que el hedor y la pestilencia empezaran a llegar al parque real, en ráfagas que enturbiaban el aroma de los tamarindos. Cundió también la voz de que un grupo de vasallos levantiscos se habían amotinado en una villa cercana y avanzaban hacia el castillo armados de garrotes. El primer Mandatario, después de dar las órdenes oportunas para que el motín fuera sofocado, hizo traer a su presencia al hombre de quien había partido la noticia: un viejo ermitaño que vivía a pocas leguas del castillo, admirado por su sabiduría y santidad y de quien era fama que a veces mantenía cenáculo con algunos agricultores, a quienes aconsejaba en problemas de siembra, rencillas o enfermedad.

Conducido el ermitaño al castillo con custodia de cuatro guardias, y consultado sobre la solución de aquellas emergencias, dijo que le parecía llegado el momento de hablar con el pueblo y prometerle remedios para la calamidad que le afligía, pues, según su opinión, se trataba de gente tan desvalida como deseosa de escuchar palabras de corazón y buena fe.

El gran Mandatario, que desconfiaba de los contactos que el ermitaño pudiera mantener con los rebeldes, una vez escuchado su consejo, le mandó encerrar en una mazmorra, donde pasó la noche en oración, mientras un grupo de letrados, a la luz de los candelabros de oro, redactaba el discurso que el primer Mandatario había de dirigir a los vasallos, convocados con carácter

extraordinario, desde la balconada principal del castillo, y cuyo texto satisfizo a todos por su mucha elocuencia.

A la mañana siguiente, el primer Mandatario volvió a llamar a su presencia al ermitaño para que escuchara el discurso y diera su beneplácito. Le recibió en la sala de armas, vestido con uniforme de gala, y sin invitarle a que tomara asiento, comenzó a leer el texto, complaciéndose en las inflexiones de su voz segura y altisonante que subrayaba con ademanes orgullosos. Las palabras amor, felicidad y justicia salían de sus labios como piedras lanzadas al vacío. Cuando concluyó, el sudor humedecía sus sienes; dejó caer los brazos y se quedó mirando a lo lejos, como esperando el aplauso. Pero en la sala de armas reinaba un silencio sepulcral.

—¡Habla! —exclamó al cabo con irritación, mirando al ermitaño, en cuyos ojos se leía una profunda tristeza—. Te he llamado para que me des tu opinión sobre el discurso. ¿No es perfecto?

El ermitaño le sostuvo la mirada y movió la cabeza negativamente, sin pronunciar una palabra. El primer Mandatario, fuera de sí, se abalanzó sobre él y lo zarandeó.

—¡Di lo que sea! ¿Por qué? ¿Qué le falta?

El ermitaño se desprendió con dulzura, pero con firmeza, de los brazos de su agresor, que respiraba agitadamente. Hubo un silencio, volvieron a mirarse.

—Le faltan las lágrimas —dijo, al fin, el ermitaño.

Y, dejándose caer en el suelo, escondió la cabeza entre los brazos y rompió a sollozar.

Septiembre de 1977

Sibyl Vane

Ha venido Sibyl Vane. No es la primera vez, pero cada día me pilla más cansada para la polémica. Se apoya en el respaldo del sofá con ojos perdidos en el vacío y gesto lánguido. Le hago una taza de té, suspira, se levanta.

—Anda, Sibyl —le digo—, tómate el té, mujer.

Se vuelve a reclinar en el sofá, sin mirarme.

—Hasta para respirar le necesito —dice.

—Eso no es verdad —le digo sonriendo—. Estás desmesurando las cosas. Ahora respiras y él no está aquí.

—Sí, respiro —arguye—, pero respiro mal, como si una piedra me entorpeciera el paso del aire. Me gusta respirar y que me entre todo el aire del mundo, el de la primavera que se acerca, el del mar, el de la brisa de la noche, y saber que hay más reserva de aire para mañana y para siempre, que la muerte no va a llegar nunca, eso quiero.

Me deja un poco apabullada su perorata. Está ahora muy guapa Sibyl, con los ojos brillantes y el pecho agitado. Se lo digo, que su expresión ha revivido. Cuando entró estaba apagada y opaca, parecía una mujer vieja.

—Es que me gusta hablar de él —dice—. Es lo único que me gusta.

Luego se levanta y se mira en el espejo que hay encima del sofá, sonrío complacida y vuelve a su postura de antes.

—Me gustaría que él me viera ahora —dice suspirando—, contarle estas cosas que te cuento a ti.

—¿Por qué no lo haces, mujer? Eso de la reserva de aire para mañana y para siempre es muy poético y muy convincente. Seguro que lo entendería. Dices que él es una persona inteligente y que le gusta entenderlo y razonarlo todo. ¿Cómo es que no te entiende a ti?

—Porque a él no sé decirle estas cosas, solo puedo mirarle. Digo para mis adentros: «Ahora le voy a explicar lo que siento, lo que me turban sus ojos», a cada momento lo pienso, pero lo voy dejando para luego.

Miro a Sibyl, que ha empezado a sorber su té y parece ahora una niña pequeña, le acaricio las puntas de los dedos.

—Si estuviera él aquí, ¿te tranquilizaría? —le pregunto.

—Sí —dice—, con tal de que te quedaras tú también y me dictaras lo que le tengo que ir diciendo, protegida por el tacto de tus manos.

Nota a la edición

Para el que no lo recuerde, le refrescaré la memoria sobre la heroína literaria que dio pie a mi fantasía para escribir este breve relato, del que no me acordaba, y que he encontrado perdido entre las páginas de un viejo cuaderno, fechado en febrero de 1975.

El nombre de Sibyl Vane aparece fugazmente en las páginas de la famosa novela de Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Dorian se enamoró ardientemente de ella, al verla representar el papel de Julieta en un modesto y mal iluminado teatrillo de Londres, por entrar en el cual pagó una guinea. La encontró sagrada y divina. Posteriormente, cuando, después de haberles hablado de ella en términos encendidos a sus amigos, decidió pedirla en matrimonio y

comprobó que Sibyl no solo correspondía a su amor, sino que era la primera vez que se enamoraba de un hombre, volvió a verla actuar en compañía de lord Henry. La decepción de Dorian Gray y de su amigo fue total. Sibyl Vane, una vez que había conocido de verdad el amor, interpretaba a Shakespeare de forma desmañada, torpe y artificial. Julieta se había convertido en una muñeca de madera. Y la Sibyl Vane enamorada dejó de interesar a Dorian Gray y de enardecer su imaginación. No daba forma ni sustancia a las sombras del arte. Era una criatura vulgar, sin secreto. Y el cruel Dorian Gray la apartó de su vida.

[Donde acaba el amor]

—Cuando llegas al muro donde acaba el amor, ya no hay escapatoria —dijo mientras lo escalaba trabajosamente, desafiando los cristales rotos incrustados en su cumbre y se dejaba caer al otro lado. Se miró un momento las manos ensangrentadas y luego echó a correr, sin preguntar adónde iba, por la llanura estática, yerma e infinita.

[h. 1983]

Flores malva

He dado muchas vueltas al bolígrafo entre los dedos antes de decidir qué palabra pondría la primera para iniciar este relato. Ya me he visto otras veces en una situación semejante, según miraba el bolígrafo lo pensaba, es un respeto por la letra escrita que debe venir de aquella manía escolar de los cuadernos de limpio. No se atreve uno a hollar el papel, como si lo que queda escrito fuera más definitivo que lo que se habla, o comprometiera más. Cuando se habla, se pueden decir las mayores vaguedades y quedarse uno contento, hasta creer que le ha comunicado algo a los demás, sobre todo si sus rostros reflejan aquiescencia. Pero yo no tengo ningún rostro delante del mío.

En este lapso de tiempo en que he estado mirando el papel sin mancharlo con una sola letra, me he aferrado, como único dato valedero para justificar mi necesidad de ponerme a escribir, a una imagen muy nítida pero desvinculada de cualquier argumento: flores malva.

Estas dos palabras (flores malva) las he encontrado apuntadas en un paquete de pitillos vacío que venía fumando hace una semana en el tren, y no las quería volver a mencionar hasta entender por qué las apunté. Al copiarlas ahora, me he quedado a disgusto. He sucumbido a la tentación de pasarlas a limpio, y ha sido como hacerlas ingresar en un museo de cera. Me justifica de momento, pero me hace perder el hilo de la pesquisa.

Ahora solamente soy capaz de recordar que esas dos palabras escritas en el paquete de Winston se relacionan con un sueño que

tuve en el tren. Era un sueño cargado y tortuoso del que no me ha quedado absolutamente ninguna imagen. Pero sé que al despertarme de él había perdido todo tipo de referencia y ni siquiera reconocía aquel recinto como vagón de un tren, así que mucho menos podía saber por qué viajaba en él, de dónde venía ni adónde me dirigía. Y en medio de aquella sensación tan intensa de extrañeza, que ningún objeto de los que abarcaba mi vista era capaz de quebrar, miré por la ventanilla y vi una ladera primaveral cuajada de flores moradas, supongo que serían matas de cantueso. Y de repente aquello era lo único que significaba algo muy importante, todo mi ser se encabritó de esperanza, como abriéndose de forma intuitiva pero segura a un mensaje adecuado al propio grupo sanguíneo, dirigido al cerebro, al tacto, a las papilas gustativas, a los deseos y recuerdos más escondidos. Un mensaje que daba en el blanco. ¿Pero en qué blanco?

Enfrente de mí iba sentado un viajero gordo, con gafas de concha, que se esforzaba por resolver un crucigrama y de vez en cuando me hacía preguntas sobre un río francés o un dios azteca. Le pedí el bolígrafo un momento y apunté las dos palabras como si me agarrara a un clavo ardiendo. Luego se lo devolví, le di las gracias y seguí mirando por la ventana. No sabía que acababa de disecar las flores.

—Yo también tengo muy mala memoria para los recados —dijo el hombre gordo—. Pero como lo deje usted en ese paquete de pitillos, se le perderá. A mí me pasa siempre.

—No se preocupe. Muchas gracias. Ya lo pondré en limpio.

Siguió hablando conmigo, pero yo no le oía. Nada había seguro ni estable, nada era verdad, solo cabía tomar tierra en aquellas flores. Mirarlas era como resucitar, como oír una música que me gustaba y me inyectaba consuelo. No podía imaginar nada más mío. Me quedé con los ojos ávidos prendidos de aquella ladera ondulada, que se veía a través de la ventanilla, a la cual sucedió otra y luego otra, interrumpidas a veces y vueltas a surgir durante un buen rato,

generosamente, demorándose al cabo en tramos de arboledas oscuras, de arroyos, de cercas, de caseríos, escaseando luego poco a poco, hasta que por fin todo mi organismo se quedó definitivamente a oscuras en aquel vagón sin aire, sin pasado, presente ni futuro. Y, perseguida por la conversación deslavazada de mi compañero, seguí avizorando ya en vano la ventanilla, reducida a la angustia de evocar aquellas oleadas de color malva y de intentar desentrañar su significado.

Han debido pasar más de dos horas desde que me metí aquí y cerré la puerta. De hoy no pasa, me he dicho ante el papel en blanco. Voy a hacer un esfuerzo. No se trataba, como otras veces, de un propósito más o menos literario. Hoy, romper a hablar de las flores malva, a decir lo que fuera sobre ellas, me parecía una cuestión de vida o muerte.

Pero está claro que las cuestiones de vida o muerte se desustancian al intentar fijarlas con buena letra en cuadernos de limpio. Después de dos horas es lo único que he entendido. Qué le vamos a hacer.

[1988]

Y UN CUENTO AUTOBIOGRÁFICO

El otoño de Poughkeepsie

A la habitación encristalada, que tiene dos camas con colcha roja, se accede por otra mucho más grande y totalmente vacía, con el suelo cubierto de trapos sobre los que reposan botes de pintura y una escalera apoyada contra la pared. La he recorrido varias veces para ir llevando ropa a los dos armarios como casitas con estantes que se iluminan tirando de un cordón a modo de cadena de retrete. El baño también está a medio pintar y con trapos por el suelo. Se ve que no les ha dado tiempo a rematar las obras en el apartamento antes de mi llegada. El pintor ya se ha ido hace un buen rato, pero volverá mañana y pasado, según he entendido. Son las seis de la tarde, veintiocho de agosto y estoy sola, más sola que lo que he estado nunca en mi vida, rodeada de silencio, de muebles desconocidos, que se apilan en este cuarto encristalado del fondo donde voy a dormir durante varios meses.

He sacado del equipaje mis libros y cuadernos y los he colocado de forma provisional, sin creermelo mucho que me vayan a servir para algo, sin creermelo mucho nada de lo que me pasa ni de lo que veo. Tal vez por eso mismo necesite apuntarlo. Veo un bosque, estoy perdida en medio de un bosque. Tal como suena, no es una metáfora. Me he quedado un rato tumbada sobre una de las camas de colcha roja, después de deshacer las maletas, y la visión de los árboles tupidos y corpulentos que rodean esta casa se me imponía como una evidencia falaz e incomprensible. He encendido una lámpara, porque empieza a oscurecer. En la habitación contigua,

que es la que está vacía, no hay luz. Lo que más me fascina es la habitación vacía. Es lo que siento más verdad de todo.

Leo en Simone Weil: «Si nos consideramos en un momento determinado —el instante presente, desligado del pasado y del futuro— somos inocentes. En ese instante no podemos ser más que lo que somos. Aislar así un instante implica el perdón». Siempre que abro al azar este libro tan gastado, tan subrayado, *La pesanteur et la grâce*, que desde hace años viaja conmigo a todas partes, me encuentro exactamente con la frase que más a cuento viene, que más estaba necesitando. Es un milagro al que nunca me acabo de habituar. Por eso precisamente es un milagro. Que siempre cría otros, además. Por ejemplo, doblados dentro de una de las solapas de la funda de tela negra con que preservo este libro tan deteriorado, encuentro unos papeles que escribí en Madrid hace pocos días. Creí que los había dejado allí, perdidos entre tantos otros.

El verano ya va de retirada, aunque se empeñe en asustarnos con sus últimos coletazos, y la luz de las siete de la tarde se encarniza en la teja, el ladrillo y el cemento, en los bloques lejanos de Moratalaz, en la silueta más cercana del pirulí de televisión, cuya aparición me sobresalta siempre, en los jardines inútiles de las terrazas que de mala gana sube a regar un portero o una vecina porque los dueños están de veraneo. Y este paisaje urbano, estremecido de vez en cuando por el pitido de una ambulancia que cruza Doctor Esquerdo es como un ancla rara a la que se agarra mi corazón. Me he instalado en su cuarto, en su mesa. No puedo hacer otra cosa que estar aquí, donde me pilló la cornada, aguantando a pie quieto, mientras ordeno el caos poquito a poco, qué verano tan largo, qué avanzar tan penoso el de las horas arrastrándose por las habitaciones de esta casa donde nunca volverá a oírse la llavecita en la puerta ni su voz llamándome por el pasillo.

«Es la casa más bonita del mundo —decía— en ningún sitio se está más a gusto que en esta casa, todos mis amigos lo dicen»; entraban y salían, se quedaban a dormir, preguntaban unas señas por teléfono, dejaban equipajes y recados, yo apuntaba recados en papeles dispersos que a veces se perdían, un tal Tito, el del perro, Pepe desde Valencia, Antonio dos veces, no sé a qué hora vendrá, sí, sí, yo soy su madre, no, Carlos tampoco está, pues no tengo ni idea, en casa de su padre no creo porque acaba de llamar preguntando, y qué quieres que te diga, también yo tengo que verla; todos querían verla, lo necesitaban urgentemente, a cada momento, le hacían reproches. ¿Cómo has tardado tanto? Se repartía entre todos, desaparecía, reaparecía, era el centro de todos. Pero el suyo era este, su cuartel general y yo protestaba a veces de tantos recados ajenos que se mezclaban con los míos, de tanta ropa desordenada, de tantos objetos y papeles por el medio, de aquella invasión de vida, protestaba, ya ves tú.

Aparecen planos de ciudades, tarjetas postales, multas del coche, facturas extrañas, papeles con recados, fotos de carnet, pósters enrollados y polvorientos, tubos vacíos de medicinas, billetes de metro y de lotería, librillos de papel de fumar, cajitas que contienen objetos descabalados, carretes de hilo con aguja pinchada, collares y pulseras, cartas arrugadas, frasquitos de esmalte ya seco de uñas, lapiceros, dibujos, collages, barras de labios, sacapuntas, borradores de traducción, agendas y cuadernos, papeles y cuadernos, apuntes y cuadernos, muchos sin empezar o con una hoja escrita, se los traía yo de mis viajes para incitarla al orden, amaba los cuadernos bonitos como nada en el mundo, pero luego escribía casi siempre en folios volanderos. Nunca ordenaba nada, nunca tiraba nada, nunca acababa nada.

Se confunden en un abrazo convulso sus papeles con los míos, los busco, los huyo, me derriban de bruces, ya no sé lo que busco ni lo que quiero, pero sigue implacable la masa de papeles, llovidos desde el ocho de abril, cartas de pésame, facturas del hospital,

liquidaciones de Lumen y Destino, recibos del teléfono, una tesina sobre Entre visillos, fichas de la hemeroteca, notas sobre los cuentos de Aldecoa. En este montón de la derecha creo que dejé las cosas que tengo que llevar a América. Ya no las veo. ¿Dónde he puesto ahora las gafas?

No sé para qué escribo, si odio los papeles, si lo que más querría es prenderles fuego a todos, caos proliferando sobre caos, pretensión de escapar de los escombros de la letra muerta por un puente precario de palabras igualmente abocadas a morir, a clamar en desierto. Es como resistir en el remolino de una tempestad, condenada a velar por mi supervivencia y por la de cientos de papeles que vuelan sin designio en torno mío a impulsos del ventilador, se esconden y transforman, se desvanecen tragados en cajones imaginarios, me impiden las brazadas que tal vez podría dar para avanzar. ¿Y crees, pobre de ti, que avanzar es seguir con la pluma en la mano?

Dentro de una semana me marchó a Nueva York. Y de allí a Vassar, a dar un curso de cuatro meses sobre el cuento español contemporáneo. Cerraré esta casa y no quedará nadie en ella. Por primera vez en mi vida no podré llamar a través del océano al 2745644 porque nadie cogerá el teléfono para decirme, ¡qué alegría oírte, qué voz tan bonita tienes! En Vassar me han buscado un apartamento, me lo ha dicho por teléfono una señora que se llama Patricia Kenworthy, voz eficaz, serena, mesurada, que no me preocupe, que ellos lo arreglan todo, que irá a buscarme a Nueva York Andy Bush, usted ya lo conoce, es el que leyó hace dos años en Vassar la traducción de El cuarto de atrás, recuerdo vagamente que tenía barbita y que era rubio. No me entra en la cabeza que me vaya a ir de aquí, cierro los ojos y trato de creérmelo. Veo un bosque y una habitación en medio de él limpia de papeles y de recuerdos, vacía, completamente vacía.

Los maleteros de Kennedy Airport son gente mala. Yo no digo que no tengan sus razones, pero son más malos que un dolor; ya me había fijado en mis otros viajes a Nueva York, que esta es la séptima vez que vengo, pero tal vez nunca había probado de forma tan intensa la sensación de despiste y de agotamiento, la necesidad de que alguien te haga caso y te eche una mano. Ya le parece a uno un milagro pasar el control de pasaportes, después de hacer aquella cola tan larga y que el tipo de la ventanilla no levante sus ojos impasibles para ponerte alguna pega o decirte algo que no entiendes muy bien pero que siempre se relaciona con que te falta un papel. Luego viene el safari de bajar escaleras y recorrer pasillos interminables con los dos bultos de mano a cuestas, entre los empujones de la gente, pillar un carrito libre y esperar, siempre con la misma desconfianza, a que aparezcan los perfiles amigos de tus maletas entre todas las que corren serpenteando por la cinta metálica, más larga que un día sin pan, seguro que se han perdido, cómo van a aparecer. Pero lo peor viene cuando, después de pasar la aduana, tienes que descargar todos los bultos, porque fuera de aquel recinto ya no dejan sacar el carrito. Total de ese recinto al de fuera, donde está la gente esperando a los viajeros, no hay un trecho muy largo, pero me olvidé de traer el portaequipajes con las ruedecitas y no tengo cinco manos para cinco bultos. Ahí es, lógicamente, cuando tendrían que dar facilidades los maleteros, pero nada, que te crees tú eso, pasan de largo o todo lo más farfullan que vayas a buscar a otro, fuera, que te quites de allí, que estás entorpeciendo la salida, hablan al vacío, según pasan, como si protestaran entre dientes de haber tropezado con una bolsa de basura y tú «sorry», y les sigues un trecho a trote de gallina, y ellos impasibles y altivos, sin mirarte, de largo, y si acaso te miran se nota que se alegran de tu gesto alterado y suplicante. Supongo que en eso consistirá su venganza por las muchas humillaciones que habrán tenido que sufrir en la vida, y también comprendo que si se

apiadaran de todo el mundo que se dirige a ellos preguntándoles algo no darían abasto; la imperturbabilidad es su única coraza, generalmente gente de color y ya muchos con canas.

Por fin logré que uno me cargara el equipaje con el de una señora portuguesa, que llevaba no sé cuánto rato en mi misma situación, y encima con una niña de la mano, pero antes de llegar a la puerta de dos hojas al otro lado de la cual se congrega el ingente rebaño de los que esperan a alguien, salió corriendo detrás de mí un empleado muy antipático al que había que enseñarle un papel, que por lo visto no me habían sellado, y yo sin dejar de correr detrás del maletero y de la señora portuguesa, porque los perdía, y llevo en esas maletas todas mis fichas de los *Usos amorosos de la postguerra* y mis libros y alguna foto adorada, y el otro corriendo detrás de mí, agarrándome por un brazo, y yo ya me puse histérica y me eché a llorar y nadie se apiadaba de lo mal que lo estaba pasando porque había perdido de vista al maletero, y encima no veía a Juan Carlos Eguillor entre aquel follón de personal, y yo gritando Juan Carlos, Juan Carlos, sin saber a quién me dirigía, y sin volverse nadie, buscando a ciegas a alguien que se le pudiera parecer en medio del tumulto, porque aquello era un mar de caras a la expectativa y de brazos esgrimiendo pancartas o agitándose. Y no tuve más remedio que volver a entrar con el empleado para arreglar lo del papel porque me agarró por un brazo como a un delincuente y me daba vergüenza debatirme; lo del papel fue cosa fácil, nada, poner un sello, y luego de pronto cuando ya estaba desesperada, mis maletas y mis bultos volvieron a aparecer misteriosamente en el mismo sitio donde los tenía al principio, cuando me encontré con la portuguesa, no sé por qué los habían traído allí. Pero, bueno, las había recuperado y además tenía aquel papel ya sellado en la mano, era como volver a empezar igual que antes, sentir el mismo calor, la misma sensación de vértigo, los mismos empujones, pero comprendiendo que no estaba sola, que me hacían compañía mis maletas, cosa que antes no sabía.

Siempre puede haber algo peor, y lo peor de todo es perder la cabeza, no vivir cada tramo de la vida, hasta los más espantosos, con la mente serena y la mirada alerta, procurando apreciar lo que se tiene, lo poco o mucho que nos queda. Una viajera con chaqueta a rayas, que aterriza sana y salva en Kennedy Airport y que tiene la suerte de no haber perdido su equipaje, solamente puede quitarle importancia a sus problemas, incluido el miedo de no encontrar al amigo que ha prometido venir a esperarla, si mira con atención alrededor y se considera formando parte del movedizo espectáculo que tantas veces ha contemplado fascinada, pero sin intervenir, desde una butaca del cine, eso es lo único que calma, considerarse una viajera más entre los miles de viajeros que llegan esa tarde a Nueva York y se dispersan con el rostro apurado en direcciones contrarias, rozándose sin conocerse, cada uno atento a su equipaje y concentrado en sus problemas, que no tienen por qué ser más llevaderos que los de la mujer de la chaqueta a rayas. Y ahora la cámara la enfoca a ella. Se ha apoyado en la pared, abre el bolso beige y recuenta sus papeles, no ha perdido ninguno. Se pone a leer una carta escrita en papel amarillo. «Te iré a buscar al aeropuerto —dice—, nada me puede producir más alegría que, no solo recibirte, sino verte llegar. En el apartamento en que ahora estoy hay sitio de sobra. A pesar de que es muy pequeño, es muy acogedor y sorprende la cantidad de gente que puede dormir en él. Si tienes que ir el 28 a Vassar, puedes quedarte unos días aquí, hasta esa fecha. Eres una de las personas de las que siempre me acuerdo, la compañera ideal para descubrir una ciudad, y me encantará pasear contigo por Nueva York».

Al levantar los ojos de la carta, el empleado antipático, que no resultó serlo tanto, me estaba haciendo señas desde lejos indicándome que me mandaba un maletero. Cuando, nada más salir, descubrí a Juan Carlos que se abría camino entre la gente agitando los brazos, y corría a mi encuentro, me pareció que el cielo me mandaba a un ángel. Nunca me ha sabido mejor una Coca-cola.

Vivir sola completamente en una casa en medio del bosque, donde solo tres veces en tres días ha sonado el teléfono, es algo muy balsámico, aunque la misma extrañeza que me produce le dé a todo lo que hago y lo que veo un tinte irreal. Lo más raro de todo es lo de los psiquiatras, pero ya me he acostumbrado también. Resulta que este edificio, señalado con el número 17 en el plano del campus de Vassar y que se llama Metcalf Hall, tiene algo de clandestino, de casa de citas diurna, y yo debo guardar celosamente el secreto de todo lo que vea o lo que oiga de mi puerta para allá, olvidar los rostros que atisbe al cruzar por el porche o subir las escaleras. Me lo han encarecido mucho.

Aquí en Norteamérica es bien sabido que todos los disturbios del alma transcurren en sordina, son un tema tabú, excepto para tratarlos en los libros o confesárselos al psiquiatra, y resultaría muy violento, por ejemplo, para un alumno mío, que yo le dijera en clase: «Yo creo que a ti te conozco de vista, ¿no entrabas tú el otro día en Metcalf Hall cuando yo salía?», sería una metedura de pata horrible, por favor no se te ocurra. Yo le he jurado a Patricia Kenworthy, la jefa de mi departamento, que es la que más me ha insistido en el asunto, que no se preocupe, que no diré nada, que a mí me da igual y que paso completamente de locos, pues a buena parte vienen. Pero es que además ni me encuentro con nadie ni se oye nada. Debe ser que hasta el lunes no empieza oficialmente el curso y no hay pacientes. Lo cual no impide que me sienta ligeramente intrusa en el piso primero izquierda de este edificio que, por ahora, me parece deshabitado. En el apartamento que yo ocupé no debía vivir nadie hace tiempo, o lo tendrían para algún evento, por eso lo estaban pintando cuando vine, pero ahora me doy cuenta de que a los psiquiatras no les debe hacer mucha gracia que me hayan metido aquí. Son dos, por ahora son dos, los conocí nada más

llegar, la misma tarde que conocí al pintor, y me miraron raro, como algo incómodos, pero yo entonces estaba tan aturdida del viaje que no entendí nada. Voy atando cabos despacio, como a cámara lenta.

En el apartamento de Juan Carlos se estaba muy a gusto, se respiraba una mezcla muy grata de orden y desorden, de calor humano, de cobijo y provisionalidad, lo más neoyorkino que pueda imaginarse. Está en la calle 51, East Side, entre la 2.^a y la 3.^a Avenida, un barrio que yo conocía poco.

Aquella tarde, sábado, hoy hace exactamente una semana, después de dejar el equipaje en su casa, nos fuimos caminando hasta East River cruzando un puentecillo metálico sobre la autopista. Estaba atardeciendo y corría un viento húmedo. Nos acodamos en una barandilla que hay allí a mirar el río, y Juan Carlos dijo que él viene mucho porque le recuerda la ría de Bilbao. Yo no podía ni hablar, hacía tantos meses que no respiraba así, sin pensar en nada, sin angustia, dejándome invadir por el presente. Reconocí, enfrente, Roosevelt Island, y a la izquierda Malborough Bridge con su transbordador donde sospecho haber montado en uno de mis primeros viajes a Manhattan, tal vez con Philip Silver, pero lo recordaba vagamente y sin prestar crédito a aquella imagen descabalada, como si lo viera todo desde la otra orilla del río Leteo, un anuncio gigante de Coca cola en letras rojas y aquel vago olor a mar y los coches pasando debajo de nosotros. Descansa un rato al fin, cierra los ojos, anda, suelta el fardo, estás en Nueva York, alguien te ha recogido. Vive la tregua.

De esta estancia mía en Manhattan recuerdo sobre todo ese paisaje y un paseo a la mañana siguiente por las calles desiertas, encajonadas y sombrías de Wall Street. Era domingo y estaban todas las oficinas cerradas, montones gigantescos de bolsas de basura, ni un alma por las calles. Se puso a lloviznar y cogimos el

ferry que lleva a Long Island, bordeando la Estatua de la Libertad. Ahora la están arreglando y la tienen recubierta por unas mallas de alambre con andamios. La libertad en jaula. Vaya por Dios.

Pero Manhattan era, más que ninguna cosa, volver al apartamento de Juan Carlos y comprobar que mis maletas seguían en el pasillo, entrar, tumbarse en la cama, sacar una naranjada de la nevera, darse una ducha, mirar la televisión, cambiando de canal con el mando a distancia, bajar a comprar una ensalada de espinacas, tomate y remolacha, sentir que se puede estar sin pensar en nada, dormir. La habitación tenía tres espejos y daba a una especie de callejón con árboles. Era bastante oscura y calurosa, porque no refrescó nada en aquellos tres días, a pesar de la lluvia; a veces poníamos el aire acondicionado, pero hacía mucho ruido.

Juan Carlos se ponía a dibujar, de espaldas, en el pupitre inclinado, y hablaba conmigo. Ha inventado una historia de una niña de Brooklyn con impermeable rojo, que los viernes va con su madre a llevarle una tarta de fresa a su abuelita que vive en Manhattan. Una noche se atreve a ir ella sola y desde ese momento se convierte en una especie de Caperucita Roja perdida en Nueva York y se encuentra al rey de las tartas que es el lobo. Me enseñó algunos de los dibujos que tiene, que son preciosos, pero la historia no la sabe escribir. Yo empecé a dictársela de otra manera, nos pusimos a escribirla juntos y se nos ocurrían muchas cosas nuevas entre los dos, nos reíamos mucho, ¡qué majo y qué divertido es Juan Carlos! Me ha dado los papeles para que yo siga escribiendo por donde quiero, pero es que, desde que he llegado aquí, la historia se ha transformado en otra. Anoche salí al bosque, que estaba desierto, y lo pensaba, mirando los edificios que se ven encendidos entre la espesura. Ahora soy yo la que tengo que orientarme en este bosque, la niña de Brooklyn pertenece a otro texto, Caperucita Roja soy más bien yo y ando atenta a la aparición fugaz de los lobos, disfrazados de psiquiatras.

De noche nunca vienen. De noche estoy yo sola. Pero las habitaciones de abajo y del otro lado de mi puerta las dejan todas abiertas, y si tengo insomnio puedo salir de mi apartamento y recorrerlas con total libertad. Es una tentación que me da algo de miedo, pero me excita y no soy capaz de resistir a ella. La puerta de abajo está cerrada siempre con llave, solo yo la puedo abrir desde dentro, pero la escalera queda iluminada con un letrero rojo que dice exit.

Atravieso el pasillo donde está mi cocina y un cuarto de trastos y salgo con cierto recelo al reino de los psiquiatras, entro y salgo en los despachos, en las salas de espera, en los baños, en la cocina, en la recepción. Nada. Todo vacío. Yo creo que lo dejan abierto con el fin de tentarme, a modo de añagaza, para ver si les robo algo, o detectar mi comportamiento. Miro alrededor, levanto con cautela los cojines, tal vez tienen puestos en algún rincón oculto micrófonos o aparatos sofisticados de televisión, para registrar, a través de este deambular mío nocturno por las estancias vacías, la curva de mis humores, con el fin de poder dictaminar luego si su vecina, la profesora española, se está volviendo loca o no. Me gustaría poder contarle esto a Juan Carlos, saldría un cuento bonito. Me acostumbré mucho a hablar con él y ahora lo echo de menos. Yo creo que me he puesto a escribir solo para contar lo de los psiquiatras.

El bosque ha dejado de ser un bosque misterioso para convertirse en un campus universitario por el que ya me oriento bastante bien y que recorro en todas direcciones, unas veces a pie y otras en una bici muy elegante y ligera con faro rojo atrás que me ha prestado Olga, la mujer de Andy Bush. La bicicleta, por ahora, la guardo en mi despacho de Chicago Hall, el edificio donde doy las clases. Lo he reconocido al verlo. Hace dos años vine desde Nueva York a dar

una conferencia aquí, con motivo de la reciente publicación de *El cuarto de atrás* en versión inglesa. Me había invitado Randolph Pope, el jefe del departamento de español que había entonces, a quien yo conocía de otro congreso en Houston, y habíamos quedado por teléfono en que estaría esperándome en la estación de Poughkeepsie; eran dos horas de viaje.

Yo cogí el tren en Nueva York, me senté junto a una ventanilla, saqué un cuadernito del bolso y me puse a escribir, ya no recuerdo lo que escribiría, posiblemente impresiones de aquellos días en Nueva York, son notas que luego no sirven para nada, pero en el momento parece muy urgente tomarlas, no sé cuántos cuadernos tendré metidos en cajones por Doctor Esquerdo con apuntes garabateados a toda prisa en trenes y autobuses o durante mis viajes por Estados Unidos. De lo que sí me acuerdo es de que iba tan ensimismada escribiendo que no me enteré de que el tren se había parado en una estación desconocida, y decían algo por un altavoz. Cuando levanté los ojos, estaba sola en el vagón, miré extrañada por la ventanilla «CrotonHarmon» y vi que en aquel momento estaba arrancando otro tren. Para llegar a Poughkeepsie, tenía que haberme bajado allí como todo el mundo, y hacer transbordo en aquel tren; hasta dentro de dos horas no pasaba otro con el mismo destino. Me lo explicó desgadamente un empleado gordo que recorría los vagones vacíos, y al que al principio no le entendía nada. Ni él a mí. Yo le explicaba mi caso, le contaba que me estaba esperando un profesor en la estación de Poughkeepsie y él se encogía de hombros: «Lo han dicho por los altavoces», se limitaba a afirmar. Tenía los ojos saltones y me miraba con cierta sorpresa. Cuando llegó a un superficial entendimiento de mi problema, me sugirió que tomara un taxi y yo le ofrecí una propina si me acompañaba a buscarlo. No me acuerdo nada de aquel pueblo, ni siquiera de cómo se llamaba, solo de que la parada de taxis no estaba tan cerca y de que el hombre gordo me precedía por

caminos en cuesta sin decir una palabra, mientras yo miraba apurada el reloj.

Por fin me encomendó a un taxista negro, el primero de una fila de coches oscuros que estaban parados en la calle bordeada de setos. «This lady is going to Poughkeepsie, she is in a hurry»; el taxista me dijo que me cobraría cincuenta dólares, tenía cincuenta y dos, los dos se los di al empleado que se quedó allí inmóvil, mirándolos. Supongo que le parecería poco, a lo mejor no, aquí es que no sabe uno cómo acertar con las propinas. Así llegué aquella mañana de noviembre, pronto hará dos años, conducida por un taxista corpulento malencarado y totalmente silencioso, a la estación de ferrocarril de Poughkeepsie, un cuarto de hora después del tren que había perdido. Naturalmente, Randolph Pope ya no estaba y yo no tenía ni idea de si la universidad de Vassar quedaba lejos o cerca de aquella estación. El taxista me dijo que no quedaba demasiado cerca y que además Vassar es un espacio enorme donde no resulta tan fácil orientarse porque hay muchos árboles, caminos y edificios; me vino a decir, en fin, y en eso tenía razón, que era un bosque por el que puede uno perderse, y que si me iba a servir de guía por el bosque, me tendría que cobrar algo más.

El bosque está rodeado de una tapia baja y la entrada principal tiene un arco custodiado a derecha e izquierda por dos garitas donde montan guardia unos porteros sentados. No tenían ni idea de dónde estaba el departamento de español, necesitaban saber el nombre del edificio, porque aquí todos los edificios llevan nombre, como las personas, resulta tan escandaloso y absurdo preguntar, así sin más, por una clase donde se enseña literatura española como preguntar por un alumno que estudia ruso sin saber su nombre, piensan que estás loco. Así que, claro, tuvimos que dar muchas vueltas y preguntar muchas veces, casi todas sin fruto, hasta dar con Chicago Hall, donde ahora tengo mi despacho y guardo mi bicicleta. Randolph Pope ya no está ahora de *chairman*, lo han trasladado a la universidad de St. Louis, pero entre algunos

compañeros del departamento queda memoria aún de aquella llegada mía preguntando por Randolph y pidiéndole cinco dólares a una secretaria, seguida a pocos pasos por un negro de gran estatura que nos miraba con desconfianza. Ya había cundido la noticia de mi desaparición y estaban telefoneando a Nueva York para saber qué me había pasado.

El que mejor se acuerda de esta historia y a quien más le divierte es Andy Bush, el profesor de la barbita rubia, y vinimos evocándola hace unos días cuando me trajo en coche desde Nueva York. «¡Qué viaje tan distinto este!», pensaba yo reclinada cómodamente en mi asiento junto al suyo, mientras miraba desfilas a la derecha e izquierda un paisaje apacible de praderas y árboles, protegida por el cinturón de seguridad, con todos mis papeles en regla y el equipaje indemne.

Había ido a buscarme al East Side, había subido a casa de Juan Carlos, habían cargado el equipaje entre los dos, y yo le vine hablando de Juan Carlos, de la compañía tan maravillosa que me había hecho, de cuando trabajábamos juntos hace años en *Diario 16*, poco después de morir Franco, y nos íbamos de copas con Jubi, Nacho, Miguel Ángel y Carlos Semprún, de las transformaciones que se han operado de entonces acá en la vida de Madrid, de política, de tertulias, los americanos siempre preguntan por las tertulias, es una palabra que les fascina porque la leen mucho en los libros sobre la generación del 98 y la del 27, les cuesta entender que ahora Madrid se ha vuelto una ciudad más híbrida y revuelta donde ya no abundan las tertulias sosegadas y que hay mucho paro y mucho atraco y mucho travesti y mucho local nuevo con decoración extravagante, y que la gente de letras se disfraza de posmoderna y corre la heroína y los jóvenes pasan de todo y que ya casi nadie se apunta más que al dólar. Pero como ellos van a cursos de extranjeros y oyen cantar a los de la tuna el «Clavelitos» por las calles de Santiago de Compostela y toman tapas de pulpo y pinchos de tortilla, te miran con incredulidad cuando les hablas algo de estas

cosas, Spain is different, anyway, Spain is wonderful, no les sacas de ahí. Y además es verdad, yo no digo que no sea wonderful, qué más da, está ya uno un poco mareado para opinar tajantemente sobre nada, demasiada saliva se ha gastado en tertulias desde el 98 para acá discutiendo si hay que europeizar España o españolizar Europa, tinta y saliva sin tasa, y total para qué.

Andy Bush acaba de dirigir un curso para extranjeros en Miguel Ángel 8 y algo ha percibido, por comentarios leídos o escuchados, de los últimos traspiés del gobierno socialista. Quería saber mi opinión al respecto y yo le contestaba con vaguedades, porque ahora de repente lo veo todo con mucha distancia y creo que una de las cosas que pueden contribuir a apaciguar mi ánimo maltrecho es no comprar *El País* durante algunos meses, olvidarme de Boyer y la Preysler, no tener noticia alguna de cómo se reincorporan los ministros del nuevo gabinete socialista a sus respectivos despachos, después de la tregua del verano, uno que viene de la Costa Brava, otro de Ibiza, otro de Marbella, todas las revistas ilustradas de este verano los traían retratados en fiestas o en barcos de lujo o pescando sardinas, y a sus hijos, y a sus mujeres, modernos, deportivos, en short, pero la procesión irá por dentro, a ver cómo se las arreglan ahora al volver al despacho, pues que no queda tela ni nada, lo tienen crudo. Mucha retórica parlamentaria le tendrán que echar al asunto, pero ya no convencen a nadie, basta verle la cara a Felipe González, no se lo cree ni él.

De todas formas, despotricar del propio gobierno es algo que solo podemos hacer los españoles con otros españoles para que resulte un poco divertido, llevamos siglos haciéndolo, es el deporte nacional por excelencia. Aquí eso no se estila. A Reagan ni lo nombran siquiera, nadie le saca nunca a relucir ni para bien ni para mal. Se lo comenté a Andy Bush. Le conté que el año pasado, durante mi estancia en Chicago, había asistido, todo a lo largo de Michigan Avenue, a un desfile muy espectacular y nutrido a favor de Mondale con motivo de las elecciones de noviembre, y que luego en días

posteriores había seguido muy interesada por televisión todos los debates de aquella campaña, pero que me había extrañado mucho que a la mañana siguiente de la victoria de Reagan nadie, ni en clase, ni en la calle, ni en el autobús, ni en los cafés, comentara absolutamente nada, pero nada de nada, yo no me lo podía creer, es que nadie decía ni pío, como si no hubiera pasado nada. Madre mía, si una cosa así llega a pasar en España, qué semana la siguiente, y él me dijo, claro, que por eso le gusta tanto España, porque allí todo el mundo te da conversación.

«Debe ser por eso por lo que no arreglamos el país, por tanto hablar», le dije yo. Y él se rio mucho. Total, que llegamos a Vassar sin darnos cuenta, y con tanta tertulia y retahíla, no le había preguntado dónde me iba a alojar yo, ni me importaba mucho.

Los pasos que nos llevan de la extrañeza a la costumbre son tan leves y furtivos que no solo no dejan huella alguna sino que incluso apagan la curiosidad por mirar hacia atrás para buscarla. ¡Qué raro me parece de repente esta tarde, cinco ya de septiembre, levantar la cabeza del pupitre, recorrer con la vista la habitación donde paso encerrada tantas horas, escuchando música, leyendo, preparando mis clases, o simplemente mirando cómo trepan las ardillas por los árboles al otro lado de la ventana, y caer en la cuenta de que esta misma era la habitación vacía! No hay más huella que el texto. Me pongo a volver hojas hacia atrás en el cuaderno, y de paso las cuento. Veintiocho, ¿es posible?, mira que es vicio el tuyo, mujer, no hay quien te lo descaste, pero bueno, más duro habría sido aguantar a palo seco a base de pitillos y de naranjada, no sirve para nada escribir, ya lo sé, ¿y es que algún vicio sirve para algo como no sea para matar el tiempo? Con este, por lo menos, no se mata del todo, tiene uno la impresión, por el contrario, de que ha rescatado peligrosamente de las fauces de la muerte misma que el

tiempo lleva abiertas alguna visión fugaz destinada al naufragio general. Aquí está, por ejemplo, en la primera página, escrito con mi letra: «A la habitación encristalada, que tiene dos camas con colcha roja, se accede por otra mucho más grande y totalmente vacía».

Es un cabo del hilo para tirar del tiempo que llevo aquí metida en esta habitación, una forma de medirlo bien extravagante, si bien se mira. Pero siempre pasa lo mismo con la literatura, caso de que esto sea literatura.

¡Pues anda que no le han dado vueltas los estructuralistas a eso del tiempo del relato y el tiempo de la escritura y el tiempo de la lectura! Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Total, para sacar en consecuencia que nada, que no coinciden, verdad de Perogrullo como pocas. Yo ahora mismo, por pura curiosidad, he estado releendo lo que llevo escrito después de que puse esa frase primera de la habitación vacía, veintiocho páginas, ya digo, aunque no las tengo numeradas, y habré tardado en leerlas un cuarto de hora a lo sumo, tiempo que no coincide, claro, con los días transcurridos, que son nueve, ni por supuesto con las horas gastadas en escribir lo escrito, que no sé cuántas habrán sido pero desde luego bastantes; y ojalá hubieran sido más, bendito gasto, porque esa peculiar transformación del tiempo de inerte en tiempo de escritura me ha ayudado a lidiar la soledad y a convertir esta habitación vacía en un refugio al que siempre estoy deseando volver, en mi casa.

Ahora al cuarto encristalado de las dos camas con colcha roja le llamo el cuarto de atrás, porque efectivamente está en la parte de atrás del edificio, como he podido comprobar rodeándolo fuera desde el bosque. A la habitación vacía la sigo llamando así, por fidelidad a sus orígenes, pero ya está amueblada, tiene veinticuatro pasos de largo por veintiséis de ancho. Al principio olía un poco a pintura, pero solo fueron dos días. El mobiliario está compuesto por un sofá, una butaca de cuero negro tipo mecedora con brazos de madera, cuatro sillas de diferente etiología, una lámpara de pie, una

librería pequeña y tres mesas, una chiquita, otra mediana y el escritorio, que tiene siete cajones y lo he puesto arrimado a la ventana, de manera que me entre la luz por la derecha. También hay un espejo. Sobre la mesa mediana reposa una televisión pequeña en blanco y negro que me trajo Patricia Kenworthy a los tres días de estar yo aquí, pero no la abro casi nunca.

Son las seis menos veinte, hoy no he tenido clase ni he salido más que a desayunar. Por un sendero del bosque veo venir a uno de los psiquiatras, al delgadito y calvo con perilla que se parece algo a Víctor Sánchez de Zavala. El otro es más alto, quizá un poco más joven y lleva bigote negro poblado. Deben estar a punto de cerrar la consulta.

Pero no son lobos ni nada, son unos buenos chicos, cuando me los encuentro, les sonrío. Yo creo que ellos ya han debido convencerse también de que yo soy inofensiva. El otro día los vi en el party de los profesores, de acá para allá, como los demás, con su copa en la mano. Todo va entrando en la normalidad.

Me duelen un poco los ojos. Voy a darme un paseo y a merendar algo.

El tiempo que nunca se registra ni podrá registrarse en ningún escrito es el que se pasa uno mirándose una uña de un pie, dando vueltas sin designio alguno, cambiando de asiento, decidiendo vagamente cosas que no se hacen porque no tienen fuerza para tirar de la voluntad, buscando un papel que no aparece o la tapadera de un bolígrafo que se acaba de caer rodando al suelo y no aparece o el mechero que lo tenía ahora mismo en la mano y no aparece.

Mi padre le llamaba a esto «la perversidad de las cosas inanimadas». Parece, efectivamente, como si esos objetos se escondieran a propósito para lanzarnos un reto desde su condición

inanimada; nos desafían, nos quieren arrastrar a su campo mediante el engaño; el objeto contra la persona. Y como entremos en el juego nos agotan de todas todas, nos vencen, porque ni siquiera su reaparición, cuando se produce, es tanto de victoria, ni alumbraba en nosotros un entusiasmo nuevo que pudiera redimirnos del tiempo perdido en la búsqueda. Ah, bueno, ya ha aparecido lo que buscaba, ¿y ahora qué? ¿Estoy más animada que antes? ¿Soy más persona? Pues no, generalmente no, más bien guiñapo.

Así se pierde el tiempo, que es lo que más se pierde, revuelto con las llaves y los papeles y los bolígrafos momentáneamente perdidos, arrastrado por ellos y dejándonos a nosotros, de paso, para el arrastre.

De todas maneras, yo creo que esta casa está algo embrujada, y no lo digo de broma. Si algún día me tentara el género y me diera por escribir una historia de fantasmas, la tendría que situar aquí. La puerta de uno de los armarios, por ejemplo, solamente se abre cuando le da la gana, otras veces no hay manera de abrirla por más que tires. Al principio me desesperaba, pero ahora he optado por ir pasando poco a poco al otro armario las cosas fundamentales, aprovechando los ratos en que a este le da por abrirse, hasta que acabe por dejarlo vacío, que se ve que es lo que está pidiendo, allá él con las razones que tenga para pedir eso, no me quiero meter.

El teléfono también hace unos ruidos muy raros; tengo que pedir línea para llamar a cualquier sitio que no sea Vassar mismo y me contesta una voz de mujer, no siempre la misma, que tampoco me dice siempre lo mismo, generalmente me pide el nombre o el número de algo y luego que espere. En esta espera es cuando el teléfono mismo decide si concederme o no sus favores, unas veces me da línea y otras empiezan los ruidos raros, como de estallido de cohetes. Cuelgo y vuelvo a llamar a la señorita para contárselo, pero no se lo sé contar o no me entiende, y según el humor que tenga, insisto o desisto. Suelo desistir, porque la conversación con esa voz de mujer complica la historia, o mejor dicho la empantana.

De todas maneras, he logrado algunos triunfos, mucho más gozosos por la misma arbitrariedad de su consecución, como por ejemplo hablar con Córdoba y con El Boalo. La verdad es que si me pusiera a considerar la cantidad de agua que me separa de esos lugares, sería como para caer postrada de rodillas; el ser humano de nuestros días ha perdido completamente su capacidad de sorpresa; hemos profanado todo lo sagrado, y así nos va el pelo.

Otra cosa a la que ya no hago ni caso es el reloj automático que hay encima del radiocasete. Son unos números rojos encendidos donde se van marcando la hora y los minutos. Pues nada, marcha tan normal, y de pronto sin venir a cuento ni a pelo se ve que se dispara y cuando lo miro ha corrido cinco horas; al principio me producía una cierta curiosidad y trataba de controlarlo mediante unos botones que hay en la parte de arriba, ahora ya me da igual y lo dejo. Es más, me parece totalmente adecuado; es como un símbolo de la propia absurdidad del tiempo, de su arritmia.

Poughkeepsie era un pueblo próspero y rico en el siglo XIX, todo lo contrario que ahora. Por la calle que lleva a la estación del ferrocarril, que parece la más importante, no se ve ni un alma. Tiendas tampoco. Yo iba en coche con Karen Stolley, una profesora joven de mi departamento de español, y miraba extrañada por la ventanilla. Habíamos estado de compras en un supermercado grande, de esos que hay aquí en Norteamérica, que son todos iguales, hacía un calor húmedo espantoso, eran las cinco, y al salir de aquel follón de paquetes y carritos, le dije: «Oye, ¿por qué no vamos a Poughkeepsie? Porque es que no acabo de ver nunca Poughkeepsie, ¿cae muy lejos?», y ella me dijo, «no, vamos, está muy cerca, lo que pasa es que tiene poco interés». Conducía el coche despacio, para que yo mirara bien las casas, con escaleras y porche, los almacenes viejos, todo como desteñido, de postal

antigua. Reconocí, en el hondón de la calle, la estación de ferrocarril donde llegué con el taxista negro hace dos años. Bajando un poco más, hay una plazoleta, al borde mismo del río Hudson. Cuando estaba en Madrid, me enteré por la *Enciclopedia Británica* (una tarde de aquellas en que no sabía qué hacer y se me caía el mundo encima) de que Poughkeepsie es nombre de origen indio y quiere decir la casa de techo de paja junto al río que corre.

Karen paró el coche allí y yo le propuse sacar de los paquetes algo de lo que habíamos comprado y hacer una merienda improvisada en una alameda que se veía a la derecha. Le pareció una idea muy buena. La alameda tenía varias mesas de madera con bancos y barbacoas. En una de ellas había dos negras con sus niños preparando un asado que echaba mucho humo. Nosotras nos sentamos a la orilla misma del río, que es una pura hermosura, y parece que allí se respiraba un poquito mejor, después de la sudorina de todo el día. Sacamos vino y queso y, de pronto, Karen estaba muy a gusto, le pareció una aventura haber venido allí, no teníamos prisa. Es una chica rubia y muy mona, de carácter alegre; su marido, también joven y guapo, se llama David y es abogado. Están enamorados de esa forma arcangélica que ya no se ve más que en algunas películas, aquí lo he visto a veces en parejas jóvenes, en España se estila menos. Lo pensaba, mirando como entre sueños el río y una especie de monasterio que había a la otra orilla, se trata, en el fondo, de una actitud frente a la vida, de no buscarle tres pies al gato, una conformidad con lo que se tiene que ahuyenta la tentación y descarta la tragedia, «Comeréis las frutas del árbol del bien y del mal y seréis como dioses», ¿para qué?, ellos no quieren ser como dioses. De pronto me levanté, sin dar crédito a la maravilla que estaba viendo. Un barco de dos pisos con ruedas traseras avanzaba lentamente por el Hudson, rumbo a Nueva York. No se veía más que al hombre que lo guiaba. Iba vacío. Karen me dijo que debía venir de West Point.

No sabíamos si se iba a parar en Poughkeepsie o no, yo me subí al banco de madera para verlo mejor y lo mirábamos venir expectantes, ella tampoco sabía nada. Le vimos hacer un esguince, como un pequeño amago de acercarse a nuestra orilla, pero luego, por fin, pasó de largo y desapareció tan fantasmalmente como había aparecido. «¿Pero parece un barco de excursión, no?, pregunté yo. Supongo que se podrá coger, ¿no te gustaría que lo cogiéramos un día?». Ha quedado en enterarse, por lo visto habrá que ir hasta West Point, pero yo no le encuentro inconveniente.

Al volver a cruzar Poughkeepsie por una calle distinta de la de antes me llamó la atención un edificio enorme de ladrillo de dos pisos con aire de mansión abandonada, museo, institución benéfica o similar. Tenía una placa en la puerta. «Ahí vivió Matthew Vassar», dijo Karen. Y me contó la historia. Una historia que ahora, al cabo de los días, relaciono con la aparición del barco, porque su imagen seguía presente en mi retina cuando la escuché. Una historia que vino en barco, que me la trajo el barco fantasma.

Don Matthew era un cervecero muy rico en el Poughkeepsie del siglo XIX y vivía con un hermano suyo en la gran casa de ladrillo, la mejor de todo el pueblo. Solterones los dos y con dinero a espuestas, un buen día don Matthew decidió que su nombre pasara a los anales de la historia y fundó Vassar College, una institución educativa para señoritas. Todo en plan megalómano, de acuerdo con sus sueños de *self-made man*. Por ejemplo, para construir la residencia principal, la primera que se encuentra uno al fondo nada más entrar por el arco que da acceso a este parque, mandó llamar al mismo arquitecto que había hecho la catedral de St. Patrick en Nueva York. Es como un pastiche de Versalles. Luego vinieron la Biblioteca y poco a poco los demás edificios, muchos, supongo, él ya no los veía.

Desde los primeros tiempos, el *college* tenía también —por la parte nordeste— una gran huerta con edificaciones anejas, donde las primeras promociones de educandas, siempre vigiladas por sus

mentores, estaban en contacto con la naturaleza y jugaban a hortelanas. Fui con Karen a ver lo que queda de aquel sueño roussoniano de don Matthew.

Está todo descuidado y hecho una pena. Ahora a algunos profesores les regalan terreno para que cultiven berzas y tomates, a ver si entre todos revocan artificialmente las fachadas de aquellas incipientes fantasías feministas. La propia Karen tiene una parcelita y me llevó a verla. Seguía haciendo calor y había en la pradera un grupo de estudiantes que parecían estar descansando de alguna competición deportiva, sus voces resonaban en el aire estancado de la tarde. Al fondo, recortándose contra el cielo rosa, los edificios, ahora cerrados, ruinosos y con los cristales rotos, que don Matthew mandó erigir para adornar aquella arcadia, eran un contrapunto surrealista. Karen me regaló dos tomates de su huerta. Por la noche me los comí con aceite y sal.

Tengo que buscar en algún libro la efigie de don Matthew. Me lo figuro con grandes bigotes y mirada triste, acodado en un barco de ruedas que se lo lleva Hudson abajo.

Gracias a que no me he propuesto escribir un diario, puedo volver a este cuaderno de forma gratuita y placentera, sin el agobio de no haber anotado a su tiempo tal cosa o la otra. Ya hace años que me barrunté la falacia de los diarios concebidos como un reflejo más o menos fiel del encadenamiento temporal con que se sucedieron los hechos que registran. Ni siquiera mi padre, persona meticulosa y tenaz como pocas, creo que dejó de percibir alguna vez lo problemático del empeño. Recuerdo los diarios de papá, aquellas libretitas de piel marca Luxindex, compra obligada en cuanto pasaban las Navidades, «me tengo que comprar el Luxindex para el año que viene», los de los años cuarenta me los dio Anita, los tengo en Doctor Esquerdo y los he estado mirando con motivo de mi

trabajo de ahora, para recordar cosas de la postguerra, también los consulté cuando estaba escribiendo *El cuarto de atrás*, en el año setenta y siete, pero entonces se los pedí a él que vivía aún y se los devolví, si mal no recuerdo. Puede que lo esté inventando, pero me parece ver su gesto cuando los recoge nuevamente de mis manos. Da la luz del pasillo, «ven, hija, vamos a guardarlos», yo le sigo y vuelve a meterlos ordenadamente en uno de los cajones de aquel mueble que todavía está en Alcalá 35. No los volvió a mirar nunca más, ahora los he heredado, Dios mío, cuántos papeles he heredado. Pero a lo que iba, para mi padre, escribir algo todos los días en el Luxindex se había convertido en una obligación y a medida que fueron pasando los años yo creo que se dio cuenta de que suponía una tarea no solo algo enojosa sino también inútil.

Se desesperaba mucho cuando se quedaba atrasado en la tarea, sacaba papelitos que también a él a veces se le perdían, le preguntaba a mi madre si hacía tres días o cuatro que habían ido a tal sitio o habían visto tal película, ella no se acordaba nunca y decía que daba igual, que por qué se lo preguntaba, «es que tengo que poner al día el diario», parecía un niño aplicado que necesitaba pasar a limpio sus apuntes para presentárselos a un temible profesor, cuya existencia debió irsele haciendo con el tiempo cada vez más borrosa y cuestionable. Su nieta le salió por la otra punta, si han encontrado o no ese profesor que les pida las cuentas del tiempo aprovechado o dejado escurrir es lo que nadie sabe. Pero reposan en el mismo sitio.

Y ahora los siento juntos, pero también conmigo, presentes en las letras de este texto que evoca su memoria, no solo porque sus caligrafías se parecieran algo entre sí y a la mía, sino por algo mucho más concreto. Estoy escribiendo con la pluma de él en un cuaderno de ella. La pluma es una Parker negra de antes de la guerra, mi padre la usó muchísimo, pero marcha como el primer día, nunca le conocí otra.

El cuaderno de ella, en cambio, estaba sin estrenar. Recuerdo que le entusiasmó cuando se lo traje el año pasado de Chicago y que me dijo: «¿Cómo no me has traído alguno más como este?». Es rayado, tamaño holandesa, con tapas de cartulina negra de muy buena calidad. Lo de atrás tiene una especie de sobre para meter papeles, lo cual resulta bastante útil, porque además el triángulo de ese sobre puede también enganchar en una ranura que tiene la tapa de delante, y así queda cerrado el cuaderno como una carpeta.

A ella desde luego le fascinó, lo miró como si fuera un juguete. Pero no llegó a jugar con él. Se había limitado a pegarle dentro una etiqueta donde dice con mayúsculas cuaderno de todo, ni una hoja escribió, nada de nada, se debió poner enferma poco después. Hace un mes lo encontré entre sus papeles y decidí meterlo en mi equipaje.

¿Hace un mes? ¿Por qué dices: hace un mes? ¿No ves que si pretendes legitimar tu aserto, aunque solo sea a ojo de buen cubero, tendrás que sacar cuentas, mirar el calendario a ver a qué día estamos, caer una vez más en el atolladero de las fechas? Solo puedes amar este cuaderno, volver con gusto a él y lograr que te envíe si reviven en ti los ojos de codicia y alegría con que ella lo miró, mirada eterna que no enturbia el tiempo, móvil oculto de todo cuanto queda dicho en sus páginas.

Ya lo llevo casi mediado y la verdad es que me da un poco de pena. Me he vuelto codiciosa de este cuaderno negro y creo que en el fondo muchas veces si no sigo escribiendo es por el miedo de terminarlo. Lo amo por su presencia y su figura, necesito venir a verlo y a tocarlo, aunque no escriba en él.

Anoche soñé que se convertía en el jardín de Vassar, un sueño muy raro. Debió ser influencia de los Beatles, que ahora los oigo mucho y además atendiendo a la letra; todo lo que soñé tenía un ambiente surrealista como el que se evoca en el submarino amarillo, *A day in the life* o *Lucy in the sky with diamonds*, y es que había cerrado los ojos con los auriculares puestos y la misma alucinación

de esas canciones es la que me relajó y me llevó a dormirme sin pastilla. Se entraba al cuaderno por la solapa trasera, agachándose uno, pero luego ya se salía a la luz, como en esos trayectos de metro que unas veces va el vagón por un túnel y otras por fuera; total, que entrar en el cuaderno de todo era propiamente salir, y a donde se salía era al parque de Vassar, cada línea un caminito que ya conocía o que iba explorando y todos los personajes en que iba pensando o que veía de verdad andaban al mismo tiempo por allí juntos e ingravidos, a ratos se escondían y otros trepaban a los árboles, los muertos con los vivos, lo pasado con lo presente, la realidad con la ficción, todo confundido, todo permitido, todo un puro juego orquestado por las voces de los Beatles. O sea que el jardín de Vassar es el texto mismo y también el escenario de sus transformaciones, me desperté pensando que no me tengo que asustar de nada, que no tengo que andar con respetos ni miramientos si quiero disfrutar de los milagros que a mi alrededor están pasando y también dentro de mí; me parecía haber entendido una cosa muy importante, que meterse a escribir equivale exactamente a salir a dar un paseo, así cuando esté tumbada en la hierba mirando las nubes y notando que respiro con regularidad y acordándome de los que ya no respiran, sintiéndolos conmigo dentro de mi corazón, estoy escribiendo también, más que nunca, y las nubes recogen lo que escribo.

Me parece que hace siglos que vino Elizabeth. A veces cuando voy a la Biblioteca a estudiar y paso por el banco del parque donde estuve sentada esperándola, me doy cuenta de que este jardín encantado empezó a tener puntos cardinales desde aquel día. Me había llamado desde Nueva York y me había dicho «iré a verte el fin de semana» y que vendría en un tren que llegaba el sábado a las tres, que la esperara delante de la Biblioteca. Me senté en aquel

banco y miraba fijamente el arco de la entrada, esperando. Hacía mucho calor. La vi bajar del taxi y avanzar hacia mí, tan rubia, tan joven, tan guapa, envuelta en luz. Era como un milagro verla andar.

Ahora ya no sé por dónde empezamos a hablar, pero no podíamos parar de hablar ninguna de las dos, horas, horas y horas, metidas en este cuarto. Dieciocho años de Doctor Esquerdo trasplantados a este cuarto. No se puede explicar. Eso no se puede poner en ningún cuaderno, por muy «de todo» que sea.

«Cuando no hay alegría, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo y hace de él su cubil. De cuando en cuando da un aullido lastimero o enseña los dientes a las cosas que pasan. Y todas las cosas nos parece que hacen camino rendidas bajo el fardo de su destino y que ninguna tiene vigor bastante para danzar con él sobre los hombros. La vida nos ofrece un panorama de universal esclavitud... Nadie manifiesta mayor vitalidad que la estrictamente necesaria para alimentar su dolor y sostener en pie su desesperación. Y además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento... Este es el descubrimiento que hacemos por medio de un microscopio: la soledad de cada cosa. Y como la gracia y la alegría y el lujo de las cosas consisten en los reflejos innumerables que las unas lanzan sobre las otras y de ellas reciben..., la sospecha de su soledad radical parece rebajar el pulso del mundo».

Esto lo leo en *El Espectador* de Ortega y Gasset la tarde del 21 de septiembre de 1985; de vez en cuando, si viene a cuento, tampoco es ningún desdoro poner una fecha. Y es que esta mañana, muy temprano, me desperté y estaba surgiendo enfrente de mí, a través de los cristales, la bola roja del sol. Yo salía de unos sueños muy confusos, en los que aparecía Enrique Lozano, y se me vino inmediatamente a la cabeza un dibujo laberíntico que hizo él una

vez cuando vivía con nosotros en Doctor Esquerdo y que se titulaba «Así es como nace el sol». Me lo regaló y lo pegué en uno de mis cuadernos de entonces, ella tendría cinco años, debía ser por el sesenta y uno. Y esta mañana estaba tan perdida, tan necesitada de una referencia, que acudí al calendario, uno que me compré al llegar aquí, y es cuando me di cuenta de que con ese sol rojo que había visto se estaba inaugurando el otoño del año 1985, o sea el otoño de Poughkeepsie, y que lo que había querido decir Lozano es que el sol nace de la confusión.

Nota

Procedencia de los cuentos

«Desde el umbral», *Trabajos y Días. Revista Universitaria*, núm. 9, abril-mayo de 1948, pág. 7.

«Historia de un mendigo», *Trabajos y Días. Revista Universitaria*, núm. 13, marzo-abril de 1950, págs. 18-19.

Para la edición conjunta de *El balneario* con *Las ataduras*, seguimos la ordenación que Martín Gaité estableció en *Cuentos completos* (Madrid, Alianza Editorial, 1978). *El balneario* tuvo tres ediciones en las que fue incrementándose el número de relatos. En la primera (Madrid, Afrodisio Aguado, 1955) aparecieron «El balneario», «Los informes», «Un día de libertad» y «La chica de abajo». La segunda (Madrid, Alianza Editorial, 1968) se amplió con cuatro cuentos: «La oficina», «La trastienda de los ojos», «Ya ni me acuerdo» y «Variaciones sobre un tema». Y la tercera (Barcelona, Ediciones Destino, 1977) se acrecentó con dos nuevos cuentos de la década de 1970: «Tarde de tedio» y «Retirada». En cambio, la primera edición de *Las ataduras* (Barcelona, Ediciones Destino, 1960) y las restantes reimpressiones de la colección mantuvieron siempre los mismos relatos. Todos compuestos en la década de 1950: «Las ataduras», «Tendrá que volver», «Un alto en el camino», «La tata», «Lo que queda enterrado», «La conciencia tranquila» y «La mujer de cera». Por lo tanto, antes de la compilación de los *Cuentos completos*, la segunda y la tercera edición de *El balneario*

fue la colección donde se publicaron los cuentos compuestos con posterioridad a 1959.

«Prólogo», en *Cuentos completos* (ed. cit.).

«Variaciones sobre un tema», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 206, febrero de 1967, págs. 219-224. Incluido en la segunda edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 199-208).

«La oficina», *Clavileño*, núm. 32, marzo-abril de 1954, págs. 52-58. Incluido en la segunda edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 101-121).

«Un día de libertad», *Revista Española*, núm. 2, julio-agosto de 1953, págs. 148-159. Incluido en la primera edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 129-151).

«Lo que queda enterrado», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 119-144).

«Ya ni me acuerdo», en la segunda edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 179-195).

«Las ataduras», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 9-69).

«Un alto en el camino», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 85-101).

«Tarde de tedio», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 246, junio de 1970, págs. 543-550. Incluido en la primera edición de *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas* (Madrid, Nostromo, 1973, págs. 115-124) y en la tercera edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 171-180).

«Retirada», *El Urogallo*, núms. 31-32, enero-abril de 1975, págs. 81-85. Incluido en la tercera edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 181-186).

«La mujer de cera», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 167-195).

«El balneario» fue Premio Café Gijón de 1954 para novelas cortas y dio título a la primera colección de cuentos de nuestra autora (ed. cit., págs. 7-101).

«La trastienda de los ojos», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 57, septiembre de 1954, págs. 364-368. Incluido con ligeras

variantes en la segunda edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 169-175).

«La tata», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 103-117).

«Tendrá que volver», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 71-84).

«La chica de abajo», *El Español*, II Época, núm. 266, 3-9 de enero de 1954, págs. 36-41. Incluido en la primera edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 155-183).

«Los informes», en la primera edición de *El balneario* (ed. cit., págs. 103-126).

«La conciencia tranquila», en *Las ataduras* (ed. cit., págs. 145-165).

Dos cuentos maravillosos (Madrid, Ediciones Siruela, 1992), título definitivo de la edición conjunta de «El castillo de las tres murallas» (Barcelona, Lumen, 1981) y «El pastel del diablo» (Barcelona, Lumen, 1985), que reemplazó al de *Dos relatos fantásticos* (Barcelona, Lumen, 1986).

«El llanto del ermitaño», *Diario 16*, 4 de octubre de 1977. Apareció con el subtítulo «Fábula política para los olivareros de Jaén» y fue incluido en *Tirando del hilo* (ed. de José Teruel, Madrid, Ediciones Siruela, 2006, págs. 133-135).

«Sibyl Vane», publicado en la colección de cuadernillos sueltos *Esporádicos* (composición e impresión de Francisco Cumpián, Madrid, mayo de 1989, s.p.).

«Donde acaba el amor», incluido en la antología de microcuentos *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas* (ed. de Antonio Fernández Ferrer, Alcalá, Fugaz ediciones, 1999).

«Flores malva», *Extrísimo. Magazine para vivir mejor*, núm. 6, 1988, págs. 14-15.

«Un envío anómalo», *Sobremesa*, núm. 142, diciembre de 1996, págs. 56-58.

«En un pueblo perdido», *Magazine de La Vanguardia*, 14 de diciembre de 1997, págs. 8-16.

«El otoño de Poughkeepsie», en *Cuadernos de todo*, ed. de Maria Vittoria Calvi, Barcelona, Debate y Círculo de Lectores, 2002, págs. 611-630.